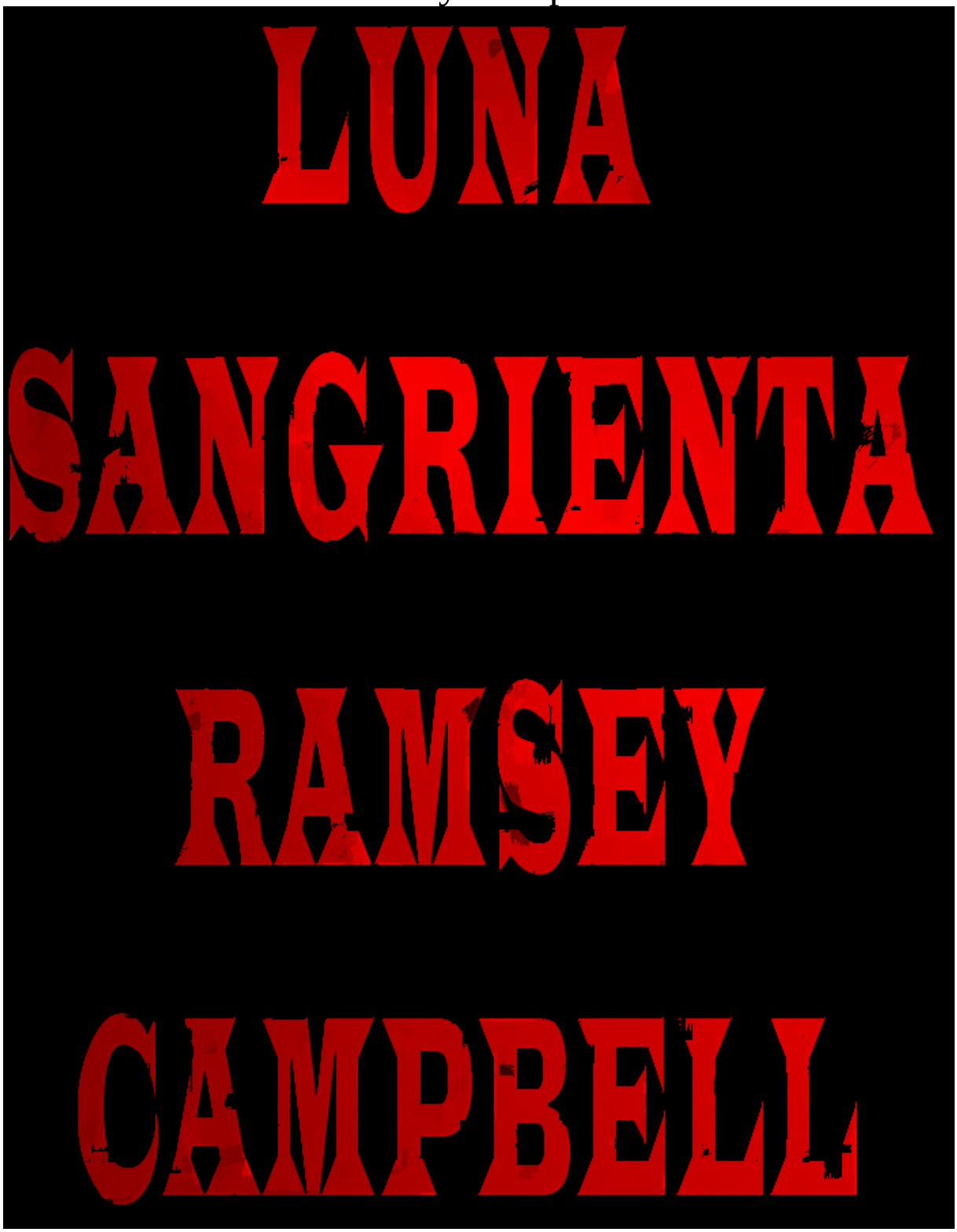
LUNA SANGRIENTA

Ramsey Campbell



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Steve y Jo, dos apasionados de la fantasía

Agradecimientos

Como es costumbre, se lo debo todo a Jenny, mi esposa, quien ha contribuido a que el libro tomara forma mientras lo escribía y ha supervisado su coherencia. Jean Hill me acompañó a una asamblea de Bill Graham en Liverpool, pero no estuve en peligro de sucumbir; a decir verdad, su sermón, insólitamente moderado, fue recibido con una buena dosis de escepticismo liverpoolense por los fieles. Stan Ambrose, del programa Folkscene de Radio Merseyside -BBC-refrendó a *Harry el Lunático,* canción que al parecer sintetiza diversas tradiciones populares del distrito comarcal de Peak.

No debo olvidar tampoco a Phil Booth, que me envió un rompecabezas para que me entretuviera mientras buscaba las palabras, ni al inventor o inventores del *compact disc,* cuya música me ayuda a no desertar de mi escritorio.

«La raza humana padece una enfermedad mortal llamada pecado.»

Billy Granara

«Baja, Harry el Lunático, no nos acoses ya más, flores tenemos para agasajarte, en tu puerta las vamos a dejar.»

Antigua canción popular de Derbyshire

«...sustolere monstra, quibus hominem occidere religuiosissimum erat, mandi vero etiam saluberrimum...»

Plinio el Viejo, sobre los druidas

«...temer a la luna, alimentarla como debe hacerse y nunca contemplarla mientras devora...»

Tríada druídica citada por Posidonius

1

Nick Reid salió de la redacción del periódico a la desierta calle de Manchester, y se preguntó qué le recordaba aquel silencio. Inhaló una bocanada del aire fresco matinal y se desperezó, dando un respingo a causa de las magulladuras conseguidas además del reportaje. Sonaba insistentemente un teléfono en una oficina situada sobre Deansgate; un solitario automóvil avanzaba entre los populares almacenes de Piccadilly, ahuyentando de la calzada a las palomas, que emprendieron el vuelo hacia las cornisas de las ventanas. Nick se pasó los dedos por su ondulado cabello y trató de no pensar en el silencio. No podía ser importante ponerse a rememorar; lo único que quería era despejarse lo suficiente para conducir hasta su casa y luego echarse a dormir. Alzó la mirada a los últimos rayos solares que arañaban los inclinados tejados a través de una brecha abierta en las nubes que empujaban la tormenta hacia los Peaks. Entonces recuperó la memoria, como si le saltara a la nuca dolorida.

-Diana -balbuceó, y comprendió que se encontraba mal.

Entró renqueando en el edificio, atravesó el vestíbulo, que rechinó con nueva estridencia a sus pisadas, y subió hasta la biblioteca. Las pantallas grises y apagadas de los lectores de microfilmes refulgieron tenuemente bajo la iluminación tubular de la blanca habitación. Tenía que llamar a Diana -ni siquiera se acordaba de cuánto tiempo había pasado-, pero, desde luego, no había necesidad alguna de despertarla. Se puso a hojear el archivo donde se almacenaban las publicaciones aparecidas en las últimas semanas, buscando el artículo sobre los Peaks.

Lo encontró en la edición del lunes anterior, en una de las exhortaciones de Charlie Nesbit a los lectores a no irse de vacaciones al extranjero cuando Gran Bretaña tenía tanto que ofrecer. El tono era idéntico al de la voz de Charlie en el bar donde comían, apuntando a sus oyentes con la boquilla de la pipa o soplando en ella siempre que exponía un punto, a su entender, incuestionable: por ejemplo, que el distrito de Peak era el enclave más antiguo del país, un don de Dios para los paseantes, y todavía sin malear por el turismo... Nick escudriñó los párrafos en los que se enumeraban los lugares dignos de visitarse y releyó el artículo despacio, con la esperanza de estar equivocado. Mas no, no había pasado nada por alto. No había mención ninguna de Moonwell.

Se esforzó en evocar la primera impresión de la localidad, las calles vacías, la armonía de los extensos marjales. Estaba agotado, por eso le costaba tanto avivar los recuerdos, pero ¿lo estuvo también Charlie? A menos que llegara desusadamente temprano, Nick tardaría horas en averiguarlo. Y tenía que averiguarlo. Retrocedió, cojeando, hasta el despacho contiguo a la biblioteca, cruzando un laberinto de acristalados cubículos, para esperarle junto a su mesa.

Un ordenanza dejó la edición matinal en el escritorio despertando a Nick de su modorra. Habían publicado su crónica, si bien él no había dicho que a la policía pareció importunarle su presencia tanto como a los mismos piquetes. Algunos de los redactores de las secciones especiales se hallaban ya en sus puestos, pero no había ni rastro de Nesbit. «Debe de estar desayunando», pensó Nick, y descolgó el teléfono. Contestó la esposa de Charlie.

-Aguarde un minuto -pidió secamente, y tapó el micrófono con la mano. Pese a tal precaución, Nick la oyó quejarse-: A eso me refería -y el receptor se cayó sobre la madera.

Hubo una discusión que llegó amortiguada del otro extremo del hilo, antes de que Charlie preguntara:

-Qué, ¿tan urgente es lo que ocurre que no puede esperar a que haya terminado mi almuerzo?

-Charlie, soy Nick Reid. Perdona si te interrumpo.

-En honor a la verdad, me alegro de que lo hagas. ¿En qué puedo ayudarte?

Por un momento, a Nick se le quedó la mente en blanco. Acordarse fue como despertar de un sobresalto.

-Te parecerá una pregunta extraña, pero dime, ¿manipularon de algún modo el artículo que escribiste sobre los Peaks?

-No en lo que realmente importaba -respondió el hombre, divertido-. ¿Por qué? ¿Tal vez te han dulcificado de nuevo el tono?

-No más de lo habitual. No, te lo pregunto porque no mencionas Moonwell.

-¿Cómo?

-Moonwell. Sí, ese lugar donde topé con toda aquella histeria religiosa. Hasta tú opinabas que se excedían un poco cuando te lo conté.

-¡Válgame Dios, muchacho! ¿Todavía montas ese caballo de batalla? ¿No puedes dejar de inmiscuirte en las creencias de la gente? Con la poca devoción que nos queda hoy en día, sólo falta que vengamos nosotros a destruirla. -Charlie resopló y añadió-: De todos modos, me temo que mi palabra no es muy concluyente. Sigues empeñado en hablar de Moonwell.

-Acertaste. En la época de los romanos fue una mina de plomo. Decoran la cueva cada año, o así lo vienen haciendo hasta el presente. Vamos, Charlie, no puedes haberlo olvidado.

-Quiero decirte algo, chico. He trabajado en el periódico unos cuantos años más que tú, y ¡maldita sea!, hace mucho tiempo que nadie me tilda, ni hay por qué, de incompetente. Ignoro qué mosca te ha picado esta vez, pero me has pillado en medio de una pelea y no estoy dispuesto a enzarzarme en otra. Acepta mi palabra de que nunca hubo un sitio llamado Moonwell en los Peaks.

«Sí que lo hay, yo mismo he estado allí», quiso gritar Nick, pero Charlie ya había colgado. Reid posó el auricular, intentando conservar la calma, y palpó los bolsillos de su chaqueta en busca de la agenda. ¿Había telefoneado a Charlie para aplazar la llamada a Diana? ¿Qué era lo que le asustaba escuchar? Quizá sólo el sonido que le respondió al marcar el número, el regular y agudo timbre indicando la imposibilidad de obtener comunicación.

«Puede que estén sobrecargadas las líneas», se dijo a sí mismo, y probó suerte en la centralita.

-Póngame con Moonwell -dijo a la telefonista. Y al solicitar ella que precisara más, especificó-: Con Moonwell, en Derbyshire.

Incluso le deletreó el nombre. Al fin, la telefonista le informó:

-Lo siento, señor, pero ese nombre no me consta.

Nick se quedó mirando fijamente el número de Moonwell escrito por Diana, y le tembló el cuaderno al oscilarle también el brazo en el que se apoyaba.

-Entiendo -repuso él, con una rara sensación de sosiego, como si ahora que se confirmaban sus temores inconfesados supiera ya qué partido tomar.

No echó a correr hasta llegar a la escalera. La lluvia salpicaba el adoquinado y bañaba su rostro mientras se dirigía, presuroso, al aparcamiento. Instalado en el Citroen, se sentía como si hubiera vencido el sueño, aunque un fugaz examen de su persona al ajustar el espejo retrovisor no acabó, precisamente, de convencerle, con sus ojos grandes, oscuros y jocosos mirándole desde su redondeada faz de pómulos salientes, nariz ancha, labios gruesos y mentón angular que nunca conseguía dar la apariencia de haber sido rasurado a conciencia. Puso en marcha el vehículo y partió hacia los alrededores de Manchester.

La carretera de Stockport la abarrotaban los camiones que se dirigían a los Peaks. En el trayecto, un grupo de excursionistas detuvo el tráfico durante cinco minutos, y Nick perdió la cuenta de los semáforos que cambiaron a rojo en el instante mismo en que él llegaba. Pasados Stockport y los límites de Manchester comenzaron las aldeas con sus angostas y serpenteantes callejas y los bancales atestados de casas. De vez en cuando, a un lado de la calle una fábrica por alquilar, con su larga pared amarilla de piedra caliza como la arcilla bajo la lluvia. Unos pobres viejos en sus cochambrosos coches invadían el centro de la calzada, aminorando la marcha en los pasos de peatones incluso aunque no hubiera nadie. Nick creyó que nunca llegaría a los picos, a los Peaks, enhiestos tras los tejados de pizarra. De pronto, el trazado de la carretera se hizo menos angosto, se ensanchaba en unos tramos en las afueras de una localidad, y Nick pisó a fondo el pedal del acelerador, adelantando a cuatro automóviles lentos, y salió a la carretera hacia un terreno poblado de brezos.

En las suaves laderas fulguraban media docena de tonos verdes bajo el cielo

encapotado. El brezo despedía resplandores púrpura, los cantos calizos rasgaban el verdor; unas tapias almenadas de piedra dividían las redondas vertientes como los antiguos diagramas del cráneo humano. A medida que la sinuosa carretera se elevaba se estrechaba cada vez más hasta no admitir más que un vehículo. Dondequiera que cruzaba un riachuelo, las protecciones de los márgenes iban desapareciendo. Un coche que había chocado contra la barrera y la había saltado en una curva muy cerrada señalizada con flechas, estaba allí con su chatarra oxidada a unos quince metros por debajo del asfalto. Las protecciones mismas se terminaban algo más adelante, y sólo las cunetas separaban la carretera de las empinadas colinas, donde las ovejas comían la apelotonada hierba y espiaban con ojos amarillentos el automóvil de Nick. A lo largo de varios kilómetros no vio ni una casa ni un poste indicador. De pronto, se dio cuenta de que no sabía adonde iba.

Paró el coche en un tramo llano y desconectó el motor. Chorretones de lluvia manchaban las ventanillas laterales y desdibujaban las cimas lejanas. Ajeno al repetitivo golpeteo y chirrido de los limpiaparabrisas, el periodista tomó la guía oficial de carreteras y pasó las hojas hasta dar con el mapa del distrito de Peak.

Al cabo de un rato, manteniendo el dedo entre dos hojas y con el entrecejo fruncido, consultó el índice. Localizó Mooncoin, Moone y Moonzie, repasó la columna de arriba abajo por si habían colocado el nombre fuera de orden. Se dijo, encolerizado, que tenía que estar allí, al tiempo que volvía a abrir la guía por la página del mapa. Pudo situarse, de forma aproximada, donde escaseaban las carreteras y sólo aparecían algunas muy dispersas; la mancha verde junto a la carretera de Sheffield debía de representar las boscosas lomas que tenía enfrente. Agitó el libro y movió la cabeza pretendiendo así liberarse de aquel punto muerto. La intuición de que el nombre estaba allí impreso, pero que por alguna razón no era capaz de verlo, le inspiró el deseo de gritar, de alborotar o de hacer cualquier otra cosa que conjurara el hechizo. Cerró los ojos, por si la solución estribaba en relajarse. De pronto comprobó que ni siquiera sabía qué era lo que buscaba.

Se puso nervioso. Golpeó el claxon a ciegas, que rugió sin mucho estruendo en la desierta calzada.

-¡Diana! -llamó su sorda y atrapada voz en el coche-, ¡Diana de Moonwell!

Rememoró su melena negra azotada por el viento de los brezales, su rostro pálido y alargado, sus ojos almendrados y verdosos. La remembranza se amplió unos momentos y revivió el día en que la conoció, cómo se alejó de Moonwell a través del bosque, más allá de los pinos y de los robles.

Susurró un quedo «Sí», puso el coche en marcha y se adentró en la lluvia, que tamborileaba en el techo y borraba los picos lejanos. Tenía que fiarse de su corazonada, que le decía que el bosque era el que recordaba, tenía que confiar en que sus instintos le habían guiado bien en aquel primer trecho. Los pinos crecían más arriba, hasta que la cuesta a la que se aferraban por millares alcanzaba casi la verticalidad. Le sugerían un ejército verde, una sucesión de flechas gigantescas plantadas en la aljaba de la tierra caliza, unos misiles de la naturaleza. Casi pasó de largo dejando atrás la carretera vecinal que se sumergía en la espesura por una brecha de roca, con las paredes rezumantes de musgo.

Se abrazaban las copas de los árboles y obstruían los ecos de la tormenta, como si se hubiera metido en un túnel. Paró los limpiaparabrisas y se quedó solo con el zumbido del motor. De vez en cuando una ráfaga de lluvia se deslizaba entre el alto ramaje y rociaba el cristal, aunque no se divisaba el cielo. La quietud y la verdosa monotonía debía de estarle acunando, porque no advirtió dónde los pinos cedían el terreno a robles y fresnos. La calzada, tras bajar hacia los bosques, ascendía otra vez a medida que los árboles se arracimaban más apretadamente. O nubes o ramas se amasaban sobre su cabeza; tanta era la penumbra del camino que Nick hubo de encender los faros. Asoció las hileras de árboles en la penumbra que no horadaban los faros con los muros de rebordes pedregosos, saturados de agua representando los troncos. Mantuvo la mirada al frente, alerta a las alturas; abandonaría el bosque de un momento a otro, éste sí era el paraje correcto, y sin duda lo era. El agotamiento eternizaba el recorrido. Presionó más fuerte el acelerador, agarró el volante, los ojos le ardían con el esfuerzo de no desviarlos hacia las paredes húmedas y sombrías, árboles en realidad.

De pronto éstos se disiparon y se halló en un exterior abierto, bajo una bóveda turbulenta y hecha jirones.

La desprotegida carretera se alzaba hacia un horizonte ribeteado por peñascos, una línea tan aserrada como la espina dorsal de un dinosaurio. Se acordó ahora de que, más lejos, la tierra descendía abruptamente por la izquierda hacia unos roquedos salpicados de maleza en los que las rocas eran mayores que un turismo. En cuanto coronara la cresta distinguiría Moonwell en el reseco valle, con un único camino de salida que conducía a los pantanos. Levantó, sin embargo, el pie a fin de reducir la velocidad, pues tenía la perturbadora impresión de que los veloces nubarrones se habían inmovilizado.

Tenía que llegar a Moonwell antes de que el cansancio le hiciera más jugadas, si era aquello lo que estaba ocurriendo. Ansiaba más que nada en el mundo ver a Diana, asegurarse de que estaba a salvo. «Deprisa, pero sin prisa», se aconsejó a sí mismo, y apretó el pedal con más comedimiento. No había ruido de tránsito. Apagó las luces y apretó el acelerador tranquilamente, cuando automóvil y paisaje se vieron envueltos en unas tinieblas cegadoras.

Unos meses antes

2

Tan pronto como se reunieron en el campo los alumnos de la clase de Diana, empezó un clamoroso alboroto para ir a la cueva. Ahora que estaban fuera del ámbito de la escuela, los jóvenes se sentían, lógicamente, más libres, más sueltos. El pelirrojo Thomas contaba chistes malos que arrancaban risitas de sus compinches. Sally se caló las gafas, de monturas sujetas por esparadrapo, calzadas en la punta de la nariz, pestañeando como una abuela mientras advertía a su amiga Jane que no le soltara la mano. Ronnie incluso sacó un tirachinas del bolsillo de los pantalones que le había prestado su hermano, lo que le valió una severa mueca de reproche de Diana.

-Ya veremos si tenemos tiempo para visitar la cueva -dijo ésta a los cuarenta y tres muchachos-. Recordad, sobre todo, que queremos encontrar un montón de apuntes en vuestros cuadernos.

-Para que los señores Scragg sepan que hemos estado trabajando -aventuró Jane.

-Para que sepan lo buena que es la clase.

Tal vez eran sus modales barriobajeros como los de los chicos a los que enseñaba en Nueva York, pero era imprescindible moldearles antes de que pasaran a la clase de la señora Scragg después de las vacaciones, al menos unos cuantos. La joven se repetía incesantemente que los muchachos eran fuertes, pero sólo pensar que tenía que poner a un chaval en manos de la señora Scragg durante tres años le entraban ganas de llorar.

Se despejó el cielo y la cascada luminosa del sol de mayo pareció reorganizar el paisaje: mostró los páramos abiertamente; subrayó, con nuevas sombras, las tapias de mampostería y tiñó de verde las nubes del horizonte, demostrando que eran cumbres surcadas de plateados arroyos. Los ruidos de la ciudad se habían extinguido, y las dos carreteras principales Manchester-Sheffield, entre las que Moonwell constituía el único municipio habitado en muchos kilómetros, habían desaparecido: ni se las veía ni se oía el denso tráfico. Diana permaneció quieta unos instantes, las manos en los bolsillos de su cazadora de cremallera y el sol bañándole el semblante. El callado renacer del entorno, su fulgor, fueron como una primera visión de Moonwell, un sentido íntimo de estar en casa.

Cuando las nubes ocultaron nuevamente el astro, sus manos tuvieron el impulso de partir en dos la cubierta, pero se retuvo y las tendió hacia los muchachos.

-¿Quién se acuerda de lo que os expliqué sobre el sol?

Varias docenas de manos se levantaron al grito unánime de «Yo, señorita, yo». Ella esperaba una reacción de Andrew Bevan, pero el chico se había escondido detrás de las madres de Sally y Jane, que se habían ofrecido a acompañarles en la excursión.

-¿Has levantado la mano, Sally? -preguntó Diana.

-Sí, señorita -reivindicó Sally, muy dolida, y hubo de ajustarse las escurridizas gafas-. Dijo usted que el sol lucía menos aquí que en ningún otro lugar de Gran Bretaña.

-Así es, debido a la nubosidad y las nieblas. Por ese motivo no debéis nunca..., vamos, todos lo sabéis.

-Ir a los páramos sin un adulto -concluyeron los alumnos en un desafinado coro.

-Exacto. No olvidéis que hay personas que han pasado días enteros extraviadas en ellos. Y, ahora, busquemos un claro donde podáis sentaros a trabajar y veamos cómo se presenta la tarde.

Les guió camino arriba hasta un terraplén, donde se acomodaron por grupos en medio de los brezos. Charlaba con las madres y vigilaba a los chicos sin interferirse en sus tareas. El paisaje seguía atrayendo su mirada: kilómetros y kilómetros de brezo y de matojos espinosos ofrecían una monótona uniformidad sólo rota por alguna esporádica pared pétrea o por el lecho seco de un torrente del color y la resquebrajada textura del corcho quemado, o también por el susurro y balanceo de la hierba o por el vuelo solitario de un pájaro. El sendero trazaba una pendiente del páramo. Las laderas se iluminaron de nuevo, y Diana tuvo la sensación de que lo había logrado ella a fuerza de observarlas. Quizá se sentía tan a gusto porque su familia procedía del distrito de Peak, aunque ahora ya no le quedara nadie allí.

Los pequeños no tardaron en llenar una o más páginas redactando y dibujando. Uno de los bocetos de los matorrales era desproporcionado, pero colorista.

-Muy bonito, Andrew -comentó Diana para impedir que lo garabateara demasiado, y alabó asimismo a los otros siempre que pudo. Sonrió, finalmente, al leer la ansiedad en sus rostros-. Muy bien, ahora quiero que os pongáis todos detrás de mí en fila de a dos y deis la mano al compañero.

Mientras encabezaba el grupo hacia el camino, las colinas se iban hinchando como gigantes en su despertar. Una bifurcación del sendero cruzaba la parte superior de los marjales, la otra recorría sus lindes por encima de Moonwell, dando acceso a la cueva que, aparentemente, prestó su nombre a la localidad: el Foso de la Luna. Alrededor de la hondonada de tierra yerma que descendía hacia la gruta, durante cientos de metros el terreno era pura desolación, pues hierbas y brezos cedían su puesto a la desnuda arenisca. Diana fue hasta el borde de la depresión, y elevó la mano para detener a los muchachos.

-De aquí no se pasa.

A unos doscientos metros, en el centro de la pedregosa vaguada, se recortaba la cueva. Presumiblemente, alguien decidió un buen día que era lo bastante ancha o profunda como para que se perdiera en ella la Luna. Era un auténtico pozo de quince metros de diámetro en la boca circundado por un muro de mampostería. Diana, la primera vez que vino, escaló el muro para descubrir que ni siquiera con la Luna llena del estío se veía el fondo; unas paredes lisas y resbaladizas, como untadas de sebo, se hundían verticales hacia una oscuridad cuya gelidez parecía emerger de la cavidad hacia la atalaya donde ahora se hallaban. Aunque cabía inferir que antes o después el pozo cambiaba de dirección, en lo que atañía a sus emociones, bien podía bajar hasta los infiernos. Y, pese a que los niños estaban seguros detrás de la hondonada, deseó no haberles traído.

-No paséis de aquí, ¿de acuerdo? -y aguardó hasta que todos lo hubieran prometido.

Se pusieron a chillar para provocar ecos en la cueva. Algunas voces resonaron en la profundidad, otras no, y Diana supuso que dependía del registro de voz de cada uno. Adivinó que Ronnie se planteaba si podía disparar certeramente su tirachinas, y se disponía a apuntarle con dedo amenazador, cuando la madre de Sally exclamó:

-¡Andrew!

Diana se giró, temiendo lo peor. Pero Andrew se había limitado a recular hacia el camino, donde estaba encorvado sobre algún bicho surgido de la oquedad. Los chicos se

apiñaron en su derredor.

-¡Horror! Es un lagarto -anunció Sally con espanto.

Jane retrocedió y dio un grito de asco.

-No tiene ojos.

Mientras Diana corría a verlo detrás de sus alumnos, Andrew dio una zancada, pisó contundentemente a la criatura, le clavó el talón hasta triturarla y se dio media vuelta, animado por la esperanza de haber impresionado a sus camaradas. Pero estos se estremecieron y se apartaron.

-Debía de ser un habitante de la cueva -señaló Diana, examinando el amasijo de piel blanca e intestinos-. Es una lástima que lo hayas aplastado, Andrew. No es corriente que seres como éste salgan a campo abierto. Da igual, no te preocupes -se apresuró a añadir al ver que al muchacho le temblaban los labios-. Ya que estamos aquí, podrías decirnos cómo ayudas a adornar el foso.

La pequeña cara del muchacho, enjuta, pálida y con las cejas fruncidas, delataba su resentimiento.

-Hago una parte de una imagen con flores -farfulló, como si no quisiera que le oyeran.

-Utilizas pétalos y luego tu parte y las otras encajan como en un rompecabezas, ¿verdad?

En los pueblos de toda la región de los Peaks las gentes decoraban los pozos con figuras hechas de flores y otros elementos vegetales, una tradición que casaba el paganismo con el cristianismo en una común acción de gracias porque el agua se había preservado limpia durante la epidemia de peste negra. Al contemplar a los lugareños, la víspera del último solsticio de verano, transportando paneles florales tan grandes como puertas desde Moonwell y juntarlos en la cueva, Diana creyó remontarse a una época pasada, a un remanso de calma que al mundo de hoy se le escapaba de las manos. Pero Thomas estaba cuchicheando «pétalos», dando codazos a sus amigos y riendo con picardía. La maestra meditó que no era exactamente calma lo que experimentaba tan cerca del inmenso foso.

-Ya va siendo hora de volver -dijo.

-Se montan tiendas en círculo -prosiguió Andrew, aunque disimuló que hablaba.

Al reflexionarlo, Diana vio que era cierto: las tiendas de las laderas, por encima y por debajo de Moonwell, formaban un anillo alrededor de la cueva y la población. Los excursionistas y amigos de largas caminatas eran los animadores de Moonwell ahora que las minas de plomo se habían agotado, y que unas losas de cemento cubrían las abandonadas galerías.

La senda se prolongaba hasta el extremo del brezal, y de repente aparecía el pueblo entre una capilla y una iglesia, ringleras de terrazas calizas como el lateral de un anfiteatro y el murmullante tráfico propio de una ciudad provinciana. Diana llevó a la clase por una vereda próxima y zigzagueante y tomó la calle Mayor, pasando entre corrillos que chismorreaban en las esquinas y que la saludaron, a ella y a sus chicos. Cundió el silencio cuando entraron en el patio de la escuela, apenas unos minutos antes de la hora de salida.

El señor Scragg estaba en su despacho, riñendo y azotando a un muchacho más alto que él. Algunos de los estudiantes de Diana rieron entre dientes al ver al director erguido en una silla. Las madres acompañantes se quedaron en el exterior y ladearon discretamente la cabeza. Diana introdujo su «rebaño» en el aula en el momento mismo en que sonaba el timbre.

-No alborotéis. Estad calladitos hasta que hayáis salido del colegio -les aleccionó, y se encaminó a la sala de profesores.

Cargaba el ambiente de la diminuta y sórdida habitación el humo rancio de los cigarrillos que fumaba la señora Scragg. Ella misma estaba sentada en su butaca, que parecía demasiado estrecha para su enorme osamenta. Proyecto hacia Diana su cara ancha y colorada, con el labio superior aún más rojo tras haberse depilado el bigote, en una actitud desafiante que solía sumir a los niños en llanto.

-Todo ha salido a pedir de boca, ¿eh, señorita Kramer? Hay aquí alguien a quien probablemente recordará.

-Confío en que los pupilos de la señorita Kramer no habrán adquirido el mal hábito de

comportarse según su capricho -declaró una mujer desde la butaca gemela, aplicando un biberón a la boca de un bebé- ahora que no estoy yo para imponerles orden.

-Estoy segura, señora Halliwell, de que a estas alturas la señorita Kramer sabe de sobra lo que se espera de ella.

-Puede apostar a que sí -repuso Diana dulcemente, y fue hasta su casillero.

Por lo visto, la maternidad no había mejorado el concepto que de los niños tenía la señora Halliwell. «Mejor será dejarla por imposible antes de tener que morderme la lengua», pensó la joven. Estaba cerrando el armario cuando entró el señor Scragg.

Tenía un intenso color rojo después de la azotaina. Cerró la puerta de un puntapié y esgrimió una revista frente a las mujeres, mirando con iracundia bajo sus cejas hirsutas y canas.

-Fíjense en esto. Lo he encontrado en el pupitre de Cox. No podrá sostener nada antes de acostarse esta noche, eso se lo garantizo.

-Imagino que será de esa librería -dijo, sin mirar, la señora Scragg-. ¿Qué otra cosa cabe esperar de quien pretende vender libros en las iglesias? Fue una pena que nuestros vecinos no me escucharan cuando aún podía hacerse algo. Ahora es ya demasiado tarde, más de cuatro lamentan haber permitido que se instalaran aquí.

-Muchos son los forasteros que se instalan aquí, si puedo expresar mi parecer -refunfuñó la señora Halliwell, y Diana sintió su airado escrutinio en el cogote-. Nada tiene de extraño que, de pronto, proliferen el robo y los actos de vandalismo. Y esos *hippies* que haraganean por los chalets de los veraneantes son criaturas desarrapadas. Dios me perdone, pero no me habría apenado si hubieran muerto envenenados con sus propias drogas.

«Nunca la habría tomado por nativa con ese acento irlandés que tiene», pensó Diana antes de replicar. Lo que dijo bromeando fue:

-Lo moderno llega a todos los rincones.

-No, en este pueblo no podrá -dictaminó la señora Scragg-. Media la suficiente distancia como para que lo veamos venir. Le mostraré lo que opinamos de ello.

Le quitó la revista a su marido, con los dedos en pinza como si fuera un pañal manchado. Diana advirtió que era un número de *La mujer fantástica,* viva copia de los tebeos que leía en su infancia, con los sostenes metálicos y todas esas cosas. La señora Scragg retorció la colilla de su cigarrillo sobre la cara de la heroína de la portada y arrastró la candente punta por el papel quemando en cruz la sicalíptica figura.

-¿Está claro? Puede decirle a sus amigos de la librería que esto opinamos de quienes venden semejantes porquerías a los inocentes.

-Dudo mucho de que los Booth vendan estos tebeos -quiso abogar Diana, pero fue como predicar en el desierto-. Ahora, les ruego que me disculpen.

Abandonó con paso decidido la viciada sala, y enfiló el reluciente corredor que discurría junto a su aula vacía. «Todo cuanto puedo hacer es lo que ya estoy haciendo -se tranquilizó a sí misma-: no sólo instruir a los niños, sino fortalecer su carácter, prepararles para pasar unos años a solas con los Scragg, claro que, ¿cómo se preparaba a un Andrew, por poner un caso?» Salió de la escuela y el sol bañó su rostro. Desde que llegó a Moonwell intuía cada vez con más seguridad que aquello no bastaba, que tenía que hacer algo más, sin atinar a saber qué era.

3

El negocio de la librería Booth no iba muy boyante pese a los muchos rostros nuevos que traía a la villa la proximidad del estío. Por eso pudo Geraldine acercarse dando un paseo hasta la tienda de los Bevan. June Bevan pasaba la aspiradora sobre el aparador de las mochilas, los infiernillos Primus y los equipos de escalada, en una postura en la que su largo

cabello moreno con mechas grises se mecía delante de las mejillas en lacios mechones. La mujer se enderezó. Todavía con los hombros encogidos, dijo:

-Gerry, dime que no has venido más que a charlar. No puedes consentir que Andrew abuse de ti.

-La escuela me pilla de paso -mintió Geraldine-. No me causa ninguna molestia.

-Eres muy amable ofreciéndote como lo haces. Agradecemos el interés que tanto tu esposo como tú os tomáis con el chico. Espero que también él os lo diga, si es que alguna vez habla por iniciativa propia.

-Es muy parlanchín cuando se le conoce bien.

-¿De veras? En ese caso, es evidente que yo no le conozco nada -el semblante de June, pequeño, de facciones comprimidas y pómulos prominentes, quedó inexpresivo-. Bien, más vale que no te retenga o, de lo contrario, andará deambulando por los alrededores del colegio y la gente creerá que nadie le quiere.

«Alguien sí le quiere -meditó Geraldine- y tú también deberías tenerle más cariño.» Con todo, no convenía precipitarse en emitir juicios. Los Bevan les habían brindado su amistad, a ella y a Jeremy, cuando la señora Scragg y la escuela en pleno trataron de volver en su contra a los lugareños, haciendo circular una solicitud para que no les autorizaran a usar la antigua capilla como librería. Algunos de los que no firmaron parecían arrepentirse ahora aunque no frecuentaran la iglesia, sobre todo quienes tenían hijos en la clase de la señora Scragg. A Geraldine le tentaba a menudo la idea de enfrentarse abiertamente con aquella mujer, pero hoy, en presencia de Andrew, no. Fue a la escuela por la calle Mayor, con sus escaparates luminosos de ropa, lanas, pinturas de artistas locales y fósiles recogidos en las montañas.

Andrew estaba acurrucado tras el pétreo pilar del portalón, mordiéndose las uñas. Metió las manos en los bolsillos de sus pantalones con rodilleras de franela gris y, para atreverse a sonreír a Geraldine, rehuyó primero su mirada.

-Estás guapo, pero desaliñado -dijo ella.

El muchacho fijó los ojos en sus piernas tiznadas y en sus calcetines caídos, y se replegó sobre sí mismo.

-No te apures, un buen lavado lo solucionará todo -le consoló Geraldine, y tomó su mano. Un niño de ocho años tenía que estar sucio, desaseado y cansado al finalizar su jornada escolar; Jonathan lo habría estado... Pero no era bueno pensar en él mientras pasaba un rato con Andrew-. ¿No vas a hablarme hoy?

-Sí -contestó el niño con una risa trémula, y eso fue todo hasta que llegaron ante el comercio de sus padres. Sus ojos, inmersos en un delgado y pálido rostro, miraban furtivamente a Geraldine siempre que ella estaba distraída. Sólo al pisarlos reparó en los cagajones de caballo que había al pie de la acera-. ¡Maldita mierda! -masculló el muchacho, y se retrajo automáticamente.

Geraldine consiguió mantenerse imperturbable, sin dar muestras de que hubiera oído nada especial. Le sujetó por el codo mientras frotaba la suela contra el bordillo y al soltarle, él espetó:

-Me encanta estar en la clase de la señorita Kramer. ¡Ojalá nunca tenga que dejarla!

-Estoy segura de que ella comparte ese sentimiento, Andrew -respondió Geraldine a falta de otras palabras mejores.

Abrió la puerta de la tienda de los Bevan, exponiéndole al grito de June de «Pero ¿tú has visto cómo vienes? ¿Dónde diablos te has metido?». Geraldine dirigió a la mujer una mirada apaciguadora y siguió su camino hacia la librería.

La capilla protestante del siglo XVII se había cerrado al culto veinte años atrás, pero sólo desde fecha más reciente se dedicaba a usos profanos. Era un emplazamiento idóneo para la librería que Jeremy y ella tuvieron que desalojar en Sheffield al aumentar los impuestos y, era idóneo, sobre todo, porque tenía una vivienda en el mismo recinto. Pero, por si esto fuera poco, para acallar a la subrepticia corriente puritana de la población -recapacitó irónicamente Geraldine-, encima tuvieron que contratar los servicios de Benedict Eddings en la reforma de la capilla.

Jeremy trataba en vano de localizar por teléfono a Benedict. En ese mismo momento

entró ella.

-Por favor, dígale que la alarma ha vuelto a dispararse esta noche a las tres de la madrugada -decía a su interlocutor, atusándose una barba que le cubría el rostro a partir de los mismos pómulos-. Le quedaré muy agradecido si nos llama tan pronto como llegue. -Depositó el auricular en su sitio y dedicó a Geraldine una sonrisa, de tal modo que las incipientes patas de gallo se irradiaron desde sus grandes ojos azules, por ambos lados de su cara cuadrangular, hasta una frente alta que comenzaba a clarear-. No hay necesidad de disgustar a su mujer. -Dio a la recién llegada un abrazo de oso amaestrado y añadió, casi demasiado gentil y como por casualidad-: ¿Cómo has encontrado a Andrew?

-Mejor que otras veces. Tendría que haberle traído y que cogiera un libro. -Se desembarazó al fin de Jeremy, no tanto por el agobio como por la inquietud que notaba en él: de haber tenido que derrumbarse, lo habría hecho años atrás. Jonathan pervivía en algún lugar, quizá en su imaginación o en los recovecos de un sueño interminable, y eso era lo único importante-. Venga, reparemos esa estantería.

Cuando terminaron de afianzar el anaquel, que había empezado a desprenderse del muro al día siguiente de que Eddings lo construyera, Geraldine colocó los libros y Jeremy se puso a preparar la cena. A mitad del ágape, en el recogido y blanquísimo comedor desde donde se dominaban las verdes laderas de los montes, oyeron regresar a casa a los Bevan. June todavía seguía riñendo a Andrew.

-Ve arriba y calienta el agua. ¿Qué habrá pensado Geraldine al verte con esa pinta de pordiosero? Podrías tenerme un mínimo de consideración a mí, ya que no te la tienes a ti mismo.

-No permitiré que me utilicen así -murmuró Geraldine con la voz indignada.

Sin embargo, encarándose con June no haría sino empeorar la situación de Andrew. Se limitó, pues, a poner una cinta de Sibelius, una música tan fría como unas montañas áridas, para aislarse de la pertinaz reprimenda. No hacía ni diez minutos que funcionaba el aparato, cuando June llamó a la puerta.

-¿Podrías bajar un poco el volumen? No es que no sepamos apreciar la buena música, pero el niño acaba de acostarse. Cuanto antes se duerma, Dios nos asista, antes podremos tener algo de paz.

Lo más probable era que le hubiesen mandado a la cama sin probar bocado.

-Si es paz lo que quieres, envíamelo aquí -sugirió Geraldine, pero June ya había iniciado la retirada.

Bajó el volumen y terminó su cena; tenía un nudo en el estómago. Mientras ayudaba a Jeremy a recoger la mesa, sonó de nuevo el timbre. Esta vez era Brian, el marido de June.

-¿Dónde anda nuestro hombre? No seré inoportuno, ¿no? -dijo, y traspasó el umbral sin aguardar a la invitación de Geraldine. Tenía el óvalo facial redondo y fofo, la barbilla en punta que, ella así lo presumía, proyectaba deliberadamente; la piel cetrina y violácea en las ojeras, y las rizadas patillas que se alargaban hasta la mandíbula. Irrumpió en la cocina y encontró a Jeremy lavando la vajilla-. ¡Ajá! Veo que la tuya te obliga a hacer sus tareas. Escucha, espero que la mía no te haya ofendido antes.

-¿Tu qué? ¡Ah, te refieres a June! Ha sido con Geraldine con quien ha hablado, no conmigo.

-Ya sabes cómo se pone cuando se sale de quicio. Andrew estuvo muy impertinente, contradiciéndola en todo. Ni siquiera tuvo la diplomacia de cerrar la boca. Pero da igual; lo que quería preguntaros es si vais a salir esta noche.

-No hemos hecho ningún plan. ¿Por qué -intervino Geraldine-, quieres que cuidemos de Andrew?

-No, por hoy ya habéis cubierto el cupo. Si no pensáis ir a ningún otro sitio, me gustaría que pasarais a tomar una copa.

-Han de venir a arreglarnos la alarma -se excusó Jeremy.

-Si Eddings aparece, le oiréis desde nuestra casa. Venid, por favor, o creerá que estáis enfadados. Además -agregó Brian como para no dejarles opción-, deseamos hablaros de Andrew.

Apenas se fue, Jeremy telefoneó a Eddings, que seguía todavía ausente, haciendo chapuzas por ahí.

-Afrontemos su hospitalidad -se resignó, con gesto displicente.

Un aspirador ronroneaba en el vestíbulo de los Bevan cuando llegaron.

-Estaréis de acuerdo conmigo en que podría haberse sacudido la suciedad de los zapatos después de ir a veros -declaró June a modo de justificación, y les hizo pasar al salón.

Era el imperio de la porcelana: pastorcillas en la repisa de la chimenea de ladrillo gris, en la que había carbones artificiales iluminados con llama de gas; estatuillas chinas en los estantes de las cuatro paredes, y un juego de té en la cómoda de estilo galés. Geraldine no vio siquiera un rincón donde Andrew pudiera jugar en medio de todos aquellos cachivaches, la televisión, el vídeo y el bar de madera de pino junto al que esperaba Brian para servirles.

-¿Qué os apetece? Tengo de todo mientras no os salgáis del whisky, la ginebra o el vermut.

June distribuyó unos posavasos de papel y deslizó uno bajo su copa de Martini antes de, entre suspiros, tomar asiento.

-Tal vez ahora pueda relajarme, después de un interminable día sufriendo por Andrew.

-¿Qué sucede? -inquirió Geraldine.

June miró a la mujer como si ésta tratara de hacerse la chistosa.

-¿No sabes dónde les ha llevado esa joven americana? Ni más ni menos que a los marjales, al borde mismo de la cueva. Quienes pretendan aunque sólo sea poner los pies en los pantanos tienen que proveerse de un mapa, brújula y comida por si se pierden.

-Eso es únicamente para recorridos largos -discrepó Jeremy.

-Mi padre siempre decía que aunque no fuera más que para pisarlos: dejar la huella del pie y salir. De todas formas, es natural que os sintáis obligados a defender a la profesora, siendo amiga vuestra...

-La conocemos de acompañar a Andrew a la escuela -señaló Geraldine.

-Como maestra no está mal -intercaló Brian-, un tanto presuntuosa: se considera una gran psicóloga infantil. Lo que esa chica necesita es un hombre que le enseñe unas cuantas cosas, ya me entendéis.

Geraldine eludió el guiño de inteligencia.

-Me has comentado antes que queríais hablar de Andrew.

-Sí. Como tenéis tanto contacto con él, querríamos que nos dierais vuestra opinión. -Brian bebió de su whisky, y les observó a ambos de hito en hito-. Quizá sepáis más que nosotros sobre esas cuestiones. Lo que intento consultaros es si no os parece un poco amanerado.

-¿Amanerado?, ¿en qué aspecto? -puntualizó Jeremy.

-En el de la homosexualidad, por supuesto. La gente los llama *gays,* que significa «alegres», aunque, que me maten si comprendo de qué hay que alegrarse. -Las mejillas de Brian se habían enrojecido-. ¿Creéis que no es un hombre?

-No lo es *todavía* -repuso Geraldine-. Es un niño nada más. La mayoría de las personas no se definen sexualmente hasta alcanzar la adolescencia.

-Permíteme recordarte que nuestros vecinos están de lo más definidos, y él habrá de concretarse si sabe lo que le conviene.

-Estoy convencida de que es tan normal como cualquiera de nosotros -apuntó Geraldine, anhelando que lo fuera, confiando en que lo sería.

-Yo también. ¿Cómo va a ser un hijo mío homosexual? Nadie ha podido ejercer en él tan malas influencias. -Brian se volvió, sonriente, hacia Jeremy-. Voy a confesarte algo. Hubo un tiempo en que pensé que eras uno de ellos, con esa manía tuya de pasar tantas horas en la cocina y ese nombrecito que tienes.

Se hizo un embarazoso silencio que June rompió.

-Pues si es normal en eso, ¿qué es lo que falla?

-¿En qué sentido? -quiso especificar Geraldine.

-En todos los que puedan venirnos a la mente, Dios nos proteja. Este curso ha sido uno de los últimos de la clase, a pesar de que vuestra amiga la maestra, hay que reconocérselo, ha

conseguido estimularle un poco. Y fuera de la escuela es aún peor, siempre pegado a mis faldas de la mañana a la noche, negándose a salir porque ningún niño quiere jugar con él. Y no es que se lo reproche, porque lo cierto es que no se comporta como los otros chicos de su edad. Habla casi siempre como un bebé.

-Si vosotros le alentarais a ser algo más comunicativo, quizá...

-¿Más comunicativo? ¡Válgame Dios! Después de un fin de semana a su lado llego a temer que nunca se me aliviará la migraña que me queda. Me aterrorizan las vacaciones estivales, os lo digo con toda franqueza. Si le aguantaras un día entero no estarías tan predispuesta a alentarle.

-Hagamos la prueba.

-No dejemos que el crío nos estropee la velada -interfirió Brian al ver que June sollozaba-. ¿Queréis que os pase una película de vídeo? Vosotros no habéis comprado todavía el aparato, ¿verdad? Tengo aquí algo que os divertirá.

Rebuscó detrás del bar y sacó un estuche de plástico sin carátula. Su repentina exultación incomodó a Geraldine, incluso antes de que anunciara:

-No es lo que se denomina «porno duro», sino más bien una comedia.

-No me opongo a la pornografía -se justificó June con lo que podría calificarse como una sonrisa valiente-, siempre que no se involucre a los niños.

Geraldine suspiró para sus adentros, y apretó la mano de Jeremy al concluir los sucintos créditos de la película. Brian empezó a cloquear al hacerse evidente que la diana de un juego de canicas era una vagina. Geraldine rehusó mirarle, pese a estar segura de que la espiaba para ver cómo reaccionaba, incitándola a tomar conciencia de sus largas piernas y de sus redondos senos, del calor que subía por su cara en forma de corazón hasta su cabello muy corto y plateado, o hasta las puntas de sus afiladas orejas. Ansió febrilmente no haberse ruborizado.

-Eso es lo que yo llamo jugar a las canicas -se entusiasmó Brian mientras el ganador manoseaba a la mujer como preámbulo de una orgía.

Con la primera eyaculación, Jeremy se aclaró la garganta y dijo:

-Insisto en que hemos de estar atentos a la llamada de Eddings o se nos escapará.

-¡No iréis a marcharos ahora! -protestó Brian, dando un brinco-. De todas maneras, tendrías que venir antes conmigo, tengo algo que enseñarte.

Jeremy dirigió a Geraldine una mirada de impotencia mientras ascendía la escalera en pos de Brian. Ella, por su gusto, habría sugerido que quitaran la película, pero June contemplaba la pantalla con una sonrisa en los labios apretados que no invitaba a abordarla. Geraldine oyó un zumbido arriba que, indudablemente, no era lo que aparentaba. La maraña de carne de la televisión adquiría un cariz casi abstracto cuando los hombres bajaron al salón.

-Siempre que queráis tomaros un descanso de Andrew, no vaciléis en llevárnoslo -se ofreció Jeremy en un tono displicente que constituía un repudio al resto de la noche. Era obvio que tenía tantos deseos de irse como ella.

Enlazadas sus manos, ambos se precipitaron al exterior bajo un cielo aterciopelado. Una vez que se distanciaron de la puerta de los Bevan, él murmuró:

-Nunca adivinarás qué era eso que quería mostrarme.

La risa reprimida de Geraldine dio una rara dispersión a sus palabras.

-¿No sería un vibrador?

-Pues sí, eso y lo grande que es su cama. No ha parado de insinuarme sobre un juego que podríamos compartir todos si podemos hacer un hueco en nuestra rutina. Tengo una idea muy precisa de cuál es el trofeo que persigue.

-Ahora ya sabes qué se esconde tras unas cortinas de tul.

-Podría haber vivido ignorándolo. ¿Aprovechamos para dar un paseo? Eddings ya no vendrá tan tarde, y si lo hace podemos contrariarle nosotros para variar. Luego te leeré unas líneas.

Después de las sobremesa, solían intercambiar unas lecturas. Geraldine no se percató de cuan tensa la habían puesto los Bevan hasta que se encontró en los pantanos que coronaban el pueblo. Un viento frío flageló su rostro desde la oscuridad al corporeizarse las altas montañas contra el negro cielo, porque algo más surgió de pronto, una inestable frente blanca que se

perfiló sobre el reborde tras el que se encontraba la cueva. Se sereno, a pesar de que el albo ribete se abultaba de forma colosal, tembloroso su contorno. No era, naturalmente, más que la Luna, magnificada por la niebla. Apretó Geraldine la mano de Jeremy, y se quedó inmóvil hasta que el astro se elevó con nitidez en la bóveda celeste. Era síntoma de lo nerviosa que había estado en casa de sus vecinos el que la visión de una fase de la Luna encima del foso le causara tan inexplicable desazón.

4

-Tan sólo una llamada más -prometió Hazel a sus padres, buscando en el listín abierto sobre el regazo un nombre con el que aún no hubiera probado. Marcó el número e impostó la voz-. ¿El señor Fletcher? Soy Hazel Eddings. Le llamo desde la compañía Seguridad de Peak. Nos preguntábamos si tiene la total certeza de que ningún ladrón puede asaltar su casa y...

-Ya ha llegado Benedict -dijo bruscamente Vera, su madre, demasiado tarde para evitar la llamada, en el momento en que el marido de Hazel asomaba por la estancia su rostro de mentón prominente.

-Partiremos tan pronto como estén listos -urgió, agitando los brazos para ajustarse los puños de la camisa mientras intentaba anudarse bien la corbata.

-Nunca aprenderás -le regañó Vera-. Ven, déjame a mí.

Le siguió hasta el vestíbulo, por lo que Craig fue el único que vio a Hazel separar la cabeza del teléfono con la expresión de quien ha sido herido en su amor propio.

-Tampoco hay por qué ser grosero -musitó la chica, y dejó el auricular en el soporte como si no quisiera tocarlo nunca más.

-¿Qué te ha dicho, cariño? -indagó Craig.

La joven parecía tan vulnerable que le dio un vuelco el corazón, igual que quince años atrás, cuando la vio lucir su primer vestido largo. Ella pestañeó con ojos vivaces y le sonrió como si no hubiera ocurrido nada.

-Estoy bien, papá -afirmó, y echó a andar hacia el exterior.

Así peinada se parecía todavía más a su madre, con su morena cabellera recogida en un moño sobre el blanco cuello de cisne, realzando sus ojos oscuros y los huesos delicados como los de Vera. Craig tomó el brazo de su esposa persuadido de que también había oído las últimas palabras de Hazel en el teléfono, mas, por prudencia, se cuidó de no hacer ningún comentario. Benedict abrió la puerta principal y dejó que se adelantaran los otros para activar la alarma.

-Quizá tenga que salir a toda prisa después de cenar. Si le apetece, Craig, puede acompañarme -dijo.

Los Eddings vivían en los aledaños de Moonwell, junto a la carretera de los marjales, en una casita con postigos azules y paredes encaladas. Los primeros centenares de metros hacia el pueblo carecían de iluminación, y Craig se apoyó en el brazo de Vera. Una vez pisó una hoja que la lluvia había adherido a la calzada, resbaló y a punto estuvo de sumergirse, patinando, en la oscuridad.

Las luces empezaban frente a la iglesia, el último edificio del pueblo. Las farolas estiraban las sombras de los sauces en el terroso cementerio repleto de lápidas, rotulando el muro con la sombra de un roble. Craig vio que la luz del pequeño y angulado pórtico estaba encendida.

-Recogeré el boletín -dijo Benedict-. Vayan entrando si quieren.

Las cabezas de unas desdibujadas gárgolas sobresalían de las recias paredes que aguantaban la techumbre, alta y muy inclinada. Los rayos luminosos se filtraban sobre la

centelleante hierba a través de las ventanas, estrechas, largas y en forma de arcos, todas con tres figuras en su vidriera, tan amontonadas que parecían una sola. A decir verdad, Craig, en su niñez, creyó que lo eran. El recuerdo le hizo sentirse inopinadamente pueril mientras, agarrado a Vera, traspasaba la entrada de la iglesia.

Bajo los finos arcos de la bóveda, la nave era apacible y acogedora. «También da la bienvenida a los ateos», meditó, dejando que su mujer hojease el libro de visitantes.

-Es una pena que no venga más gente, la iglesia es realmente bonita. Aun así, este año el promedio ha mejorado -declaró ella, y añadió-: ¡Oh, qué horror!

Hazel echó un vistazo por encima del hombro de su madre y exhaló un grito de repulsa. Alguien había escrito la frase «Me cago en todo», atravesada sobre una página llena de firmas, que databan de comienzos de mes. Antes de que Craig se pronunciase, Hazel bramó:

-Eso es lo que pasa cuando las personas pierden la fe. No respetan a nadie, ni siquiera a Dios.

-Yo creo que Dios les perdonará, señora Eddings -dijo el sacerdote, saliendo de detrás del impresionante pulpito de madera. Era un hombre chaparro, de grueso vientre, de faz jovial y colorada, el cabello canoso y desgreñado-. Más me preocupa que se den por ofendidas damas como ustedes. Eso sí es un pecado.

Hazel le estudió boquiabierta.

-¿No le parece pecaminoso insultar a Dios?

-Dudo mucho de que quienquiera que sea el que garabateó esa estúpida nota tuviera a Nuestro Señor en la mente. Lo que se proponía era escandalizar a aquellos que la leyeran. Después de todo, la iglesia ha perdurado incólume durante casi ocho siglos, y los cimientos más tiempo aún. Se percibe en el ambiente, ¿no es cierto? Y, sin embargo, a los ojos de Dios no ha transcurrido ni una fracción de segundo. Piense cuánto menos importante ha de encontrar esta niñería.

-¿No se excede hablando así en el nombre de Dios? -cuestionó Benedict.

-Hacerlo forma parte de mi oficio. Yo tengo la firme creencia de que el Señor es indulgente y perdona, algo que también se respira aquí dentro. -El cura se volvió hacia Craig y Vera-. Ustedes deben de ser los padres de la señora Eddings. Tengo oído que proyectan incorporarse a mi parroquia.

-Siento mucho no haberles presentado -se disculpó Hazel-. Padre O'Connell, éstos son Craig y Vera Wilde.

Craig estrechó la mano del clérigo, fuerte y cálida.

-Si nos jubilamos, tal vez nos mudemos a Moonwell, e incluso es posible que continuemos realizando aquí trabajos de tipo legal. Pero debo informarle -dijo, retraído por su propia turbación- de que no somos feligreses practicantes.

-Si son asiduos del bar coincidiremos con frecuencia. Son procedentes de Moonwell, ¿no es así? ¿Participaron alguna vez en la ornamentación de la cueva? Pues claro, sepan que todavía confeccionamos los paneles entre estas paredes. Mi punto de vista personal es que refuerza la institución de la Iglesia.

-Me haría muy feliz que llegarais a simpatizar con el padre O'Connell. -Hazel bajó la voz en un cuchicheo, como si no quisiera que la oyese Craig-. Aunque no vais a rejuvenecer por ello.

Ya en la calle, Craig admitió:

-Es simpático ese cura tuyo. Al menos no aplica la ley del miedo.

-Quizá debería hacerlo -argumentó Benedict-. Nada hay de malo en ser agresivo en honor de Dios. Perdió un gran porcentaje de sus feligreses cuando predicó contra las bases de misiles, como si no advirtiera que el temor que éstas inspiran está haciendo que la gente vuelva al seno del Señor. Buscan un liderazgo contundente ahora que hay una base tan cerca de Moonwell; no van a la iglesia a escuchar sermones blandengues. Creo sinceramente que tuvo la oportunidad de ganar para Dios a toda la población, mas fue demasiado contemporizador. Por eso cunde tanto la delincuencia, porque la gente no se levanta en defensa de lo que es justo; no me sorprende que no lo hagan cuando hasta a su pastor parece asustarle.

-No obstante, confío en que seguiréis colaborando en la prevención de la delincuencia -dijo Craig, reservándose la sugerencia de que Benedict tenía algo que agradecerle a esa delincuencia-. ¿Qué tal va la compañía desde que le cambiaste el nombre?

-No prosperaría ni la mitad de no ser por Hazel -contestó Benedict, y dio unas palmaditas en el hombro a su mujer-. El cambio de nombre es, desde luego, una práctica habitual en el mundo de los negocios.

«Y así no nos cuenta las verdaderas razones», pensó Craig. Mas habría tiempo de sobra para ahondar en el tema. Ahora prefería recuperar el pálpito de la villa, de las terrazas que no guardaban línea ninguna con la contigua o los tramos de la calle Mayor que estaban por pavimentar, sin nada más que márgenes de hierba delimitando unas conducciones convexas como aros de barril. Las avenidas fluían de la plaza central, a través de los bancales, hacia el valle, y la estampa de las turbias madejas de luz que penetraban la arremolinada neblina le producía nostalgia y placidez. Al cruzar la plaza en dirección al hotel Moonwell, se recordó a sí mismo que no debía recrearse demasiado.

El hotel tenía tres pisos de altura, con las habitaciones más pequeñas situadas bajo el empinado tejado. En el restaurante había espacio suficiente para atender a los huéspedes incluso estando ocupadas todas las habitaciones, pero, como no lo estaban, Craig no había reservado mesa. Quizá pecó de imprevisión, pues las mesas de la sala de suntuoso techo y un muy pulido suelo, destinado al baile, se hallaban llenas.

-¡Qué fastidio! -exclamó Benedict en lo que eran, para él, palabras mayores.

Presumiblemente, los comensales, en su mayoría de mediana edad, pertenecían a un grupo organizado, ya que todos parecían conocerse entre sí. Los Wilde y Eddings encontraron asiento en una mesa, pero apenas se habían acomodado cuando las parejas de la mesa adyacente comenzaron a levantarse. Un minuto después, el restaurante se había vaciado, dejando al cuarteto envuelto en ecos de cien voces, servilletas arrugadas, tazas y platos usados y otras señales de uso.

-Tienen suerte de que nosotros tomemos vino -dijo Craig al camarero que había acudido a retirar los restos de sus antecesores-, o esta noche no se estrenarían.

En el instante en que una camarera con aspecto de matrona les servía sus menús, Vera y su marido se habían bebido ya la mayor parte del vino y mandaban que les repusieran de nuevo la botella, indiferentes al asombro de Benedict, que tenía ya la censura a punto. Cortando su pollo a la Kiev, Craig volvió a evocar la imagen de Hazel con su primer traje de fiesta.

-¿Te acuerdas de la primera vez que cenamos en el ayuntamiento de Sheffield? Comiste pollo a la Kiev. No podías hacerte a la idea sobre cómo lo rellenaban de mantequilla de ajo, y lo comparaste a un barco en una botella.

-¿Eso hice? -preguntó Hazel con una sonrisa.

-Hazel recuerda muchos detalles de su infancia -recalcó Benedict.

-Me satisface que sea así -declaró Vera, y guiñó el ojo a su yerno, aunque el tono de éste había sido apagado-. ¿O debería lamentarlo?

-Bueno, lo cierto es... -fue a responder Benedict, mas Hazel le interrumpió.

-Lo dice tan sólo porque le mencioné casualmente cómo papá y tú acostumbrabais vestiros en casa.

-Cómo *no* nos vestíamos -corrigió Craig, al tiempo que se quitaba de la lengua un trozo de corcho del tapón.

-Ahora sé que intentabais ser modernos, adelantaros a vuestra época, pero entonces, y os suplico que no os disgustéis si os lo comento, me molestaba que os pasearais de aquella manera. Me alegro de que haya pasado de moda. Hace tan sólo unos días, ¡qué barbaridad!, Benedict tuvo que llamar la atención a unos vecinos para que le pusieran algo de ropa a su niño mientras jugaba en el jardín.

-No me parecieron muy buenos cristianos -apostilló Benedict.

Vera posó en el mantel su copa, que había detenido a flor de labios.

-¿Qué otras críticas tienes de tu niñez, Hazel? Oigámoslas todas.

-No era mi intención herirte, mamá. Me habría callado de suponer que te lo tomarías tan

a pecho.

-No, por favor, no te eches atrás -persistió Vera, y retiró la mano que Hazel iba a acariciar-. Quiero enterarme.

-Son simples naderías. Nunca me prohibisteis participar en las actividades religiosas del colegio, pero yo tenía la sensación de que papá las desaprobaba. Y, aunque siempre deseé pedir permiso para asistir a la escuela dominical, no lo hice porque temí que lo interpretaseis como una indirecta de que no me bastaba con vosotros. Y nada más lejos de mi ánimo, espero que al menos eso lo sepáis.

-Nada más lejos de decirlo: pero, pensarlo, lo pensabas.

-¡Oh, mamaíta! -clamó Hazel, y hubo de moderar el volumen de voz al resonar la última sílaba en el vacío restaurante y atraer a un camarero hasta las puertas de la cocina-. Mamaíta, dime que no estás ofendida. Siempre me asustó la idea de que acabáramos hablando en estos términos.

-Eres una caja de sorpresas, eso es todo -cortó Vera, pestañeando para contener las lágrimas.

Benedict carraspeó y, masticando el último bocado del segundo plato, le anunció a Craig:

-Ya es hora de que reanude mis obligaciones.

-Iré contigo. Podrías ir a casa a por la furgoneta y recogerme aquí.

-Como guste -se avino Benedict, dando a entender en su tono que cuanto antes quedasen a solas las mujeres, mejor.

El ruido de sus pisadas, tenues y recatadas, murió por fin, y Craig intervino.

-Sé muy bien que no pretendías entristecer a tu madre, Hazel. Ambos somos conscientes de que has de ser tú misma, que no tenemos ningún derecho a exigir que te conserves tal como te moldeamos en su día, pero al menos deberías respetar nuestras ilusiones respecto a nosotros mismos.

Hazel asió su mano y la de Vera.

-Sois las dos personas que más adoro en el mundo. Sólo digo esas cosas por lo mucho que me preocupáis.

-No hay motivo -atajó Craig-. Si Dios existe, no puede recriminaros que no tengamos el don de la fe.

Las dos mujeres le dirigieron una mirada de reproche y, muy a su pesar, el hombre hasta se sintió aliviado cuando regresó Benedict.

Tan pronto como se instalaron en la furgoneta, donde se apilaban herramientas y maderos, Craig preguntó:

-¿De qué querías hablarme?

El motor no quiso arrancar, y Benedict hizo girar por segunda vez la llave en el contacto.

-Se me ocurrió que le gustaría ver cómo atiendo a mis clientes. Confío en que llegará a la conclusión de que nos merecemos el éxito.

-Lo que significa -aventuró Craig en el momento en que el vehículo arrancaba con una sacudida- que tu trabajo no funciona tan bien como tú crees merecer.

-Podría ir mejor. Y lo iría si al quebrar la firma me hubieran pagado el despido; yo no me habría quedado en cuadro con esas alarmas. Tengo que avivar un poco el negocio, agenciarme una furgoneta nueva, renovar la publicidad y, tal vez, emplear a alguien a media jornada para las tareas en las que soy menos diestro. He calculado los costes iniciales. No serían astronómicos.

-Ojalá esté conforme en eso el director de tu banco.

-Si he de ser honesto con usted, no me dio demasiadas esperanzas. Desgraciadamente, les debemos una pequeña suma de dinero.

Eddings paró la camioneta donde se terminaba la población.

-¿Y qué es lo que has planeado? -inquirió Craig.

-Me preguntaba si Vera y usted podrían echarnos una mano.

-Poder, posiblemente sí. ¿Qué cantidad calculas?

-Tres mil nos permitirían sanear la empresa, y el doble de esa cifra saldaría la deuda del banco. Entiéndame, le hablo de un préstamo a corto plazo. Estoy seguro de que podríamos devolverles tres cuartas partes, si no todo, para finales de año.

-No puedo tomar una decisión hasta que lo discuta con Vera. Por si acaso, te aconsejo que no eches todavía las campanas al vuelo -previno Craig, a la par que ambos se apeaban.

A juzgar por su apariencia y vestimenta, los libreros se disponían a acostarse.

-Este es mi suegro -presentó Benedict a su acompañante, lo que no pareció complacerles.

Les guiaron hasta la tienda, y Benedict abrió el protector de la microcomputadora que controlaba el sistema de alarma.

-Como imaginaba, cometió usted un error -dijo, e hizo una demostración con exagerada paciencia. En el camino de salida hizo un alto frente a un anaquel de libros-. ¡Caramba, lo han arreglado ustedes mismos! Podrían habérmelo dejado a mí -indicó quisquilloso.

-El negocio es el negocio -discurseó, poniendo la furgoneta de nuevo en marcha-, pero experimentaría un gran placer si pudiera negarme a trabajar para gente como ésa. ¿Se ha fijado en lo que han puesto donde debería estar el altar? Un mostrador rebosante de libros sobre temas de hechicería. Claro que usted tal vez no vea ninguna diferencia.

Craig emitió un murmullo evasivo, y Benedict condujo el vehículo de vuelta al hotel. Las mujeres ya no estaban.

-Tenga presente que no le pido el dinero sólo para mí -insistió Benedict durante el trayecto a casa, con las brumas flotando por la desierta calle frente a los faros.

Vera se había metido en la cama, y dormía. Craig habría deseado que charlasen un rato, por lo que se sintió muy solo. Se tendió a su lado, con un incipiente dolor artrítico, y antes de que el dolor se lo impidiera trató de dormirse. Una punzada en el peroné izquierdo le despertó con susto y jadeo. Sumergirse en aquel letargo había sido como hundirse en la galería abandonada de la mina, su caída de juventud que siempre le acechaba en las pesadillas cuando estaba nervioso. Pasó revista al dormitorio, donde los rayos lunares calaban las cortinas. Cerró los ojos y viajó a la deriva, hasta que una impresión le sobresaltó. En el restaurante del hotel había tenido el presentimiento de que los comensales no sólo se conocían entre sí, sino que conocían también algo que él ignoraba, y que esperaban, y esta idea le vino a la mente en una especie de premonición.

5

-¿Con quién nos acabamos de tropezar, señor Malasombra?

-Con un necio sin luces plantado en la calzada, señor Melancolía.

-Pues debemos de haber fallado, porque sigue ahí. Por las bolas del fuego sacro, ¿qué hace ahora?

-Aporrea el maletero del coche como si no hubiéramos reparado en él. Observe, ahora lo ha abierto.

-Pero ¿qué juego es éste? Quite las manos de mi vehículo o caerá sobre usted todo el peso de la ley.

Eustace comprendió demasiado tarde que no debería haber improvisado, porque ahora no atinaba con un final ingenioso.

-Es una historia real que me ha ocurrido hoy mismo en Sheffield, pero han de prometerme que no se la contarán a nadie -dijo, hablando con su voz normal.

Lo malo era que a través de los auriculares que le habían puesto no se parecía mucho a la suya; el timbre de voz era más agudo, la vehemencia excesiva y el acento más regional de lo concebible. Veía su rostro reflejado en el cristal del estudio junto al del paciente productor, con el cabello erizado sobre la sudorosa frente y la boca únicamente un ápice más ancha que sus ventanas nasales. Redondeó la boca formando una «O», sus facciones se condensaron en un signo de exclamación, y por primera vez el productor se rió. De todos modos, aquello no era la televisión; Eustace estaba grabando para la radio. Tenía que continuar hablando a cualquier precio.

Fue una equivocación sacar a relucir tan pronto a Malasombra y a Melancolía. Debería haber explicado el incidente del coche tal como sucedió, golpeando él el maletero y el conductor acusándole de intento de robo, ya que habría podido relacionarlo con lo ocurrido en el banco. La cajera no quedó convencida de que la firma del cheque que había extendido para un cobro en efectivo fuera suya, y cuando la repitió en presencia de ella le salió aún más diferente de la que tenía registrada en la ficha. En cuanto a la fotografía que le acreditaba como miembro del sindicato, la empleada la ojeó con el mismo escepticismo que si la hubiera comprado en una tienda de objetos de broma. Hasta aquel momento fue un día corriente, pero desperdició la oportunidad de usarlo como prueba a su favor. Lo único que podía hacer era abordar otra rutina, la que se había estado reservando.

-¿Que cómo te quiero? Deja que haga recuento -reemprendió la grabación solemnemente, y no pudo sufrir por más tiempo el sonido metálico de su voz; se arrancó los auriculares y los colgó de la esquina de la mesa-. Uno, dos... Dos y una pizca los domingos,

cuatro si cuentas las veces en que me aguijonean antiguos problemas, cinco cuando tú...

Todavía oía la voz, ratonil y chillona, muy cerca del muslo. Sufría por cada carcajada, o simplemente por una sonrisa, del productor.

-No se lo contarán a nadie, ¿verdad? -volvió a decir, esperando que esta vez el hombre cayera en la cuenta de que era su consigna particular, y se preguntó en su fuero interno por qué el productor había alzado un dedo y dibujaba círculos en el aire.

Cuando lo movió imitando a una sierra frente a su garganta, Eustace susurró una sola palabra: «Gracias», dio un traspié, tiró los auriculares al suelo, pisó un cable y además estuvo forcejeando con la puerta hasta comprobar que se empeñaba en abrirla al revés. Salió a trompicones de la cabina, en el preciso momento de oír las palabras del productor.

-Estarás de acuerdo en que no vale una grabación, ni menos aún que yo malgaste mi tiempo.

-Necesita un público adecuado, Anthony -abogó su colega, que fue quien había invitado a Eustace.

-¿Y qué quieres que haga, Steve, arrastrarlo desde la calle?

-No, lo que me gustaría es que lo veas en su ambiente. Eras tú quien afirmaba que hay que dar más oportunidades a los talentos locales. -Steve giró la cabeza hacia Eustace, que cesó de enjugarse la frente-. ¿Cuándo es tu próxima actuación en la sala donde te descubrí?

-¿En El Soldado Manco? El jueves de la semana que viene.

-Esta semana hemos de desplazarnos igualmente a Manchester, Anthony. Venga, ten confianza en mí. Cuando estemos de vuelta haremos una breve parada para ver a Eustace, y si sigues sin entender qué es lo que me ha llamado la atención en él te pagaré una cena opípara.

-Ya te lo confirmaré. Una vez concluyan estas engorrosas pruebas quizá esté demasiado dispuesto a dar un puñetazo en la nariz al primer payaso que se cruce en mi camino.

-¿Has ido eso, Eustace? Es capaz de bromear, aún quedan esperanzas de salvarle. -Steve escoltó al productor a la salida llevándole por el codo-. Sé que no me decepcionarás -dijo al humorista.

«No lo haré», se juró a sí mismo Eustace mientras el autobús enfilaba el repecho de las afueras de Sheffield. Las amarillentas capas arcillosas de las minas hendían, cual cicatrices, las herbosas colinas; un embalse, losa desprendida del nublado cielo, se extendía hacia el horizonte, zambulléndose en la hondura a medida que el autobús avanzaba en su laborioso ascenso. El jueves siguiente podía cambiar su vida. Ya no sería el cartero de Moonwell y un pasatiempo para los parroquianos del bar, sino el genio que se escondía en sí mismo a la espera de ser reconocido. Merecería hasta el reconocimiento de Phoebe Wainwright.

El autobús público le dejó en la linde de los pinares. Anduvo por el remanso verde, inventando sobre la marcha nuevas ocurrencias. «El té está en la tetera, señor Malasombra.» «Ya es la condenada hora de ir al sitio que le corresponde, señor Melancolía.» Sus personajes resumían la hosquedad norteña en su peor faceta; su conducta ni siquiera era una parodia, a juzgar por lo bien que les identificaban los clientes del bar.

Un viento cortante le saludó al dejar el bosque. Más arriba, el cerro que dominaba el pueblo le ofreció una cara que parecía socarrada sobre el fondo de un cielo grumoso, leonado.

-No se pierdan a Eustace Gift en El Soldado Manco -pregonó, y él mismo se montaba la fanfarria mientras se encaramaba a la cima por el robledal-, pero tengan la bondad de no contar...

Se tragó las últimas palabras al comprobar que había moros en la costa. Un tipo descansaba entre los helechos del borde del camino.

Al quebrarse la voz de Eustace, el hombre apoyó sus estilizadas manos en las rodillas y se levantó. Llevaba un mono de algodón, zapatos de suela gruesa y una mochila. Su semblante era anguloso, de pómulos sobresalientes, y exhibía un corte de pelo a cepillo. Tenía unos ojos avasalladoramente azules. Su misma timidez impulsó a Eustace a hablar antes de recobrarse.

-¿Se dirige a Moonwell?

-Sí, en efecto.

«Es californiano», especuló Eustace basándose en su educación televisiva. Aceleró el

paso para adelantársele; pero el hombre le dio alcance y siguió a su paso.

-No vaya a creer que estoy chiflado -se defendió Eustace torpemente- porque sostenía ese monólogo.

-En absoluto. Además, sé de sobra a quién iba dirigido.

Eustace no se sintió inclinado a pedirle que aclarara lo del «a quién».

-¿Qué le trae a Moonwell?

-Buenas noticias.

-¡Oh, estupendo! Que las haya es ya una buena noticia -musitó Eustace, temeroso de arriesgarse por terrenos resbaladizos.

-Y el mayor desafío de toda mi vida.

-¿En serio? Debe de ser..., de ser... -tartamudeó ahora el cartero, y renunció.

Gracias al cielo habían llegado a Moonwell. Percibiendo entonces que los zapatos y los pantalones del desconocido estaban completamente llenos de polvo, Eustace se hizo mil conjeturas sobre su procedencia inmediata. Hizo ademán de adelantarse, pero el otro le atenazó el brazo.

-¿Por dónde se va a la zona pantanosa que rodea el pueblo?

-Por aquí -señaló el cartero con reticencia.

Lo acompañó por la calle Mayor. Al final del pueblo, en un callejón sin pavimentar, nacía una empinada vereda que llevaba a los marjales.

-Me haría un gran favor si me ayudara en la subida -solicitó el forastero.

Eustace se apiadó de él, pues parecía estar extenuado. No obstante, en cuanto coronaron el alto, con un siseante vendaval en las laderas que sacudía con fuerza los brezos, el tipo revivió.

-Ahora estoy orientado -dijo. Mas, al hacer Eustace un gesto de retirarse, agregó-: Venga conmigo. No falta mucho, y le garantizo que presenciará algo memorable.

El hombre aguardó que Eustace se situara a su espalda en el sendero, dando tropezones y medio arrepentido por haberse dejado engatusar. Arremetió entonces contra el viento, alta la frente hasta que palideció su tez debido al esfuerzo, y el cartero decidió que cualquiera que fuera el acontecimiento que se preparaba era mejor enterarse a *posteriori.* Sin embargo, aún no había pensado una excusa para huir cuando una muchedumbre que apareció ante ellos en la otra vertiente, estalló en vítores y empezó a cantar.

6

Nick se alejó de la base de misiles y recapacitó sobre cuál sería la mejor forma de contradecirse. Había hoy en la base menos manifestantes que la semana anterior. La mayoría venían de Sheffield o de más lejos, unos pocos del distrito de Peak y ni un alma de Moonwell. Parecía que, después de todo, habría que darle la razón al ministro de Defensa.

El enclave de la base se había trasladado de Sheffield a un valle en el límite de los Peaks. Hubo un sinfín de protestas porque la habían puesto muy próxima a los embalses, y algunas menos porque estaba cerca de Moonwell. Cuando la pareja que regentaba una librería en esta localidad escribió al ministro de Defensa, recibió en respuesta una carta donde sólo faltaba decir que, con lo insignificante que era Moonwell, bien podía ser sacrificado. Aquello sublevó a los inconformistas de los Peaks, pero el enfado no duró mucho tiempo. La manifestación de hoy había sido totalmente pacífica, demasiado, a juicio de Nick, si querían que prosperase. Cualquiera que fuese el tono del informe que iba a redactar, era previsible que le pusieran en cabecera un título como «Los Peaks aceptan la base de misiles». «He aquí un nuevo trabajo para el enmascarado de las ondas», pensó el reportero, disipándose su sonrisa al imaginar el rapapolvo que le echaría Julia.

Hacía ya casi un año que presentaba de forma anónimamente un programa desde su emisora pirata de Manchester. Se conocieron en una fiesta de recaudación de fondos para Amnistía Internacional, no mucho después de iniciar ella su trabajo en la radio. Al saber que era reportero se dedicó a sondear sus sentimientos, que si debía de frustrarle mucho ver sus crónicas suavizadas o tergiversadas, que cómo podía resignarse y darse por satisfecho cuando el periódico dejaba traslucir una mínima parte de sus observaciones izquierdistas, siendo estos atisbos lo mejor que cabía esperar mientras los periódicos tuvieran cada vez menos propietarios y se erigieran en portavoces de meros bocazas. Pero existía una alternativa, apuntó con ojos destellantes. No sería el único periodista que recurriera a su emisora de radio para decir lo que su diario se negaba a publicarle.

Se desvió de la carretera de Manchester y se internó en una zona árida. Tenía que haber un pueblo junto a la carretera, si no estaba equivocado, o al menos un bar donde comer algo a aquella hora. Se había encariñado con Julia; en el transcurso de los meses en que la había visitado en su desvencijada mansión victoriana de Salford, con la estación de radio en el sótano, habían hecho varias veces el amor. Últimamente, su actitud había cambiado: insistía hasta la saciedad en que la gente debía saber quién estaba en el aire. Había de revelar su identidad y esperar la reacción de su redactor jefe, persuadida de que la fama de Nick obligaría a las autoridades a pensarlo con calma antes de precintarle el local. El mismo Nick dudaba de que su nombre tuviera tanto peso y, aunque conmovido por su promesa de que junto a ella siempre tendría un puesto libre, no veía qué ventajas podía aportarle poner su carrera en peligro. En los últimos tiempos, a fin de aplacar a Julia, había dado en atacarse a sí mismo -con nombre y apellidos- a través de las ondas.

Conectó la radio del coche por si podía sintonizarla, pero se lo impedían las interferencias de una estación evangélica americana en la que un grupo de rock cantaba: «Que tengas un día feliz, Jesús mío, que tengas un día feliz». Apagó el aparato y planeó cómo difamar a Nick Reid. Evocó los carnosos labios de Julia, sus brazos de piel fresca, sus largas piernas arropándole las suyas. El automóvil avanzaba veloz entre los matorrales, a muchos kilómetros de la carretera general, y empezó a temer que se había engañado en lo del bar. En el instante en que detuvo el coche para consultar el mapa, oyó los cánticos.

Bajó el cristal de la ventanilla. Unas tierras divididas por lindes de piedra refulgían tétricamente bajo el cielo cubierto de nubes. Un pájaro atrapado por el viento cayó a plomo, en picado. El agua goteaba en la acequia vecina. Viraron las ráfagas de viento, y le trajeron otra estrofa de la canción desde un lugar elevado. Parecía una composición coral.

Guardó la guía de carreteras sin mirarla. Tenía que haber por fuerza una ciudad si se estaba celebrando allí mismo un servicio de acción de gracias al aire libre, costumbre muy arraigada entre los lugareños de los Peaks. Coronó la cuesta, y vio la localidad detrás de un par de granjas y un chalet azul y blanco. Era un rincón típico, con sus bancales de caliza y arenisca, sus recoletos jardines desbordantes de flores, y una angosta avenida principal que ocultó a sus ojos el resto de la población en cuanto la enfiló. Los comercios estaban cerrados, las calles vacías.

Aparcó el coche en la gran plaza, salió y se desentumeció los músculos. Sonó un teléfono invisible, ladró un perro. Advirtió que el bar también estaba cerrado. A la hora que era, no valía la pena ponerse de nuevo en ruta a la búsqueda de otro. El coro continuaba cantando, fuera del alcance de su vista, por encima del pueblo. Echó la llave a las portezuelas y emprendió la subida.

Un sendero que comenzaba en la punta de un bancal con casas le condujo a la cima. Al rebasar sus confines, los cantos volaron hacia él. Hubo un instante en el que parecían provenir de todos los puntos de las solitarias laderas, y también de las revueltas nubes. Siguió la trillada vereda de hierba y brezo, hacia un tramo de roca desnuda tras el cual creyó adivinar que surgía la melodía. Lo que vio desde la altura le dejó sin aliento.

El estéril terreno descendía hasta un hoyo grande circundado por un muro de piedra. En la pedregosa cuenca donde se enmarcaba esta pared había un enjambre humano, que bullía al son de un único himno. Enfrente de Nick, apartado del gentío y junto a la sección del muro donde más se elevaba la boca del agujero, destacaba la figura de un hombre arrodillado.

Docenas de personas se giraron para observar a Nick, y el periodista se mezcló con la muchedumbre para pasar más inadvertido. No todo el mundo cantaba; algunos de los asistentes estaban atónitos, otros, incluso, recelosos. Nick había llegado casi a la primera fila cuando, obedientes a un alarido que retumbó en las colinas ahuyentando a las aves posadas en los matojos, cesaron los cánticos.

Reid se detuvo entre una mujer rolliza, de facciones delicadas, y un matrimonio con un niño muy inquieto. El hombre que estaba de rodillas tenía los ojos cerrados y vuelto el rostro al cielo, musitando en silenciosa plegaria. Ahora miró a la plebe, y sus escrutadores ojos azules se fueron clavando en una cara tras otra.

-Soy Godwin Mann -se presentó, con voz diáfana y a un tiempo penetrante-, y éste es el motivo de mi venida.

La mujer rechoncha dio un resoplido, mas Nick no pudo distinguir si era o no desdeñoso.

-Quiere decir que está aquí para ganar más almas a la causa de Dios, Andrew -murmuró a su hijo la mujer.

-No os arrodilléis si no lo deseáis -prosiguió Godwin Mann-, pero he de suplicaros que permanezcáis sentados hasta que os levantéis ante el Señor. -Al confluir varios pares de ojos ya en él, ya en las peñas donde se les pedía que tomaran asiento, el hombre añadió-: Si alguien necesita una silla o un cojín, por favor, que alce la mano.

Fueron muchas las que se alzaron, como temerosas. En respuesta, un amplio sector de la multitud más cercana a Mann se dirigió a la hilera de tiendas plantadas en los aledaños y regresó con montones de almohadillas y sillas plegables. Algunos de los presentes

desdoblaron sus chaquetas para instalarse encima, pese a que todavía se leía la incertidumbre en sus semblantes, y Nick sospechó que muchos de ellos se sentaban porque les enojaba estar de pie, tal vez les enojaba haberse dejado convencer para asistir. También él empezaba a preguntarse dónde se había metido, y su extrañeza fue en aumento cuando el californiano dijo:

-Quizá algunos de vosotros me tilden de descortés por no haberos avisado con más antelación de mi llegada, pero ignoraba cuánto duraría el viaje.

-¿Es que ha venido caminando desde América? -masculló un tipo que llevaba un delantal de carnicero.

-No, sólo desde el aeropuerto de Heathrow. Quería asegurarme de que era digno de hablar en nombre de Dios -contestó el predicador, sin quitarle los ojos de encima al que había hecho la pregunta.

Nick notó que quienes .habían protestado antes por tener que sentarse en el suelo se avergonzaban ahora de sus quejas. «Primer punto en el marcador para el evangelista», pensó Reid, mientras Mann continuaba.

-No creáis que lo que intento decir es que soy mejor que ninguno de vosotros. Escuchadme, y os contaré cómo era hasta que imploré al Señor que entrara en mi vida.

El predicador tomó resuello y miró un instante al cielo sin sol.

-Me crié en Hollywood. Mi padre fue Gavin Mann, un actor de cine de origen británico. -Al circular entre los oyentes un murmullo de reconocimiento proclamó, elevando en un grado la intensidad de voz-: No estoy aquí para criticar a mi padre, pero fui educado en los más perniciosos ambientes de Hollywood. A los cinco años bebía alcohol, a los diez fumaba marihuana y a los doce inhalaba cocaína. A los quince visité a mi primera prostituta. Y un año más tarde irrumpió en mi aposento un hombre que solía bañarse desnudo con mi padre. Me temo que, si papá volvió a casarse después de divorciarse de mi madre, fue porque así lo demandaban sus admiradoras. Pues bien, aquella noche descubrí a qué jugaba mi padre con sus amigos masculinos, y por la mañana me corté las venas de las muñecas, como podéis ver.

Estiró los brazos, exhibiendo unas cicatrices rosadas que eran como estigmas, en medio de la audible consternación de la muchedumbre.

-Mi padre me ingresó en el hospital, mas no le dije a nadie por qué había atentado contra mi vida. Lo único que ansiaba era que me dejaran solo para refugiarme en algún lugar discreto y terminar de una vez.

La vecina de Nick se frotó los ojos y dio un tajante tirón de la mano de su hijo al indagar éste qué pasaba. Nick se sentía incómodo, lleno de resquemor frente a la técnica lacrimógena de Mann, especialmente cuando afirmó:

-La víspera misma del día en que había de abandonar el hospital y suicidarme, Dios me salvó. -Hizo una pausa, y esbozó una mueca de dudosa modestia-. Acaso me juzguéis presuntuoso por creer que el Todopoderoso se tomó muchas molestias por alguien como yo, pero permitid que os diga que hace lo mismo por cualquier criatura que se lo pida de corazón. Veréis: todas las mañanas iba al hospital un consultor de la Misión Americana y yo le volvía la espalda, sin saber que era a Dios a quien estaba negando. Hasta el último día no escuché al Señor ordenándome que no le rehuyera. Me abrí sin reservas a él, y di acceso al Padre en mis entrañas.

El sector de gentío que estaba inmediatamente detrás del predicador comenzó a elevar la voz y a agitar las manos. Nick reparó en que formaba el cuerpo principal del coro.

-Muchos de vosotros daréis gracias a Dios por no ser como yo era -sermoneó Mann a los lugareños que tenía delante-. Pero ¿estáis auténticamente libres de pecado? Cuando el Señor pasea su mirada sobre estos parajes sin mácula, ¿creéis que se enorgullece por todo lo que contempla, o se aflige frente a su creación primordial, vosotros y yo? ¿Puede alguien levantarse y decir que el pecado, a su paso, respetó intacta vuestra villa de Moonwell?

Dejó que el silencio respondiera.

-Ya veis cuánto es lo que sabéis, pero os resistís a comentar. En los tiempos que corren se considera anticuado hablar de pecado, e inclusive de Dios. Los intérpretes de rock desvirtúan los himnos en apologías del sexo, la música sagrada se utiliza en los comerciales de televisión y las iglesias se convierten en mercados, como si el hombre ya no precisara del

Padre. Mas la gente necesita algo en qué creer, y por eso recurre a la magia, a las drogas y a venenos peores para colmar el vacuo abismo de su existencia, un abismo que, así, no hace más que ensancharse con objeto de dar cabida al pecado. ¿Cómo se enfrentarían a Dios esas personas en el caso de que lanzaran hoy la gran bomba? ¿A qué clase de vida eterna podrían aspirar? No es mi misión discutir los pros y los contras de la guerra nuclear, aunque, si la base de misiles que han construido al otro lado de estos campos explotara ahora mismo, sé que yo subiría al cielo, porque está escrito por el apóstol Pablo.

Muchos de los congregados asintieron con la cabeza.

-Es posible que algunos de vosotros os estéis diciendo que todo esto está muy bien para mí, porque soy hombre de fe. Pero también lo sois vosotros. Tuvisteis fe, cuando desesperasteis esta mañana, en que no desvalijarían vuestro hogar. O cuando salisteis a la calle, exponiéndoos sin miedo a que os atropellase un loco en un coche robado o un conductor drogadicto. Tenéis fe ahora en que no veréis una nube nuclear contaminando vuestros campos, y en que ningún terremoto nos precipitará a todos en esta sima profunda.

Examinó la cueva con un apasionamiento que a Nick le pareció innecesario.

-Lo expresaré de otra manera -ofreció al fin Mann, y alzó de nuevo sus ojos azules-. ¿Quién de vosotros puede afirmar que no guarda ni un asomo de fe? ¿Estáis preparados a morir solos en la oscuridad, rechazando a Dios? Jesucristo expiró en la cruz por vosotros, hizo aquel acto sublime de fe para demostraros cuánto os ama el Padre y desea que le aceptéis, y si rechazáis eso le condenaréis a morir en soledad sin vosotros, condenaréis a Cristo a perecer entre tinieblas y clamar: «¿Por qué me has abandonado?». Podéis llamaros cristianos, podéis creer que lleváis una honrada existencia también cristiana, pero oídme bien: no debéis tomar lo que os interesa de Jesucristo y desechar el resto, decirle: «Gracias, Jesús, pues tengo lo que de ti quería y puedes dar lo demás a quien lo necesite». No es la calculadora inteligencia la que os fraguará un camino hacia Dios. Salvo que dejéis que él se introduzca en vuestras vidas, salvo que le admitáis plenamente, como hacen los niños con el mundo, le volveréis la espalda y vuestro nombre será Judas.

Nick pensó que estaba en un punto crucial de su discurso, dudando si la zozobra que se apreciaba en una parte de la muchedumbre se debía al resentimiento o a la culpabilidad.

-Dios quiere que sepáis algo -persistió Mann-. Quiere que comprendáis que él ve vuestras vacilaciones, ve si os asusta confesar vuestras faltas, si flaquea vuestra fe, y desea invitaros a descartar vuestras dudas. Un mero acto de contrición hará que él penetre en vuestras almas. Recordad que el buen ladrón de la cruz sólo hubo de entregarse a Cristo para que le fueran perdonados sus pecados, que aquel día estuvo con él y con el Padre en el Paraíso.

El volumen de su voz crecía, resonando en la cueva.

-¿No sentís sobre vosotros la mirada de Dios? Os mira y os ama como si cada uno fuera la única persona del universo, conocedor de todos vuestros problemas, aprensiones, pecados y tentaciones, deseoso de ayudaros tan pronto se lo permitáis, tan pronto le pidáis auxilio. Sabe si estáis pensando que no podéis consagraros enteramente a él, que no podéis vivir conforme a sus mandamientos. Ésa es la razón de que los mandamientos exijan tanto de vosotros mismos, que os fuerzan a volveros hacia el Señor, porque, a menos que os dejéis impregnar por su gracia, jamás seréis capaces de cumplirlos. ¿No sentís cómo os quiere, cómo reza por que os encomendéis a él? No, no me confundo, Dios reza por vosotros. Espera una señal de que estáis predispuestos a abrirle las puertas, y yo os exhorto a mandársela ahora mismo desde aquí. Yo os lo pido por favor, levantaos ante el Señor.

Mann posó las manos en los muslos y se enderezó trabajosamente. Ya de pie, sus piernas temblaron y se desmoronó contra el muro de piedra, desgajando un fragmento. Rodó la piedra por la desértica ladera y saltó dentro del foso.

En su descenso, chocó dos veces contra la roca. Nick percibió que la multitud contenía la respiración, al igual que el mismo Mann. Se oyó un ligero repiqueteo en las profundidades y luego un sonido muy tamizado, que podía ser el que hacía la piedra al sumergirse más aún en las tinieblas. El predicador se agarró a la pared y se asomó a la cavidad. Pero en ese instante alguien tosió, incitándole a enderezarse.

-Os ruego que os levantéis como prueba de que estáis decididos a confesaros. No debe espantaros la idea de que vuestros pecados sean demasiado terribles. No hay falta tan vil que Dios no pueda perdonarla, ni tan trivial que no contribuya a clavar a su Hijo en la cruz. Levantaos para confirmarme que os confesaréis si sois requeridos. ¿O quizá soy yo el único pecador en este lugar?

El coro se levantó al unísono. Durante unos momentos los lugareños no le secundaron; no obstante, hubo una minoría que pronto empezó a hacerlo, aunque a regañadientes, y en cuestión de segundos se le unieron centenares de personas. Nick meditó cuántos se habrían puesto de pie para no ser la nota discordante. Él permaneció en cuclillas, posición que había adoptado desde el principio, y experimentó un irracional alivio al ver que la mujer regordeta, por lo menos, seguía sentada cerca de él.

-Yo me eduqué en el seno de una familia cristiana -declaró, a voz en grito, una joven del coro-, pero nunca acatábamos la palabra de Dios sin cuestionarla. Cuando fallecieron mis padres yo también deseé morir, porque no me habían dejado unas creencias sólidas, y me di a la heroína hasta que el Señor me rescató.

Tan pronto calló, tomó la palabra un ex alcohólico, y luego un hombre cuyo vicio había sido maltratar a su esposa y cinco hijos. Los ojos de Mann se iluminaron a medida que prosperaba al desfile de confesiones, como si extrajera su energía de aquel público despliegue de fe. Parecía casi resplandecer, descollando bajo el pesado cielo su figura intensamente clara.

De súbito, una muchacha que se hallaba situada delante de Nick dio media vuelta. Poco faltó para que perdiera el equilibrio.

-Señora Bevan, yo sustraje dinero de la caja cuando trabajaba en su tienda.

-No tiene importancia, Katy -dijo la madre que flanqueaba al periodista, tendiéndole una mano nerviosa. Pero Mann las vio.

-No tengas vergüenza, sea cual fuere tu culpa -animó a la chica-. Antes de que acabes de confesarla te habrá sido perdonada.

Katy se encaró con él y con el gentío.

-Traicioné la confianza de alguien que me dio empleo para ayudarme a salir de algunos apuros ¡y yo le pagué robándole! -exclamó, y rompió en llanto.

-No te obsesiones, Katy, ésa es una fruslería comparada a algunas de las cosas que hago yo -se sumó la tendera del niño y esquivó a su marido, que trataba de refrenarla-. Me he rendido a la lujuria -contó a Mann con voz potente-. Hago obscenidades que hasta a los casados les están vedadas. Mi marido y yo vemos películas pornográficas para imitarlas, como si lo que Dios creó fuera insuficiente.

-Nun..., nunca me dijiste que era así como te sentías -balbuceó el esposo, sonrojándose-. Ignoraba que te estaba instigando a actuar en contra de tu voluntad. Debería ser yo quien se confesase.

-Vuestro matrimonio se recompondrá si llamáis a Dios a vuestro lado -prometió Mann. El manto de nubes se abrió de pronto y al derramarse sobre los asistentes los rayos solares se difundió también el impulso de confesar sus culpas. De pronto todo el mundo se acusaba de orgullo, afanes de venganza, falta de fe, envidia, embriaguez, egoísmo... -¿Notáis cómo os ama el Señor? -vociferaba Mann-. ¿Le veis sonreír?

Nick supuso que el predicador estaba aprovechando la circunstancia del sol, pero el caso es que las personas de su entorno empezaron a mover la cabeza en sentido aprobatorio, a sonreír tímida y hasta gozosamente.

-Ahora, demos gracias -propuso Mann-. Agradecemos tu infinita bondad, Señor, por prestarnos tu verbo para guiarnos en nuestras vidas, para esclarecernos en todo. -El coro entonó la letanía, acompañado por la enfervorizada multitud. Tras concluir la plegaria, el predicador señaló el sol y anunció-: Dentro de poco será el día más largo del año, y creo honestamente que para entonces vuestro pueblo albergará a una auténtica comunidad cristiana, en gracia de Dios. Sin embargo, el Padre debe imponeros aún otra prueba. Una comunidad en gracia de Dios no puede conservar vigente una tradición pagana.

La mujer rolliza próxima a Nick taladró a Mann con los ojos.

-Sé que vosotros la consideráis una costumbre ancestral y entrañable -justificó el

evangelista-, pero ése es uno de los mayores errores que ha cometido la cristiandad: asimilar el paganismo en lugar de desterrarlo de una vez y para siempre. Voy a pediros un favor en representación del Padre. ¿Estudiaréis la posibilidad de dejar este año la cueva como está, sin adornarla? No tenéis que contestar ahora, mas ¿se atrevería alguno a replicar que vuestra imagen de flores bien merece infligir una ofensa al Señor?

-Seré yo quien hable si nadie más lo hace. -Con estas palabras, y apuntalándose en el hombro de Nick, la mujer gruesa se incorporó-. Soy Phoebe Wainwright, y organizo la decoración de la cueva. Opino que presenta usted unos argumentos demasiado maniqueos. La tradición forma parte de nosotros mismos, y estoy segura de que no soy la única aquí que piensa así. ¡Caramba, si hasta algunos de los niños que he ayudado a venir al mundo colaboran conmigo en los arreglos florales!

Nick oyó, en medio de la masa, murmuraciones como: «Ni siquiera va a la iglesia los domingos» o «Es una descreída». Por lo demás, había cundido la turbación entre la gente, y una cierta rabia contra la mujer por el hecho de que se había atrevido a contradecirle.

-No espero que lo decidáis ahora -apaciguó Mann a la concurrencia-. En nuestro próximo encuentro podréis comunicar a Dios qué determinación habéis tomado. Sólo quiero recordaros que el paganismo es el enemigo secular de Cristo. Pero un pueblo donde Dios ha sido invitado a todos los hogares es una fortaleza inexpugnable contra el mal, y por eso he de formularos otra petición más: la siguiente vez que nos reunamos, aquellos que hoy se han levantado ante el Señor nuestro Dios traerán a alguien que todavía no le haya franqueado la entrada en su vida.

Algunos miembros del coro se habían deslizado hacia las tiendas para recoger varios puñados de globos plateados. Los soltaron y éstos, con la inscripción «Dios te ama» impresa en sitio visible, se arracimaron bajo la bóveda celeste, interceptando unos instantes la luz solar. La asamblea había finalizado. Nick cojeó hasta la parte frontal de aquel hervidero, sacando la grabadora de su bolsillo; deseaba hacerle a Mann unas cuantas preguntas. No se había desenredado aún de la plebe, de la que apenas unos pocos individuos convergían sobre el evangelista, cuando alguien le asió por el brazo.

7

La joven que había interceptado a Nick tenía la faz alargada, los ojos grandes y verdosos y una melena larga y negra como el azabache, que el viento sacudía. Estaba encantado de que fuera ella quien le detuvo, hasta que le habló.

-¿Qué se le ha perdido aquí?

Era neoyorquina, obviamente una de las seguidoras de Mann.

-Me gustaría tener un cambio de impresiones con él -dijo, indicando al predicador.

-¿Acerca de qué? ¿Qué es exactamente lo que está haciendo? Tenemos derecho a saberlo.

-Hasta ahora, me he limitado a mirar. -Si todos los acólitos de Mann eran igual de paranoicos, ¿qué tendrían que ocultar? La muchacha estudiaba su grabadora-. No he utilizado este ingenio, ahórrese las pesquisas.

-Entonces, ¿por qué lo ha traído?

-Siempre lo llevo, es mi herramienta de trabajo. Y ahora, si me disculpa, entrevistaré a su líder. Quizá esté dispuesto a hablar conmigo aunque usted no lo crea.

La joven volvió a agarrar su brazo, casi a retorcérselo.

-¿No pertenece usted a su congregación?

-Mi presencia aquí es accidental. Ha sido un puro azar que pasara por este lugar. Y no me estruje el brazo, ¿quiere? Tengo la pretensión de usarlo después de que termine con él.

-Lo lamento. Se lo devuelvo, póngalo a salvo. -La chica espió de nuevo la grabadora y reprimió una risita picara-. No es un teléfono portátil, ¿verdad? Pensé que lo había estado empleando para dirigir las maniobras.

-Y yo he pensado que usted me daba el alto en nombre del escuadrón divino.

-Al parecer, los dos estamos en el mismo bando. Será mejor empezar desde cero: me llamo Diana Kramer, y supongo que es usted periodista.

-Nick Reid, de Manchester. Adivino, por su acento, que no es de por aquí.

-Vine el año pasado. Trabajo como maestra en la escuela de Moonwell. No deje que mi entonación americana le confunda, nada tengo que ver con esos individuos.

-¡Ajá! Sospecha de ellos. ¿Me autoriza a citarla textualmente? -Al asentir ella, Nick pulsó la tecla que activaba la cinta-. Adelante.

-Tengo la cabezonada de que todo este montaje ha sido organizado para provocar la reacción que persigue ese tal Mann. Ningún habitante de Moonwell sabía que vendría, o si lo sabían lo guardaron muy en secreto, porque no llegó a mis oídos. No obstante, el hotel está repleto de personas que se le adelantaron, y también las tiendas que han montado en torno al pueblo. Más que como una función religiosa, lo definiría como una invasión incruenta.

-Así mismo pienso planteárselo a él. ¿Algo más? Si le apetece, péguese a mí y podrá escuchar lo que dice.

-Sí, con mucho gusto. ¿Quién sabe? Puede que cace algo que a usted se le escape.

La muchedumbre se dispersaba en su derredor. Los seguidores de Mann se habían apostado en los lados del camino para interpelar a los lugareños, asegurándose de que nadie se escabullía sin responder. Una figura solitaria, que lo había observado todo desde una colina más alta, se alejó por los marjales.

-¿Quién es? -inquirió Nick.

-Nathaniel Needham. Vive por allí. Tengo entendido que es el más viejo de Moonwell.

Avanzaron ambos por el árido terreno hacia Mann.

-No os avergoncéis de dar testimonio ante vuestros vecinos -decía el californiano-. Uno de los mayores triunfos del mal en nuestro tiempo es que las personas se sienten intimidadas a la hora de hablar de Dios y proclamar públicamente que creen en él. -Pese a la beatitud de su rostro se le veía exhausto, lo cual se hizo más evidente cuando se fijó en la grabadora de Nick-. ¿Me busca a mí?

-Quisiera entrevistarle, si es que dispone de unos minutos. Soy Nick Reid, reportero del diario *News* de Manchester.

Mann arrugó las cejas.

-Las noticias vuelan.

-¿Se refiere a la de su llegada? No me mandan de la editorial, tan sólo estoy aquí de paso. ¿Preferiría eludir la publicidad?

-Si los fieles quieren venir y abrazar nuestra causa, saben que serán bienvenidos. No se me ocurre ningún otro motivo que pueda incitarles a integrarse en el grupo, a no ser la intención de entorpecer la obra del Señor, y confío en que usted no deseará que eso suceda más que yo mismo.

-Excúseme -se inmiscuyó Diana-, pero por lo visto está muy seguro de lo que hay que dar a la gente. Quiero decir que sus acompañantes ocuparon literalmente la plaza para que se le dispensara una buena cogida.

-Si eso entraña que sea Dios quien ocupe los corazones, dudo mucho de que nadie ponga objeciones, ¿no le parece? Ya lo ha hecho con muchos de los lugareños. Intuyo que no es usted uno de ellos.

-No, yo no nací en Moonwell. Sigo sin comprender por qué escogió usted este pueblo.

-Porque tenía fe en ser bien recibido. Si es capaz de captar esta idea, porque Dios me anunció que me necesitaban.

-¿Para qué? ¿Para abolir la práctica de una costumbre que tiene varios siglos de antigüedad?

-Mucho me temo que sí. -El rostro de Mann pareció proyectarse hacia delante para hacer frente al impetuoso viento con los ojos siempre chispeantes-. Es la más antigua de las celebraciones druídicas de toda Gran Bretaña, por si no lo sabía.

-No, no lo sabía, pero, según mi criterio, ésa es una razón más para no interferirse en ellas. Nosotros no tenemos tradiciones tan antiguas; no deberíamos sentirnos celosos de quienes sí las tienen y las preservan.

-El Señor es un dios celoso. ¿Nunca lo oyó comentar?

Nick intervino.

-¿Hasta qué extremo cree que es relevante esa ceremonia? ¿Cuánta influencia se le puede atribuir realmente?

Mann prendió de él su eléctrica mirada azul.

-Mientras continúan observándose los ritos de los druidas, el mal ganará terreno en el mundo. Decir que ya han perdido su importancia equivale a decir que nunca hubo nada pavoroso en la oscuridad, que aquellos miedos eran una superstición del hombre primitivo. Permítame que le explique algo. Al año siguiente de consagrar mi vida al Señor, su providencia me condujo en Hollywood hasta una secta satánica; algunas de las personas que salvé entonces están ahora conmigo. Dios me insufló el poder de detectar el mal. Por eso me envió aquí.

Calló de pronto, como si le remordiera la conciencia de haber hablado demasiado.

-Y bien, ¿qué puedo contarle para que lo escriba en su periódico? -añadió con más cautela.

Nick le fue exponiendo el cuestionario convencional, y obtuvo las respuestas que esperaba. Godwin Mann era contrario al aborto, al divorcio, a la pornografía, a «la tolerancia excesiva en todas sus formas»; era un paladín del matrimonio, de la obediencia a la autoridad, de la vuelta al orden. Nick trató de atraerle hacia el tema de su presencia en Moonwell, mas el predicador enmudeció de pronto, tanto que dejó colgando su labio inferior.

-Es el momento de bajar -avisó a dos de sus acólitos, que le ayudaron en el descenso hasta la población.

Otros dos asaltaron a Nick y Diana en la senda para preguntarles si les había cautivado el sermón de Mann.

-No soy más que un corresponsal de prensa -respondió Nick a modo de evasiva-, y esta dama me acompaña. -Una vez fuera de su alcance, susurró a la joven al oído-: Espero que no me juzgue jactancioso por trataría como mi ayudanta cuando lo cierto es que ha formulado usted la mayoría de las preguntas.

-¿De veras he hecho eso? -Diana adoptó una expresión de cómica apología-. Primero le rompo el brazo, y luego lo echo a empujones de la entrevista. Debería haberme mandado callar.

-No le guardo rencor. Le ha ido encauzando hacia derroteros en los que yo habría fallado, llevándole a decir más de lo que quería, al menos esa impresión es la que me ha dado. Déjeme convidarla a un refresco para demostrarle que no le tengo inquina.

El bar local, El Soldado Manco, todavía estaba cerrado. Nick había proyectado dictar al teléfono su informe sobre la base de misiles, así que Diana se ofreció:

-Puede usar el mío.

Vivía un poco más abajo de la plaza, en un chalet alquilado. Perfumaba el aire de las blancas estancias el aroma de las flores que había plantado en tiestos sobre todos los alféizares. El periodista telefoneó desde el recibidor, de techo bajo, y fue a una sala de estar llena de pinturas infantiles, donde la maestra había servido el café. La conversación no tardó en derivar hacia Mann.

-Lo que no entiendo -dijo ella- es qué le mueve a pensar que, al proscribir esa ceremonia simplemente porque es la más vieja, dejarán de celebrarse también las otras.

-No sé si es eso lo que pretende.

-¿Por qué otra causa podría ser tan importante suprimirla?

Nick no atinaba a imaginarlo.

-Tengo que marcharme -señaló, y anotó su propio número de teléfono en una página arrancada de su agenda-. Si sucede algo que yo deba saber, le suplico que me llame. Y, cualquier día que se deje caer por Manchester, dígamelo y la llevaré a comer.

Yendo hacia el coche, vio que la mayor parte de las tiendas habían abierto ya. Se preguntó cuántos de los transeúntes de las calles eran naturales de Moonwell, cuántos eran seguidores de Mann y, ahora, cuántos eran ya ambas cosas a la vez. Mientras recorría los arrabales de la villa, al cruzar el bosque que se extendía hasta los marjales, los interrogantes de Diana empezaron a preocuparle. Debería haberle sonsacado a Mann qué había en el foso que pudiera inducirle a desplazarse desde la remota California. Era como si hubieran distraído su atención para evitar que hiciese indagaciones.

8

El lunes por la mañana, Diana se despertó pensando en los druidas. Había dado con el tópico casi por casualidad en Manchester, en la biblioteca, donde estuvo investigando sus ascendientes en el distrito de Peak. Todo aquello le resultaba muy familiar, no así el modo de vida del abuelo de su madre, un minero que edificó un hogar a su familia sobre los desechos calizos de las afueras de Buxton. Reflexionó acerca de que quizá su vinculación al lugar era únicamente consecuencia de la paz que la inundó en cuanto pisó la zona pantanosa, la primera vez que se sintió un poco tranquila desde que llegó a Gran Bretaña para tratar de sobreponerse a la muerte de sus padres.

La última visión que guardaba de ellos era la del aeropuerto Kennedy, tan vívida y perdurable como siempre: su padre dándole un abrazo, con aquel olor al tabaco de pipa que invariablemente compraba cerca de la biblioteca pública de Nueva York, y su madre

acariciando sus mejillas con manos frías y murmurando «No sufras», mientras ella, Diana, era presa de una inexplicable ansiedad. Otra imagen, la silueta de su avión desdibujada ya en el cielo crepuscular, la despertó unas horas más tarde en un acceso de pánico que le hizo rezar como no lo había hecho desde la niñez, orar por la seguridad de sus padres. Cuando cedió el miedo y llamó al aeropuerto, el empleado receló de ella porque parecía saber que el aparato se había estrellado. Hasta que la interrogó la policía, no la informaron de que los señores Kramer habían muerto.

Especuló sobre cómo habría resuelto Mann el dilema, no tanto el que Dios no respondiera a sus plegarias como que, si quiso llevarse a sus padres, segara varias docenas de vidas para hacerlo. ¿O acaso a Dios le tenía sin cuidado la existencia individual de cada ser humano y no le interesaba más que la cifra global, las estadísticas? Lo único que podía justificar semejante conducta por parte de Dios era que hubiese vida después de la muerte.

Había llegado a esta conclusión en medio de la paz del campo, su paz. El murmullo del mundo se fundía en el ulular del viento que hacía vibrar sus tímpanos; la niebla se había retirado de las colinas desiertas, tan despejadas ahora que se diría que no tenían fin; y al absorber Diana el silencio y la soledad se llenó de calma, reconciliada con su pérdida. Estaba pisando la frontera, más allá de esa misma soledad, hacia lo que quiera que hubiese al otro lado.

La docencia en Moonwell hizo, aparentemente, que la trascendiera, y ahora también Mann y su aversión a los druidas. Camino de la escuela a través de unas calles reverberantes en la bruma, con un arco iris en miniatura aureolando las flores, pensó en el inmenso legado de los druidas: besarse bajo el muérdago, espolvorear sal encima del hombro, las gárgolas como alternativa civilizada a exhibir en los tejados las cabezas de los enemigos decapitados, y hasta llamar *fortnight* al ciclo de dos semanas, ya que los druidas medían el tiempo en función de las noches *(night)* más que de los días. Nunca registraban sus hechos por escrito, tal vez para estimular la memoria. Acostumbraban hablar en tríadas, pues el tres era su número sagrado. El gran temor céltico era que se derrumbaran los cielos y se desbordaran los océanos. En el siglo XIX los druidas se habían convertido en un mito romántico, todo indicaba que en realidad habían sido salvajes inmolando a seres humanos antes de las batallas y cometiendo otras atrocidades, pero al no existir constancia documental de su religión, era difícil comprobarlo. Sin duda la cueva fue uno de sus lugares sacros, y Diana deseaba con fervor que Mann no se entrometiera.

La señora Scragg la esperaba en el patio, insólitamente concurrido.

-Mi esposo quiere verla en su despacho.

Estaba sentado tras el escritorio, absurdamente grande para él, leyendo un panfleto titulado *Levantaos ante Dios y* frotándose las manos. Su ancha sonrisa producía el efecto de encajonarle la cara entre la barbilla y las pobladas cejas.

-Va a tener algunos alumnos adicionales -dijo-. Godwin Mann ha negociado su admisión en el colegio. Mi mujer se encargará de los de nueve y diez años, y yo de los mayores. Estoy seguro de que sabrá arreglárselas.

-Sin problemas -respondió Diana, decidida a que no los hubiera incluso cuando su clase formó filas al ensordecedor toque de silbato de la señora Scragg y la joven vio que prácticamente su número se había doblado.

Todos los niños nuevos tenían los ojos brillantes, los rostros frescos y muy ilusionados, pese a que algunos presentaban la nariz congestionada a causa del aire gélido que debía de colarse en sus tiendas. Ya en el aula, Diana dio unas instrucciones.

-Tendréis que sentaros dos en cada pupitre.

Los viejos de la clase se pusieron en acción, con desgana y refunfuñando. Una vez que dejaron sitio a los alumnos nuevos, éstos permanecieron de pie.

-¿Podríamos rezar antes de comenzar? -solicitó un chico con el cabello vistosamente rubio y acento sureño.

-Por supuesto, podéis hacerlo si tenéis esa costumbre.

Se arrodillaron, y dirigieron a los viejos incisivas miradas. También ellos, por lo visto, debían hincar la rodilla, pero Diana no iba a consentir que se trastocara tan drásticamente su

rutina.

-Basta con que inclinéis un poco la cabeza -atajó, e inclinó también la suya.

Los recién llegados terminaron, finalmente, de dar gracias a Dios, y tomaron asiento.

-Antes que nada, conozcámonos mutuamente -sugirió la maestra-. ¿Por qué no nos decís cómo os llamáis y nos habláis de vosotros mismos?

-Yo soy Emmanuel -inició el niño rubio su exposición-. Procedo de Georgia. Mi padre y mis tíos trabajaban en una granja hasta que mis tíos murieron enarbolando el estandarte de Dios en la cruzada contra el comunismo.

Dos muchachitos británicos y otros dos de California proclamaron estar también luchando en la divina cruzada. Sally se fue encrespando hasta que bruscamente gritó:

-Mi padre está en un sindicato y asiste a la iglesia.

-Uno puede ir a la iglesia y mantener a Dios alejado del corazón -aleccionó Emmanuel-. Rezaremos por él y por que tú le muestres la senda de la verdad.

Sally le sacó la lengua y arrugó la nariz para que no se le cayeran las gafas.

-Mi madre dice que si hay otra guerra será la última -intervino Jane-, porque las bombas nos matarán a todos.

-Eso no ha de inquietarte mientras Dios sea tu mejor amigo -replicó una niña galesa-. Pero, si no lo es, cuando mueras irás derechita al infierno.

-¡Ya lo veremos! Desde luego, no sabes nada de nada. Y mi mejor amiga es Sally.

Alargó la mano hacia ésta entre los pupitres, y ella reivindicó, en actitud retadora:

-También yo quiero a Jane.

-Las niñas no han de querer a las de su sexo, ni los niños tampoco -censuró el vecino de asiento de Jane-. Así nos lo ha enseñado Godwin Mann. Hemos de entregar todo nuestro amor al Señor.

-Si vais a entablar un debate, será mejor que para empezar le digáis vuestro nombre al compañero que tenéis al lado -moderó Diana, recordándose a sí misma que ellos no tenían la culpa de ser unos viejos antes de tiempo, unas criaturas insufribles, y que la causante era la educación recibida-. Ahora cada uno de los nuevos alumnos me leerá unos párrafos, mientras vosotros seguiréis la lectura también para vuestros adentros.

Apenas había escuchado dos lecturas, cuando el chico que estaba sentado junto a Thomas acusó, con voz estridente:

-No deberías decir esas porquerías. Repítele a la señorita Kramer los insultos obscenos que me estabas diciendo.

-Este no es el sitio adecuado, ¿de acuerdo, Thomas? No ofendamos a los demás sin necesidad.

-Te perdono. Rezaré por ti -zanjó el asunto el agraviado, y Diana tuvo la desconcertante sensación de que aquellas palabras estaban destinadas a ella tanto como a Thomas.

Así transcurrió la mañana, con los niños nuevos empeñados no tanto en contar sus respectivas historias como en exhortar a sus compañeros de pupitre a confesarse cada vez que incurrían en una falta, por trivial que ella fuese. A la hora del recreo, la maestra salió al patio pidiendo al cielo que no fueran tan puritanos en los juegos.

Una radio emitía a todo volumen música de discoteca, lo que a Diana le pareció prometedor hasta que reparó en que el estribillo, agobiantemente repetitivo, decía «Sobre esta piedra levantaré mi iglesia». Los chavales de Moonwell se lanzaron a bailar entusiasmados, mas el dueño de la radio la apagó.

-No deberíais bailar con tanto desenfreno -les reprendió.

Un grupo de alumnos de Diana quisieron enseñar a los neófitos a jugar a una versión de la gallina ciega en la que el que «paraba» debía situarse en un agujero. Mary, la chica de Gafes, fue la elegida para meterse en el hoyo, vendarse los ojos y tratar de capturar a una víctima del corro que la rodearía con las manos unidas. Si adivinaba la identidad del prisionero, éste habría de acompañarla en la cavidad central y taparse también los ojos; una vez comenzaba el proceso, el corro solía deshacerse muy deprisa. No habían acabado siquiera una ronda de prueba, cuando Mary se desanudó la venda y preguntó:

-¿Quién se supone que soy?

-El gigante que vive en el pozo -explicó, impacientándose, Ronnie-. Te arrancamos los ojos y te tiramos al fondo.

-No, te rebanamos las extremidades y te empujamos rodando -se ensañó Thomas.

Mary hizo ademán de huir. Diana acalló a Sally y a Jane, que se habían cogido a sus manos y le cuchicheaban sus secretos. Cuando quiso intervenir, se le adelantó el muchacho del transistor.

-¿Qué te pasa, Mary? -demandó.

-Quieren que finja ser el que está en la cueva, Daniel.

-Ninguno de vosotros debería jugar a eso. ¿No sabéis quién es? Es el demonio que, agazapado, os espera. Vendrá a raptaros si no rezáis a Dios e instáis a vuestras familias a hacerlo también.

Sobre la población fluctuó una nube, eclipsando al sol. Su sombra se desdobló sobre las casas y el patio de la escuela, evocando una monumental piedra de vapor.

-No es un diablo, sino un gigante -afirmó Thomas-. Además, si logra salir os atrapará antes a vosotros, que vivís en las tiendas de ahí arriba. Os agarrará, os volverá del revés y os transformará en horribles animales. A partir de entonces tendréis que caminar como reptiles por toda la eternidad.

Andrew habló por primera vez, y lo hizo vacilante.

-No puede ser el demonio, puesto que la cueva es un lugar santo. Mi abuelito decía que le arrojaron ahí dentro porque era sagrado y nunca podría fugarse.

-Tu abuelo era un embustero -le increpó Mary con su áspera entonación galesa-. Tendrías que escuchar a Godwin Mann. Dios nos manda su voz a través de él.

-¿Por ventura es un teléfono? -contestó Andrew.

«Bravo por ti», pensó Diana, a la vez que distinguía en el portalón el perfil del señor Scragg.

-Venga, niños, no os lo toméis tan en serio. A fin de cuentas se trata de un juego -les amonestó despreciativamente Daniel.

Por un momento tuvo ansias de abofetearle, tantas que quedó abrumada por sus propios sentimientos hasta que sonó el silbato y se desperdigaron. En cuanto se hizo el silencio el señor Scragg dijo, en un tono glacial:

-¿Ha subido hoy alguien a las colinas que no esté acampado allí?

Sometió a un sistemático escrutinio las caras de los niños de Moonwell, buscando indicios de culpabilidad.

-Si lo habéis hecho lo descubriré, creedme. Acaban de comunicarme que alguien ha demolido el muro de protección de la cueva v lo ha lanzado al interior. Se precisa algo más que eso para expulsar a nuestros amigos, pero os advierto que, como haya otros incidentes similares, pongo a Dios por testigo, no descansaré hasta encontrar a los responsables y darles un merecido castigo.

Terminado el fulminante examen visual, el director se encerró de nuevo en el edificio.

-Iba a explicaros por qué hicieron mal en echar al demonio en la cueva -dijo Daniel, apartando a Mary-, pero será más conveniente que oremos por todos vosotros.

Así lo hicieron él y sus amigos, mientras Thomas y su pandilla se ponían a jugar bulliciosamente, aunque no lo bastante como para sofocar las plegarias.

En opinión de los niños nuevos, Diana debería haberles tenido más quietos. Le manifestaron su desacuerdo a lo largo de toda la tarde; en otra ocasión, al romperse la tiza en el desigual encerado y mascullar ella una débil imprecación, se le revolvieron como una ola. ¿Podía aquel desacuerdo impedir la celebración de la ofrenda floral en la cueva la víspera del solsticio de verano y, si era así, importaba mucho? Indudablemente, en épocas pasadas fueron muy representativas las perdidas fiestas del verano que se habían disfrazado como día de San Juan, con hogueras y bailes en las calles. «A Mann tampoco le habrían gustado mucho esos ritos medievales», meditó la maestra con ironía, asfixiada por la amenaza de rezos de desaprobación que se respiraba en el aula.

Nunca se había sentido tan necesitada de los cursos de relajación que organizaba Helen, la funcionaría de Correos, todos los lunes por la tarde. Mientras andaba por la calle Mayor,

que la niebla acortaba, se cruzó con parejas de paseantes que no conocía, posiblemente seguidores de Mann. Un pensamiento se insinuó en su mente, un atisbo funesto sobre el actual estado de la localidad, pero antes de que pudiera desgranarlo vio a Helen clavetear una nota en la puerta del salón de juntas.

-¿Ocurre algo malo, Helen? -inquirió Diana.

-No, en absoluto. Al contrario, todo va viento en popa. -La faz redonda de Helen, siempre impecablemente maquillada, parecía ahora haber sido restregada con esparto-. Pero he abandonado el yoga, y espero poder convencerte de que me imites. No sirve para nada cuando ha entrado Dios en nuestras vidas.

9

Geraldine estaba ensartando las últimas flores en la valla que circundaba la base de misiles cuando la policía empezó a evacuar a la gente.

-Retroceda, señora -le ordenó un guardia-, ésta es una propiedad del gobierno. Esperemos que tenga algo más que flores frente al enemigo.

-¿Frente a alguno en particular?

El hombre clavó en ella una mirada de reprobación.

-Creo que todos sabemos quién quiere que el comunismo domine el mundo. ¿Le gustaría que sus hijos crecieran en un régimen comunista?

-No tenemos hijos -respondió Jeremy con voz desabrida-; el que podría haber venido se malogró. Quizá tengamos que agradecer que así fuera a la ciencia nuclear. Hay muchos más abortos que nunca desde que experimentan con esas jodidas bombas.

-Hay señoras presentes, caballero, controle su vocabulario. Y, ahora sea buen chico y circule.

Los ojos del guardia denotaban menos flema que sus palabras, y de repente parecía más corpulento.

-Deja de porfiar, Jeremy -suavizó Geraldine, cavilando que eran las confrontaciones como aquélla la razón de que en algunas bases se apostara exclusivamente a piquetes femeninos-. De todas formas, tenemos que irnos. Hay que supervisar el nuevo material.

Se encaminaron por la fangosa y pisoteada hierba del valle hacia su furgoneta. El motor -contaba ya ocho años de servicio- estornudó y gimió al tratar Jeremy de accionarlo, pero arrancó a la primera para su esposa. El hombre se llevó las manos a la cabeza.

-Eso me demuestra la nulidad que soy.

-A mí me eres tremendamente útil. Y estoy bien, te lo aseguro.

La escena con el policía no la había afectado, aunque dentro de pocas semanas sería el cumpleaños de Jonathan. Condujo a buen ritmo entre montes y páramos. No bien aparcó el coche, en seguida fue a casa de los Bevan.

-Entra, corre -la invitó Brian atropelladamente.

Sacando el mentón de aquella forma peculiar suya, la llevó a la cocina, donde preparaba la cena. Unas judías con salchichas troceadas ya cocidas chisporroteaban en la sartén, y unas patatas se ennegrecían más que se doraban en el horno, sobre el que una novísima placa rezaba: «Aquí mora Dios».

-No vayas a pensar que hago a menudo de cocinero -se defendió Bevan-. Sólo cuando ella ayuda en el centro de Godwin Mann y yo cierro a mediodía.

En el centro se vendían rótulos, biblias y panfletos en cuyas cubiertas aparecían personajes sonriendo, como si no hicieran nada más en la vida.

-Deja que rescate tu guiso -ofreció Geraldine, divertida-. No se puede confiar en los hombres más que para abrir las latas y descongelar los productos congelados.

-June siempre hace este tipo de cena.

-Ojalá sea la favorita de Andrew -dijo ella, rascando la fuente del horno para despegar las patatas-. ¿Qué tal está? ¿Qué piensa del espectáculo religioso?

-Él no tiene nada que pensar.

-Tenemos algunas novedades en literatura infantil, puede quedarse con la que más le guste.

-Si os empeñáis en regalarle libros que podríais vender, no seré yo quien os disuada. -Brian estaba violento al verse tan cerca de ella en la cocina estrecha, caliente y llena de humo, y ladeó el rostro para musitar-: Estamos en deuda con vosotros. Sé bien que podríamos darle a Andrew una mayor dedicación, y sobre todo, tener más paciencia con él. Tal vez ahora que han cambiado nuestras vidas...

Andrew estaba en la escalera, jugando a los soldaditos. Había desencajado el tambor de plástico de un cañón antiaéreo y su barbilla era prominente igual que la de su padre, él para no llorar. Se alegró al ver a Geraldine.

-¿Quieres que te enseñe mis éstos?

-¿Pero es que no sabes hablar? -riñó Brian-. Geraldine creerá que no nos molestamos en enseñarte a hablar bien. «Mis éstos» -repitió, asumiendo la voz de un idiota-. Nuestra buena amiga deseaba obsequiarte con un libro, y no me extrañaría si te diera una historieta para bebés.

-Buscaremos algo para que puedas lucirte ante tus padres -propuso Geraldine en el momento en que entraba junto a Andrew en la librería, donde Jeremy se afanaba en abrir unas cajas de cartón con un cuchillo Stanley-. Imagino que esperas expectante el día en que vean tus trabajos escolares.

-No lo harán.

No podía ser, Geraldine se dijo que había entendido mal al niño.

-Como es lógico, los dos irán a la sesión que ha convocado la señorita Kramer para la semana que viene.

-No. Mi madre tendrá que quedarse en el centro de Dios porque habrá plegarias, y mi padre estará muy atareado en casa.

Geraldine se concentró en mostrarle las recientes adquisiciones, pues temía excederse si hablaba. El pequeño escogió *El libro de la selva,* y se fue rápido hacia la salida. Geraldine corrió tras él instintivamente. June le aguardaba en el camino del jardín.

-Gracias por acompañarle hasta la puerta, Geraldine. A saber qué travesura se habría ingeniado si no le vigilas.

-No exageres, June. Diana Kramer me preguntaba antes si acudiríais a la reunión.

-Me encantaría, pero debo ir a una velada de oración y no podemos dejar al crío solo en casa.

-No tenéis más que decírnoslo. Jeremy o yo pasaremos a hacerle compañía. A menos -agregó, con la intención de abochornar a June- que prefiráis que os sustituyamos en la reunión de la escuela.

Brian asomó la cabeza por una de las ventanas de la fachada.

-¿No os molestaría mucho? Al fin y al cabo, conocéis a la maestra mejor que nosotros.

Su actitud estaba entre la vergüenza y la confidencia, pero a Geraldine nada le interesaban sus motivos.

-Opino -repuso con cierto titubeo- que debemos dejar a Andrew esa decisión.

Andrew fijó la vista en sus gastados zapatos.

-¿Se te ha comido la lengua el gato? -apremió June, y el chaval alzó la cara hacia Geraldine.

-Jeremy y tú -dijo con un hilo de voz. -Asunto arreglado -concluyó June, en un tono que tanto podía ser de amargura como de triunfo.

Iba Geraldine a rebatírselo, cuando en la librería empezó a atronar la alarma. No podía pensar con aquel estruendo. Volvió presurosa a la tienda, en el instante mismo en que Jeremy desconectaba el artilugio.

-Llamaré a Eddings -se brindó ella, deseando echarle una buena bronca para poder dar rienda suelta a su ira.

El tipo no estaba en casa. Fue Hazel, su mujer, quien se puso al aparato.

-Le diré que le ha llamado en cuanto regrese.

-Hay alguien que le necesita más que nosotros, ¿no es eso?

-Sí, podría expresarse así. Está visitando a nuestros vecinos por indicación de Godwin Mann.

-Rezando no reparará nuestra alarma.

-¿Está segura? Quizá podría probar a hacerlo usted misma mientras espera.

Geraldine dedicó al auricular la mueca más fiera que pudo adoptar y colgó el teléfono.

-Una vez haya terminado con la labor de Dios, vendrá a hacer la suya propia.

-Es una lástima que no podamos pedir a Dios que garantice el trabajo de Benedict. Y los Bevan, ¿de qué tenían ahora que descargarse? Pero no te salgas de tus casillas, por favor.

-No me salgo. ¿Por qué había de salirme? Que cada uno actúe como le plazca, yo no perderé los estribos a causa de los demás.

Geraldine cerró los ojos y, con un rechinar de dientes, rugió furiosa antes de relatar lo sucedido a su esposo. Ni él ni ella sabían cuál era el mejor proceder; según la mujer, todo intento por su parte repercutiría en perjuicio de Andrew. Toda la cena la pasaron discutiendo la cuestión, aunque en realidad era con ella misma con quien Geraldine argumentaba. Por fin, admitió:

-No consigo centrar mis ideas.

-¿Por qué no vamos a tomar una copa, a pasear o a distraernos?

-No podemos movernos hasta que venga Eddings.

-Ve tú sola si quieres. Has tenido un día muy malo en todos los aspectos. Acabaré de inventariar el material y quizá me reúna contigo más tarde.

Las farolas empezaban a encenderse. Encima del pueblo, el aserrado contorno de los montes llameaba bajo un cielo púrpura. Geraldine subía muy ligera el camino para combatir el frío incipiente. ¿Cómo inculcaría a los Bevan que debían portarse mejor con Andrew? El chico era responsabilidad de ellos, no suya. No era su hijo. No era Jonathan.

Jonathan, dondequiera que estuviese, se hallaba a salvo. Ya se lo dijo a sí misma en el blanco, embaldosado y aséptico hospital de Sheffield: Jonathan continuaba vivo en algún lugar, y crecía. No era preciso verle, aunque, a veces, en sus sueños le veía. Anhelaba compartir su convicción con Jeremy, pero la única ocasión en que lo intentó a él no se le ocurrió otra cosa que seguirle la corriente. Jonathan estaba amenazado y Geraldine no volvió a mencionarle jamás. Podía guardar a su niño de todo mal. Era Andrew el que tenía que vivir en el mundo real y afrontar lo que quiera que le deparase.

Se internó por la vereda arriba, que al reflejo del crepúsculo refulgía en tonalidades de verde oscuro.

La piedra caliza emanaba un efluvio que saturaba la hierba como si fuera niebla. Aceleró el paso, apretando sus propios brazos y preguntándose por qué el frío la ponía tan nerviosa. Estaba en las rocas desnudas que flanqueaban la cueva cuando le vino una idea, y se detuvo con estremecimiento.

Cuando volvió del hospital a casa, se había prometido a sí misma desechar sin dilación la ropa de Jonathan. Abrió la cómoda del dormitorio que habría sido suyo, introdujo la mano para tomar algunas piezas de la canastilla, y aspiró tan fuerte que le dolieron los dientes: aquellas prendas tenían el tacto del hielo. Las yemas de los dedos se le entumecieron por el frío, y empezó a tiritar de la cabeza a los pies. Se quedó allí plantada, incapaz de soltar la ropa o salir a la carrera, hasta que Jeremy la encontró. Más tarde, al vaciar él los cajones, le comentó que no había notado nada raro, y menos aún aquel frío antinatural.

La luna llena envolvió en un halo de irisaciones las nubes del horizonte. El sendero que surcaba la planicie volvió a aparecer, tras difuminarse momentáneamente bajo un cielo que

ahora era casi negro. Las tiendas de las laderas eran como carámbanos. Geraldine no había sabido nunca lo que significaba el frío ni tampoco hoy atinó a explicárselo -no podía ser, desde luego, que allí donde estaba Jonathan reinara aquella congelación-, pero no quería demorarse en aquel paraje con tales pensamientos, especialmente cuando los rayos lunares lo hacían aún más inhóspito. Pasó a toda prisa por delante de la cueva, en dirección de la senda que conducía a la otra parte de Moonwell. Mas titubeó al ver que no había tapia en torno al foso.

Iluminado por la luna, parecía todavía más hondo. Aunque estaba en el borde mismo de la cuenca, la mujer se sentía demasiado próxima a la abismal negrura. Quiso recular, y un guijarro voló de su tacón y se precipitó ladera abajo. Por algún motivo que escapaba a su comprensión, le aterraba que cayera en la cueva. Echó a correr hacia la vereda, a trompicones, perdiendo casi el equilibrio.

Los rayos lunares recorrieron, sinuosos, la localidad, e hicieron fulgurar los tejados de las casas sobresaliendo entre la luz eléctrica de las calles. La luna acompañaba a Geraldine, que caminaba por la senda que desembocaba en la iglesia. La luz planeó sobre tres rostros en una de las abigarradas vidrieras, confiriéndoles la apariencia de girar sobre un mismo cuello. Entre las tumbas más recientes del anexo cementerio, apiñadas alrededor del roble, una brillaba más que el resto. Bajo la luz de la luna, casi rutilaba.

Los rayos confluyeron en el camposanto al alcanzar ella el pavimento. Unas sombras alargadas caían sobre la blanqueada hierba como columnas cuyos borrosos frisos se encaramaban hasta el muro de la iglesia. Geraldine miró a ambos lados de la calzada y cruzó hasta la acera lindante con el recinto. Todavía no vislumbraba el nombre que figuraba en la losa rutilante, ni podía entrever qué clase de piedra era aquélla para que reflejase con tamaña intensidad el claro de la luna, como si las irradiaciones vinieran de su interior. Avanzó rauda hasta la reja y descorrió el pestillo de la cancela de hierro.

Debían de haberla engrasado últimamente, pues no la oyó chirriar. Quizá era porque su gran empeño en leer la inscripción de la losa, situada allí donde moría la sombra del roble, anulaba sus otros sentidos; al adentrarse en el luminoso pasillo de grava, ni siquiera percibió los ecos de sus pisadas. La luz, que todo lo había congelado en una marmórea quietud, le provocaba escalofríos. Tanteó el camino y avanzó entre las mohosas lápidas, resbalando sus pies en unos túmulos que ella asoció a lechos de tierra. Se había acercado ya lo bastante como para leer la inscripción de sucinto texto, y le temblaban las piernas. Tuvo que pisar las viejas losas, las cuales, aunque de piedra, se desmenuzaban con sólo tocarlas. Cuando cayó de rodillas frente a la tumba rutilante, mucho más deslumbradora que las de sus flancos, fue a fin de mitigar los espasmos de su cuerpo. Pero los temblores persistieron como si nunca fueran a parar. La única fecha grabada en la intacta piedra databa de ocho años atrás, y sobre ella había un nombre: Jonathan.

10

«Espero verla esta noche en el bar, señora Wainwright... Phoebe.» Pensaba Eustace que si la llamaba por el apellido, le rogaría que usara el nombre de pila; esto le facilitaría las cosas. No supo exactamente qué decirle hasta doblar la esquina del callejón de la iglesia, con el cuello de su camisa tan tirante que el botón saltó y fue a caer en la calzada, donde lo pulverizaron las ruedas de una camioneta de reparto. Optó por llamarla «señora Wainwright», de modo que lo único que había que hacer ahora era enfilar el callejón, liberar el pasador de la reluciente verja de madera pintada de verde, internarse en el enrejado de floridas viñas y el camino de gravilla, tan efectivo como un perro guardián para advertirla de que alguien llegaba, llevar su plomiza mano al timbre y aspirar una honda bocanada que tenía la intención de contener hasta hallarse frente a frente con la dama, de tal suerte que tuviera que expelerla y formular la petición a un tiempo. Había inspirado ya, cuando se dio cuenta de que no había sacado la revista cuya entrega le servía de coartada. La extrajo de la cartera tan apresuradamente que tiró la mitad de su contenido en el porche de la casa, en el momento mismo en que ella abría la puerta.

Se agachó y se imaginó que ofrecería el aspecto del rapaz imberbe postrado ante una amada que ni siquiera sabía que lo era. Al ponerse ella en cuclillas para ayudarle se arremangó la falda del vestido, revelando sus rollizos muslos, y Eustace casi cayó de espaldas. Se dejó embelesar por su perfume, de olor silvestre como el brezo, por sus brazos levemente pecosos y las destapadas curvas superiores de sus grandes senos, por los profundos ojos castaños, la breve nariz, los labios rosados y carnosos, por el cabello rubio recogido en una cola de caballo que descendía sobre su espalda. Su mano, suave y tibia, tocó la de él al entregarle algunas de las cartas.

-Muchas gracias -masculló Eustace, y se puso en pie lo más rápido que pudo, para comprobar que, ahora, parecía estar espiando el escote de su vestido.

Ella se levantó también, con tal gracia, que al cartero le asombró y conmovió a la vez.

-Si quieres, puedes ordenar el correo en mi mesa.

La sala principal estaba tan pulcra como la suya: era la clásica estancia de una persona solitaria. Se perfilaban fósiles empotrados en varias de las piedras de la chimenea, que se construyó ella misma. Eustace desparramó la correspondencia en el bordado tapete y desvió la mirada de una fotografía del marido difunto -una cara muy larga dividida por un mostacho- a otra de Phoebe empequeñecida por la imagen floral que había adornado la cueva el año anterior, que representaba a un hombre ataviado de oro y esgrimiendo una espada, con una aureola que era como un sol en derredor de su cabeza.

-Seguirá vistiéndola, ¿verdad? -preguntó el cartero, que por contraposición la desnudó con la mirada y quedó muy azorado.

-No te preocupes, sé lo que quieres decir. -Phoebe Wainwright esbozó una risita forzada, antes de asumir un aire de mayor gravedad-. Algunas de las personas que acostumbraban a participar ya me han dado excusas para no colaborar. Espero que aún queden las suficientes. No me agrada en absoluto pensar que nuestra comunidad va a dejarse gobernar en este asunto por alguien que ni siquiera ha visto la ceremonia.

-Tiene más razón que un santo.

«Pídeselo ahora», exclamó la voz interior de Eustace, tan fuerte que casi creyó tener puestos nuevamente los auriculares. Pero sentía la boca como si hubiera masticado chicle que se le adhería fuertemente, y sus manos expertas habían redistribuido las cartas antes de que pudiera despegar los labios. Respiró hondo, y se oyó decir a sí mismo las únicas palabras de las que era capaz.

-Muchas gracias.

Se dirigía desmañadamente a la puerta, sin otro anhelo que partir y quedarse solo, cuando ella preguntó:

-¿Te traía algún otro propósito aparte de esparcir tu carga en el umbral de mi casa?

-Perdone el despiste. He estado paseando esto por todas partes. -Le alargó la revista, y recordó que su marido había sido enfermero y que se mató, hacía dos años, al salirse de la

carretera en medio de una de las nieblas instantáneas del distrito de Peak-. No creo que se muriera de ganas de leerla -apuntó.

Le entraron deseos de enterrar la cabeza en la cartera mientras ella reía y se enfadaba al mismo tiempo. Sonaron unos timbrazos. Eustace siguió a Phoebe, y vio que abría la puerta a dos mujeres con cara optimista y cordial que llevaban los bolsos atiborrados de libros y panfletos.

-¿Permitirás que Dios entre en tu hogar? -la abordó una de ellas.

-Yo me voy para dejarle más sitio -dijo el cartero, escurriéndose entre las visitantes.

-También a mí van a tener que disculparme -cortó Phoebe a las mujeres. Al cerrar la puerta, gritó a Eustace- Nos veremos luego. Estoy deseando presenciar tu número en el bar.

El hombre se puso tan colorado, que a punto estuvo de volver a casa directamente, sin concluir su ronda. Repartió el resto del correo, y al fin volvió a la casita que ocupaba entre la calle Mayor y una de las empinadas cuestas de la colina. Se tendió en el sofá y vio cómo Stan Laurel incendiaba el hogar de Hardy al ayudarle a ordenarlo después de una fiesta. Por primera vez, no tuvo que consolarse con la idea de que aún había alguien más torpe que él.

Compró más tarde pescado con patatas fritas en una tienda de la calle Mayor, y fue a comerlo a casa. Ya al anochecer, se encaminó por la penumbrosa población a El Soldado Manco. El bar estaba a rebosar, los rostros que se arracimaban bajo las vigas de oscuro roble eran en su mayoría de gente extraña, algo que sucedía con frecuencia en las noches tradicionales como ésta o cuando Eric, el patrón, proyectaba una película en la pantalla de vídeo. En un rincón lleno de arreos de caballerías divisó a los productores de Radio Sheffield; Anthony, el que afirmaba que no valía una grabación, sacudía la cabeza para despejar las mechas de su plateado cabello. Aunque le hubiese apetecido, Eustace no tenía tiempo de departir con ellos. Siempre llegaba con el tiempo justo, pues de otro modo se arriesgaba a perder la confianza en sí mismo. Mas, cuando Eric le invitó a una caña y anunció: «Tomen asiento, damas y caballeros, para admirar al humorista local de Moonwell, Eustace Gift», no había aún rastro de Phoebe.

Eustace pasó apuros entre las mesas, sorbiendo la bebida de su jarra a fin de no salpicar a los clientes y subió los escalones del improvisado escenario. Tenía que demostrar a Anthony de Radio Sheffield que era un comediante como la copa de un pino. Descubrió que lo era una noche en que le describía a Eric su semana laboral normal, presidida por mil caídas de culo, tan entusiasmado que no notó que todos los presentes le escuchaban hasta que le ovacionaron al final y le convidaron a beber. No podía aguardar a Phoebe, el espectáculo debía «continuar».

-Ése soy yo -empezó, acomodándose en la rígida silla que constituía todo el decorado-. Eustace de nombre y Eustace por naturaleza.

Una mujer menuda que estaba sentada junto a la ventana estalló en estentóreas carcajadas.

-Yo soy Eustace, querida, que significa «rico en maíz» -añadió, y cosechó unas risas más generales, aunque de cortesía.

Ojeaba al público en busca de alguien más con quien personalizar la charla -era su estratagema para hacer reír pues si se ganaba un amigo también hacía que extendiese la hilaridad-, cuando se abrieron las puertas y apareció Phoebe.

Estaba jadeante. Quizá había corrido por él. La recién llegada le sonrió furtivamente como disculpándose, y el hombre se sintió crecer varios centímetros de golpe.

-Yo hago llegar el correo a los hogares de Moonwell, y Phoebe Wainwright, que acaba de entrar, hace llegar los bebés. Es una suerte que no sea al revés, ya que me temo que yo llenaría el lugar de ciudadanos de segunda clase.

Suscitó este chiste una segunda risa de compromiso, mientras que en los productores radiofónicos no produjo sino un imperceptible movimiento de labios. Ya era hora de darles algo más punzante.

-Es posible que nuestras vidas cambien ahora que la misión Moonwell se ha aposentado en el pueblo. Pronto tendremos que llamar a la recogida de cartas «recogida de epístolas». Y no me digáis que creéis que una epístola es el estado en el que salís habitualmente de los

bares.

Al padre O'Connell, que estaba en la mesa de Diana Kramer, le divirtió la ocurrencia, y también a los productores.

-Me han comentado que Godwin Mann está reposando en la habitación de su hotel desde que se presentó ante nuestra gente -susurró Eustace con expresión ingenua-, pero no se lo contéis a nadie, ¿de acuerdo? Probablemente le da dolor de cabeza eso de oír a todas horas la voz de Dios. Es algo fabuloso que a mí nunca me ha pasado. Tal como yo soy se me cruzarían las líneas, y oiría frases como «Abróchense los cinturones» o «¿De qué color son sus prendas interiores?»

Estiró la mano hacia la jarra, pero la dejó en suspenso. Las risas que quería provocar no sonaron; unas pocas que se oyeron rezagadas eran más de aliento que espontáneas. Mientras engullía un trago de cerveza, vio al carnicero apoyado en la barra, contemplándole como si le animara a ensayar otro estilo de humor. No podía ser cierto, aquel hombre se mostró más que escéptico el día de la gran asamblea.

-Tengo la impresión de que la alcoba del señor Mann está demasiado atestada -prosiguió Eustace-, porque ha mandado a sus emisarios por todas las casas de la localidad solicitando plaza para Dios.

Cuando Steve, el segundo hombre de Radio Sheffield, se echó a reír, muchas cabezas se volvieron para escudriñarle. Por lo demás prevaleció el silencio, aunque no podía ser tan apesadumbrado como se lo pareció a Eustace. Estaba en peligro de perder el control, tanto de sí mismo como del público. «Malasombra y Melancolía al rescate», decidió a la desesperada.

-Oiga, señor Malasombra, quieren meter a Dios en nuestra casa.

-Dígales que no aceptamos realquilados, señor Melancolía.

-Insisten en que no pueden dejarle fuera. Es demasiado grande.

-Por el fuego sagrado, ya sabe lo que eso nos costará, ¿no? Cada tarde, panes y peces con el té.

Nadie se reía. Eustace dirigió inconscientemente la mirada a una mujer que antes nunca había visto, intentando arrancarle, al menos, una sonrisa. Ella le observó inexpresiva, acaso preguntándose cuánto tiempo habría de esperar para la próxima actuación, y la respuesta surgió como un salvamento en el último minuto.

-De momento, eso es todo lo que había de deciros yo mismo y mi firma afiliada Malasombra y Melancolía -se despidió el cartero, casi tartamudeando-. Deleitémonos con la música de nuestro amigo Billy Bell.

Fueron tantos los asistentes que le miraron como si se tratara de un nuevo chascarrillo, que por unos instantes pensó que había incurrido en una transposición de vocales. No, lo que había dicho retumbaba todavía en sus invisibles auriculares. Bajó del escenario, las piernas se le trababan al andar y se refugió en una esquina oscura para apagar el ardor de sus mejillas. El barbudo Billy, hijo de la administradora de Correos, elevó la guitarra sobre su cabeza camino del escenario, mas una mujer se interpuso en su camino.

-¿Me deja explicar una broma buena de verdad?

Billy dudó.

-Venga, explíquela -gritaron unas cuantas voces. Era alta y de facciones frescas, con trenzas y una sonrisa que delataba su ansia de contar el chascarrillo.

-Érase una vez un irlandés llamado Simón O'Cyrene -comenzó, y rió estrepitosa-. De pronto se enteró que le echaban del trabajo. El hombre se dijo a sí mismo: «Presiento que soy un tipo de fortuna, así que me gastaré mis ahorros en un viaje al extranjero en lugar de quedarme aquí holgazaneando». Parte pues a Israel en las vacaciones veraniegas, y un día va a Jerusalén, porque le han avisado de que se prepara allí una procesión. Se mezcla con la muchedumbre a la espera de que ésta pase, y un ratero le roba todo su dinero cuando más desprevenido se hallaba. Simón se lamenta diciendo: «¡Oh, madre mía! ¿Qué es lo que ocurre? Habría jurado que hoy era mi día de suerte».

Eustace estaba atónito. No sólo no le veía gracia ninguna a la mujer, y menos aún a su falso acento irlandés, sino que para postre mataba la comicidad riéndose ella a cada momento. No obstante, a su alrededor cundía la jovialidad; hubo incluso quienes se reían

estrepitosamente antes de que reanudara su narración.

-Está el tipo buscando a un policía, cuando se acerca la procesión. Reflexiona que ha venido para verla, y que será una manera de amortizar el gasto que ha hecho. A punto de llegar a su altura, Simón ve una moneda de seis peniques en la calle. Se adelanta, da unas zancadas, y en el instante en que *se* encorva para apropiarse del dinero, los que desfilan por su lado le cargan algo a la espalda. Vuelve nuestro hombre a protestar: «¡Esto ya es el colmo! Lo único que he hecho ha sido inclinarme a hacerme con los seis peniques y resarcirme de mi desgracia, y alguien me coloca una cruz sobre el espinazo». Pero Jesús interviene y le dice: «¿Quieres que te dé una buena noticia? Hoy es verdaderamente tu día de suerte».

Eustace estaba estupefacto, no tanto por la sosería de la mujer sino por las risotadas y aplausos que saludaron el desenlace. Se percató ahora de cuántos de los clientes del bar tomaban refrescos sin alcohol, y empezó a constatar, también, que había visto ya muchos de aquellos rostros componiendo el coro en la congregación de Mann. Debía señalárselo a los productores de Radio Sheffield, pero se habían ausentado del local antes de que se abriera una brecha hasta ellos.

De nuevo se camufló, descorazonado, en su rincón. No le habían dado ni siquiera la oportunidad de redimirse. La falsa irlandesa contó otros chistes relativos a las dudas del apóstol Tomás y del día de Pentecostés ante unos vítores redoblados, y al rato se ofreció:

-¿Deseáis oír una historia completa?

-Yo opino que sería mejor tocar un poco de música -se inmiscuyo el dueño, obviamente insatisfecho de cómo evolucionaba la velada.

Tan pronto como se armó Billy Bell con su guitarra, una voz propuso desde la barra del bar:

-Hay una vieja canción sobre la que me gustaría refrescaros la memoria, una tonadilla popular que habla de la víspera del solsticio.

Era Nathaniel Needham, el anciano de Moonwell, que vivía en una casita de los páramos. Aunque algunos aseguraban que era centenario, conservaba incólumes la mayor parte de sus facultades. Alzó su semblante acartonado hacia las vigas, lacio su canoso pelo en torno al cuello, y empezó a cantar con voz rotunda y algo gangosa:

Tres valientes mozos caminaban bajo un sol sin par,
jurando encontrar a Harry el Lunático y sus ojos picar.

-Aquí entra el coro, podéis acompañarme.

Baja, Harry el Lunático, no nos acoses más,
flores tenemos para darte, en tu puerta las vamos a dejar.
Tres valientes mozos caminando, en la fronda entraron sin más.
Encontraron a Harry el Lunático a la luz crepuscular.
Baja, Harry el Lunático, que te queremos hablar.

Nathaniel entonó el estribillo sin otra participación que la del patrón. Mas continuó, sonriendo enigmáticamente para sí.

Tres valientes mozos le cortaron los brazos y las piernas.
Rodando le llevaron, sin ojos, donde la luz era ya tinieblas.
Tres valientes mozos caminaban bajo la luna nueva.
Y regresaron por ver si su victoria era plena.
Oyeron a Harry riendo, que a los muertos quería despertar.
«Chicos, tenéis mis ojos, pero yo la cabeza os he de cortar.»
Un valiente mozo tiene la cabeza en el foso antes del alba.
Harry el Lunático la tiene, la cabeza y el alma.
Dos valientes mozos atrancaron las puertas, los cerrojos pusieron,
pero tranca y cerrojo a la llamada del muerto se abrieron.

«¿Quién llama? Oigamos su voz, su saludo y su ¡hola!»
«Es un amigo que veros desea, no quiere otra cosa.
Saltad por la ventana, como liebres corred.
Doquiera vayáis, de Harry no os podréis esconder.»
Dos mozos valientes dejan sus cabezas atrás.
Dos muertos errantes caminan y siguen a otro más.
En la negra espesura los dientes enseña y se ríe la luna.
Harry el Lunático se levanta de su horrenda tumba.
El clérigo está en el pozo y la noche en el sol;
nadie se irá hasta que Harry acabe con su horror.
Baja, Harry el Lunático, no nos acoses más,
flores tenemos para darte, en tu puerta las vamos a dejar.

Eustace volvió en sí y dio un respingo. No podía expresar cómo le afectaba aquella balada, que le hacía olvidar incluso hasta dónde estaba. Esta vez casi nadie aplaudió, pocos fueron los que atendieron a la letra, y algunos hasta se mostraron molestos. Al subir por fin Billy Bell a la plataforma, Diana se aproximó al cartero.

-El padre O'Connell y yo queremos felicitarle por su estupenda función. Comprendemos bien a qué problemas se ha enfrentado.

-Se lo agradezco -susurró Eustace, más tímido aún que antes.

El instinto oculto que le llevaba a fingir ante el público que no era un hombre vergonzoso le había abandonado. Además, no sólo era imposible recuperar el crédito de todo aquel gentío, sino que se tomarían a mal que lo intentase. Había en el bar demasiada gente a la que tendría que conocer en el ejercicio de su profesión: la idea de hacerles frente después de ponerse aún más en evidencia le resultaba insoportable. Se animó a dejar su esquina en penumbra mirando en cualquier dirección salvo en la de Phoebe, y se abrió paso hasta la puerta.

Ya fuera, tomó conciencia de cuán ebrio estaba. Tres cuartas partes de un rostro gigantesco flotaban en el cielo sobre los montes, haciéndole una mueca burlona. Regresó a su casa tambaleándose, se desplomó en el lecho y se durmió. A la mañana siguiente despertó con la sospecha de que le habían jugado una mala pasada. Toda la velada había sido parte de una especie de farsa, una farsa que, por muchas vueltas que le dio, no logró que le excitara la risa. Se lanzó, todavía no muy sereno, a las calles bañadas en la luz de la aurora, cavilando sobre qué otras nuevas trampas le tenderían al cabo del día. Cuando le informaron de lo de las ovejas, lo primero que pensó fue que era una broma macabra.

11

A la salida de El Soldado Manco, Craig trató de no perder la calma. Había decidido irse después de que boicotearan a Eustace, pero Hazel y Benedict se obstinaron en quedarse hasta el final. Aunque el joven barbudo de la guitarra recibió los aplausos de rigor, era obvio que lo que esperaba la mayor parte del público era la última actuación, la de un dúo cristiano con una serie de instrumentos y gozosos mensajes. A Craig le enojó cómo daban por sentado tener más derecho que nadie a invadir el escenario. Así lo habría manifestado de no estar Hazel y Benedict con unos amigos.

Hazel les conocía del nuevo centro cristiano, donde colaboraba desinteresadamente. Mel extendía sus manos, grandes y húmedas, siempre que deseaba recalcar un punto; su esposa Úrsula asentía con la cabeza a cada una de sus aseveraciones. Ambos rebosaban júbilo, y Craig se cansó de ellos mucho antes de llegar a casa de los Eddings, donde Hazel invitó a sus amigos a tomar café. Durante el trayecto, entrados ya en la calle Mayor, dijo:

-Por lo visto, lo habéis pasado muy bien en el bar.

-¿Y usted, no? -inquirió Úrsula-. Yo lo he encontrado fantástico.

-Me he reído mucho con el primer humorista; pero me ha parecido que algunos disfrutaban poniéndole de cara a la pared.

-Yo mismo, por ejemplo -declaró Benedict-. Moonwell puede prescindir de ese tipo de charadas.

-Pero no de un cartero, ¿verdad? No se lo criticaría si os dejara a todos plantados.

-¿No se lo criticaría? -participó Mel, azuzando con el hombro a Craig-. ¡Y tanto que lo haría! Es forzoso que todos nosotros le afeemos sus errores y le mostremos aquello en que obra mal. También es nuestro deber.

Craig respiró largamente para no violentarse, menos aún con la cantidad de alcohol que llevaba en el cuerpo, pero Vera no pudo callar.

-Ustedes, los nuevos, no suelen frecuentar los bares, ¿me equivoco? ¿Han venido esta noche quizá con la única finalidad de arruinarle el número?

-No se puede arruinar a quien ya lo está -le espetó Benedict.

-¡Oh, vamos, no! -medió Úrsula con su perpetua alegría-. Debe de ser un pésimo comediante si basta un fracaso para hundirle. Espero que nuestra lección le enseñe a ceñirse a aquellas bromas que puedan divertirnos a todos. Además, tenga usted presente que él sí ha subido hoy a escena resuelto a destruir, a minar nuestra fe en Dios.

-Dios y su fe pueden cuidarse solos. ¡Qué insidiosos son! Han tomado el local al asalto, de manera que hasta quienes no estaban de su parte se sintieron demasiado intimidados para reírse.

-No, no -dijo Mel, en voz tan melosa como la de quien visita a un enfermo desahuciado-. Todo el pueblo se identifica con nosotros, como ha podido notar. Han comprendido que necesitan a Dios y no a sus enemigos.

-Enemigos tales como nosotros, ¿no? -gruñó Craig.

-En el fondo de su corazón, mamá no lo es -saltó Hazel-. Y tampoco tú lo serías -su tono era ahora implorante- si perdieras un poco de tiempo en reflexionar.

Por unos instantes Craig deseó coger la mano de su hija, apretársela para hacerle saber que no debía angustiarse tanto por su alma, especialmente ahora, cuando él se esforzaba en no preocuparse por su actitud. Mel y Úrsula empezaron a tararear un himno, y los Eddings les corearon. Todavía cantaban cuando se detuvieron frente a su casa, en el camino que llevaba a la colina.

Craig se dejó caer en una butaca de la sala de estar, bajo una reproducción de una pintura en la que Cristo exhibía las llagas de las palmas de las manos con una «artística»

mancha de sangre. Era justamente la falta de voluntad estética lo que indignaba a Craig, presuponer que cualquier representación había de provocar una reacción automática. Confiaba en que fuera Benedict, no Hazel, quien comprara el cuadro.

Mel y Úrsula se acomodaron en el sofá, y Mel leyó la crítica en los ojos de Craig al apartar éste la vista del lienzo.

-¿No hay en usted ni un átomo de espiritualidad?

-Anóteme en la lista de los «no sabe, no contesta», si eso le tranquiliza más.

-Jesús no admite la neutralidad. Aquel que no está con él, está en su contra. -El joven tendió las manos al otro hombre como si le ofreciera algo grandioso, pero ingrávido-. ¿Puede usted examinar minuciosamente sus entrañas y afirmar que no hay una total vacuidad donde debería alojarse la fe?

-La vacuidad no es tan mala.

Mel apeló ahora a Vera.

-Dice Hazel que usted es más creyente. Nosotros, los que creemos, tenemos la obligación moral de guiar a los demás hacia la senda del bien.

-Yo apoyo el envite de Pascal.

-¿Perdón?

-El filósofo que razonó que, puesto que no puede probarse la existencia del Creador, más vale apostar a favor: si no hay Dios nada se pierde, y si lo hay se gana... Bueno, lo que tenga que ganarse.

-Eso es un sofisma disfrazado de religión. No hay otro método de creer en el Señor que dejarle regir nuestras vidas.

-Somos ya un poco viejos para eso -dijo Craig tomando el relevo de su mujer-. No nos seduce nada que nos manden lo que hemos o no hemos de hacer.

Benedict se acercó al grupo, trayendo una bandeja con tazas de café.

-Algunas personas podrían interpretar que eso es lo que ustedes intentan hacer con respecto a nosotros.

-Concreta, Benedict: ¿qué personas? -De repente, a Craig le urgía zanjar la inevitable discusión-. Si tienes algo que decir, vomítalo sin más rodeos. ¿De qué te consideras una víctima?

El yerno posó cuidadosamente la fuente junto a una pila de folletos.

-Excusadme. Gracias -murmuraba mientras pasaba las tazas, y al término de la ronda le guiñó un ojo a Craig-. Sencillamente, pienso que ya es hora de aceptar cómo ha madurado Hazel. Y pienso también que le gustaría inmiscuirse en mi modo de dirigir el negocio.

-Si Vera y yo fuésemos a prestarte el dinero que nos pediste, querríamos opinar que sí.

-Supongo que es justo dejarles hacer algunas observaciones.

-He empleado el condicional, Benedict. Si «fuésemos» a hacerte el préstamo.

Hazel trató de sujetar su taza con las dos manos, pero las retiró enseguida, después de depositarla en la repisa del hogar, tan caliente estaba.

-¿No nos lo haréis? -preguntó, con la voz un punto chillona. -En primer lugar, no sabemos cuánto tendremos de sobra. Tampoco hemos decidido dónde viviremos -dijo Vera-, aunque desde luego no será en Moonwell si la actual situación no da un giro de noventa grados.

-¿Qué situación? -se soliviantó Benedict-. Lo único que ambiciona Godwin es liberar nuestro pequeño confín del mundo del crimen, del pecado y de la corrupción. Puede realizar aquí su labor porque estamos aislados, a salvo de influencias externas. Ni siquiera vosotros negaréis que tal aspiración merece la pena.

-¿Nosotros, quiénes? -demandó ahora Craig. La cólera le agarrotaba los músculos del torso-. Nosotros, los peores pecadores, ¿eh? Tal vez ahora entendáis por qué no nos sentimos bienvenidos.

-Papá, siempre seréis bienvenidos -trató de pacificar Hazel, pero Benedict la interrumpió.

-Todavía no me ha dicho qué es lo que le disgusta de mis métodos profesionales.

-Muy seguro estás de querer oírlo. Te mencionaré un solo detalle que me repugna, y es

cómo utilizas a Hazel para atraerte a la clientela. Hemos oído algunas de las impertinencias que tiene que tolerar, y que no me sorprenden, ya que la obligas a jugar con el miedo ajeno para vender tus condenadas alarmas.

-A mí no me importa, papaíto, de veras que no. Es mi deber ayudarle.

-¡Por los clavos de Cristo, Hazel! ¿Desde cuándo eres tú una de esas odiosas mojigatas? -bramó Craig, y al instante entrechocó los dientes como si así pudiera morder sus palabras y tragárselas-. Lo lamento, no era mi intención insultarte. La bebida tiene la culpa.

-Te perdono.

Craig apretó los dientes con más fuerza.

-¿Qué pasa ahora? -preguntó Benedict en tono desenfadado-. Ya le ha dicho que le perdona.

-Sí, porque así lo propugna vuestro amigo Mann. Me perdonas porque también forma parte de tu deber, ¿no es cierto, Hazel? Nada tiene que ver con el cariño que nos profesamos mutuamente, ni con nada que pueda llamarse auténtico. -Craig se volvió hacia Benedict-. Te explicaré dónde radica la aberración de esa misericordia vuestra: en que sofoca los sentimientos que habríais de tener para ser honestos con vosotros mismos. Yo creía que la religiosidad aportaba paz, y a mi edad no concibo ya otro modo de integrarla en mi existencia, mas si viviera expuesto a vuestras bondades durante mucho tiempo acabaría produciéndome úlcera. Y ahora, si me disculpáis, estoy exhausto y he hablado demasiado. -No obstante, hizo aún un alto en la puerta-. En lo que atañe a tus problemas comerciales, te aconsejo que te pongas en manos de Dios. Él proveerá.

Subió con fatiga al cuarto de baño, se refrescó la cara con un poco de agua, se lanzó una furibunda mirada en el espejo y procedió a lavarse los dientes. Cuando entró en su dormitorio de camas gemelas y plegables, Vera le estaba esperando.

-Les he anunciado que nos iremos mañana -cuchicheó ella.

-Renunciamos indefinidamente a Moonwell, ¿verdad?

-Sí. Yo tampoco lo habría resistido muchos días más. -Pero, una vez regresó del lavabo, apagó la luz y se tendió en su desvencijada cama, la voz de Vera sonó menos firme-. Confío en que no prohíbas a nuestra hija que vaya a visitarnos -murmuró-. Sigue siendo Hazel, aunque su carácter haya cambiado. Siempre desearé verla. Maldigo nuestra vejez que nos roba los buenos reflejos para conducir que teníamos antes.

Después de dormirse, Craig todavía oía aquel discurso. ¿Por qué no había cerrado la boca en el salón, en vez de empeñarse en ganar una trifulca que no le llevaría a ningún sitio? La mera noción de Godwin Mann y sus acólitos le enfurecía, sobre todo la mujer que se había adueñado del escenario tras echar a Eustace. El humor era una técnica calculada que estaban usando, al igual que los plagios de cualquier forma de canción popular. ¿Cómo podía Hazel dejarse enredar? ¿En qué le habían fallado Vera y él?

Se sintió torpe y vulnerable, y quizá por eso soñó que lo era. Retrocedió hasta su niñez y, como entonces, hubo de ejecutar en nombre del arrojo una serie de hazañas que no quería. Se descolgó por una cuerda hasta las galerías de la mina abandonada de la montaña que coronaba Moonwell, pero esta vez sabía de antemano qué ocurriría, y luchaba para que sus manos le izasen y le sacasen de la oscuridad mientras podían. Había logrado detener la bajada agarrándose a la cuerda con piernas y brazos, cuando se soltó el nudo que ataba el cabo superior a una roca.

No cayó muy hondo. La rugosa superficie de una piedra le cortó el resuello. Asomó la faz de su amigo en la boca del pozo, como si estuviera en el otro extremo de un telescopio, gritándole que iba en busca de auxilio, y el pequeño Craig quedó echado, magullado y sin aliento, sumergido en una penumbra que pareció aglutinarse, adherida igual que el fango, en sus pulmones. No podía respirar porque era consciente de lo que pasaría luego, lo presentía con todo su ser: alguien avanzaría hacia él por los túneles de la mina abandonada, alguien que le arrastraría a las tinieblas hasta que no pudiera ir ya más lejos, hasta que se encallaran sus hombros y metiera la cabeza en la negra oscuridad. Era allí donde ahora estaba, con los hombros incrustados sin poder moverse y con la criatura que había tirado de él intentando alcanzar su cabeza. Al despertar tenía la cara sepultada bajo la almohada, encontrándose al

borde de la asfixia.

Este hecho, al menos, amortiguó su alarido. Se sentó en la cama a fin de desechar la pesadilla. Por supuesto, en el episodio verídico no sucedió lo peor, pues le rescataron a tiempo. Aunque tampoco habría sucedido: era tan sólo un niño asustado. Hoy debería de haberlo soñado todo de nuevo a causa de la balada que escuchó en el bar, pese a que no recordaba haberla oído con anterioridad. Se levantó y, aún muy tieso y de puntillas, se acercó hasta la ventana para que la visión real del campo reemplazase cuanto antes a la del sueño.

Retiró la cortina, de forma que el claro de luna se propagó por la alcoba, respetando la cama de Vera. Craig se giró hacia la ventana para averiguar por qué los rayos vibraban como lamiendo la alfombra. Alzó la vista y, de manera instintiva, tensó tanto el cuello que se golpeó la frente contra el cristal. El páramo se hallaba ardiendo densamente.

¿Como podía ser tan blanco el fuego? Durante unos instantes casi lo confunde con niebla o emanaciones gaseosas, si no hubiera sido porque su desplazamiento era distinto. El contorno parecía más chamuscado que nunca, y unas llamas blancas danzaban sobre las peñas, en el brezo y en la hierba. Más tarde, aquellas lenguas de fuego se enrojecieron y crecieron cada vez más; iba Craig a recular para dar la alarma, cuando le frenó la sirena de un coche de bomberos que se dirigía a la zona incendiada. Wilde contempló el panorama hasta que el límite del campo quedó de nuevo sereno, sin ni siquiera una voluta de humo bajo los resquicios de luna, y volvió a acostarse.

Por la mañana le contaron que un desconocido había encendido una hoguera allí arriba. El fuego espantó a un rebaño de ovejas, que huyeron despavoridas entre las tiendas e hirieron a dos de los seguidores de Mann. Algunos de los animales se zambulleron en el desprotegido foso donde el predicador había organizado el primer encuentro. Benedict les relató el suceso en un tono del que bien podía inferirse que hacía culpables a Craig y a Vera. Aparte de los hechos escuetos, poco más les dijo mientras les acompañaba a Sheffield, y nada le quedó a Craig para abstraerle de la idea de que no debería haber permitido que sus arranques le distanciasen de Moonwell, aunque ahora, ciertamente, era ya tarde. Recordó, obstinado, la primera impresión que le produjeron aquellas llamas blancas como la ceniza, blancas como la luna.

12

La sesión de la asociación de padres y profesores resultó más aún de lo habitual una clase para adultos, si bien no fue así como trataron a los asistentes. Cuando Diana seguía al padre de Sally al salón de actos, la señora Scragg le preguntó con cinismo, como si la maestra no debiera pasar tanto rato charlando con los padres acerca de sus pupilos:

-¿Da usted su venia para empezar?

Diana ocupó su puesto en la mesa de tijera del entarimado, y la señora Scragg martilleó la madera con la palma de la mano, enviando ecos mortecinos por la concurrida estancia:

-Imagino que todos estarán ya al corriente de lo acaecido en la cueva.

Tal vez no pretendía asumir un acento acusador, pero algunos de los presentes rehuyeron su mirada.

-Ignoro quiénes son los vandálicos terroristas que recurren a la crueldad para aturdir y asesinar animales, pero si saben lo que les conviene se mantendrán lejos de mi esposo y de mí. Y les conviene saber también que un mero incendio en los marjales no expulsará de nuestras vidas a Godwin Mann.

La directora se aferró al borde de la mesa con ambas manos, enrojeciéndosele los

nudillos, y se proyectó como una lanza hacia los padres.

-Os diré qué hemos hecho el señor Scragg y yo para ayudar a nuestros nuevos amigos: hemos invitado a dos de ellos a hospedarse en nuestra casa mientras dure su estancia en Moonwell. Que traten ahora los cobardes de lastimarles. Espero imitaréis nuestro ejemplo, al menos los que vivan en casas de su propiedad.

Si esta coletilla tenía por objeto excluir a Diana, a ella le pareció espléndido. La señora Scragg se sentó profiriendo un resoplido como colofón, y su marido se aclaró puntillosamente la garganta.

-Antes de que pasemos a otros asuntos, ¿hay algún comentario? -consultó a los reunidos.

En el fondo de la sala se agitó la mano de un hombre.

-¿Sí, señor Milman? -le reconoció el señor Scragg.

-Aprecio en su justo valor las declaraciones que acaba usted de hacer, señora Scragg, pero...

Ella estudió al hombre con el entrecejo fruncido, como si fuera la primera vez que le veía.

-Tenga la bondad de levantarse, o no se oirán sus palabras.

Milman obedeció turbado, apoyándose en el respaldo de la silla plegable que tenía delante.

-Decía que, naturalmente, no apruebo que se atente contra las personas para quitarlas de en medio, pero juzgo comprensible que haya una cierta suspicacia en el ambiente. Después de todo, nadie pidió que subvirtieran así nuestro orden de la noche a la mañana. Mi familia y yo vamos a la iglesia cada domingo, no necesitamos que venga nadie a hacernos sentir que no es suficiente.

Muchos de los asistentes asintieron con la cabeza, y hubo un murmullo general. «Acaso esta vez se atreverán a hablar sin tapujos», se esperanzó Diana.

-Nadie preguntó a José y María si querían tener a Jesús como hijo -replicó la señora Scragg-. Y si lo único que busca usted es llorar por lo irremediable, señor Milman, será mejor que ataquemos sin más preámbulos el tema que ha motivado esta sesión.

-En realidad, eso no era todo. -El señor Milman envaró ahora la espalda-. Ya he informado a la señorita Kramer de que algunos de sus nuevos alumnos le están ocasionando pesadillas a nuestra Kirsty.

El señor Scragg se incorporó sobre los dos cojines que añadían altura a su silla.

-¿Y qué le contestó la señorita Kramer?

-Me dijo que sacara a relucir la cuestión en esta velada.

-¿Eso dijo? Era de esperar -siseó, tirante, la señora Scragg-. ¿Y cómo se supone que nuestros jóvenes amigos atormentan a su hija?

-Amenazándola con que el diablo se la llevará si no confiesa hasta sus faltas más nimias. Incluso querían que le contara a la señorita Kramer que una noche se quedó dormida sin rezar sus oraciones. Yo admiro a la maestra, y estoy convencido de que no le interesan nada semejantes bobadas. Los chicos han conseguido que Kirsty tenga pesadillas sobre un ente que camina a la luz de la luna, creciendo sin cesar y Dios sabe qué más. No es eso lo que viene a aprender a la escuela.

-Con su permiso, me gustaría explicárselo todo -ofreció uno de los acólitos de Mann-. Nosotros creemos en el mutuo socorro. Un pecado confesado es una carga compartida. Nuestros hijos no intentan más que ayudar a los de ustedes. Tal vez debería preguntarse a sí mismo si el Señor induce pesadillas en su pequeña para hacerle ver sus errores.

-Entérese usted de que conozco a mi hija mucho mejor que ninguno de sus niños, y presiento además que no soy el único que empieza a cansarse de sus intromisiones. -Milman dio una rápida ojeada a aquella caterva de rostros elusivos-. ¿Es o no es así?

Los susurros de asentimiento fueron poco más que mudos y difícilmente localizables. La señora Scragg sonrió al padre afectadamente.

-Habrá de afrontar que no todos los niños son tan perfectos como la suya. Me figuro que hablo en nombre de la mayoría al decir que todo aquello que se haga para mejorar su

comportamiento le es sumamente beneficioso.

-Poco mejorará nada con las clases multitudinarias que ahora tienen -protestó Jeremy Booth-. A razón de dos chavales por pupitre, nadie puede esperar que rindan al máximo.

-Se apañan muy bien en mi clase y la de mi esposo -repuso la señora Scragg, y proyectó, ahora, sólo el cuello para detectar a Booth-. Ni siquiera es uno de los padres. ¿Qué pretende con esa impostura?

-Ha venido en representación de los padres de Andrew -dijo Diana.

La señora Scragg no se dignó mirarla.

-Escuchemos a alguien que tenga legítimo derecho a hablar. ¿Quién hará de portavoz de la escuela? Nuestros nuevos amigos van a creer que se han equivocado con nosotros.

-Hay que fijar normas -colaboró tímidamente el señor Clegg, el de la tienda de comestibles-, aunque no tengan mucho sentido. Cuando se hagan mayores, nuestros hijos habrán de acatar leyes que tampoco encontrarán atinadas.

Diana evocó algunas de las reglas de los Scragg: nada de pantalones para las chicas en invierno; nada de zumos para acompañar las comidas, solamente agua caliente.

-Así que, según usted, ¿hay que adiestrar a la gente para que nunca desee cambiar nada? Si nos excedemos en esa práctica, les enseñaremos a no pensar.

-No vienen al colegio para pensar, sino para aprender. -La señora Scragg se enorgulleció de sí misma por el giro que había dado a la frase-. Ahora que hemos escuchado los distintos argumentos, quiero ver un aluvión de manos. Todos sabemos que algunas personas, carentes incluso de un mínimo valor para dar la cara, hacen cosas que nunca creímos que contemplarían nuestros ojos sólo porque les atemoriza oírse decir que son tan pecadores como el resto de nosotros. En tales circunstancias, ¿quién votaría para que se relaje la disciplina aquí en la escuela?

-No era eso lo que debatíamos -se indignó el padre de Kirsty.

-No era lo que usted quería debatir, pero hay otros niños además de la suya que merecen nuestra consideración. Si su hija sigue teniendo pesadillas, le recomiendo que la lleve al médico. Y vamos ya a lo nuestro: ¿desea alguien que nuestros amigos se sientan desplazados por actuar como cristianos? -La señora Scragg dio un bufido al no obtener respuesta-. ¿Quién está insatisfecho de nuestra disciplina?

El señor Milman y Jeremy levantaron la mano al unísono; se alzaron luego otras, más inseguras. Varios padres dirigieron a su entorno miradas de reojo, deseosos de constatar si había la reacción suficiente para no quedar al descubierto y decidiendo no manifestarse.

-No son muchos -verificó el señor Scragg, haciendo palmas con sus ridículas manos-. Si alguien quiere verme a la salida, estoy a su disposición.

Después de la reunión, que por lo demás transcurrió sin novedad, algunos padres fueron no al despacho de Scragg, sino al aula de Diana, para darle fe de cuánto preferían sus enseñanzas a las del resto del personal. Lo más probable era que el exceso de temor por sus hijos les hubiera impedido expresarse libremente en la sesión.

-Habíamos planeado de todos modos mudarnos a Manchester -anunció el padre de Kirsty a la maestra, y de pronto esta ciudad pareció alejarse hasta los antípodas.

Diana volvió paseando a su casa, lenta y agarrotada. La luna permanecía oculta tras un afilado frontis de chimeneas. Más allá del bosque un avión relumbró como una mosca, desproporcionado su retumbo al tamaño aparente. Se recogió en su hogar de alquiler, ajena a la resonante negrura, y se metió en la cama.

Tuvo una noche sin sueños, y al despertar estaba reparada y optimista. A fin de cuentas, Mann y sus esbirros reanudarían su peregrinaje tan pronto consiguieran la codiciada victoria sobre el paganismo, y ella podría tratar a sus alumnos como opinaba que debía hacerlo una vez los jóvenes correveidiles del predicador no estuvieran allí para divulgar chismes. A pesar de los Scragg, con su clase regular ya había cubierto hitos. Se sintió mucho más capaz aún cuando el sol hubo replegado las sombras debajo de las casas y, al ver que el señor Scragg le hacía una seca señal desde la ventana de su despacho, marcho hacia él sin titubeos.

El director le alargó una cuartilla mecanografiada que había en su escritorio.

-Esto requiere su atención inmediata.

Sería una dura prueba tener que instruir a los niños, en materia moral y religiosa, a la manera estricta que especificaba Scragg. Las lecciones en general deberían enfocarse desde la perspectiva cristiana de la historia y la vida, garantizando una actitud recíproca también cristiana y positiva por parte de los pupilos... Leyó toda la hoja, plagada de erratas y fallos de máquina.

-¿Qué quiere que haga con esto? -inquirió al terminar.

-Firme a pie de página, por favor -respondió el señor Scragg mirándola con cara de pasmo.

-No puede exigirme eso. No consta en mi contrato de empleo.

La ridícula cara del hombre se endureció bajo el gris e hirsuto entrecejo, si bien, cuando habló, su voz sonó casi musical.

-En tal caso, he de comunicarle que esta escuela no necesitará ya sus servicios -dijo.

13

A medida que avanzaba el sábado, fue aumentando la impaciencia de June contra Andrew. Por fin le entregó unos adhesivos de propaganda cristiana para que los pegase en las paredes, pero, cuando el niño fue a encaramarse al escaparate, alzó las manos con aparatosos aspavientos.

-¿Qué te propones, derribarlo todo? Procura usar el sentido común que Dios te dio -vociferó, y Brian hubo de poner paz.

-Ven, hijo, me ayudarás en la trastienda.

De hecho, no había mucho que hacer en aquel largo y estrecho almacén que olía a botas, cuerda e infiernillos Primus.

-¿Qué te apetece que hagamos, hijito? -musitó Brian.

El niño le espió con la mirada desde debajo de unas cejas que apenas despuntaban.

-Podría leerte un poco.

-Ya le has leído a tu madre. Por hoy, has cumplido -dijo Brian, y vio que en las mejillas de Andrew se dibujaban unos hoyuelos de desencanto-. Aunque, si ha de hacerte feliz, adelante.

El pequeño irrumpió en la tienda gritando:

-¡Papá ha accedido a oír mis lecturas!

Bevan se avergonzó de sí mismo, se arrepintió de nuevo de no haber asistido a la reunión de padres y haber cambiado impresiones con la maestra de Andrew. Habría ido a no ser porque, desde la magna asamblea junto a la cueva, había procurado no dejarse ver en público.

Y es que desde aquel encuentro había observado cómo las mujeres le miraban a través de los cristales del establecimiento, chismorreando y fingiendo después que no hablaban de él. En una ocasión incluso oyó un cotilleo sobre las monstruosidades que había tenido que

soportar su pobre esposa, las que Brian le obligaba a hacer. Le habría encantado decirles que después de la asamblea del foso no volvió a tocar a June. Y no lo haría mientras ella no lo deseara, por muy frustrante que le resultase, mas ésas eran intimidades que no debían contarse. Pero sin duda los lugareños concibieron de él una opinión aún peor porque estaba demasiado avergonzado para invitar a uno de los seguidores de Mann a hospedarse en su casa.

Al menos June había dejado de tomar Valium. La religión de Godwin le había hecho un gran bien en ese sentido. Quizá aprendiera con el tiempo a ser más tolerante con Andrew. Él también trataba de serlo. A veces, a solas padre e hijo, no lo pasaba del todo mal.

Pero, el empezar Andrew a leerle un escrito, no pudo por menos que saltar interiormente siempre que pronunciaba incorrectamente una palabra.

-No es «Izak» -le aleccionó, esforzándose en ser amable-. No querrás llegar a adulto sin saber leer y escribir como es debido, ¿verdad? No querrás verte forzado a trabajar en una mina porque no encuentres nada mejor, ni pasar el día entero encerrado en la oscuridad.

Cuando, en un nuevo intento, Andrew no logró una mayor aproximación que «Izaak», Brian le habría zarandeado hasta hacerle escupir su necedad.

-Es Isaac, maldita sea, I-sa-ac. A ver si lees una línea completa sin ponerte en ridículo.

El chico leyó casi perfectamente la última frase, la que recordaba cómo Dios amaba a los niños que eran obedientes con sus padres, profesores y personas de uniforme. Dirigió a su padre una mirada fugaz, suplicante, que provocó en Brian azoramiento y recriminación de su comportamiento.

-Mucho mejor -balbuceó-. Ven, como premio iremos a ver el partido de fútbol.

El viento arremolinaba las nubes oscureciendo el sol; unas sombras huidizas se moldeaban en las laderas. Incluso andando calle abajo, hacia el extremo opuesto de la población, Brian y Andrew respiraron los efluvios de la vegetación socarrada que el aire transportaba desde los marjales de Moonwell.

-¿Tú crees que el padre de Isaac le habría matado? -consultó Andrew.

-Eso no es más que una parábola, hijo, para mostrarte cómo has de comportarte. Y, de ser verdad, ocurrió hace muchísimo tiempo.

-¿Me matarías tú si Dios te lo ordenase?

-Nadie va a ordenarme tal cosa. Venga, no seas morboso y mira el juego.

Dos equipos competían en el campo, que solían utilizar también los alumnos de la escuela. Padres, hijos y ancianos fumando sus pipas se agrupaban tras la línea blanca, y no paraban de chillar.

-¡Pasa la pelota! -rugió Brian a uno-. ¡Serás maricón!

Andrew dio un respingo y Bevan hincó los dedos en su hombro.

-No es a ti a quien insulto. Tú también puedes gritar.

Mas Andrew continuó callado, inmóvil aun cuando el balón rodó hasta él.

-Venga, hijo, dale un buen puntapié -le alentó su padre.

Los jugadores también le azuzaron.

-Chuta con todas tus fuerzas, pequeño. No eres una niña -le dijo Brian, y el muchacho arremetió.

Una patada mal dada al balón fue suficiente para patinar en el barro y caerse cuan largo era.

Mientras Brian lo conducía a casa, el niño ponía los brazos en jarras para no ensuciarse el cuerpo. Aguardó, ya en el baño, que su padre le desnudara.

-¿No eres capaz de hacer solo ni siquiera eso? -gruñó el hombre, incómodo por haber de toquetear la pálida piel del niño, su pene, que se retraía hacia el escroto como si no quisiera que lo vieran.

«No debes sentirte culpable. June también se azora siempre ante su desnudez», se justificó Bevan a sí mismo. Desoyó las protestas de Andrew porque el agua del baño quemaba, le sacó sin miramientos cuando el pequeño, remoloneando, comentó que tenía las puntas de los dedos como uvas pasas, frotó su cuerpo con la toalla, le vistió y regresaron juntos a la tienda. June alzó los ojos al cielo.

-¿Dónde está la ropa que llevabas antes? ¿Qué desastre has hecho esta vez?

-Alguien le tiró una pelota y resbaló al devolverla, cariño. He puesto su ropa en la lavadora. Para ser un chico normal tiene que ensuciarse de vez en cuando.

-Tú no presumas, que vas igual que él. Fíjate en los zapatos que llevas. No creo que hayáis de revolearos en el cieno para demostrar vuestra hombría, ¿eh? -En el fondo, June sonreía-. No sufras, Andrew, me alegro mucho de que haya niños decentes con los que puedas jugar, no esos diablillos que no paran de fastidiarte.

-Yo prefiero jugar con papá y contigo.

-¿Lo dices de veras? -June abrazó entonces a su hijo-. Pues lo haremos. Ya es hora de que nos convirtamos en una auténtica familia. Me alivia saber que nos quieres más a nosotros que a esos falsos amigos tuyos de la librería.

-Yo pienso que son unos buenos amigos de todos nosotros -rebatió Brian.

-Con que eso es lo que piensas, ¿no? Ahora voy a decirte lo que pienso yo -la mujer contuvo su exasperación-, pero no delante de Andrew, y menos aún delante de un cliente.

Una joven miraba el escaparate, comparando precios. En el momento en que Brian empujaba a Andrew hacia el almacén entró en la tienda. Bevan pudo atisbar brevemente lo más destacado de su figura: senos grandes, piernas esbeltas y bronceadas, brazos morenos.

-Esta mañana se me rompió la cantimplora -explicó la chica a June-. Me quedaré esa de color verde que tiene expuesta.

-Cuéntame cuántas piezas hay, hijo -encargó Brian a Andrew, abriendo una caja de cordones de calzado. Oyó a su esposa preguntar:

-¿Ha caminado mucho?

-Unos quince kilómetros sólo en el día de hoy. ¡Hey! No me juzgue antipática, pero le ruego que no ponga en mi cantimplora esas pegatinas. Si Dios quiere que exhiba su publicidad tendrá que pagármela. Ignoraba que existieran en Gran Bretaña pueblos como éste, con Dios en todas las ventanas.

-Es una lástima que no haya más. ¿No tiene usted tiempo para la fe?

-Me he alejado de ella y de mis padres. Les anuncié que iba a emprender una caminata de un par de semanas, prohibiéndoles que indagaran dónde. Por cierto, ¿cómo se llama este pueblo?

-Moonwell.

-Mentiría si dijera que lo he oído nombrar. Debo de haberlo pasado por alto en el mapa. Gracias por la cantimplora. ¡Ah!y espero no haberla ofendido con esta bocaza mía.

-Yo soy secundaria. Centre sus preocupaciones en Dios y en usted misma. Y sea más considerada con sus padres; al menos, hágales saber dónde se encuentra.

-No es tan fácil -contestó la joven.

Brian oyó cómo se apartaba del mostrador, con toda la mochila tintineando. Se imaginó el contoneo de su trasero embutido en los ajustados *shorts* de algodón, su semblante gracioso, que apenas había vislumbrado, sus anchos y sensuales labios. No le fue posible evitar un inicio de erección al haber eludido ella a su propia «bocaza».

-¿Qué te sucede, papá? -inquirió Andrew. Brian abrió los ojos, aquietó su alterada respiración, y vio de repente una escapatoria. Debía cazarla al vuelo, tenía que abandonar aquella estancia recalentada y sofocante.

-Se me cayó el dinero en el campo de fútbol -arguyó y, en cuanto se cerró la puerta del comercio, salió a advertir a June.

La joven forastera doblaba la esquina de la rúa de la paramera en el instante en que salió. Iba en dirección al monte, no seguía la calle principal. Averiguar adonde se dirigía lo excitó, aunque no pudo determinar el porqué. Se encaminó con aire despreocupado hacia la rúa y, tan pronto se perdió de vista la muchacha, la recorrió hasta el final y aguardó que subiera a la planicie superior.

Un guijarro suelto bajó rodando por la pendiente al ganar ella la altura. Brian repasó con la mirada los bancales de casas antes de enfilar el sendero. No había nadie en las inmediaciones y la calle estaba aún vacía cuando llegó arriba. Asomó la cabeza por la extensión de la paramera. La joven había tomado el camino que llevaba a la cueva.

Estaba sola en el campo, o así lo suponía ella. Nadie vería ni oiría nada. Y no lo harían

porque Brian nada iba a intentar, se contentaría con dejar volar su imaginación calculando qué podría pasar. Los pensamientos de un hombre eran algo inalienable, por mucho que Godwin Mann predicara lo contrario, y Bevan sintió que constituían el único reducto donde podía esconderse y ser él mismo. No, nadie le vería si la asaltaba por la espalda; nadie, ni siquiera el ruido lo delataría debido al huracanado viento que soplaba. Se imaginó cómo lucharía la chica, cuánto le costaría atenazar sus musculadas extremidades. Se le ocurrió de pronto que, en su matrimonio, toda la excitación se esfumó a partir del día en que June se le entregó sin condiciones.

En cuanto la joven desapareció de su vista, Brian cruzó escurridizamente la ladera. Nada mediaba ahora entre la linde donde se terminaba la cuesta y los peñascos que rodeaban la cueva. Unos tallos carbonizados de brezo emergían, dispersos, de la oleosa ceniza que crujía bajo los pies. Brian se dio cuenta de que no podría hacerle nada a la excursionista, entre otras razones, porque Godwin Mann venía todas las tardes a aquella hora a rezar junto al foso. De todas maneras, procuró andar con sigilo mientras ascendía al reborde superior de la cuenca.

La muchacha estaba en cuclillas en la boca del hoyo, formando

visera con la mano para examinar el interior. No había ni indicios de Mann. La imagen de la chica, sola al filo de la penumbra, aceleró los latidos del corazón de Brian. La ventolera había remitido, y el hombre tuvo la sensación de hallarse en el centro exacto de un silencio paralizador, gélido y profundo como la cueva. Tuvo la sensación de que aquel silencio succionaba sus entrañas, le vaciaba por dentro. Había empezado a moverse muy cauteloso, sin que ni él mismo supiera ya con qué fin, cuando una mota cenicienta se le metió en la boca hasta la garganta.

En el instante mismo en que tosía intuyó lo que iba a ocurrir. A la desesperada, se abalanzó hacia la joven para evitarlo. Ella levantó los ojos, alertada por la tos, e hizo ademán de enderezarse al verle venir. Pestañeó, arrugó la nariz y sacudió la cabeza, apretando los carnosos labios. Se estaba poniendo de pie, lo más lejos que pudo del precipicio, cuando dio un paso en falso y cayó en la hondura.

Brian ni siquiera tuvo tiempo de tenderle inútilmente las manos. En una fracción de segundo la excursionista estaba en el borde; al siguiente la roca quedó desierta. Su alarido se zambulló con ella en las tinieblas hasta que lo atajó un ruido seco. Se hizo luego el silencio, exceptuando los ecos dimanados por un cuerpo pesado al deslizarse hacia las profundidades en medio de un discorde ruido de piedras.

Brian hubo de hacer acopio de voluntad para aproximarse al lugar. Le aterrorizaba la idea de caer tras la muchacha. Al fin gateó hasta el perímetro de la cueva, temeroso de, una vez allí, no poder recular. La quietud y la oscuridad colmaban el pozo, como si ella jamás lo hubiera surcado. Por unos momentos le pareció oír que arrastraban un objeto hacia algún recoveco lejano, pero era impensable que eso pasara debajo de donde él estaba, aunque tal fuese la procedencia del sonido. Escarabajeó marcha atrás, vacilante, y rebasó la mitad del repecho antes de atreverse a incorporarse. Se giró de sopetón, aún trastocado por la vacuidad de aquella pétrea garganta, y echó a correr hacia Moonwell.

Nunca pretendió hacer daño a la chica. No debería haberse puesto a sí misma en peligro. Lo único que de ella quería era... Bevan no pudo racionalizar ahora sus deseos. Debió de matarse instantáneamente, igual que las ovejas, pero fue con toda urgencia a la comisaría de policía por si quedaba alguna posibilidad de que todavía viviera.

-Me temo que alguien se ha precipitado en la cueva -declaró entre jadeos.

El sargento que ocupaba la primera mesa del pequeño edificio de piedra caliza, ubicado en la plaza, asió el bolígrafo que tenía atravesado sobre una entintada oreja.

-¿Cuánto tiempo hace? ¿Está seguro?

-Estaba allí arriba dando un paseo. Divisé a alguien que bajaba hacia la cueva y oí un chillido. Cuando llegué, no había nadie. He venido enseguida a dar parte.

-¿Hombre o mujer? -indagó el sargento, a la par que marcaba el número del equipo de rescate.

-No sabría decirle. Lo vi sólo unos segundos, y a contraluz. Concluida la tanda de

preguntas, Brian volvió con prisas a la cueva, detestándose a sí mismo por la tentación que le rondaba de no desear el salvamento de la excursionista, ya que si la sacaban viva quizá le reconociera y contradijese su versión. Arriaron a un hombre, pero hasta donde alcanzaba la luz de las linternas no se reveló nada. Bevan se retiró tan pronto como pudo, con crecientes ganas de vomitar.

June ahogó una exclamación de susto al verle, y otra más cuando le refirió la misma historia que al policía.

-No encontré el dinero -dijo, apercibiéndose demasiado tarde de que los futbolistas podían desmentir que había vuelto al campo-, así que fui a dar una vuelta para sosegarme.

Su esposa fue más solícita con él de lo que creía merecer. Mantuvo a Andrew donde no le estorbase, y le obligó a sentarse y reposar el resto de la tarde para que se recobrara de lo que tenía todos los síntomas de ser una emoción muy fuerte. Al oprimir un policía el botón del timbre, Brian se sintió encadenado a la silla. Mas el agente sólo quería informarle de que no se habían oído ruidos especiales en la cueva ni se había denunciado ninguna desaparición. Sin embargo, Godwin Mann iba a vigilar toda la noche al lado del pozo por si había alguien con vida, oír su llamada.

Por la noche Brian, desvelado en su cama y esperando angustiado que sonara de nuevo el timbre, trató de definir qué otra cosa le asustaba. Veía una y otra vez la escena de la joven cayéndose, de sí mismo corriendo hacia ella con sus manos extendidas; sus brazos nunca se estirarían lo bastante. «Pongo a Dios por testigo de que no deseaba tu muerte», masculló mentalmente. Se adormeció por fin, para despertar con una opresión en el rostro, como si llevara una máscara. Era el claro de luna que lo bañaba. Se volvió de espaldas a la luz, mas no pudo volverse del mismo modo frente a una sospecha tan vaga como para perturbarle: la de que, al orar en el foso, Godwin Mann estaba perjudicándolos a todos.

14

Mann convocó otra asamblea en la cueva el domingo siguiente. Geraldine oyó los himnos mientras recogía flores detrás de la librería. A aquella distancia, le emocionaron; hacían que toda la población resonara como un santuario. Los sintió más que apropiados al caminar con Jeremy hacia la otra punta del pueblo, a la iglesia donde estaría la tumba de Jonathan.

Este tenía que ser el significado de su visión, de la lápida que había visto en el claro de luna, la lápida donde estaba inscrito el nombre de su hijo. La había contemplado hasta que el frío la ahuyentó, pero la losa no se transformo ni evaporó. Era real, o tenía que llegar a serlo. Ella la haría real.

Le habría gustado describirle lo sucedido a Jeremy cuando regresó a casa a todo correr,

bajo la luz de la luna, pero estaba allí Benedict trasteando en la alarma. A la mañana siguiente se despertó ansiosa por visitar la sepultura de Jonathan en Sheffield, ignorante de lo que podía encontrar. Mas aquella tarde, en el camposanto de la ciudad, vio que la lápida funeraria continuaba en su sitio.

Jonathan le había repetido un sinfín de veces que no quería estar tan lejos, que deseaba que lo enterrasen en Moonwell. Fue a la oficina del inspector de cementerios y tragó sus buenas dosis de paciencia con la cuestión burocrática, conminándose a sí misma a no dejarse dominar por el desaliento si su hijo no estaba aún en Moonwell el día de su cumpleaños. Jeremy supuso que estaba promoviendo el traslado de la tumba para facilitar las visitas, y ella no se lo esclareció: le formularía preguntas que prefería no hacerse a sí misma, y Jonathan sentiría de nuevo su amenaza. Además, Jeremy andaba muy inquieto a causa de Diana Kramer, inquieto porque creía que había empeorado su situación en la escuela al enfrentarse descaradamente en la reunión de la otra noche.

Ahora, camino del cementerio, pasaron por delante de la escuela.

-No te preocupes, la semana que viene presentará recurso en su sindicato -afirmó Geraldine.

Cuando estaban llegando, dio la mano a su marido. La engrasada verja se abrió sin rechinar. Geraldine recordó el silencio y los rayos de luna, la singular impresión de que la luz se había convertido en hielo blanco. Depositó las flores en el recinto de las tumbas nuevas, allí donde cavarían la de Jonathan.

-Pronto nos veremos, querido -murmuró, y Jeremy le apretó la mano.

Aquello le hizo sentir su secreto como una deslealtad con él. Las dudas la acosaron durante todo el trayecto a casa a través de la desierta población, y Jeremy no le dio conversación para entretenerla. Seguía debatiéndose consigo misma en plena cena, cuando Andrew llamó con los nudillos a la puerta.

-Dice mi mamá que tengo que devolverte esto -dijo, y partió a toda velocidad.

Era un compendio de cuentos de hadas ilustrado por Maurice Sendak.

-¿Qué tendrá de malo? -conjeturó Jeremy, hojeándolo entristecido-. No veo nada a lo que ni Godwin Mann pueda poner objeciones.

-Mañana le buscaré otro libro a Andrew -prometió Geraldine a fin de darle ánimos.

Pero «mañana» fue el día en que Godwin Mann estuvo en la tienda. Era casi la hora de comer del lunes, y no habían tenido un solo cliente. Habían matado el tiempo reordenando las obras que se hallaban en exposición, colocando las que trataban del distrito de Peak en el mostrador lindante a la puerta y las obras infantiles en el extremo de la estancia. Poco antes de que terminaran, June y otra mujer entraron a saco.

-Diles lo que me has explicado a mí -instó June a la otra, con voz entrecortada.

-Han camuflado esos libros, la literatura para niños.

-Ya lo veo.

Su acompañante, una joven larguirucha con el cabello ya gris y desmelenado alrededor de una cinta, avanzó por el pasillo que había entre las mesas.

-A eso me refería. En el lugar de donde vengo semejantes lecturas están prohibidas a las criaturas.

Agarró *Una noche en la cocina,* de Maurice Sendak. June exhaló un grito de repulsa ante la página que la otra le mostraba.

-Tenía entendido que existía una ley contra estas procacidades.

-¿De qué hablas, June? -inquirió Geraldine con toda moderación.

-De las láminas con niños exhibicionistas. Y, encima, diste un libro de ese mismo individuo a nuestro Andrew. Si hubiera sabido que eran ésas tus intenciones, nunca habría consentido que se acercara a ti.

-Vamos, June, esto es impropio de ti -la reprendió Jeremy-. El protagonista de la historia tiene pene como todos los chavales del mundo.

-Quizá, pero no los lucen delante de la gente, o al menos no en este pueblo. -Los ojos de June aparecían en las rendijas de sus párpados-. ¿Cómo sabes tú tanto de niños? Me he preguntado a menudo por qué tienes ese marcado interés en Andrew.

-Sé de ellos porque en un tiempo yo también lo fui.

Geraldine ya no pudo reprimirse más.

-Nos hemos interesado por tu hijo, June, porque necesitaba que alguien lo hiciera. Ya va siendo hora de que tomes conciencia de ello.

-Con sus padres le basta y le sobra -replicó June hecha un basilisco, aunque calló al aparecer en la tienda Godwin Mann.

Estaba muy desmejorado, con el rostro demacrado y los pómulos tensos como si le desgarrara la epidermis la batalla que libraba para llegar dondequiera que fuese.

-Mire lo que les venden a los niños, Godwin -bramó la compañera de June-. Acumulan libros como éste donde debería estar el altar.

-Gracias a Dios, he sido llamado a tiempo. -Mann se arrodilló frente a las colecciones infantiles-. Perdónales, Señor, porque no saben lo que hacen. Geraldine y Jeremy no son malas personas, no te expulsan premeditadamente de tu morada.

-No quisiera parecerle insolente -apuntó Jeremy, inclinándose hacia el predicador-, pero este local dejó hace años de ser una iglesia. Ahora es una librería.

Mann siguió con la mirada prendida del cielo.

-Nadie puede arrogarse el derecho de echarte de una casa a la que has sido invitado, y menos aún si esa casa fue construida para ti.

-De hecho, no sólo es una librería. También es nuestro hogar. Le mostraré las escrituras si eso ha de tranquilizarle.

-Escrituras hay aquí más de las que mis ojos desean ver, Jeremy. -Godwin Mann se santiguó y se levantó, muy apenado-. Pero no es momento de discutir. El tiempo se acaba. ¿No invocaréis a Dios para que vuelva a este hogar que es el suyo y penetre en vuestras vidas?

-Dice que el tiempo se acaba. ¿El tiempo para qué? -puntualizó Geraldine.

El evangelista asumió una inesperada expresión de cautela.

-Me encantaría contestarte, pero no podré hacerlo hasta que admitas a Dios en tu casa.

-Habremos de vivir en la ignorancia -decidió Jeremy.

Mann le miró de reojo, y se encaminó a la puerta.

-De acuerdo, no os dejáis impregnar por el amor de Dios. Veamos si sois capaces de rechazar también a vuestros vecinos. -Mann se plantó en la acera y voceó, con timbre más sonoro aún que en la primera asamblea-: Venid todos a la iglesia del diablo. Conoced el cáncer que ha estado supurando entre vosotros.

-¡Dichoso loco! -renegó Jeremy-. En cuanto a ti, June, si te avergüenzas de tus pasadas veleidades es asunto que te incumbe a ti, pero no deberías tomarte la revancha con nosotros. Te quedaría muy agradecido si te fueras de aquí ahora mismo.

-Nada tengo de qué avergonzarme, puesto que he sido perdonada. No te desharás tan fácilmente ni de mí ni de esa gente.

Algunos lugareños habían salido de sus viviendas y de sus comercios, y sus pasos se dirigían a la librería.

-¿De qué va la pelea? -preguntó el panadero, un hombre medio calvo que llevaba las cejas espolvoreadas de harina.

-Se han empeñado en demostrar que regentamos una librería obscena, señor Mellor -respondió Geraldine, forzando una risotada-. ¡Quién le iba a usted a decir que le compraba los libros a su esposa en un antro maldito!

-¿Y por qué quieren demostrar eso?

-Porque cada asidero que dejáis al mal en el pueblo le confiere mayor fuerza -dijo Mann a la espalda del panadero-. Ahora que estamos venciendo, hemos de ser más radicales que nunca. ¿Por qué crees, hermano, que hubo un incendio en la montaña?

June alargó al señor Mellor el libro con ilustraciones de Sendak.

-Ésta es la clase de literatura que venden a nuestros hijos, esto lo que acogimos en nuestro pueblo por desoír los consejos de la señora Scragg.

Otros vecinos se integraron en el corro, mostrando ruidosamente lo asqueados que estaban. Geraldine observó que casi todos ellos habían dado albergue a los seguidores de

Mann.

-No me lo había planteado -comentó el señor Mellor-, después de todo, un libro es un huésped que uno invita a su casa, y nadie espera que sus huéspedes se vuelvan ofensivos de la noche a la mañana.

-¡Por todos los santos! Hablamos del trabajo de un prestigioso artista americano.

Muchos de los presentes se encararon con Jeremy.

-Todos sabemos cómo son los artistas -se burló uno.

Jeremy fue rápidamente a interceptar a Mann, que se dirigía hacia los libros infantiles.

-¿Qué pretende hacer ahora?

-Pregúntate a ti mismo que habría hecho Cristo si hubiera descubierto que se vendían obras pecaminosas en el templo.

-Ponga el dedo en uno solo de esos volúmenes, a menos que vaya a comprarlo, y saldrá poco menos que a puntapiés de mi local.

Toda la concurrencia, salvo el señor Mellor, corrió en ayuda del predicador.

-¡No se atreva a tocarle! -chilló histéricamente la mujer de la tienda de lanas-. Es un hijo predilecto de Dios.

Mann alzó la mano.

-Gracias, amigos, pero la violencia no será necesaria. Me encuentro capaz de imbuir en Geraldine y en Jeremy la vergüenza de sus acciones.

Se alejó hacia el hogar cristiano, su cuartel general. El señor Mellor parpadeó, incómodo, ante los otros y se quitó de en medio, cobijándose en su panadería. June fue a escudriñar entre los anaqueles, seguida por una legión de mujeres.

-Recuerden, sólo si piensan comprar -reiteró Jeremy su advertencia, aunque le hicieron caso omiso.

Tenían aún las zarpas en los estantes cuando volvió el predicador. Mann caminó directamente hacia la sección infantil y arrambló con todos los ejemplares de *Una noche en la cocina.*

-Veo ahí *Lolita* y otras obras nocivas. Si hay algunas más que vuestra comunidad repudia, no tenéis más que enseñármelas.

-Suelte eso y váyase de aquí -mandó Jeremy con voz severa, pero controlada-, o llamaré a la policía.

-Encontrarán muy extraño que les haga venir solamente porque alguien adquiere su mercancía. Aquí tiene cincuenta libras para empezar; si superamos esa cantidad, le ruego que me avise.

Más que dejarlos, tiró los billetes en el apartado de niños y se lanzó a la requisa. Sus ayudantes no tardaron en presentarle montones de títulos: *El placer del sexo, Manual de brujería, La vida en la Tierra, Antología infantil del folklore inglés,* y Henry Miller, William Burroughs, Von Daniken...

-Poco cambio de doscientas podré darle -previno Jeremy a Mann, y los acólitos de éste le estudiaron desdeñosos mientras abonaba esa cantidad.

El evangelista tomó la pila más alta y guió a su gente al exterior. Después de hacinar los volúmenes en medio de la calle, delante mismo de la tienda, vació sobre ellos una lata de líquido inflamable y les prendió fuego. Los libros se encendieron con una llamarada que atrajo a más personas fuera de sus casas.

-¿Llamo a los bomberos? -sugirió una anciana.

-Estamos quemando la inmundicia que vendían en la librería -le dijo June-. Y ¿sabe usted? Godwin ha tenido que pagar por ella. Ese dinero podría haber sido ofrecido a Dios.

-Y aun así no hay que cantar victoria -le espetó Jeremy-. A lo mejor, con lo bien que me ha ido hoy el negocio renuevo el pedido de todos esos libros.

Dio media vuelta y entró en el local, furioso consigo mismo por haber respondido a la provocación. Geraldine se quedó en la calle hasta que se extinguieron los rescoldos y Mann y sus seguidores se marcharon, dejando que las cenizas se esparcieran.

-Ahí van -ironizó Jeremy- los verdaderos rostros de la vida provinciana.

-No son realmente así. Nada me sorprendería que algunos se disculpasen con nosotros

cuando ese Mann se haya ido, o incluso antes.

-Tienes más fe en ellos que yo. Las mentes pueblerinas siempre quieren reducirlo todo a la dimensión que ellas pueden asimilar. Quienes de verdad valen se van a la universidad, o huyen donde sea.

-Me hago cargo de tus sentimientos, Jerry, pero...

-Permíteme que lo ponga en duda. Últimamente nuestra tienda no parece importarte tanto como antes. -La cólera de Jeremy contra Mann le llevó a cambiar de tema-. ¡Por Dios bendito! Ese americano no cesa de hablar del mal, pero yo no conozco nada peor que esas personas que se empecinan en suprimir todo lo que les molesta, como si apartándolo de su vista fuera a dejar de existir.

-Sabes que me desvivo por la tienda igual que siempre.

Lo que Jeremy había querido dar a entender a su mujer era que la había notado absorbida por otras preocupaciones, lo cual era cierto, pero éste no era el momento de relatarle lo de Jonathan. Durante el resto del día, Geraldine se ponía en tensión cada vez que oía pisadas en la calle, temiendo que fuera el heraldo de otra invasión de los piadosos o algún alma contrita que venía a pedirles excusas. Sin embargo, al acercarse -y muy cansinamente- la hora del cierre, nadie más había puesto los pies en el comercio.

Salió luego a pasear con Jeremy, aunque no antes de la anochecida; no le apetecía encontrarse a ningún vecino. Unos aceitosos fragmentos cubiertos de ceniza revoloteaban por la calle. La mujer se sentía como si le hubieran vedado el acceso a todas las casas iluminadas. En la calle Mayor no había nadie a excepción del padre O'Connell, quien les dio una voz en el momento en que Jeremy iba a esquivarle internándose en una calleja.

-¿Me dejan ir un rato con ustedes?

-¡Cielos, otro sermón no! -refunfuñó Jeremy entre dientes.

-Justamente iba a verles a ustedes dos. Acaban de explicarme lo que ha ocurrido en su tienda. ¡Ojalá hubiera estado presente!

-¿Para ayudar?

-Cuando menos habría intentado hacerles recapacitar. Sacaré a relucir el asunto el domingo, si es que todavía me quedan feligreses. Tal vez haya algunas personas sentadas que prefieran la iglesia a todo ese teatro de la mina abandonada.

-Lo he juzgado mal -confesó Jeremy-. Al principio pensé que era a Mann a quien iba a apoyar.

-¡No, Dios me libre! Y menos aún después de venir a indicarme que debía pronunciar pláticas más parecidas a las suyas. Me trae sin cuidado su homogeneizada religión, y así se lo hice saber. Esa noción de que la inteligencia está reñida con la fe no se halla, evidentemente, muy lejos de la intransigencia que mueve a quemar libros.

-¿Podríamos citar esas palabras? -pidió Geraldine.

-Sí, háganlo sin reparos. Es lo que pienso decir el domingo. Ese tipo no se dará por satisfecho hasta que haya convertido a todos los habitantes del pueblo, o crea haberlo hecho.

-Esta mañana aseguró que no queda mucho tiempo. ¿Tiene usted idea de lo que significa?

-Yo lo relacionaría con lo de «por quién tañen las campanas» y todo eso, aunque quizá acierte usted al apuntar que tiene algo más concreto en su mente. Prometo hacer mis pesquisas, aunque cuando él no quiere no hay quien le sonsaque nada.

Estaban ya cerca de la iglesia, comentando el párroco que Mann utilizaba las palabras como ciertos médicos recetaban sedantes, cuando Geraldine le interrumpió:

-¿Qué es eso?

El padre O'Connell aguzó la vista.

-Pájaros. Fíjese, han emprendido el vuelo. No sabría determinar la especie.

-En efecto, no son más que pájaros -confirmó Jeremy, aferrando el brazo de su esposa al percibir su desazón-. La luz ha creado un efecto óptico.

Geraldine trató de convencerse que eran eso y nada más. Con todo, no podían refulgir por sí mismos con aquellas pálidas irisaciones, aunque el claro de luna no hubiese llegado todavía a la iglesia. Acaso los reflejos luminosos de una ventana paralela al cementerio

envolvieron a las aves mientras picoteaban entre las tumbas. Era mejor no especular sobre qué llevaban en sus picos al echar a volar, aleteando las tres en formación, hacia el monte. Los rayos lunares les atraparon ahora más directamente, pues tan pronto se elevaron por los aires aumentó su resplandor. Todo era lógico, no había que alarmarse, y no obstante Geraldine supo que, si continuaban su caminata vespertina, se negaría a atravesar el campo.

15

El recepcionista entendió que Moonwell era una empresa.

-No, es el pueblo donde resido -le corrigió Diana-. Dígale que estoy aquí para aceptar su oferta.

Nick quedó desconcertado hasta que la vio, y entonces separó los labios en una ancha sonrisa, relajada su cara redonda y abrió sus grandes ojos castaños como platos.

-Le debo un almuerzo. ¿Dónde quiere que vayamos?

-A cualquier cafetería. Tengo multitud de cosas que contarle.

-¿Sobre la misión Moonwell?

-«Operación Moonwell» sería el término más adecuado.

El periodista arrugó la frente, se frotó la cuadrangular barbilla como si de ese modo pudiera borrar la mancha gris que en tan mal lugar dejaba su afeitado, y dijo:

-Concédame diez minutos para concluir una crónica antes de salir.

Fueron a una cafetería próxima al edificio gótico del ayuntamiento, emplazada en una de las callejas laterales de una amplia avenida cuyos edificios parecían estar blanqueados por el sol sobre el caótico tráfico del mediodía. Encontraron unas banquetas al fondo de la sala, que era larga, angosta y con paneles de madera oscura. Se sentaron frente a sendas bebidas.

-¿Qué ha pasado? ¿Algo más dentro de la misma línea?

-No sé si se percató de lo bien organizados que estaban. Ahora Mann persigue a los niños, y con la ayuda de la escuela. El director trató de hacerme firmar un papel por el que me comprometía a no enseñar nada que desaprobase el predicador, y cuando yo rehusé me despidió.

-¿Puede hacerlo?

-Aquí en Manchester desde luego que no, pero imagino que, en una localidad a la que se tarda más de una hora en llegar, pueden hacerse impunemente muchas irregularidades. Esta mañana he acudido a la sede de mi sindicato, y no me han dado muchas esperanzas.

-Bromea, ¿no? ¿La dejan plantada sólo porque para ayudarla han de desplazarse hasta allí en automóvil?

-Me dejan plantada por algo que no hice. Verá, el sindicato convocó una huelga cuando yo llevaba seis meses trabajando en la escuela, y no la secundé. Me argumenté a mí misma que estaba en período de prueba y que, si me declaraba en rebeldía, me reemplazarían por alguien que trataría peor a los niños. Deseaba enormemente conseguir la plaza desde que leí que se hallaba vacante, y además había sido toda una odisea obtener a tiempo el permiso de trabajo. Ahora que sé lo que entraña ese puesto, aún tengo mayor empeño en conservarlo. Pero los cabecillas del sindicato afirman que no puedo hacer apenas nada porque soy extranjera y he vivido poco tiempo en Gran Bretaña, aunque yo creo que no me han perdonado que desobedeciera su llamamiento.

-Tengo amigos en la delegación oficial de enseñanza. Puedo informarle con anticipación de cualquier trabajo en la enseñanza que surja en Manchester.

-Es usted muy gentil, Nick, pero lo que yo esperaba era que publicara la mala pasada que pretende jugarme la escuela. -Diana apuró la cerveza de su jarra-. Esta ronda me toca a mí.

Cuando llevó las bebidas a la mesa, Nick estaba algo violento.

-Haré cuanto pueda -prometió-. Me encantaría echarle una mano.

-Le garantizo que, para cuando haya terminado, tendrá una buena historia. -Refirió al reportero todos los acontecimientos, la función de Eustace Gift, la quema de libros, los recelos del padre O'Connell-. Ahora Mann se dedica a ir de casa en casa, así que no deja a nadie la opción de nadar entre dos aguas. Ya le he dicho que su método es sistemático.

-El sacerdote accedió voluntariamente a que lo mencionen, ¿verdad? Ése podría ser el punto decisivo. Almorcemos y hablaré con el jefe de mi sección.

La maestra aguardó quince minutos en el vestíbulo de la editorial antes que Nick reapareciera. Dio un brinco en la silla, y se infló el tapizado imitación piel al levantarse.

-¿Me necesita?

-Diana, esto es verdaderamente desolador, por no decir bochornoso. No he tenido ningún éxito.

-Quizá debería discutirlo yo con él.

-La acompañaría hasta su despacho si supiera que puede servir de algo. Hace un año redacté toda una serie sobre Billy Graham y la resaca fundamentalista, y a mi jefe se le ha metido en la cabeza que es agua pasada, una noticia vieja. No se da cuenta de que desde entonces el conflicto ha ido a peor. Enarcó una ceja, no obstante, al hacer yo alusión al sacerdote. Escuche, ¿está libre para cenar? Le debo una explicación más completa, pero me

resisto a entrar en materia aquí.

-Por favor, no se sienta obligado conmigo -susurró Diana con aire afable.

-Digamos que me hace ilusión invitarla. Acabo mi jornada a las seis.

-Decidiremos quién paga cuando nos presenten la nota. Ahora, adiós. He de ir a la biblioteca.

En la abovedada e inmensa sala de lectura, en cuyo mostrador había de solicitar el libro deseado, no parecía constar la información que ella buscaba, nada que pudiera ilustrarla sobre la obsesión de Mann por la cueva. De hecho, encontró escasas referencias a Moonwell. Estudió de nuevo, más concienzudamente, las páginas del catálogo, y reparó en un nombre de autor que conocía. La consigna para el registro era «Lutudarum». El libro resultó ser un panfleto sin fecha que empezaba a amarillear, encuadernado en plástico por la biblioteca. Se trataba de un ensayo sobre una perdida mina de plomo de época romana, que el escritor localizaba en un rudimentario plano bajo el topónimo Lutudarum, sito en el enclave mismo de Moonwell. El nombre de este escritor era Nathaniel Needham.

-Debería haber pensado en él -dijo Diana a Nick ante su cena, en un restaurante del barrio chino-. Vive en los marjales. Si alguien además de Mann puede saber en qué estriba la importancia de la cueva, ése es Needham.

-Suponiendo que la cueva tenga una significación para otra persona aparte de Mann, la idea de un pozo profundo, tenebroso y satánico es un tanto freudiana, ¿no crees? -aventuró Nick, pasando al tuteo.

Diana le pagó con una leve sonrisa.

-El misterio no se detiene ahí. Circulan numerosos relatos sobre esa cueva en particular.

-Pero ninguno sobre Mann, presumo, o al menos ninguno que no narre él mismo. Su padre se apellidaba Maniple, por ejemplo, aunque no seré yo quien le critique que se lo haya cambiado.

-¿Por qué no me cuentas cuáles son los problemas que tienes en el periódico?

-¿Has escuchado alguna vez Radio Libertad? No, claro, la estación evangélica de tu zona la interfiere. Es una emisora pirata desde la que solía radiar, digamos, la faceta de la noticia que no me dejaban imprimir en el diario. Mas la noche en que regresé de tu localidad no debí de disfrazar bien mi voz, porque mi redactor jefe me identificó.

-¡Mierda!

-El me soltó exclamaciones más subidas de tono. Tengo suerte de no haber perdido mi puesto, eso te lo aseguro. Y encima, la mujer que dirige Radio Libertad me conminó a hacer público mi nombre y a trabajar en exclusiva para su emisora si quería defender seriamente la verdad, y ése fue el fin de una venturosa relación y, quizá, de mi única oportunidad de ayudarte. ¿Te acuerdas de que esta mañana me ofrecí a encontrarte un empleo?

-Debería tomarte la palabra, ¿no? Debería abandonar Moonwell, puesto que los padres tienen lo que en principio se merecen.

Nick quedó perplejo ante la inopinada amargura que destilaba la voz de Diana.

-¿Tan mal está todo?

-Nick, cuando me incorporé a la escuela los niños me tenían terror porque creyeron que sería como los otros profesores. ¿No te parece mal eso?

-Y, al ver que no eras ningún ogro, se desgobernaron.

-Cierto, hasta que comprendieron que no iba a pegarles ni enviarles al director para que les diera él los azotes. En Nueva York no castigábamos físicamente a los niños, ni hay necesidad de hacerlo tampoco en este país. Me revuelve las tripas oír decir a los padres que el «jarabe de palo» es una buena medicina. La gente tiende a olvidar cómo lo pasaba en colegios de esa índole; de lo contrario jamás mandaría a estudiar allí a sus hijos. Y a todos les espanta distinguirse por alborotadores, incluso a los adultos.

-Tal es el tipo de miedo con el que juega nuestro amigo Mann.

-Efectivamente, y ésa es otra cuestión que me inquieta. Mis niños no dirán que creen sus cuentos para no dormir si no es así, y temo que él o sus seguidores den en propagar infundios sobre una falsa enemistad por su parte.

Nick respiró hondo y se levantó.

-Tal vez ya no presente ningún programa en Radio Libertad, pero eso no es óbice para que no les pase tu historia. Déjame llamar a Julia ahora mismo.

Regresó con visible frustración.

-Comunican sin parar. Probaré de nuevo dentro de unos minutos. Es probable que Julia quiera entrevistarte en directo.

-Vamos, come o se te enfriará el plato. Nick, no juzgo prudente salir en las ondas. Ambos sabemos qué es lo que realmente tendría que hacer.

-¿Ah, sí? -preguntó él, dubitativo.

-Por supuesto. Tendría que volver a la escuela y firmar ese endemoniado documento, como mínimo, para seguir en activo y cuidar a mis pequeños.

Exponerlo en voz alta fortaleció su convicción, reavivó sus sentidos como aquella madrugada en que la despertaron con la imagen premonitoria del avión. Se juro a sí misma que, esta vez, no les fallaría. Después de cenar, Nick sugirió que fueran a tomar café a su piso, mas ella temía que una niebla súbita borrara de la faz de la tierra la carretera de Moonwell. Era además consciente de que, si subía a casa del reportero, acabaría pasando la noche en su lecho. En otras circunstancias el plan la habría seducido tanto como se notaba que le apetecía a él.

Salió de Manchester y se adentró en los serpenteantes y lóbregos caminos. Densas nubes se cernían sobre Moonwell, sobrecargando la atmósfera nocturna. Reflexionó. Conducía el vehículo hacia el pueblo, y en su mano estaba conjurar la sensación de oscuridad y pesadez que la atosigaba. El día debió de ser agotador, porque, aunque la luna no había de elevarse tras el horizonte hasta varias horas después, creyó columbrar unos movimientos blanquecinos en la nubosidad que cubría la cueva. Se acostó sin demora alguna, para descansar y estar fresca al día siguiente frente a los Scragg.

La señora Scragg se hallaba en la verja del patio y lanzó a Diana una mirada fulminante, como si no tuviera derecho ni siquiera a pisar el umbral. Algunos de los padres parecieron alegrarse al verla, y a los niños de siempre, ciertamente, se les ilumino el semblante. Tenía que firmar. Nicholas Nickleby habría irrumpido como una ventisca en el despacho del señor Scragg, pero la vida no funcionaba por esos parámetros, la vida seguía su curso con su diario cúmulo de insatisfacciones. Entró rauda en el edificio y llamó a la puerta del director. Él la examinó del todo inexpresivo.

-Lamento haberme precipitado cuando me propuso que firmara la renuncia -dijo la maestra, logrando invocar un amago de leve sonrisa-. Lo haré ahora si aún puedo.

-Me llena de júbilo saber que ha escuchado la voz de su conciencia -respondió el hombre, a la par que removía los papeles de su escritorio-. Pero, en lo concerniente a su trabajo, me temo que ha rectificado tardíamente. La plaza ha sido ya adjudicada a dos de nuestros nuevos amigos, que desempeñarán su trabajo sin cobrar.

16

Andrew notaba la cabeza cargada y dolorida, la nariz tapada y los ojos anegados en lágrimas.

-El año pasado me dijisteis que podría -lloriqueó-. Dijisteis que me haría bien.

-Estábamos equivocados -contestó su madre, y alargó la mano hacia una pinza de ropa de la cesta que sujetaba el chaval, una cesta hecha de mimbre forrada en la que se veía bordada una niña con un puñado de estos artículos-. He decidido que no, y no hay nada más que discutir.

-¡Pero si es en la iglesia! Al padre O'Connell no le molesta.

-Al padre O'Connell no le molestan demasiadas cosas, y eso que es un ministro del Señor. No te acerques a la iglesia sin mí o sin tu padre, ¿me oyes? Olvídate de la señora Wainwright y la decoración de la cueva.

-Papá y tú me prometisteis que este año iríais a ver cómo lo hacíamos.

-Fue un error, ¿tan difícil es de entender? Dios nos mandó a Godwin Mann para

enseñarnos en qué fallábamos. Si te empeñas en hacer estupideces, dame la cesta y yo misma iré cogiendo las pinzas.

Al arrebatársela a su hijo a June se le cayó en el césped la colada que retenía con el brazo.

-Mira qué desaguisado me has hecho hacer, desvergonzado. Arrodíllate y pide perdón a Dios.

Las finas agujas de la hierba punzaron las desnudas rodillas de Andrew.

-Por favor, Dios, perdóname -oró, y repitió las palabras de su madre-: Perdóname por ser un tormento para mis padres.

-Ahora ve a tu habitación y cierra la puerta -mandó June-. No bajarás hasta que seas digno de presentarte ante nosotros.

Andrew meditó que quizá ese día nunca llegaría. Se levantó bamboleante, lanzando nerviosas miradas a su alrededor por si alguien había oído su confesión, y vio que su padre le vigilaba desde la cocina. El hombre apartó en el acto la vista hacia las alturas, como si del tupido y grisáceo cielo descendiera escrito un importante mensaje.

-¡Lee aquella historia sobre la obediencia a los padres! -gritó June mientras el pequeño se alejaba.

Sentado sobre la cama, Andrew examinó una estancia que ya no sentía suya. La desnudez de las paredes le parecía glacial ahora que no podía tener los carteles de Sendak. No le permitían ver a Geraldine y a Jeremy ni tampoco a la señorita Kramer, que ya no estaba en la escuela; no le apetecía jugar con los niños nuevos que tan simpáticos encontraba su madre, aquéllos junto a los cuales tenía uno la perenne impresión de no haberse confesado lo suficiente. Se sentía más torpe, más lelo que nunca para sus padres.

Empezó a romper el librito sobre Abraham e Isaac, y a arrancarle diminutos pedazos de las esquinas de las páginas. No se atrevía a odiar a Dios, pero abominaba de Godwin Mann. Su madre no había cambiado más que para hablar de Dios a todas horas, pero su padre había sufrido una transformación de tal calibre desde que vino Mann al pueblo, que Andrew prefería no pensar en ella. No pudo contener su sobresalto al entrar precisamente su padre en el dormitorio.

-No hagas eso, hijo. -El hombre recogió las tiras de papel y las echó al inodoro, bajo la placa que rezaba «Dios te ama»-. Esconde el librito antes de que tu madre descubra el destrozo, y saldremos un rato. No debes permanecer encerrado en un día como éste.

-¿No podríamos ir a la feria?

-¡No llamarás tú feria a eso que han montado! Espera y verás qué sorpresa te guardo.

La gente no debía tener secretos una vez se había confesado en presencia del Señor: ¿no era algo así lo que propugnaba el señor Mann? Sin embargo, cuando se hallaban ya en la calle, Bevan anunció a su hijo:

-No acabo de comprender por qué no te dejan ir a la iglesia. Te llevaré hasta allí, y así tu madre no podrá acusarte de desobediente. De todos modos, no es imprescindible que se entere; ella podría mirarlo desde una perspectiva distinta.

El aprendiz del carnicero enfiló en su bicicleta la calle Mayor, con la cesta rebosante de entregas a domicilio. Andrew quería llegar a hacer eso algún día, pedalear por el pueblo, silbando y soltando el manillar para peinarse. Tal vez entonces sus padres se enorgullecerían de él.

Si no iba a desobedecer a su madre, ¿por qué no podía contárselo para que ella fuese a admirar su pequeña aportación al ornato de la cueva? En ocasiones meditar resultaba tan arduo como levantar un peso que se hacía por momentos más abrumador, sobre todo cuando los demás se impacientaban con él. Trataba de ordenar mentalmente las palabras para hacerle la consulta a su padre sin que se enojara, cuando pasaron frente al cruce del callejón.

-Preguntémosle a la señora Wainwright si hay alguien en la iglesia -resolvió Bevan.

La señora Wainwright estaba podando los emparrados del arco que enmarcaba la entrada. Andrew corrió hacia ella, pero se detuvo balbuceante, al comprobar que la mujer se hallaba al borde del llanto.

-Lo siento mucho, Andrew -musitó Phoebe con la mirada fija en sus viñas-. Este año no

engalanaremos la cueva.

-¿Por qué? -inquirió el padre del chico, dando alcance a éste-. Creí que seguiría adelante a pesar de todo.

-No ha habido quórum. -La mujer tenía los ojos tan brillantes y desorbitados, que a Andrew se le contagió su angustia-. Además, tengo otras cuitas aparte de ésa, aunque no puedo mencionarlas estando Andrew presente. La cueva es secundaria.

-Es importantísima -se enrabió Andrew, mas ella se dio la vuelta muy atribulada y se refugió, casi a la carrera, en su casa.

La puerta se cerró con estruendo, y el niño vio que la vecina de la casa contigua, una vieja desdentada y bigotuda, estaba plantada bajo el dintel de su vivienda en actitud desafiante.

-¡En buena hora nos libramos de ella! Cuanto menos la veamos, mejor será para todos -renegó la mujer en voz alta, atropellando las palabras.

-¿Por qué? ¿Qué ha pasado? -inquirió el padre de Andrew.

-¿Cómo, aún no lo sabe? Anoche perdió un bebé. ¿No adivina usted el motivo? Pues que la madre no quiso que la asistiera alguien de su calaña. «No consentiré que esa atea traiga a mi hijo al mundo», me han dicho que declaró. Cualquier comadrona decente se habría arrodillado al pie del lecho si con eso hubiera evitado que se malograse el niño, pero no la soberbia y poderosa Wainwright. Así que el padre trató de ayudar personalmente a su esposa en el parto, y lo único que cabe añadir es que, si existe en el mundo la justicia, el crío habrá ascendido al cielo y la señora Wainwright se consumirá donde usted imagina.

A Andrew no le pareció que debiera hablar de lo que era o no justo aquella vieja que, según observó, mascullaba las palabras como si las saborease. Su padre tiró de su brazo para marcharse.

-Vayamos a la feria.

Estaba instalada en el campo de deportes. Los niños arrojaban tejos o pelotas para conseguir premios. La única atracción era un tiovivo, consistente en viejos coches y bicicletas de pedales claveteados a una plataforma chirriante, que giraba bajo un toldo similar a un parasol cuya tela había desgarrado el viento. Andrew eligió una oxidada bicicleta, e imitó al chico de los recados mientras el encargado manipulaba la roñosa manivela que accionaba el mecanismo.

-Mírame, papá -reclamó a cada vuelta cuando rebasaba a su padre, porque a cada vuelta Bevan estaba contemplando ensimismado el cielo sin sol que dominaba el campo como si en él hubiera algo escrito, o como si el hombre deseara encontrarse en otro sitio.

La feria no le compensó por no poder trabajar con la señora Wainwright. De regreso a casa notó a su madre receptiva ante su disgusto, porque le permitió dar gracias al sentarse a cenar. Más temprano de lo que habría querido, mucho antes del anochecer, lo mandaron a la cama.

Ya acostado, se formaban y disolvían tras sus párpados figuras y escuchó los murmullos de sus padres en la planta baja. Esperaba que su madre pidiera a su padre qué era lo que le ocultaba, pero ahora que él se había retirado no fueron muy locuaces. Comparó las escasas voces y los largos intervalos de silencio con preludios de aquellas tormentas que a menudo se desataban bajo la plomiza bóveda celeste. El pequeño se arrebujó bajo la manta tapándose los oídos, que sentía hinchados con el intento de oírles, y evocó el año anterior: cómo había alineado las hileras de pétalos, sobreponiéndolos igual que el plumaje de un pájaro, en su porción del entramado, hasta que no quedó espacio para uno más. Evocó la visión de su obra al ser puesta en el lugar correspondiente, su fragmento de cielo ajustado a la perfección sobre la cabeza del hombre de la espada. Un halo de luz ribeteaba la serena faz como si la testa fuera de sol, más resplandeciente que la tizona que el guerrero blandía en una mano, mientras que la otra quedaba camuflada bajo su túnica de follaje. Acunó a Andrew un frescor semejante al de las iglesias, insensible su cuerpo al calor húmedo de las sábanas y al peso del cobertor, y al instante se quedó plácidamente dormido sin darse cuenta.

Sus sueños fueron también apacibles, al menos al comienzo. Seguía en ellos a la figura que había contribuido a crear en dirección de la cueva. No veía quién la transportaba, no en

secciones como solían hacer sino de una sola pieza, por lo que centuplicaba su estatura. El muchacho corría en la penumbra hacia el foso, sobre un terreno más afín a la ceniza que a la piedra. En el momento en que coronaba la cumbre salió la luna, como en una exhalación, tras el desigual horizonte, y advirtió que la imagen del espadachín se erguía encima del pozo. Andrew se sintió a salvo hasta que la luna se echó a reír.

Trató de convencerse a sí mismo de que aquello era una fábula para niños. Sólo en tales cuentos tenía la luna cara de dibujos animados, con una enorme sonrisa que, al abrirse, ponía de relieve sus dientes. Pero ahora se reía del balanceo del hombre de la espada, semejante al de un borrachín, junto a la boca de la cueva, como si lo hubieran depositado demasiado cerca. Se dijo el chico que no era más que una semblanza sin vida, «secundaria» en opinión de la señora Wainwright. El personaje se precipitó en el insondable agujero y Andrew lo oyó emitir un chillido más escalofriante que todos cuantos había escuchado en su vida.

Se despertó sobresaltado y estuvo a punto de chillar, también él, en la negra oscuridad. Abandonó atropelladamente el lecho, fue dando traspiés hasta el rellano seguro que quien le viera le recibiría a gritos, más no podía soportar la idea de quedarse a solas con su sueño. Entreabrió la puerta de la habitación de sus padres, y de súbito se paralizó, ahogando una exclamación frente a la blanca estatua que yacía en la cama al lado de su madre.

La luna iluminaba de lleno la cara de su papá. Era como si se bañara en su luz, como si la succionara. Andrew tuvo el impulso de ir hasta él y vapulearle, porque, al decir de una antigua tradición, si los rayos lunares inundaban tu rostro mientras dormías no tardabas en enloquecer. Su madre había insistido en que aquello era pura leyenda, pero siempre corría a conciencia las cortinas en las noches de plenilunio. Ahora podía haberla despertado, y lo habría hecho de no alimentar el temor de ver abrirse los ojos de su padre llenos de luna. En ese instante el rostro de Bevan se retorció en una mueca que Andrew nunca le habría atribuido ni aun en sueños, y el chico huyó de nuevo a su alcoba.

Su padre debía de tener una pesadilla. Sin embargo, ¿no era ésa la expresión de terror que asumía uno al volverse loco? ¿Qué haría ahora su papá? Algo peor que abuchearle del modo en que acostumbraban hacerlo los hombres en los partidos de fútbol, peor que provocar en la madre de Andrew, cuando creían que él dormía, unas voces que parecían denotar que le hacía daño. Andrew no había oído los presuntos quejidos ni otros sonidos parecidos desde la llegada a Moonwell del señor Mann, mas el expectante silencio del momento lo ponía más nervioso que aquellos ruidos.

Incrustó los nudillos en sus orejas. Su madre, en verano, siempre le prevenía de que tenía que estar dormido antes de que anocheciera. Hoy creía empezar a vislumbrar el porqué, a vislumbrar que a partir de aquella hora todo cambiaba a peor. No podía sufrir la espera, la ignorancia de lo que quizá ocurría en el dormitorio paterno; pero, al reunir el valor que precisaba para dejar la cama y cruzar nuevamente el rellano, de puntillas, y abrir su puerta, casi lanzó un alarido. Su padre no estaba acostado.

Su madre seguía arropada entre las mantas, de espaldas a la luna. Al intentar serenarse un poco para despertarla, Andrew oyó cerrarse muy discretamente la puerta de la calle. Aquello le sacó de su inmovilidad. Fue con sigilo al otro lado de la alcoba, sabiendo de manera instintiva que no tropezaría contra nada, y se asomó a la ventana iluminada por la luz lunar. Su padre se hallaba en la acera opuesta, y desapareció en la bocacalle del primer pasadizo que llevaba camino hacia el páramo.

El muchacho dedujo inmediatamente que, unas horas antes, su papá había abrigado la intención de dejarle en la iglesia e ir dondequiera que se dirigiese ahora. Andrew no podría habérselo revelado a su madre sin delatarse él mismo. Retrocedió en la estancia y se esmeró en cerrar la puerta con manos rígidas, temblorosas. Si su madre averiguaba lo que le estaba sucediendo a su padre, fuera lo que fuese, tal vez lo agravaría. El pequeño se vistió diligentemente, bajó la escalera, dejó la puerta cerrada solo con el picaporte, y se escurrió hacia el exterior.

El calor de su cuerpo humeó por la «chimenea» de su cabeza hacia el despejado cielo. Cuando pasaba, vadeando en las sombras, al otro lado de la calle Mayor, el reloj del salón de juntas dio las dos. Recorrió con gran celeridad la calleja y el serpenteante camino, alborozado

por estar fuera tan tarde y a la vez asustado por lo que podía ver al alcanzar a su padre.

En lo alto del sendero asomó cautelosamente la cabeza desde lo alto del páramo hacia los marjales. Su padre se encaminaba a la cueva, silenciadas sus zancadas por la ceniza, bajo una luna que aunque declinante, obligó al niño a pestañear. Al correr en pos de Bevan, Andrew no se oyó a sí mismo. Así debía de ser moverse sobre la superficie de la luna, caminar sigilosamente, sintiendo apenas las propias pisadas. Su padre estaba en el anillo de peñas que circundaba la cueva por arriba, y el niño hubo de echarse de bruces en el suelo al percibir que lo rodeaba hasta un punto que quedaba casi enfrente de él. Mas el hombre se hallaba demasiado abstraído en lo que quiera que hubiere detrás del reborde para detectar a Andrew.

Aunque se le distinguía bajo los rayos lunares y el chamuscado paisaje, el pequeño empezó a arrastrarse sobre las cenizas. Avanzó en igual postura hasta situarse en línea con Bevan, de tal forma que sólo tuviera que alzar la cabeza para verle. Enterró la cara entre las manos a fin de carraspear y, al volver a levantar los ojos, su padre se había desvanecido en la oquedad. Espantado por la posibilidad de que se hubiera arrojado al interior de la cueva, Andrew gateó hasta los peñascos.

La luna se recortaba sobre su cabeza. Su luz fulguraba en la cuenca pedregosa y daba al grueso labio del foso una apariencia rutilante. Más allá de este cerco, el agujero se identificaba en negrura y profundidad con el cielo lejano. A medio camino entre la cueva y el borde superior de la depresión estaba uno de los ayudantes de Mann, de rodillas, con los dedos entrelazados y los ojos cerrados. Andrew pensó que debía de montar guardia en el foso. Tras él, tan furtivamente que ni el mismo muchacho pudo apreciar sus movimientos, surgió su padre. Su semblante era una pura máscara blanca, lisa y luminosa.

Su sombra fue adelantándose centímetro a centímetro, tan silenciosa como el hombre. El sujeto la vería si abría los ojos... pero no, se hallaba exactamente detrás de él, tocándole. ¿Y si le presentía y se giraba? Andrew temía por su padre, temía que le descubrieran y temía también presenciar lo que podía pasar si Bevan acometía al otro tipo.

Estaba su padre a una distancia ínfima del individuo, cuando oyó algo. Su enmascarado rostro se irguió en el claro de luna; a Andrew le recordó a un perro aguzando el oído. El padre emprendió la tortuosa subida de la cuenca, reculando, y el hijo tomó su anterior posición en la ceniza. De camino vio a otro de los acólitos del señor Mann que cruzaba velozmente la explanada.

El recién llegado pasó a unos metros de Andrew sin reparar en él.

-Lo siento, me quedé dormido -se disculpó ante el compañero de la cueva.

Su papá estaba ya fuera de su radio visual en la otra vereda, la más larga de las que conducían a Moonwell. Andrew inició el retorno a casa en cuanto el tercer hombre se hundió en la cuenca pétrea, sacudiéndose para eliminar el ceniciento polvillo, sacudiéndose más todavía para desechar sus pensamientos.

Entró en casa y subió la escalera sin hacer ruido. Se tumbó en la cama, incapaz casi de respirar mientras aguardaba que volviera su padre, que su madre se despertara y exigiera saber dónde se había metido su marido. Al fin oyó que cerraban la puerta, oyó algunos crujidos en los escalones, y luego un silencio total. Su madre dormía. Él, en cambio, estuvo despierto hasta el alba, rezando para que no sobreviniese lo que era irreparable.

17

-Caramba, caramba. ¿Qué película ponen hoy?

-No lo sé, Dios me ordeno tirar las gafas por la ventana.

-No fue Dios, sino Godwin Mann, que también tira su voz por la ventana.

-¿Que Mann tira su voz? ¿Por qué había de hacer eso?

-Para distraernos e impedir que veamos en qué clase de diablo se convirtió su padre.

Nadie se rió. Sólo Eustace. Si había risas en algún lugar del campo, mal podían estarle destinadas. No representaría sus rutinas cuando el patrón de El Soldado Manco proyectara el vídeo en el que el padre de Mann hacía el papel de demonio. Él no era un comediante, era un simple cartero que dialogaba consigo mismo. Si no fuera el cartero, no se dirigiría ahora a casa de Phoebe Wainwright.

No había vuelto a verla desde la aciaga velada del bar. Siempre que repartía el correo, se aseguraba de que ella no le oyera acercarse. La idea de ser quien era, nada más que un hombre sencillo que ejercía su oficio, le resultaba extrañamente reconfortante; el conocimiento de ser indigno de Phoebe era, aunque parezca paradójico, un alivio. Estaba madurando su resolución de no abordarla nunca más, cuando llegó a sus oídos cómo le habían prohibido salvar a aquel bebé.

Lo que más le afectó fue que todas las personas con las que había hablado del asunto la llenaban de vituperios. Tenía que nacerle saber que él estaba de su parte, y hoy contaba con un motivo para ir a su domicilio. Dio un vistazo a la calle Mayor para comprobar que nadie le había oído interpretar al hombre probo. Deprisa, dobló por el callejón de la iglesia.

Tenía para Phoebe una carta de franqueo local y una revista sobre natalidad que, de tan voluminosa, no cabía en el buzón. Se internó bajo el arco y el enramado de las parras y trató de improvisar un chascarrillo capaz de animarla, algo relacionado con la publicación, en el caso de que a ella le trastornara verla. «No se han enterado aún de que Dios no quiere que intervenga usted en más nacimientos», pensó, y llamó al timbre.

Al asomarse la mujer por la ventana de la sala de estar, a Eustace le impresionó la laxitud de sus facciones. Estaba claro que elevarle la moral iba a ser una tarea más dura de lo que había previsto, se dijo, a la par que escuchaba su voz de auricular recitando el insulso e insensible chiste que planeaba ofrecerle. Se esforzó denodadamente en inventar algo mejor que decirle antes de que acudiera a abrir.

Todo lo que le vino a la mente fueron bromas aún más insípidas que la que había suprimido, y le horrorizaba verterlas sobre Phoebe en el instante mismo en que despegara los labios. Ella salió al portal y le examinó paciente, indiferentemente, mientras rebuscaba en su cartera como si tuviera algo más que entregarle. Le presentó por fin la misiva y la revista.

-Para usted -murmuró, en el tono de que quien hace un regalo.

La cara de la Wainwright quedó aún más fláccida tras ojear los titulares de la revista y aprisionarla bajo su brazo. Procedió luego a rasgar el sobre con su regordete pulgar. Probablemente deseaba que el le hablara, de lo contrario habría cerrado la puerta.

-Me han comentado lo que sucedió la otra noche -ensayó Eustace una entrada, y continuó a tientas-: No dejan que ninguno de los dos haga aquello en lo que más destaca, ¿verdad? Las personas creativas siempre suscitamos envidias.

Cuando ella elevó los ojos de la página que había desdoblado, el cartero se arrepintió de no haber recurrido a uno de los chistes de antes. Sólo pretendía bromear, por supuesto, bromear a sus propias expensas.

-Per..., perdóneme -tartamudeó-. No hay nada peor que un humorista tratando de ser serio, salvo en que yo ni siquiera soy un humorista, como tristemente habrá notado...

Phoebe debía de estarse preguntando si no callaría nunca. Atrapado en su propia voz de sordina, hasta él lo dudaba. Tragó saliva para imponerse silencio y, de pronto, ella empezó a parpadear más y más rápidamente. Por un momento el hombre pensó que iba a echarse en su hombro, mas enseguida vio que se hallaba solo frente a la fría hoja de la puerta.

La carta hizo unas piruetas en el aire y fue a aterrizar a sus pies. La recogió y, de un modo maquinal, llamó de nuevo al timbre. En el corto lapso de tiempo que empleó ella en volver a abrir, el hombre leyó su contenido. El mensaje, escrito en grandes letras mayúsculas, rezaba así: «Abandona nuestro pueblo antes de que cometas más infanticidios». Phoebe se lo quitó de la mano.

-¿Es que no podéis dejarme en paz? Si me suicido lanzándome a la cueva, ¿os sentiréis resarcidos por lo del bebé? -bramó, y dio un fuerte portazo.

Él llevó su dedo frenéticamente al timbre, pero se retuvo. Cualquier cosa que dijera estropearía la ya dedicada situación. Se imaginó a sí mismo alargándole la carta por segunda vez, por tercera, por cuarta. No lo haría sobrevivir ni aun transformándolo en una guasa contra sí mismo: no habría nadie ante quien escenificarla.

Terminó el reparto y fue pesadamente a casa, sin entretenerse con nadie. No, no tenía ganas de charlar con Eric en el bar. ¿Qué rayos lograría él proyectando la película protagonizada por el padre de Mann? No era más que un rato, tan trivial que equivalía a aceptar que Moonwell estaba en poder de Godwin Mann. Eustace entró en su vivienda y se confinó allí sin otra compañía que su furia contra sí mismo. Apenas había dejado su cartera junto al sofá, cuando alguien golpeó con los nudillos la puerta principal.

Era la modista que vivía tres casas más abajo. La mujer le escrutó a través del humo del cigarrillo que colgaba de las comisuras de sus labios.

-Y bien, señor Gift -le interpeló, temblándole el cigarrillo-, ha sido muy hábil procurando mantenerse al margen de nosotros.

«¿Dónde está tu amigo? ¿En tu bolsillo, o tal vez en tus nalgas», insultó para sí Eustace, si bien lo único que dijo fue:

-Nada de eso. No he hecho más que cumplir con mi obligación.

-¡Mientras no esté tramando alguna de las suyas! -La modistilla meneó vigorosamente los pechos para desalojar una mota de ceniza-. ¿Le veremos en la cueva el domingo?

El hombre estuvo en un tris de echarse a reír, o de hacer algo más violento. Era una arpía como aquélla quien le envió el anónimo a Phoebe.

-No creo que les interese mucho que vaya -replicó.

-Sí que nos interesa, mi buen amigo. ¿Sabía usted que fue el único vecino de nuestra calle que estuvo ausente el domingo pasado? No irá a decirme que todos vivimos engañados, ¿eh?

-No, no diré nada semejante.

-Hace usted bien. ¿Y sabía asimismo que todos y cada uno de los habitantes de las dos calles colindantes asistió a la congregación? Le conviene unirse a nosotros este domingo. No queremos que señalen con el dedo a nuestra vecindad. -La modista pisó la colilla del suelo y estudió a Eustace-. No le asustará ir, ¿verdad? No hay motivo. Todos estamos al tanto de lo que tiene que confesar. Por una vez, cambie de actitud y hágase un favor a sí mismo.

-Usted no parece haber cambiado mucho. Y ahora, si me disculpa -se despidió el hombre, y cerró la puerta-, estoy ocupado jugando conmigo mismo, haciendo los preparativos de una misa negra o clavando alfileres en el muñeco vudú de Godwin Mann.

La convulsión que le produjo la risa brotó al mismo tiempo que las palabras, dejándole más airado que nunca. Volvió al sofá y vio como la mujer andaba contoneándose por la senda de salida. Hubo de sentarse de forma brusca para vencer el arrebato de perseguirla, cogerla y llevarla a rastras... no sabía adonde. Estaba seguro de que en algún lugar se oía una risotada honda y hueca, prolongada, una risotada que no paraba de crecer.

18

«Sacerdote defiende los libros de sexo», decía el titular. Dada la falta de detalle que había en al artículo, bien podía colegirse que la librería era una *sex shop.* El nombre de la población, «una pequeña villa cercana a Sheffield». Aparentemente era Moonwell. Diana se repitió en su fuero interno que no era culpa de Nick; él hizo todo lo que pudo, y a ella le competía ahora mejorarlo. Depositó el periódico en la mesita del té y salió de su casa.

Hacía una tarde gris y sofocante. A Diana se le adhería a la piel la delgada tela del vestido mientras se encaminaba al hotel. El recepcionista, un tipo de hombros caídos que ostentaba una insignia del Sagrado Corazón en la solapa, la remitió a una de la colaboradoras de Mann cuando preguntó por él.

-Si necesita consejo, tal vez yo pueda proporcionárselo -se brindó la mujer, una joven sonriente y de ojos muy abiertos-. Godwin está descansando en este preciso instante.

-Creía que se hallaba siempre a disposición de quienes deseaban hablarle.

-Y así es habitualmente. Pero ahora mismo se está preparando -argumentó la seguidora de Mann, y se apresuró a añadir-: La señorita Kramer, ¿verdad? Le daré el recado de que quiere usted hablarle. Irá a su encuentro lo antes posible.

Dadas las circunstancias, Diana fue en busca de Nathaniel Needham. A decir verdad, hacerlo la prepararía mejor para una ulterior entrevista con Mann. Los lugareños la ojearon recelosos cuando se dirigió al primer camino que llevaba al alto del páramo. La mujer que le había alquilado el chalet le preguntó cuánto tiempo más iba a permanecer ahora que se había quedado sin trabajo.

-Seguiré aquí todavía un tiempo -fue la respuesta de Diana.

«Tanto como los niños requieran mi protección». Poco le importaba haber sorprendido a algunos padres ordenando a sus hijos que se alejaran de ella. Sus instintos la instaban a retrasar su partida, y sólo podía ser con el fin de proteger a los chiquillos, pese a que tenía la vaga impresión de haber infravalorado aquello de lo que debía guardarles.

Trepó hasta el páramo y surcó veloz el tramo muerto, la ceniza que amortiguaba sus pasos y la apacible quietud que rodeaba la cueva, en cuyos aledaños había un seguidor de Mann arrodillado. Desde la cima de la ladera donde Needham había presenciado la primera asamblea, Diana trazó su ruta. En las colinas posteriores proliferaban la hierba y el brezo, pero no había indicios de granjas, ni de senda alguna. Una musgosa losa de cemento le mostró el emplazamiento de una galería minera abandonada. La esquivó y escaló la siguiente elevación, abanicándose. Había una casa dos lomas más allá.

Bajó corriendo la primera hondonada y se labró un camino entre otras minas del pasado que, a aquella distancia del pueblo, nadie se había molestado en tapar. Los matojos y brezales entorpecían su marcha, la hierba ocultaba charcos donde se hundían sus pies hasta el tobillo. Se diría que el silencio la acompañaba desde la cueva; no trinaba ningún pájaro. Sólo cuando llegó a coronar la primera ladera cayó en la cuenta de que aquel silencio se llamaba bruma.

En los pocos instantes que pasó en la zona pantanosa, las crestas adyacentes se habían emborronado hasta casi evaporarse. Una arboleda de las inmediaciones se asemejaba a un hilván sobre terciopelo argénteo. La niebla desveló a sus ojos la silueta de la casa a unos centenares de metros, y volvió a engullirla. Diana echó a caminar hacia el edificio, único hito en el panorama.

En la falda de la colina, la oscuridad cubría la alfombra herbácea. La joven eludía la negrura allí donde la divisaba, aunque fueran tan sólo pequeños charcos. Se sentía como si el

suelo abriera sus mil bocas para devorarla. Una desviación la llevó al boquete de una galería que apenas vio debido a los altos hierbajos. Lo sorteó y, con el corazón en un puño, subió dando tropezones por el húmedo terreno de la cuesta. Se hallaba sana y salva en el centro de un mar calmo, grisáceo, pero no sabía dónde estaba la casa. Se disponía a aguardar que despejara la bruma, cuando una voz masculina preguntó:

-¿Quién anda ahí?

-Me he extraviado. ¿Podría ayudarme?

-No se mueva de donde está.

La bruma quedó otra vez silenciosa. A Diana empezaron a irritársele los ojos en su intento de localizar la procedencia de la voz. Al resonar nuevamente, ésta se había alejado.

-Si quiere que la encuentre, hable continuadamente -gruñó.

-Me llamo Diana Kramer. Buscaba el refugio de Nathaniel Needham. Casi lo tenía localizado, pero en ese momento ha bajado la niebla.

Apareció de súbito al pie de la vertiente. Era un hombre alto que portaba un cayado, y apoyándose en él cruzó la niebla hasta colocarse, imponente, frente a la joven. Su cabello cano se derramaba en derredor del cuello de su jersey. Tenía un rostro enjuto y resquebrajado como el de un simio, unas manos enormes de prominentes venas, que se apoyaron en el bastón al inclinarse el cuerpo hacia ella y mirarla con ojos grises y abstraídos.

-Pues bien, ya ha dado conmigo.

-¿Es usted Nathaniel Needham?

-Así me llaman. Y si ha venido a hacer proselitismo y salvar mi alma, se ha perdido para nada. Cuando llegue el momento, yo mismo saldaré cuentas con Dios.

-No era ése mi propósito. No tengo nada que ver con lo que está pasando en Moonwell. Leí su folleto sobre las minas romanas, y oí también la balada que cantó la otra noche en el bar. He supuesto que, también, querrá que las tradiciones se conserven.

El hombre encogió los hombros, aunque al parecer lo hizo porque tenía frío.

-Tome mi brazo -ofreció, e inició el descenso de la pendiente-. Ustedes los americanos son unos acérrimos defensores de las tradiciones, ¿no es cierto? Mi padre solía decir que eso sucede porque no tienen tradiciones.

-Debo indicarle que soy americana, sí, pero no una turista. Enseñaba en la escuela de Moonwell hasta que rehusé convertirme en portavoz de Godwin Mann. Profeso un gran cariño a este pueblo, y no entiendo por qué un compatriota mío ha tenido que atravesar el océano para cambiarlo.

-Resulta que hay costumbres que algunos no desean conservar. -Needham alzó su cayado para señalar un pozo abierto que acababan de evitar en la sórdida espesura-. ¿Quién cree que vivía en esos agujeros?

-¿Los mineros?

-¿De veras imagina que un hombre que consume su vida laboral en un subterráneo iba a construir su hogar también bajo tierra? No, hijita, no, nada de mineros. Eran familias que acechaban a quienes, al igual que usted, se extraviaban en los días de bruma.

-O sea, bandidos.

-Comenzaron practicado el bandidaje, pero lo que más necesitaban era comida. Y la conseguían en abundancia siempre que arrastraban a su guarida a los incautos que se desorientaban en estos parajes. Mi padre oyó contar cómo les daban caza en cuanto se echaba a alguien de menos en Moonwell. Les cortaban la lengua para que no pudieran pedir socorro, y luego les despedazaban pero les dejaban vivir. Según le narraron a mi padre, daban los ojos a sus niños a modo de cena -dijo, y agregó, con menos fruición-: No tengo más remedio que invitarla a pasar hasta que levante la niebla.

La había guiado hasta su morada, pese al convencimiento de que era de vuelta al pueblo donde la llevaba. El hombre hizo girar su llave en la cerradura de la puerta frontal, bañada en una espesa mano de pintura roja que había salpicado también las paredes de piedra caliza, y entró agachando la cabeza. Se abría esta puerta a la única estancia. Había una cama de matrimonio adosada al muro opuesto; un estante repleto de libros polvorientos adaptado a un sombrío rincón; dos poltronas desvencijadas frente a la chimenea, sobre la cual reposaba una

radio en forma de tostador que debía de tener al menos treinta años. Needham se encorvó despacio ante el hogar e hizo un fuego con gruesos troncos de leña.

-Ya está usted en mi casa, donde quería venir, y sigo sin saber qué la trae aquí -apremió a Diana.

-Trato de descubrir la verdad sobre la cueva. Godwin Mann no se cansa de pregonar que anida algo perverso en ella, algo que propaga la maldad hasta confines ignotos.

El hombre asió una caja de cerillas que había junto a la radio y encendió la fogata. Con el primer crepitar se frotó las manos cerca de las llamas y, a continuación, estiró el brazo hacia atrás para apoyarse y se sentó en la butaca de la derecha.

-Me parece que Godwin Mann sigue el rastro correcto.

Diana no pudo disimular el desánimo que afloraba a su voz.

-¿Está de acuerdo con él?

-No estoy de acuerdo con lo que pretende hacer. Yo opino que debería dejar el pozo tranquilo, pero no hay quien haga entrar en razón a los de su especie. Además, mucho me temo que no sabe ni aún la mitad de lo que encierra el foso.

La mujer tuvo un escalofrío, como si el helado aire que dimanaba de la niebla se colara en la habitación a través del ventanuco.

-¿Por qué? ¿Qué dice usted que hay allí?

-Venga a sentarse a mi lado, o acabará produciéndome tortícolis. -Needham se reclinó en el respaldo, obligándole a cerrar los ojos el creciente llamear del fuego-. ¿Qué digo yo? Pues que allí está el hombre de la luna.

-¿Cómo?

-El hombre de la luna, que bajó antes de hora y preguntó por dónde se iba a Norwich -recitó el viejo, con la entonación que adopta un abuelo al relatar cuentos a los niños-. Pero me figuro que usted no conoce esa canción.

-¡Claro que sí! Uno de mis alumnos la cantaba a menudo. Y he estudiado a Shakespeare. El hombre de la luna llevaba cargado a la espalda un haz de troncos porque había sido exiliado a la luna en castigo por cortar leña el día del *sabbath.*

-Resulta que ésa es la leyenda, en efecto -confirmó Needham, admirado y, por eso mismo, a contrapelo-. Y habrá oído otras sobre personas que acercan la Luna a la Tierra y despiertan a los muertos, hasta que san Pedro restituye el satélite a su lugar. Y formular un deseo con luna nueva da suerte, y los bebés que nacen bajo esa fase son los más sanos. Lo que quizá no haya reflexionado es que nos hallamos ante las típicas historias que urden los hombres en torno a aquello que temen.

-Querrá decir que temían.

-No hace tanto tiempo. -El anciano ladeó el cuello hacia Diana, con el reflejo de las llamas titilando en sus rasgados ojos-. Recuerdo a mi padre sentado donde está usted ahora, empapado en sudor frío porque en la radio informaban de que habían enviado un hombre a la Luna. Le dio un ataque al corazón, y he vivido en soledad desde entonces.

-Lo lamento -susurró la mujer, aunque se advertía en el tono de su voz un rechazo a cualquier condolencia-. Pero, en realidad, su padre no tuvo razón al asustarse.

-No, y así se lo recalqué. -Needham inhaló con dificultad el aire por la nariz, y sentenció-: Le dije que lo que tanto le espantaba de la Luna ya estaba en la Tierra.

Diana se quedó estupefacta.

-¿Se refiere al hombre del *sabbath?*-especificó.

-Dios me ayude, habla usted como una enfermera. Todavía no he tenido a ninguna en esta casa, y antes me condenaré a los infiernos que tolerarla. ¿No acabo de afirmar que ese hombre encarna una fábula fraguada por la humanidad para ocultar una verdad más temible? Cuando averiguaba dicha verdad, la gente se la reservaba para sí. Los druidas, por ejemplo. He aquí la causa de que jamás escribieran nada.

-Godwin Mann mencionó a los druidas -evocó la joven, pensando que alguna versión con visos de verosimilitud tenía que poder entresacarse de aquel galimatías.

-Sí, ¿y qué sabe de ellos ninguno de ustedes?

-Yo, bastante -manifestó Diana al sentirse provocada-. Sé que, según ciertos

historiadores, los romanos ocuparon su país para destruir los cultos druídicos. Era una cuestión tan religiosa como política.

-Religiosa nada más -disintió el hombre. Hizo una pausa, y tanto rato duró su mutismo que Diana llegó a sospechar que se había adormilado. De manera brusca, Needham explicó-: Resulta ser que los druidas tuvieron aquí, en Moonwell, su último bastión. Hicieron aquello a lo que nunca antes se habían atrevido: invocaron a quien adoraban para que descendiera de la Luna y se aposentara en el mundo.

-Yo tenía entendido que adoraban al sol.

El hombre empotró ambos puños en el brazo de su butaca.

-Al que veneraban era a un dios de la luna, que es distinto, si bien no osaron darle un nombre. Le inmolaron seres humanos, pero los sacerdotes no se quedaban para verificar si venía a buscarlos. Solían precipitar a las víctimas por hoyos como el que su evangelizador amigo trata de exorcizar. Así, la deidad había de sumergirse fuera del alcance de la luz a fin de cobrarse sus piezas.

Si el argumento tenía alguna lógica, Diana no pudo desentrañarla.

-Es muy singular que intentaran usar la luna en contra de los romanos.

Nathaniel Needham suspiró como lo haría un sufrido profesor.

-Los griegos y los romanos idolatraban a la Luna, y los druidas calcularon su calendario por ella con un afán primordial, que es el que no hay manera de inculcarle a usted: tenerla aplacada. Unos y otros sabían que su divinidad no abrigaba ningún amor a la humanidad. Los druidas, de hecho, fueron el último eslabón en una antigua cadena cultural, ¿lo comprende mejor así? Algunos de esos libros versan sobre el tema.

Diana se tomó aquellas palabras como una insinuación de que podía consultarlos. La niebla se apelotonaba contra los cristales mientras ella cruzaba la estancia en penumbra, con jirones de alfombra enredándose en sus pies, hacia el interruptor. Se encendió la desnuda bombilla, aunque débilmente.

-¿Podría mostrarme cuáles?

-En otra época sí que habría podido. Hoy tendrá que apañarse usted misma.

Los volúmenes no sólo estaban llenos de polvo; sobre los ilegibles lomos, el corte superior de las páginas tenía una capa de color gris.

-Que ya no sea capaz de verlos -rezongó el viejo Needham- no significa que se haya atrofiado mi mente.

La mujer meditó sobre lo que había de ser vivir allí solo y ciego, a varios kilómetros de la casa más próxima y rodeado por aquellos peligrosos pozos.

-No he pensado eso ni por un instante -respondió.

-Ni significa que haya perdido la memoria. -Needham enderezó la espalda en su poltrona, y citó del latín-: *«Sustulere monstra, quibus hominem acodere religiosissimun erat, mandi vero etiam saluberrimun».* ¿Se lo traduzco? «... Un culto monstruoso que asumía que asesinar a alguien era el punto culminante de la religión, sobre todo si uno se lo comía después.» Eso es lo que Plinio el Viejo decía refiriéndose a los druidas.

-Sin embargo, no hace tantos siglos que los romanos descartaron los sacrificios humanos.

-Jamás fueron como los de los druidas. Existía una obra, un mamotreto de cincuenta tomos escrito antes del nacimiento de Cristo, donde se daba cuenta de todo lo relacionado con este pueblo. «Alimentar a la luna, alimentarla del modo que hay que hacerlo, y no mirarla nunca mientras sacia su apetito», leí en alguna parte como descripción de sus creencias extraída de aquella enciclopedia. Pero tales libros desaparecieron por ser demasiado reveladores. Y Moonwell se perdió debido a lo que los druidas trajeron hasta él.

-Lo que se perdió fue su nombre romano, ¿no es eso?

-¡Ah, sí! Ya ha dicho antes que conoce mi librito. -Esa idea pareció dulcificar un poco al viejo-. Los romanos no podían saber que los druidas juzgarían este sitio idóneo para llamar a un dios que no era dios, sino monstruo.

-¿Por qué idóneo? -preguntó Diana, y su intuición se lo cuchicheó. No necesitaba oír contestar al hombre:

-Porque aquí luce menos el sol que en ninguna otra población del país.

La informe turbulencia de la ventana se fue revistiendo de oscuridad.

-¿Hay alguna historia digna de crédito donde se diga que los druidas emplearon la magia o lo que quiera que fuese en contra de los romanos?

Needham volvió la cabeza y posó en la joven sus húmedos ojos. Pasados unos segundos, decidió:

-Le contaré lo que sé y, si no se lo cree, allá usted. Pero no le gustará lo que va a oír.

Al menos la maestra no tendría que tocar aquellos libros engordados por la mugre. El hombre aguardó que tomara de nuevo asiento, y empezó su relato.

-Resulta ser, como ya sabe, que los romanos nunca conquistaron mucho terreno en estas latitudes. Todo lo que pudieron instaurar fue una dictadura militar, y su influencia apenas llegó al distrito de Peak. La mitad de la zona era entonces bosque cerrado. El paraje donde ahora estamos configuraba el linde de un gran robledal.

Las brumas se agitaron en la ventana como si fueran follaje.

-Pues bien, los romanos talaron muchos árboles para sus hornos y obligaron a los nativos a explotar las minas -prosiguió Needham-. Al principio no notaron la falta de una persona anciana o un solo niño. Incluso cuando fue una tropa la que no regresó, el oficial de la guarnición achacó su desaparición a las interminables nieblas. Mas, al cabo de unos días, optó por enviar una patrulla para inspeccionar los bosques y ver qué espantaba tanto a los lugareños.

»Aquella espesura se extendía más allá de donde se encuentra ahora Moonwell, en un área de muchos kilómetros cuadrados. Siempre que había que derribar árboles como combustible los soldados tenían que cuadrarse ante los nativos. Pensaron los romanos que se las veían con unos salvajes supersticiosos, hasta que advirtieron que el pánico de los campesinos al bosque aumentaba en las noches de luna.

»El oficial, sabedor de que aquél era un síntoma de druidismo, mandó a su patrulla a los bosques con luz de día, y halló la cueva que tanto le preocupa a usted. Entonces estaba en un claro entre los robles, y todos los árboles del entorno presentaban figuras labradas en sus cortezas. En algunos había tres caras juntas y en otros esbozos que parecían cuerpos de hombres con las tripas colgando, abiertos sus vientres en canal tal y como se hacía en un arcaico ritual de magia de los druidas. Muchas de las tallas contaban, ya en aquella época, varias centurias de antigüedad. Y claveteado sobre una de ellas encontraron un retazo de la túnica que vestía uno de los militares perdidos.

»El oficial cuidó de callar su descubrimiento ante los nativos. Los romanos se limitaron a mantenerse vigilantes hasta la siguiente luna llena, fecha en que vieron a unos lugareños internarse a hurtadillas en el bosque. Uno de ellos llevaba en sus brazos a un recién nacido. Los soldados les siguieron hasta la cueva, fueron testigos de cómo arrojaban el bebé al interior, y se disponían a prenderles cuando la criatura que vivía en la espesura acudió en busca de su comida.

Las pupilas del viejo se dilataron como si también él pudiera ver lo que estaba describiendo.

-Los romanos deberían haber supuesto que era algo más que una superstición lo que pesaba sobre el lugar. Y, ciertamente, algunos lo hicieron. Algunos barruntaron, camino de la cueva, que el claro de luna bajo las copas era más intenso de lo usual. Un soldado incluso pensó que los rayos que se filtraban por el ramaje se entrecruzaban formando una tela de araña. Pensó que la luz atenazaba los pies cuando éstos la pisaban, pero decidió que no era ella, sino los terrones y el sotobosque. En cualquier caso, algo más debía de haber que los rayos lunares, pues vieron a aquel ser del bosque correr a través de la red que tejían aquéllos para alcanzar al niño de la cueva. No querrá que le detalle su aspecto, ¿eh?

Diana asintió con la cabeza, y hubo de tragar saliva antes de musitar:

-Sí, si es que lo sabe.

-No se pusieron de acuerdo sobre el particular, ni hablaron de ello en el futuro. La luz, de momento, se hizo más brillante a medida que se aproximaba, hasta que el fulgor laceró sus ojos. Era como una araña del tamaño de un hombre, un hermoso animal fabricado de hebras

luminosas, o tal vez se parecía a una larva provista de más patas que una araña, o a un hombre con una envergadura de brazos y piernas mayor que el bosque mismo y un rostro idéntico al de la luna, sólo que se movía. Los druidas huyeron del foso al distinguirle, topando con la patrulla. Mas el soldado que había visto la conversión de la luz en telaraña vio también cómo ésta desaparecía dentro del hoyo, hacia el bebé, y salía de la cueva una luminosidad fulgurante, como si la luna se hubiera zambullido en ella.

»Los romanos llevaron a sus prisioneros al pueblo y les ejecutaron a todos salvo al cabecilla de los druidas, que resultó ser un viejo en el que no se habían fijado hasta entonces. Querían hacerle confesar a qué se enfrentaban, y él quería que lo supieran. Había hecho lo que sus correligionarios nunca se aventuraron a intentar, había formulado una taumaturgia tan añeja que casi se había sumido en el olvido, no solamente para llamar al dios que no podía nombrarse, sino para arraigarle a la tierra y que no tuviera que cabalgar ya más sobre los rayos lunares a fin de recoger sus sacrificios. Él creía que el bosque entero era ahora su templo, un postrer reducto de los druidas donde nadie más debía atreverse a entrar.

»Pues bien, el oficial romano no sabía si quemar el bosque sería un conjuro eficaz. Por consiguiente, castigó a la criatura con el hambre para forzarle a salir a campo abierto. Organizó turnos de guardia en el pueblo, de tal modo que nadie pudiera abandonarlo. Unas noches más tarde los centinelas vieron que el claro de luna se acercaba por el bosque y alargaba sus tentáculos hacia la gente, y esporádicamente divisaron también a un hombre hecho de resplandores que, erguido exteriormente a los árboles, les hacía señales. Algunos de los soldados fueron hacia él, pero sus compañeros les retuvieron. Uno de ellos aseveró que, cuando el hombre etéreo se marchó de nuevo a la espesura, fue ganando paulatinamente estatura, hasta igualarse a las copas de los robles.

»El oficial supuso que el aparecido perdía vigor al menguar la luna. Naturalmente el sacerdote druida refutó su teoría, aunque sin duda se percató de que el militar esperaba que su debilidad llegase al límite para atacarle. Así, una noche, poco antes del novilunio, el druida escapó y corrió a los bosques. Volvió al amanecer, él o su réplica.

-¿Qué es eso de su réplica? -indagó Diana.

-Pues que quien vino fue alguien que se le parecía, que era *casi* él. El anciano había efectuado el sacrificio último, y a punto estuvo de conseguir que aquel ser se infiltrara entre el vulgo antes de que nadie atinara a reaccionar. Sólo a los romanos les llamó la atención que todos los nativos recularan al emerger el druida del robledal. Le ataron fuertemente para que no pudiera mover ni un músculo, y aguardaron la caída de la tarde. En el crepúsculo el hombre empezó a brillar como si se hubiera bebido la luna.

»Por la mañana, los soldados ordenaron a los lugareños que talasen los árboles de los contornos de la cueva, todos excepto aquél donde habían hallado los jirones del uniforme. Crucificaron en su tronco al druida o al ser que se había encarnado en su cuerpo, apilaron leña a su alrededor, y le quemaron. Al día siguiente la hoguera se había reducido a cenizas, pero el sacerdote o el espíritu seguía vivo y reptaba entre el rescoldo, pese a que no quedaba de él más que un esqueleto desmembrado y calcinado.

Durante unos instantes, Diana vio la escena con tanta claridad como si hubiera estado presente. Increpó a su mente para que se centrara en la habitación y en sus detalles, como la oscilante bombilla, los cristales del ventanuco empañados por la humedad, sin visillos.

-Debió de atraparle el dolor -conjeturó Needham-, o la posesión del druida; de otra forma se habría soltado del roble. El soldado más clarividente desenvainó su espada, avanzó sobre las calientes cenizas y le cortó la cabeza y las extremidades, que tiró a puntapiés en el foso. Pero tomó antes contacto con la calavera y la levantó en su palma a fin de demostrar que no sentía miedo. El resultado fue que, en el momento mismo en que la tocó, pasó a ser parte de aquel ser.

»Dio unos pasos, se plantó en el borde de la cueva y cercenó su propio brazo. Acto seguido, saltó al vacío por su propia iniciativa. Aquella misma tarde los romanos mataron a todos los nativos e incendiaron la villa y el bosque circundante, resueltos a no dejar ni los escombros.

Aun en el caso de que fuera una falacia, Diana quedó consternada ante el desenlace.

-¿Por qué?

-Porque deseaban que el lugar fuese olvidado, y para que los restantes druidas no vinieran a reunirse en el pueblo. Sabían que había un ser viviente allí abajo, y que ese ser podía ejercer su dominio sobre cuantas personas se establecieran en los aledaños. Lo más probable es que Roma no aplaudiera la matanza, porque ni el suceso ni la guarnición figuran en las crónicas, o al menos en las que yo conozco. Aunque me pregunto si fue la criatura del pozo quien borró toda rememoranza del lugar hasta que su retorno fuera inminente.

-¿Cómo es que yo estoy al corriente? Vamos, dígame que lo soñé. Diga que la ceguera me ha convertido en visionario. Ya la he avisado de que no me creería.

-Esas son sus palabras, no las mías. Lo que no comprendo es cómo se inició el ritual de adornar la cueva si todo fue olvidado.

-Imagino que, a pesar de todo, los druidas supieron hacia dónde dirigir sus pasos. El ser lo quiso así. Quizá resulta que Moonwell fue fundado por druidas, o en todo caso por herederos de las antiguas creencias, después de que los romanos dejaran Britania. Su intención fue sin duda resucitar lo que había en la cueva, hasta que se dieron cuenta de qué era lo que iban a reanimar. ¿Qué piensa usted que haría si pudiera liberarse? ¡Cuánto tiene que odiar a la humanidad por crucificarle, abrasarle, hacer pedazos sus despojos y abandonarle en las tinieblas! La figura confeccionada con flores no era un tributo, sino un guardián del foso. Oí contar una vez que no sólo tiene una aureola alrededor de la cabeza: su cabeza es el sol.

-El dios Sol -ratificó Diana su aserto de antes-. Y por eso lo colocan en el lugar la víspera del solsticio, aunque en la actualidad se obstinen en vincularlo a san Juan y le den apariencia sacra.

-Sí, pero ¿sabe por qué lo ponen justamente en esa fecha? Porque es cuando las noches empiezan a alargarse y el poder del sol inicia su declive, que equivale a decir que se fortalece el de la luna. En Roma celebraron ese mismo día la fecha de su tocaya, la diosa Luna.

-No, mi nombre proviene de la otra, la cazadora -corrigió la joven sin pararse a pensar-. Si Mann les impide ornamentar la cueva, ¿qué consecuencias puede tener?

-No muchas. -Needham se interrumpió, y sus ojos se apagaron más que nunca-. Si se contentara con eso, claro.

-¿Qué otros planes tiene?

-Tendrá que preguntárselo a él. -El viejo se puso en pie-. Ahora, le ruego que me excuse. Hacía años que no hablaba tanto. ¿Quiere que la acompañe un trecho?

Echando una mirada a la ventana, Diana constató que la niebla se había disuelto tan inesperadamente como se originó. Una luna lánguida hacía su circuito sobre los valles y las colinas.

-Yo misma encontraré el camino -dijo la joven-. Gracias por su paciencia.

Los reflejos lunares tapizaban las lomas, transformando el brezo en blanco encaje, la hierba en estalagmitas. Desde la primera cuesta Diana vio a Needham bajo el dintel, con los invidentes ojos como globos de mármol. Volvió a mirar ya en la cima. La puerta estaba cerrada, la ventana oscura.

Bajó la pendiente en dirección a Moonwell. Unas nubes compactas se elevaron tras el horizonte, pero la luna le señaló todos los pozos abiertos y, al sondearlos con su luz, les prestó mayor hondura y lobreguez. ¿Se comunicaba alguno con la gran cueva? El sepulcral silencio aisló a la joven junto a la luna, coquetamente ladeada sobre su cabeza como para exhibirle lo poco que quedaba de su cara, medio ojo que le espiaba en su cuenca vacía y apenas la fracción inferior de su frente. Por muy deprisa que anduviese, permanecía en suspenso sobre ella. En un momento dado tuvo la sensación de que tres formas fluctuaban allí arriba, altas en el cielo, mas al observarlas mejor tan sólo vio la decadente y alba máscara.

En la linde de las tierras cenicientas a Diana le flaquearon las piernas. Unas estrellas, cinco figuras de cinco puntas, centelleaban en el brezo en una docena de sitios. Quedó hechizada hasta que las identificó como telas de araña. Apretó a correr entre las cenizas hacia la vereda final de Moonwell, sin haber determinado aún hasta qué punto era creíble la historia de Needham. No podía confiar en que Nick se lo tomase en serio y, desde luego, su periódico la rechazaría íntegramente. Una vez en casa sopesaría lo que había escuchado, pero estaba

muy segura de lo que tenía que hacer. Debía provocar una discusión con Godwin Mann.

19

El segundo periódico que recogió la noticia pertenecía a la prensa sensacionalista. «Sacerdote involucrado en altercado por libros de sexo y droga», decían los titulares. Jeremy, indignado, echó el diario contra la mesa que suplantaba al altar y aguardó a que Geraldine leyera el artículo. Por un error de imprenta, no se mencionaba el nombre de la localidad.

-Al menos, nadie sabrá que somos nosotros -dijo la mujer.

-Tendrías que haber visto sus caras cuando compré el periódico, Gerry. Todos los habitantes de Moonwell deben de estar frotándose las manos de gusto, excepto el padre O'Connell, Diana Kramer y un par más.

-Déjales. Mucho más daño ya no pueden hacernos. Antes o después habrán de aceptar que no vamos a mudarnos.

-¿Mas daño, dices? ¡Dios mío! ¿Crees que aún podrían infligirnos uno mayor? ¿Cuánto hace que no ves a un cliente traspasar esa puerta? Quizá tú te conformes con quedarte aquí plantada sólo para afirmarte en tu postura, mientras el polvo se acumula en los libros y el director del banco viene a por nosotros. -Jeremy rodeó la mesa hacia su esposa y aferró sus hombros, aunque sin lastimarla-. Parece ser que hay algunas librerías cerradas en Hay-on-Wye. Allí tendríamos los montes galeses y una vecindad interesada en la literatura.

-¿Y qué será de Andrew? ¿Vamos a abandonarle así, sin más? Ya oíste cómo chillaba anoche.

-Debió de sufrir una pesadilla, y no es que me entusiasme, pero ¿qué conseguiremos quedándonos? June y Brian no consentirán que nos acerquemos a él.

-En lo que a Brian concierne, no estoy tan segura -discrepó Geraldine, a sabiendas de que su marido tenía razón.

De todas formas, Andrew no era la única causa que la incitaba a permanecer en Moonwell.

La mujer deseaba marcharse tanto como Jeremy. Siempre que se encontraba a alguien por la calle, no podía evitar preguntarse qué era lo que pensaba de ella. Sus ganas de recabar buenas opiniones la destrozaban más que el menosprecio ajeno y, a veces, cuando los demás le hablaban como si le hicieran un favor al dirigirle la palabra, a duras penas podía refrenarse de volar a sus brazos.

¿Por qué no podía Jonathan ser más concreto? Si lo hacía enterrar allí donde ellos se mudasen, ¿se sentiría satisfecho? ¿O la losa refulgente simbolizaba su exigencia de ser sepultado sólo en Moonwell? Geraldine tenía que comunicar con premura su decisión a los de Sheffield, o nunca trasladarían la tumba al pueblo. Tal vez no era necesario que se debatiera contra sus dudas; si Jeremy veía la lápida tendría que creerle, sin importarle las secuelas que aquello entrañase.

-Acompáñame esta noche -espetó a su esposo-, y te mostraré por qué no sé si quiero o no irme.

-¿Por qué esta noche? Vayamos ahora. Desgraciadamente, no hace ninguna falta que se quede uno de guardia en la tienda.

-Nunca se sabe, a lo mejor la suerte nos sonríe hoy. Aguardaremos hasta la noche, ¿conforme Gerry? Tengo mis motivos.

De día nada verían en el cementerio: ella nunca percibió ninguna anormalidad. Acaso compartir su visión la ayudaría a comprender. ¿Significaba la vida de Jonathan después de la muerte que había un Dios, o aquella pervivencia existía sin la religión, aunque todas las Iglesias proclamaran lo contrario? A su debido tiempo, quizá tendría ocasión de dilucidarlo

con el padre O'Connell. En cuanto a Godwin Mann, presentía que consideraría su fe en Jonathan como algo que debía confesar, no discutir.

Nadie entró aquel día en la tienda. Geraldine recapacitó que los seguidores de Mann debían de hacer su labor de zapa para disuadir a los clientes potenciales. Jeremy intentó disimular su impaciencia por tener que esperar. La idea de estar confinada en la librería hasta el anochecer tampoco la seducía a ella.

-Salgamos y te invitaré a cenar -ofreció la mujer, recordando que había dicho aquello mismo la primera vez que fueron a un restaurante.

Fueron en su coche a la Posada de la Sierpe, un local solitario construido en los pinares de la carretera de Manchester. Después de la cena se sentaron al fresco, contemplando las montañas que irradiaban sus prestados destellos en el claroscuro antes de irse atenuando, y Geraldine fue sensible a la paz que la embargaba desde el momento mismo en que se alejó de Moonwell. ¿Y si este pueblo era donde Jonathan quería estar, y Mann y sus secuaces se habían confabulado para ahuyentarle? No le costó imaginar cómo le tratarían sus niños evangélicos si estuviera vivo, cómo desdeñarían al hijo de los desacreditados Booth. El dichoso Mann no podía dejarle tranquilo ni siquiera en el otro mundo.

Conduciendo la furgoneta de regreso a Moonwell, la luna, un creciente asimétrico, apareció a ras de agua detrás de una presa. En la proximidad del pueblo pareció adquirir más esplendor, congelando las escarpaduras de las montañas. En el indicador de Moonwell la lluvia goteaba como si fuera cal, de tal modo que el nombre del pueblo era apenas legible. Al girar por la carretera vecinal, un inopinado anhelo puso a Geraldine en tensión. A lo largo de todo el ascenso a la cresta que dominaba la población, y en el último tramo del mojado asfalto, deseó con creciente vehemencia que Jeremy hallase algo que ver.

La furgoneta se deslizó hasta la iglesia por su propia inercia. Retrocedieron entre nebulosas vallas y troncos de árboles, apareciendo como entre un velo de tul a los ojos de la mujer la imagen del camposanto. Al aparcar el vehículo Jeremy echó una ojeada, claramente decepcionado de por dónde le había llevado. Su cuerpo le obstruía la vista, pero de repente Geraldine tuvo la total certeza de que la losa estaría allí. Desconectó el motor y corrió la portezuela.

-Ven conmigo -murmuró.

Jeremy empujó despacio su puerta, con un chirriar que sonó áspero en el silencio del ambiente. Ella chapoteó en un charco al ir a tomar su mano mientras se apeaba. Más allá de la reja, la luna teñía la hierba de un blanco casi tan intenso como los mármoles de los panteones; a Geraldine le asombró cuan resplandeciente era aquella estela de la luna. En la primera línea de las sepulturas más recientes, donde había depositado flores para Jonathan, rutilaba una losa.

Tiró de la mano de su marido.

-Mira -dijo en tono apremiante, y abrió la verja con sus perlas de lluvia.

Bajo los pies de Geraldine, la empapada gravilla resonó entre el crujido y el chapoteo. La mujer se internó en el césped y vaciló. La lápida no estaba entera.

Era ciertamente la de Jonathan, ya que leyó la mayor parte de su nombre. «Nathan», rezaba, pero ¿bastaría para Jeremy? ¿Por qué no estaba toda en un bloque? La piedra presentaba un ligero jaspeado, como si empezara a envejecer. Sus manchas recordaban las marcas de la luna, e inspiraron a Geraldine la pasajera y peculiar noción de que se hallaba incompleta porque la luna decaía.

-Sígueme -susurró, atrayendo a su marido entre la hierba.

Esta vez fue él quien le hizo perder el equilibrio. El hombre examinaba las flores que su esposa había puesto en el emplazamiento de la lápida, o que bajo el claro de luna se movieron de forma perceptible, y se abrieron.

-¿Qué es esto? -inquirió Jeremy con un estrangulado hilo de voz, tan obsesionado por las flores que tropezó.

-Fíjate en la losa -urgió Geraldine. Debajo del veteado se advertía no solamente el año del malogrado nacimiento de Jonathan sino, aunque muy tenuemente, el mes y el día-. La losa, Jeremy -insistió, en el instante en que se escondía la luna.

Gimió, frustrada y con desmayo. Una nubosidad que podía durar varios minutos se había aglomerado frente al astro, y la lápida ya no rutilaba; quedaba casi invisible en la luz segmentada que les llegaba desde las farolas. Jeremy se había volcado sobre las flores, casi rozándolas, pero retrajo presto la mano antes de hacerlo.

-¡Dios bendito, han echado raíces! Están creciendo.

-Eso no importa. Jeremy, lee la leyenda de la losa.

A Geraldine le vinieron ganas de abalanzarse sobre él, de inmovilizarle la cabeza para que tuviera que verla. ¿Cómo se sentiría Jonathan al comprobar que su padre rehusaba mirarle? Jeremy estaba muy atareado tirando de las flores, una de las cuales se desgajó de la corona y manchó la piedra de tierra húmeda. La mujer caminó hacia su esposo, mas entonces unos faros de coche barrieron el cementerio y les dejaron a ambos paralizados.

Jeremy se enderezó de un salto, y casi se cayó al suelo. Geraldine, mientras tanto, ojeó la losa y no vio sino una superficie lisa. Detrás de los faros alguien descorrió una puerta deslizante.

-En nombre de Dios, ¿qué hacen ustedes aquí? -demandó Benedict Eddings.

Geraldine se giró en su dirección, aunque volvió de inmediato la mirada hacia la lápida de Jonathan. No había tal lápida, únicamente hierba desnuda y sus flores, que se retorcían en pleno trance de marchitarse.

-Hay algo malhadado en este lugar -repuso Jeremy con voz quebrada- Crecen flores que no tendrían ni que arraigar.

-No es asunto suyo. Ningún miembro de su familia reposa aquí -cortó Benedict y abrió la cancela con tal violencia que desalojó el agua de la reja en una auténtica ducha-. Salgan enseguida de este recinto. ¿No han cometido ya suficientes sacrilegios? ¿Tanto se han degradado que hasta profanan las tumbas?

Se encendieron luces en las estancias de los edificios; subieron el marco móvil de una ventana de guillotina. Jeremy avanzó hacia Eddings como si fuera a llevarle de la mano hasta el centro del camposanto.

-Le estoy diciendo que algo raro les ha sucedido a las flores. Obsérvelas usted mismo.

Benedict retrocedió precipitadamente.

-¿Son adictos a las drogas además de vender libros sobre ellas? Váyanse ahora mismo del cementerio, o avisaré a la policía.

-Conque avisará a la policía ¿eh, jodido? Tal vez debería ser yo quien fuese al cuartelillo para denunciarle a usted y a su chapucero trabajo, mezquino, beato e hipócrita defraudador. -Jeremy dio otro paso al frente, y al recular el otro estalló en unas carcajadas que nada tenían de gozosas. Agarró el brazo de su mujer tan fuerte que ella hubo de contener un grito de dolor-. ¡Por los clavos de Cristo, volvamos a casa!

Una serie de rostros se asomaron a las ventanas próximas a la iglesia cuando Jeremy puso en marcha la furgoneta. En el momento de arrancar el vehículo dio un bandazo fuera del pavimento, y Geraldine reparó en que su marido temblaba.

-¿Qué has visto? -preguntó, con toda la afabilidad de que fue capaz-. ¿La losa, quizá?

-No sé qué he visto, ni quiero saberlo -replicó él, a la par que aminoraba la velocidad y aferraba el volante con ambas manos, como si así fuera a recobrar el sosiego-. Pero te diré una cosa: no permitiría que enterrasen ahí a un hijo mío ni aunque fuera el único cementerio del planeta.

20

June regresó del centro cristiano llena de virtuosa ira.

-Hazel estaba remisa en hablar, pero al fin he podido sonsacárselo. Su marido les sorprendió bailando sobre las tumbas y arrojando las coronas por los aires. O pensaron que ése era un buen modo de vengarse del pueblo, o se hallaban en plena alucinación de drogadictos. Nunca oí nada tan patético.

Al verla, Brian pestañeó sin moverse de donde estaba, agazapado detrás del mostrador.

-Dicen que planean marcharse.

-Será estupendo deshacernos de ellos. Espero por su bien que no intenten despedirse de Andrew -amenazó June, y echó un vistazo al establecimiento-. ¿Qué haces ahí sentado, soñando en la penumbra como si fueras no sé qué? La gente creerá que hemos cerrado.

Al accionar ella el interruptor de los tubos fluorescentes el interior de la tienda saltó a primer plano, cerniéndose sobre Brian, a la vez que se alejaba la calle bajo el cielo aborregado.

-Mírate a ti mismo, sentado en la oscuridad como una vieja araña -se definió June, y eliminó una tela en forma de estrella urdida entre dos infiernillos del escaparate-. ¿Qué es lo que te pasa últimamente?

-Algún germen veraniego o algo así. Quizá necesite tomar el aire fresco.

-Muy bien, pues ve a recoger al chico a la escuela. Ayer mismo se quejaba de que nunca lo naces. Podrías llevarle a pasear ahora que tengo un rato libre en la otra tienda. Y, si no mejora tu estado, consulta al médico. Hasta Godwin se visita.

Brian entornó los párpados, pero la voz de June penetró en la anaranjada opacidad nerviosa tras la que quería parapetarse.

-Si hubiera algo más me lo contarías, ¿verdad? Godwin siempre nos repite que no seamos reservados. Aventar los conflictos para poder solventarlos entre todos, ésa es la regla que debemos observar.

-Conozco bien sus normas -masculló el hombre.

Era como si su mujer se obcecara en sacarle de la hondura de un túnel largo y oscuro, un túnel que era él mismo. Ojalá le dejase ir hasta el fondo, donde, al menos durante un rato, podría limpiar su memoria.

-No habría en tu actitud un reproche velado, ¿eh? -persistió June-. Imagino tu frustración, pero es que me inquieta que Andrew nos oiga. Incluso pienso que su retraso mental es un castigo de Dios por haber sido lascivos.

Sonó la campanilla de la tienda. Brian entreabrió los ojos. Una mujer joven, vestida con un holgado sayo en cuyo pectoral había bordado un crucifijo, caminó hacia el mostrador.

-¿El señor Bevan? Godwin le suplica, si no le es molestia, que vaya un momento a verle.

Al hombre le tentó la idea de ocultarse en el túnel de sí mismo, de camuflarse en un agujero tan inaccesible que ni un hurón pudiera cazarle. Ahora que le requerían era su oportunidad de batirse en retirada a los marjales. Pero June le vigilaba, indecisa entre el orgullo de esposa y la angustia, y no había escapatoria. Tenía que hacer lo que se le ordenaba.

Siguió a la joven a la calle. Bajo la túnica se esbozaba su cuerpo, y el hombre sintió una actividad entre las ingles que no cesó hasta que el sol rompió el manto de nubes. Casi tuvo que cerrar los ojos, deslumbrado por los rayos solares, mientras le guiaba al hotel. Notaba un escozor en la piel allí donde la tenía al descubierto.

La relativa penumbra del vestíbulo fue como un ungüento para su epidermis, un colirio que calmó también la irritación de sus ojos. La joven le anunció en recepción y le llevó a la habitación de Mann. En el instante en que salió del renqueante ascensor el andar de Brian se hizo más pesado, y evocó todos sus actos y sentimientos, todo lo que ahora tendría que confesar.

-¡Adelante! -exclamó Mann cuando la mujer llamó a su puerta.

La joven se apartó para ceder el paso a Bevan, que dio un traspié y entró en el cuarto más deprisa de lo que habría deseado. Debía de ser una de las alcobas más pequeñas del hotel, con una cama individual y un lavabo bajo un espejo por todo mobiliario. Aquella simplicidad le sugirió una sala policial de interrogatorios.

Mann se hallaba sentado en el lecho. Su anguloso semblante estaba más flaco que nunca, tirante y terso como un puño. Se echó hacia delante, y sus ojos azules chispearon.

-Cierre la puerta, Brian. Le agradecería inmensamente que me ayudara.

Tan imprevisto era aquello, que Bevan buscó respaldo en la puerta.

-¿Qué puedo hacer por usted?

-Necesito toda la cuerda que tenga. Mejor aún, escalas ya confeccionadas.

-Le tendría más cuenta recurrir a los montañeros del equipo de salvamento. Se ocuparían también de velar por su integridad cuando haya de usarlas.

-Ellos no quieren que lleve a cabo mi proyecto. Dicen que es demasiado peligroso. Al parecer, no confían lo suficiente en Dios. ¿No haría lo que solicito por el Señor? Le pagaré religiosamente la mercancía.

Brian estaba dispuesto a colaborar, ansiaba hacerlo si así podía aliviarse de sus faltas, pero no era tan sencillo.

-No tengo escalas de cuerda en mi tienda. Habría que pasar el pedido.

-Debo recibirlas a principios de la semana que viene.

-Iré hasta Sheffield a buscarlas. -Si Mann se apoyaba así en él, tal vez era menos culpable de lo que creía.

-¿Hará eso por la causa? Le quedaré muy reconocido, y huelga añadir que Dios también. -El evangelista bajó la vista hacia sus manos unidas, antes de posarlas de nuevo en Brian-. He de pedirle aún otro favor. No comente con nadie el servicio que me presta, ¿de acuerdo? Si nuestros enemigos se enteraran tratarían de interferirse en mis designios.

-¿En qué designios?

Mann clavó la mirada en Brian hasta que él deseó no haber formulado aquella pregunta; se sintió como si se hubiese traicionado a sí mismo al hacerla. Mas, aparentemente, el predicador estaba tan solo deliberando.

-Me propongo bajar a Dios a la cueva -declaró, casi para sí mismo-. Quienquiera que haya en sus recovecos no es digno rival del Señor. -Sus ojos, con la habitual agudeza, taladraron ahora a Brian-. Nos veremos en la asamblea del domingo -agregó, en un símil de advertencia-, o antes si viaja a Sheffield esta semana. Le daré cien libras como anticipo. En el caso de que gaste más, enséñeme la factura y se lo abonaré.

Brian guardó el dinero en lo más hondo de su bolsillo. Mann ya se había tendido en la cama, enlazadas las manos sobre el pecho y relajado el rostro, acaso al máximo de su capacidad. Brian cerró la puerta con suavidad y enfiló el enmoquetado pasillo, consciente de cómo el fajo de billetes se restregaba reiteradamente contra su muslo. Era una bendición que pudiera redimirse, que hubiera sido juzgado y hallado merecedor de la gracia. Si alguien estaba calificado para perdonarle era, desde luego, Godwin Mann.

Jamás estuvo en su ánimo que ella se precipitara. Le habría gustado poder convencerse de que soñó la caída, como soñó la noche pasada que había ido hasta el foso y acechado al centinela que Mann tenía allí apostado. Posiblemente aquel sueño fue sintomático de la fiebre que le aquejaba, una enfermedad estival peor que la fiebre de heno, ya que, con sólo pensar en la pesadilla, toda su piel le hormigueaba. Corría aún el riesgo de confesar, si no se mantenía a sí mismo bajo de control riguroso, y como confesase haber sido el causante del accidente de la chica, le cargarían crímenes mucho mayores. Era un consuelo que no fuera a celebrarse más que un encuentro antes de que Mann descendiera al foso.

La borrasca encapotaba una vez más el cielo de Moonwell. La luz tamizada le permitió cruzar la plaza serenamente. Andrew y él irían a pasear a los montes. Aguardó junto al portalón interior de la escuela a que saliera el enjambre de la chiquillería. Los últimos niños iban solos, con expresiones hurañas o risueñas ante un secreto, o iluminadas en una aureola de fe. Brian estaba pendiente de si se desataba la tormenta, y no distinguió a Andrew hasta que el pequeño pasó de largo hacia Katy, que le esperaba en la verja.

Katy dedicaba ahora la mayor parte de su tiempo al centro católico, tal vez como penitencia por haber robado a los Bevan. Brian interpretó su presencia en el colegio como una prueba de que June no le tenía ninguna confianza.

-¡Eh, Andrew! -llamó a su hijo-. Soy yo, tu padre. ¡Estoy aquí!

Andrew se dio torpemente la vuelta, golpeándose la roñosa rodilla con la cartera.

-Todo está en orden, Katy -despachó Brian a la muchacha-. Yo me encargó de él.

-La señora Bevan me ha mandado que lo lleve a casa, porque usted tenía que entrevistarse en privado con el señor Mann.

-Sí, necesitaba mi ayuda -repuso Brian a la defensiva, mas se acordó a tiempo de que no debía irse de la lengua-. Puedes decirle a mi mujer que el niño viene conmigo. Daremos una vuelta juntos. ¿Te apetece, hijito?

Andrew asintió, aunque tan escuetamente que Brian le habría abofeteado por hacer pensar a Katy que no estaba a gusto con su padre.

-El capitán del grupo de rescate nos ha advertido de que habrá neblina en los marjales.

-Yo no he mencionado que fuésemos a ir allí, ¿verdad? -Bevan actuó como si le hubieran desenmascarado, como si el criminal fuera él y no aquella ladronzuela-. Está bien -capituló, hablándole a Andrew-, volveremos a casa.

-Será mejor que les acompañe -se apuntó Katy.

Tal vez temía que June la tachara de inútil por no haber cuidado del niño, pero Brian dedujo que su intención era espiarle a él y asegurarse de que no iba al páramo con su hijo. ¿Por ventura era aquello de su incumbencia? El crío haría lo que su padre le indicase. Tuvo el impulso de llevarle de todas formas, si bien era obvio que a la otra le faltaría tiempo para irle con el cuento a su esposa, llenándola de desazón. Aceleró pues el paso hacia el hogar, forzando a Katy a jadear y tropezar mientras él remolcaba al pequeño con mano firme.

-Gracias igualmente, Katy -dijo June-. Lamento que hicieras el viaje en balde.

A Brian le pareció que su esposa se disculpaba por él.

-Mañana iré a Sheffield, por si te interesa.

-¿Qué se te ha perdido a ti en Sheffield?

-He de cumplir un encargo de Godwin.

Esperaba Brian que esta respuesta disiparía los resquemores de June, pero ella continuó con la frente arrugada.

-¿De qué se trata?

-Te lo explicaré más tarde -atajó el hombre, e improvisó otro medio de justificarse ante Katy-. Escucha, Andrew, puedes decirle a tu nueva maestra que, si quiere disponer de un poco más de espacio que el que tiene con los señores Scragg, sería un placer para nosotros hospedarla.

En el instante en que June hizo un ademán afirmativo, Brian cayó en la cuenta de que así se mermarían aún más sus oportunidades de reanudar las relaciones sexuales. Se había tendido una trampa a sí mismo. Pensó que al menos su esposa dejaría de recelar de él cuando supiera qué le había pedido Mann, pero al informarle, después de acostar a Andrew, la vio todavía dudosa. Debía de estar preocupada por el predicador, no incrédula ante su historia. El hombre se alegró de meterse en la cama, de zafarse en el sueño durante unas horas, hasta que despertó presa de incontrolables convulsiones por lo que había soñado: la nueva faz de la luna incubando a sus crías.

Era más que una luna llena. Era una bola inflada y trémula que casi invadía el cielo y tocaba el páramo. Tenía más de una cara, tenía tres, una de las cuales se volatilizó antes de que pudiera examinarla, al empezar el níveo globo su rotación. Y no sólo temblaba, sino que se resquebrajó y se abrió igual que un cascarón para expeler tres contornos de color lunar, unas figuras que desplegaron sus alas y resplandecieron cegadoramente mientras sobrevolaban el páramo. Aun estaba viendo la faz nueva cuando surgieron de ella, la faz que había permanecido en escorzo hasta que los rasgos familiares giraron hacia el lado oculto. Era su propio rostro.

Fue, por supuesto, la pesadilla lo que le provocó escalofríos, no la gélida luz de la luna que flotaba tras el marco de la ventana. Sea como fuere, la luminosidad dejaba su cuerpo

inquieto, apenas reconocible. Le asaltó la tentación de ir hasta el espejo para demostrarse a sí mismo que él no tenía cara de luna, por muy ajena que la sintiese, pero si lo hacía despertaría a June. En la frontera de sus sueños volvía a ser vulnerable, a estar a merced de quien quisiera investigarle. Si Mann encontraba el cadáver de la excursionista, jamás desistiría de someterle a una confesión. Mas no era inevitable que lo encontrase o, como mínimo, que lo difundiese. Su seguridad se hallaba en manos de Brian.

21

-Un día muy caluroso el de hoy, ¿no le parece?

-Mortalmente caluroso, diría yo. Y tendremos muchos más antes de que acabe la temporada.

-Mire a todos esos que se ríen como idiotas. Se creen que el sol brilla tan sólo para ellos.

-O que irradian ese brillo las posaderas de Godwin Mann.

-A uno de ellos se le habrá helado la risa cuando terminemos. ¿Está usted listo, señor Malasombra?

-Unámonos a la feliz muchedumbre, señor Melancolía.

Eustace salió de su casa al ver que la multitud iba desapareciendo. Unos pocos rezagados atravesaron a toda prisa la calle Mayor, camino de la cueva. Casi nadie hablaba con él en sus rondas desde el fiasco del bar. Puede que prefieran que Dios mismo entregara las cartas. «Como los correos que llevan las palomas, sólo que más sagrados. El Correo de Pentecostés», se burló íntimamente el cartero mientras echaba la llave.

Anduvo por las callejuelas vacías y continuó subiendo como si fuera rumbo al cielo. Unas nubes blancas, algodonosas, taparon al sol y continuaron su etéreo curso. Un viejo que vivía en el callejón de los Hornos luchaba por los últimos metros antes de coronar la altura,

pero, al ofrecerle Eustace la mano, refunfuñó:

-Me las compondré yo solo.

A lo largo de los años Eustace se había constituido en un asistente social sin título, comprobando en su reparto cotidiano que los ancianos no precisaban auxilio, sin embargo ahora muchos de ellos ni siquiera le abrían la puerta. Era indudable que alguien se había regodeado por hacerle entregar el anónimo a Phoebe Wainwright, mas antes de que concluyese la congregación de hoy le arrancaría, si podía, el halo de santidad. Se lo debía a Phoebe.

Cuando llegó a la parte chamuscada de la ladera del monte ya estaba cantando el coro. Siguió el sendero de ennegrecidos rastrojos, a través de la ceniza, hasta la cuenca. Todos los adeptos de Mann, que parecían englobar virtualmente a la población íntegra de Moonwell, se habían arracimado en torno a la cueva.

-Ya era hora de que te sumaras a nosotros, Eustace -le reconvino en voz alta la señora Scragg desde el montículo donde se erguía, supervisando a los niños como si no les acompañaran sus padres.

«Que te lleve el señor Malasombra», estuvo en un tris de replicar el cartero. La vieja zorra siempre se ensañaba con él repitiéndole lo torpe que había sido en la escuela. Quizá hasta era positivo que Phoebe no trajese al mundo a un montón de niños para que los Scragg los intimidasen, mas, aun así, pensaba exponer en público al autor de la carta. Aligeró la marcha, sin dejar de ojear a aquellos centenares de rostros que había visto días tras día en los umbrales de sus casas al llamar él al timbre, hoy todos lacrados con el anodino e idéntico sello de la beatería. «Una colección de máscaras que dan vueltas y vueltas en la *matinée* de Dios», pensó. Incluso la expresión de triunfo despectivo de la modista al ver que había acudido a la asamblea era preferible al vacío, aunque de buena gana le hubiera escupido en la cara.

Fue a situarse frente a Mann, en el momento en que una gran nube leonada eclipsaba el sol. Aunque estaba detrás del gentío, Eustace se sintió inexplicablemente cercano al foso. Quizá había bordeado la cuenca demasiado aprisa; la plebe parecía girar en una danza acompasada, como un remolino cuyo centro fuese la cueva. Cerró los ojos a fin de rehacer su equilibrio, de estar en forma para merodear entre la concurrencia en busca de caras culpables en cuanto Mann comenzara a reclamar confesiones. Sabría reconocer cuál debía escrutar hasta romper su silencio, no le cabía la menor duda a ese respecto. Pero no había terminado aún de centrarse, cuando el coro calló. En la quietud que el vago repicar de las campanas de la iglesia no perturbaba por lo distante, Mann anunció:

-Hoy no pediré a nadie que se confiese.

El cartero abrió unos ojos como platos.

-Sé bien que estáis conmigo porque sois creyentes -dijo el evangelista-. El amor de Dios ha fructificado ya dentro de cada uno de nosotros, y lo único que hemos de hacer es esmerarnos en merecerlo. El Señor os ama por devolverle lo que es suyo. Y, ahora, he de rogaros que le hagáis un nuevo favor. Quiero que nos reunamos todos aquí a mediodía de la fiesta de san Juan, para que ayudéis a hacer de este lugar la morada sempiterna de Dios.

Su voz se dispersó en un millar de ecos por las monótonas y estériles colinas, y retumbó en las paredes de la cueva.

-Soy consciente de que, de ordinario, sería un día propicio para el comercio, pero he de pediros que cerréis vuestras tiendas en nombre de lo mucho que amáis al Señor y os congreguéis conmigo en este sitio. Todo lo que tendréis que hacer es orar. Yo me ocuparé del resto. Mi fe me dice que puedo.

Eustace recordó el comentario que le hizo Mann el día en que coincidieron en los caminos de Moonwell, cuando afirmó que se enfrentaba al mayor desafío de su vida. Batalló contra su mareo, contra el vértigo que le atraía hacia el ojo del torbellino. Le asustaba echar a andar por si se hundía en la sima, pero tenía que hacer su inspección hasta dar con alguien sospechoso que pretendiese pasar inadvertido.

-Presumo que todavía hay ciertas personas en Moonwell que no están con nosotros -continuó Mann-. Son muy pocas. No hay, lógicamente, ninguna razón para que se incorporen a la celebración de la fiesta de san Juan, y agradeceré a quienes les conozcan que así se lo

hagan saber. -Sin más discusión, el predicador se puso de rodillas-. Y ahora...

«Ahora -meditó Eustace- empezarán las preces y los himnos, y yo habré dejado pasar el momento.» Tembló de rabia ante la perspectiva de que el autor de la carta se le escurriera a la vista de todos, y que lo hiciera rezando. Tal era el naufragio de su mente que al principio no se percató de que estaba hablando en voz alta.

-Hay alguien aquí que no es un cristiano -denunció.

Todos los ojos convergieron en él. Tenía el más nutrido público que nunca soñó, y le petrificaba, le dejaba con el labio inferior colgando y el cuerpo bamboleándose de manera salvaje en su afán de no desplomarse. Tardó unos segundos en adivinar lo que todos pensaban. «No -quiso desmentirlo-, no se trata de mí, no soy yo quien se ha de confesar.» Pero las miradas y los sentimientos -de desprecio, de aliento, de impaciencia, de confianza- le succionaban, y se zambulló en la oscuridad.

Su conocimiento, por lo menos, resistió. Su cuerpo estaba aún derecho y podía oír su voz, lejana e imparable. No sabía qué decía; no sabía sino que el único medio de huir de la negrura era abrirse paso a cualquier precio hacia aquella voz. Casi deslindaba el sentido de las frases, y le entró el desespero por frenarlas. Mas, cuando venció finalmente a las tinieblas y recuperó su propio control, la sensibilidad al aire ceniciento que azotaba su rostro mientras escoltaba a una nube interpuesta entre la tierra y el sol, leyó en la actitud de la gente que era tarde.

-Te perdonamos -clamó Mann-. Rezaremos por ti.

Algunos de los asistentes asintieron y se arrodillaron, pero incluso estos parecían escandalizados o asqueados hasta que se recompusieron sus facciones en un rictus de piedad. Al venirse Eustace inopinadamente hacia delante, una mujer se encogió como si no tolerase ni aun la idea de su contacto. «¿Qué es lo que he dicho?», deseaba preguntar el cartero, pero no osó hacerlo.

No bien hubo iniciado Mann su plegaria, «Imploramos, ¡oh Dios!, tu perdón para este pecador», Eustace salió huyendo hacia la vereda del pueblo. En medio del coro de oraciones que le perseguía por el páramo creyó oír una risa seca y aviesa.

22

La criatura de la historia de Needham presentaba, pensó Diana, ciertas similitudes con Brother Rabbit. Cuando menos, tenía uno que preguntarse por qué los romanos la habían arrojado dentro del foso mismo donde acostumbraba recibir sus sacrificios. Cabía conjeturar que el ser había influido en tal acción, como algo más sutil que la pretensión de Brother Rabbit de que no quería que le tirasen a la zona de brezo. Cabía preguntarse si aquello destruyó verdaderamente la memoria de Lutudarum y todos los hábitos de los druidas.

Reflexionó la joven que eran infinitas las especulaciones que podían hacerse, y ademas no le quedaban muchas otras opciones mientras le negaran el acceso a Godwin Mann.

Ahora mismo no tenía tiempo para conversar con ateos: ése fue el mensaje que sus esbirros del hotel transmitieron a Diana. Ella podría haber apretado los dientes y haber fingido que abrazaba su fe si de esta manera le hubieran franqueado la entrada, pero comprendió lo poco que había de ganar, pues necesitaba algo más que las leyendas de un anciano para encararse al evangelista. Se fue a Sheffield, a la biblioteca, y pasó un día volcada en vetustos volúmenes.

Salió de allí con gran cantidad de datos y la intuición con que algunos de ellos podían relacionarse entre sí para probar un sinfín de cosas, al igual que podía argumentarse que Dios provenía del espacio o que se avecinaba el fin del mundo. Tomó como ejemplo la Noche de Guy Fawkes, que fue ilegal no celebrarla en Gran Bretaña hasta 1859. Desde luego, conmemoraba el fracaso de la llamada «Conspiración de la Pólvora» para volar el Parlamento, pero las hogueras que encendía el pueblo en recuerdo de aquel suceso eran al menos tan antiguas como *Samhain.* Era ésta la fiesta druida que evocaba la muerte del sol y que en la actualidad era conocida por *Halloween,* o velada de Todos los Santos. La otra gran efeméride era *Beltane,* la Víspera de Mayo o *Walpurgisnacht,* fecha -casualmente- de la muerte de Hitler. *Beltane* solía festejar el regreso del sol con inmensas fogatas y sacrificios humanos. Los hombres se pasaban teas encendidas y quienquiera que sostuviera el hachón en el instante en que se extinguía, tenía que ponerse a cuatro patas y dejar que le untaran la espalda de inmundicias. La imagen le recordó a Diana a la del hombre de la Luna con su espinazo doblado por la leña, del mismo modo que el muñeco (Guy) de las hogueras podía asociarse al hombre que no era humano y que fue quemado en la cueva. Se dijo que ni aun Mann sería capaz de erradicar de las mentes la Noche de Guy Fawkes.

En cuanto a la luna, siempre estuvo vinculada a la magia, con frecuencia a la magia negra. Adorarla fue condenado como una herejía desde épocas tan remotas como la del *Libro de Job.* El lunatismo, la licantropía y muchas aberraciones que se desarrollaban en el útero materno eran achacadas a su influjo. Hécate, diosa de las brujas, fue originariamente una divinidad lunar de tres caras hermanada con Selene, que se hacía acompañar por una jauría de perros infernales. La brujería se consideraba el legado final del shamanismo, y aparentemente los druidas fueron shamanes que se vestían con pieles para mejor comunicarse con los espíritus de animales caninos. Los shamanes eran transportados en alas del sueño a la espesura, donde se sumían en la meditación y experimentaban múltiples vidas, el desdoblamiento fuera del cuerpo, visiones y éxtasis. El Satán de los brujos se identifica como Cerunnos, dios del mundo subterráneo. Es curioso que su nombre se asemeje tanto al de Cerberus, trasunto romano del guardián del Hades griego, un perro tricéfalo, siendo el tres el número cabalístico de los druidas. El pentáculo o estrella de cinco puntas se hallaba estrechamente ligado a la magia de los druidas, de ahí que se le apodase «pie de druida». ¿Hasta dónde se extendía la influencia de aquel pueblo? Tal vez tenía algo que ver con los tres deseos de los cuentos de hadas, aunque no ciertamente con la Trinidad Cristiana ni con los tres crucificados del Calvario. Había demasiadas preguntas y connotaciones imprecisas; Diana se sentía aturdida, incapaz de concentrarse. Abandonó su casa para darse un respiro.

Las nubes surcaban el espacio en cúmulos desiguales delante del sol, imprimiendo en el cielo la impresión de un fuego humeante. La incipiente e indefinida claridad frustraba a la joven, impaciente por hacer algo, pero ¿qué? El estribillo de un himno voló hasta ella desde el páramo, junto al olor de la ceniza. No valía la pena tener ahora una confrontación con Mann. Debía visitar a los Booth para reconfortarles, para decirles que alguien no creía todos los disparates de los que se les acusaba.

No se agitaba en la calle Mayor más que una brisa perezosa. Las ventanas de las tiendas y de las casas la estudiaban solitarias; la cabeza de plástico de un cerdo la escudriñó desde la carnicería. Sin nadie alrededor que reprobara su conducta tuvo un asomo de aquella domesticidad que la embargó la primera vez que vio Moonwell, aunque había olvidado por qué era aquí necesaria, o quizá nunca lo supo. Las calles parecían dolerse de la ausencia de niños, del silencio que imperaba donde debería haber griterío con la barahúnda propia de los

juegos. Poco importaban las creencias que mantuviesen los pequeños siempre que fueran dichosos, así opinaba Diana; al crecer se irían liberando, no todos, pero sí unos cuantos. Sin embargo, no tenía la convicción de que fueran felices, no quería ni plantearse lo que debía de ser la escuela ahora para sus ex alumnos. Sus cábalas la distrajeron enteramente de las calles, hasta tal extremo que había cruzado la mitad de la plaza antes de notar que estaba siendo observada.

Fue el ruido lo que la alertó, un débil y quedo desgarro entremezclado con gruñidos. En un principio no pudo localizar su origen ni en la plaza ni en las vacías inmediaciones. El edificio del hotel y las nubes se cerraron, contundentes, sobre su cabeza. Dio un paso más, y desvió la mirada pasando el muro lateral del hotel hacia una calleja que trazaba, a partir de las cocinas, un marcado desnivel. Tres pares de pupilas toparon con las suyas.

Lo primero que vislumbró fueron los ojos y los dientes, unas quijadas que despedazaban un trozo de carne tan rojo y sanguinolento como las babeantes lenguas. Debía de haber tres perros perdidos en el callejón, mastines alsacianos con la pelambre apelmazada y unos peligrosos ojos inyectados en sangre, pero ella tan sólo veía las cabezas, las cabezas que la acechaban desde la pendiente del pasaje. Razonó que, en cuanto ella se moviera, vendrían saltando, y entonces comprobaría si tenían realmente tres cuerpos o uno nada más. La idea era tan absurda, que se introdujo en la calleja con objeto de verlos mejor.

Tan pronto como se adelantó los tres bichos empezaron a gruñir al unísono, mostrándole unos bezos como de plástico gris ahumado, unos colmillos sucios y amarillentos. No debía emprender la fuga o la atacarían. Se paró azuzándolos para que se apartaran y poder distinguirlos, cuando de pronto se abrieron las nubes. El instinto la impulsó a avanzar al darle la luz solar de lleno en los ojos. Las bestias se acobardaron y, entre gañidos, huyeron calle abajo.

Diana alcanzó el inicio de la bajada un segundo antes de que doblaran la esquina: eran tres perros vagabundos. Lo supo desde el comienzo, pero tenía una enorme tirantez en el pecho y el corazón le latía a ritmo acelerado. Con toda seguridad se reiría de sí misma una vez llegase a la librería e infundiese ánimos a Geraldine y a Jeremy. Confiaba en que les encontraría allí. Moonwell era ahora mismo como un pueblo fantasma, olvidado del mundo.

Este pensamiento le cortó por unos momentos el resuello.

-Dios mío -suspiró, pasando revista a la despoblada calle Mayor, preguntándose hacia dónde correr, a quién contárselo.

Así pues, todo era verdad. Estaba sucediendo nuevamente, y nadie había caído. Acaso hasta ella reaccionaba cuando no había ya solución.

23

Aquel domingo por la noche, mientras hojeaba un testamento, Vera dijo:

-Algo va mal.

Craig dobló el *Telegraph,* su diario, y tomó la pipa.

-A mí me ha parecido que las últimas voluntades estaban muy bien definidas.

-No me refiero a eso, sino a Hazel. Tengo el presentimiento de que algo no funciona.

El hombre se encorvó sobre la pipa y aplastó el tabaco con el pulgar, contraído el estómago como si alguien se lo estrujara.

-Ve tú a llamarla. A mí no quiere ni oírme hablar.

-Sabes de sobra que eso es mentira -rugió Vera, y corrió hasta el teléfono.

Sentía tanta ansiedad, indudablemente, porque no había hablado con su hija desde su partida de Moonwell. Si en el fondo de su alma le echaba las culpas a Craig lo estaba disfrazando muy bien, aunque él era el primero en arrepentirse de haber tenido aquella disputa en casa de Benedict. Salió del pueblo enemistado no sólo con su yerno, sino también con la propia Hazel.

Durante el desayuno de la última mañana en Moonwell su hija se revolvió contra Craig, recriminándole que había dado esperanzas a Benedict de concederle un préstamo y luego le dejó en cuadro, acusándole de haberle jugado aquella mala pasada porque detestaba al hombre y a su fe. «Fe en que nosotros le salaremos fiadores, querrás decir. Fe también en que el prójimo no habrá oído hablar de su infame trabajo». Consiguió Craig abstenerse de contestar, si bien la actitud de Benedict, ofendido pero indulgente, fue demasiado para él. Contraatacó afirmando que lo que Hazel buscaba era un sustituto de padre, alguien que le indicase siempre el camino, que la perdonase al confesar ella sus errores, que la pusiera a salvo del mundo exterior.

-Si ésa es la clase de padre que quieres, quédate con él y buen provecho te haga -había despotricado mientras iba al piso de arriba a recoger su equipaje.

Sólo cuando su hija rehusó mirarle al acomodarse él en la furgoneta de Benedict tomó conciencia real de cuánto le habían dolido sus imprecaciones, y lo peor de todo fue que no le asaltó un arranque afectivo por su agraviada niña, sino que le disgustó que no fuera capaz de afrontar la verdad.

De todas formas, Vera pensaba que él no era quién para juzgarla. Siempre habían fomentado que Hazel fuese, ante todo, ella misma. No era ya su hijita indefensa. Después de casarse, su dormitorio de soltera se convirtió en una herida abierta en su casa que tardó meses en cicatrizar, y al empezar Benedict a cortejarla, Craig se comportaba con su esposa como un impotente -los padres, al parecer, solían pasar por esos períodos-, pero superaron tales pruebas, así lo suponían ellos. Ahora la paternidad se exhibía ante Wilde con todas las congojas y sin ninguna recompensa; el hombre se odiaba a sí mismo por derramar todo su desencanto sobre Hazel.

Vera marcó el número. Después de tres intentonas infructuosas de establecer comunicación, recurrió a la operadora.

-Moonwell -especificó, y hubo de repetirlo dos veces-. Da igual, olvide el nombre y cíñase al prefijo que le he dado. Y no me venga con que ese lugar no existe. -Hizo ahora señal a Craig y añadió, quebrada su voz-: Aguarde y hablará usted con él, señorita.

Al tomar Craig el auricular, se oía ya el tono al otro lado de la línea. En el momento en que Vera se derrumbaba en un sillón con una mano sobre los ojos, una voz dijo:

-Arreglos Domésticos Peak a su servicio.

-Hola, Benedict. ¿Está Hazel en casa? Su madre desea hablarle.

-En este instante se halla ausente.

-¿Sabes si volverá pronto? -preguntó Craig, tratando de suavizar un poco el tono-. ¿Podrías decirle que nos telefonee?

-Vendrá bastante tarde. Ha ido a rezar.

Por unos instantes Craig confundió «rezar» con «jugar», como si Hazel hubiera vuelto a la infancia.

-Hoy han organizado en el centro una velada de oración -prosiguió Benedict-. Nada me sorprendería que durase toda la noche.

-¿Y para qué rezan?

-¡Oh, siempre sobran motivos para hacerlo! Aunque imagino que no comulga usted con esas ideas.

-Sea como fuere, normalmente esas sesiones no se alargan noches enteras. ¿Por qué hoy sí?

-Mucho me temo que no me creería si se lo explicara.

La vanidad de Benedict tuvo el don de enfurecer a Craig.

-Muy bien. Si tú no me cuentas qué está pasando y la madre de Hazel no puede tener unas palabras con ella, no nos quedará otra alternativa que ir a visitaros inmediatamente.

Vera apoyó a su marido con un enfático asentimiento y una sonrisa.

-Ahora mismo no es posible -se excusó Benedict-. He tenido que trasladar todas las alarmas a la habitación de huéspedes y almacenar en el cobertizo el resto de mis materiales. No puedo permitirme el lujo de seguir alquilando un espacio fuera de casa.

-Me alegra saber que has encontrado un medio de reducir gastos. En cuanto a nosotros, siempre podremos alojarnos en el hotel. No os extrañéis si nos veis aparecer.

-El hotel está lleno -dijo el yerno con una presteza delatora.

Craig colgó el aparato, y consultó a Vera.

-¿Qué opinas? ¿Vamos a ver qué sucede?

-Sí, por favor. ¿Llamo yo a Lionel o lo haces tú? Estoy segura de que accederá a defender la plaza durante un par de días.

Lionel era su socio, y estaba cualificado para responsabilizarse del negocio incluso si se mudaban de manera definitiva.

-No me refería a este mismo instante -protestó Craig-. Pensaba, más bien, en el fin de semana.

-No puedo esperar hasta entonces para averiguar qué es lo que anda mal. Y tú también estás persuadido de que algo ocurre, lo leo en tus ojos.

-Pero podría no ser nada grave según nuestros criterios. Además, es Lionel quien ha de decidir cuándo puede prescindir de nosotros.

Lo que Lionel dijo fue que se adaptaría gustoso a los planes del matrimonio.

-Váyanse mañana si así lo desean.

Una vez encontró Craig el número de teléfono del hotel Moonwell en la guía oficial, después de buscarlo con tanto ahínco que llegaron a escocerle los ojos, el recepcionista le informó, no sin reticencia, que se había anulado una reserva.

-Nosotros la ocuparemos -declaró Wilde, y luego titubeó.

-Es posible que Hazel no nos dé precisamente las gracias -señaló a Vera.

-Asumiré ese riesgo. Intuyo que me necesita.

-Esperemos que ella también sepa darse cuenta -apuntó el hombre, ganándose una mirada de reproche.

Un poco más tarde intentó hacer el amor con su mujer. Al cabo de media hora tenía los brazos doloridos por el esfuerzo de apuntalar su cuerpo sobre el lecho. Era como si la edad le hubiera marchitado el pene.

-No tiene importancia -le consoló Vera, acariciando su sudorosa frente, cuando al fin se dio por vencido-. Durante la estancia en el hotel fingiremos no estar casados.

Craig acabó durmiéndose, y despertó reconfortado. Mas el bienestar se prolongó tan sólo hasta unos kilómetros después de dejar Sheffield, allí donde hubo de aminorar la velocidad en la tortuosa carretera. Las aguas reverberantes de la presa le deslumbraban, un coche deportivo se pegó a su rueda de tal modo que casi se tocaron los parachoques y, de repente, le rebasó en plena curva y hubo de frenar tan brutalmente que Craig estuvo a punto de embestirle. Los lunes no había coche de línea a Moonwell, y el hombre pasó el resto del día lamentando no haber insistido en tomar el del martes.

El cielo se fue tiñendo de gris a medida que la carretera ascendía, entre campos agrestes, hacia Moonwell. La tensión y la falta de sueño debían de afectarle más de la cuenta, porque al

bordear su Peugeot las largas laderas de las colinas tuvo la impresión de que cada cima ocultaba un precipicio, una impresión que era desagradablemente como una reminiscencia de su caída, siendo niño, en la galería de la mina. Maldijo a Benedict por hacer que se reavivasen en él tales emociones. Incluso el cielo de Moonwell le provocaba sensaciones de pánico. Se propuso mantenerse atento a la conducción. Al apearse frente al hotel, tenía unas palpitaciones tan tremendas en las sienes que apenas podía ver.

Su habitación estaba debajo mismo del alero, con una ventana salediza. Craig se tumbó en la cama, que exudaba olor de detergente, y cerró los ojos. Vera corrió las cortinas y fue a la farmacia mientras él yacía tumbado alerta a la quietud reinante, donde apenas se oía el ronroneo de un vehículo. A su regreso, Vera le dio un vaso de agua y dos tabletas de paracetamol, y le comentó:

-De todas las personas que podría haber pasado sin saludar, he ido a coincidir con Mel y Úrsula.

-Hazme memoria -solicitó Craig, intentando relajarse para facilitar la labor del analgésico.

-Son los amigos santurrones de Benedict. Han ido a prevenir a Hazel de nuestra llegada.

Cinco minutos después el ascensor subía entre ruidos y traqueteos sin fin al último piso del hotel y, casi sin transición, Hazel llamó a la puerta.

-¡Oh, mamita! ¿Por qué habéis tenido que volver ahora?

-Lamento que te haya sentado tan mal. Pensaba que quizá te ilusionaría vernos, pero queda patente mi error.

-Mamá, me encanta teneros aquí conmigo. No sabes cuánto me hizo sufrir aquella despedida. Pero Godwin ha convocado una asamblea extraordinaria para mañana, y estaré muy ajetreada hasta entonces.

-Lo que, traducido a lenguaje corriente, significa que los ateos no serán bien recibidos.

-Significa que tendréis el pueblo casi para vosotros solos y nada que hacer -puntualizó Hazel, no muy convincente.

-No iremos a ninguna parte hasta que no mejore mi estado -gruñó Craig, y atravesó el brazo sobre los ojos entornados.

-¿Qué tiene papá?

-Le agota conducir por estas carreteras, eso es todo. Dejémosle un rato solo y se repondrá. Estaremos en el bar -susurró Vera a Craig y, al ver una objeción en los labios de Hazel, se impuso-. Puede que a ti no te apetezca beber nada, pero a mí sí. Tenemos que hablar.

Craig oyó sus voces cada vez más apagadas por los chirridos del ascensor, antes de que le envolviera una plácida calma. Tomó otras dos píldoras tan pronto como se lo aconsejó la prudencia, y manipulo los mandos de la radio que había en la cabecera. Había olvidado la estación evangélica, aunque no pudo captar ni esta emisora ni ninguna otra. Lo único que oyó, hasta optar por apagar el aparato y volver a acostarse, fueron unas interferencias que sonaban discordantes, como una risa hueca, inhumana.

24

Transcurrió casi todo el lunes sin que Diana pudiera ponerse en contacto con Nick. Cuando por fin lo consiguió, él pareció entusiasmado de oírla.

-¿Estás en la ciudad? ¿Tienes algún compromiso para cenar? ¿Cómo va todo en ese pueblo tuyo de nombre peculiar?

-¿Qué nombre es ése? -preguntó Diana, tan desenfadada como pudo.

-Para serte sincero, no me acuerdo. Será por la curda que pillé ayer. Pero a ti sí que te recuerdo. Me supo muy mal que la otra noche tuvieras que irte tan de improvisto.

-También a mí, Nick. Acabas de preguntarme cómo anda todo: pues bien, la situación está al rojo vivo.

-¿En qué aspecto?

La joven cerró los ojos, cobró aliento e hizo votos para que el periodista no se mostrara incrédulo.

-Moonwell es, en principio, una localidad turística donde se dan cita los excursionistas, ¿no? Pues bien, los únicos visitantes que hemos tenido en los últimos meses son los regimientos de Godwin Mann. Y lo que más me preocupa es que nadie parece haberlo notado.

-¡Moonwell, así se llamaba! ¿Insinúas que Mann es el culpable de que no vaya nadie?

¿Qué otra cosa podía aducir para que él se atreviera a colarla en máquinas?

-¿No concluirías tú lo mismo? Ni yo misma reparé en ello hasta ayer. Sea lo que fuere lo que está ocurriendo, me ha marcado también a mí.

-¿Te refieres a una especie de hipnosis masiva, una histeria religiosa o algo similar? Te ofrezco casa gratis.

Le estaba proponiendo el eterno juego. En otras circunstancias, Diana lo habría seguido.

-No abandonaré a los niños en medio de este lío sin nadie que vigile cómo influye en ellos -dijo, y descartó el pensamiento, que ni se materializaba ni se desvanecía, de que la había traído a Moonwell un propósito totalmente distinto. Si se iba podía olvidar el pueblo, igual que Nick había olvidado ya su nombre. No debía ni plantearse que, quedándose, ella también sería olvidada-. Veremos qué pasa mañana. Mann ejecutará la misión principal que ha venido a hacer.

-Tenme al corriente de los acontecimientos, o si cambiases de idea sobre tu fuga -dijo el reportero, y la mujer advirtió que estaba más inquieto por ella que ávido de noticias-. ¡Ojalá pudiera prometerte que les daré publicidad!

-¿Has roto tus relaciones con la emisora de radio?

-La clausuraron la semana pasada. -Nick enmudeció. Pasados unos momentos, agregó-: Si estás tan angustiada como aparentas y no quieres ni oír hablar de marcharte, lo mínimo que puedo hacer es ir yo a dar un vistazo.

-¿De veras? ¡Sería magnífico! -Tal vez así el periodista podría analizar el efecto que todo aquello ejercía en su propia persona-. ¿Cuándo?

-Ya te avisaré. Estos primeros días no, pero pronto. Será tu turno de llevarme a cenar -exigió, y apostillo, más serio-: No dudes en llamarme siempre que me necesites.

Meditó Diana que por lo menos había alguien más enterado, aunque hubiera tenido que verter todas las culpas en Mann para persuadirle. La soledad en su conocimiento la agobiaba, particularmente ahora que los Booth le habían dicho que se mudaban al país de Gales. ¡Si pudiera desahogarse con alguien menos escéptico que Nick! De pronto, dándose una palmada en la frente, comprendió que ese alguien estaba al alcance de la mano. Salió sin tardanza hacia la iglesia.

Los rayos solares centelleaban en los recios muros, y parecían encoger las gárgolas. El muérdago relucía como una superposición de escamas en el tronco de un roble que presidía varias lápidas del cementerio. El padre O'Connell oraba en silencio ante el altar. Cuando se levantó, sacudiendo el polvo de la sotana, la joven avanzó por la nave hacia él.

-¡Caramba, si es Diana Kramer! -se regocijó el clérigo, y le cogió ambas manos-. ¿Has venido a engrosar mi escuálido rebaño? -le inquirió.

-No exactamente, padre O'Connell, y no se ofenda. Querría que tuviéramos un cambio de impresiones.

-Siempre me complace verte. Y llámame Bob, así podremos ahorrarnos las formalidades y las caras demasiado respetuosas o fúnebres. Acompáñame y nos prepararemos sendas tazas de ese té Earl Grey que tanto te gusta.

Guió el cura a la joven por la calle Mayor hasta la rectoría, una casa donde un perro alsaciano dormitaba en la alfombra del zaguán e irguió las orejas al abrirse la puerta.

-¿Ha disminuido el número de feligreses? -indagó Diana.

-Sí, sobre todo desde que expuse con franqueza lo que pensaba del episodio de la librería. Algunos de los congregantes de Mann se dejan caer por aquí esporádicamente, pero se comportan como si hallaran un montón de deficiencias. -El clérigo acarició a su perra con aire abstraído-. Buena chica, *Kelly*. De todos modos, y en honor a la verdad, admito que tienen sus razones para abrigar ciertas dudas acerca de mi iglesia. Hay indicios de que entre sus cimientos se conservan las ruinas de una fortaleza céltica.

-Tú siempre has creído que asimilar diferentes tradiciones era uno de los pilares de la religión.

-Sí, pero conviene hacer distinciones. He descubierto que, antes de edificar la plaza, sepultaron a un niño bajo sus piedras. Ya sabes, era como un talismán para hacerla inexpugnable. Mas no voy a ensombrecer ahora tu ánimo contándote tales horrores. Ve tú misma al salón y, en cuanto tenga hecho el té, charlaremos.

Diana tomó asiento en la estancia y paseó su mirada entre unos paisajes irlandeses, un álbum familiar que había sobre una mesa junto a la estufa eléctrica y una novela de Morris West abierta, boca abajo, en una butaca. *Kelly* entró con el sigilo de sus almohadilladas garras, posó la cabeza en el regazo de la joven y acercó el hocico junto a su mano hasta obtener un mimo. Para cuando el sacerdote apareció empujando el carrito con las bandejas, Diana estaba impaciente por hablar.

-Yo he investigado también nuestras tradiciones -afirmó.

Relató a O'Connell cómo Lutudarum fue borrada del mapa, y cómo algo semejante comenzaba a pasarle a Moonwell.

-En la época en que llegué aquí, el pueblo bullía de caminantes y forasteros como yo misma, pero ¿dónde se meten este año? Las calles están llenas de rostros nuevos, sí, y quizá ése sea el motivo de que no nos hayamos fijado, mas no son turistas. -Viendo que los ojos del padre la invitaban a seguir, Diana aventuró-: Según mis deducciones, es Godwin Mann quien ha promovido el fenómeno que impulsa al mundo a olvidarnos. Y otra de sus facultades es impedir que hasta nosotros nos apercibamos.

-Bueno... -fue a responder el cura, y sonó el timbre-. Disculpa, vuelvo enseguida.

Diana sintió deseos de llorar por aquella interrupción, en un instante en que estaba segura de haberse granjeado la simpatía del sacerdote. Él cruzó el zaguán con alguien y asomó la cabeza por la puerta de la sala.

-¿Tienes unos minutos? No te vayas, me interesa mucho lo que aún te queda por decir.

Ya había dicho todo lo que podía. Presumiblemente el padre había subido a su estudio para dar consejo a uno de los fieles de su parroquia, y lo que ella le había expuesto se diluiría en su mente. No obstante, al cabo de muy poco rato les oyó de nuevo en la escalera, ahora bajándola. Se detuvieron delante de la sala, y O'Connell abrió la puerta de par en par.

-Diana, tienes que oír esto.

El visitante, un hombre enteco, pálido y desgarbado que rondaba la treintena, pasó a la estancia tímidamente, caminando de lado. La joven ya le había visto con anterioridad en la planta baja del hotel. Tenía todo el aspecto del que se dispone a huir despavorido, incluso después de que el padre O'Connell le asegurase:

-La señorita Kramer abriga los mismos recelos. Le ruego que le cuente lo que acaba de confiarme a mí.

El individuo flaco se limitó a mirarla.

-Delbert ha participado en los turnos de vigilancia en la cueva a las órdenes de Godwin Mann -preludió el sacerdote-. Creo que lo que ha querido usted darme a entender, Delbert, es que Mann está más asustado por la fuerza que combate de lo que deja traslucir.

-No, se equivoca -corrigió el tal Delbert, y se mesó con sus dedos huesudos el cabello incipientemente cano-. Él piensa que puede conseguirlo todo. Piensa que ha sido elegido como paladín de Dios, y que la encarnación de Satanás que hizo su padre en aquella película era como una señal, como una llamada del Señor para que acaudillara esta empresa. Está intoxicado por la fe y son las asambleas las que le exaltan. Incluso tiene alucinaciones.

-Entonces -aclaró, algo nervioso, el cura-, lo que está diciendo es que no le considera a

la altura de la tarea que él mismo se ha asignado.

-Así mismo lo he expresado yo, ¿no? ¡Ah, claro! Usted desea que ella también lo escuche, como si alguno de nosotros pudiera todavía remediarlo. -El hombre miró a Diana con el rabillo del ojo, con desconfianza-. Yo sé mucho sobre estos menesteres. En California pertenecí a una secta satánica, hasta que me encerraron en el manicomio y Godwin fue a sacarme. Lo que hay en la cueva es más viejo que el mismísimo Satán, eso se lo garantizo. Es lo que tanto espantaba ya a los cavernícolas en la antigüedad y lo que, si Mann lo resucita, nos transformará a nosotros en nuevos seres de las cavernas, nos tendrá tal como nos quiere.

Algo oscuro se apretó contra la ventana, se amoldó a ella como un caracol: era la sombra de una nube.

-¿Alguno de sus compañeros tiene esas mismas aprensiones? -indagó Diana, consciente de la rigidez de su voz.

-Ellos prefieren creer que Godwin nos salvará a todos. Pero yo les digo que anoche, al acercarme a la boca del foso, oí que alguien se reía en sus honduras. Está a punto para él, deseando conocerle. Quizá hasta fue ese ser el que instiló en la mente de nuestro evangelista la idea primitiva de venir a Moonwell. Referí a Godwin lo que había escuchado allí abajo, y la conclusión que sacó fue que Satanás trataba de desafiarle a través de mí. Por lo tanto, se halla más resuelto que nunca a descender mañana a la cueva.

-Si la gente se convenciera de que es peligroso... -fue a sugerir Diana, pero Delbert la cortó.

-Cuanta más oposición encuentre Mann, más firmemente creerá que está en posesión de la verdad. Ya les he avisado que nada puede hacerse.

La joven presintió en su fuero interno que Delbert se equivocaba, pero eso poco la reconfortó.

-Antes ha aludido a unas alucinaciones -intervino el padre O'Connell.

-Constituyen la peor parte de la historia. Desfigura todo cuanto ve, interpretándolo como signos de que triunfará para mayor gloria de Dios. -El visitante fijo sus ojos muy brillantes de las nubes que se yuxtaponían a otras nubes, y musitó-: Me ha contado que cada noche se le aparece en sueños un calendario con la faz del diablo, un calendario del mes de junio. Y, a partir de mañana, ilustra las fechas un mortal vacío.

25

Alguien estaba llamando con insistencia a la puerta de la calle. Brian se obligó a despegar los legañosos párpados y apartó las húmedas sábanas. Debía de ser la policía, si bien lo único que sintió fue alivio de que hubiesen averiguado el crimen de Godwin y el de la excursionista. Se bajó de la cama y, tropezando y sin dejar de pestañear, fue hasta la ventana.

Descorrió los visillos y levantó la guillotina con los dorsos de ambas manos. Al caer sobre ellas la luz solar, hizo gesto de retirarlas. Asomó ahora -medio cuerpo, golpeándose los hombros contra el marco de madera. Las dos personas que había en el camino no eran policías. Eran emisarios de Godwin.

June estaba cerrando la puerta. El estrépito de la ventana impulsó a los mensajeros a alzar la vista.

-Ya es casi la hora -anunciaron éstos a Brian con sendas y esplendorosas sonrisas, y se alejaron al trote hacia la casa contigua para propagar la buena nueva.

Así pues, Godwin no había muerto. Brian sólo había soñado que disimuló adrede el

defecto de una de las cuerdas que trajo de Sheffield, y no podía inculparse a nadie de un asesinato cometido en sueños.

En el baño se lavó y afeitó; dos veces se cortó porque la fuerte luz del espejo le dañaba los ojos y la piel. Era probablemente la culpabilidad lo que le hacía sentirse así, lo que le producía la febril sensación de que su cuerpo había dejado de ser suyo. Quizá Godwin no encontraría a la muchacha, quizá su cadáver se había estrellado más abajo de lo que predicador podía llegar. No sería justo que ayudar a Dios y a Godwin le acarrease a él la desgracia.

Cuando terminó de vestirse, Brian emprendió la aventura de ir al comedor y toparse, acaso, con la señorita Ingham, la maestra de Andrew, que se hospedaba ahora en la casa. Pero ella se había adelantado para echar una mano en la cueva, dejando a June la tarea de pasar el plumero por los rincones de la sala. Tenían un verano inusitadamente plagado de arañas, que además urdían unas nunca vistas telas de cinco puntas. June se medio giró al entrar su marido.

-¿Cómo te encuentras? íbamos a dejarte dormir.

-¿Y eso por qué? Que yo sepa, no estoy enfermo.

-Te has pasado la noche moviéndote y dando vueltas. Una vez me desperté, y ni siquiera estabas en la cama. Fui en tu busca pero, como estaba agotada, me acosté de nuevo.

-Estaría en el lavabo -se apresuró a pretextar él, antes que admitir que no recordaba haber abandonado el lecho-. Y allí es donde deberías ir tú ahora mismo, Andrew, para que podamos marcharnos enseguida.

June reanudó su revisión de los rincones. De espaldas a Brian, murmuró:

-Pareces muy ansioso por irte.

-¿Por qué no había de estarlo? -Brian discurrió que ella no podía saber lo de la cueva. En realidad, no había mucho que saber-. Pensé que te alegrarías de que colabore con Godwin.

-Y me alegro. -June miró a su esposo directamente a los ojos, escrutadora-. Lo que no entiendo es por qué motivo te muestras de pronto tan deseoso de agradarle.

-¿Quién dice eso? No fui yo quien pedí ayudarle. El acudió a mí. -Gracias a Dios, la presencia de Andrew rescató a su padre de aprietos peores-. Date prisa, hijito. Hoy verás cómo Godwin Mann explora la cueva.

-Pero te mantendrás alejado en todo momento, ¿me oyes, Andrew?

-No debes soltarte de mi mano mientras estemos allí arriba, pequeño -ordenó Brian en actitud levemente retadora y tomó la viscosa manita, intercalando los dedos entre los del niño para que no le arañasen su fina epidermis aquellas uñas ásperas y mordidas, mal cuidadas.

La calle Mayor estaba atestada de personas que confluían en las veredas de acceso al páramo. June alcanzó a Hazel en el primer tramo del sendero más cercano, y las calizas casas se fueron apiñando a medida que el pueblo ganaba en perspectiva. Hazel parloteaba animadamente, aunque nublaba sus facciones un velo de inquietud, a la vez que Benedict se preguntaba en voz alta si a Brian no le convendría montar una instalación de seguridad en su casa o en la tienda: Dios tenía ya demasiadas responsabilidades como para mantener a raya a los ladrones. Eddings subió el volumen de su voz a fin de sobreponerla a los martillazos del fondo, y calló del todo cuando coronaron las peñas de la pedregosa subida.

Varios seguidores de Mann se hallaban situados en el borde de la cueva, junto a dos puntales incrustados en la roca. Brian pensó que Mann iba a practicar un descenso por cordaje, y se enorgulleció de haber cooperado, sonriendo al antifaz de nubes que cubría los cielos. Ya había informado a la policía lo de la excursionista, se recordó a sí mismo para apaciguar su oleada de nerviosismo. Lo que el predicador pudiera encontrar no era asunto para perturbarle.

A pesar de todo, Bevan se sintió incómodo cuando la multitud reunida en torno a la cueva empezó a aplaudir. Godwin había llegado. El predicador quedó unos momentos quieto con las manos extendidas en cruz, quieto al borde de la depresión. Quizá la finalidad de tal postura era contrarrestar las apasionadas ovaciones, silenciarlas, pero le confería la apariencia de un Cristo bendiciendo a la multitud. Algunos de los más ancianos asistentes a la congregación se frotaron los húmedos ojos. Se intensificaron los vítores al internarse el evangelista en la cuenca, con el crucifijo de hebras de oro que exhibía bordado sobre el

pectoral de su hábito atrapando los matizados rayos solares y un silbato alrededor del cuello, suspendido de una cuerda. En medio del vocerío, el graznar de un pájaro en algún lugar del páramo sonó estridente como una carcajada.

Los aplausos cesaron en el instante en que Mann se plantó al lado de los puntales. Se arrodilló en el límite del foso y cerró los ojos. Unas ráfagas de viento levantaron las cenizas en las negruzcas laderas, arrancando temblores de los socarrados tallos de brezo. La luz del sol osciló sobre el paisaje e hizo que la boca de la cueva pareciese cobrar vida, moviendo sus labios de piedra. Brian observó que June aferraba la mano de Andrew con las suyas.

Al fin, Mann se persignó y se alzó.

-Quiero agradeceros a todos, en nombre de Dios, que hayáis venido. Sin ningún género de dudas él piensa de vosotros lo mismo que yo, que sois un acto de fe viviente. Noto cómo esa fe me da energías para hacer aquello a lo que he sido llamado.

Brian se esforzó por creer con todo su ser. Estaba seguro de sentir lo mismo que el evangelista, la fuerza de una fe que atraería el éxito hacia Godwin. Era imposible que le estuvieran distinguiendo en todo aquel maremágnum, que el flujo de emociones tuviera por objeto hacerle hablar. Tal vez su agitada noche le había dejado una buena resaca. El viento transportó la voz de Mann, magnificándola como las que se sintonizan en la radio.

-Rezaréis por mí, ¿verdad, hermanos? Sé que Dios no me habría enviado de no juzgarme capaz, pero, dentro de mí, tengo miedo. Sé que ese miedo desaparecerá si oigo cómo oráis y cantáis las alabanzas del Señor durante mi expedición.

Al aumentar la ventolera, la voz del predicador perdió potencia.

-Dios sanará en el día de hoy esta infectada herida en la tierra -vaticinó, intimidando con el puño hacia el foso- y, a partir del instante en que escuchéis lo que he de deciros, la región entera podrá desembarazarse de la superstición y el ocultismo para volver al Padre.

Unos cuantos acólitos le presentaron su equipo y le ayudaron a ponérselo. Consistía en un casco de minero y una bolsa de herramientas, cargada con una cuerda de repuesto y tintineantes artículos de metal. Dos de ellos ataron las cuerdas por las que había de descolgarse. De pie en el borde, el evangelista la miraba al fraguarse el sol un camino entre las nubes.

-Parece que Dios quiere comunicarme algo -comentó con una sonrisa y, lanzándose al centro del hoyo, inició la peripecia por la rocosa pared.

Brian adivinó en aquello un mal presagio. Se diría que el sol ensanchaba la abertura de la cueva, que daba protagonismo a las quemadas vertientes como si las infladas nubes las empujaran hacia delante.

-Va al fondo a orar -susurró June a Andrew-, para convertir la cueva en un lugar santo.

-¿Por qué?

-Porque unas malas personas lo utilizaron para hacer cosas horribles. No sabían actuar mejor. No eran como nosotros. No estaban civilizadas.

-¿Igual que los hombres mono, mamá?

-Algo así. Nadie les había hablado de Dios -añadió June, e intercambió una sonrisa con Hazel y Benedict por tan ingenuas preguntas.

Brian la habría amordazado gustoso para poder reflexionar. ¿Por qué le desquiciaba tanto ver mecerse las cuerdas al compás de los movimientos de Godwin? Era evidente que el predicador había aprendido a escalar como parte de su formación, y Brian había desechado la cuerda defectuosa. El sol fulguró sobre Bevan igual que un foco en un cuartucho de interrogatorio. Tan sólo había soñado que disfrazaba la imperfección, en plena conciencia había puesto el cabo... Inspiró una bocanada de aire, una inhalación que llenó su paladar de un regusto a ceniza. No se acordaba de haberlo puesto en ningún sitio.

Dio inadvertidamente un paso al frente, chocando contra las dos personas que tenía delante. La cuerda dio nuevas sacudidas bajo el encapotado cielo, sacudidas que irían agrandando la fisura inicial.

-Oremos -urgió uno de los guardianes de Mann apostados en los puntales.

Brian reculó, simulando no haberse movido. Cuando comenzaron las plegarias se sumó fervientemente, casi a gritos, y miró de soslayo a June. Sus músculos se agarrotaron y brotó el

sudor, aunque el sol había vuelto a cubrirse. Si no la hubiera espiado así, ella habría atribuido su torpeza a un simple traspié, pero ahora estaba persuadido de que lo sabía.

26

Aquella tarde, poco después del mediodía, Diana no pudo soportar ya más la espera. Había recorrido dos veces la vacía localidad de un extremo a otro, escuchando los ecos de los himnos que se elevaban desde el páramo, diciéndose que mientras los congrega- . dos cantasen significaba que todo iba bien. Había entrado en la iglesia, y había llamado al timbre de la rectoría, pero no había rastro del padre O'Connell. Esperaba que el clérigo hubiera ido a visitar a una jerarquía eclesiástica a quien poder consultar, aunque sospechaba que de momento habría optado por quedarse y esperar acontecimientos. La advertencia de Delbert era, a todas luces, tardía. Delbert les dejó con la alucinación del calendario y partió furtivamente de la rectoría, lanzando a su alrededor temerosas miradas para asegurarse de que nadie la había visto.

-Él mismo ha mencionado que recibió tratamiento psiquiátrico -apuntó entonces Diana, mas leyó en los ojos del sacerdote que no aceptaría más que ella tan pueril explicación de sus revelaciones. -Todo cuanto podemos hacer es mantenernos vigilantes -le recomendó el padre.

Esta tarde, la frustración la acosó sin tregua por el pueblo desierto hasta llevarla hacia el páramo. ¡Al diablo con el aviso que le dieron de quedarse al margen! No podía ignorar por más tiempo lo que estaba pasando. El plomizo cielo se oscurecía; unas nubes como tiznadas urdimbres de telarañas navegaban en el gris océano, asidas a las alturas. Encima del sendero el sol se reducía a un abstracto lunar blanco, un capullo de arácnido inserto en las nubes. El viento desperdigaba, cual copos de nieve, la ceniza adherida a los matojos de brezo. La joven

era intensamente consciente de la proximidad del páramo, de las inmutables y solitarias ondulaciones que se prolongaban, más allá del horizonte, hasta las carreteras donde tal vez transitaban coches, gentes ajenas a Moonwell. Acaso nadie sabía ya de su existencia. Le habría gustado telefonear a Nick para recordárselo. Pero no debía precipitarse, al día siguiente el pueblo todavía estaría allí.

El abrasado sendero estaba muy pisoteado y tan negro como el petróleo. Cuanto más se acercaba Diana a los tumultuosos rezos, más marginada se sentía. ¿No podían tener todos razón y andar ella errada? A fin de cuentas, había una palabra para clasificar a las personas que, como ella, se hallaban convencidas de conocer una verdad que nadie más veía, aunque en su caso existía una salvedad: que quedaría encantada si le demostraban que se confundía, y no era ésa la actitud de un esquizofrénico. Se encaramó a las peñas que enmarcaban la cuenca y se asomó al interior.

-Aunque camines por un valle de tinieblas, no temas mal ninguno -rezaba la antífona que entonaba la multitud en torno a la cueva.

Diana echó una ojeada general buscando a Mann, con la esperanza de no localizarle porque aún no había llegado. Vislumbró las cuerdas que colgaban, flojas, en la negrura.

Aquella visión la acongojó más de lo previsible. Si era tan fácil descender por el foso, ¿por qué nadie lo había hecho antes? No, desde luego, porque los exploradores potenciales hubieran sido disuadidos hasta que sonase la hora. El contorno de la cueva fundiéndose en sombras bajo un firmamento también sombrío llenó a la joven con la premonición de una pavorosa inminencia, tanto que a duras penas podía respirar. El gentío, en particular los niños, se le antojó vulnerable, demasiado cercano al borde, demasiado cercano para escapar si alguien surgía de la penumbra. El pánico la instó a rodear la cuenca, estirado el cuello a fin de ver un trozo mayor de cuerda, del amenazador pozo. Reparó en lo conspicua que era ella misma cuando la plebe se volvió a mirarla.

Sintió su hostilidad como una erupción emanada por la cueva. Los rostros infantiles fueron los peores, todos ellos unánimes en el deseo de expulsarla como si no tuviera derecho a asistir, incluso Sally, que parpadeó de manera ostensible a través de sus maltratadas gafas, incluso Ronnie uniendo las manos a falta de unos bolsillos donde esconderlas. Meditó la americana, muy turbada, que quizá realmente no tenía derecho a estar allí, a la par que se retiraba hacia la verdad. Quizá al entremeterse no hacía sino socavar su devoción. Era la fiesta de san Juan, no la de Harry el Lunático. Inmersa en tales disquisiciones, le vino a la memoria el destino último del santo. Contempló las negras y asoladas laderas, y asaltó su pensamiento algo en lo que necesitaba creer vitalmente: no estaba sola. Le quedaba Nathaniel Needham.

Dejó atrás los campos quemados tan deprisa como pudo, pero no por ello logró serenarse. Unas colinas ahora verdes expelían fulgores mate bajo el ahogado cielo, y tuvo una incómoda sensación de aquellas docenas de galerías subterráneas abandonadas, del laberinto sobre el que discurría su senda. Las minas guiaron su mente sin remisión hasta la cueva en la que se había aventurado Mann. Se imaginó, casi vio, las enmohecidas paredes, cambiantes con las fluctuaciones de la luz de su casco; sintió cómo sus pies resbalaban en el fango que tapizaba el suelo del pasadizo. Exhaló un suspiro de descanso al columbrar la casa de Needham.

Él estaba erguido en el umbral, con las nudosas manos cerradas sobre el cayado en el que se sustentaba. Tenía la larga y acartonada faz vuelta hacia arriba, a la escucha. Antes de que Diana le abordase la ladeó hacia ella, apuntándola con el bastón como si éste fuera una varita mágica.

-¿Quién va? -preguntó.

-Soy Diana Kramer, señor Needham.

-¿Ha pasado por la cueva? ¿Qué están haciendo?

-Rezan y cantan himnos -respondió la joven. Hubo de hacer un esfuerzo para concluir-: Y aguardan el regreso de Godwin Mann.

-Así que se ha salido con la suya, ¿eh? ¡Maldito necio! ¿Qué clase de predicador es si ni siquiera se da cuenta de que ha empeñado su propia alma? ¿Quién cree ser ese imbécil?

-No acabo de seguirle.

-¿No le dije a usted que una de las razones por las que los druidas le profesaban tanto temor a la luna era que aquellos que le eran inmolados nunca conocerían la vida en el más allá? ¿No le dije que sus víctimas se integrarían en el ser que está ahí dentro para toda la eternidad?

-No, no me dijo tales cosas -negó la joven en un murmullo, lamentando que lo hubiera hecho ahora-. De cualquier forma, él no es un sacrificio.

Needham fijó en la mujer su pupilas invidentes. Al descubrir terror en ellas, Diana recapacitó que debía de ser un reflejo del suyo.

-La población en pleno ha subido a rogar por Mann ante Dios. Algo contará tanta oración.

-No basta -sentenció el anciano brillándole los ojos.

El estribillo de un cántico se deslizó, evanescente como la bruma, a través de los montes. Aún no podía haber novedades en el foso, mas lo sonidos tenues y aislados del páramo recorrieron con un escalofrío la espina dorsal de Diana.

-¡Ojalá supiera qué hace Mann! -exclamó.

-Entonces debería estar allí, a la expectativa, y no importunándome a mí.

-Él no acepta hoy testigos que no se le hayan entregado incon-dicionalmente.

-Le echarán lo mismo las culpas del fracaso -afirmó Needham, entre cínico y afligido-. ¿Se han reunido todos en la cueva? ¿Ha bajado alguien más con el predicador?

-No, únicamente él, con su casco de minero y toda la fe a la que pueda dar cabida.

-E imagina que eso es suficiente, ¿no? Aún resultará que se cree Dios en persona -proclamó el anciano, manifestando un furioso desdén que Diana tomó por miedo mal disimulado.

Claro que, bien pensado, aquel temor bien podía ser una proyección del suyo propio, pues ¿cómo sabía ella que Mann estaba solo y qué llevaba puesto?

-Yo al menos supongo que nadie le acompaña -rectificó, recordando que ésa era la imagen que se había forjado al atravesar los marjales. El problema era que, cuanto más se esforzaba en conjurarla, mayor realismo adquiría-. Si se mete en dificultades, alguien irá raudo en su busca.

-Será completamente inútil, y no les entusiasmará el espectáculo que encuentren.

-¿Qué espectáculo?

El rostro del viejo pareció apergaminarse más todavía bajo sus pensamientos.

-Me figuro que no tardaremos en averiguarlo.

-Bien, no he venido más que para ponerle en antecedentes de lo que ocurre -mintió Diana. Needham había acrecentado su angustia en vez de mitigarla-. Debo volver ya.

-Sí, es conveniente que haya alguien en el foso capaz de ver lo que verdaderamente sucede.

La ventolera había amainado. Sobre los marjales se estaban condensando unos estratos de nubes progresivamente negras. El claroscuro suscitaba falaces temblores en las laderas verdeantes, el efecto de que sus lomas avanzaban en una traslación de la tierra. Las lejanas cimas montañosas habían empezado a difuminarse tras los nubarrones. Era media tarde, pero no había más luminosidad que en el crepúsculo. La joven caminó, sorteando las galerías, a paso ligero, para que no la sorprendiera la oscuridad.

El cielo se hundió con ella al pie de la vaguada. Tan negras eran ahora las nubes, que no detectó que se movieran; la masa de negrura se había detenido sobre su cabeza, colmando la bóveda celeste. Le dolían los ojos con el lívido resplandor de la hierba y el brezo. Las activas bocas de los hoyos devolvían a Godwin Mann, una vez más, sus pensamientos. Aunque reacia, no podía sustraerse a admirarle: si ella se sentía indefensa al aire libre, ¿cuánto peor no sería para él? Estaba solo con su luz bajo tierra de los páramos, una luz que escudriñaba las sombras a la caza de lo que quiera que hubiese en la hondura, y ¿qué sucedería cuando lo hallase? Diana hincó los dientes en sus nudillos, ya que veía el haz de la linterna deambular por el techo y ese techo no era de nubes, sino de roca.

Ojeó a la desesperada las ya casi indistintas vertientes. Debía ir a casa y tumbarse. El silencio y la tenebrosidad podían ser simples heraldos de tormenta, y la presunta luz fue,

naturalmente, un relámpago. Tenía la boca reseca, notaba el cráneo blando y palpitante. Los montes se estremecían siempre que los miraba, como si las añejas peñas se despojaran de su vegetación, agrietaran el suelo para elevarse. Cualesquiera que fueran los sucesos en la concentración, habrían de desarrollarse sin ella. Sin embargo, en el instante en que se estaba felicitando por haber salvado los agujeros y regresado al camino, oyó un chillido que procedía de la cueva.

En su entorno, las nubes que se arremolinaban encima de las aserradas rocas tenían ya el color del carbón. Unas estelas brillantes como filos de cuchillo la sobresaltaron, pero se trataba únicamente del vuelo de unos pájaros, tres en total, sobre el foso. La quietud la aprisionó en una jaula de inmovilidad, hasta que volvió a oír voces.

-¿Está bien por ahí abajo? -gritó alguien. No era asunto de Diana, puesto que le habían dado órdenes expresas de no inmiscuirse; mas echó a correr hacia la cueva, patinando sus pies en la ceniza. Habría querido saber dónde se ocultaba el sol tras la tupida cubierta. Tan silenciosa estaba la cuenca, que pensó que se había suspendido la asamblea. Pero no, la oquedad seguía rodeada por la multitud, que se asomaba a aquella boca más oscurecida aún que el cielo. Un movimiento atrajo la mirada de la joven hacia la linde más próxima, donde diversos seguidores de Mann tiraban de una de las cuerdas. Izaban a alguien de las simas. Una aullido le desgarró el corazón. Uno de los ayudantes del evangelista estaba volcado sobre el foso, tan precariamente que Diana se horrorizó ante la ida de que resbalara inevitablemente y verle caer al fondo.

-¿Godwin, se encuentra bien? -fue lo que aulló.

El bronco carraspeo debió de ser Mann que se aclaraba la garganta, pues un segundo después oyeron su voz. En la cueva resonó como algo colosal.

-Nunca me encontré mejor. Al fin se hizo. Alabad a Dios tanto como os plazca.

Alguien entonó la canción «Jesús me ama», y todo el mundo la coreó. El negro cielo apagaba las notas, la cuenca pétrea las confinaba. Nadie hizo caso a Diana, que observó cómo los asistentes de Mann iban subiendo la cuerda, apilándola a su espalda como un ofidio enroscado. Estaba diciéndose la joven que no podía faltar mucho, cuando una inconcreta figura se ofreció a la vista en el borde de la oquedad.

Era Mann. Vestía una túnica y calzaba botas, pero no portaba ningún accesorio que ella pudiera ver: ni casco, ni mochila. ¿Cuánto rato había permanecido en el fondo a oscuras? La pechera de su atuendo estaba combada y fangosa; cualquiera que fuere su bordado había quedado irreconocible. El predicador giró la cabeza, supervisando a la congregación mientras el himno daba paso a vítores y ensordecedores aplausos, y Diana advirtió que tenía los ojos entornados. Tal vez hasta la penumbra los cegaba tras haberlos sometido a las más absolutas tinieblas. Empezó a sonreír -la joven divisó los destellos de sus dientes- al moverle sus acólitos hacia tierra firme, y súbitamente la cuerda se partió.

La muchedumbre emitió un unánime alarido. Las personas más cercanas a la cueva se abalanzaron tras el evangelista, y a Diana le aterró pensar que algunos se precipitarían en el agujero. No fue así: retrocedieron a lugar seguro al constatar que Mann aferraba la orilla y trepaba con la agilidad de un lagarto los últimos centímetros de roca, saliendo del foso. Tal vez se había magullado el pecho porque se lo apretó mientras se apartaba del pozo, desviando la mirada hacia al sector de la plebe donde se hallaban Andrew y sus padres. Diana razonó que era la negrura imperante lo que le daba a su sonrisa un cariz tan abominable. Los asistentes enmudecieron, anhelantes por si se había herido. Reanudaron sus ovaciones tan pronto como dijo:

-Nadie se inquiete por mí. He regresado.

27

Algunos de los robles que había en las cercanías de Moonwell eran tan añosos que habían arraigado más de una vez. Sus ramas colgantes, no menos gruesas que la panza de Craig, se habían torcido hasta tocar la tierra y echar nuevas raíces. Vera, su esposa, y él mataron la tarde paseando por los enmarañados bosques. Para Wilde los árboles creaban un ambiente más de iglesia que la iglesia misma, sobre todo porque el follaje obstruía las voces de la superstición provenientes del páramo. Al cabo de un rato se sentó junto a Vera en una roca literalmente alfombrada de musgo, en la margen de un torrente que fluía por el entresijo de raíces de roble. Los trinos de los pájaros se sobreponían al siseo de las hojas. Cuando Vera llevaba unos minutos absorta, mirando el agua, Craig comentó:

-Ten presente que Hazel ignoraba que volveríamos tan pronto.

-No debería sospechar que lo han hecho aposta para no dejarnos una habitación en su casa, lo sé muy bien. Pero eso es lo que pienso.

-Actuaban como cristianos, acogiendo a los desamparados sin hogar.

-En tal caso, ¿por qué no te lo dijo Benedict el día en que le telefoneamos?

-Quizá por una cuestión de tacto. No quiso incomodarnos mencionando a sus gazmoños amigos.

Mel y Úrsula se habían alojado con los Eddings desde que el incendio del páramo les sacó de su tienda. Vera se había enterado por boca de Hazel la víspera de que pasaron estas cosas que no la satisfacían.

-Bien -declaró Craig-, es delicioso estar aquí sentados, holgazaneando en la ribera de un arroyo cantarín, pero el trabajo no se hace solo. Estoy listo para partir en cuanto tú lo mandes.

-Antes deseo que hablemos los cuatro largo y tendido, sin que nadie pierda la compostura. Algo bueno debe de tener ese hombre o nuestra Hazel no se habría casado con él.

-Posiblemente Benedict está en la misma tesitura respecto a nosotros. Escucha: ayer, mientras me recuperaba, se me ocurrió algo que podemos hacer por ellos. Veamos qué opinas tú -dijo Craig, y le contó sus planes a su mujer.

Los ojos de Vera se fueron iluminando en la oscuridad de la atmósfera.

-¡Y tanto que sí! ¿Por qué no lo habremos pensado antes? Venga, vayamos a comprobar si han vuelto.

Aun sin haberse dado esta circunstancia, la creciente oscuridad invitaba a abandonar las frondas. Sin duda se avecinaba una tormenta, y Craig se repitió a sí mismo que por eso estaba tan alterado, por si caía un rayo en las proximidades. Se abrió camino por el lúgubre robledal, donde el silencio y el frío ganaban consistencia a cada instante. Unas raíces invisibles le echaron la zancadilla. No había percibido al entrar en la espesura que hubiera tantos troncos revestidos de muérdago; creció su certeza de que se habían extraviado, especialmente después de perder de vista la carretera. El terreno, que era traicionero, resbaladizo y sombrío, obstaculizaba más todavía su avance al encaramarse a una cuesta entre siniestros árboles, pero sólo subiendo llegarían a Moonwell. Al fin, salieron de la bóveda de follaje. Estaban a poco trecho de la carretera.

Siguieron la tapia de mampostería hasta el asfalto tan pronto como los aguijonazos de las piernas de Wilde empezaron a remitir. Ascendieron el primer repecho desde donde se contemplaba Moonwell, y Craig experimentó un amago del pánico que había sufrido conduciendo su vehículo. La negrura se había espesado, flotaba sobre el pueblo como un

océano originado en todas partes a la vez y presto a inundarlo. Parecía empequeñecer los edificios, apretujándolos en diminutas y frágiles agrupaciones bajo el opresivo cielo. La asamblea había terminado, o así lo delataba la muchedumbre que andaba por el socarrado límite del páramo.

Hazel y Benedict debieron de ir directamente al hotel. Aguardaban en el vestíbulo al presentarse, cojeando, los Wilde.

-Hazel creía que se habían perdido -dijo Benedict como un reproche, sacando el afilado mentón y escrutándoles a través de su nariz aguileña-. Subamos a su alcoba. No queremos oídos indiscretos.

Montaron en el ascensor y vieron cómo se iluminaban los números que marcaban los pisos. Nadie habló hasta que estuvieron en el abuhardillado cuarto bajo el alero. Fue Benedict quien tomó la iniciativa.

-Debo señalarles que no podrían haber escogido peor ocasión. Nuestra situación es ya de por sí lo bastante complicada como para causarle aún más trastornos a la pobre Hazel.

-¡Y yo que pensaba que Godwin Mann arreglaría el mundo para todos! -bromeó Craig con sorna.

-Craig, calla -le reprendió Vera, recordándole lo que habían convenido.

El hombre dio unos pasos hacia la ventana, como si intentara alejarse de la trifulca. Las tinieblas y los rezagados de la reunión bajaban por la ladera del pueblo.

-Tu madre tiene algo que decirte, Hazel -anunció.

-¿Qué es lo que deseas más que nada en la vida, hijita?

-Nada personal para mí. Que prospere el negocio de Benedict, por ejemplo. No andamos muy boyantes, mamá, aunque hacemos todo lo que podemos. Cada día tiene que salir más lejos para encontrar clientes.

«Salir allí donde no le haya precedido su reputación», pensó, Craig, juntando los labios para sellarlos y desviando los ojos hacia la plaza. Venía Godwin Mann, apoyado en dos de sus colaboradores.

-Tal vez aún podréis beneficiaros de los mensajes de buena voluntad que difunde vuestro evangelista, Benedict -continuó Vera-. Dejando el negocio al margen, Hazel, ¿qué es lo que tu marido y tú, para ser sinceros, también tu padre y yo, más anhelamos que tengáis algún día?

-Un hijo. Algún día, como bien dices.

-¡Lo sabía! -gritó Vera-. Lo hemos estado discutiendo, y hemos decidido que ésta es la manera como os vamos a ayudar financieramente. Compraremos bienes y redactaremos una escritura a su nombre desde el momento mismo en que nos comuniquéis que está en camino.

Tenía que ser el sayo lo que daba a Mann una mayor corpulencia que a sus acólitos mientras el trío andaba bajo las farolas, encendidas ya pese a ser una hora temprana. Craig se puso de espaldas a la ventana.

-¿Qué os parece? ¿Aceptáis nuestro tratado de paz?

-Deberíais saber que el único tratado válido es el compromiso de no disgustaros con nosotros -respondió Hazel, y separó a su padre del cristal para abrazarles a ambos.

-Les estamos muy agradecidos -participó Benedict, aunque con apuro.

Craig se despegó de las mujeres y, plantándose frente a él, estrechó su mano enervada y oleosa.

-Todo solucionado -concluyó.

-Esta noche tenéis que venir a cenar -convidó Hazel-. Iremos corriendo a casa para prevenir a Úrsula, que ya estará en la cocina. -La muchacha asumió un tono de disculpa-. Ahora que Godwin ha cumplido su misión en Moonwell, Mel y su mujer no alargarán mucho más su estancia aquí.

Craig oyó el ascensor.

-Hablando del rey de Roma...

No era su intención atajar la charla. Lo que quería era preguntar qué hazaña exactamente había realizado el predicador. Escucharon las rechinantes puertas del ascensor al pararse en la planta, el lento caminar de los tres hombres sobre la moqueta del pasillo, más

allá del cuarto de los Wilde. Se encajó en sus goznes la puerta de Mann y sus ayudantes tomaron el mismo ascensor para descender.

-Nos veremos dentro de una hora -se despidió Hazel.

Craig se quejó interiormente de la poca luz que había en la estancia. La idea de que Hazel se hubiera azorado hasta el mutismo al circular Mann por el corredor le enojaba, le hacía sentirse violento también a él cuando, ¡por todos los diablos!, no había razón para estarlo. Se rasuró ante el espejo del lavabo, se cambió de ropa y se acostó, pero no pudo relajarse. Lo máximo que pudo hacer fue prometerse que pasaría una grata velada por cariño a Hazel y a Vera.

Se alegró de volver a casa de su hija, aunque el Cristo agámico le aguardaba sobre la chimenea. Se alegró de guarecerse de la densa lobreguez que pesaba bajo aquel cielo de hollín, pese a que en buena lógica faltaban horas para que anocheciera. Se deshizo en ruidosos elogios ante el guiso de Úrsula, unos *spaghetti* de diferentes texturas apelotonados y aderezados con pedazos requemados o medio crudos de una carne indefinible. Consiguió sonreír cuando Mel batió las palmas al oír la noticia de que Hazel se proponía tener descendencia, gritó «Otra vida para Jesús» e insistió en dirigir las plegarias que auspiciarían su feliz nacimiento.

Formuló Craig su pregunta acerca de la asamblea, pero no obtuvo contestación satisfactoria.

-Godwin ha estado soberbio, portentoso -le describió Úrsula, y sirvió a Wilde una segunda ración de *spaghetti,* desoyendo sus protestas-. Ha llevado a Dios hasta lo más profundo de la cueva y él, nuestro Señor, ha desterrado la perversidad. Todavía han de obrarse aquí algunos cambios sustanciales, lo que constituye forzosamente una buena nueva.

Se entrecruzaron en ese momento los ojos de Craig y Hazel, y el hombre se vio recompensado con una mueca de solidaridad de su hija por cómo atiborraban su plato. Acaso subsistía la esperanza de hallar en ella una pizca de sentido del humor.

En el momento de partir Vera y su marido, horas más tarde, Hazel dio a su padre un impulsivo beso a través de la verja del jardín. Craig evocó las numerosas oportunidades en que su pequeña se había alzado de puntillas para besarle, hacía ya mil años. Los recuerdos perduraron mientras regresaba al hotel, enlazada su mano con la de Vera por miedo a distanciarse de ella en una negrura más compacta que nunca, asfixiante como el prólogo de una tempestad incluso en los claros círculos de las farolas. Confiaba en que el chaparrón no tardaría en desencadenarse, aliviándole de un premonitorio sexto sentido que le ponía la piel de gallina.

Se sintió algo mejor arropado en el lecho junto a su esposa, con una mano alrededor de su cintura para acunarla en su sueño, y sin embargo tenía la noción de que si se dormía la tormenta le despertaría, esa u otra fuerza. Necesitaba reposo antes de emprender el regreso al día siguiente. Mann, al menos, permaneció inaudible. En el recorrido al cuarto de baño había pasado frente a la puerta del predicador y había oído un quedo murmullo, que él tomó por la voz del evangelista dando gracias a Dios tras la dura jornada. Por unos momentos Craig creyó que brillaba la luna, pero era sólo la lámpara de la alcoba de Godwin Mann.

28

La alarma de la radio despertó a Eustace. El cartero se esforzó por abrir los ojos, rebuscó en la silbante penumbra y encontró, finalmente, el reloj.

-Ya podrías estropearte -le abucheó-. Igual que se ha estropeado todo lo demás.

Escarbaba como un topo bajo las revueltas sábanas, eludiendo el agobio que le producía no saber lo que había dicho el domingo ante la muchedumbre, cuando le llego por la ventana el chirriar de un toldo sobre su manivela. Alguien estaba abriendo una tienda.

Se levantó sin mucha euforia de la cama y, a tientas, se aproximó a la ventana. La glacial oscuridad era más pesada que el mismo sueño. Se hizo un espacio entre los dos batientes y tensó el cuello para ver el reloj de carillón del salón de juntas. Su iluminada esfera refulgía tan mortecina como el rescoldo de la chimenea y hubo de forzar la vista a fin de comprobar la hora que marcaba. Aunque el cielo no se diferenciaba del de la madrugada, eran las seis y media.

-Míralo todo el tiempo que te venga en gana -se regañó el cartero a sí mismo-. Eso no lo hará desaparecer. La realidad tiene razón, y tú te equivocas.

Retrajo la cabeza, sintiéndose igual que una tortuga, indolente y entumecido en el caparazón de su cuerpo, y se encaminó con constantes tropezones hacia el interruptor del muro opuesto del dormitorio. Tanto su luz como la del cuarto de baño eran desvaídas, rosáceas. El desayuno podía esperar: cuanto antes terminase en la oficina de selección, con menos gente coincidiría en su ronda.

Tuvo un tiritón al salir de la casa, ya que el relente de la calle rezumaba tanta humedad como la niebla. La uniformidad perfecta de las nubes las asemejaba a un cielo nocturno sin estrellas. Dormitorios y cocinas se alumbraron, pero sus lámparas, al igual que las farolas callejeras sobre sus altos pedestales, quedaban aisladas por la negrura. Eustace mantuvo la cabeza gacha mientras aceleraba el paso hacia la oficina.

Era una pequeña sala anexa al edificio de Correos. Por regla general, el conductor del furgón de reparto de Sheffield se estacionaba frente a la entrada trasera y dejaba allí los sacos de correspondencia, pero hoy no había bulto ninguno. Eustace se sentó en su banqueta habitual y cerró los ojos; los casilleros bajo los tubos fluorescentes ofrecían una visión tan fantasmagórica, que se diría que los estaba soñando. Se diría también que la penumbra había detenido el tiempo, mas la vez siguiente que consultó su reloj eran ya casi las ocho.

No logró establecer comunicación con Sheffield. Aunque el teléfono funcionaba -lo comprobó llamándose a sí mismo-, en la línea exterior no le respondió sino un zumbante silencio que hizo vibrar su tímpano. Estaba aún intentándolo cuando la administradora de Correos se asomó desde la tienda contigua, y bajó su redonda cabeza como si se dispusiera a embestirle con su rizada y ovejuna mata del pelo.

-¿Qué es lo que te tiene ahí plantado como un pasmarote?

«Nada, me aguanto sólito.» En voz alta, Eustace repuso:

-Hoy no ha habido correo. Y no consigo hablar con Sheffield.

-Ridículo -dijo la jefa como si se refiriese al cartero.

Marcó ella misma el número de Sheffield, aplicó el auricular al oído bajo sus canosos bucles y, apartándoselo de la cara, le clavó una mirada fulminante por no contestarle. Probó en el aparato de la tienda y regresó con una expresión que era la estampa viva del desencanto, de nuevo dirigida a Eustace.

-Debe de haber interferencias en la atmósfera. No me extraña que esté tan oscuro -especuló la mujer, en una asociación de ideas que el cartero no cazó-. Pero eso no es excusa para el retraso, no señor, no lo es.

Siempre era poco receptiva a las excusas, incluso antes de que se hiciera adepta de Mann. Y, desde aquel espantoso discurso que Eustace había soltado ante todos el domingo, no desperdiciaba la ocasión de demostrarle su desprecio. La semana próxima se incorporaría a sus rondas el robusto aprendiz que trabajaba con ella en el mostrador, obviamente para que le entrenase de cara a reemplazarle en un plazo no muy lejano.

-¿Qué es lo que vas a hacer ahora? -demandó la mujer.

-Viajar a Sheffield para informarme de lo ocurrido.

-¿Y cómo irás hasta allí, si puede saberse? Los miércoles no hay autobús. Vengo barruntando desde hace ya días que para tu puesto es imprescindible alguien con permiso de conducir.

-Cuando menos podría bajar hasta la carretera, por si acaso se ha averiado el furgón.

Tal vez hasta haría autostop y se marcharía para no volver jamás. La víspera les había ido muy bien que repartiera las cartas en lugar de subir a la cueva, pero ahora no pensaban más que en quitárselo de encima. Tal vez era ésta una de sus preces que él podía encargarse de que fuese escuchada.

La calle Mayor estaba hoy muy concurrida, llena de gente que acudía a su trabajo o a la compra, o que llevaba a los niños a la escuela. Todos se quejaban del tiempo.

-¿Quién fue el condenado loco que llamó verano a esto? -oyó Eustace que alguien maldecía, en una voz no muy distinta de la del señor Malasombra.

Se apremió a sí mismo a aligerar el paso para dejar pronto atrás la calle de Phoebe Wainwright, para dejar atrás la idea de confiarle su proyecto de fuga o, inclusive, de disculparse por haber sido él el portador del anónimo. Tuvo una aterradora inspiración de que lo que había dicho en el encuentro del foso se refería exclusivamente a ella. No deseaba pensar en ello, ahora no. Ahora su máximo deseo era salir de Moonwell, escapar de sus reprobatorios vecinos y de la oscuridad.

Pasada la librería, con luz pero cerrada, finalizaba la iluminación eléctrica, al empalmar la avenida con la ascendente carretera del cerro que dominaba los bosques. El cartero esperaba que desde la cumbre divisaría un sol radiante en el horizonte. A medida que subía la cuesta, por el centro de la umbría calzada, las hileras de farolas fueron declinando a su espalda, confluyendo hacia un campo de deportes cuyas porterías se veían ahora tan grandes como fósforos.

Cuando hubo alcanzado el cerro, no pudo contener un suspiro. Las luces de Moonwell se apretujaban bajo el negro cielo. A su alrededor, la oscuridad se expandía por todo su campo visual; ni siquiera pudo deslindar la bóveda del páramo. Le sacudió un inesperado anhelo de volver al pueblo, donde tendría compañía, aunque era un anhelo reticente. Un cartero uniformado y haciendo autostop iba a parecerles muy raro a los conductores de la carretera principal. Quizá era así como debía presentarse en el escenario, dándose una nueva oportunidad de que alguien, en otro sitio, le valorase.

-Quizás esto era lo que buscaba, pero prométanme no contarlo -dijo en voz alta, con la falsa noche tendiendo un cerco a su voz, y echó a andar hacia los bosques.

Dio dos zancadas y la ladera le tapó los puntos de luz. Sólo se desplegaban ante él la oscuridad y los árboles, estáticos como fósiles. Los frondosos ramajes se doblaban sobre el asfalto, que aún se ensombrecía más al internarse en la espesura. Cuanto antes la traspasara, antes iniciaría su nueva vida; pero flaqueó, e hizo un forzoso parón, al encararse con los troncos.

Tenía que seguir. La otra carretera de salida de los Peaks discurría a muchos kilómetros, en sentido contrario y por detrás del páramo. El hombre se argumentó para animarse que el bosque era el viejo robledal de siempre, y el día uno de tantos sin sol en el distrito, aunque inusitadamente tétrico. Pero la quietud que emanaban los árboles hacía fatigoso hasta el acto de respirar, y le venía reiteradamente a la imaginación cómo la carretera se zambullía en una nocturnidad equiparable a la ceguera.

-¿Qué te pasa? -se reprendió-. ¿Por ventura te asustan cuatro traspiés en la zanja?

Fue a lanzarse, mas le retuvo un escalofrío. Nadie en su sano juicio se aventuraría allí dentro. O, en todo caso, nadie que no tuviera una linterna. Trató de encubrir cuan aliviado se

sentía por poder dar la espalda al bosque, de argüir ante sí mismo que su única prisa era recoger la linterna. Antes, no obstante, de que coronara la vertiente, oyó el motor de un coche.

La oscuridad le desorientó. Al principio creyó que el vehículo se acercaba por la espesura. Cuando los faros se recortaban casi encima de él, saltó con vivo reflejo fuera de la vía, olvidando la consabida señal del pulgar. Pese a su despiste, el coche frenó bruscamente.

-¿Le llevo a alguna parte? -se brindó la persona que manejaba el volante.

Era un hombre de unos sesenta años con enormes orejas, los ojos subrayados por ojerosas bolsas y, en memoria de lo que fue cabello, unas ralas mechas peinadas de través sobre el cráneo. Su esposa tenía la melena azabache y los ojos, también morenos, enmarcados en un rostro de porcelana. Parecía más joven que él, pero quizá no lo era.

-Le vimos en su función del bar -le comentó ella a Eustace, a la vez que empujaba hacia delante el asiento del acompañante del conductor para que pudiera instalarse en el de detrás-. Nos gustó mucho, ¿verdad que sí, Craig?

-Fue magnífico -confirmó el conductor con una sonrisa displicente.-. Si va a Sheffield, no lo dude más y entre en el coche.

-Sí, me hace usted un gran favor.

Debía por lo menos averiguar qué era lo que demoraba el correo. Pisó el cinturón de seguridad de la mujer, y casi lo arrancó de su ajuste al desenredarse. Tanto ella como su marido le observaron con vagas risitas alentadoras, por las que, al parecer, le daban a entender que apreciaban su ingenio pero que ya lo saborearían en un momento más apropiado. Al apoltronarse sin el menor cuidado en la parte trasera, el cartero habría querido que el asiento le tragase.

El vehículo arrancó bajo la cavernosa arcada de los robles, y Eustace quedó desconcertado al descubrir que no estaba mucho más tranquilo atacando los bosques de aquel modo, atrapado en el coche y aguzando la vista para poder vislumbrar algo más allá de los haces de los faros que hurgaban, inestables, en la negrura. Al rebasar la linde boscosa, los árboles de ambos flancos del claro se les echaron literalmente encima. La gelidez ambiental se asentó dentro del automóvil, y el cartero vio que el conductor temblaba encorvado sobre el volante, pendiente de los elevados márgenes que constreñían la ruta y la hacían más escabrosa. De pronto el coche dio un patinazo y paró de golpe, atravesado en la calzada.

-No puedo ir por aquí -musitó el hombre-. Tomaremos la otra carretera.

Giró la cabeza para maniobrar marcha atrás, y a Eustace le consternó la insinuación de pánico que había en sus ojos. El vehículo entró dando botes en el enlodazado arcén lateral. Hierba y helechos arañaron la pintura, y un momento después arrancaron con ruedas chirriantes en la misma dirección por la que habían venido. Aunque iban a ritmo ligero, el camino de vuelta de los bosques se prolongó más que el de acceso.

Ascendieron velozmente al cerro, con Moonwell fulgurando frente a ellos. El conductor accionó el freno de mano, posó la cabeza en el volante y sepultó sus ojos bajo una mano trémula.

-Lo lamento, pero a veces me dan estos arrechuchos. Creía que los había vencido. Lo siento -Pudo al fin enderezarse, respirando trabajosamente- No le importará que sigamos el trayecto más largo, ¿eh? Me gustaría comprar un diario para conocer el parte meteorológico.

Su mujer le dio masajes en los hombros mientras les guiaba de nuevo hacia Moonwell. Eustace les habría contado un chascarrillo para levantar la moral si se le hubiese ocurrido alguno bueno. Todos eran chabacanos, y su timidez mayor que nunca. El conductor, por suerte, recobró un poco el ánimo al abordar las calles iluminadas. Aparcó delante del primer puesto de prensa que vio y corrió a su interior. Reapareció unos instantes después, con el entrecejo fruncido.

-Podría haberme ahorrado la molestia. Hoy no se ha entregado ningún periódico en el pueblo, y nadie sabe por qué.

29

Hubo un momento en el que Craig pensó que no saldrían jamás de los bosques. No podría dar marcha atrás, tendría que seguir conduciendo en busca de un ensanchamiento mientras la carretera se tornaba más y más escarpada, hasta desviarse del asfalto en la maciza oscuridad, saltar por un camino de tierra y caer, caer... Entrando en el puesto de los periódicos, meditó que reverdecían sus antiguos miedos. Le dejarían en paz una vez se librase de aquel deprimente clima local.

La sonrisa del propietario, sucia por la nicotina del tabaco de pipa, se congeló al ver que Craig pasaba revista a la prensa del mostrador.

-Si lo que quiere es el periódico del día, desengáñese. No ha llegado. Lo más probable es que esos bergantes que los reparten se hayan declarado en huelga, aunque no podemos constatarlo porque nos hemos quedado sin teléfono y sin radio. Por estas latitudes estamos acostumbrados a las extravagancias climáticas, pero nunca vi nada parecido.

-Así que ignora usted cuánto tiempo durará, ¿no?

-Lo único que puedo decirle es que, si vamos a tener tormenta, cuanto antes descargue más felices seremos.

Craig volvió al coche y transmitió la noticia a Vera y al comediante vestido de cartero. Eustace, sí, ése era su nombre. Al volante una vez más, conectó la radio con la esperanza de poder desmentir al vendedor, pero cuando movió el dial no oyó siguiera los ruidos estáticos, solamente un silencio tan vasto y tan hueco que habría sido capaz de engullir cualquier sonido.

Transitaron entre corrillos de personas que cuchicheaban a la luz de los escaparates. Los alargados y finos ventanales de la iglesia resplandecían a través de los árboles. Pasada la cadena de farolas, todo estaba apagado en casa de Hazel. Craig se preguntó qué estaría haciendo. Vivir su propia vida, y eso era cuanto el debía saber... siempre que fuera la suya y no la de Benedict.

A unos metros del chalet, una señal de tráfico indicaba el final del límite urbano de velocidad: era un disco blanco cruzado por una franja negra, algo así como la pupila de una oveja. El automóvil ascendió, entre helechos más quietos que los de una fotografía, al risco que se erguía sobre el páramo. Ante ellos surcaban la pendiente los meandros de la carretera, en medio de un paisaje tan desfigurado por la penumbra que hierba y brezo se confundían. La idea de que estaban en una mañana de estío pesaba sobre Craig, le urgía a huir del ámbito de aquel cielo que casi tocaba las cimas de los montes.

-No te desesperes -murmuró Vera-, no puede perdurar eternamente.

En aquel preciso instante, el hombre creyó ver un sutil centelleo detrás de una fila de colinas.

Apretó el acelerador tanto como pudo, un impulso al que no fue ni mucho menos ajena la sensación de asedio que le infundían las tinieblas, donde sus faros no encontraban sino la calzada misma. Los montecillos herbáceos relumbraban en el borde de la cuneta; una oveja les miraba con ojos amarillos. La carretera se empinó, el vehículo voló hacia la cresta, y Craig pisó el freno. Hacía sol en la montaña más alejada.

No era más que una franja en el horizonte, como si hubieran dejado una rendija abierta en el oscuro telón de las alturas. Tal pensamiento hizo que Craig se sintiera insignificante bajo la inmensidad de aquella noche ficticia. El contorno de la remota vertiente brillaba con los matices verdes de un nuevo rebrotar de la hierba, húmedo y tan luminoso que se silueteaba de lleno destacado sobre la nada, llamándoles sin voz.

-He aquí lo que perseguíamos -dijo Eustace, y tosió como si hubiera hablado a destiempo.

-Lo es -convino Craig, y le sonrió por el retrovisor mientras el coche afrontaba la bajada con nuevos ímpetus, se deslizaba junto a otra oveja que, desde la acequia, les espió con la barbilla enterrada en un matorral.

La siguiente subida fue interminable. Wilde frenó instintivamente en la cima. Por unos segundos, al oscilar las luces de sus focos en el reborde, creyó que rodaban derechos hacia un precipicio.

La distante cinta de luz se adelgazó. No tenía ninguna importancia, era tan sólo el confín de un mundo soleado, la promesa de multicolores campos, caminos y casas más allá de las desangeladas e impenetrables laderas. Se atenuó la intensidad de los sesgados faros. ¿Comenzaban a fallar, o había, además, niebla? Ciertamente, una marea helada se había colado en el vehículo. Craig dio tregua al acelerador, y transcurrieron siglos antes de que ganaran el siguiente pico, como si hubieran quedado atascados en un pantano de negrura. Para cuando el coche lo hubo sobrepasado, comenzaron a dilatarse el puerto y los páramos; frente a ellos, el sol brillaba... por su ausencia.

-Buenas noches -susurró Eustace, presumiblemente a título de broma.

Vera se rió, mas Craig no pudo determinar si lo hizo por educación o por nerviosismo. El hombre pensó que, o aquel monte era más bajo que los otros, o los nubarrones tormentosos -o lo que quiera que fueran- habían avanzado un poco más lejos. Se esforzó por apretar de nuevo el pedal del gas, aunque, no bien hubo enfilado el vehículo la bajada, menguó el radio

de los faros. No era bruma, ni le pareció tampoco un defecto de visión. Debía correr tan aprisa como pudiera y recargar la batería, ya que no le seducía la perspectiva de tener que apearse en aquellas lóbregas soledades. Daba igual que cada vez que fluctuaban las luces temiera salirse del asfalto y saltar por un barranco: ni iba tan rápido, ni su conducción era temeraria. Los focos se alzaron en un desnivel del trazado y se proyectaron sobre la cabeza de una oveja más, que los viajeros entrevieron tras el límite de la zanja.

Vera ahogó un chillido. Craig se obstinó en que se debía a lo inopinado de la aparición, negándose a admitir que su esposa hubiera podido notar cómo la mandíbula reposaba en el firme, cómo los abultados ojos amarillos quedaron inmutables al enfocarles las luces. El animal debía de haber muerto en la zanja, y su cadáver se hallaba en la oquedad y fuera de su vista. Recordó Wilde que tampoco las anteriores ovejas se habían movido, y que no distinguió de ellas más que sus cabezas en la linde de la carretera. Quizá había un perro suelto en el páramo. Hundió el pie en el acelerador, y las luces largas sondearon la desnuda calzada para, luego, derramarse sobre la cúspide. El cuerpo de Craig se convulsionó, a la par que daba un violento golpe de volante y presionaba el freno con todo su peso. Nada había, salvo tinieblas, detrás del último repecho.

Tenía que haberlo. Una carretera no podía terminarse en medio del aire. Debía de tratarse de una curva muy cerrada sin señalizar o despojada de su disco de advertencia. El hombre bajó la ventanilla y estiró el cuello para echar un vistazo; acto seguido hizo acopio de valor y, abriendo la portezuela, sacó su conmocionado cuerpo a la calma del exterior, a la gélida lobreguez. Continuaba sin ver nada, pasada la exigua mancha iluminada de asfalto y los márgenes herbosos de ambos lados, excepto oscuridad, una oscuridad tan sólida como hielo negro.

Cerró de un portazo y se restregó contra el asiento del conductor, como si el contacto hiciese el coche más real y su pavor fuera a ceder a aquella realidad. Acaso, si apagaba las luces, podría ver lo que verdaderamente tenían delante. Alargaba temblando la mano hacia la palanca, cuando Vera sugirió, estrangulada su voz:

-Se está agotando la batería. Más valdría volver atrás.

Antes de girar en redondo, Craig dejó que el automóvil reculase un trecho por inercia. Le descorazonaba lo bien que había acogido el pretexto que le ofreció Vera. Le lanzó una mirada de soslayo, y miró también por encima del hombro mientras retrocedía hacia la acequia. En cuanto sus ojos se toparon con los de Eustace, reincidió una oleada de pánico. El cartero estaba tan asustado como Craig sabía que Vera lo estaba, como él mismo. Esta vez no se retraía tan sólo ante los fantasmas de su infancia. Fuera lo que fuese lo que les acechaba en el exterior, los tres lo habían visto.

30

Para Diana fue como si aquella mañana no se hubiera despertado. Por muchas luces que encendiera en la casa, la penumbra seguía desbordándola. Unas lámparas no podían ni aclarar ni ahuyentar las reflexiones que la habían tenido en vela la mitad de la noche. Cuando abrió la puerta, esperando que el aire fresco despejara su cabeza, las tinieblas la asaltaron igual que una cascada de sucias telarañas. Fue hasta la cafetera por si una taza bien cargada de café podía desembarazarla de su cosquilleante estupor, de su incapacidad de ordenar las ideas.

El primer sorbo le abrasó la garganta, pero eso fue todo. Quizá tenía que ejercitar sus técnicas de yoga para conciliar el sueño. El problema estribaba en que, al ensayarlas de madrugada, se había sentido al borde de algo de mucho mayor magnitud que la simple relajación, de mayor magnitud que los vislumbres que tuvo de Mann en la cueva. Nathaniel Needham había insinuado que él veía visiones, pero ¿podía anidar también en Diana un espíritu tan céltico sólo por su ascendencia? Presentía un riesgo, el de enfrentarse a algo que la espantaba sin saber qué o quién era.

Un timbrazo estruendoso casi hizo que se le cayera la taza. Jeremy Booth estaba en el porche, con los ojos entornados a fin de protegerse en este caso no de la luz, sino de la negrura.

-¿Qué opina de esto? -indagó, arqueando las cejas para indicar el cielo.

-No sé qué pensar -respondió Diana, con una certidumbre que aumentaba a cada minuto-. ¿Tiene tiempo para tomar café? Llevo toda la mañana bebiendo sola.

Cuando la joven le trajo una taza a la sala de estar, Booth ojeaba los dibujos de los niños, unas pinturas que ahora tenían ya una antigüedad de meses.

-¿Qué harás después del cálido verano? -inquirió Jeremy.

Ella habría preferido que la pregunta sonase menos agorera.

-Todavía no lo he decidido. Antes quiero ver qué es de los pequeños.

-Entonces, no le molesta quedarse.

-Alguien tiene que hacerlo.

-Nosotros aguardaríamos si hubiese algo por lo que mereciese la pena luchar -dijo Jeremy, en el tono de quien se cree censurado y debe explicarse-. Pero, entre nosotros, no me gusta cómo han afectado a Geraldine los recientes sucesos. Hasta yo he empezado a sentir su influencia.

-¿De qué forma?

-Me temo que mis excesos juveniles se toman la revancha. -El hombre no hizo más que esbozar una sucinta risita-. Mi pasado «psicodélico», ya me comprende. Suponía que ya había desalojado mis sistemas, pero las presiones que hemos padecido lo están reavivando. He comenzado a ver cosas.

-¿Puedo rogarle que sea más explícito?

-No me apetece hablar de ello, Diana -rehuyó Booth. Vació su taza y se levantó-. No me juzgue descortés si me voy enseguida. Procuro no dejarla mucho rato sola en este ambiente, ya tiene los nervios bastante deteriorados.

-¿Ha venido por alguna razón particular?

-Sí. Gerry me ha dicho que va a seguir aquí un tiempo, y ambos la admiramos por su coraje. Si le dejamos la llave, ¿le importaría cuidarnos la tienda? Hemos de ir a Gales para examinar los nuevos locales.

-¿Ahora?

-Mañana, pero he creído más oportuno pedírselo con antelación por si rehúsa.

-Si no lo hago yo, no tienen a quién recurrir. ¿Cierto?

-Honestamente, dudo que nadie acceda a hacerlo.

¿Qué más daba comprometerse a alargar su estancia por una persona más o menos? Ya se había destacado entre los lugareños por su superior perspicacia, y nada conseguiría resintiéndose porque ahora la hubieran elegido así, de un modo coactivo.

-Déjeme unas señas donde pueda ponerme en contacto con ustedes -solicitó.

Diana vio partir a Booth hasta que dobló la farola de la esquina. Los páramos se

perfilaban amenazadores sobre la localidad,

como si el ennegrecido cielo se estuviera solidificando. La condensada tenebrosidad le quitaba el aliento, hacía temblar su cuerpo con el frustrado arrebato de rasgar su velo. Una línea de la canción de Needham atravesó la mente de la joven y destiló frío en sus entrañas, pero antes la llevaría el diablo que esconderse en casa. Se abrigó con una chaqueta y fue a la calle comercial.

-No le imputará esto también a Godwin Mann, ¿verdad? -gruñó el tipo del puesto de prensa al querer ella saber por qué no había periódicos.

Estuvo tentada de decirle que sí, pero dirigió sus pasos al hotel sin enzarzarse en discusiones. Al menos no estaba totalmente sola en lo que sospechaba. Resolvió que tenía que conocer lo peor, y con detalle, antes de forjar un plan.

Cruzaba el vestíbulo hacia el mostrador de recepción, cuando le bloqueó el camino una mujer de exultante sonrisa.

-Godwin está enterado de que quiere verle. Irá en su busca tan pronto como le sea posible.

Diana reprimió el nerviosismo que aquello le provocaba.

-¿Sabe usted quién es Delbert, un californiano enjuto como un alambre?

-Por supuesto, todos aquí lo saben. -La beatitud no cambió, sino que se volvió aún más relamida-. ¿Desea entrevistarse con él?

-Si está por ahí, sí.

-Estará en su nuevo alojamiento. Anda un poco excitado desde ayer. Godwin pensó que debía hospedarse con alguien que pudiera atenderle, y le envió a casa de los señores Scragg.

Seguramente, los Scragg no le negarían la entrada al padre O'Connell. Diana abandono la sala, donde la oscuridad parecía convertir el techo en un espacio infinito encima de las lámparas, y surcó la plaza en dirección de la iglesia. Al pasar frente a la escuela, oyó a los niños cantar un himno. Los ecos de sus voces agolparon lágrimas en sus ojos, pero, al mismo tiempo, le crearon una cierta desazón: ¿estaban celebrando el triunfo de Mann o entonando un conjuro contra la oscuridad? Algunas personas se habían parado bajo las farolas y tenían sus sonrientes rostros ladeados hacia el colegio, y la americana sintió su exilio más que nunca.

La iglesia estaba desierta. En su interior reinaba el frío, un frío sepulcral. La joven tuvo un inevitable desfallecimiento al salir por el pórtico. El cementerio, sumido en negrura, parecía haberse agrandado: las losas eran como rocas que brotasen intermitentemente de la maleza. La melodía del coro infantil llegó hasta ella por la calle Mayor, si bien la letra de aquella balada de Needham retumbaba más fuerte en su cabeza. «... La noche está en el sol», decía una voz en su cerebro mientras, presurosa, atravesaba la calzada entre las macilentas luces. Sus pisadas resonaron insignificantes y sordas al recorrer la vereda de la rectoría y llamar el timbre. Alguien pateó la puerta desde el otro lado, arañando en la madera y gruñendo.

Desde luego era Kelly, la perra alsaciana del cura. Diana volvió a adelantarse desde donde la había apartado el sobresalto, con el corazón aún en un puño. No era nada extraño que las sombras tuvieran exaltado al animal. ¿Estaba durmiendo el padre O'Connell? El alboroto del perro debería haberle despertado. La joven echó una ojeada, confiando en verle camino de la iglesia o de la rectoría, y al hacerlo vislumbró una luz en el páramo.

Fue hasta la verja para verla más claramente, y se llevó la palma de la mano sobre los ojos a fin y efecto de paliar la distorsión de la luz callejera. Empezaba a creer que se había inventado el destello cuando se repitió, ahora más cerca. Era un coche. Provenía sin duda del otro lado de la penumbra, lo que demostraba que ésta tenía unos límites; habría que preguntar al conductor dónde se hallaban. Descorrió la cancela y esperó que llegase el automóvil.

El vehículo irrumpió ante su vista en la cima de la colina adyacente a la iglesia y acometió su descenso, demasiado aprisa. Al plantarse Diana en el pavimento y agitar los brazos apremiantemente, los frenos chirriaron y el coche, sin apenas intervalo, se cruzó en el asfalto a menos de un metro. Ella esquivó el embate metiéndose en el jardín de la rectoría, en el momento en que los neumáticos se frotaban contra el bordillo con un ruido estridente y fetidez de goma. Bajaron la ventanilla del asiento delantero..

-¿Qué sucede, señorita Kramer? ¿Qué es lo que quiere usted de nosotros?

Era Eustace Gift. Tenía la boca, pequeña ya en proporción a su narizota, aún más comprimida, aunque su mueca no estaba destinada a hacerla reír.

-¿De dónde salís? -preguntó Diana.

El cartero puso los ojos en blanco.

-Será mejor que se lo pregunte al chófer.

El «chófer», un tipo calvo, se apeó del coche y apoyó en el techo los brazos cruzados. Diana notó que temblaba.

-Ignoro hasta dónde fuimos -balbuceó el hombre-. No más de tres kilómetros. Hay, por decirlo así, una obstrucción en la carretera. No se puede pasar.

Su compañera, una mujer de rasgos delicados, rodeó el automóvil para ir junto a él.

-Tiene mucho que ver con esta negrura -declaró desafiante.

-¿Qué clase de obstrucción es ésa? -preguntó Diana, mirando a la pareja de hito en hito.

Nadie se decidía a contestar. Eustace, huidizos sus ojos al estudiarle ella, observó:

-Se ha dejado la puerta abierta.

La joven lo comprobó. En efecto, había un resquicio de luz en el acceso a la rectoría.

-Debe de haber sido la perra con sus patas -coligió Diana.

-Ésta es la casa del sacerdote, ¿no? No me vendría mal tener unas palabras con él -dijo el conductor, y echó a andar vereda arriba.

-Ten cuidado, Craig -recomendó su esposa, y corrió tras él, con Diana pegada a sus talones.

También Eustace se les unió, en el instante en que el conductor terminaba de empujar la puerta entreabierta y se hacía raudo a un lado, escudando a su mujer.

-Alerta -advirtió el cartero-, fíjense en sus ojos.

Se refería a la alsaciana. Estaba alebrada en el zaguán, escudriñando las tinieblas aterrorizada, con la descarnada lengua babeante entre sus colmillos.

-Ven, bonita -intentó serenarla Craig, aproximándosele con cautela.

De pronto la perra brincó sobre el hombre y se fugó entre gañidos sendero adelante, tan enloquecida que Diana tuvo que dar un empellón a Eustace para que no le arrollase. La joven vio cómo saltaba la valla y se lanzaba hacia el páramo, y se contagió de su pánico. Hubo de introducirse en el zaguán iluminado de la rectoría para eludir la oscuridad. Descubrió antes lo que los otros le habían hecho al padre O'Connell, si bien fue la mujer del conductor la que se puso a gritar.

31

Cuando concluyó el himno, Andrew continuó cantando por error. Algunos niños reprimieron unas risitas traviesas: no había entre ellos ninguno de los que se habían instalado en Moonwell el mes pasado. La señorita Ingham les devolvió una sonrisa, la misma que tenía grabada en su rostro dijera lo que dijese.

-Arrodillémonos y hablemos con el Señor -fue lo que dijo ahora.

Andrew apretó los párpados hasta que se le llenaron de una luz viva y rezó con tanto

fervor como pudo, aunque no en los términos que usaba la maestra. Tan concentrado estaba que dejó de notar las planchas del suelo clavadas en sus rodillas. Lo que pedía era que su padre se curase, ahora que el señor Mann había transformado la cueva en un santo lugar.

Cualquiera que fuera el mal de su papá, guardaba relación con el foso. El mismo le había visto encaramarse a escondidas hasta allí bajo el claro de luna, y había estado tenso mientras el predicador se deslizaba por la cuerda. Lo más probable era que rezase a Dios para que no desamparara al señor Mann, para que matara al gigante, o al diablo, del que había oído hablar a sus padres la primera vez que el evangelista les convocó a todos en la cueva. Si su madre no se hubiera desahogado entonces, el monstruo no habría castigado a su padre. Pero el señor Mann realizó la misión para la que había sido llamado y regresó sano y salvo, o así lo había afirmado él. El conflicto era que, desde aquel día, el papá de Andrew había estado más secretamente nervioso que antes.

A lo mejor no estaba seguro de que el demonio hubiera muerto. Quizá le asustaba asomarse al hueco del foso para verificarlo, o que alguien le viera deambulando por allí y quisiera saber que estaba haciendo. Tal era el motivo de que tuviera que ir Andrew: asegurarse de que era un lugar santificado e informar a su padre.

-Por favor, Dios -musitó para que todo saliera bien, y se sumó al «Amén» de la atiborrada clase.

-Que Dios os acompañe hasta vuestras casas -deseó la señorita Ingham a sus alumnos, lo que significaba que podían marcharse.

Andrew había pensado fundirse en el enjambre que se formaba a la salida y fraguar, camino ya de la cueva, una buena coartada por no haberla esperado, pero allí estaba ella, sonriéndole, y en el único sentido en el que pudo avanzar fue el de su cara de luna llena, sobre aquellos anchos hombros que le daban la apariencia de un triángulo equilibrado sobre dos piernas flacas. El chico todavía añoraba a la señorita Kramer.

-No olvidéis rezar vuestras oraciones antes de acostaros -aleccionó la señorita Ingham a sus alumnos-. Recordad que a Dios le gusta bajar la mirada y encontraros de rodillas.

-No sé si podrá vernos estando todo tan negro -susurró Sally a Jane.

Al menos Andrew pudo formularle a la maestra una de las preguntas que daban vueltas en su cabeza. Mientras la seguía hacia el patio, dijo:

-¿Esta oscuridad son los malos que abandonan la cueva?

La señorita Ingham arrugó la frente sobre sus risueños labios.

-Explícate mejor, Andrew.

-El señor Mann mató al diablo del foso, ¿no es verdad?

-Hizo lo que Dios le mandó.

-Entonces, la oscuridad podrían ser los malvados que dejan la guarida y ascienden al cielo.

-¿Sabes una cosa? Creo que has acertado. -La sonrisa de la mujer se volvió ahora generosa-. Por eso el Señor hace a los niños tal y como son, porque en ocasiones tienen más lucidez que nosotros. -Aquellas palabras no estaban dirigidas a él, pero sí las que añadió-: Tal vez la gente no ora con el suficiente ardor. Mañana rezaremos juntos para que sople el viento y se lleve las tinieblas.

No era eso lo que el pequeño pretendía. Alzando los ojos al cielo, que hallaba más bajo y más compacto cada vez que lo miraba, meditó si podía ser tan sencillo: venía una ventolera y se llevaba la helada y tenebrosa inmovilidad que hacía del pueblo un fantasma de sí mismo. Le asaltó la repentina y triste intuición de que el objetivo de aquella perenne sonrisa de la maestra era aparentar que todo iba a las mil maravillas, del mismo modo que parecían fingir las personas que vio en la calleja. Mas, ahora que Dios había entrado en sus vidas, acaso no había tal disimulo y su optimismo era veraz. Le habría gustado creerlo, y lo haría en cuanto constatara que su padre volvía a su ser normal.

Su madre estaba en la tienda, pasando la escoba por los sombreados rincones del techo.

-¿Cómo se ha portado hoy Andrew?

-Ha sido un orgullo para usted, señora Bevan. -La profesora desprendió de su cabello una peineta naranja que Andrew comparó a un ciempiés y, mientras la echaba en su bolso de

paja, la melena morena se desparramó sobre los hombros-. Si me da la llave, le llevaré a casa e iré preparando la cena.

-No es necesario que haga tanto por nosotros, señorita Ingham.

-Es cierto -corroboró el padre de Andrew, surgiendo de su posición de espía tras la puerta del almacén-. Ha trabajado duramente toda la jornada. Consideramos un privilegio tenerla en casa. No nos debe usted nada.

-Ni se les ocurra robarme ese placer. Adoro cocinar cuando puedo utilizar ingredientes frescos, tal y como Dios los hizo. Creo sinceramente que es una forma de loar al Señor.

-Confío en que no será pecado abrir una lata muy de vez en cuando -dijo la madre de Andrew, con tanta dulzura que el chico se quedó anonadado.

-¡Oh! No me cabe duda de que Dios es comprensivo en esa materia -respondió, sonriendo, la maestra-. Si quiere, una de estas noches le enseñaré algunas recetas.

Andrew miró inquieto por la cristalera. ¿Es que habían olvidado la oscuridad? Puede que prefirieran conducirse así para distraerse, o que ni siquiera hubieran ponderado cuan anormal era. La inquietud fue a más cuando vio que una ayudante de Mann venía hacia la tienda. Buscaba a la señorita Ingham.

-Esta noche pondrán ese vídeo en el bar. Ya saben, la película en la que el padre de Godwin interpreta al diablo.

-¿No tiene esa gente nada mejor que hacer? -protestó el padre de Andrew-. No es más que una niñería, un pataleo porque no están de acuerdo con Godwin.

-Estamos organizándonos para que asistan muchos de los nuestros y dejen buena constancia de lo que opinamos -anunció la mujer de la cruz en el pecho.

-Avisaremos a algunas personas del vecindario y que no falten, ¿conforme? -sugirió la mamá de Andrew.

El muchacho apenas podía articular palabra por la emoción.

-Yo me ocuparé.

Su madre abrió la boca a la par que consultaba con los ojos, casi imperceptiblemente, a la señorita Ingham.

-Está bien. Te dejaré, dado que es para mayor honra de Dios. Díselo a los vecinos del callejón y vuelve sin entretenerte.

-Dos calles -suplicó el niño.

Su madre le escrutó como si la estuviera poniendo en evidencia, y a Andrew le aterrorizó que le prohibiera ir a ningún sitio, que arruinase su plan.

-Sea, el callejón Romano y el de Hornos -claudicó, en una voz que prometía una conversación privada para más tarde-. Pero no te atrevas a cruzar la carretera.

¿A qué tanta ansiedad por que no atravesara la calle Mayor si no había tráfico ninguno desde hacía días, quizá semanas? Salió corriendo de la tienda, dobló el chaflán del callejón Romano y pasó como un flecha de casa en casa. Cada vez que se abría la puerta, él estaba ya camino de la otra y oprimiendo el pulsador del timbre. Voceaba el mensaje tras el seto o la reja y proseguía con igual presteza. Así había llamado al de la señora Wainwright antes de caer en la cuenta de que ella no estaría muy predispuesta a ayudar a Godwin Mann. Fue hacia el próximo hogar, esperando que no aparecería. Pero su umbral se iluminó mientras tocaba la campanilla de al lado.

-L-lo siento, señora Wainwright -tartamudeó.

Quedó boquiabierto. La mujer no sólo estaba gordita, sino que además se diría que la habían hinchado. Las mejillas dejaban descolgada la boca, o era el cuerpo el que tiraba de las comisuras de los labios. Ojeó al niño como si no le conociera en la penumbra y, transcurridos unos segundos, se retiró penosamente, arrastrando el pomo con la mano. El muchacho estaba aún petrificado cuando la anciana cuya campanilla había hecho sonar extendió hacia él un índice huesudo.

-¿Y bien?

-Esta noche, en el bar, pasarán un vídeo en el que sale el padre del señor Mann. Me han encargado que se lo diga a la gente que esté en contra.

La mujer proyectó el labio inferior sobre el bigote, como para mostrar a Andrew lo poco

que podía hacer sin dientes.

-Muy bien, hombrecito, ahora regresa volando a tu casa. Yo notificaré en el resto de la calle las órdenes de movilización.

-Tengo también instrucciones de informar en el callejón de los Hornos.

-Déjamelo a mí -atajó ella, en un tono que descartaba toda porfía.

Nada podía haber más lejos de la mente de Andrew. Le dio las gracias, retrocedió sobre sus pasos hasta la calle Mayor y se internó, igual que un huracán, en el callejón de los Hornos. Medio minuto más tarde estaba en el confín del bancal de casas y en la vereda de los montes hacia la cueva.

El ámbito de la última farola no abarcaba mucho trecho del camino. El chico parpadeó bajo el imponente cielo y se recordó a sí mismo que estaba allí por su padre. Evocó cómo había machacado al lagarto sin ojos durante la excursión que hicieron a la cueva con la señorita Kramer, su deseo de que pudiera verle su padre mientras lo pisaba para que supiera que comenzaba a ser un hombre. Ahora tenía que serlo del todo, tenía que garantizar a su papá que no había nada temible en el foso, nada al menos que pudiera volverle tan loco como parecía estarlo la noche en que se escabulló al páramo. El pequeño recitó mentalmente la plegaria y atacó la escalada.

Una vez que se situó por encima de las luces, éstas le marcaron el linde del camino. Trepó con suma precaución hacia el inamovible cielo. Era como si ejerciera presión sobre él, descendiendo a su captura igual que una araña. Se agarró al chamuscado borde del páramo y se catapultó al sendero que lo surcaba.

Cuando tropezó y se dio de bruces con el suelo, tomó conciencia de lo solo que estaba. Los cenicientos páramos se exhibían ante él mientras que, abajo, las farolas de Moonwell se erguían como bengalas hundidas verticalmente en la tierra y puestas a quemar. Había abrigado la esperanza de vislumbrar coches en la carretera de Manchester, pero los bosques no le permitían verla. Tuvo la momentánea impresión de que el mundo se había desintegrado y él quedó abandonado en un páramo muerto.

Tiritaba, y fue aún peor al tratar de contenerse. Se dijo a sí mismo que, si todo aquello estaba muerto, no podía dañarle. Lo que tenía que hacer era explorar la cueva desde fuera, eso y nada más. ¿Cómo iba a quitarle el miedo a su padre si él tenía un susto mayúsculo? Dio una vacilante zancada en el sendero, una cinta todavía más oscura en la intensa opacidad que recubría las laderas, y de pronto su tiritera dio paso a una carrera no menos incontrolable. Los brezos se desmenuzaban bajo sus pies, con una desagradable blandura aceitosa, siempre que se desviaba de la senda. Subió en dos trancos a la elevación que circundaba la cuenca y cayó de rodillas.

La ceniza se le pegaba a las piernas y le rascaba la garganta, dejándole un sabor humoso en el paladar. Se frotó los irritados ojos e hizo una previa inspección a la cueva. Estaba igual que siempre desde que se desplomó la tapia, solo que el reflejo del cielo la oscurecía más aún. No se columbraba sino un laguna negra y plana en el centro de la depresión. Aquello no bastaría para sosegar a su padre. Tenía que acercarse, mirar dentro del pozo.

No bien se hubo adentrado en la oquedad pedregosa, presintió que resbalaría. Se arrodilló otra vez y gateó de espaldas hacia su objetivo. Con la cuesta del promontorio enfrente, el cielo pareció cerrarse sobre él como un ataúd. Le espantaba la idea de recular demasiado sin percatarse. Giró sobre el eje de su cuerpo, tembloroso, y bajó reptando de cara al foso.

No había otros sonidos que el crujir de las punteras de sus zapatos en la roca y el de todo su cuerpo al restregarse sobre su estómago en dirección del pozo. En la vecindad de la cueva la pendiente se hacía más pronunciada, demasiado para permanecer establemente asido mientras sacaba la cabeza en el foso. Se incorporó y anduvo en torno a la cavidad, a prudencial distancia, hacia donde la bajada se allanaba y el hoyo caía en picado. Se arrojó una vez más boca abajo, jadeante y tembloroso, y se dio impulso a rastras. Cinco fueron aquellos impulsos que le magullaron el pecho, y que le condujeron hasta el borde. Se apuntaló en los codos para los últimos centímetros y, aferrando el saliente, asomó medio tronco.

No había en el hueco sino negrura, una oscuridad que notó más cercana, y más glacial,

que la del cielo. Se empujó un poco más para cerciorarse. Al apretar los ojos, distinguió la pared opuesta del foso que se sumergía hacia una hondura no menos negra. No le invadió un sentido especial de santidad, pero tampoco estaba muy seguro de que los lugares sagrados irradiasen nada semejante. Lo importante era que se hallase vacío y limpio de todos los seres perversos que llenaban la bóveda celeste. Iba a elevarse sobre los codos a fin de iniciar el retorno, cuando creyó detectar unos movimientos en la cueva.

Se propulsó aún más hacia fuera, trémulos los codos por el esfuerzo. Quizá no era más que el espejismo que a todos hace ver sombras en acción allí donde la visión es defectuosa. Mas aquellos movimientos se diferenciaron y disgregaron, y el niño pudo distinguir tres formas, tres insectos que escarabajeaban por la roca. ¿Por qué la detección de unos animalejos había de dejarle sin resuello? Había comenzado ya a marearse en el momento en que comprendió que, puesto que los pálidos y etéreos contornos se hallaban en el punto donde el muro se confundía con la penumbra, debía de tener un mayor tamaño que él mismo.

El impacto le hizo dar una sacudida que casi le desequilibró. El reborde del pozo le abrió cortes en las manos al salvarse, en el momento preciso. Rezó para no estar viendo de veras lo que rebullía allí abajo, mas a cada segundo se aclaraban más las imágenes. Los bichos tenían el mismo color del lagarto que había pisoteado, el color de las criaturas que viven en la sombra. Poseían unos dedos muy largos que usaban para afianzarse en la roca, despacio pero inexorablemente. Dos de ellos levantaron las lisas cabezas hacia él de un modo que le hizo sospechar que carecían de ojos, mientras que al de en medio era la cabeza lo que, al parecer, le faltaba.

Fue aquello lo que convulsionó su cuerpo, lo que le retrajo del borde tan violentamente que perdió el asidero de la piedra y, por unos instantes, estuvo en un tris de patinar cuesta abajo hacia el vacío. Se puso de pie bamboleante, con náuseas, y ascendió la cuenca entre sollozos. A lo largo de toda su frenética andadura por el calcinado camino fue mirando incesantemente atrás, temeroso de que las pálidas figuras hubieran emprendido su persecución en las desoladas laderas, bajo el negruzco cielo.

Se cayó varias veces en la vereda del páramo al pueblo. No tenía idea de cuánto rato había pasado allí arriba, cuánto hacía que le esperaban sus padres. Ni siquiera podía contarles lo que había visto, pues su madre indagaría por qué, desobedeciéndole, había visitado el foso, y su padre se pondría peor. La cueva no era un recinto sagrado, ni tampoco estaba muerta, a menos que aquellos seres anidaran en ella como larvas. Lo único que logró el señor Mann fue hacerles salir, y ¿dónde irían ahora? Le horrorizaba desembucharlo todo ante sus padres por la incapacidad de callar. Mas cuando atravesó el callejón de los Hornos e irrumpió en la tienda, resultó que sus padres se habían ausentado.

-Nosotros dos nos quedaremos aquí hasta que vuelvan tu papá y tu mamá -le dijo la señorita Ingham-. Ha sucedido algo en casa del sacerdote y están echando una mano.

32

El padre O'Connell debió de intentar abrir la puerta principal. Había sangre en la hoja, en las paredes y en la alfombra del zaguán de la rectoría. Tal vez la perra tan sólo saltó sobre él para impedirle que la abriera, tal vez no le atacó hasta que el cura quiso alejarla de sí, aunque no era imposible que estuviera tan frenética a causa de la oscuridad que fuese a abatirle de buen principio. O'Connell huyó pegado a la pared para coger el teléfono, presumiblemente como arma, a juzgar por la manera como sujetaba aún el auricular. Si no se hubiera defendido, especuló Diana con una clarividencia que prestaba al horror un relieve aún más punzante, acaso el animal no se habría abalanzado para acabar con él.

La esposa del conductor hincó las uñas en sus propias mejillas mientras miraba y chillaba como si nunca fuese a parar.

-Cálmate, Vera, sal de aquí y no te obsesiones -mandó su marido.

El hombre rodeó cariñosamente los hombros de su mujer antes de que Diana la escoltase al exterior de la rectoría, lejos de la dolorosa estampa del padre O'Connell, de los restos de su mano que apretaban la garganta como si hubiera fallecido tratando de preservar el cuello intacto.

-No podemos hacer nada -murmuró Craig, y Diana sintió una vez más su soledad.

Vera reaccionó tan pronto como abandonó el edificio. Contempló el cielo y todo su ser empezó a agitarse, juntando y separando las manos espasmódicamente. Ahora gemía, exhalaba inconexos y quedos plañidos. Al susurrarle Craig «Vamos a llevarte al médico», ella le examinó con despectiva frialdad.

-Sólo hay un sitio en este pueblo al que quiero ir.

-Informaré a la policía -propuso Eustace muy desencajado.

Se escurrió entre los curiosos que habían comenzado a agruparse alrededor de la verja, hasta que la modistilla que vivía en su calle le salió al paso.

-No tan deprisa. ¿Qué es lo que pasa? -inquirió.

Eustace hizo un regate, no sin espetarle:

-El padre O'Connell ha muerto.

La mujer corrió la cancela con la panza.

-Su perra se volvió contra él -explicó Diana, pero la otra mujer no le prestó la menor atención y fue hasta el interior para verlo por sí misma.

Regresó sin tardanza, con cara desencajada.

-¿Y usted cómo está involucrada?

-Fui yo quien le encontré -replicó la joven, siendo ésta la máxima declaración que tenía previsto hacer excepto a la policía.

Observó a la gente que enfilaba el sendero hasta la puerta y se replegaba de inmediato, y cuando empezaba a madurar la decisión de rechazar a todos los mirones, echando la llave si era preciso, el coche de la policía se detuvo en la calleja.

El inspector tenía el rostro alargado, de óvalo anguloso, y unos labios mezquinos, muy tirantes y casi tan invisibles como los de una vieja solterona, bajo un bigotito recto y plateado. Expulsó a los curiosos de la puerta con un gesto de la mano escueto pero rotundo, y marchó camino arriba, ligeramente gacha su cabeza como si hubiera resuelto no dejar que la negrura le abstrajese de su obligación.

-Tengan la bondad de aguardar aquí -rogó a Diana y a la pareja Wilde con voz mesurada

y diáfana, y desapareció dentro de la casa.

La muchedumbre había vuelto a arracimarse detrás de la reja, quizá sin otro ánimo que alumbrarse bajo la farola. Diana advirtió cómo los padres de Andrew la estudiaban muy ceñudos. Les dio la espalda en el instante mismo en que el inspector salía de la rectoría.

-¿Quién de ustedes ha encontrado el cadáver?

-Técnicamente, yo -repuso Diana.

Se alzó un murmullo entre el gentío, mas el policía hizo oídos sordos.

-¿Qué ha querido decir con lo de «técnicamente»?

-Que fui la primera persona que entró en el edificio. En cuanto la perra del padre O'Connell se dio a la fuga, me colé para ver qué había ocurrido. Usted mismo ha visto que...

El inspector levantó una mano casi negligentemente, como si la testigo tuviera que permanecer alerta a todas las indicaciones que le diera.

-¿De qué modo abrió la puerta?

-¿Y por qué se hallaba en este lugar? -cuestionó alguien del público. Diana pensó que bien podía ser la madre de Andrew-. Ella no practica la religión.

-Si algunos de ustedes hubieran perseverado en *su* religión... -No, no debía responder a las provocaciones; no podía perder el dominio de sí que se había impuesto desde que descubrió al padre O'Connell-. ¿Que cómo abrimos la puerta? -dijo al policía-. Indudablemente estaba tratando de abrirla él en el momento en que el animal le asaltó. No la hallamos cerrada.

-¿Insinúa usted que estaba abierta a los cuatro vientos?

-No tanto. Estaba entreabierta, y nosotros acabamos de abrirla cuando llamamos y no obtuvimos repuesta. Entonces, el alsaciano huyó disparado.

-¿Hacia dónde?

-Hacia allí -aseveró Diana, apuntando a los páramos, que se cernían más y más próximos bajo el aplastante cielo.

-Lo mismo que ha declarado el cartero Gift -ratificó el inspector, como si al menos la confirmación fuera un punto de partida respetable, y abordó a la multitud-. Por favor, si ven al perro del padre O'Connell procuren que no se les acerque. En estos mismos momentos tengo a un oficial buscándole. -A Diana le instó-: Pienso que debería contarme por qué venían ustedes cuatro a ver al sacerdote.

La joven tuvo el presentimiento de que las tinieblas la cercarían aún más estrechamente si se planteaba tan sólo el obedecer. Decidió que no eran ni la ocasión ni el lugar adecuados.

-Nadie venía a verle. Oí al perro y sus ladridos me dieron mala espina. Mucho me temo que me crucé por delante del coche de estos señores. Fue culpa mía que las ruedas patinaran.

Craig empezó a corroborar su historia, pero Vera le interrumpió.

-No es tan simple como vosotros lo pintáis. ¡Fue la oscuridad! -exclamó.

El policía enarcó las cejas.

-Fue la oscuridad la que hizo ¿qué?

La mujer se tragó las frases que ya afloraban, quizá porque le pareció que aquel tipo recelaba de ella, que no reconocía su verdad.

-Que..., que el perro atacase al padre O'Connell -balbuceó. El animal tuvo que perder la cordura para arremeter contra él, un sacerdote.

-Extraño es el sacerdote que predica contra otro ministro de Dios -criticó alguien en el gentío, lo bastante alto como para ser oído-. El Señor no habría permitido que muriese de ese modo si hubiera respaldado a Godwin.

Diana dio media vuelta, furibunda, hacia los presentes.

-¿Por qué no es valiente y dice lo que piensa realmente, que merecía morir? No había más que verle para entender que era un millón de veces más tolerante que ninguno de ustedes, y yo afirmo que estaba más cerca de Dios que nadie de aquí. Quizá por eso se congratulen tanto de su defunción.

Vera había rectificado, aparentemente, su determinación de medir sus palabras.

-No me refería tan sólo al perro -le espetó al policía-. Acabamos de hacer una intentona de viajar a Sheffield. No conseguimos traspasar la muralla de oscuridad.

-¿Se quedaron sin gasolina o algo por el estilo?

La mujer apretó los puños de rabia.

-No fue nada de eso. Llegamos a un punto en el trayecto a partir del cual no había más que sombras, sin vías que comunicasen con la carretera nacional. Quedamos bloqueados.

El inspector miró a Craig, pidiéndole con los ojos una aclaración.

-Así me lo pareció también a mí -admitió el esposo.

-Y los teléfonos no tienen línea -admitió Eustace-. Incluso en ese sentido estamos aislados.

-Les ruego que no levanten la voz. Ordenaré que se haga una comprobación en toda regla.

Los labios del policía se estiraron más todavía, como si le fastidiasen las complicaciones. Fue hasta la verja a fin de evacuar el sendero y franquear el paso a la ambulancia local, que se había estacionado delante. Deseaba creer que las tinieblas eran un capricho del clima, o así lo intuyó Diana. ¿Cómo se las compondría para persuadirle de lo contrario, a él ni a ningún otro lugareño? Le vino a la mente la súbita y acuciante sospecha de que los hechos mismos no tardarían en hacerlo.

-Tengo como una corazonada de que nadie sabe ya de nuestra existencia -se sinceró Vera con voz entrecortada, y eso la reanimó-. Vámonos Craig, no deseo quedarme aquí. Llévame al hotel.

-Algún mecánico habrá que nos repare los neumáticos -comentó él, en un tono en el que desafiaba a cualquiera de sus oyentes a contradecirle, y condujo a su mujer al exterior mientras los camilleros entraban en la rectoría.

Eustace se quedó con Diana. El inspector solicitó de ésta:

-Mándeme recado si planea abandonar el pueblo. Puede que antes tenga que interrogarla nuevamente.

La joven oyó su grito, un grito no proferido, serpenteando en la nada abismal de su propio cerebro: «No puede abandonarlo, ¿es que no lo entiende? Nadie se puede ir».

33

Durante todo el camino de regreso a la tienda, June no paró de despotricar.

-¡Qué cinismo el de la Kramer! ¡Mira que censurar nuestra falta de religiosidad! ¿Qué querrían del padre O'Connell esos cuatro, que entre todos no reúnen un gramo de fe? La policía debería someterles a un interrogatorio bastante más minucioso, eso te lo digo yo.

Brian fue barbotando y asintiendo mientras andaba a su lado. No sabía si estaba o no de acuerdo con ella, pero que vertiera su desconfianza en otro le proporcionaba un enorme consuelo. Así podría deliberar sobre lo que había hecho sin sentirse observado. La ira de June frente a la Kramer y compañía era casi tan consolador como la penumbra.

No podía negarlo, a él la oscuridad le venía muy bien. Lo que más necesitaba era subir al páramo y meditar. Quizá podría sacar a Andrew a pasear por aquellos parajes; a June no le entusiasmaría, pero ahora que la señorita Ingham se hospedaba en su casa estaba menos proclive a las discrepancias conyugales. Una vez cobijado en la sombra, no le pesaría su vigilancia como le había pesado desde que se rompió la cuerda de Godwin.

A lo mejor ella suponía que aquel tropezón de Brian frente a la cueva fue fruto de su preocupación por Mann. A lo mejor hasta se avergonzaba de haber abrigado recientemente tantos resquemores respecto a él, pero eso aún le hacía sentirse peor. Le sobraban razones para desconfiar de su marido: el rostro de Godwin lo dejó bien patente al ceder la cuerda. Bevan no había soñado que disfrazó el material deficiente, ni podía haber soñado tampoco que acechó al centinela del predicador a la luz de la luna, aunque no osaba dirimir consigo mismo las causas de tal comportamiento. Y aún le espantaba más aquilatar cuánto debía de saber Godwin Mann.

Volvió el rostro al pasar junto al hotel. Por lo menos, los chillidos de la mujer en la rectoría no habían despertado el interés de Godwin. Desde la víspera, cada pisada que resonaba en la vecindad de la tienda, o también en la de su hogar, le dejaba el corazón en suspenso. Quizá no había motivo para tantas aprensiones, quizá Godwin le había perdonado. Podría pensar lúcidamente en cuanto llevase a Andrew al páramo.

Andrew estaba bajo el fluorescente del escaparate, acuclillado y con la cara pegada al cristal. Al ver a sus padres reculó hacia el interior de la tienda, chocando contra un infiernillo Primus.

-Nadie te ha autorizado a subir a la plataforma -le reprendió June con severidad-. Que no tengamos clientes en estos días no significa que podamos darnos el lujo de destrozar las existencias.

-Estaba anhelante por verles a ustedes -intercedió la señorita Ingham-. Te has puesto un poco nervioso al hacer la ronda de las casas, ¿no es así, Andrew?

June inhaló una larga bocanada, que expulsó en forma de suspiro.

-Es la última vez que sales por tu cuenta mientras dure esta oscuridad, Andrew. Debería haber previsto que terminarías sugestionándote.

-No estoy muy segura de que sea así de sencillo -volvió a mediar la maestra.

-No me juzgue antipática, señorita Ingham -replicó June en aquel tono suyo tan almibarado-, pero conozco al pequeño desde hace más años que usted.

Andrew, acoquinado, se había replegado contra el mostrador.

-¿Qué fue lo que te asustó, hijo? -preguntó Brian, apiadándose de él- ¿Te pareció ver algo fuera de lo corriente?

El niño miró a su padre muy atribulado, y desvió la vista.

-Ahí lo tenéis -se fortaleció June-. Sabe perfectamente que no han sido más que chiquilladas. El mejor sitio donde puedes ir es a la cama, jovencito, para que los mayores

hablemos con tranquilidad.

-Voy a hacer la cena -propuso la señorita Ingham.

-La acompaño -se le unió June. Se giró hacia Brian al alcanzar la puerta-. Puedes echar el cierre. Si alguien quiere un artículo de la tienda, sabrá dónde encontrarnos.

Se iba con la maestra para explicarle lo del padre O'Connell. Brian se preguntó si dispondría de unos minutos en los que visitar el páramo antes de seguir a las mujeres a casa, pero, por más que los tuviera, mal podría recapacitar hallándose Andrew en aquel estado.

-Vamos, hijito, no hay por qué tener miedo. Papá está contigo -dijo, aunque ásperamente.

El chico pestañeó, corrió hacia él y ocultó el semblante en su pecho. Las manos de Brian vacilaron cerca de la pequeña cabeza, indecisas sobre si debían acariciar el cabello de su hijo. Andrew se le había abrazado efusivamente, pero Bevan tenía la indefinible impresión de que lo hizo, por una rara paradoja, para protegerse de él. Se estimuló su febril nerviosismo, un hormigueo en su piel como si ésta hubiese cobrado vida de manera misteriosa.

-¿Deseas relatarme lo sucedido ahora que no nos escuchan las mujeres? -sugirió.

Cuando el pequeño empezó a hablar Brian quiso apartárselo para oírle mejor, hasta que se percató de que Andrew rezaba. No adivinó por quién.

-Puesto que no tienes nada que decirme, más valdrá retirarse enseguida a casa -concluyó Bevan, azarado, y hubo de hacer unos arrumacos a su hijo para sacarle de la tienda.

Andrew hizo todo el camino hasta casa colgado de la mano de su padre, más apretadamente en los tramos entre farolas. Cada vez que atravesaban una de las callejas que desembocaban en los senderos de los páramos, Brian notaba cómo se estremecía.

June hervía en una muda cólera cuando llegaron. Después de que Andrew ingiriese su cena vegetariana, se bañara y acostara, soltó la lengua:

-¿Sabes qué hemos oído decir mientras venías con el niño? Que no han cancelado el pase del vídeo.

Al principio Brian no captó cuál era la nueva objeción.

-¡Oh! Te refieres a que ni siquiera...

-Ni siquiera la terrible muerte del padre O'Connell les privará de poner esa diabólica película. Van divulgando por ahí que el padre habría querido que la exhibiesen, que el mismo iba a verla. No he creído ni por un instante que sea verdad, pero, de haberlo sido, encontraría más que natural que su perra le mordiese como lo hizo.

-Deberíamos ir y demostrarles que estamos de parte de Godwin -propuso Brian.

-Puedes ir con la señorita Ingham, yo he de cuidar al niño. No me ha dejado ni siquiera apagar el interruptor de su dormitorio. Tiene que quedarse de guardia alguien que no transija ante sus tonterías.

¿Le ocasionaba a June unos celos inconfesables que Brian se fuera al bar en compañía de la maestra? Bevan no había pensado en la señorita Ingham más que para tildar de inhibitoria su presencia en la casa, más cuando bajó a la planta baja, muy perfumada y ataviada con uno de sus trajes largos, la halló inusitadamente atractiva. La forma como el vestido insinuaba las curvas de su cuerpo caldeó la zona genital del hombre.

-Llámeme Letty -invitó ella, y Brian especuló sobre si aceptaría dar un paseo después del bar.

El Soldado Manco estaba repleto de seguidores de Godwin. Brian ordenó para Letty un zumo de naranja y para sí mismo una caña de cerveza.

-Estoy muy contento de verte, temía que te hubieras muerto -le saludó Eric, el patrón, con un vozarrón que se propagó por toda la sala.

Brian siseó algo lo más indiferente posible y fue a reunirse con Letty y su camarilla, que conversaban sobre el reposo absoluto que observaba Godwin en el hotel desde la proeza de la cueva. La cara de Ingham fue la que había motivado que no se fijara mucho en ella, constató Bevan, aquella fealdad redonda de sonrisa permanente. «Habrá que taparle la cabeza bajo una bolsa de plástico», planeó automáticamente, y estaba reprimiéndose de lanzar soslayadas miradas al contorno de sus muslos cuando los abstemios reclamaron la película.

-Sea lo que fuere lo que penséis de ella, ataos las manos -advirtió Eric, introduciendo la

cinta en el reproductor-. Y no hagáis remilgos a la hora de venir a la barra.

El filme se titulaba *El foso del Diablo.* Conjeturó Brian que acaso fue aquello lo que incitó a Godwin a venir a Moonwell, el «Foso de la Luna», más se trataba de un rico industrial que perforaba la tierra en busca de petróleo allí donde le habían avisado de que no lo hiciera. La mayoría de los actores, con su tez cobriza, no parecían ser anglófonos. Por los gemidos y meneos de cabeza que vio a su alrededor, Bevan coligió que era al industrial a quien encarnaba el padre de Godwin.

El taladro cavó en las capas terrestres y el oro negro inundó la pantalla, salvo en que no lo era: tenía un color demasiado perfecto, demasiado elaborado. Se giró hacia la cámara el protagonista, sonriendo demoníacamente, y todos los vecinos de Brian comenzaron a cantar un himno al brotar una pléyade de diablos del burbujeante líquido. Las embadurnadas criaturas, que tenían aspecto humano, astillaron las puertas de las casas y mataron a los ciudadanos, a quienes extirpaban los órganos por la garganta y, en medio de horribles estertores, les trituraban el cráneo contra las paredes. Al padre O'Connell no le habría gustado aquello, meditó Brian; ni a él mismo acababa de convencerle, menos aún cuando las víctimas volvieron a la vida y persiguieron a los escasos supervivientes. Le desagradó especialmente la escena en que una mujer joven, vestida con camiseta veraniega y *shorts* de algodón, recorría a grandes zancadas la ciudad en busca de su marido, pese a no tener ya cabeza. Bevan se sumó a los cánticos tan ardientemente, que suscitó miradas de curiosidad.

Los devaneos mentales arrinconaron al himno. La joven le recordaba, por supuesto, a la excursionista que se precipitó en la cueva. Pero el cuerpo descabezado en acción le hizo rememorar lo que había sentido al espiar a la muchacha en el páramo. ¡Dios le asistiera, también ahora lo sentía! El espectáculo de un ser desmembrado había abultado su bragueta.

Se llenó de repugnancia contra su propia persona y, a la vez, de una excitación incontenible. Trató de pensar en June, mas no logró imaginarse ni aun sus facciones. Letty Ingham estaba más cerca, de modo que intentó concentrarse en ella, deseoso sobre todo de sustraer su pensamiento a aquellos centelleos en la pantalla que le hacían saltar los ojos de sus órbitas. Podría haberse imaginado a sí mismo arremangándole las faldas, separándole los muslos y tirándosele encima de no haber sido por aquella exasperante sonrisa de su cara achatada. De repente se vio junto a la maestra alumbrado por una cegadora luz blanca, prietas las manos contra la redonda cabeza para retorcérsela, elevarla libre del soporte de los hombros... Tuvo que combatir el arranque de manosearse el erecto pene bajo la mesa del bar. Volvió a cantar y lo hizo más alto, casi a berridos.

Demonios y cadáveres errantes infestaron toda la ciudad, y el padre de Godwin hizo una sádica mueca tras un rótulo donde se repetía el título. Los espectadores probos aplaudieron al compás de su himno. Mientras rebobinaba la cinta en el aparato, Eric escrutó furioso a Brian, como si le hubiera traicionado.

-Gracias -le dijo la gente inocentemente al vaciarse el local.

A Brian le habría apetecido quedarse para beber otra jarra -el bar era un refugio contra las tinieblas-, de no ser porque se habría sentido obligado a disculparse ante el patrón, a darle más explicaciones de las debidas. Siguió a Letty Ingham, encogiéndosele el miembro viril con el frío y la negrura. No pudo por menos que pensar cuan satisfactorio sería poseer la energía que había entrevisto, deslumbrado por sí mismo y por la alba luz. Fue solamente una fantasía, más tuvo la virtud de volver su piel más inestable, mucho más viva. Ladeó la cabeza al aproximarse al hotel, y entonces se apercibió de que de June no podría esconderse. Ahora aún eran más los secretos que debía guardar frente a su esposa.

A Dios gracias estaba en la cama, con Andrew arrebujado contra ella, donde el chico debía de haberse deshecho en súplicas para ir. Brian se metió en el lecho del niño y pensó nerviosamente cuanto tiempo tardaría en delatarse ante su esposa. Oyó a Letty tarareando un himno religioso en el salón, y supo al instante que su mente calenturienta lo había tergiversado todo. No era de extrañar que fuera así cuando, de una forma u otra, se había obstinado en olvidar las enseñanzas que impartiera Godwin a la comunidad. No había más que un medio de desembarazarse de sus pasiones, por penoso que fuese. El padre O'Connell había muerto, sí, pero todavía podía confesarse con Godwin Mann.

34

De regreso a casa desde la rectoría, Diana reflexionó que la oscuridad había vencido. Quizá era porque estaba extenuada, pero tenía la sensación de empequeñecerse a medida que la negrura se expansionaba, hasta que ella y la población entera perdieran toda significación. Se argumentó a sí misma que ella tenía que significar algo, pero ¿qué? Tal vez lo sabría después de una buena noche de sueño.

Se oyó un crujido en el recibidor al dar la vuelta a la llave: el de dos hojas de papel. Eran dibujos de su clase, que identificó incluso antes de leer los nombres de las autoras. La pintura de Sally reproducía a unos escaladores en una montaña, unas figuras con narices ganchudas y cabezas del tamaño de monedas de diez peniques; la de Jane era un parque de recreo donde todas las demás atracciones se condensaban en el espacio que dejaba el tiovivo. Ambas eran obras que Diana había colgado en la pared del aula.

Sin duda alguna la maestra actual había devuelto a los niños sus dibujos porque se avecinaban las vacaciones estivales, aunque el cielo no lo augurase así. La joven se representó a las dos niñas deliberando qué hacer, Sally jugueteando con sus maltrechas gafas, Jane conviniendo solemnemente en que habría que despachar sus pinturas por el buzón adosado a la puerta de la señorita Kramer. Le entraron deseos de llorar. No la habían olvidado, pero ella sí que olvidaba a menudo a sus ex alumnos.

-No, ya sé que tú no, maldita -siseó a las sombras.

Se preparó un café solo y lo bebió lo más caliente que pudo resistir, yendo y viniendo

por las estancias para despertarse. Al volver a salir persistía en su cerebro una especie de aturdimiento, algo que aún habría de aventar antes de comprender cómo podía luchar contra la oscuridad. En su opinión, averiguar por Mann lo que había ocurrido en la cueva sería un primer paso. Cuando menos le daba un pretexto para colarse en el hotel.

El espacioso y tenuemente iluminado vestíbulo, bajo sus empolvadas arañas, resultaba acogedor tras el paseo por las calles, con la nada agazapada entre las farolas y conduciendo a los montes sin sol. Diana fue hasta el mostrador de recepción, donde se erguía el director. Tenía el semblante cariacontecido, brillando su frente bajo lo poco que quedaba de su pelirroja pelambre.

-¿Está aquí la pareja que ha sufrido un accidente de coche hace sólo unas horas? Craig y Vera no sé qué más.

-El señor y la señora Wilde. -El hombre dio una ojeada a su alrededor por si había algún recepcionista, y miró él mismo el casillero de las llaves-. Sí, están en su habitación. Es la trescientos quince.

-¿Puedo subir?

-Puede hacerlo si le place -dijo el director, alisándose las empobrecidas greñas con ambas manos en un gesto de derrota-. Está en el último piso.

Al introducirse ella en el ascensor las puertas se cerraron solas, pero tuvo que oprimir dos veces el botón antes de que la recepción fuera quedando abajo. El mecanismo tuvo breves parones en todas las plantas, proporcionando a su pasajera someras visiones de los desiertos pasillos a través de la ventanita cuadrada. Ya en lo alto, las puertas se abrieron pausadamente y con un chirrido amortiguado. O no llegaba al último piso la calefacción central, o no estaba encendida. Tal vez fue la helada quietud la que trajo a su mente la imagen de una caverna, y es que el sórdido corredor de dieciocho alcobas tenía unas dimensiones desproporcionadas. Diana dobló por la ramificación de la derecha y golpeó con los nudillos la puerta de la 315.

Acudió Craig y, al verla, le sonrió con cierta agitación.

-Señorita Kramer, es usted muy amable al venir a visitarnos. Si se cree responsable del accidente, rechace esa idea. Fui yo quien lo provocó, yo y mi neurosis.

-Yo pienso que hizo gala de una envidiable presencia de ánimo. ¿Se encuentra mejor su esposa?

-Lo siento, no pretendía ser descortés. Le ruego que pase y la salude usted misma. Estábamos haciendo café. ¿Quiere una taza?

Vera dejó de mirar la cafetera eléctrica como si fuera una tarea de vital importancia.

-Señorita Kramer, ¿qué debe de pensar usted de mí después de todo el follón que he armado?

-Que yo me habría comportado igual si hubiera sufrido las mismas vicisitudes -sondeó Diana con gentileza.

-¡Oh, sí! Nos hemos dejado apabullar por esas sombras -se excusó Vera, con una risa muy poco espontánea-. Me disgustan, y no fingiré lo contrario, pero eso no es justificación para perder el *oremus,* como si aquel pobre policía no tuviera ya bastante trabajo. No me importa admitir ante usted, señorita Kramer, que me avergüenzo de mí misma.

-Hemos conseguido que nos arreglen los neumáticos -explicó Craig-. Mañana tendremos el coche a punto. Espero que este absurdo tiempo haya mejorado.

-Yo creía -apuntó Diana cautamente- que ustedes no atribuían la oscuridad a un fenómeno climatológico.

Se dirigió a los dos, mas fue Vera quien respondió.

-Ya le he dicho lo avergonzada que estoy, señorita Kramer. Yo no soy tan joven como usted. Descubrir el cuerpo de aquel infortunado me trastocó momentáneamente, y eso fue todo.

«Pero hablaste de la negrura antes de verle», denunció Diana en su pensamiento. Toda pertinencia por su parte sería superflua, sin embargo: lo único que haría sería perturbarles. Brotó el vapor de la cafetera, y se puso en pie.

-¿No tomará ni un café con nosotros? -preguntó Vera.

-De veras que no. He de entrevistarme con Godwin Mann. ¿No sabrán por azar en qué

habitación se aloja?

-Sí. Se la enseñaré. -Craig, atento, cedió el paso a la joven y señaló el fondo del pasillo. No había dado ni tres zancadas, cuando Wilde carraspeó y añadió-: Hazel, nuestra hija, nos contó que la habían cesado en su puesto por desavenencias religiosas. Si necesita un consejero legal, mi mujer y yo estamos a su entera disposición.

El hombre cerró la puerta. Diana quedó a un tiempo conmovida y desalentada: Wilde se había expresado como si la vida continuara normalmente, o como si aparentar que era así la restituiría a sus cauces normales. La de Mann no era la única fe que se acataba sin cuestionarla. Pero era la suya la que había generado lo que estaba sucediendo en Moonwell, y ahora la joven tenía que ver qué le había pasado a él.

Se internó en el corredor, lejos del ascensor y de la escalera. Craig había indicado la habitación del extremo, contigua al baño: ¿que podía haber más banal? Daba igual que las lámparas de las paredes fueran pequeñísimas y menos abundantes de lo deseable, igual que el bajo pasillo pareciera más frío y más vacío a medida que adelantaba, pero lo cierto era que habría agradecido un sonido o dos en el sepulcral silencio. Ni siquiera oía a Craig y a Vera, pese a que indudablemente estaban hablando. Resistió un alocado impulso de estampar sus pies en la descolorida moqueta marrón, para tener al menos un ruido por compañero.

Se detuvo frente a la puerta 318. Había alzado una mano para llamar, cuando su mirada vagó hacia la rendija de la base. Cualquiera que fuese la luz que usaba Mann, tenía una blancura desagradable. Muy quieta, con los dedos a unos centímetros de la madera, oyó la voz del predicador dentro de la estancia, suave pero penetrante y, por encima de todo, forzada.

-No se apure, señorita Kramer, que yo no la olvido. Iré a usted antes de lo que piensa. Espero sobre ascuas un encuentro cara a cara.

Diana retrocedió ante la puerta en un acto reflejo, sin dejar de observarla, verificando que no tenía mirilla ni hueco ninguno por donde Mann hubiera podido verla. Dio media vuelta y echó a andar pausadamente en dirección de la escalera; de haber echado a correr se habría descompuesto por entero. Cruzó el vestíbulo, entre docenas de seguidores que parecían caminar a la deriva, y salió del hotel antes de caer en la cuenta de que el matrimonio mayor estaba todavía en aquella planta.

No fue capaz de regresar. Quizá podrían partir al día siguiente, y sin que se les opusiera ninguna traba ya que tan empeñados estaban en no asimilar lo que ocurría. No, no debía consentir que se zambulleran en la negrura, salvo que los policías que la investigaban se abrieran paso a ella y retornaran ilesos. Lo más urgente ahora era asegurarse que Geraldine y Jeremy no se irían por la mañana, a menos que tuvieran vía franca. Corrió de farola en farola, aligerando el paso al vislumbrar la librería. Aporreó textualmente la puerta pero fue inútil; a través del cristal roto de una ventana vio que el local se hallaba a oscuras y desierto. La furgoneta se había ido con los Booth a bordo.

35

Geraldine estaba sentada sobre una caja de libros, hojeando un folleto ilustrado de la radiante Gales lamentándose de la ausencia de sol que ellos padecían, cuando una piedra hizo añicos el cristal. En el tiempo que tardó en abrir la puerta, la calle quedó vacía. Quienquiera que hubiese arrojado el proyectil podía haberse escondido en una casa u ocultarse en la omnipresente penumbra.

Acudió junto a Jeremy, que estaba leyendo la cana que envolvía la piedra.

-No te preocupes -farfullaba a media voz al anónimo remitente-. Pero no será porque lo queráis un hatajo de bastardos.

Geraldine le pasó un brazo por el hombro y leyó también el mensaje, escrito en caracteres infantiles. «No permanezcáis donde no sois bienvenidos», rezaba.

-No pienso esperar hasta mañana -dijo Jeremy.

-¿Y si no se conforman con tirarnos piedras? ¿Y si prenden fuego a la tienda?

-Que lo hagan si eso es lo que les dictan sus mediocres mentes. De todas formas, tanto

el local como la mercancía están asegurados. ¡Cerdos! -les insultó y se lanzó sin previo aviso hacia la puerta, donde se quedó parado-. ¿Por qué no dan la cara? Aquí termina la sinceridad que Mann propugnaba haber traído a la villa de Moonwell. Aquí termina su mal llamada fe.

-No te irrites, Jeremy. Estamos los dos de acuerdo, deberíamos irnos hoy, ahora.

Posiblemente la losa del cementerio simbolizaba tan sólo la voluntad de Jonathan de estar cerca de ellos, y a Geraldine no le seducía nada que reposara en aquel lugar donde se sentía como dormida, en la línea fronteriza de la pesadilla. Cuanto antes se marcharan, mejor, para ella misma y también para Jeremy.

-Habrá que informar a Diana de nuestra partida.

-Se lo diremos ya de camino.

Dieron un repaso general a la tienda y los aposentos para comprobar enchufes y pestillos, y la mujer se entristeció al tomar conciencia de la poca nostalgia que le producía irse. Jeremy puso en marcha la furgoneta mientras ella echaba el cerrojo.

-No nos entretendremos charlando -la previno su marido camino del chalet de Diana.

La americana no estaba. Tal vez había ido a la iglesia, adonde se dirigían también algunos grupos de personas. Cualquiera que fuese el ruido que les congregaba, las resonancias de la furgoneta mataron su ecos.

-Da lo mismo, tiene ya la llave -concluyó Jeremy, girando el vehículo hacia la librería y a la carretera que allí se iniciaba.

Las luces de Moonwell se contrajeron en una pina a medida que la carretera ascendía, casi vertical, en la niebla. No era como conducir de noche, y no sólo porque supieran que estaban a media tarde. La oscuridad parecía mas tupida que la nocturna y, de algún modo, más próxima, «Igual que si nos congeláramos lentamente en hielo negro», lo comparó Geraldine. Una vez enfocaron los faros la cumbre de la ladera, la negrura les acosó desde todos lados, desde el mismo horizonte. Mas la camioneta aceleró en su ruta ahora descendente, hacia los bosques.

Dos robles se proyectaban sobre el asfalto, tan inexplicablemente enlazados sus ramajes que se diría que habían crecido juntos. Prosiguió el vehículo su camino bajo la vegetal arcada, y de inmediato la penumbra se acercó aún más, atrapada bajo los árboles. Jeremy se encorvó tras el volante.

-Ojalá salgamos pronto de aquí -suspiró, y se prometió no dar forma oral a aquello que intentaba no pensar.

Geraldine volvió la vista atrás al abordar la furgoneta la primera curva de la carretera ya en el bosque. Comparada con su oscuridad la del cielo era liviana, casi gris. En un segundo la bóveda se desvaneció; no tenían delante más que un tramo restringido de camino iluminado, con árboles que, en estrecha sucesión, daban un ficticio paso al frente al tocarles de refilón los haces de los faros. Allí donde había un vado, parecía que era la negrura la que arrastraba el vehículo.

-Bien, vamos hacia la aventura -bromeó la mujer para alegrar los ánimos.

Rebasaron un viraje, luego otro. Los árboles cerraron filas, ensartando ramas sobre sus cabezas, antes de retirarse para dar lugar a un ensanchamiento del camino. Si la memoria no engañaba a Geraldine, era el único en la carretera de los bosques. Ahora sería más difícil dar marcha atrás, pero ¿por qué habían de hacerlo? Cada curva les aproximaba más a la carretera principal, lo que equivalía, sin duda, a dejar la oscuridad. Una vez en terreno despejado se reirían de sus miedos, se reirían tanto que hasta tendrían que hacer un alto en su viaje.

Pese al frío reinante, Jeremy había bajado el cristal de su ventanilla y aguzaba el oído, atento al tráfico. Geraldine habría preferido que la espesura estuviera menos silenciosa; no se acordaba de la última vez que se había regalado con el gorjeo de un pájaro. Debía de ser la quietud la que le hacía ver cosas que se movían, no era tan sólo el vaivén de los árboles avanzando hacia la luz y retrayéndose en la penumbra, sino otra actividad distinta detrás de los troncos, como si las luces atrajeran criaturas hacia ellos. Razonó consigo misma que la tiniebla la estaba trastornando, que el ansia de luz le hacía ver visiones. Mal podía haber alguien tras cada árbol, asomándose al pasar la furgoneta igual que aquellos rostros de los enigmas con figuras que tan poco le interesaron siendo niña, dibujos de selvas donde había

que localizar personajes ocultos. Mal podía haber, en efecto, tantos seres en el bosque, y menos aún unos pocos que saltaran de roble en roble tan deprisa como corría el vehículo. Tenían que ser matorrales o sotobosque, aunque los focos les conferían una palidez exagerada.

Jeremy miraba fijamente al frente, como si no quisiera saber qué había a los lados.

-¡Por todos los demonios! -renegó-. ¿Qué es eso?

Geraldine se dijo que se refería a la oscuridad, no a las cosas que ella *no* estaba viendo, y que eran formas que se escurrían de árbol en árbol, con unas cabezas de aspecto espeluznante e inexpresivo emergiendo de sus escondrijos tras las cortezas, a una altura impensable. Le habría comentado a su marido que no le molestaría rodar a mayor velocidad de no ser porque él habría notado que también ella tenía los nervios de punta, y el nerviosismo de cada uno alimentaría al del otro. Más valía callar, recordarse a sí misma que a cada minuto se hallaba más cercana la carretera de Manchester, que ya casi habían llegado a la bifurcación.

-¿Es ésa la carretera? -preguntó.

-¿Dónde?

Jeremy se echó todo él sobre el volante, tan violentamente que el vehículo viró con brusquedad, y ella se arrepintió de haber abierto la boca: no podía desplegarse ante ellos la carretera, porque lo que creía haber vislumbrado, un voluminoso contorno cruzando el asfalto pasada la curva, no exhibía luz ninguna. Era, sin duda, un árbol, que pareció moverse por contraposición al avance de la furgoneta. Dobló ésta el viraje y tanto Geraldine como su esposo se aplastaron contra los asientos, ahogando sus gritos, al alumbrar los focos lo que se erguía en medio de la carretera, con su faz sobresaliente, blanca y sin ojos, deformada en una siniestra sonrisa, y unos brazos extendidos que tocaban los árboles en ambos flancos de la vía.

-¡Por Satanás! -aulló Jeremy.

Fue directo hacia la criatura, como si aquello fuera a hacer que desapareciera su largo cuerpo del color de un pez muerto, y su pene, que colgaba como un putrefacto cordón umbilical sobre una pierna sin carne. Lo único que logró fue que se ensanchara más todavía su sonrisa, una sonrisa desprovista de toda emoción inserta en aquel rostro liso, brillante y sin rasgos, y que soltara los árboles, presto a atenazar la furgoneta con sus manos inmensas y amorfas. En el último momento, Jeremy chilló espantado, desesperado, y se abrió hacia la cuneta para, entre el chirriante patinar de los neumáticos, girar rumbo a Moonwell.

Casi logró dar la vuelta. La habría completado de aminorar la marcha, aunque fuera un poco. Geraldine pensó, demasiado tarde, en pisar ella misma el freno. El vehículo salió despedido del firme de la carretera, balanceándose violentamente, echando a su marido contra ella y entrechocando sus cabezas. El aún aferraba el volante, pero sus pies se habían desplazado de los pedales.

-¡El freno! ¿Dónde esta el puñetero freno? -renegó.

La furgoneta aterrizó entre dos árboles y siguió resbalando, por inercia, sobre los arbustos. Todavía ganaba velocidad cuando se estrelló de cara contra un roble. Todas las luces se extinguieron, todas: las del tablero de mandos y las de los faros. Geraldine fue escupida y retenida por el cinturón de seguridad. La goma casi le dislocó el hombro antes de rebotarla contra el almohadillado asiento. Quedó despatarrada, atontada, despavorida, escuchando el silencio a través del tamborileo exacerbado, arrítmico, de su corazón. En algún lugar, el motor repiqueteó al enfriarse. ¿O acaso anunciaba aquel sonido una explosión inminente?

-Jeremy -susurró la mujer con una voz gutural, como si se adhiriesen los sonidos a su garganta-, ¿estás bien? ¿Continuas a mi lado?

No hubo respuesta. Geraldine palpó a su marido, temerosa de hallarle inerte, inmerso en un charco de sangre. Le tanteó la pierna y advirtió un espasmo, a la par que oía un plañido. Un momento después era la mano de él la que la buscaba.

-Ha ocurrido -gimió el hombre con desmayo-. Ha ocurrido algo en la base de misiles. De eso se trata.

-Tenemos que salir del coche, Jeremy. ¿Puedes andar?

-¿Andar hacia dónde? ¿De qué servirá? ¿No has visto a ese monstruo en la carretera? Era una mutación nuclear, como que me llamo Jeremy. Las radiaciones deben de estar

minando ya nuestro organismo.

Geraldine ignoraba si aquella presunción era correcta, mas no tenía tiempo de analizarlo: el ser de la carretera podía venir a por ellos de un momento a otro, con sus alargados y lívidos dedos rastreándoles entre los árboles y su cabeza desfigurada asintiendo al avanzar. ¿No sería preferible morir en el fuego, si es que estallaba el depósito de la gasolina, a caer en aquellas manos? Por otra parte, una huida sin dilación quizá les salvaría.

-Vámonos antes de que explote -insistió.

-¿No comprendes que ya lo ha hecho?

Pero Geraldine oyó cómo su esposo forcejeaba con la portezuela de su lado, que ahora estaba mas elevada que la de ella. Crujió ésta y se corrió quejumbrosa hacia atrás, y la mujer deseó pedirle a Jeremy que se apresurase pero sin soltar su mano, por si al sonriente engendro de cuencas vacías le hubiera orientado el estrépito. Él tuvo que soltarla para apearse de la camioneta. Dio un salto adelante y se posó, dolorido, sobre la hierba.

-Toma mi mano -ofreció a su mujer con apremio, trémulo.

Ella la agarró y cayó a ciegas en una tierra esponjosa. Trató frenéticamente de calcular cuánto trecho se había desviado la furgoneta entre los árboles. La carretera estaba a su espalda, o así lo supuso Geraldine, con el asfalto y aquella cosa.

-Por aquí -siseó y caminaba a tientas, con la mano libre estirada, hasta que sus dedos se golpearon contra un tronco de árbol.

Tenía un perímetro más ancho de lo que sus brazos podían abarcar. Lo rodeó tirando de Jeremy, se colocó de tal manera que el árbol se interpusiese entre ellos y el vehículo y acto seguido, arrimada a la corteza, fue deslizándose hacia el suelo con su esposo hasta quedar ambos sentados en los huecos de las raíces. La rugosa superficie les arañó los hombros en el descenso, pero su solidez era reconfortante, tan familiar como nada podía serlo en la negrura. Geraldine tragó aire y aguardó la explosión del vehículo.

Respiraba más trabajosamente de lo deseable pero pronto se puso de manifiesto que no habría tal explosión. El silencio no la alivió. Sabía de la paz de bosque, pero no solía ser de aquel calibre; aquí no había crepitar de ramas ni murmullos de hojarasca ni, en definitiva, otro indicio de vida que no fuera la criatura que vieron en la carretera. Aunque tuviera su hogar en la tenebrosidad, ¿no habría de hacer algún ruido, por ínfimo que fuese, si les acechaba? La mujer oprimió la entumecida mano de Jeremy.

-La furgoneta no va a incendiarse. Quizá podamos repararla si no ha sufrido muchos desperfectos. Hay una linterna en algún sitio.

Debería haberla recogido ella misma antes de abandonar el vehículo. No veía a Jeremy, ni los árboles, ni siquiera una parte de su propio cuerpo. Unas pálidas nebulosas pululaban ante sus ojos con el esfuerzo de distinguir el entorno, y cada una se le aparecía bajo la forma del ser sin cara, de sus grandes manos alargándose hacia ellos. Incluso si no podían arreglar la furgoneta, la linterna mantendría a raya la oscuridad y les permitiría volver al asfalto. Tal vez habrían de encaminarse hacia la carretera nacional, aunque no oía su trasiego; estaba, innegablemente, más cerca que Moonwell.

-Venga, Jeremy -urgió a su marido, moviéndole levemente.

Él se incorporó remiso, tensa la mano que sujetaba la de Geraldine. Intuyó ésta que escudriñaba las sombras. Se preguntó qué creía que veía, cómo serían las imágenes que fabricaba su cerebro. Era evidente que su estado rozaba el pánico, más que el de ella misma.

-Éste es el camino -afirmó la mujer, dispuesta a encabezar la comitiva mientras tuviera idea de dónde iba.

Sintió un instante de terror al perder contacto con el árbol. No había ninguna prisa, el vehículo estaba a unos metros en línea recta, con un margen de error de paso más o paso menos; tenía la total certeza de que habían huido al roble sin desviarse apenas de sus asientos. Afinó el oído por si el motor aún emitía algún «tictac» metálico, y sus sentidos se agudizaron: había algo de gran tamaño delante de ellos y se disponía a rozarlo. La furgoneta, se dijo furiosa, no un espectro que quisiera capturarla. No era ni una cosa ni otra. Era un nuevo árbol.

-¿Algo va mal? -demandó Jeremy al notar que ella se batía en retirada, tras haberse lastimado las yemas de los dedos contra el nudoso tronco.

-No es nada.

Geraldine mandó mentalmente a su esposo que hablara en voz mas queda, al mismo tiempo que se serenaba a sí misma diciéndose que habían pasado junto al árbol sin reparar en él mientras buscaban refugio. Ayudó a Jeremy a sortearlo, en un mullido suelo que absorbía sus pisadas. No, ya no podía estar lejos; apenas se había hecho esta reflexión, cuando se esbozó una silueta ante el sentido que estaba usando en sustitución del visual. Antes de que la encontrara, Jeremy retrocedió dando una sacudida.

-Jesús bendito, ¿con qué me he topado? -exclamó, casi en un alarido-. ¿Qué acabo de tocar?

Geraldine hubo de ir tanteando frente a él, vibrantes sus dedos con la presteza para encogerse. Era otro tronco de árbol.

-Tan sólo un roble -musitó.

-Tan sólo, no. Hay una cara en él. O es que he sido víctima de una alucinación. ¡Dios, vaya un momento para mirar atrás todos estos años!

La nota irónica de su voz no pudo disfrazar su espanto.

-Alguien debe de haberse dedicado a grabar figuras, no hay que alarmarse por eso -explicó la mujer, temiendo reincidir en la época en que tenía que hacerle volver de los malos viajes, en las interminables horas pasadas jurándole que pronto cesarían, que no iba a enloquecer. A la intemperie, en aquella lobreguez, aún hallaría el trance más largo-. Iremos por ese lado -dirigió la marcha.

Tenían que estar ya a la altura de la furgoneta. Geraldine había iniciado un rodeo a la izquierda al tropezar contra el árbol, así que ahora rectificó a la derecha, sobre una tierra tan reblandecida que hubo de repetirse en su fuero interno que no cedería bajo sus pies, a través de un silencio que envolvía sus tímpanos y de la oscuridad que envolvía sus ojos. Lo siguiente que encontrase sería el vehículo, estaba decidido; nada más cabía en el espacio que había columbrado un segundo antes de la colisión. Un objeto que presintió más alto y rotundo que ella le obstaculizó el paso, y tensó enseguida la mano hacia una presunta textura de metal. Pero lo que su dedo palpó fueron unos ojos hundidos y una boca de afilada dentadura.

Se mordió el labio para refrenar un alarido. Era un árbol con una faz tallada. Sus dedos toquetearon algo más arriba del tronco, algo frío como la cera que crecía en el lugar correspondiente al cabello: las sierras ovaladas de unas hojas de muérdago. Paseó su mano por la corteza, desesperanzada, falta de norte, tratando de posponer lo que había de declarar.

-No sé dónde está la camioneta.

-No te atormentes. ¡Qué le vamos a hacer! -Jeremy parecía haberse quitado un peso de encima al admitir su esposa lo que él ya preveía-. Busquemos un sitio donde sentarnos y esperar. Quizá aclare o quizá yo me reponga. Además, más tarde o más temprano circulará algún vehículo por estos parajes que no tenga inconveniente en recogernos.

Geraldine se percató de que su esposo se estaba sobreponiendo a fuerza de decirse que el ser de la carretera fue una alucinación. ¿Qué haría si le confirmaba la realidad? Ella, que nunca tomó drogas psicodislépticas -Jerry las llamaba «psicodélicas»-, lo había visto a la luz de los faros y sabía que se agazapaba en algún rincón tenebroso. Tuvo ganas de coger la mano de Jeremy y comenzar a correr, todo antes que aguardar en la oscuridad, pero al hacerlo delataría su situación, eso si el albo monstruo de la eterna sonrisa y brazos largos no les tenía ya localizados. «Por favor», imploró la mujer con tanta vehemencia que sintió un escalofrío, y a la vez tan calladamente que ni ella misma se oyó, apelando a cualquier tipo de socorro. Fue consciente de los zarandeos de Jeremy en su mano, de que la impelía hacia el árbol de las tallas -no debía de haberlas descubierto-, forzándola a acomodarse entre raíces en aquella noche de lobos. Iba a dejarse manejar, puesto que otro curso de acción podía ser aún más azaroso, cuando unos dedos ciñeron su palma libre.

Abrió los labios, contraída la garganta, hasta creer que iba a morir asfixiada con el grito que no podía exhalar.

-¿Qué te pasa? ¿Cuál es tu problema ahora? -demandó Jeremy, sensible a su agarrotamiento y a sus progresivos temblores.

Un momento después, la mujer suavizó la garra que había cerrado sobre su marido y

respiró hondo. La mano que había tomado la suya era la de un niño.

De buen grado habría soltado a Jeremy, posando los dedos en la faz infantil y reconocido sus facciones con la yemas de los dedos, pero le asustaba desunir la mano que la enlazaba a su esposo y perderle en la formidable oscuridad. Meditó, además, que no tenía necesidad de hacerlo. Sólo un niño en el mundo podía haberles hallado en tales circunstancias. La manita estrujó la suya como para corroborárselo, para animarla a confiar en él ahora que, por fin, estaban juntos. Geraldine casi se echó a llorar de júbilo, pero habría tenido que dar explicaciones a Jeremy y nada le convenía menos que una disputa. Contuvo pues las lágrimas y, obediente a unos flojos tirones de la mano del pequeño, hizo que su marido se pusiera en pie en la red de raíces.

-Un intento más -le sugirió.

-Por el amor de Dios, Gerry, ¿qué idea se te ha metido en la cabezota? ¿Qué tratas de hacer, si no nos vemos ni siquiera el uno al otro?

-Ten confianza en mí, querido -masculló Geraldine, apretando su mano igual que la infantil apretaba la de ella, hasta que su esposo dejó de batallar para desembarazarse, haciéndole temer que quedaran divididos y bamboleantes en las sombras.

El hombre avanzó a trompicones en la dirección que su mujer le marcaba, y ella le oyó blasfemar monótona y casi inaudiblemente como si unos improperios pudieran diluir las tinieblas. La manita la guió muy solícita entre escollos que no había captado ni su sexto sentido, sobre el húmedo terreno. En el instante en que, de un modo inadvertido, la tierra se endureció bajo sus pies, Geraldine no pudo por menos que chillar. Jeremy volvió a invocar el nombre de Cristo, tan deshecho que su tono sonó desapasionado. No era tierra dura, era asfalto.

La pequeña mano llevó a la mujer hasta el centro de la carretera. Habían recorrido unos metros antes de que Geraldine advirtiera que estaban siendo devueltos a Moonwell.

-¿No sería mejor que...? -fue a insinuar, pero enmudeció por miedo a que Jeremy quisiera saber con quién hablaba y rehusara seguir, rehusara creerle.

Podría haber dirigido la mano de su esposo hasta la del pequeño, pero él habría pensado que era objeto de una nueva alucinación y habría sucumbido al terror. Era más positivo limitarse a continuar hacia donde les conducían; estaba demasiado abrumada por la dicha para preocuparse de su destino. Tenía las mejillas humedecidas y no podía secárselas. Su cabeza, todo su cuerpo, flotaba en tal estado de ingravidez que se diría que iba a levantar el vuelo. Apenas tenía ya conciencia de la negrura.

Jeremy aguantó callado hasta el monte que festoneaba los bancales de Moonwell, pero la visión de las calles y su alumbrado le movió a balbucear:

-Ge..., Gerry, eres milagrosa. ¿Cómo lo has hecho? Lástima que no me haya dado cuenta de que íbamos hacia el pueblo, o habría sugerido invertir la marcha y hacer autostop en la general.

Geraldine no le oyó. Tan pronto como las luces de la localidad destellaron ante sus ojos, la mano del niño se le había escapado. La mujer dio la vuelta y forzó la vista en el ribete montañoso, que era apenas visible. Jeremy y ella estaban solos.

-Jonathan -susurró.

-Querrás decir Jeremy -corrigió su marido, con un amago de impaciencia-. Bueno, ya que estamos aquí aprovechemos el camión de remolque que hay en el pueblo, creo que por el campo de deportes. Haremos que traiga nuestro vehículo.

Era patente su ansiedad por encontrarse entre las farolas. Mientras bajaba con él la colina, dando traspiés, Geraldine miró repetidamente por detrás de su hombro hacia los bosques. Jonathan estaba con ellos, o en algún rincón de la penumbra, mas fue impotente para hacerle volver a su lado.

36

-Un clima idóneo para nosotros, ¿eh, señor Malasombra?

-Para mi gusto sobran algunos de esos condenados fanales a nuestro alrededor, señor Melancolía.

-Dé tiempo a la gente para acostumbrarse a la oscuridad, y verá cómo ellos mismos los apagan.

-Si nos hacen esperar mucho más seré yo quien les apague sus luces, puede usted apostar sus ojos.

-Apostaré los ajenos, si no le importa. Pero me figuro que forman una comunidad muy bien avenida. Son de los que cambian por cualquiera que prometa aportar un resquicio de luz a sus vidas, de los que se amoldan a cualquier cosa. A cualquier cosa excepto a individuos como ese tal Eustace Gift.

-No se lo cuente a nadie, pero me parece que nos está escuchando.

-Si le interesa mi opinión, está más solo que la una preguntándose si le retiran del reparto en represalia por el discurso que hizo el domingo, ahí arriba, delante de todos.

-Sí, se tortura pensando que después de aquello nadie se dignará darle la hora del día.

-¡Ni aunque la supieran, que es mucho decir!

Eustace decidió que ya tenía bastante. Desconectó el vídeo de *Hijos del Desierto* y de dos zancadas se acercó a la ventana.

-¡Hey, mirad ahí arriba! -avisó una voz, y se hizo el silencio en la calle, en la que el cartero nada percibió a excepción de dos farolas y los segmentos de bancal y jardines que entraban en su ámbito.

El hombre bajó a todo correr la escalera, cruzó el umbral y fue hasta la verja. Tres figuras se erguían en el filo mismo del círculo que proyectaba la última farola del callejón. El resplandor iluminaba una ladera casi vertical de la colina, con sus profusas y secas púas de hierba. ¿Había oído tres voces? Quizá no habían dicho cuanto él creyó escuchar, pero era seguro que su charla versó sobre su persona. Se adelantó a fin de estudiar mejor a aquellos tipos, y ellos se le encararon.

Eustace se amilanó sin poder evitarlo. Tenían unos semblantes informes y blancos como huevos. Debía de ser un efecto de la oscuridad, ya que no veía ni su indumentaria; debía de ser la oscuridad lo que prestaba a sus cuerpos la delgadez de insectos. La penumbra estaba detrás de todo y de todos, y el cartero no soportaba que le hubiera atrapado en una población donde le execraban. Era como una encarnación de aquel odio general, un medio para cegarle y estrangularle, aniquilarle hasta no dejar nada. Retrocedió hacia su hogar.

Apenas había cerrado la puerta y buscado un cobijo en la sala de estar, cuando se

reanudaron las voces al otro lado de la ventana abierta.

-No ha osado acercarse a nosotros, ¿verdad, señor Malasombra?

-Ahora mismo ni siquiera podría aseverar que nos ha oído, señor Melancolía.

-Fomentar la confusión, ése es el quid -resumió la tercera voz. Las otras sonaban como las que asumía Eustace en sus rutinas, pero esta última se asemejaba mucho más a la suya, que le volvía, a través de los auriculares, lejana, más allá de la nada. Ojeó encolerizado la ventana, con los puños apretados-. Así les tendremos a todos donde queremos -agregó el que hablaba.

-Dejemos que mariposeen agrupados bajo la luz, como solían hacerlo antes.

-Y entonces...

-Conténgase, no olvide que el payaso está a la escucha. Es usted un bocazas.

-¡Mira quién fue a hablar! Además, nadie le haría caso. Aún no tiene la total seguridad de que estamos aquí.

-¿Saben cómo disfrutaría ahora?

-Cuente, cuente.

-Haciéndole oír lo que dijo el otro día en la asamblea.

-Es usted muy ocurrente. Debería dedicarse al teatro. ¿Se refiere a sus comentarios sobre su amiga la comadrona?

-Calculo que, después de aquello, ya no es amiga suya.

-Las murmuraciones apuntan en sentido contrario. Por lo visto, todos creen que ella podría alumbrar a algunos de esos niños que él dijo que querría darle.

-Los que iba a tirar luego por el agujero de la cueva para que no tuvieran que asistir a la escuela de Moonwell.

-Eso es. E iba a tirar también a todos los otros.

-Si puedo expresar mi parecer, ese hombre está chiflado.

-Tiene que estarlo para escuchar voces fantasmas.

Esta vez, Eustace se cayó en su atropellada travesía del vestíbulo. Abrió la puerta principal con tanta furia que se magulló el pie izquierdo. Recorrió dando saltos el camino, renegando sin palabras, y cojeó unos metros más, hacia la farola. No había un alma. Durante unos segundos le pareció detectar signos de movimiento encima de él, mas ¿cómo podían las tres formas encaramarse sin sujeciones a la casi vertical vertiente de la colina? Sea como fuere, lo que había visto o creído ver le inquietaba mucho menos que lo que había oído, pues sabía que era la estricta verdad.

Escudriñó, aún rabioso, la negrura y le asaltó la sensación de que su marea le arrasaba interiormente, barriendo todo cuanto había dado por sentado sobre sí mismo y no dejando sino la memoria de lo que, en aquellos últimos días, tanto había luchado para evocar. El cariz que había tomado la asamblea hizo que vomitara sus sentimientos acerca de cómo trataban los Scragg a sus alumnos. Ya sabía de antes que tenía este sentir, por lo que no le sorprendió, pero lo que dijo de Phoebe Wainwright provenía de más adentro. Le había mostrado una parte de sus entrañas que no conocía, a él y a la virtual totalidad de los lugareños.

Tenía que hablar con Phoebe ahora, o nunca lo haría. Renqueó de regreso a su casa y la cerró con un portazo, confinándose en la tiniebla; se encaminó acto seguido al callejón Romano, muy decidido para no darse opción a achantarse. La vivienda contigua a la de Phoebe, donde vivía la vieja desdentada y locuaz, estaba a oscuras, gracias a Dios. Caminó bajo el arco de los emparrados, ya marchitos, y enfiló el sendero. Antes de que tocara el timbre, sus pisadas en la gravilla sacaron a Phoebe a la ventana.

Fue tanta la congoja de Eustace que retorció los dedos de los pies, y la magulladura empezó a latir. Tal vez su amada se había atiborrado de comida para paliar la depresión. Parpadeó ante el cartero y meneó la cabeza sobre los rollos de su nueva papada.

-Vete -le despidió a través del cristal-. No quiero visitas.

-Se lo ruego, salga a la puerta. Tengo algo que decirle.

-Ya es suficiente -replicó ella, más indiferente que enfadada, y se apartó de la ventana, atravesó la estancia y cortó la luz.

Eustace oyó su laborioso andar en el vestíbulo y la escalera. Deseaba oprimir el timbre,

pero verla arrastrase por la sala le había dejado tan apenado que volvió a casa, lo aprisa que pudo con su cojera, para zafarse de la oscuridad. Nada podía contra la gula de Phoebe. Tenían que ser tales excesos lo que le habían engordado también el abdomen.

37

Cuando oyó el tímido golpeteo en la puerta de su dormitorio, Brian se adentró en el túnel del despertar.

-Vuelve a la cama -gruñó.

-Soy Letty Ingham, señor Bevan. Siento de veras importunarle. ¿Podría decirme qué hora es?

-Cualquiera de una noche cerrada -refunfuñó el hombre, pero se acordó de la incesante oscuridad-. Un minuto -pidió, exhortándose demasiado tarde a no alertar a Andrew, que dormía acurrucado entre June y él.

-No quiero volver a mi cama -gimoteó el chico.

-Cállate o despertarás a tu madre. -Brian consultó el reloj del velador y se esforzó por abrir más los ojos-. Me temo que no podré complacerla, señorita Ingham. Ese dichoso trasto se ha parado.

-Mi reloj de pulsera también, y no he oído repicar el carillón del municipal. ¿Cómo voy a saber cuándo debo llevar a Andrew al colegio?

-Vaya pasando usted, yo me ocuparé de él.

Cuanto antes se ausentara de la casa, antes podría Brian desterrarla de su pensamiento. June se desperezó en aquel instante, y se sentó en el lecho, con la espalda más tiesa que una cuchilla de afeitar.

-¿Por qué no puede ir con la señorita Ingham?

-Estábamos intentando dilucidar qué hora es, señora Bevan. Iré sin tardanza a la escuela y me enteraré de lo que ocurre.

La maestra regresó al cuarto de Andrew, donde se había instalado ahora para que el niño no tuviera que dormir nunca solo.

-No quiero salir en la negrura -continuó protestando Andrew.

-No tendrás que hacerlo hasta que comiencen las clases. Con luz de día no te importa ir,

¿eh? -dijo June optimista, a la vez que miraba a Brian, iracunda, desde su almohada-. Me gustaría saber quién te llena la cabeza de sandeces.

Bevan se tendió y cerró los ojos para esconderse. Si el pequeño estaba asustado por su causa, era porque había notado su desasosiego. En sueños, Brian le había arrancado la cabeza a Letty, excitando sus risas mientras la penetraba. La oyó abandonar la casa, y cuidó de guardarse para sí el suspiro de descargo. Pero la maestra regresó antes de que su relajación fuese efectiva.

-Todos llevan a sus hijos a la escuela -informó desde detrás de la puerta-. Sus relojes y despertadores no funcionan. Me aseguran que es una especie de efecto magnético relacionado con el tiempo.

-Ya es por la mañana -resolvió June, y echó las piernas fuera de las sábanas-. Lo siento en las venas. Y déjate de majaderías, Andrew. Te acompañará la señorita Ingham, así que no te intranquilices. Y date prisa. He de abrir la tienda.

Al desocupar Brian el cuarto de baño, June ya se había desecho del niño y de su profesora.

-Tienes el desayuno en la mesa -anunció por el hueco de la escalera, y dejó a su marido rodeado de adhesivos y placas que decían «Dios vive en este hogar», o «Habitación de Dios» o «Préstamo de Dios», aunque, a juzgar por como le afectaba a él, su leyenda bien podría haber sido «Dios te vigila».

Brian engulló su desayuno y fue a la tienda. En la calle Mayor, los transeúntes daban los buenos días a quienquiera que encontraban. Si todos coincidían en que había llegado la mañana, ¿tenía que ser así? June estaba haciendo arqueo de caja, pese a que, desde la aparición de la joven excursionista, nadie había comprado un solo artículo. Aquel quehacer rutinario era su modo de aparentar que nada había cambiado, aunque no explicaba la mirada que le lanzó a su marido.

-¿Algún contratiempo, cariño? -musitó él.

June concluyo las cuentas a media voz e indagó perentoriamente:

-¿Tengo motivos para pensar que lo hay?

-Si te picaste porque fui al bar con Letty Ingham, sólo lo hice para dejar bien claro en qué bando estaba.

-¡La señorita Ingham! Imaginas que estoy molesta por su culpa, ¿no? -June dio un golpe al compartimiento del dinero, tan fuerte que activó la campanilla de la caja registradora-. No, no sospecho que hayas hecho la corte a la decorosa, pulcra y saludable señorita Ingham. No irías lejos si trataras de inducirla a hacer las porquerías que solías imponerme a mí. Pero no te extrañará que me pregunte cómo te las compones ahora que me he negado a seguirte el juego.

Brian se forzó a responder mientras aún pudiera.

-Ni te he faltado ni he cometido actos deshonrosos, querida.

-Ah, ¿no? En ese caso, quizá puedas aclararme a qué viene esa afición tuya a ir por ahí con Andrew desde que se ha oscurecido el cielo.

-¿Por qué no iba a sacarle? Es tan hijo mío como tuyo.

Bevan tuvo que reprimir el deseo de agarrar a su mujer y vapulearla desde el otro lado del mostrador, presa de un arrebato de ira. Dio un paso atrás, poniéndola fuera de su alcance y con los músculos de los brazos aún tensos.

-¿Qué has pretendido dar a entender antes, al decirle a Andrew que no debía «intranquilizarse» porque iría con la señorita Ingham, como si conmigo sí tuviera razones para ello?

-Contéstate tú mismo, Brian. Tú sabrás por qué le causas tanto espanto.

-¡Que me cuelguen por depravado si eso es cierto! Lo que le espanta es la oscuridad, y nada tiene de portentoso.

-Ah, ¿no? -June esbozó una acerba sonrisa a su marido-. La tiniebla nos ha sido enviada por Dios, como todo lo demás. Su propósito, al igual que el de las otras penalidades que nos manda, es encauzar nuestras vidas hacia él. Según mi criterio, es una señal de que todavía quedan en Moonwell personas que no están de su lado.

-Hace un momento te he dicho que yo sí lo estoy.

Ella desestimó aquellas palabras.

-No sería lógico que a una criatura inocente le asustara la oscuridad de Dios, ¿verdad? No es eso lo que tiene amedrentado a nuestro Andrew.

-Y, por lo tanto, he de ser yo. ¿Sabes una cosa, cariñito? Creo que la tiniebla está perturbándote, confundiendo tus ideas.

June se inclinó hacia Brian por encima de las amarillentas guías para trotamundos.

-Esta mañana he hecho un descubrimiento. Fuiste tú el que empezaste a elucubrar sobre si el niño era un afeminado. Suponiendo que acertases, ¿a quién habría que reprochárselo? El único hombre con el que pasa mucho tiempo eres tú.

Brian tuvo la repentina y febril impresión de que sus brazos iban a estirarse hacia ella y aferraría desde media tienda.

-No discutiré contigo mientras desvaríes así. Reza un poco, tal vez eso te enderece la mente. Yo me voy a ver a Godwin.

-¿Para contarle a él lo que no puedes contarme a mí?

-¡Pues claro que no! -se soliviantó Brian, girándose hacia la puerta por temor a que su expresión le traicionase-. Quiero consultarle cuánto tiempo prevé que durará esto y qué tenemos que hacer.

Salió rápidamente, antes de que el furor le azuzara a volver. June no tenía derecho a hacerle aquellas acusaciones respecto a Andrew. ¿Qué era lo que se proponía, destruir su último reducto de lucidez? El único medio de liberarse de toda la culpabilidad que le corroía y recobrar la compostura era confesarse ante Godwin. Apenas distinguía a los paseantes en las lúgubres calles, camino del hotel.

Una radiante mujer con una cruz en el pecho fue a su encuentro en los desportillados escalones.

-Godwin nos invita a celebrar un servicio en la iglesia -le dijo.

-¿Y va a conducirlo él?

-No, ha delegado en otra persona. El volverá muy pronto a capitanearnos en los actos de adoración, pero la experiencia de la cueva ha mermado mucho sus energías. Habrá un sinfín de himnos y plegarias. Debería venir.

-Me reuniré con los demás más tarde -prometió Brian y de lado, rehuyendo a la mujer, pasó al vestíbulo.

No había casi nadie. El recepcionista estaba como amodorrado. Brian fue en dos zancadas hasta el ascensor y entró, tiritando. Se había habituado al gélido ambiente de la calle, pero cada piso que veía sumergirse desde la ventanita parecía causar un nuevo descenso en la temperatura. El ascensor paró secamente en la planta superior. Se abrieron las puertas con sus acostumbradas oscilaciones, y el frío le tendió sus tentáculos.

Tenía que ser su complejo de culpa lo que transformaba el pasillo en algo tan congelante, gigantesco y sobrecogedor. Ya antes lo había surcado una vez, con sus mismas puertas iguales e idénticas lámparas en los muros. Se animó a avanzar, sintiéndose como si anduviera de puntillas porque no se oía a sí mismo, hacia la habitación que ocupaba Godwin en el rincón. Al menos, allí la luz era más brillante. Una parte de su mente advirtió que la pintura marrón había salpicado el pomo cuando remozaron la puerta, o también que la hoja no encajaba bien en el marco, y halló en tan domésticos detalles un acicate para atreverse a llamar en la sección del panel que tenía frente a su rostro.

Tragó saliva, pues el martillear de su corazón le había dejado sordo. El ascensor empezó a bajar por su hueco con un gimoteo de metal, y Brian espió el vacío corredor, un corredor que no hacía sino alargarse y ensombrecerse. ¿Estaba deshabitado todo el piso? La voz que habló detrás de la puerta le acobardó.

-Ven a mí -le urgió.

Fue, desde luego, la premura lo que le sobresaltó, no el tono, que era afable y casi embaucador. Bevan habría deseado estar en un confesionario, donde el sacerdote y él no tuvieran que verse las caras, mas no tenía sino a Godwin. Antes de que él mismo le transmitiera la orden, la mano de Brian amarró el pomo y la abrió. Al asomarse a la alcoba, mucho le costó no cerrar los ojos ante las refulgencias.

Mann se hallaba semiincorporado en el lecho, con las piernas extendidas y el tronco reclinado en la cabecera, bajo la irradiante lámpara. Tenía los párpados entornados, las manos cruzadas sobre el pecho. Debía de estar orando, aunque por un instante Brian creyó que sostenía algún objeto en el torso. A menos que lo guardara debajo de su holgada camisa, no había nada. Su semblante ofrecía más que nunca la apariencia de combatir un vendaval, tirante la tez, poco menos que blanca. Bevan vio en su inmovilidad un posible síntoma de parálisis, hasta que el rostro del predicador se volvió hacia él y le indicó en un siseo:

-Cierra.

Brian alcanzó la puerta, le dio un empellón y quedó erguido en la estancia, sin saber a qué atenerse. ¿Debía hincar las rodillas y recogerse? La luminosidad le aturdía aún más combinada con la presencia de Godwin, de sus labios finos, casi inexistentes, de los protuberantes huesos, los párpados cerrados y planos. Los rayos de luz se le adherían como la escarcha, le hacían temblar. Abrió la boca dispuesto a hablar, a restablecer el control de sí mismo, y todas sus culpas se agolparon en su cerebro, sofocándolo. Luchaba para recuperar el don de la palabra cuando la invidente faz de Godwin se elevó hacia él.

-Tienes algo que decirme -dio pie el evangelista.

Las frases de Brian surgieron, ahora, tumultuosas:

-Necesito el perdón. Quería ayudarle, intenté serle útil, sólo que hubo algo, algo muy dentro de mí, que me...

-Calla, no es preciso que hables. Lo sé todo. -La boca, violácea, sonrió- Me ayudaste, Brian, y no solamente al traerme la cuerda. Sin ti, es probable que hubiese fracasado.

Bevan se balanceó, mareado de felicidad.

-¿De veras lo piensa así?

-¿Te mentiría yo? Ven aquí, pon tus manos entre las mías. Deshagámonos de tus dudas y de ti mismo. Hasta que comprendas con claridad quién eres, nunca podrás realizar la obra para la que estás más capacitado.

Se refería, por supuesto, a la labor que podía desempeñar en nombre de Dios. Brian dio un desmañado paso adelante y alargó las manos con timidez. Las del predicador fueron infaliblemente hasta las suyas, las afianzaron y sujetaron a Bevan donde estaba, volcado en una incómoda posición sobre la cama.

Al empezar el hombre a convulsionarse de pies a cabeza, dedujo que era por su postura. O también podían ser las virtudes curativas de la fe, si bien no pudo por menos que achacar a la frígida luz su estremecimiento, la disolución de sus extremidades en blandos apéndices que ya no eran ni brazos ni piernas. Paseó la mirada de la máscara sonriente de Godwin a la lámpara, a fin de ver qué clase de bombilla emitía tales resplandores. Pero no había tal bombilla. El casquillo estaba vacío.

Se afanó su cuerpo en recular, en huir del evangelista, pero no pudo mover ni siquiera sus ateridas manos, insensibles en los extremos de unos brazos que le eran ajenos. Estaba desvalido bajo los albos haces de luz que se derramaban sobre él, no los de la lámpara, sino los que emanaba Godwin.

-Eres el primero de mis auténticos seguidores -proclamó aquél con voz acariciadora.

Abrió al fin los ojos. En la hondura de las blancas cuencas, unas pupilas que no eran mayores que los botones de una camisa se clavaron en las de Brian.

38

Diana viajaba en el avión de Nueva York cuando las ventanillas se llenaron de luces blancas y los pasajeros comenzaron a chillar. Despertó en la penumbra de su chalet de Moonwell, en una penumbra que, de algún modo, era peor que su sueño. Según el reloj no era, ni con mucho, la hora de levantarse. La negrura se amasaba silenciosamente en su derredor, y sin premeditarlo volvió a volar lejos de sí, de nuevo a Nueva York, para vagabundear por Central Park, donde de súbito algo colosal y pálido apareció por encima de los rascacielos, riéndose con un deleite cruel, infinito. Ahora no sabía dónde estaba, tan sólo que era un lugar gris y desolado bajo un sol similar a un tronco convertido en ceniza. Había gente danzando en un corro tan ancho como el horizonte, mas al acercarse vio que no tenían cabeza. Despertó presintiendo que aquello podía suceder en cualquier parte, que sucedería si ella no lo remediaba. Acaso la finalidad de los sueños era mostrarle de qué forma podía impedirlo.

Trató de relajarse como había aprendido en los cursos de yoga. Intuía la llamada de los sueños en los confines de su ser consciente, a la espera de llevarla de allí, presumiblemente de regreso a la visión que había vislumbrado en el páramo. ¿O sería guiada físicamente hasta allí? Mientras tuviera ocasión de armarse con una linterna, se dijo, estaba a punto, aunque sus nervios iban en aumento. No lograría relajarse en tanto quedaran averiguaciones pendientes. Al caer en la cuenta de que se había estropeado el reloj, supuso que era ya la hora de ir al cuartel de la policía. Era, cuando menos, algo que hacer y no habría de aguardar en la ociosidad hasta que Mann la encontrase en las tinieblas.

Se lavó, se vistió y se preparó un frugal desayuno, como quien cumple con rituales cuyo significado fue olvidado tiempo atrás y, cada vez que se repiten, resultan más triviales. En la pared de la sala, los dibujos de Sally y Jane estaban torcidos. Volvió a engancharlos y se dirigió a la calle Mayor, asombrándose de que todos los comercios estuvieran cerrados hasta que oyó los cánticos en la iglesia. Al cruzar la plaza, divisó unos fulgores blancuzcos tras las cortinas de la alcoba de Mann en el hotel. Pensó con desazón que aquellas cortinas se asemejaban a un banco de nubes bajo la luna llena, y aceleró el paso hacia el cuartelillo, que estaba pasado el edificio.

El policía con cara de solterona, excepto por el plateado bigote, estaba detrás de una mesa, mirando ceñudo a Craig y a Vera.

-¿Cómo puede prohibirnos que abandonemos Moonwell? -le abroncó Craig.

-Sólo le pido que esperen hasta que nos hayamos cerciorado de que todo está en regla, señor. Debe comprender que es por su propia seguridad.

Vera dio media vuelta al entrar Diana.

-No nos dejan volver a casa -se quejó.

-Quizá sea lo mejor -repuso la joven con cordialidad, y apoyó la palma en el pulsador que accionaba el timbre de mesa.

El inspector la estudió malhumorado, y la atajó.

-Tenga un poco de paciencia.

-No estará usted solo, ¿verdad? -inquirió Diana. Su simpatía degeneró en aprensión-. Así que no han regresado.

-¿Quiénes? -demandó Vera.

-Existe una posibilidad más que plausible de que mis oficiales decidieran que el proceder más adecuado era dejar el coche y continuar a pie. Las condiciones eléctricas de ahí fuera podrían haber averiado el motor. Lo que han hecho, ciertamente, ha sido cortar la radio. Quizá ahora entiendan por qué les he rogado que aplacen su viaje, señores Wilde. El equipo montañero de salvamento tiene ya bastantes personas que rastrear.

La locuacidad de aquel discurso estaba destinada, sin ninguna duda, a sugerir eficiencia, pero a Diana le pareció más defensivo que eficaz.

-¿Cuántos policías iban en el coche?

-Dos en el primero. -El inspector se revolvió inopinadamente contra la americana-. Por razones que le son propias, señorita Kramer, parece haberse propuesto socavar la fe del prójimo. Si no es creyente allá usted con sus carencias, pero le aviso oficialmente de que, en las presentes circunstanciales, cabría juzgar su conducta como inductora a una violación de la paz. Y, dicho esto, ¿en qué puedo servirla?

«¿Qué paz? -habría gritado con gusto la joven-. No era paz, sino apatía, ofuscación, una negativa a mirar de frente ciertas cuestiones.»

-¿Han encontrado a la perra del padre O'Connell? -dijo, enterada ya de todo lo demás que había venido a investigar.

-Temo que no. Sospecho que, a estas alturas, se hallará muy lejos de aquí. Si está preocupada, yo que usted me quedaría en mi casa. -El policía se desentendió de ella-. Les pondré al corriente en cuanto las carreteras se declaren transitables, señores Wilde. Doy por cierto que seguirán alojados en el hotel.

Ya en el exterior, Vera aclaró:

-No quiero quedarme en el hotel.

-No se me ocurre qué otra alternativa tenemos.

-¿Hay algo allí que le disguste? -reanudó Diana sus pesquisas.

-La atmósfera de la última planta. Hace demasiado frío -formuló Vera su protesta-. No exijo lujos en un pueblo tan pequeño, pero estamos como en una profunda cueva.

-Podrían instalarse en mi casa -ofreció la joven.

-Es usted muy amable, Diana. -Vera se adelantó impulsivamente y besó a la otra mujer en la mejilla-. ¿Le parece bien que se lo confirmemos un poco más tarde? Verá, nuestra hija vive en Moonwell. Quizá sus inquilinos acepten trasladarse a nuestra habitación del hotel.

-Lo más seguro es que haya salido un segundo coche de la policía a buscar el anterior -se inmiscuyó Craig para salvar el embarazoso momento.

-No dudo de que hacen lo que creen más oportuno -colaboró Diana.

Había empezado a arrepentirse de su invitación a los Wilde. No cesaba de adquirir nuevas responsabilidades, que en el fondo eran sustitutivas de la real. Sabía, muy en su fuero interno, que si algún día hacía aquello de lo que se sentía capaz, tendría que actuar absolutamente sola.

39

-Dios os acompañe a casa sin incidentes -dijo la señorita Ingham, y Andrew rezó con más fuerza dentro de su cabeza.

Rezó el pequeño para que sus padres estuvieran a salvo y bien iluminados. Debía de ser la luz lo que mantenía alejadas de Moonwell a las cosas, a los seres monstruosos que había visto reptar por el muro de la cueva, las criaturas que habían vivido en la sombra hasta que Godwin Mann llevó a Dios a su cubil. Ahora salían culebreando igual que los gusanos del interior de un pájaro muerto, y Andrew no podía entender por qué Dios no les mató allí abajo.

A lo mejor no vendrían. A lo mejor tenían que permanecer en el pozo hasta morir, ahora que la cueva era un lugar sagrado. Dios consentiría que bajasen a las casas. No obstante, al recapacitar sobre tantas y tantas desgracias que el Señor permitía que pasaran en el mundo, desgracias que no eran culpa de nadie excepto de él mismo, el chaval no se sentía nada seguro.

Los otros niños irrumpieron en el patio en tropel, como si la negrura no fuera nada temible, peleando o incluso pegándose siempre que la señorita no miraba y, en resumen, comportándose peor que antes de que se pusiera tan oscuro. Nunca se habrían creído lo que vio en el foso. Le encantaría podérselo contar a la señorita Kramer, pero hoy mismo en el salón de actos del señor Scragg había dicho que, como no adoraba a Dios, nadie debía dirigirle la palabra, que tan sólo vivía en el pueblo para apartarles del Señor. A Andrew todavía le caía en gracia, pero por el momento le estaba vedado hablar con ella. Sólo le quedaba el recurso de apelar a Dios y esperar que él le escuchase, aunque seguramente el Señor tenía trillones de personas más importantes que un «mocoso» a quienes atender y, además, ¿por qué había de hacerle caso cuando no se lo hacía a nadie en el pueblo? Recitó el pequeño una última plegaria, se levantó algo torpe y reparó en que la señorita Ingham observaba, delante de él, la puerta del aula. Su corazón dio un doloroso vuelco antes de ladear el cuello y ver a su padre.

Su papá avanzó unos pasos. Estaba jubiloso. Bajo los fluorescentes la palidez de su

rostro parecía casi blanca, excepción hecha de las sombrías ojeras. Tenía los pómulos más velludos que nunca, y sacaba un mentón tan prominente que a Andrew le recordó a una caricatura. Era como si tratase de reafirmarse a sí mismo, pensó el chico, en el instante en que su padre le aferraba el hombro:

-Vamos, hijo, tengo una sorpresa estupenda para ti.

-Llevará usted al niño a casa, ¿no, señor Bevan?

-Eso es lo que haré, Letty. Puesto que es mi hijo, confío en que nada tendrá que objetar. -El hombre aún exultante, exhibía todos sus dientes-. Nos veremos más tarde.

-Hoy hemos ido con la señorita a la iglesia -interrumpió Andrew-. Estaba llena a rebosar.

-¿Y os habéis divertido?

-Naturalmente que sí, señor Bevan. No existe nada más ameno que cantar las alabanzas del Señor -repuso la señorita.

-Pues espera un poco y lo pasarás aún mejor, hijo. Alguien muy especial quiere verte. -La mano de Brian manipuló el hombro de Andrew para girarle hacia la salida-. Ir a la iglesia no es nada en comparación de esto.

La señorita Ingham le sonrió, pero en sus ojos había resentimiento.

-¿Podría saber quién es?

-Yo hubiera deseado sorprender al niño. No lleva lo que se dice una vida muy emocionante. -Bevan se inclinó por encima de su hijo y cuchicheó-: Godwin Mann.

La faz de la maestra se animó.

-¿Y ha preguntado por Andrew?

-Ha preguntado por un buen chico, y yo no conozco a ninguno mejor.

-Tampoco yo. Ve con tu padre, Andrew. Te alegrarás toda la vida.

El pequeño pensó que quizá sí. Podría interrogar al señor Mann sobre lo que iba a hacer Dios con la oscuridad y los seres de la cueva. Si había alguien dotado para quitarle la angustia era el señor Mann, particularmente por lo mucho que aquella entrevista ilusionaba ya a su padre; Andrew nunca le había visto tan pictórico. Tanto se entusiasmó también él, que había seguido a su papá hasta el patio antes de acordarse de que, en realidad, debía penetrar en la negrura.

-Dame la mano, hijito -mandó el padre.

Andrew obedeció con prontitud y salió a la nada. Atravesaron el círculo de luz de la primera farola, y a su padre le faltó tiempo para estrecharle más la mano. No era necesario que le apretase tanto, pero acaso había olvidado cuan fuerte era, o bien era su manera de demostrarle su cariño. Dejaron atrás una hilera de tiendas iluminadas, que a Andrew le parecieron las peceras de un acuario. No pudo recrearse en la idea, hubo de morderse el labio. La mano de su padre atenazaba más la suya cada vez que acometían un tramo oscuro, la atenazaba tanto, de hecho, que él no se sentía aliviado. En un momento dado el chico se preguntó si le daba aquellos apretones para tranquilizarle a él o a sí mismo.

Andrew examinó nerviosamente la cara de su padre al abandonar una laguna negra. Todavía sonreía, mostrando la dentadura, que la farola hacía centellear. ¿Intentaba, bajo aquella fachada bonancible, ocultarle a su hijo sus verdaderos sentimientos? Ahora fue el niño el que estrujó la palma materna, como diciéndole que no se asustase. Irían a ver al señor Mann, descartarían los temores.

Al perfilarse ante ellos el edificio del hotel, el padre de Andrew alzó la vista. Estaba mirando la ventana que brillaba debajo del alero. Adivinó el chico que aquélla era la alcoba de Godwin Mann, un faro salvador en la penumbra. Tanta dicha desbordaba su papá que el pequeño podía distinguir sus encías; su boca era como la de un perro, toda dientes. Cruzaron la plaza, casi a la carrera, tan atentos a la ventana que no descubrieron a la madre de Andrew hasta que ella les interceptó.

June escudriñó al padre de Andrew como lo hacía a menudo con él.

-¿Dónde te habías metido?

-Antes ya te he explicado dónde tenía intención de ir.

-No me digas que has estado todo el día con Godwin.

-En su compañía no se nota el paso del tiempo.

-He tenido que pedirle a Katy que se encargue de la tienda -se quejó ella, y miró con ceño a Andrew-. ¿Dónde está la señorita Ingham? ¿Dónde ibais tú y el chico?

El padre abrazó a su chaval.

-A ver a Godwin, ¿eh, hijito? Será una buena lección para todos los que te consideran inferior a sus niños. Les daremos algo en que pensar.

-No irá a ver a nadie con esa pinta. Respétame a mí, ya que en tan poco te valoras a ti mismo. ¿Quieres que Godwin crea que no sabemos cuidar de su aseo? Como mi padre solía decir, la limpieza es hermana de la santidad.

Andrew tuvo que hacer un esfuerzo para no soltarse de su padre, y era tan sólo porque olía distinto de otras veces. Debía de ser algo que había tocado en la tienda lo que le impregnó de aquellos efluvios mohosos, fríos, pétreos.

-Godwin ni siquiera se fijará -argumentó su papá, que aún le tenía abrazado.

-Él puede que no, pero yo sí. ¿Te gustaría ser la comidilla del pueblo? Vendrás conmigo en este mismo instante -mandó la madre de Andrew, y el pequeño no supo si le hablaba a él o a su padre. ¿No podía lavarse la cara en el hotel? Mas ella añadió-: Además, ¿qué desea Godwin de nuestro hijo?

Andrew casi se puso a chillar, casi arrancó la mano de la zarpa paterna. Su mamá se había detenido debajo de una farola, dejando a los dos hombres fuera del santuario de luz. Se consoló el niño reiterándose que estaba asustado, que eso era todo, asustado y turbado por aquel olor tan semejante al del pabellón de reptiles del zoológico. La mano de su padre no podía tener la textura que él palpaba.

-No sabría decírtelo -fue la respuesta.

-Pues no irá hasta que lo sepa yo. Y, en cualquier caso, reclamo mi derecho a estar presente para asegurarme de que se conduce intachablemente.

La madre volvió la espalda a ambos, como si su única opción fuera seguirla. Atravesaron el cerco luminoso de la farola, y la sombra del padre de Andrew se extendió hacia ella. Una sombra era algo etéreo, reflexionó Andrew, solamente su dueño podía lastimarla. Oprimió ahora la mano de su papá, como si aquello fuera a conferirle el tacto debido. Estaba haciendo aquellas tonterías que sus padres le recriminaban fuertemente. Era demasiado mayor para tener miedo de cosas irreales, especialmente existiendo tantos horrores tangibles.

Su madre se giró de nuevo, a la vez que la sombra de su padre se escamoteaba de la farola siguiente.

-Los Booth han regresado al pueblo, como si no supieran que no son gratos. Ni se te ocurra acercarte a ellos, Andrew.

-Te lo prometo.

Al chico no le sobraría tiempo de visitar a Geraldine y a Jeremy mientras tuviera que velar por su padre. Tiró de éste hacia la tienda. Rezó para que papá se encontrase mejor en cuanto dejasen la oscuridad, pero si subsistía alguno de sus males -si el demonio de la cueva podía influir en él-, Andrew debía responsabilizarse de llevarle a presencia del señor Mann. Así ya no abrigaría nunca más ni un átomo de aprensión ante su padre, no imaginaría que, siempre que penetraban en la negrura, la mano de aquél se volvía más larga, más glacial y más poderosa.

40

Cuando Diana se convenció que los Wilde no aprovecharían su ofrecimiento de hospedaje, tuvo tanta resignación que fue casi como un descanso. Estaba sola y, aparentemente, era eso lo que necesitaba. Habría sido una superfluidad decirse a sí misma que no poseía un espíritu céltico; las profundidades de su mente clamaban lo contrario. De nada habría servido ansiar la compañía de alguien para no exponerse al peligro. Lo único que podía hacer era fiarse de sus instintos, y esperar que no fuera demasiado tarde.

Dio una ronda por la casa y se aseguró de que estuvieran atrancadas todas las ventanas y puertas al exterior. Repasó sistemáticamente las bombillas para reponer las que parecieran próximas a fundirse, y subió la escalera hasta su dormitorio. Se sentía como si hubiera dormido varios días seguidos y tuviera que relajarse para despertar, para ver lo que fuera menester. Se tendió en el lecho y realizó los ejercicios de yoga, trató de vaciar su cerebro y dar acceso al conocimiento.

No funcionó. Una serie de nociones navegaron por su cabeza, aleatorias y tenaces. «La noche está en el sol -pensó-, pero al menos el padre O'Connell no está en el pozo.» ¿Qué diferencia había? ¿Podía identificarse aquella oscuridad con el derrumbamiento del cielo que pronosticaron los antiguos druidas? Dudó si debería apagar la luz para ayudar a su mente a quedar en blanco, mas, mientras se disponía a hacerlo, llamaron a la puerta.

Se apretujó contra la cabecera. ¿Habían captado las dotes sensoriales de Mann que intentaba recobrar la conciencia y venía a habérselas con ella ahora, antes de que lo lograse? «Saltad por las ventanas, como liebres corred -se reavivó en su memoria la vieja canción-. Doquiera que vayáis, de Harry no os podréis esconder.» Bajó a la planta baja arrastrada por su propio agotamiento; nada ganaría posponiendo la confrontación. Pero, al abrir, halló a los Booth en el umbral.

Jeremy parecía estar descompuesto; Geraldine venía revestida de una extraña dejadez.

-¿Podemos pasar? -preguntó ella.

-No faltaría más -contestó Diana con ostensible fatiga-. No pretendía ser mal educada.

Siguieron a la joven al salón, donde Jeremy se fijó en el dibujo de los entecos

montañeros como si le pusieran nervioso. Se aclaró la garganta y admitió:

-No hemos ido muy lejos.

-¿Qué les detuvo?

-La furgoneta se salió de la carretera, y ahora no conseguimos que nos la reparen. Nadie quiere ir al robledal a buscarla.

-¿Por qué no?

-Por causa de esta funesta tiniebla, ¿no lo cree usted así? Es natural que crispe a la gente, que trastoque sus mentes. También me altera a mí. Por lo menos dimos con el camino de vuelta. Por una vez nos sonrió la suerte.

-Yo diría que nos guiaron -especificó Geraldine sin inmutarse.

-Sí, sea como tú quieras, pero te suplico que no discutamos ese asunto delante de Diana. Si tú lo has vivido así, Gerry, es válido para ti.

-No deseo provocar una disputa -dijo Diana, tan discreta como pudo-, pero ¿quién pensó usted que les guiaba?

Geraldine adoptó una actitud de desafío.

-Tan sólo pudo ser una persona: el hijo que no llegamos a tener.

No era aquello lo que había anticipado Diana. Jeremy tomó su silencio por azoramiento, y se apresuró a intervenir.

-Sea cual fuere el caso, hemos venido únicamente para que nos devuelva las llaves y para informarle de que, si se siente sola, nos encontrará en nuestro hogar de siempre.

Diana revolvió en su bolso y extrajo las llaves de la capilla.

-Yo en su lugar no me movería del pueblo -aconsejó Geraldine-. No en la actual situación.

-¿Por qué? -demandó la joven americana, más incisiva de lo recomendable.

-Creo que tan sólo estamos a salvo allí donde hay luces. Tiene que ser ésa la clave, o no habríamos sido traídos de vuelta a Moonwell.

¿A salvo de qué? Cuanto más hablaba Geraldine, más ardua se le representaba a Diana la tarea que estaba decidida a asignarse. Alargó el llavero a Jeremy, quien se levantó en el acto.

-En cualquier momento que quiera compañía, Diana, pásese sin reparo alguno por nuestra casa. Nosotros los ateos tenemos que aliarnos.

La joven contempló a la pareja, con los brazos enlazados, subiendo por la calleja en dirección de la calle Mayor. Recordó la ventana rota de la librería, y supuso que sabrían cuidar uno de otro. Ella ahora no podía preocuparse por nadie, pero estaba segura de que mejoraría las cosas si probaba a relajarse. Y tenía que probar algo más: ir donde había tenido las visiones, arriba, en el páramo.

Tan pronto como desaparecieron los Booth, cerró el chalet a cal y canto y tomó la linterna del coche. Estuvo tentada de eludir por entero el hotel, pero se aventuró hasta la esquina de la plaza. La ventana de Mann continuaba iluminada, con aquel resplandor blanquecino que ella asociaba a huesos, a muerte, a la piel del lagarto sin ojos que un día trepara por la cueva. Se escabulló en la callejuela más cercana, pese a que no había farola alguna en el angosto y empedrado pasaje.

Aunque la calle Mayor estaba desierta en el punto en que la cruzó, escondió la linterna en el anorak y la guardó mientras corría hacia la vereda del páramo. Surcó la vereda con celeridad, elevándose sobre las menguantes farolas, y encendió la linterna al coronar la cima. El óvalo de luz se expandió a través del quemado paisaje, pálido y crecientemente difuso hasta diluirse a unos doscientos metros. Inhaló oxígeno con regusto a ceniza, y se adentró en el páramo.

Había esperado que todas sus fibras vibrasen con una percepción, pero solo nació en ellas un temor abstracto, como si la oscuridad la asediara de cerca. La población era un disperso entramado de núcleos de luz bajo sus pies, una miniatura iluminada que podía estar al lado o a muchos kilómetros. A su alrededor no había sino tallos ennegrecidos y la tierra desnuda, también negra, sin un toque de verdor. Tratando de no ensuciar sus pulmones con el aire con polvo de ceniza se encaminó hacia la cueva.

En cuanto dejó la linde que discurría sobre Moonwell, le entró la fiebre por mirar atrás. Se dijo que el causante era aquel sentido suyo de que el páramo obstruía la luz de la villa. Apago la linterna a fin de acomodar su visión y de ahorrar pilas. Las tinieblas la atosigaron, inundaron sus pupilas, y trajeron algo más, el vislumbre de un rostro con ojos excesivamente pequeños para sus cuencas.

Activó de nuevo el dispositivo de la linterna a tientas, tan atolondrada estaba que casi la dejó caer en la cegadora lobreguez.

Durante unos minutos, o mucho más tiempo, no supo dónde estaba ni quién era. La oscuridad se había convertido en una caverna, demasiado enorme para que su luz alcanzara las paredes o el techo. La veía así porque creía ya estar en una cueva cuando un hundido semblante de ojos diminutos, perdidos en sus alvéolos, se alzaba ante ella, unido a una masa en putrefacción que se movía sin cesar. Era como si no le ocurriera a Diana, como si compartiera la vivencia de otro; sin embargo, se le ofreció con subyugadora vivacidad aquel rostro ajado, embebido en huesos descoyuntados y aureolado por su propia e intensa perfidia, que presionaba contra la suya su boca sin labios. ¿Fue aquello lo que encontró Mann en el foso?

Se mordió los labios, recitó una muda oración -no acabó de discernir a quién-, y cerró los ojos, apagando al mismo tiempo la linterna. De nuevo la penumbra se aglomeró sobre ella, gélida y maciza. Era todo cuanto veía ahora, incluso al levantar los párpados; en efecto, aunque se contornearan los extremos de las laderas contra el fondo del cielo, eran tan tenues que bien podrían haber sido fruto de su invención. Cuando encendió una vez más la linterna, se tomó su tiempo, para convencerse de que era capaz.

La negrura retrocedió, pero sólo ella. Tendría que mantener la luz, o de otro modo jamás hallaría el camino. Una vez se plantase junto a la cueva, en la cuenca rocosa, podría prescindir de tal ayuda. Localizó la trillada senda y la enfiló lo más deprisa que pudo, a pesar de que el vacilante cono luminoso le hacía pensar a cada paso que las formas indefinibles escapaban de su visión dondequiera que enfocaba, y cerraban filas a su espalda después de que pasara la luz. No debía volver la mirada. Dondequiera que lo hiciese, no detectaría más que sombras.

Estando en la cuesta que baja a la depresión hizo un alto, pastosa la boca con el sabor de la ceniza. Le parecía haber oído el crujir de un tallo chamuscado, un ruido mínimo. Pudo ser una ráfaga de viento: ¡cuánto la habría agradecido en aquella quietud! Quizás ella misma había pisado la ramita, aunque no acertó a ver ninguna al pasear en torno a sus pies la luz de la linterna. O quizá no oyó sonido alguno, pensó, a la par que se forzaba a seguir la trayectoria ascendente que le trazaba su luz en el montículo. Al llegar a la cúspide, se convenció de que se hallaba sola en el enclave. Pero, cuando las oscilaciones luminosas sondearon la pétrea y agorera boca, captaron una silueta en el lado opuesto de la cuenca.

41

Fue aquél el día en que Nick tomó conciencia de que en Moonwell los sucesos eran más graves de lo que él suponía. Un brote de histeria religiosa se había apoderado de la localidad, una especie de trance comunitario que, si había comprendido correctamente a Diana, hacía perder de vista a la gente hasta que el lugar figuraba en el mapa. Para el periodista no tenía demasiado sentido, pero era cierto que fuera de Moonwell nadie quería saber nada de Godwin Mann. Su redactor jefe era uno de esos «don nadie», que prefirió enviarle a cubrir el último movimiento de piquetes huelguistas en Lancashire. Julia estaba montando una emisora pirata en otro suburbio de Manchester, pero no quería tener nada que ver ni con Nick ni con las noticias que le ofreciera. Lo único que el reportero podía hacer era desplazarse a Moonwell y constatar por sí mismo lo que pasaba, en cuanto le dieran, claro está, un día de fiesta.

Le había garantizado a Diana que lo haría, y no cumplió su promesa. Y, lo que era todavía más preocupante, no se había percatado de que había dejado esfumarse la oportunidad de visitarla, cuando el silencio matutino de las calles adyacentes a la redacción del periódico le recordaron a Moonwell, le recordaron que en varios días no había pensado en la chica. Sucedía algo mucho peor de lo que la americana le había referido, y al parecer también él estaba involucrado.

Al no poder comunicarse con ella por teléfono, partió hacia Moonwell. En la carretera del distrito de Peak descubrió que ni se acordaba de la ruta ni le era posible localizar a Moonwell en el mapa. Las laderas forestales que tenía ante sus ojos le recordaban las del trayecto que había tomado en una ocasión, y se internó en el bosque, encendiendo los faros debido a la cavernosa oscuridad que imperaba bajo los árboles. Se dijo a sí mismo que era cosa de las frondas; vería la luz del día cuando saliera de la espesura. Y así fue: divisó unas turbulentas nubes sobre el cerro que dominaba Moonwell. Luego se inmovilizaron y el día se oscureció, como si el paisaje fuera una diapositiva que, de pronto, hubieran quitado del visor.

Antes de que acertara a frenar, su vehículo saltó del asfalto. La calzada debía de describir una curva... hacia la derecha, creyó recordar. Hizo girar el volante en este sentido en un acto reflejo, lo único que conservaba en aquellas tinieblas que le habían arrebatado el uso de los ojos. O le falló la memoria, o abordó mal la curva. Tan violentamente derrapó el coche que, mientras se precipitaba por la invisible pendiente, pensó que volcaría.

Todo transcurrió como en un sueño, demasiado brusco para ser real. La negrura no podía envolverle por las cuatro partes cuando acababa de ver la claridad del día. Había

estampado el pie en el freno, pero por lo visto el mecanismo actuaba a su antojo. Barruntó que al fin iba a averiguar qué era estrellarse con el coche; se lo había estado preguntando desde que tuvo que entrevistar a víctimas de accidentes como reportero novel. Había que expeler el aire para no arriesgarse a morir por asfixia en el impacto, eso lo sabía, Pero no veía cuándo se produciría la colisión, no veía nada salvo las luces de los faros dando tumbos en el espacio, tan incapaces como él mismo de traspasar la oscuridad. Su conciencia se despertó entonces, y comprendió que había admirado la luz diurna, los nubarrones y el monte porque era lo que mentalmente esperaba. La verdad estaba en las tinieblas.

Pisoteó con más presteza el pedal del freno, penando por sentir que aún podía controlar algo. El automóvil empezó a patinar. La parte trasera viró hacia lo que tenía todos los visos de ser la nada, el borde de un risco escabroso. Nick tragó saliva y notó que se aflojaban sus intestinos. Soltó el pedal, y las ruedas corrieron sobre la resbaladiza hierba. Una roca puntiaguda, más ancha que el parabrisas, pareció arrojarse sobre los focos un instante antes de que el vehículo se incrustara en su superficie.

La visión hizo que contuviera la respiración. Quedó semiasfixiado, con la garganta y el pecho estragados, mientras la banda diagonal del cinturón aumentaba su tirantez. El impacto contra la roca no fue tan brutal como había temido, pero destrozó los faros.

Buscó a ciegas el freno de mano y tiro de él con todas sus fuerzas, sin poder explicarse el porqué; acto seguido se pasó las trémulas manos por el pecho, frotándoselo, e intentó tragar saliva mientras examinaba en vano las sombras. Al rato bajó la ventanilla, como si aquello fuese a ayudar a sus ojos. No había más que negrura e imágenes espectrales hijas de la sugestión, sin sentido de las distancias, sin ni siquiera un atisbo del coche o la roca. Removió en la guantera bajo el tablero de mandos a la caza de la linterna, que encontró finalmente tirada sobre la alfombrilla, junto a la palanca de cambios. Estaba abollada, inservible.

El único pensamiento que le salvaguardó del pánico fue recordarse a sí mismo que no se había quedado ciego. Había visto los faros hasta que el golpe los inutilizo. La oscuridad era sólo eso, oscuridad, por insólita que resultase a aquella hora del día. ¿Le sería más fácil soportarla de haber sabido qué la originaba? Sentarse en el coche devanándose los sesos nada iba a solucionar. Tanteó la puerta, y cuando tuvo la manecilla la accionó y comenzó a apearse.

Tuvo que cogerse al borde superior del marco de la portezuela para que le hiciera de palanca. Tan empinada era la cuesta, que sus talones resbalaron en el inclinado suelo del automóvil. Al tratar de enderezarse, agarrado al techo, notó que el vehículo se desplazaba unos milímetros. Por un momento tuvo la sensación de que basculaba en la punta de una caída perpendicular, la sensación de que un mero movimiento le empujaría al vacío, mas el coche se estabilizó y Nick aligeró su presión, descendiendo cauteloso, con el cuerpo muy recto, hasta tener ambos pies firmemente plantados en el suelo.

Esperó que la oscuridad cesara de girar en mareantes y rojizos remolinos, al compás de sus latidos cardíacos, cerró los ojos y contó hasta cien. Cuando volvió a abrirlos seguía sin distinguir lo que le rodeaba, ni siquiera el cerro que debía de elevarse encima, recortado contra el cielo. Decidió que no importaba. La carretera estaba un poco más arriba, no tenía más que alcanzarla y continuar a tientas hacia Moonwell. Lo único que había que hacer era desentenderse del coche y trepar por la ladera.

Tardó bastante tiempo antes de ponerse en marcha en aquellas tinieblas. Estuvo tentado de aguardar hasta ver luces en el asfalto y echar a correr, pero ¿cuánto tardaría en pasar algún vehículo? No era incongruente que, quienquiera que hubiese provocado que el resto del mundo -él incluido- olvidara Moonwell, hubiera cortado también el tráfico de salida.

«Ponte a caminar y déjate de monsergas», se increpó a sí mismo para no comenzar a enfrascarse en conjeturas sobre las causas de la oscuridad, e inició la subida, alejándose del automóvil.

Su voz sonó impersonal, disminuida, desalentadoramente independiente de él. Resistió al arranque de refugiarse en el coche mientras pudiera encontrarlo. Cuanto antes viera a Diana, mejor sería. Debería haberse esforzado más en auxiliarla antes de que llegaran las cosas al extremo en el que parecían estar. Dio media vuelta, estiró sus manos ahora imperceptiblemente y encaró la cuesta.

Un minuto de escalada en sentido transversal le llevó a un desnivel menos acentuado donde podía caminar erguido, aunque despacio, colocando el talón de un pie contra los dedos del otro. Calculó que había recorrido unos cincuenta metros en lo que él juzgaba línea recta, cuando una masa se alzó frente a su persona. La presintió un segundo antes de tocarla y recibir el cosquilleo de unas púas en las yemas de los dedos. Era brezo. A partir de ahí, la subida se hacía demasiado escarpada como para encaramarse a ciegas. ¿Era ya igual en el punto donde el vehículo había saltado de la carretera o estaba extraviándose? Tanteó su camino en el brezal, lastimándose las manos con salientes de roca, hacia la hierba, donde el terreno se aplanaba de manera notable. Se tomó un descanso y se puso a escuchar.

¿No debería oír ya algún que otro sonido proveniente del pueblo? La quietud era completa, excepto por los ruidos de su propio organismo; nunca había reparado en que fueran tan diversos. La penumbra se le pegaba a los ojos como si fuera brea. Tenía que estar casi en la carretera. Procuró no acelerar la marcha sino ir paseando, pues el suelo presentaba la consistencia del corcho y no era ni mucho menos liso, por lo que bien podía dislocarse un tobillo, o incluso fracturarse la pierna en una zanja. «Cien pasos más, o quizá ni tantos -se infundió ánimos- y estarás de nuevo sobre el asfalto.»

Aparte de un manojo de brezos, que le habría hecho tropezar de no andar con sumo cuidado, nada había en esos cien primeros pasos como no fuera la suave pendiente. Evidentemente, Nick no tenía ninguna razón para afirmar que cien zancadas le llevarían a la carretera, ninguna razón para sentirse defraudado ni por él mismo ni por nadie. Compondrían el trayecto otras cincuenta, acaso unas cuantas más. Era obvio que no regresaría al punto exacto de la carretera donde se había despeñado. No estaba seguro de cuántos pasos había dado, ya que paró de contarlos porque hacerlo le ponía nervioso. De pronto advirtió que la homogeneidad del suelo le había desviado engañosamente de la ruta.

Se conminó a no girar el cuerpo. Podía olvidar en qué sentido iba y perderse totalmente. «Ya te has perdido», protestó una voz dentro de su cabeza al ladearla por encima de un hombro y luego del otro, crujiéndole todos los huesos, con la esperanza de encontrar la carretera. Lo único a lo que fue sensible fue a la oscuridad, que se alborotaba con su misma ansiedad de ver. La carretera quedaba a su derecha, pero ¿a qué distancia? La situó a unos noventa grados, y rectificó aquel ángulo. Había dado tres pasos cuando pisó un charco bajo la hierba.

-Mierda -maldijo, burlándose de sí mismo mientras giraba los brazos para mantener el equilibrio y sacar el pie del fango.

Por supuesto, lo que oyó fue el eco de su propia risa. Reanudó el avance, pulsando el terreno con la punta del pie antes de posarlo, hasta que, de repente hizo un tanteo en el espacio. Pensó por unos angustiosos momentos que había suspendido la pierna en un precipicio. Se lanzó hacia atrás y cayó sentado en la empapada hierba.

-Bastardo -insultó.

Lamentó al instante haber hablado. Era tanto como reconocer unas risotadas que sólo podían existir en su cerebro, por muy reales y malévolas que le pareciesen, reconocer que las emitía alguien más en el seno de aquella negrura. Tensó una mano antes de que cundiese el pánico en su ser, para comprobar dónde había estado en un tris de hundirse. Era una oquedad de un diámetro no mayor que la longitud de su brazo. Tras verificar este hecho se adelantó agachado en la hierba, con la mano deslizándose por la cara contraria del hoyo y la tierra mojada apelotonándose entre sus uñas, combándolas en su misma base. Sus yemas fueron a reposar en una raíz fría y viscosa en el fondo del agujero, una raíz que, al tacto, se asemejaba a una mano deforme. Se disponía a apartarse de la cavidad cuando la raíz se movió.

Serpenteó en torno a su muñeca contrayéndose y estirándose, mas, antes de que el periodista la retirase, se había esfumado. Nick gateó hacia atrás para salir de la cavidad. Se dijo que había sido un lagarto, intentando no hacer caso de la visión mental que había suscitado en él. Era aquélla la impresión de una mano por la que en principio la había tomado, aprisionando pasajeramente la suya y luego camuflándose en el hueco.

Quedó a cuatro patas, lanzando furiosas miradas a su entorno como si fuera un animal a la defensiva. No debía ceder a esta emoción, sin embargo, pues equivalía a rendirse a la

oscuridad. Se forzó a sí mismo a palpar de nuevo el hueco, para mejor evitarlo cuando se levantara. Era ridículo tener miedo al contacto de un ser vivo y el lagarto debía de estar mucho más conmocionado que él. Reculó como un cangrejo y se puso en pie. Alguien se erguía delante de él, esperándole. Notaba en el rostro su gélido aliento.

-Es sólo el viento -musitó, tiritando, y volvió a desear no haber abierto la boca; hacía que se creyera rodeado de oyentes.

Si fue el viento, ¿por que no oyó su susurro en la hierba? ¿Por qué no se hizo patente mas que en su cara? Aquel hálito olía a mugre y descomposición, y Nick lo relacionó con una boca que bostezara desafortunadamente. Más le valía no ofrecer el rostro a semejantes fauces.

-Sólo el viento -murmuró de nuevo muy bajo, como si no quisiera ser oído.

Trató una vez más de imaginarse a Diana con sus esbeltas piernas, con el moreno cabello ondeando en el ventoso paraje. Aquel recuerdo entrañaba una promesa de luz, y le ayudó a superar su miedo y a moverse de donde estaba. Aventuró unos pasos, de costado -él sostuvo ante sí mismo que para esquivar el hoyo y no a la criatura que, según su imaginación, le había soplado en la cara-, y prosiguió su andadura. No bien había avanzado dos metros, un ser glacial y terso, con hedores de cueva enmohecida, se inclinó sobre su hombro y le siseó algo al oído.

No supo qué le dijo. Se giró en redondo, dando golpes de ciego a quienquiera que hubiese a su lado, con el cuerpo inflamado de pánico, de rabia y de repulsa consciente de que podía detener su puño al tocarlo. Mas el puño se clavó en el vacío aire y arrastró al reportero, haciendo que volviese a desplomarse de rodillas, que se magullara éstas y las manos en la tierra sembrada de rocas. Se levanto como si le impulsara un resorte y se percató de que había perdido del todo la orientación.

-Malditos seáis -imprecó en un murmullo, aunque le habría gustado vociferar la maldición para conjurar el llanto, ya fuera de menosprecio a sí mismo o de terror ante la pesadilla que estaba viviendo.

Escrutó con tanta fijación la negrura que no sólo sus ojos, sino la piel que los circundaba, se irritaron, temblaron sus puños predispuestos a golpear a cualquiera que le rozase, temblaron como el anuncio de unas convulsiones que fueran a sacudirle de la cabeza a los pies. Cada una de las falsas imágenes que había fraguado venía inexorable a por él, sonriendo sin rostro. Tenía la certeza de la presencia de algo que fluctuaba, que le cercaba. Pensó que iban a conducirle hasta una sima sin fondo, que le obligarían a dar el último paso. Se volvió, blandiendo ahora ambos puños y resuelto a defender su parcela donde, al menos, se hallaba a salvo de caer, aunque su mente no estuviera a resguardo de las tinieblas y de los seres que le asediaban. De pronto se quedó inmóvil, tan bruscamente que se torció el cuello: había columbrado una luz y empezó a pensar.

En un primer momento asoció también aquello al borde de un precipicio; sospechó que sus ojos le tendían una trampa, compinchados con la oscuridad. Pero no, la luz existía, era un distante fulgor de su izquierda que subrayaba el contorno de un monte. Fue, a empellones, en su dirección, y habría corrido de haber visto el suelo aunque solo fuera vagamente. Se metió en todos los charcos, tropezó con todas las piedras, en varias ocasiones casi se dio de bruces, mas no cejó en su empeño: caminaba hacia la luz. Sin duda era Moonwell, ya que nada más podía proyectar rayos tan amplios en aquellos vericuetos. El buen augurio del destello le hizo sentir, por contraste, que tenía a sus talones a los susurradores, abiertas sus bocas y sus largas manos, pero se prohibió darse la vuelta. Ascendió por la escarpada cuesta en busca de la luminosidad.

Ya en la cima, vio que la luz brillaba pasada la colina siguiente y fue montaña abajo cojeando, con los tobillos maltrechos. Deslindó en la vertiente irregularidades apenas visibles, pero eran rocas, no figuras agazapadas de cabezas pálidas y aberrantes. Intentó recordar dónde estaban al perderlas de vista en la inmensa lobreguez. Respiraba ahogadamente al llegar a la altura.

Retuvo un gemido al coronar el cerro: la luz estaba aún lejana, como mínimo en la cumbre vecina. Quizá, después de todo, no procedía del pueblo -las refulgencias eran demasiado blancas para dimanar de las farolas-, pero era una luz y lo demás carecía de

importancia. Descendió nuevamente a trompicones, doloridas las piernas, por la sofocante penumbra, preñada con la amenaza de un siseo en su oído, y subió otra vertiente más. Era ésta tan interminable que quedó persuadido de que le guiaría derecho hasta los resplandores o, cuando menos, allí donde pudiera aquilatar con claridad su fuente. Estando ya casi arriba, la luz se extinguió y le dejó en la ceguera de aquella noche ficticia.

No habría sabido definir cuánto tiempo estuvo allí parado, deseando que el fulgor volviera. Al final, por el procedimiento de «punta-tacón», anduvo hasta la cresta del cerro. Se hallaba en la roca desnuda. La vertiente que se extendía a sus pies no parecía ser, en principio, muy accidentada. Iba a emprender la aventura del descenso cuando el haz de una linterna iluminó la peña de debajo, luego su cuerpo, y acabó por cegarle.

42

Al ver a Nick a la luz de su linterna, en un primer momento Diana no dio crédito a sus ojos. Había subido hasta el páramo en busca de soledad, y ahora, cuando menos le necesitaba, se le presentaba él. Mas notó en seguida cómo se tambaleaba por la cuenca pedregosa, y cuan cerca se hallaba del labio de la cueva.

-¡Detente, Nick! -le llamó.

Él se había puesto la mano en los ojos a modo de visera para vislumbrar algo a través del haz de luz; sonrió, inseguro, pestañeando.

-Diana, ¿eres tú? -preguntó, y dio otro paso al frente.

-Sí, soy yo. Haz lo que quieras menos moverte. -La joven osciló la linterna por encima del foso para mostrarle hacia dónde iba y la terrible boca pareció magnificarse-. ¡Ándate con tiento! -agregó, ya que la visión de la cueva había incitado a Nick a retroceder, tan bruscamente que ella temió que perdiera pie en la deslizante roca.

El periodista meneó la cabeza para despejarse, abriendo y cerrando los ojos, y recibió a Diana al dar ésta un rodeo en la cuenca para ir a su encuentro. Cuando se fundieron en un abrazo, comprendieron que era el abrazo inevitable, largo tiempo pospuesto. Meditó la joven que bajo circunstancias más propicias habría sido el inicio inmediato de una relación, a la par que examinaba la redondeada faz del reportero, peor afeitada de lo acostumbrado, y aquella boca ancha que ya no estaba tan segura de sí. Nick ojeó los contornos como si despertase de un paseo sonámbulo.

-¡Dios mío! Estamos encima del pueblo, ¿no es así? -masculló-. No sé cómo he llegado hasta aquí. Debe de haber sido tu luz.

-Sé más explícito, Nick. ¿Qué ha pasado con mi luz?

-Que la vi, la seguí y me trajo a este paraje. -El reportero abatió los párpados, remiso ante la penumbra-. Aunque, bien mirada, no era como la tuya. No era del mismo color, ni del mismo ni de ningún otro.

Ella comprendió que tenía algo más que contarle, pero no deseaba enterarse en medio de la oscuridad.

-¿Dónde has aparcado el coche, Nick, en la calle? Venga, vayamos a mi casa.

Diana advirtió que su acompañante empezaba a temblar.

-El vehículo se salió de la carretera. Entré por una zona boscosa, y estaba tan oscura como ésta. ¿Cómo puede ser cuando son... la hora que sea? -El periodista aproximó la muñeca a la linterna y consultó el reloj-. ¡No te digo! Ha tenido la genialidad de pararse.

-Como todos los del lugar -dijo Diana, dirigiéndose hacia el camino de Moonwell-. Te relataré los últimos sucesos tan pronto como estemos en casa.

Aquello dejó paralizado a Nick.

-¿Sabes qué está ocurriendo? Ardo en deseos de que me lo aclares. Había alguien en la negrura. Creerás que me he vuelto loco, Diana, pero ese alguien me habló.

-No creeré nada parecido, Nick, pero insisto en que no lo comentemos hasta que estemos bajo techado.

El hombre puso los ojos en blanco, unos ojos muy brillantes.

-¿En qué estaría yo pensando para tenerte aquí de charla cuando podríamos hallarnos...? -Se cortó, obviamente por no pronunciar la expresión «a salvo»-. Larguémonos.

Una vez tuvieron a la vista las luces de Moonwell, Diana percibió que Nick se estremecía, ahora refrenando un suspiro de alivio. Él apretó su talle y la soltó, para caber en la angosta vereda. Ya en la calle Mayor observó con nerviosismo a la gente que cuchicheaba, obsesivamente, en las tiendas y bajo el alumbrado.

-¡Dios bendito! -exclamó una voz queda.

Ninguna de las ventanas de Diana estaba rota, ni la esperaban mensajes hostiles detrás de la puerta. El recibidor de techo bajo irradiaba confort, era una hendidura, un remanso de las tinieblas. Las pinturas infantiles colgaban en desorden de la pared de la sala, perfumada con las flores que languidecían en los jarros. La joven reponía los ramilletes de su jardín, siendo éste su único ritual -un ritual inconsciente- para diferir la entrada de la oscuridad.

Nick descorrió las cortinas en cuanto Diana depositó dos tazas de su café en la mesa de la estancia. Aún en la ventana, inquirió:

-¿Te molesta si me siento a tu lado?

-Te ruego que lo hagas.

Tomaron ambos asiento en el sofá, y Nick quedó indeciso sobre si debía tocarla, hasta que ella se apiadó y cubrió su mano con las suyas.

-Todo va bien -le murmuró, sin saber muy bien a qué se refería.

-Perdóname. No suelo ser tan vergonzoso, pero todo esto me ha calado hondo, más de lo que cabía prever.

Diana le prefería así, con menos confianza en sí mismo de la que imaginaba que tenía frente a otras mujeres, excepto por aquellos temblores que le recordaban la penumbra y lo que en ella anidaba.

-Ahora estamos a salvo -declaró lo más convincentemente que pudo, y abrazó al periodista.

Y, en efecto, la joven se sintió a salvo por el momento, se sintió soñolienta, cálida y cómoda al acariciarle Nick el cabello. Habían pasado unos pocos minutos, cuando él tomó resuello en actitud muy decidida y la apremió:

-Muy bien, cuéntame lo que pasa.

Debido tal vez al tiempo que había estado sola en posesión de la verdad, a Diana se le trabó inesperadamente la lengua.

-Todavía no me has contado tú tu odisea.

-Simplemente, me extravié en la oscuridad y terminé, de un modo u otro, en la cueva. Fue como si me trajeran hacia ella con malas artes. -Nick no dejó de espiar las reacciones de la joven-. No pareces sorprenderte.

-Te creo, Nick. ¿Qué más puedo decir?

-Lo que piensas que está sucediendo. Por ejemplo, qué significan estas tinieblas. En nuestra última conversación me diste a entender que era inminente algo así.

-Es probable que lo insinuase, sí. ¿Es esto lo que te ha traído aquí? -indagó Diana con tristeza, juzgándose responsable.

-Diana, lo que me trajo es el hecho de que, de la noche a la mañana, todos comenzaron a actuar como si jamás hubieran oído hablar de Moonwell. Tú me habías avisado, sólo que rebajaste el tono para hacérmelo creíble. Participa del mismo fenómeno que la negrura.

-Eso me temo.

-Adelante, podré aguantarlo. Dime de qué se trata.

Ella le miró resignada, y obtuvo a cambio una sonrisa titubeante.

-Todo radica, según he podido colegir, en la criatura que vivía en la cueva, la que Mann vino a destruir. Fue un adversario invencible para él. Puede incluso que el predicador viajase hasta el pueblo engatusado por ese ser, como un instrumento de liberación.

-Todavía no me has definido quién es o qué opinas que es.

-Alguien que estuvo en estas latitudes en tiempos de los romanos, y que tiene que ver con la luna. Narran las historias que los druidas le invocaron para que les ayudase. Y la oscuridad acaso sea una venganza por que la humanidad le ha tenido confinado en la cueva durante todos estos siglos. También puede ser -añadió la joven, acordándose de Delbert en la rectoría- un medio de reducir a las personas a un estado primitivo.

-Eso es justamente lo que hizo conmigo ahí arriba, en el bosque. Me encantaría poder concluir que hemos perdido ambos el juicio, pero lo cierto es que, de un modo global, te creo. Claro que de poco te va a servir conmigo aprisionado en el pueblo, ¡diablos! -bramó Nick con amargura para agregar, más melancólico-: Tal vez me echen en falta.

-¿Sabe alguien que estás en Moonwell?

El periodista hizo una mueca de desencanto.

-Probablemente, para cuando empiecen a añorarme habrán olvidado por qué lugar les preguntaba a todas horas.

-Tienes mucha razón, Nick. Eso también forma parte de los acontecimientos.

-Y los seres que me circundaban en la oscuridad... -El reportero se interrumpió y desvió una ansiosa mirada a la ventana, pero tras el bajo seto no había más que una farola-. Y bien, Diana, ¿qué vamos a hacer?

La pregunta restituyó a la joven a la cruda conciencia de los hechos, desde el sentimiento casi de placidez en el que se había acunado por ser capaz de explayarse y ser creída. ¿Qué podía contestarle? Fuere cual fuere su misión, no veía de qué manera podía él auxiliarla: sólo confiaba en que no tratase de inmiscuirse. En estas cábalas estaba sumida en el instante en que Nick la urgió:

-Cualquiera que sea la decisión, habrá que tomarla sin demora.

El cambio de tono hizo que Diana se volviera, con el pulso desbocado antes incluso de constatar por qué el periodista había clavado la vista en la ventana. Al otro lado del cristal, una por una, las farolas se apagaban.

43

Andrew se repitió que ahora estaban seguros. Su padre lo estaba. Se hallaban en casa, bajo la luz eléctrica. Su padre era el papá de siempre salvo, quizá, por la rareza de sus ojos. Ya no sonreía con aquel rictus que al pequeño le había recordado a un perro; al contrario, cada vez que se cruzaban sus ojos desde ambos lados de la mesa, mientras cenaban las tortillas de la señorita Ingham, el hombre le dedicaba una sonrisa auténtica. Sí, era una sonrisa, pero a Andrew le intrigaba, le movía a pensar que su padre quería transmitirle un secreto que él era demasiado imbécil para captar. Al fin el chico creyó entenderlo, e inclinó rauda la cara hacia el plato para zafarse de su madre. Papá le estaba diciendo que debían hacer una escapada al hotel y ver al señor Mann.

Acaso su padre había inventado ya algún subterfugio para salir de casa, y éste era el motivo de que hubiese engullido su tortilla como un lobo hambriento, sin paladearla, y adoptado la actitud del que aún espera que le alimenten.

-Se ha comido la tortilla en un santiamén -recalcó la maestra-. ¿Le queda un hueco para otra?

Intervino la madre de Andrew.

-Me parece que tendrá que conformarse, los alimentos escasean en casa y, en resumidas cuentas, en todas las tiendas del lugar. Ya es hora que se organicen bien las entregas. ¡Cielo santo, cualquiera diría que les asusta la penumbra! -Se centró ahora en el padre del chico, aunque apartándose al mismo tiempo de él-. Por cierto, ¿a qué hueles? ¿Te has tirado encima

alguna porquería del almacén?

-No, que yo sepa.

-Pues despides unos vapores hediondos. ¡Date un baño!

Andrew intuyó de qué hablaba, aunque él había cesado de notarlo en cuanto les amparó la iluminación: era la fetidez de los umbríos rincones del zoo, lugares donde reptaban amasijos de reptiles como el que el niño había pisoteado en la cueva. ¿Era aquél el olor de la tiniebla?

-Yo no huelo nada -espetó a su mamá-. ¿Y usted, señorita Ingham?

-La señorita Ingham tiene unos modales demasiado exquisitos para admitirlo -replicó la madre, y escudriñó a Andrew igual que si deseara hacerle saltar de la silla de un bofetón-. Además, en esta casa soy yo quien tiene que habérselas con los olores. Y no escucharé una palabra más sobre el asunto. Es un tema poco agradable para dilucidarlo en la mesa. Por este camino, no sé dónde va a llegar nuestra familia.

La señorita Ingham sonrió comprensivamente a la otra mujer y lavó los platos de la cena, lo que no hizo sino exasperar más todavía a la madre de Andrew. Su padre se refugió en un sillón y contempló las tres farolas que se veían desde la ventana. Andrew deambuló de estancia en estancia, estorbando. A él le convenía que mamá y la maestra fueran amigas, porque se le había ocurrido una idea: la señorita Ingham podía pedirle a Godwin Mann que viniera, ya que de todos era conocida su afición a las visitas. Mas, si lo sugería ahora, su madre se pondría hecha un basilisco. Quizá mejoraría su humor tras la sesión de plegarias.

-¿Dirijo yo la oración? -se brindó la maestra.

El chico se arrodilló junto a la butaca de su padre, quien también se deslizó hasta el suelo; una ojeada de soslayo llevó a Andrew a comparar su movimiento con un escurridizo culebreo para bajar de una peña.

«Te damos gracias, Señor, por todas tus promesas», empezó la señorita, mientras el pequeño meditaba que las únicas promesas que a él le interesaban era que se disipara la oscuridad y que su padre volviera a su ser normal.

Andrew apretó fuerte los párpados y rezó fervientemente por ambas cosas dentro de su cerebro, a la vez que barbotaba una letanía en respuesta a la señorita Ingham, y unos segundos después se arriesgó a abrir los ojos con la esperanza de que Dios le hubiera dado audiencia. Sus manos cruzadas se agarrotaron, enterró el mentón en el pecho como si aquel gesto fuera a alterar lo que había visto. Ahora, sólo dos de las farolas de la calle permanecían encendidas.

Cerró de nuevo los párpados, tan herméticamente que tuvo una punzada de dolor, e intentó reiniciar su rezo. «No hagas que se vaya la oscuridad ahora mismo si es muy difícil o estás atareado -rogó-, pero por favor no apagues más farolas, eso no lo hagas. -Tenía el temor de haber fundido él mismo las bombillas al mirarlas para verificar si la penumbra se había diluido, poniendo a prueba a Dios cuando tantas veces, en la clase, la señorita Ingham les había prevenido en contra-. Creo en ti -hizo profesión de fe-, creo que puedes hacer cuanto quieras, y por eso te imploro que no permitas que se extinga ninguna otra luz; rezaré diez minutos cada noche si me lo concedes; rezaré hasta quedarme dormido.» Mantuvo los párpados bajados todo el tiempo que pudo, y entreabrió luego una ínfima rendija. Los volvió a cerrar enseguida, orando desesperadamente. Las tres farolas se habían apagado, y la tiniebla les acuciaba desde detrás de las cristaleras.

Se encorvó mucho sobre las manos unidas, como si así fuera a esconderse. Deseó poder conservar los ojos cerrados toda la vida: al menos, la penumbra que encerraban sus párpados le pertenecía. Pero su madre exhaló un alarido y, repentinamente, hasta su propia oscuridad fue excesiva. Se forzó a abrirlos para examinar a los adultos, que habían dejado de rezar. No vio nada. La luz de la habitación también se había apagado.

-Todo está en orden, señora Bevan. Dios vela por sus criaturas. Elevémosle una plegaria para que nos guíe -murmuró entre las sombras la señorita Ingham.

-¿Dónde está el niño? -gritó la madre de Andrew-. Toma mi mano, pequeño. Date prisa y no tropieces con nada.

Andrew alargó el brazo en una negrura semejante a la de la boca de la cueva y encontró la palma materna, que temblaba sin parar mientras tanteaba el aire en su busca. Hubo de

sujetarse ella misma la muñeca con la mano libre a fin de aquietarla, pero tuvo un nuevo espasmo cuando habló su padre, en una voz cuyo retumbo exacerbaba el silencio.

-No perdáis la calma -dijo-. Sé lo que hay que hacer.

Andrew se hizo la reflexión de que estaba levantándose, no creciendo a una descomunal altura en la oscuridad. Detrás de la ventana resonaban quejidos y chillidos de pánico: las luces se habían ido en todo el vecindario. El chico cayó entonces en la cuenta de que había visto cómo se incorporaba su padre. ¿Por azar rutilaba en la penumbra? No, los centelleos se filtraban a través del cristal y perfilaban los cuerpos de las mujeres, y también el de él, tan ligeramente que apenas se destacaban.

-Seguidme -ordenó el hombre.

La madre tiró del niño hacia ella, por si acaso su marido trataba de arrebatárselo.

-Aquí estamos a salvo. ¿Dónde vas? -interrogó, rígida su voz.

-¿Es que no lo ves? -El padre de Andrew atravesó el vestíbulo con la soltura de quienes tienen visión nocturna, y abrió la puerta de la calle-. Si no me crees, convéncete por ti misma. Todos van. Saben que sólo resta un lugar al que puedan dirigirse.

La madre avanzó a su vez por la sala, ella extremando la prudencia y con Andrew tan bien sujeto que le hacía daño en el brazo, dispuesta a hacerle recular. Más allá del jardín el muchacho divisó la calle Mayor, tan tenebrosas las casas como las formas que había vislumbrado ascendiendo por el foso y las ventanas similares a láminas de pizarra. Los negros edificios y las callejas le aterrorizaron. La avenida principal estaba concurrida por figuras que caminaban hacia el centro de Moonwell, donde nacía el resplandor.

-Es una señal -susurró la señorita Ingham, aunque indudablemente se trataba de los focos que usaban para iluminar la fachada del hotel.

Al advertir la madre de Andrew que, en la acera de enfrente, otras personas habían dejado sus casas y se sumaban a la muchedumbre, empujó a su hijo hacia la verja.

-Ya que hemos de ir, corramos. No me gustaría quedar rezagada en todo esto.

Lo que no le gustaba era que la excluyeran de los cánticos de la plaza, hacia donde confluía la población en pleno. Andrew se esforzó en creer, mientras se adentraba en la oscuridad, que el himno les guardaría de todo mal. La tonada se difundió entre la multitud hacia ellos, y su madre tiró de él para que la corease.

«Me acercaré más a ti, mi Señor», cantó el niño con toda la potencia de sus pulmones, como para exorcizar lo que le inspiraban las calles umbrías, abiertas como bocas de caverna.

Que le arrastrara el opaco gentío también le ponía nervioso, aunque fueran al hotel, donde se alojaba el señor Mann. Se juró a sí mismo que se le quitaría el susto tan pronto como llegasen. Su padre andaba a buen paso a su lado, con la cara vuelta hacia el destello. Andrew vio refulgir oscuramente sus dientes, comprimirse sus labios al vocear el salmo. Por una extraña razón el pequeño no encontraba aquello tranquilizador, ni tampoco las borrosas cabezas que asentían, o que se mecían a su alrededor y encima de él. Por lo menos, la luminosidad se incrementaba y no tardaría en distinguir las caras más cercanas, en algunas de las cuales se reflejaba un miedo no inferior al suyo. La plebe aflojó la marcha al aproximarse a la plaza, aunque las personas de las últimas filas daban incesantes empellones, con impaciencia o nerviosismo, hacia la luz.. Andrew vio que los grupos de delante, ya en la embocadura de la calle, alzaban la vista e hincaban la rodilla en tierra al descubrir cuál era la fuente de los fulgores.

La gente arrodillada tuvo que correrse hacia delante para que el resto de la muchedumbre pudiera congregarse en los límites de la plaza, y ésta fue la causa de que pasaran unos minutos antes de que Andrew viera lo que los demás veían.

-Dios es nuestro salvador -masculló la señorita Ingham, a la vez que la madre del niño rompía a llorar.

La maestra quería decir que Dios ya les había salvado, pensó Andrew vigilando a su padre, que tenía los ojos prendidos de las alturas con una expresión en la que parecían mezclarse el sobrecogimiento y un terror secreto. Su semblante se inundó de luz al levantar en volandas a su hijo, con unos brazos más poderosos que cuando éste era pequeño, y Andrew lo vio todo.

No eran los focos. Las grandes lentes cuadradas que estaban instaladas al pie del hotel permanecían a oscuras. Por una fracción de segundo el niño creyó que había salido la luna llena, aunque faltaban unos días para esta fase, hasta que se percató de que la cascada luminosa brotaba de la ventana del señor Mann, que se hallaba abierta. El predicador estaba allí, apoyado en el alféizar. Andrew quedó sin resuello, se diría que era él quien irradiaba el torrente deslumbrador.

El señor Mann enderezó la espalda al llegar el himno a su fin. A aquella distancia el pequeño no pudo deslindar sus facciones; su faz se le ofrecía homogénea como la luz, y brillaba con radiante blancura. El predicador separó las manos, en apariencia para encauzar los rayos que se vertían sobre la plaza, y quienes no estaban ya de rodillas asumieron tal postura. Al dejarle su padre en el suelo, su mamá dio a Andrew un manotazo en la cabeza, instándole a que la inclinara y dejara de mirar. Con una voz que al chico le sonó tan próxima como las de sus padres, el señor Mann se aprestó a anunciar:

-Ahora debemos orar; recemos; recemos para que se haga la luz.

Andrew cruzó las manos con tanta fuerza que le dolieron los dedos. El murmullo que circuló con la plaza le demostró que todos querían que sus preces fueran oídas tan vehementemente como él mismo. Su padre había cerrado ya los ojos y musitaba algo con fervor, aunque parecían gruñidos. Dio un cauteloso vistazo a su alrededor al notar que todos se habían callado, y él enmudeció a su vez. Se produjo una quietud absoluta en la turba que esperaba unas palabras del señor Mann. Elevó el rostro al cielo en el momento en que la señorita Kramer irrumpió en la plaza.

-¡No le escuchéis! -exclamó.

44

Cuando se apagó la segunda farola, Nick fue corriendo a la ventana de guillotina y levantó la parte corrediza. Falló una tercera cuando sacaba el cuerpo con objeto de investigar. Se sintió como si la oscuridad bajase en pleamar desde el páramo a su encuentro, para darle constancia de que tampoco él se libraría. Se volvió hacia Diana, esperando que estuviera tan desquiciada como él mismo a fin de, calmándola, paliar sus propias emociones. Pero la chica estaba conformada, lo que aún le perturbó más.

-Las bombillas de las farolas se están fundiendo -informó, con el único propósito de hacerla hablar.

-Sí, ya lo sé.

La inesperada afabilidad de la joven surtió el efecto de capturar a Nick más todavía en su trampa.

-¿Qué quieres que hagamos? -preguntó.

-¿Qué quieres hacer tú, Nick?

-Algo, maldita sea. Cualquier cosa menos aguardar que venga a buscarnos.

Se arrepintió de haber dicho aquello, en particular porque no acababa de saber qué significaba; seguramente el sujeto omitido era la negrura. Volvió a asomarse por la ventana, y posó accidentalmente la vista en el coche de Diana. ¿Si huían en él, no dejarían atrás la penumbra? Mas el automóvil se desdibujó antes de que lo propusiera.

Pensó que se había quedado ciego, pero pronto comprobó que la lámpara de la estancia tampoco funcionaba. Las iluminadas ventanas de las casas del otro lado se apagaron. Se oyeron quejas y un griterío infernal. Diana se plantó junto a él, asiéndole de la mano.

-No te inquietes, Nick. Tenía que suceder. Creo que, al menos temporalmente, es tarde para detenerlo.

-Tu coche aún funciona, ¿no? Dame las llaves si no deseas conducir -dijo el reportero con apremio-. Si escapamos, podemos traer refuerzos. No salvaremos a tus niños sin ellos.

-¡Ojalá fuera tan sencillo! -Diana había recogido la mano de Nick entre las suyas, como si así fuera a sosegarle-. Ya ha habido personas que lo han intentado, y todas se vieron obligadas a regresar. Tú mismo tuviste indicios del porqué en el páramo. Y otras que deberían haber vuelto no lo han hecho. ¿Por qué motivo? Detesto siquiera el planteármelo.

El reportero se sintió peor que indefenso, se sintió sojuzgado por la tiniebla.

-Por Dios, Diana, esto es jodidamente grotesco -blasfemó, en una maldición que era lo más parecido a una plegaria.

-¡Pobre Nick! Lamento de veras haber inducido en ti la idea de venir. Quizá cuando veamos lo que va a ocurrir... -Las palabras de Diana quedaron en suspenso-. Voy a averiguar por qué la lobreguez no es aún mayor.

¿Qué mayor lobreguez quería? La joven estiró el cuerpo fuera de la ventana, y Nick entendió a qué se refería, pues divisaba la calle y las casas tan tenuemente que, al principio, lo tomó más por un anhelo que por una visión real. La gente abría sus puertas al observar que las luces de sus vecinos también se habían extinguido. Desde algún rincón oculto un hombre gritó, impacientándose:

-Prueba ahora. Son plomos nuevos, no pueden haberse estropeado.

Los moradores de las viviendas que se alineaban frente a la de Diana salieron a los senderos de los jardines para ojear la calle, y el periodista, en su afán de ver algo, proyectó el cuerpo más que el de su amiga.

Un resplandor lo bastante intenso como para realzar con nitidez los tejados se elevaba de la plaza central del pueblo. Se oyeron una serie de portazos, los que daban los lugareños que se encaminaban allí, casi todos los vecinos de la calle a medida que iban viendo la luz. Nick vio una serie de polillas acudiendo a la llama, y la palidez de las refulgencias le dejó más dubitativo aún.

-Es como la luz que seguí en el páramo.

Las manos de Diana se tensaron en torno a la suya.

-Por supuesto, ésa es la finalidad fundamental de la oscuridad: crear en las personas una desesperada ansia de luz, de cualquier luz. Ve... o quédate si lo prefieres -rectificó, atisbando al periodista con cara de disculpa-. Trataré de poner remedio a la situación.

-Entonces, sabes lo que la luz representa.

-Sí, pero no tengo tiempo de explicártelo. -Al resistirse él a retirar su mano, Diana se le acercó hasta rozarle-. En serio, Nick, no tienes por qué respaldarme.

-Impídemelo si puedes.

La soltó, aunque sólo mientras tanteaban obstáculos en el recibidor y traspasaban la puerta del chalet.

Todas las calles se estaban vaciando, y la población avanzaba al son de un himno. Un anciano se detuvo en el umbral y quiso encender una vela para orientarse, renegando a diestro y siniestro porque los fósforos no aguantaban encendidos, pese a que no se movía una brizna de aire. Diana eludió al gentío y fue hacia la plaza por una calleja que estaba ya desierta, sólo un operario que manipulaba los distribuidores de las farolas callejeras, con rasgos tan rígidos en el rostro que parecía una máscara. Nick halló el espectáculo incoherente y enternecedor, aunque aumentó su sentido de la vulnerabilidad, sus nervios de que los resplandores se desvaneciesen como los del páramo y les sumergieran a todos en la negrura.

La fuerza de la luz fue a más al desembocar en la plaza el periodista y Diana. Estaba rebosante de público, en su mayoría puesto de rodillas. El fulgor esculpía los semblantes como si fueran de hielo y también resaltaba sus ojos, fijos en algo que el reportero no veía desde el ángulo por el que Diana y él habían accedido al lugar.

-Se diría que es una noche de luna -comentó Nick, furioso por cómo le impresionaba la escena-. Según una vieja máxima popular, en esta época del año la luna enloquece a los hombres.

Cuanto más cerca estaban de la luz, más se convencía el periodista de que era mejor la oscuridad. Por lo menos, tal como incidían los fulgores en los ojos del gentío, era improbable que reparasen en Diana.

La americana y él aún no habían penetrado en la plaza cuando finalizó el himno. Quienes se hallaban de pie cayeron de rodillas al absorber el silencio sus postreros ecos. ¿Se había intensificado la claridad? Múltiples hileras de rostros, blancos como si estuvieran sin sangre, se alzaron hacia ella. Nick se dijo que había querido hacer algo desde el principio, y que tal vez era ésa su oportunidad. Pero, al doblar la esquina del hotel y ver la fuente de aquel chorro luminoso, quedó boquiabierto, sin moverse.

Por un momento creyó que alguien había conseguido canalizar la potencia de uno de los generadores del hotel a un proyector montado en una de las ventanas superiores, mas acto seguido distinguió la figura tras el alféizar, una figura tan enteca como un filamento del que manaran luces a borbotones. Vio el óvalo facial salido, descarnado, con toda la apariencia de haber sido roído hasta los mismos huesos por aquellos gélidos brillos. Se parecía menos a una cara humana real que a una abstracción ideal izada de la misma.

-¿Es ése Mann? -preguntó incrédulo Nick.

-No creo que lo sea -respondió Diana en voz baja-, ya no.

Nick no estaba muy seguro de desear una aclaración de la chica, y además no era la ocasión adecuada para reclamarla. Diana dio un paso al frente en cuanto la figura de la ventana abrió sus irradiantes manos. En la opresiva quietud, la hechicera voz del predicador

sonó tan próxima como si hablara detrás mismo del periodista.

-Recemos para que se haga la luz -propugnó.

-¡Eso es! -exclamó Diana junto a su amigo-. Dios, naturalmente. -Se lanzó ahora hacia la plaza, y gritó a la multitud-: ¡No le escuchéis!

Al instante todos los rostros se volvieron hacia ella, privadas sus pupilas del faro iluminador. Nick se había encontrado a menudo en oleadas de odio entre policías y piquetes, pero nunca había sufrido una tromba de hostilidad tan peligrosa como aquélla. Se adelantó rápido para acudir al lado de Diana, llevado no tanto por la absurda noción de que había de protegerla de la turba como por la esperanza de que alguien más se les uniera.

En un primer momento nadie se movió, aunque hubo un tumulto de animosidad que Nick temió que se conviniera en vocerío y, más tarde, en violencia. Diana no hizo ningún caso y se enfrentó al personaje que se recortaba en la ventana de guillotina. Inhaló una bocanada que el periodista sintió en sus propias vías respiratorias y dijo, sonora pero desapasionadamente:

-Especifícales qué luz quieres que invoquen.

La figura extrajo la cabeza por la sección corrediza. Nick no recordaba que el evangelista tuviera un cuello tan largo.

-Es usted la señorita Kramer, la maestra de escuela, ¿verdad? Lamento que su resentimiento proceda de haber perdido el trabajo en beneficio de alguien más devoto. Todas las luces son la luz de Dios, señorita Kramer.

-¿De qué dios? -provocó Diana, aunque tuvo un titubeo al surgir entre la concurrencia una sinfonía de siseos y gemidos-. Conoces bien el significado de mi pregunta -añadió, retadora-, por mucho que hayas transformado a esta gente de manera que no pueda discernirlo.

Mann cruzó los brazos sobre el pecho, como si hubiera de soportar una carga en el interior de su sayo.

-Si se ve usted con ánimo de ilustrarnos, señorita Kramer -repuso, de nuevo con una voz embaucadora que parecía absorber como un jirón de niebla los sentidos de Nick-, nos tomaremos el tiempo que haga falta para oírla.

Corrieron entre la plebe risitas cínicas y pateos de impaciencia. Diana dio una ojeada general y aguardó a que se sofocaran, igual que habría hecho en un aula.

-Antes que nada deseo dejar algo bien claro -afirmó-. Yo soy tan víctima de esto como todos vosotros. -Aquella frase le valió tanto miradas de aprobación como de crítica-. Estamos atrapados aquí. Alguien nos tiene donde quiere tenernos -sentenció, y escrutó a Mann.

-Alguien llamado Satanás -bramó una robusta mujer de cabello pelirrojo-, que está tan empeñado como usted en expulsar a Godwin. Pero ni uno ni otro lo lograrán.

-La cuestión no es tan elemental como usted pretende, señora Scragg, y me cuesta trabajo creer que todos piensen lo mismo. Alguno se habrá parado a reflexionar sobre las recientes anormalidades. Vosotros, los comerciantes, bien habréis visto que no recibís mercancías desde hace ya varios días. Y han desaparecido por esos andurriales nuestros policías y el equipo de salvamento de montaña. Nos están aislando sistemáticamente del mundo exterior, y perdemos una tras otra a las personas que podrían encontrar soluciones.

-Eso es una vil argucia incluso en alguien como usted -criticó un hombre apoyado en su báculo, ensombrecida su faz por la ira-. Está utilizando esas pérdidas para ganar su batalla. Yo todavía no he dado a mi hijo por desaparecido, y si es así se extravió cumpliendo con su deber, como los restantes miembros de la patrulla.

-Y no nos importa que nos aíslen del mundo -opuso una mujer joven-. El mundo es un nido de malignidad. El intento de marginarnos sólo puede ser obra del diablo, para que abjuremos de nuestra fe. Poco sabe él que así vivimos mucho mejor. Somos autosuficientes; si se impone la supervivencia, tenemos víveres y medicamentos en abundancia.

Algunos de los asistentes quedaron desconcertados. «Ésta es tu gran ocasión», exhortó en silencio Nick a Diana, preguntándose si no debería hacer algo él. En aquel momento, una mujer chilló:

-¡No queremos que nuestros niños sean formados por ateos! No queremos que salgan de

nuestra localidad y se relacionen con descreídos. Godwin nos ha traído todos los maestros que necesitamos.

-Maestros de verdad, no como usted -vociferó una vieja a la americana, secundada por un coro de abucheos. «Se supone que sois cristianos», pensó Nick, indignado, y lo habría dicho a no ser porque la voz embrujadora seguía impregnándole-. Al parecer, señorita Kramer, lo único que puede ofrecernos son dudas y oscuridad.

-Tengo mis dudas, en efecto, y voy a exponerlas. -Las palabras de Diana afluyeron ahora resonantes, diáfanas y más serenas que nunca-. Esas dudas constituyeron la muralla que no me deja confiar en Mann. Me gustaría saber qué sucedió cuando bajó a la cueva, qué encontró en su hondura y qué hizo.

Varios pares de ojos convergieron ahora en la ventana del predicador. Tal vez denotaban más curiosidad que reticencia, pero hasta aquello era preferible a la fe ciega. La flaca figura se enderezó. Debía de ser un juego de la perspectiva lo que prestaba al evangelista una estatura mayor que la que tenía en las asambleas previas, mas a Nick le sugirió la idea de que Mann se preparaba para mostrarles algo en contestación a Diana. Casi llego a creer que, al dilatarse la luz, también su cuerpo había empezado a hincharse.

Intervino entonces la señora Scragg.

-Cualquiera con un ápice de religiosidad puede inferir lo ocurrido -sermoneó-. Ese nombre de ahí arriba es un santo donde los haya. Y con eso basta. Hemos venido a rezar, no a escuchar sus impías palabras, señorita Kramer. Si no cierra la boca hay aquí muchas personas que se la sellarán gustosas.

Nick dio una zancada hacia la joven.

-Tal vez haya también personas deseosas de oírla. Hacerlo sería un acto de sensatez por parte de todos.

-Habló el guardaespaldas -se mofó la señora Scragg.

En aquel mismo instante un oficial de policía muy estirado, de cara angulosa y delgado bigotito, se hizo un hueco entre la muchedumbre hacia Nick.

-¿Puedo preguntar quién es usted y de dónde viene? -inquirió.

-Soy corresponsal de prensa y amigo de Diana. Estoy en Moonwell porque...

En cuanto mencionó a Diana, estalló la barahúnda.

-¡Otro extraño que intenta socavar los pilares de nuestra fe! -aulló una segunda joven que no necesitaba al mundo.

-O que va a contar un montón de mentiras sobre nosotros para que las hordas extranjeras traten de pervertirnos -colaboró alguien desde la otra punta de la plaza.

-Debo suplicarle que se vaya -dijo el inspector a Nick-, antes de que se altere el orden público. -El hombre debió de apercibirse de la poca predisposición del reportero a cooperar, porque subió el tono de su voz-. De otra forma, tendré que ordenarle que me acompañe al cuartelillo.

-Yo le ayudaré, inspector. -Un sujeto fornido como un toro y que olía a carne cruda hizo pivotar a Nick sin darle opción a razonar, y le atenazó los brazos en la espalda, casi contusionándoselos-. Muévase -le gruñó-. Si me ocasiona complicaciones le romperé los brazos con la misma facilidad que le retorcería el cuello a un pollo.

45

Diana observó cómo el carnicero empujaba a Nick hacia la calle, con el inspector de policía escoltándole, y debatió consigo misma lo que tenía que hacer. Su voluntad le dictaba ir tras su amigo y asegurarse de que no le lastimarían, pero no podía desprenderse de la impresión que la estaban alejando engañosamente de la plaza. La cara de la fulgurante ventana se ladeó en su dirección, y durante unos instantes vio la luna donde debería haber un rostro, una luna sonriente con pozos en vez de ojos. ¿Era la cara de Mann una amalgama de manchas detrás de la luz? En medio del pálido refulgir de lo único que tenía constancia era de la sonrisa, una mueca de triunfo que a la expectante multitud bien podía aparecérsele como una bendición. La joven echó a correr en pos de los tres hombres, sorteó al inspector y se puso en el camino de Nick.

El periodista avanzaba empujado, cabizbajo y con los brazos torcidos hasta los omóplatos. Al ver a Diana, se esforzó en aparentar que el carnicero no le hacía ningún daño.

-Siento no haberte sido útil -se disculpó, espiando a la mujer bajo las cejas bien pobladas-. Ignoraba que las cosas hubieran ido tan lejos.

El carnicero le zarandeó los brazos.

-No hables.

-Esa medida no era necesaria -medió el inspector-. Cuide únicamente de que no le dé esquinazo.

El hombretón aflojó su garra sobre el reportero, aunque sólo un poco y a disgusto. Debían otorgarle una cierta confianza con el policía, caviló Diana, debían creer que le quedaba algún resquicio de decencia.

-Ve con ellos, Nick. No crees problemas. Sabré dónde encontrarte.

-¿Y qué será de ti, Diana? -protestó él, con una contracción al tratar de levantar la cabeza-. ¿Dónde irás?

-Seré una mera espectadora de los acontecimientos. No me expondré al peligro -mintió la joven.

El carnicero continuó llevando al detenido hacia la comisaría de policía con idéntica brutalidad, y Diana regresó a la plaza.

Quienes se habían incorporado en el curso del altercado estaban nuevamente de rodillas. El lugar se hallaba repleto de máscaras blanquecinas, extáticas, alzadas al cielo, y de negruzcas sombras, inmóviles como el hielo. Si volvía a interrumpirles se apresurarían a silenciarla; más tarde o más temprano, Mann obtendría su plegaria. Diana no podía sino permanecer alerta y esperar que el conocimiento que fluctuaba en las fronteras de su cerebro le hiciera un buen servicio. Pero apenas había entrado en el ámbito de la plaza y la señora Scragg ya se había puesto de pie para abordarla.

-Usted no, señorita. Sabía que volvería con el sigilo de una víbora a estropearlo todo.

-He dicho lo que tenía que decir.

-Sí, una sarta de canalladas. Yo opino que habríamos de velar para que nadie vuelva a oírla mientras oramos. ¿Hay aquí dos hombres fuertes que quieran ayudarme a llevar a esta corruptora de nuestros menores donde no pueda perjudicarnos?

Dos individuos se levantaron en la proximidad de sus respectivos hijos, Ronnie, que siempre tenía los bolsillos demasiado abultados, y Thomas, dotado de una ingenua picardía a la que sólo la casta de Mann podía poner objeciones. Ambos chicos miraban a Diana llenos de animadversión. La joven se recordó a sí misma que les habían inculcado aquella actitud y buscó con los ojos otros de sus antiguos alumnos, pero los niños que vio rehusaron mirarla a ella. Se sintió de pronto vencida y desmoralizada, a merced del ser que todo lo dominaba desde la ventana, más aún cuando los padres la agarraron, magullándole los brazos.

-No deberían actuar así -se defendió, haciendo acopio de calma-. Estamos en Gran Bretaña, ¿no? En este país no se maltrata a la gente sólo porque no comulgue con las ideas de uno.

-No lo hacemos con los nuestros -concretó el padre de Ronnie, tan cerca de la joven que ésta detectó en su aliento efluvios de leche agria.

-Usted se ha propuesto impedir que nuestros hijos recen -acusó el otro hombre-, y se ha propuesto impedir que recemos nosotros. Y no lo consentiremos, así que le ordeno que cierre ahora mismo el pico.

-¡Dios mío! -exclamó Diana con una vocecilla demasiado débil-. ¿No ven nada raro en lo que está aconteciendo aquí?

La señora Scragg abofeteó a la americana en pleno rostro.

-No mancille el nombre del Todopoderoso. Éste es -aseveró ante los padres- el género de blasfemias que solía enseñar a sus hijos. La llevaremos a mi casa y la vigilaré a conciencia. Ya me las he tenido con otros de su ralea.

Los hombres sacaron a Diana de la plaza a empellones, tan salvajemente que se habría caído de bruces de no tenerla también afianzada. Hubo de tomar un poco de carrera para recuperar el equilibrio, y se hizo daño en los pies contra el asfalto. Habría sido inútil forcejear. Volvió el rostro con objeto de dar un último vistazo al hotel. De nuevo la cara de la ventana estaba manchada como la luna, pero sonreía, presentaba una sonrisa que era casi más ancha que la cabeza. Presumiblemente tan sólo ella la veía, ya que un murmullo de alivio nació en la congregación al anunciar su voz meliflua:

-Ahora que no queda aquí ningún hereje, hagamos ostentación de nuestra fe para que la oscuridad se convierta en luz.

La señora Scragg echó una mirada atrás y luego otra, a Diana. A la mujer debía de pesarle no poderse integrar en las preces. La multitud entonó un salmo, ahogando la voz de quien les dirigía.

-Dios de nuestros antepasados, ilumina la tiniebla -recitaron tres veces-. A ti nos ofrecemos sin reservas.

Ahora sí que Diana luchó para soltarse -lo habría intentado todo con tal de evitar lo que sentía avecinarse-, pero los hombres la arrastraron a la calle Mayor y luego a un callejón que discurría por delante de la escuela. Fuera del recinto del hotel, la oscuridad se hizo mucho

más patente. Sus aprehensores apretaron la zarpa, y la joven concluyó que no se limitaban a prevenir una hipotética fuga, sino que exteriorizaban en ella su inconfesado pavor a la oscuridad. En un momento dado, el padre de Ronnie alzó la vista más allá de los amenazadores bloques de negrura en que habían degenerado las casas.

-Dios sea loado. ¿Ven lo mismo que yo? -susurró.

Diana elevó la cabeza, y el corazón le dio un vuelco. Podían apreciarse las líneas de los tejados y de las chimeneas delineados por una aureola blanca. No era únicamente la luminiscencia del hotel; la oscuridad se batía en retirada como un velo raído, revelando un cielo nocturno poblado de densas nubes. Un contorno volátil, de cerco blancuzco, fluyó detrás de los nubarrones hacia un claro del cielo. La joven supo que era la luna, pero en lo más hondo de sus entrañas temió ver el rostro agigantado de Mann asomando entre dos bancos de nubes, dedicándole una de aquellas muecas de triunfo. Razonó que no había necesidad de inventar tales pesadillas, a la vez que hacía un vano intento de relajarse para que sus celadores suavizaran la presión a la que la estaban sometiendo. La luna no sería ni más ni menos horrible por eso.

«Muéstranos tu luz, ¡oh Dios de nuestros padres y de los antecesores de éstos!», cantaba la plebe, ahora con excitación.

La señora Scragg prendió los ojos del cielo, donde unas venas de alba luminosidad se dispersaban y conferían a las nubes un nuevo volumen. Diana se estabilizó a fin de liberarse de una sacudida y correr como un gamo -no le brindarían una segunda oportunidad-, mas la señora Scragg se giró prestamente hacia ella.

-Encerremos a esta mujer en un sitio seguro y podremos dar gracias.

Enfiló un corto camino entre macizos de flores acotados por losas de cemento, y desatrancó la puerta del edificio que había al final del camino.

-Ya podéis traérmela -dijo.

Los padres azuzaron a Diana sendero arriba, al mismo tiempo que el pedazo de blancura se desembarazaba de los nubarrones. Al cerrar la entrada la señora Scragg, con todos dentro, el claro de luna bañó la casa.

46

Geraldine se acurrucó contra Jeremy en el sofá del rincón de la librería, y aguzó el oído en la negrura. Los gritos y alaridos de las calles habían sido sustituidos por himnos y se habían desplazado hacia el corazón del pueblo, lo que significaba que durante un tiempo no habría más heces de perro ni mensajes amenazadores en el buzón. La oscuridad se había llevado a sus verdugos, y ella esperaba que ahora hiciera algo mejor. Si Jonathan persistía en su timidez y en no dejarse ver, quizá la penumbra se lo devolvería.

Deseaba más que ninguna otra cosa que Jeremy le aceptase. No había de permitir que su marido se inhibiera, espantado y ahuyentando a su propio hijo. Notaba los esfuerzos de Jeremy para respirar regularmente y no ceder a unos incipientes temblores. Escuchó los salmos y las oraciones, ahora tan distantes, y escrutó la lobreguez que le producía una visión desenfocada y carente de sentido. Apenas había oído al coro de los piadosos cuando, sin

previo aviso, un haz luminoso se propagó por el suelo frente a ellos.

Al verlo, Geraldine se olvidó incluso de respirar. Después de vivir tanto tiempo a oscuras, se diría que el retazo de suelo iluminado estaba siendo recreado ante sus ojos, detallado tan fielmente como una fotografía pero infinitamente más real. El claro lunar mostraba los granos de las losas del parquet y la negra solidez del agujero de un nudo; incluso una astilla se silueteó con suma precisión frente a la aguja que era su sombra. Cuanto más lo contemplaba, mayor vivacidad asumía aquel sector del entarimado. Jeremy comenzó a temblar; debía de creer que tenía alucinaciones.

-Está ocurriendo de veras -le musitó Geraldine-. Ven, salgamos a verlo.

Le guió a través de la tienda, cuyas desabastecidas estanterías eran casi invisibles fuera de la senda de luz, y abrió la puerta del exterior. La pintura de las casas consistía ahora en adornos negros sobre paredes blancas, como si hubieran vuelto al estilo Tudor. El espectáculo de las calles desiertas y relucientes suscitó en Geraldine el deseo de danzar bajo la luna. Avanzó animosa, asida a su marido, por el sendero del jardín, mientras el astro nocturno sobrevolaba las cubiertas.

En un principio no pudo adivinar por qué el aspecto de la luna la intimidaba tanto. Daba la sensación de que su presencia arrinconaba a las nubes, de que limpiaba el cielo de nubes por los cuatro puntos cardinales, pero la mujer estaba convencida de que aquélla era labor del viento, un viento que soplaba demasiado alto para sentirlo. En cuanto al brillo, no era de extrañar que un simple cuarto creciente pareciera relumbrar más de lo habitual después de tanta oscuridad. Ninguno de estos factores la inquietaba. De repente, supo dónde radicaba el mal. Era la luna nueva la que debería estar completando su ciclo tras los nubarrones y la tiniebla. El tiempo había corrido más aprisa de lo que ella creía: el cumpleaños de Jonathan le había pasado inadvertido. Su mente se acusó de algo peor que negligencia, era como haber abandonado a su hijo solo en la oscuridad.

-Jeremy, quiero ir a alguna parte -declaró.

-No tenemos la furgoneta.

Booth se había relajado una vez la luna apareció en la bóveda celeste, pero ahora su tono fue de desmoralización.

-No me refería a eso, o cuando menos, ahora no -dijo Geraldine, tomando su mano-. Sólo deseo pasear.

Dirigió él la mirada hacia el centro de Moonwell, donde la población entera ovacionaba, clamoreaba y cantaba un himno.

-Lo que insinúas es que aprovechemos ahora que no hay nadie para interceptarnos, ¿verdad?

-Supongo que sí.

-Estupendo, paseemos. Además, éste es nuestro pueblo mientras residamos en él, así que veamos si alguno de esos mal nacidos tiene el coraje suficiente para prohibirnos cara a cara que hagamos lo que nos plazca. ¿Dónde te apetecería ir?

-Hasta el extremo de la calle y regresar.

-O sea, al cementerio.

-Desearía pasar allí unos minutos, sí.

-Gerry, si has de volver a empezar con todas esas fantasías de que Jonathan nos condujo hasta aquí...

-Convinimos que no mencionaríamos más el asunto, ya que lo único que sacamos en claro son discusiones. Allí me siento cerca de él, y no hay más que hablar, ¿de acuerdo? Querría haberle recordado de un modo especial el día de su cumpleaños, pero por lo visto he reaccionado tarde.

-Lo lamento -se excusó Jeremy, como si ella hubiera logrado hacerle responsable del descuido, y aferró su mano al dejar el sendero del jardín.

Aparte de la celebración en la plaza, era igual que estar solos en Moonwell. La calle Mayor se había transformado en un sueño de sí misma, un sueño recién coloreado y preservado por la gélida luz. Permanecieron en la avenida principal hasta tener a la vista la plaza, a la muchedumbre que cantaba jubilosamente alzando sus manos unidas hacia la

esplendorosa sonrisa que se ladeaba, casi esquiva, en el cielo. Jeremy se metió en unas callejas angostas cuyas ventanas superiores relucían con el reflejo de la luna que las inundaba en su luz, dejando los adoquines del suelo saturados de tinieblas. Geraldine advirtió que su esposo iba a paso veloz por si una nube inesperada eclipsaba el astro. No debía angustiarla que no fuera porque compartía sus sentimientos respecto a Jonathan: compartía lo esencial, la pena de la pérdida, sólo que la afrontaba de forma diferente. Lo malo era que estaba tan imbuido de su propia manera de hacer que no podía dar por válida la de nadie más.

Emergieron de la ciénaga de negrura de la calle Mayor a unos centenares de metros de la iglesia, y la mujer se preguntó por qué de repente todo su cuerpo se ponía tenso. Con la luna inundándolas desde el alto y empinado tejado, parecía que las paredes estuviesen encaladas. Las sombras llenaban el exiguo pórtico, maceraban las faces de las gárgolas; la luna había desvirtuado las tres caras de cada una de las largas y estrechas vidrieras en arco. Se acordó Geraldine de que aquella parroquia no tenía ya sacerdote; de cualquier forma, no pudo ser sólo la desolación lo que impulsó a Jeremy a contener el aliento.

La mujer estudió su semblante conmocionado y sus ojos derivaron hacia el camposanto, donde Jeremy había fijado los suyos. Unas sombrías lagunas se intercalaban sobre la hierba con las reverberantes lápidas, lagunas negruzcas como arañas que habían anidado en las raíces de los álamos y del roble, pero nada no habitual para un cementerio, salvo que Jeremy hubiera columbrado algo a través de la reja que ella no acertaba a localizar. Ahora que aguzó la vista, ¿no había una pálida forma en la hierba, entre la verja y las tumbas? Acudió a la carrera, en un arranque irreflexivo.

Jeremy farfulló una protesta y trató de agarrarla, pero ella se desembarazó de su mano. El hombre la alcanzó cuando llegaba a la cancela. Geraldine se paró, con la mano extendida, a unos centímetros del pestillo, el corazón bombeando a todo ritmo y no porque hubiera corrido. Una figura pequeña, desnuda y blanca yacía boca abajo entre los hierbajos, en el borde del sendero que comunicaba las losas.

La mujer la miró desde los barrotes, con la garganta estrangulada por una emoción que nunca habría sabido definir, mientras Jeremy tiraba de su brazo.

-No mires, vámonos -murmuró él muy agitado, mas Geraldine volvió a sacudírselo de encima.

El desnudo cuerpecillo estaba tan inerte, que no osaba acercarse para averiguar el porqué de su inmovilidad. Aunque la luz de la luna lo revestía de una apariencia marmórea, la mujer tenía la total convicción de que albergaba vida, o que la albergó algún día.

-Déjame en paz -le espetó a Jeremy al ver que estiraba nuevamente las manos hacia ella, y la criatura del césped alzó la cabeza.

-¡Por Dios! -balbuceó el marido.

Esta vez se cogió a su esposa para que le sostuviera, no para llevársela, pero Geraldine no se percató hasta que se volvió furiosa hacia él. Sus ojos se habían desorbitado al espiar lo que había al otro lado de la verja. La mujer expulsó una trémula bocanada de aire y se instó a girar la cabeza, a mirar de frente a la desnuda figura. Era un niño, un varón. De momento su mente no asimiló nada más, aunque más tarde habría de admitir ante sí misma lo que le asustó creer lo que veían sus ojos. El pequeño la escudriñó como si estuviera demasiado exhausto, o espantado, para demostrar emotividad, excepto quizá una débil súplica en sus pupilas ebrias de luna. ¿O eran imaginaciones de ella? El aparecido se puso débilmente a cuatro patas, con la empapada hierba volviendo a la verticalidad allí donde estuvo tumbado, y Geraldine constató que tenía los ojos azules igual que Jeremy, unos ojos azules inmersos en un rostro cuadrangular que era la versión reducida del de su marido salvo por los labios, que se asemejaban más a los suyos. Un irresistible brote pasional la empujó a avanzar, inconsciente hasta del golpe que se dio en el codo contra el hierro de la puerta. Tan pendiente estaba de llegar junto al niño que en un primer momento no comprendió por qué no podía, no notó que Jeremy la sujetaba.

-Suéltame -mandó. Intentó conservar la calma, sus emociones bullían como una bomba-. Me parece bien que no quieras acompañarme. Quédate aquí y espera.

-¿Te has vuelto loca? ¿Es que no lo ves? -El pánico deshilvanaba las ideas de Booth, y

su garra se cerró como sustitutivo de las palabras-. Temí que viniera cuando se apagaron las farolas. Pensé que la luna lo mantendría alejado.

-Vamos, Jeremy. -Geraldine acarició aquellas manos que apretujaban sus hombros para aliviar al tirantez-. Mírale otra vez. No es un objeto encontrado en los caminos, sino un niño. ¿No sabes aún quién?

Él aventuró una nueva y reticente ojeada, y sus manos se pusieron todavía más yertas que antes. Cuando habló su voz sonó muy quebrantada.

-No lo es... Creí que era... ¡Dios mío, ya no sé ni lo que veo! Sea quien fuere, esto no me gusta. ¡Déjale, Gerry, por lo que más quieras!

El niño se tendió de nuevo en la hierba, con la cabeza aún tiesa para observarles pero más titubeante. ¿Se estaba oscureciendo la luz en sus ojos, o era tan sólo que no captaba ya la de la luna? Geraldine se deshizo del acoso de su marido, amablemente pero con firmeza.

-Es un niño, Jeremy, un niño de carne y hueso que está solo en el frío y la oscuridad. No vamos a dejarle a su triste suerte, ¿eh? Dudo mucho que tú seas capaz de algo así.

-Muy bien, pues pregúntale dónde vive. -Jeremy, aunque había bajado el tono de voz, estaba al borde de la histeria-. O dile que vaya a la plaza en busca de alguien que cuide de él. No tienes por qué empecinarte en que vaya a casa con nosotros.

-Eso último no lo he oído, Jeremy. No lo has dicho tú, ha sido otro, alguien con quien yo nunca me habría casado. Yo no podría convivir con nadie que tuviera esa actitud hacia los niños.

Geraldine clavó en su marido una mirada que más era una advertencia y, volviéndole la espalda, atravesó la cancela. El pequeño empezó a sonreírle tímidamente mientras ella recorría el sendero y se desabrochaba la cremallera de la cazadora. Sus senos bailaron sueltos bajo la camiseta ahora que ninguna prenda de abrigo los comprimía, y la mujer se sintió momentáneamente como una madre que fuera a amamantar a su bebé. El niño se aupó de nuevo sobre las extremidades, resplandeciendo su blanca piel en el claro de luna, y Geraldine se apercibió de que la hierba que había recibido su contacto también titilaba. Debía de ser porque el peso de su cuerpo la estrujaba y liberaba la humedad del suelo. Al meditar cuánto tiempo podía haber pasado acostado a la intemperie, en la húmeda y desabrigada tierra, le entraron ganas de llorar. El pequeño se irguió dificultosamente poco antes de que le diera alcance, con sus larguísimos dedos colgando de ambos flancos de un pene sin riego sanguíneo. Tenía la edad de Andrew, pero nada en común con él: no había en aquel niño amago ninguno de sensibilidad, lo que Geraldine atribuyó, una vez más, al cansancio.

-Ven aquí -le invitó con ardorosa compasión, y le arropó con la cazadora.

Al subir la cremallera para tenerle caliente, sus dedos tocaron el cuello infantil. Tiritó sin poder reprimirse, tan frío y mojado estaba. Le tomó impulsivamente en sus brazos, antes que guiarle de la mano, y le afligió sobremanera comprobar que aún pesaba menos de lo que ella esperaba; poca carne cubría la endeble osamenta. Estampó sus labios en la glacial frente del pequeño, tan ancha como la de Jeremy.

-Te alimentaremos -prometió en un susurro.

Estaba casi en la puerta cuando Jeremy hizo irrupción en el cementerio.

-Han cesado los cánticos en la plaza -informó de un modo apenas inteligible, desviando unos ojos remisos hacia la faz del niño que transportaba su mujer-. La sesión de rezos ha concluido.

-Tenemos que llegar a casa sin que nos vean.

-Gerry... -empezó a implorar él, negándose a examinar una vez más aquella cara.

-No me lo vas a impedir, Jeremy, ni tú ni ellos. Ya hemos hecho bastantes renuncias.

Geraldine aún no había acabado de hablar y ya corría hacia la calleja más próxima. Al doblar furtivamente la esquina, oyó cómo la multitud abandonaba en tropel el centro de reunión.

-No te internes ahí sola -recomendó el desesperado Jeremy y echó a andar tras ella, sumergiéndose en la sombra.

El niño no dejó de contemplar a la mujer mientras ésta surcaba atropelladamente los vacíos paisajes. En una ocasión Geraldine hubo de esconderse en un callejón para evitar a una

familia que regresaba a casa sin prisas, entonando un cántico. Jeremy tomó la delantera en la calle Mayor, e hizo a su esposa un apremiante gesto de recular hasta que quedara lo suficientemente despejada como para cruzarla. Saltó de dos zancadas a la capilla y franqueó la entrada a Geraldine, un segundo después de que aparecieran los Bevan en el extremo de la hilera de fallidas farolas, bajo el risueño cielo.

Geraldine llevaba al niño en volandas por la librería, donde la luz lunar colmaba de volúmenes de sombra los anaqueles, y por la sala, hasta la habitación de huéspedes del primer piso. La recogida estancia rebosaba blancura, más en el lecho. Depositó al pequeño sobre las sábanas y retrocedió para mirarle, mientras Jeremy entraba en la alcoba. El rostro infantil, cobrando al parecer vida al amor de la luna, abrió una boca sonriente. Geraldine asió la mano de su esposo, aturdida en una marea de anticipación. Los ojos del niño se iluminaron al verles allí de pie, juntas las manos, frente a su cama.

-Mamá, papá -dijo.

47

Nick no hizo ningún intento de dialogar con el policía hasta que se marchó el carnicero, y para entonces ya estaba confinado en una celda. Quizá debería haber peleado por su libertad cuando aquel gigantón le conducía en la oscuridad, pero de nada le habría servido a Diana si su aprehensor le hubiera dejado lisiado, algo que el hombre hervía en deseos de hacer, instigándole con voces como «Venga, prueba a fugarte» en el oído igual que un comediante de Lancashire dándoselas de «poli» duro. Así pues, el periodista permitió que le arrastrase hasta la pequeña comisaría, que era sin duda ninguna todo cuanto el inspector requería de él.

Un recodo de la calle Mayor obstruía la visión de la plaza desde el cuartelillo, edificio éste de limitadas dimensiones, con una doble puerta en el fondo de un porche y ventanas de peculiar angostura insertas en los gruesos muros, todo bajo una cubierta a dos aguas, que a Nick le recordó una escuela de pueblo. Una vez dentro, el oficial de policía paseó el haz de su linterna de pared a pared. Se destacó así el mobiliario en la intensa lobreguez: un mostrador y varias mesas desocupadas. Los anuncios, escritos en cuartillas de puntas dobladas y claveteados al tablón, se adelantaron al darles la luz como pájaros que salieran del nido. El inspector desajustó una tabla plegable del mostrador e hizo señal al carnicero de seguirle con el prisionero, pero Nick se resistió al ver que el breve pasillo desembocaba en una celda.

-No es necesario recurrir a estos extremos -se quejó entre dientes, agolpadas las lágrimas en sus ojos al torcer el forzudo tipo aún más sus brazos.

-*Tú* no eres necesario -replicó el carnicero con saña, haciendo chocar su cabeza contra la del reportero-. Puedes estar agradecido de que no te tratemos como mereces.

El policía abrió la reja y se hizo a un lado en un total mutismo. El carnicero espoleó a Nick sin miramientos por el corredor y, acto seguido, lo lanzó al interior de la celda. Nick agachó la cabeza en el momento justo, de tal manera que sólo sus hombros colisionaron contra la gravedad vecina al único catre. Ojeó impotente la llave, que destellaba bajo la linterna, mientras el inspector le encerraba.

-Si quiere que le vigile, no tiene más que decirlo -ofreció, expectante, el carnicero.

-No hará falta, gracias. Puedo apañarme yo solo.

-En el caso de que cambie de idea ya sabe dónde encontrarnos.

El hombretón había hablado como si le enojara la insinuación reprobatoria que destilaba la voz del inspector. Se alejó con paso marcial y cerró de un portazo las hojas del porche. Al ver que el policía se iba a la sala principal, Nick renqueó hasta los barrotes.

-Inspector -le llamó.

-No le he dejado, no se apure. He de conocer ciertos detalles de usted para el atestado.

La luz circuló ondulante por entre las mesas, que se balancearon como si la oscuridad fuera un mar desbordado. Nick se agarró a los hierros para desechar la impresión de que la penumbra le estaba ahogando. Al fin, el haz de luz se redujo a la medida del pasillo y le enfocó a él.

-Dígame su nombre, por favor.

-Nick Reíd. Pero no pensará que pretendía infringir la ley, ¿verdad? ¿No podría dejarme libre? Le doy mi palabra de que no busco pendencias.

La luz azotó ahora su rostro.

-¿Dirección?

-No puedo facilitársela hasta saber de qué se me acusa.

-Eso ya lo he puntualizado antes: perturbar el orden público. Tenga la bondad de darme su dirección.

-Ansío mantener el orden tanto como usted. Estoy aquí para ayudarles, ¿no lo entiende? Me preocupa Diana Kramer. Ella es la razón primera de mi venida. Si se niega a soltarme a mí, le ruego, en nombre de Dios, que haga todo lo que sea menester para proteger su integridad. No se quede en un despacho rellenando formularios.

-Si tanto interés le inspira esa mujer, ¿no le parece que habría sido mucho mejor tenerla calladita? Cuanto antes me informe de los pormenores, antes podré reanudar el trabajo, y desde luego en eso le doy toda la razón, pues creo que es eso lo que debería estar haciendo.

-¡Dioses! Se ha propuesto imponer el orden en Moonwell por sí solo. ¿Qué les ha pasado a sus subordinados?

-Posiblemente ahora mismo estarán de vuelta a Moonwell. Y vendrán con refuerzos. Después de todo, usted ha llegado. Es de presumir que no tuvo ningún problema para hallar el camino.

-Déjeme salir de aquí y se lo contaré.

-Mucho me temo que no habrá trato -respondió el inspector con una risa seca, sin alegría-. Dígame su dirección, por favor, si desea que me ocupe de su amiga la maestra.

¿Cuánta burocracia precisaba aquel relamido para persuadirse de que todavía ejercía el control?

-Estuve en un tris de no llegar -explicó Nick-, y no creo que nadie más lo consiga. Podría hacerle una descripción bastante completa del panorama de ahí fuera, pero, maldita sea, no se la haré mientras permanezca enjaulado como los monos del parque.

Hubo un silencio, y la luz descendió. Era como admitir la derrota, o al menos como si el policía estuviera recapacitando sobre el ultimátum de Nick. La linterna se extinguió.

«Idiota», gruñó el periodista desde la base de su garganta. Pero la luz no había sido desconectada para amilanarle. En efecto, Nick entrevió la cara del inspector, cuadriculada por el reflejo del enrejado, vuelta hacia el ventanuco de la celda. La luna se derramaba con generosidad. El reportero se sintió inervadamente feliz al sumirse todo en la negrura, pero sus instintos le pusieron al corriente de inmediato. El resplandor se parecía demasiado a la luz que divisó en el páramo y más recientemente a la del hotel.

En la plaza, los lugareños prorrumpieron en vítores. Eso sólo podía significar que no estaban haciendo daño a Diana, pero tampoco era un consuelo. El policía iluminó el cuaderno de anotaciones.

-Sea lo que fuere lo que iba a relatarme, ahora estaría fuera de lugar. Lo único que quiero de usted es que me dé sus señas.

Nick le habría vapuleado de buena gana de no hallarse el otro fuera de su alcance.

-¿De veras cree que ha vuelto la normalidad? -le increpó con frenesí-. ¿No le inquieta lo más mínimo el cambio que se ha operado en su localidad?

-Me inquietaría, evidentemente, si no tuviera fe en Dios -contestó malhumorado el inspector-. Toda autoridad proviene del Señor, entérese. Es una grave responsabilidad que espero ser digno de asumir. Si él no me salva del error, desearía que me diga usted mismo quién puede hacerlo, usted y el resto de sus cómplices subversivos. Y ahora...

Ahora iba a preguntarle de nuevo su dirección, especuló Nick desazonado. Mas el inspector le dio la espalda, alertado por unos ruidos que se oían en las puertas del porche.

-¡Está abierto! -exclamó.

Tan sólo le respondieron los ecos festivos de la congregación, que aún se prolongaban por el corredor hacia la pululante oscuridad de la sala grande. Se repitieron por fin los ruidos de la puerta, unos arañazos con visos de urgencia. El policía centró la luz de su linterna en la

puerta de entrada.

-¡Entren! -gritó.

No recibiendo respuesta tampoco ahora, echó a andar por el pasillo. Las mesas volvieron a brillar en el océano de negrura al expandirse en la estancia el cono de luz, pero ¿era también ésta la causante de las aparentes vibraciones de las puertas?

-Aguarde -solicitó Nick, de súbito nervioso-. Asegúrese de quién anda ahí antes de dejarle pasar.

El inspector arrojó sobre él una mirada de profundo desdén.

-La dama que tiene por amiga le ha contagiado su histerismo. ¿O quizá me está sugiriendo que le deje salir por si necesito su ayuda? Habrá de madrugar mucho más para pillarme a mí de primo, camarada.

El hombre apuntó con la linterna al pomo de las puertas y las abrió de par en par.

Quien estuviera a la espera bajo el lúgubre porche de la comisaría se coló tan deprisa que Nick no pudo ver por qué el policía tropezaba hacia atrás, tirando la linterna, que rebotó contra la pata de una mesa y fue a parar al suelo de linóleo, girando vertiginosamente, convirtiendo la habitación en un tiovivo de atosigantes visiones. El periodista advirtió que el inspector se abalanzaba sobre las puertas y las cerraba. Demasiado tarde. Al darse el hombre la vuelta y salir disparado hacia la vitrina donde guardaba una colección de cachiporras, tres formas le embistieron.

Eran perros, perros salvajes a juzgar por sus aullidos y la forma de rasgar los tejidos. La luz de la linterna los iluminó de pasada y Nick vio que abatían al inspector, con sus babeantes y ensangrentados hocicos enterrándole sus colmillos en el muslo mientras otro destrozaba su muñeca, al tratar él de defenderse. El oficial exhaló un alarido, y ya no se oyó sino un agonizante gorgoteo. La siguiente ronda de la linterna descubrió al tercer animal aposentado encima del policía, con las uñas en su pecho y dándole dentelladas en la garganta como si fuera un roedor gigante. Debía de estar prácticamente muerto cuando su pierna libre se estiró con un espasmo y la bota trituró contra el muro el receptáculo de las pilas. Se hizo la oscuridad en la sala policial, punteada por jadeos, gruñidos y dientes que abrían jirones de carne en el cuerpo inerte del policía.

48

La casa de los Scragg estaba construida en la falda de la colina, a un tiro de piedra de la escuela. Diana la había comparado frecuentemente a una garita de centinela, descorridas siempre las cortinas de las ventanas que daban al colegio, y ahora que estaba dentro comprobó que la realidad se correspondía con su aspecto. Aunque demasiado amueblada para su tamaño -el perchero sólo era tan ancho como la mitad del vestíbulo, lo que hizo que Diana quedara aplastada entre los dos hombres que la introdujeron, de canto al estilo de los cangrejos, en la casa- era como el anexo de una institución, fría e inhóspita. El padre de Ronnie hundió el puño en la curva de su espalda y la metió de un empellón en la sala de estar.

Estaba, al igual que el resto de la vivienda, atiborrada de muebles, y hedía a tabaco rancio. La joven creyó que el humo había ennegrecido hasta los cuadros de las paredes, hasta que cayó en la cuenta de que las manchas eran sombras proyectadas por la luna. También las pinturas y la chimenea de madera eran excesivamente grandes para la estancia, como si las hubieran trasladado desde otra casa a fin de prestarle un ambiente más hogareño, e incluso la señora Scragg quedaba desproporcionada.

-Pónganla ahí -ordenó la señora Scragg, señalando un sillón cercano a la ventana.

Los padres descargaron a Diana en la iluminada butaca, que gimió, hundió sus muelles y exhaló hedores de tabaco.

-Trate mis muebles con respeto -rugió a la joven la directora de escuela-. Le hago saber que éste era el sillón predilecto de mi abuela. Bien, supongo que habré de quedarme aquí y perderme todos los cánticos. Sería una idea excelente obligarla a ponerse de rodillas y unirse a la acción de gracias.

-Si eso es lo que quiere, señora Scragg, nosotros haremos que se muestre un poco más respetuosa -se entusiasmó el padre de Ronnie-. Ya va siendo hora de que alguien le enseñe a comportarse, después de cómo ha hecho proliferar la barbarie entre nuestros niños.

-Según mis noticias, permitía que mi Thomas desperdiciara el día entero contando chascarrillos inaceptables para una persona honesta. Quizá consideren eso formativo en el lugar de donde viene. Le di a mi hijo una lección que nunca olvidará, pero debería haberla castigado a ella, no al niño. En mi opinión, aún no se le ha pasado la edad de aprender.

-Les quedo muy agradecida a los dos -dijo la señora Scragg-. Me satisface sobremanera saber que los padres respaldan nuestros métodos. Pero pueden ir a rezar con sus familias: yo me basto y me sobro para tener a raya a la señorita Ateísmo Indulgente.

-No me cabe la menor duda -repuso, riendo a carcajadas, el padre de Ronnie-. Si la oímos lloriquear, no regresaremos para preguntar el motivo.

Diana, sentada en la butaca, les dejó desbarrar. El padre de Thomas agitó el puño ante ella, saliéndosele la camisa de dentro de los pantalones y exponiendo su ombligo a la vista de la joven, que apenas lo deslindó en la semipenumbra como un agujero ciego, arrugado, en medio de una mata vellosa. Parecía distante y absurdo, tanto como todo lo demás. Que le hablaran en tercera persona había contribuido a ausentar su mente, la había desterrado tan lejos que ni siquiera las amenazas lograban hacerla volver. Se diría que había dejado atrás sus emociones y, de haber sabido cómo hacerlo, habría ido todavía más lejos.

El padre de Thomas articuló una interjección de asco y se alejó teatralmente de la cautiva. El claro de luna volvió a invadirla. Casi se había resignado: ¿qué podía hacer, ella o cualquier otro, para borrar la luna? Los hombres partieron, cerrando la puerta de manera estruendosa, y quedó a solas con la señora Scragg.

La señora Scragg cerró a su vez la puerta de la sala y le arrimó un butacón, antes de

insertar un cigarrillo en su boca y dejarse caer en una silla frente a Diana, desviando displicentemente una mano hacia el atizador para estar segura de tenerlo a su alcance. Después de consumir media docena de cerillas en el empeño de encender su cigarrillo, miró iracunda a la joven.

-Que no se le escape una sola palabra, señorita, o hallaré el medio de coserle los labios. Permaneceremos sentadas en silencio hasta que mi querido esposo traiga a Delbert a casa. El señor Scragg y yo decidiremos qué vamos a hacer con usted.

Silencio era lo que Diana más anhelaba. Abundó en ella aquel sentimiento de estar ausente, la premonición de que pronto lo estaría de verdad. La luna brilló de lleno en su rostro, aquel fúlgido gajo de luna que flotaba ladeado, en suspenso sobre la escuela y tapizaba su tejado de escarcha. Si fijaba la vista en el astro era como si nada existiera salvo ellos dos, sin ventanas que lo enmarcasen, sin pueblo. No se hallaba aún madura para aquello; cuando empezó a temblar, ocultó los ojos. La señora Scragg giró el cuello para mirar por la ventana, y muy probablemente no vio más que la calleja, retumbante con los cánticos de la plaza.

-Ésa no es su música, ¿eh? Pues más vale que se vaya habituando a sus sones mientras viva aquí, señorita. No van a acallarse.

Diana juzgó su voz y la fealdad de su cara echada hacia adelante, con el apagado cigarrillo sobresaliendo de una de las comisuras de los labios menos siniestras que ridículas, un estorbo que le habría gustado eliminar, una interrupción a aquello que podría hacer si se relajaba lo bastante. Los rayos de luna se encaramaron al muro por encima del hogar y comenzaron a desvaír el velo de oscuridad de la pintura que había sobre la repisa de la chimenea, una imagen vulgar y poco colorista del páramo vacío, con un cúmulo de nubes en la parte superior.

-¿Cuenta con su aprobación, señorita Sabelotodo? -preguntó furiosamente la señora Scragg.

Diana se preguntó a qué venía ahora tanta inquina, aunque pronto la sacó de dudas la firma que había en la esquina inferior del cuadro, la firma «Scragg». Mas ni ese detalle ni la furia de la mujer pudieron distraerla; aquel paisaje atraía su mirada sin darle la posibilidad de rehuirlo, le cortaba el resuello. La luna se propagó sobre él, colmando el marco, y en el preciso momento en que la luz puso de relieve toda la pintura la joven observó que no era ya una reproducción del páramo, ni siquiera una obra pictórica. Era una ventana abierta al lugar donde había de ir.

49

Craig y Vera estaban en su habitación cuando comenzaron a apagarse las luces de Moonwell. Hazel había insistido en que tendría que preguntar a los huéspedes que había alojado en su casa si no les importaría mudarse al hotel, y Vera había montado en cólera, convencida de que utilizaba a sus amigos como excusa para no invitar a sus padres, o bien que el inductor era Benedict. Toda aquella intriga de motivaciones, muestra de la vida familiar en su faceta más mediocre y neurótica, hacía que Craig se sintiera más atrapado que nunca en su vida; jamás había podido aguantarla, y ahora, aislado en el último piso de un hotel indiferente, con la negrura por perpetua compañera, todavía le irritaba más. ¿Cuánto tiempo aún iban a perder aquí, cuando deberían estar de regreso en su oficina solventando entresijos legales que, por muy complejos que fueran, ellos sabían desenredar? Su frustración constituía una razón más para que Vera se hubiera mostrado tan quisquillosa frente a su hija y, de la noche a la mañana, se hubiera echado diez años encima.

-No sufras, amor -le dijo sin venir mucho a cuento, y se sentó a su lado en la cama, desde donde ella contemplaba la ventana.

Al sumirse en tinieblas la plaza, Wilde estaba practicando un masaje a los hombros de su esposa.

-¡Dios nos asista! -murmuró Craig con un gesto de repulsa.

Se disponía a levantarse para ver qué había sucedido, cuando también el cuarto quedó en tinieblas. Por unos segundos retornó con la memoria a la galería de la mina, precipitándose hacia la oscuridad y tropezando contra la casa. Al hallar de nuevo a Vera, la abrazó.

-¿Qué es lo que ocurre ahora? -gritó ella quejumbrosamente.

-Es tan sólo una avería eléctrica, querida. Será mejor esperar a que la reparen. Estamos más seguros aquí que en ningún otro sitio -dictaminó Craig, con el presentimiento de que la oscuridad podía robarles todas sus capacidades, anulando, en breves instantes, la experiencia de una vida entera.

Ella se sentó repentinamente en la punta del lecho, como si de repente la impacientara el contacto de las manos de su marido, si bien él en seguida detectó qué era lo que había cambiado.

-Ya ves que no era nada -la apaciguó, preguntándose por qué experimentaba aquella necesidad de decírselo, de hacerle una de esas descripciones pomposas de lo obvio tan clásicas en el género humano-. Ya han arreglado las luces.

-¿Qué es esto? ¿De dónde proviene?

-Echaremos una ojeada, ¿quieres?

Tenía que ser la luna, repartiendo fulgores desde encima y detrás del hotel, transformando las calles que morían en los campos inmediatos a Moonwell en un anfiteatro

de sombras, mas, de ser verdaderamente el astro, ¿no habría de alumbrar también aquellas extensiones en lugar de envolver todo el perímetro externo del pueblo en una noche cerrada? Craig alzó la guillotina de la salediza ventana y se asomó, con Vera asida a él. La luz brotaba del mismo hotel.

Antes de que localizaran su fuente, los lugareños comenzaron a afluir a la plaza mientras los seguidores de Mann, reunidos ante el frontis del edificio, entonaban sus himnos. Centenares de personas cayeron de rodillas y elevaron sus miradas. Absurdamente, Craig creyó que era él el centro de su atención, hasta que el sentido común le dijo que la turba ni siquiera podía verle.

-Es el evangelista. Ha hecho algún apaño para solucionar el problema, y esos necios le rinden pleitesía sólo porque tiene la única luz del pueblo.

-Son como mariposas nocturnas -musitó Vera. -O, mejor aún, como un rebaño de ovejas. Quizá no pueda culpárseles del fenómeno de la negrura, pero yo abrigo... -Wilde, metiendo al cabeza, escrutó la cara de su mujer, muy pálida bajo el indirecto resplandor. -¿Quién será el que ha apagado todos los circuitos? ¿Cómo diablos se las habrá ingeniado ese hombre para hacer que funcione una lámpara y ninguna más? Oh, Dios mío, pienso que es él el que ha urdido todo este fraude, a fin y efecto de tener a la población allí donde la quiere. Mírales bien: le toman por un santo, harían cualquier cosa que les pidiera. Me están viniendo unas ganas locas de presentarme en su habitación y encaramarme a este impostor ahora mismo.

-No lo hagas, Craig, por favor. -Vera atenazó el brazo de su esposo-. Se podría revolver todo el pueblo contra ti. ¡En el nombre del cielo, no interrumpas sus oraciones!

-Por lo menos, deja que haga una incursión por el pasillo para intentar averiguar qué es lo que está tramando.

-Pero yo no te acompañaré -se retrajo Vera desesperadamente.

-Harás bien en quedarte, cariño. No voy a tardar mucho.

Craig salió de la alcoba sin dar opción a su esposa a ponerle más trabas. Dado que el corredor no estaba enteramente a oscuras, cerró la puerta. Unas refulgencias se filtraban desde la habitación de Mann, ribeteando de hielo la moqueta en la zona de su umbral, reflejándose tenuemente en los apliques de las paredes. Aquello le provocaba un singular nerviosismo, pero antes se consumiría en el fuego del infierno que dejarse acobardar por las triquiñuelas del predicador. Recorrió de puntillas el tramo de pasillo, palpando sus manos el áspero diseño del empapelado. Estaba a medio camino cuando se entreabrió una puerta a su espalda y, del susto, el corazón saltó en su pecho.

-Craig, ven. Corre -urgió Vera en un siseo-. Se trata de la maestra que quería acogernos en su casa. Les está exhortando a no escucharle.

-¡Bravo por ella!

-Tendríamos que actuar, Craig. Se enfrenta sola a la comunidad en pleno.

El hombre volvió a su habitación. La maestra había dejado la plaza, pero pronto regresó. Antes de que abriera la boca, sin embargo, una mujerona pelirroja se interpuso en su camino. Dos tipos que estaban arrodillados se incorporaron y aprisionaron los brazos de la joven americana.

-Dejadla en paz, brutos -bramó Vera, y aporreó la repisa de la ventana.

-¡Dios mío! -protestó la maestra con una vocecilla que los Wilde apenas oyeron-. ¿No ven nada raro en lo que está aconteciendo aquí?

-Yo, sí -respondió Craig con voz sonora, pero inaudible a los de abajo.

La mujer del cabello rojizo dio una bofetada a la cautiva. Vera cerró los puños y los blandió con un temor que denotaba su enfado.

-Voy a bajar. A ver si se atreven a maltratar también a alguien que peina canas.

-Podrían hacerlo, Vera. Recuerda que somos forasteros.

-También somos los padres de Hazel, ¿no? Aunque, desde luego, nadie podría creerlo después de cómo nos han hacinado en un desván, igual que cachivaches inservibles. Por cierto, ¿dónde está Hazel? ¿Entremezclada acaso con esa plebe? ¿Por qué no hace nada?

Vera iba de un lado para otro de la estancia, presa de una enorme indignación. Abrió la

puerta, pero viró tempestuosamente en dirección a la ventana. La maestra y quienes la apresaron se habían ido. Estaba pendiente de los sucesos de la plaza, de percibir a aquellos desaprensivos o a Hazel, en el momento en que Mann se puso a hablar.

-Ahora que no queda aquí ningún hereje, hagamos ostentación de nuestra fe para que la oscuridad se convierta en luz.

Vera apretó los nudillos contra sus dientes. La seductora voz parecía haberse originado en la misma alcoba, con ellos, y les abordaba personalmente, advirtiéndoles que no se interfirieran en nada. Craig pensó entretanto que todo aquello era una patraña, otro más de los recursos retóricos de Mann, aunque no pudo desechar una sensación como de que la voz había venido a su encuentro en la oscuridad.

Entonó la muchedumbre un salmo en el que invocaba al dios de sus antepasados, rogándole que iluminara sus tinieblas y ofreciéndose a el. Examinando a la masa de caras diminutas, blanquecinas y voceantes, a Craig le sobrevino el vértigo, la náusea, como si fuera a caer en medio de aquel cántico que le arrastraba y nublaba sus sentidos. Al rehusar Vera retirarse con él de la ventana, tuvo que cerrar los ojos. Estuvo así un buen rato -o quizá no fue tanto tiempo- antes de que Vera preguntase:

-¿Y ahora, que está pasando?

La multitud había enmudecido. La amalgama de caras se había girado hacia las alturas y miraba un punto, al parecer, más allá del hotel. La ilusión que en ellas había deprimió a Craig.

-Muéstranos tu luz, ¡oh Dios de nuestros padres y de los antecesores de éstos! -cantaban ahora.

Craig, para librarse de la aprensión que estaba creciendo en su garganta, quiso gritarles que no cedieran a aquella ignorancia supersticiosa. Entonces la luz bañó la villa como una inundación, y Wilde tomó conciencia de que había perdido su locuacidad.

Se dijo insistentemente que lo que veía eran las reverberaciones de la alcoba de Mann, descompuesto ante el irracional alborozo que se había adueñado de la muchedumbre, de aquella gente que vitoreaba, gesticulaba y daba brincos. Sacó medio cuerpo por la ventana, con Vera aferrada a su cintura. Cuando reparó en que era la luna tuvo un instante de perplejidad, de pánico, antes de que se impusiera la repulsa. ¿Cómo pudo ocurrírsele que Mann era el responsable de la aparición del astro y cómo pudo insinuárselo siquiera en su mente? No estaba tan decrépito, por el amor de Dios, ni fue nunca crédulo. Se ahogó en su propia rabia contra él mismo porque había sido vulnerable y contra Mann por haber sacado partido de la luna y de la chusma. Sin saber a ciencia cierta cuáles eran sus intenciones, estrujó la mano de Vera, la dejó en el ya radiante claro lunar y salió airosamente del cuarto.

Quedó deslumbrado al pasar al claroscuro del corredor. No importaba, a estas alturas se conocía al dedillo el camino. Le habría encantado que sus pisadas atronaran más en la moqueta, para dar testimonio al señor Mann de que se le acercaba alguien a quien no podría avasallar. La cavernosa quietud casi le hacía sentir que no estaba allí, mas el evangelista no tardaría en saber que sí estaba, ¡por Dios que sí! Entresacaría, si podía, la verdad del tejemaneje de Mann, y quizá podría llevar a unos pocos hasta los bastidores de su teatro para que vieran de dónde venía la luz que tanto les había fascinado. Estas candilejas, o la luna, delineaban todavía la puerta del evangelista. Craig puso una mano a cada lado del marco y, despreciando a sus artríticos huesos, se inclinó sobre la cerradura con objeto de espiarle.

Al principio no divisó más que un gran destello blanco. No distinguió lo que éste revelaba. Vislumbró también unos movimientos, antes de que un dolor en la nuca le obligara a enderezarse. De cualquier modo lo que vio no era Mann; de hecho, su inteligencia no pudo desentrañarlo lo más mínimo. ¿Se trataba de un animal, de un perro guardián? ¿No probaría su presencia suficientemente que el predicador guardaba secretos que no quería hacer públicos? Ciertamente, flotaba en el aire un olor que a Craig le recordó al de un zoológico. El gentío aplaudía y aclamaba a su ídolo para que volviera a la ventana, mientras Wilde conjeturaba que tal vez ni estaba en la alcoba. Cuanto antes lo confirmara, mejor. Se agachó, gimiendo, hasta quedar de rodillas, guiñó el ojo izquierdo y aplicó el derecho de nuevo a la cerradura. Necesitó unos momentos para aclarar el enfoque, y al hacerlo fue como si un garfio más frígido e inflexible que el metal le hubiera agarrado por el cogote. Había algo acuclillado,

si así podía definirse, en el lecho de Mann.

Estaba desnudo. Tanto le impresionó aquello que, en un primer momento, fue lo único que asimiló, y a continuación trató de negar lo que veía. No podía ser una araña monumental acurrucada como en un nido, con las finas extremidades dobladas en torno a un hinchado cuerpo que tenía la superficie remendada igual que la luna. Los remiendos sugerían putrefacción, pero reptaban sobre la bulbosa masa, por encima o debajo de la piel. Chilló la mente de Craig que no estaba presenciando semejante escena, que si daba un par de pasos atrás todo terminaría. Las manos y los pies del ser de la cama asieron entonces las sábanas, arrugándolas bajo una luz que emitía más brillos que el claro de luna derramado a través de la ventana, y las extremidades elevaron el cuerpo de manera desigual, alargado el elástico cuello hacia el exterior. Le pequeñez de la cabeza, despoblada y protuberante, en comparación con el resto del cuerpo la emparentaba todavía más con una araña. Se meció aquella cabeza como si aspirara el júbilo popular, y Craig atisbo su semblante ya no sonriente, sino de mofa, ensanchada su boca en una mueca de voracidad. Aún era reconocible la cara de Mann.

En aquel instante el cerebro de Wilde padeció una ofuscación, un oscurecimiento de todo lo que en él había de vivo y chispeante, de todo lo que le permitía identificarse a sí mismo. Uno de los flacos y blancuzcos brazos se desplegó negligentemente fuera de la cama, como si Craig hubiera sido descubierto en su escondrijo detrás de la puerta. Quizá el miembro estaba creciendo, pues parecía capaz de alcanzar la puerta, de tal suerte que la larga mano fuera a abrirla de improviso y arrastrar al espía dentro de la alcoba. Wilde se tiró hacia atrás medio atragantado, tendiéndose en el suelo del pasillo allí donde no le tocaran los resplandores que rezumaban las rendijas de la puerta.

Al llenar sus ojos la penumbra, temió que iba a desmayarse. Gateó hacia atrás, lejos del rutilante contorno de aquella puerta que podía estallarle en el rostro; se puso luego torpemente en pie, arrancando sus uñas tiras del estampado papel del muro. No sabía hacia dónde huía, tan sólo que debía alejarse de la habitación donde tenía su cubil el ser con la faz de Godwin Mann. Cuando se abrió de golpe una puerta, arrojando sobre él un haz de luna, se convulsionó enloquecido antes de comprender que era Vera quien venía a buscarle.

La mujer corrió hasta su marido y afianzó sus brazos como para darle soporte.

-¿Craig, qué ha pasado? ¿Qué te sucede?

-Te lo explicaré más tarde -dijo el hombre, con una voz que persistía en pegarse a su garganta-. Ahora lo primordial es salir de aquí, y deprisa.

-Gracias a Dios que nos vamos. Deja que ponga la ropa en las maletas.

-No, no hay tiempo. Volveremos con mejor iluminación. Ahora hay que encontrar a Hazel.

-¿Ya has pensado en las escaleras? -apuntó ella, ojeando la negrura de la zona del ascensor-. No hay ventanas. Nos caeremos.

-Podemos sujetarnos a las barandillas y uno a otro. Venga, creía que te apetecería ver a Hazel. Debe de estar con toda esa gente.

Los labios de Craig se tensaron, temblando de miedo sobre todo a que la obstinación de Vera le llevara a exigir que viniera Hazel a ellos. Al fin, su esposa dio una sacudida de cabeza y esbozó una apenada sonrisa.

-Muy bien, veamos qué tiene esa pareja que argüir en su defensa -refunfuñó, y cerró la puerta de la alcoba.

El notó que se estremecía en la oscuridad, y masculló:

-Si lo prefieres, deja la puerta abierta.

-Sí, tal vez deberíamos hacerlo. ¡Oh, qué fastidio! Tengo la maldita llave en el bolso, dentro de la habitación. Eso es lo que ocurre por meterme prisas. Claro que, de todos modos, no me gusta dejar nuestras pertenencias a la vista de todos -concluyó Vera con un acento que sonó a bravata, y se encaminó a las escaleras.

En cierto sentido la ausencia de luz resultaba prometedora, si tal calificativo era aplicable. Significaba que no se había abierto la puerta de Mann, que el ser con la cara distorsionada no había abandonado la habitación. No podía haber visto algo tan espantoso, se regañó Craig severamente, aunque aquella puerta reventaba una vez y otra en su mente,

vomitando al exterior un torrente de luminosidad y un objeto abultado. Fue a tientas, con la mente desquiciada hacia la escalera, pellizcándose contra la marquetería, lastimándose las uñas en las desigualdades del muro. Cuando su mano rozó las puertas del ascensor casi exhaló un grito, tan frío estaba el metal. Al menos aquello indicaba que habían llegado a la escalera, la cual se iniciaba al lado del hueco. Fue Vera quien tomó la iniciativa, y Craig sintió cómo palpaba el entorno, en una perfecta oscuridad, a la caza de la baranda.

-Aquí está -declaró por fin y acometió la bajada, tirando de su esposo.

Wilde se vio abocado a una sima negra y sin fondo. Se agarró a la pared, separando a Vera de la balaustrada.

-¿Qué sucede ahora? -preguntó ella en lo que era casi un exabrupto-. ¿Qué te propones?

-Querría ir arrimado al muro -murmuró Craig, deseoso de que su mujer bajara el volumen de voz igual que hacía él sin tener que aclararle por qué; horrorizado ante la perspectiva de que Vera indagara durante el descenso qué había encontrado en la última alcoba del pasillo, de que mencionarlo, simplemente, alarmara a la criatura-. Por el otro camino es inseguro.

-Adelante pues, si lo que pretendes es hacerlo todo tú solo. Pero ve despacio. Que yo esté más o menos insegura no te interesa lo más mínimo, ¿eh?

Craig necesitaba, en la medida de lo posible, llevar el control de la situación, necesitaba creer que les guiaba a ambos fuera del hotel con una premura cuya razón de ser Vera desconocía. Dejó que la mano de la mujer se cobijara rígidamente en la suya, a la par que posaba la palma libre en la pared opuesta al hueco de la escalera y daba el primer paso.

Tras un tramo de diez escalones la escalera trazó un recodo. Siete más les señalaron la anchura del hueco del ascensor, pasado el cual un nuevo giro conducía a la planta siguiente. Aumentaron las tinieblas al incrementarse también su confinamiento, y Craig no podía oír ya el vocerío de la plaza, no podía oír sino su trabajosa respiración, que la oscuridad parecía aplastarle contra el rostro. Vera hizo un alto faltando escasos peldaños para el segundo piso.

-¿Qué hay? -inquirió Craig, con un pavor que le asfixiaba.

-Suponía que éramos los únicos clientes que seguíamos en el hotel.

-Estoy convencido de que así es -tartamudeó Wilde, suprimiendo el recuerdo de la puerta a punto de abrirse, y de la pavorosa luz-. Los demás han salido a rezar. Vamos, reunámonos con Hazel.

Vera, empero, se quedó allí clavada.

-He oído algo, yo diría que una puerta. Quizá haya alguien más y crea que se ha quedado solo en la oscuridad.

Iba a llamarle. Craig levantó la mano como si la moviera un muelle. Lo malo era que, si intentaba taparle la boca, ella lucharía y estarían perdidos, la cosa con la cara de Mann sabría su paradero. Mientras dudaba, Vera se rió entre dientes.

-Naturalmente, tiene que ser él -proclamó, con una voz que rayaba en la temeridad-. El gran y superdotado Hijo de Dios Mann. Deberíamos pedirle que nos enseñe el camino, puesto que ésa es la que él considera su misión con la humanidad.

-Nos las compondremos sin él. -Craig miró de reojo al piso de arriba, mas la oscuridad seguía siendo total-. Seremos nosotros quienes se lo enseñemos -anunció, tan convincente como pudo.

-Tienes razón, podemos pasar sin ese hombre. Tú y yo juntos somos autosuficientes. Si eso es lo que quieren, eso tendrán -afirmó Vera con una fiereza que a su marido le pilló desprevenido, y reanudó el descenso a su lado.

Wilde dio un traspié al pisar el suelo del pasillo. Sus dedos tantearon la esquina y la congelada puerta del ascensor. Pensó, no sin ironía, que sólo restaban dos plantas más. Distaba una de la habitación de Mann, continuó discurriendo, pero aquello no era más que un hotel -por muy oscuro que estuviera-, un hotel que olía a limpiametales, aspirador de alfombras y ceniceros sin vaciar. Era su fantasía la que le hacía olfatear entre estos aromas una peste de reptil. Superadas ya las puertas metálicas, sus trémulos dedos le llevaron al otro tramo de escaleras.

Los escalones crujían bajo el andar de Vera pero no del suyo, seguramente porque él

bajaba más cerca del muro. Adivinó que su esposa quería hablar y le dio un apretón con la mano, confiando en que así la disuadiría. Sus tímpanos vibraban por el esfuerzo de oír cualquier movimiento que se produjera en el hotel. Aligeró la marcha, orientándose por los ángulos que encuadraban el hueco del ascensor y atacando la última parte de aquella etapa con tanta rapidez como pudo sin suscitar las quejas de Vera. Tuvo un leve desfallecimiento en el rellano, pero ahora sólo había otros tres tramos entre ellos y el vestíbulo, menos aún para ver el final de la tiniebla. Hizo el consabido tanteo en busca de las puertas de metal, y su brazo se zambulló en la abertura donde tales puertas deberían haber estado, rumbo a la nada.

El pánico le incitó a hacer lo peor que podía ocurrírsele: soltar a Vera. Estaba tambaleándose en el borde del foso abierto, braceando como un náufrago, cuando su mujer tropezó con él, aferrándole y empujándole sin querer. Pero fue entonces cuando los nudillos de su mano derecha se golpearon dolorosamente en el canto de una puerta abierta y su puño rebotó en una pared, de tal modo que ambos fueron despedidos hacia atrás.

-Nos hemos salvado -susurró, jadeando, con las punzadas de su maltrecha mano y los latidos del corazón-. El ascensor quedó aquí parado. Procura no echárteme encima.

El hueco debía hundirse aún unos diez metros hasta el sótano, pero no era la mina, no había vuelto al horror de la caída. Oía que era un pozo de ascensor, oía el quedo chirriar del cable. Mas, mientras permanecía allí de pie dando a sus latidos cardíacos y a su resuello tiempo para estabilizarse, surgió en su mente una pregunta. ¿Por qué chirriaba el cable?

Era éste el ruido que había percibido durante toda la bajada, no unos crujidos en la escalera bajo las pisadas de Vera. Y quizá la puerta que oyó ella fue alguna de las que daban al hueco. Le vino a la mente la idea tan espeluznante que estuvo a punto de dar un nuevo e imprevisto tropezón, de que alguien se había dedicado a abrir puertas para acecharles a Vera y a él, alguien que se había deslizado cable abajo con la agilidad de una araña y que esperaba que, en su forzosa oscuridad, se lanzasen a sus largos brazos, a sus manos. Una fetidez de saurio flotó en el ambiente desde la oscuridad, y fue como si la negrura se hubiera congelado en su derredor, encadenándole, incapacitándole para forcejear o hablar. Fue Vera la que habló, tan vociferante que se aterrorizó por ella.

-No nos entretengamos en este lugar. ¡Podría ser peligroso!

Una cábala más paralizó a Craig, la de que su esposa fuera succionada por la oscuridad sin ni siquiera saber quién la había capturado, o -peor todavía- descubriéndolo en horripilante detalle, y de repente aquella misma cábala le impelió hacia adelante. Se internó en un vacío inconmensurable. Al topar con la pared, supo que era la escalera. Apresuró ciegamente el paso, colisionando contra las esquinas que festoneaban el hueco, perdiendo casi pie.

Las protestas de Vera ante su apresuramiento se aplacaron en cuanto apareció el último tramo. Una alfombra de luna se había extendido desde la entrada acristalada del espacioso vestíbulo hasta la base de la escalera. La mujer debía de pensar que se hallaban a salvo, pero Craig se sentía tan frágil como la porcelana, incluso después de rebasar las cerradas puertas del ascensor. Luchó para llevarse a sí mismo al convencimiento de que sus ojos le habían jugado una mala pasada al mirar por la cerradura, escarmentándole merecidamente, mas el impacto de su visión no era fruto de una mente enajenada. En la plaza la muchedumbre cantaba, agitaba las manos y se deshacía en ovaciones, si bien lo que trastornaba a Craig casi tanto como lo que antes había presenciado eran las expresiones que vio en todos los asistentes. Centenares de caras bañadas de luna se volvían devotamente hacia arriba, ansiosas de que Mann les concediera otra vez el éxtasis de su presencia.

50

-Esto hará salir a los lunáticos, señor Malasombra.
-Es lo que todos ellos estaban deseando, señor Melancolía.
-Todos menos los que aseguran que no hay nada en que creer.
-A ésos les espera una sorpresa que les sacará los ojos de sus órbitas.
-En especial al tipo de ahí dentro, que todavía no sabe si debe creer en nosotros.
-Resulta ser que, según su opinión, somos él mismo tirando su voz por la ventana.
-¡Qué descaro! Yo soy Eustace el Inútil, y estoy aquí fuera con vosotros.
-En todo caso, es más útil que el otro.
-La única broma que le queda es él mismo, y nadie la quiere.
-Resulta que él piensa que, si se queda ahí el tiempo suficiente, el mundo desaparecerá.
-Puede que él no lo reconozca tal y como es.
-Eso será, querrá usted decir, si se atreve a asomarse y mirarlo.
-Tiene miedo de mirar.
-Miedo de asomarse.
-Miedo de asomarse y vernos.

Estaban entonando cánticos; ahora se pusieron a danzar. Por la forma como sus iluminadas sombras se grababan en las cortinas, Eustace dedujo que habían unido sus brazos. Al menos así no podría constatar cuan largos eran; lo bastante, pensó, como para introducirse en el rincón donde se hallaba agazapado en su sillón, colocado lo más lejos de la ventana. No debía temer nada parecido: tan sólo intentaba desafiarle, virtualmente no paraban de decirlo... si es que sus voces eran reales. No tenía más que fijar su mirada en las sombras y dejar la mente en blanco, como ella quería, para creer que no veía sino los volúmenes de unos arbustos.

Sí, arbustos, con una salvedad: en su jardín no los había. Solamente podía sostener que las sombras eran algo natural a condición de descartar los recuerdos. Primero se habían extinguido todas las luces. La oscuridad fue casi un bálsamo, una excusa para la inactividad, un enemigo tan vasto que no cabía pensar en combatirlo. Se había sentido plácido, sin la obligación de tener que inventar historias sobre cuanto le sucedía. Los pregoneros de pavor en las calles no eran de su incumbencia. Se hallaba serenamente sentado en la penumbra cuando se coló la intrusa luna y, al ir a correr las cortinas e impedirle el acceso, distinguió tres figuras que bajaban de cabeza por la ladera del páramo.

-Vi tres formas que reptaban cuesta abajo -canturreó Eustace para sí mismo, para emborronar su memoria.

Debían de reptar sobre el dorso, pues divisó sus rostros, más blancos y lisos que la tripa de un caracol a excepción de sus sonrientes bocas. Y debían de querer que él los viera, para trastocarle o cuando menos para confundirle, ya que ¿cómo podían sonar sus voces como en apariencia sonaban ofreciendo aquel aspecto? No le convenía especular demasiado, de hacerlo les daría entrada en su persona, les ayudaría a irrumpir en su calma. Si estaban reñidos meditar y tener calma, sacrificaría sus meditaciones.

«Miedo de asomarse, miedo de mirar, miedo de asomarse y vernos.» Ahora movían sus brazos como predicadores del evangelio, y tuvo que cerrar los ojos; no toleraba la visión de las sombras de unos brazos que podían entrar en la estancia y atraparle. Las voces parecían ya más distantes, excluidas por la propia oscuridad de Gift. Acaso creían que no deseaba que el mundo desapareciera, mas para él aquello no era un desafío, sino una promesa.

Rebulló en su cerebro un pensamiento latente, aunque trató de arrullarlo y volverlo a dormir. ¿Y si les daba lo que ansiaban, retrayéndose en sí mismo hasta no servir de verdad para nada? En el fondo, se dijo a sí mismo, ese estado ya había llegado: era un inútil ante todos, en particular ante Phoebe Wainwright. Sin embargo, también era probablemente la única persona en Moonwell que sospechaba que ella precisaba ayuda.

Tal vez el aprieto de Phoebe no era distinto del suyo, una carestía de alimentos ahora que se había terminado la poca comida que guardaba en casa y que los tenderos mal le harían el favor de reponerle, aunque ellos no hubieran agotado sus existencias. Y un sentido de vacío porque ninguno de los dos tenía ya trabajo, nada en lo que escudarse para fingir que la vida proseguía normalmente. No obstante, pensó el hombre, la diferencia entre ellos estribaba en

que su amada era digna de salvarse, siendo aquélla la razón de que sus verdugos -los de Eustace- trataran de engatusarle a fin de hacérsela olvidar, a Phoebe y a todos los demás.

No le apetecía en absoluto abrir los ojos y abandonar su cómoda oscuridad. Nada le preocupaba morir de inanición, pero consentir que le pasara lo mismo a Phoebe era harina de otro costal, si de verdad eran ésas sus únicas tribulaciones. Eustace mudó de postura, mientras reprimía el impulso de gritar a las danzantes y cantarinas sombras que le dejasen en paz. Entonces, se olió a sí mismo. Era el hedor de varios días sin lavarse, y se diría, además, que en algún momento se había mojado la ropa. Se levantó de la butaca, escociéndole todo el cuerpo de asco contra sí mismo, y corrió escaleras arriba hacia el cuarto de baño.

El claro de luna llenaba la estancia, realzando su blancura. El agua que espurrearon los grifos se asemejaba a leche. Se desnudó y preparó para entrar en la bañera, sin acordarse de que no había electricidad ni, por lo tanto, funcionaba el calentador. Asió el jabón líquido e improvisó una gélida espuma, con la que estaba frotando su piel cuando oyó un ruido en la ventana.

No miró. Sabía qué era el suave tamborileo: las manos estiradas desde el jardín, marcando el compás de la canción. Se sumó a ella, conteniendo las salvajes risotadas que amenazaban con alterar su voz hasta descontrolarla. Tan fuerte cantaba, que apenas notó que los otros habían cesado. Los dedos resbalaron en el batiente con un rechinar como de goma húmeda sobre cristal. Reflexionó que igual eso era todo, tratando de pasar por alto el hecho, que tal reflexión la dictaba su propia esperanza.

Se encorvó sobre la bañera y se aclaró el cuerpo rociándose con agua y tiritando; se restregó de forma vigorosa con la toalla y corrió al dormitorio para vestirse. En el espejo de la cómoda vio borrosamente su silueta, alargada debido al desgreñado cabello. Se inclinó a recoger el peine, en el instante en que alguien daba unos golpes en la ventana.

-¿Se os ha secado el magín? -farfulló-. Ésa es una broma ya manida y ha dejado de divertirme, de modo que largaos, os tendré informados de todo.

Se dio unos cuantos tirones de pelo con el cepillo de púas, que le rascó el cuero cabelludo; tardó varios minutos en deshacer aquella maraña. Ordenó las mechas lo mejor que pudo, maldiciendo por inercia el reflejo de la ventana y la forma que allí había. Esta vez era demasiado redondeada para tratarse de una mano. Se echó distraídamente el peine al bolsillo, dio media vuelta, y comenzó a chillar.

Faltaban la mayor parte de la nariz y un ojo. La mano que le hacía la exhibición tenía un dedo metido en la cuenca, un dedo que era como un largo y blanco gusano. El cabello parecía hierba mojada y apelmazada sobre la manchada frente. Pese a todo, Eustace reconoció la faz del padre O'Connell.

Sus alaridos, de furor y pánico al mismo tiempo, le descarnaron la garganta. Se abalanzó sobre la ventana y viró en el mismo arrebato para salir de la estancia, trastabillando por la escalera, casi ciego en su tormenta de emociones. Batalló contra el pestillo, abrió la puerta de un agresivo envite y se plantó en el sendero.

El jardín estaba desierto. Hizo una pronta inspección de la calle, de aquellas casas que eran como de cartón bajo la luna, y avistó tres pálidas y enjutas figuras al pie del monte, blandiendo una de ellas un objeto similar a una pelota. La mitad ultrajada de su ser le impulsaba hacia las criaturas, pero la racional vaciló al pisar el asfalto. ¿No tratarían de embaucarle para llevarle de allí?

Aunque tiritaban todos sus músculos de aversión y de desánimo, se forzó a sí mismo a darles la espalda. Nunca las cazaría, y quizá, si las perseguía hasta el páramo, harían algo peor que retarle. Que vinieran ellas si se atrevían, que se dejaran ver por la gente que regresaba a casa desde la plaza del pueblo. Eustace tenía que averiguar cómo estaba Phoebe.

La conmoción se manifestó cuando se giró hacia la calle principal. Empezaron a temblarle las piernas, y tuvo que buscar apoyo en la tapia del jardín para esperar el vómito. Una vez hubo conseguido tragar en lugar de expulsar, bordeó a trompicones el bancal y tomó la calle Mayor, mezclándose con la multitud. La gente le miraba con más compasión que hostilidad; algunos tenían los ojos demasiado en blanco para reparar en él. Avanzó gesticulante entre las tiendas, que estaban abriendo, y se adentró en el callejón.

La puerta interior de Phoebe se hallaba abierta. Lo vio ya antes de llegar a la otra, a la verja. Los rayos de luna se aglutinaban como una esterilla de bienvenida en el umbral. Quizá su amada acababa de salir. Eustace enfiló el crujiente sendero de grava, bajo el entretejido de marchitas parras.

Llamó dos veces en la puerta, pero no tuvo respuesta, ni un ínfimo sonido proveniente del interior. Respiró tan profundamente que puso su cabeza a dar vueltas, y entró. El salón comedor estaba vacío; la luna trepaba sobre los fósiles embebidos en la chimenea, dándoles un símil de vida; en la mortecina luz, la figura floral que había montado guardia en la cueva el año anterior parecía haberse apergaminado. El hombre escudriñó la fotografía, sin entender por qué le desasosegaba aún más, y registró la casa.

No había un alma. Olía a moho y desidia, excepto por una estela del embriagador perfume de Phoebe en el dormitorio. El cuerpo de ésta había dejado una concavidad en el colchón de su cama de matrimonio. Eustace rehuyó la mirada del difunto marido, atento desde la foto, y fue a la ventana con la esperanza de localizarla a ella. Reculó presto, temiendo que le vieran en su casa y asombrado de cuan comunes eran sus reacciones después de todo lo que había acontecido en Moonwell.

Tenía que encontrarla, o él mismo o encargándoselo a otros. El ambiente del domicilio apuntaba a un abandono demasiado prolongado. Retornó a paso ligero a la calle Mayor, donde los lugareños formaban colas en los comercios, renegando por el racionamiento de la comida como en los crueles tiempos de la guerra.

-Los granjeros han convocado una reunión para debatir qué puede hacerse -anunció el carnicero desde su establecimiento cuando Eustace entraba en la plaza.

La ladeada luna flotaba en el cielo, ahora despejado. Una de las ventanas superiores del hotel irradiaba la luz del satélite, pese a que no brillaba en ninguna otra. Eustace atravesó la plaza tan derecho como le fue posible y dobló en un recodo, hacia el solitario trecho de la misma calle Mayor donde se hallaba ubicada la comisaría de policía. Cerró la mano sobre el pomo de las puertas del porche, mas, oyendo gruñir a unos perros en lugar desconocido, titubeó. Mal sería que fuera dentro del cuartelillo, pensó, y procedió a abrir y penetrar en la oscuridad.

51

Al fin, los gruñidos desgarradores cedieron paso al silencio. Nick se resistió al instinto de apretarse contra los barrotes de su celda y comprobar qué estaba pasando en la sala del otro lado del pasillo. Le asustaba que los perros le asaltaran, surgiendo de la negrura e hincándole los dientes antes de que le diera tiempo a retraerse. Su incapacidad de socorrer al policía mientras los canes le despedazaban hasta la muerte había dejado al reportero debilitado y más expuesto que nunca a sus temores, a su indefensión. Estaba de pie a unos treinta centímetros en el interior de la celda, espiando a través de unos barrotes que oscilaban y se desplazaban con cada ojeada, cuando la letal manada se destacó del manto de tinieblas.

Se detuvieron al fondo del corredor y se sentaron. Los rayos que la luna mandaba entre

las rejas de la celda centellearon en sus ojos. Se estaban relamiendo los bezos, humedecidos por un líquido que la luz teñía de negro. Aparte de sus lenguas, lo demás guardaba la inmovilidad de un monumento.

Nick pasó fugaz revista a la celda buscando un arma. Lógicamente, no había ninguna; incluso el catre estaba adosado a la pared. En sus bolsillos encontró un peine y un bolígrafo. Pero, si él no podía matar a los perros, tampoco ellos podían infligirle ningún daño. Se acercó a los barrotes y miró a los ojos a la bestia que ocupaba el centro de la terna.

-Si tuviera una pistola, aprendería a usarla sólo para dispararte -susurró.

El perro le devolvió una blanca y persistente mirada. Nick se agarró a las metálicas barras y le observó con afán hasta que se le irritaron los ojos. Un can no podía escrutar así a un ser humano.

-¿Qué aberración es ésta? -gruñó el periodista.

Pasara lo que pasase, no sería Nick el primero en desviar la vista. Estaba aún observando al animal, y comenzando a creer que le habían hipnotizado o que se mesmerizó él mismo, cuando advirtió que la celebración de la plaza había concluido. La realidad se encajó bruscamente en su sitio alrededor del reportero. ¿Cuánto tiempo hacía que la gente caminaba por delante de la comisaría sin que él lo notara? Empezó a dar voces pidiendo auxilio.

El ajetreo de la calle se interrumpió unos segundos, y luego un coro inició un himno. Cuanto más se desgañitaba Nick, con más fuerza cantaban. Calló de forma repentina, y no sólo por su cólera frente a ellos, una cólera que hacía palpitar su cabeza más penosamente que sus maltratados hombros. Se había dado cuenta de que, pese al escándalo que estaba armando, los perros no se habían inmutado.

Fingió una embestida para que se movieran, les mostró el puño entre los barrotes. Aquella pose de estatuas le enrabiaba y aterraba, pateó en las rejas y rugió a las bestias, hasta tomar conciencia de lo grotesco de su conducta. Se sentía a merced de sus muchas horas insomnes, ni siquiera recordaba cuántas habían transcurrido desde que durmió por última vez. Retrocedió y se sentó en el duro catre.

La calle parecía haberse vaciado. Estaba solo con los perros. Los costados de éstos se inflaban alternativamente, a la espera de algo o de alguien. Tuvo la tentación de lanzarles el peine o el bolígrafo, mas le retuvo el miedo a que ni aun entonces hicieran el menor movimiento. Cuando había pasado tanto rato contemplándoles que el mismo agotamiento suscitó en su mente la falaz visión de que, muy despacio, avanzaban hacia él, los tres se irguieron de veras y sin previo aviso.

Nick se replegó mecánicamente sobre sí mismo, pero no era él su objetivo. Los bichos se escurrieron con cautela en la amplia sala. Al principio el periodista pudo distinguirlos en la oscuridad, tres formas como tres nubes se retiraban hacia diferentes rincones de la estancia, mas en seguida les perdió. Pegó la faz a los barrotes, y vio que alguien abría las puertas del porche.

-¡Cuidado! -previno a quien fuese-. ¡Hay perros sueltos aquí dentro!

Un hombre, empero, se había asomado ya al edificio. Ojeó tímidamente su entorno, con la pequeña boca entreabierta bajo una ancha narizota, y adelantó un paso.

-¿Dónde está usted? ¿Qué decía? -demandó.

El bronco gruñir de los perros había alertado al visitante. Nick percibió que cruzaba los brazos frente al rostro para protegérselo y que, acto seguido, se lanzaba hacia una de las mesas.

-¡Por ahí no! -gimió el periodista, zarandeando inútilmente los barrotes, y casi cerró los ojos.

El hombre se agachó a cuatro patas y se escondió debajo de la mesa, en el instante en que sus atacantes le daban alcance. Quizá se introdujo allí para despistarles, pero la parte posterior del mueble tenía un sólido panel de madera: no había salida. Ni siquiera podía maniobrar en tan reducido espacio. Nick aporreó las barras y bramó hasta la ronquera contra las bestias mientras ellas cercaban a su víctima, de nuevo, gruñéndole, y sin saber el porqué se acordó de los dos artículos de su bolsillo. Extrajo con dificultad el peine, que se había enganchado en el forro, y lo arrojó igual que si fuera un cuchillo.

Aunque los barrotes le ayudaron a afinar la puntería, los perros estaban por lo menos a nueve o diez metros. Se dijo con cierto aturdimiento que había errado el tiro, a la vez que su proyectil sobrepasaba la mesa y acertaba a uno de los perros en el ojo. El animal reculó aullando, gañendo, sacudiendo la cabeza para aligerar el dolor. Como si aquello fuera una señal, la mesa en la que se había atrincherado el otro hombre se alzó del suelo, esparciendo papeles y metal, y arremetió ciegamente contra los canes.

Acorraló a uno contra el muro. Los frenéticos ladridos del perro y el eco de unos huesos al quebrarse hicieron dudar al tipo, antes de que elevara la mesa y la descargara con toda su energía sobre el enemigo.

-Adelante -le alentó Nick.

El hombre dio un repaso general por si había algún arma a mano, mientras los dos canes restantes convergían hacia él, casi a rastras sobre sus vientres, tensó los ennegrecidos bezos en torno a las encías, enseñando los ensalivados colmillos. Estalló el sujeto en una risa indecisa y asió el tirador del cajón de la mesa que él mismo acababa de incrustar en el muro.

¿Confiaba en hallar el arma allí dentro? Lamentablemente, el cajón estaba cerrado con llave. El hombre apuntaló un pie en la superficie de la mesa y dio un tirón, a la vez que se estrechaba el asedio de los perros, pero el cajón salió súbitamente, desparramando útiles de escritorio por el suelo, y el tipo quedó sujetando un armazón vacío.

-¡Dioses, no! -vociferó Nick, y tomaba aliento para urgir al otro a la fuga cuando éste se enajenó.

La esquina del cajón hirió a uno de los canes en un lado de la cabeza. El astilloso impacto fue tan estrepitoso, que Nick pensó que la madera se habría roto hasta que vio el chorro de sangre que el animal vertía al desplomarse en el suelo. El tercer agresor había iniciado la retirada, enseñando sus dientes tan por completo que se diría que iban a sesgarse sus bezos, al acosarle el hombre, esgrimiendo el cajón como guadaña. El extremo del pasillo obstruía la vista al reportero, aunque dedujo que el tipo había arrinconado al animal. Oyó un baque sordo y un aullido, y el perro apareció de nuevo ante sus ojos, tambaleándose y con el cráneo partido. El hombre le siguió, y con el cajón le castigó una y otra vez. De la consternación, pero con estímulo, pasó Nick a la náusea, y hubo de apartar la mirada hasta que terminó la carnicería.

El individuo dejó caer el cajón y se aproximó, con temblores en todo el cuerpo, a la celda.

-Jamás había hecho nada parecido -masculló.

Nick no pudo discernir si en realidad se estaba jactando o justificando.

-No le ha quedado otro remedio. ¿Podría traer la llave y sacarme de aquí?

El hombre hizo una pausa al final del corredor.

-Depende del motivo por el que le hayan arrestado.

-¿Acaso no me ha visto en la sesión de rezos? No comprendí lo que sucedía, ése es todo mi crimen.

-Ya somos dos. ¿Así que ahora encierran a la gente por no creer? Pues me sorprende no estar en la celda con usted. Dígame dónde debo buscar esa llave.

Nick esperaba que el tipo pudiera realizar aquella tarea ahora que estaba ostensiblemente deshecho por su encontronazo con los canes.

-Me temo que la llevaba encima el inspector. Está tendido en el suelo. Los perros le abatieron.

-¡Oh, no! -El hombre se sostuvo en el borde del corredor con una mano y se enjugó la frente con la otra, antes de empujarse lejos del muro y hacia la sala-. ¡Por Dios! -murmuró-. Miren esto. Por Dios, si es... no puedo... ¡Oh! -El periodista oyó que iba corriendo a un rincón para vomitar. Al fin volvió con la llave; a duras penas la metió en la cerradura y observó a Nick, con la tez como la cera, mientras abrían juntos la reja-. ¿Dónde piensa ir ahora? -preguntó en tono lastimoso.

-Tengo que encontrar a Diana Kramer. Deben de haberla confinado igual que a mí. Se ha peleado con una irlandesa de cabello pelirrojo.

-Era la señora Scragg, directora de la escuela. Podría tener a la señorita Kramer en su

casa. Yo le guiaré allí, o cualquier otro sitio que se le antoje. -El hombre hizo al reportero un amago de sonrisa, inapropiado para su cara redonda y salpicada de sangre, y para sus también ensangrentadas manos-. Soy cartero.

52

El cuadro de la pared de los Scragg se inundó de luna, y dejó de ser un cuadro. La firma se disipó al derramarse la luz en el marco y en lo que contenía; una bruma comenzó a extenderse sobre las laderas de la colina. No, fluía demasiado aprisa para ser niebla; fluctuaba entre las vertientes hacia Diana, quien se sintió volar a su encuentro pese a que su persona física continuaba sentada en la desvencijada butaca, junto al muerto hogar. No pudo evitar arredrarse, escudándose tras su sentido de sí misma, a sabiendas de que, cualquiera que fuese el paisaje oculto tras la alba neblina, no era ya la colina.

-Le prohíbo que haga la crítica de mi pintura, señorita. Resérvela para sus alumnos, si aún queda en el mundo alguien tan estúpido como para readmitirla en la enseñanza.

La airada voz de la Scragg se difuminó detrás y debajo de Diana, que se sentía ahora tan insustancial como la niebla. No recordaba cuándo ingirió su última comida. Nada tenía de

extraño que notara la cabeza ingrávida. ¿O había estado ayunando sin planearlo, preparándose para esto? Tal pensamiento resultó liberador, o por lo menos venció los postreros reductos de su resistencia. La blancura escapaba del marco a fin de ir hacia ella, bloqueándole la discorde voz de la señora Scragg, y el espíritu de Diana levitó, se zambulló en los vapores más allá del lienzo.

Se diría que su zambullida iba a ser eterna. No tenía noción de que existiera un encima y un debajo, solamente el concepto de una indescifrable vastedad. Se alegraba de no ver nada al otro lado de la bruma; su intuición la avisaba de que vislumbrar algo, por poco que fuese, sería más de lo que su mente podía asumir. Su vulnerabilidad era ya extrema aun así, navegando en alas de la niebla allí donde ésta fuese. Ni siquiera estaba segura de que se tratase de niebla. Se asemejaba más a un gas, el gas de una explosión que se expandía por una vastísima nada. Era el nacimiento de todo.

Y, si no lo era, ¿por qué no había podido ella asistir a su inicio? ¿Lo dirigía un intelecto superior, o constituía la supuesta explosión un simple imperativo del vacío que lo circundaba? No tenía ya la posibilidad de asirse a sus pensamientos, como tampoco la tenía de gobernar su aérea carrera ni su propia conciencia. Se sentía informemente vasta y a la vez menguada por las distancias temporales que surcaba. El abismo que estaba cruzando y lo sobrecogedor de su avance, reducía su vida a menos de una exhalación entre la aurora y el ocaso. Sus recuerdos quedaban rezagados, al otro lado de una sima de espacio y tiempo. Tan sólo la admiración y el terror la diferenciaba de la revuelta materia gaseosa y tórrida a la que pertenecía, propagándose por el infinito.

¿Tiempo? Para ella no significaba nada, de modo que, al empezar a aminorar perceptiblemente el ritmo de su viaje, no pudo determinar qué lapso había pasado. No se percató de que la masa de incandescencias se coagulaba hasta que vio la nada de detrás, sin el gas que le entelaba la vista. El sentido de aquella inmensa oscuridad a través de la cual discurrían otras nubes vaporosas, de nuevo más vastas que galaxias pero tan lejanas que eran apenas visibles, la encogió más todavía, y la amenazó con privarle del conocimiento. Agradeció profundamente que este conocimiento se inclinara hacia otros fenómenos, todavía vastos y portentosos pero, por contraposición, casi reconfortantes. El amasijo en cuyo centro se hallaba suspendida había comenzado a dividirse para formar las estrellas.

La asaltó una vez más la punzante impresión de que el tiempo no tenía ningún significado. Estaba experimentando un proceso que había durado millones de años. Su masiva violencia, la absorción de polvo y gas por núcleos candentes cuyo calor la abrasaba con sólo imaginarlo, la conmovía a un nivel más hondo que la conciencia, abriéndose todo su ser, como una flor, a tan ígneo poder. Advirtió su ente sensible que la galaxia describía una majestuosa rotación en el vacío, estirando unos brazos elipsoidales más allá de sus fronteras sensoriales, calculó -último poso de la sapiencia adquirida en la vida que había abandonado- que a unos cien millones de años luz. La sensibilidad a estas evoluciones la catapultó hacia fuera, a una estrella joven.

Aunque parecía no estar en ningún sitio concreto, pudo calibrar que se hallaba más cerca de la médula que de los límites. Giraba en su derredor una nebulosa con fragmentos de materia rocosa que crecían y colisionaban, atrayendo más materia en este crecimiento, creando mundos en ciernes. Se fijó su rumbo en los espacios hacia el tercer planeta y su satélite, y el tiempo volvió a acelerarse. Tierra y Luna trepidaron al iluminarse el Sol: ambos globos se partieron en volcanes de llameantes heridas. Se cerraron ahora las nubes sobre el planeta, y Diana creyó ver destellos acuáticos en la Luna, quizá incluso la calina de una atmósfera. Por vez primera intentó dominar la visión de la que era testigo, intentó no ser imantada por la Luna. Acaso era la forma en que bullía, en que se agitaba en su despertar bajo el bombardeo de las rocas de la nebulosa, detritos sobrantes ahora que los mundos se habían configurado, pero había algo en el satélite que la desagradaba.

¿La estaba arrastrando su propio resquemor hacia la Luna? Se dijo angustiada que la Tierra tenía mayor gravedad; debería ser capaz de capturarla, de alejarla del satélite. Pero no funcionaba así con el ente que ahora era, ni tampoco le sirvió la intentona de centrar su conciencia en la nebulosa de su entorno, la galaxia o cualquier astro susceptible de mantenerla

al margen de la Luna. Esta ultima se dibujaba ahora debajo de ella, y la amarraba con fuerzas tan intangibles y sin sustancia como su mismo ser.

Por lo que vio, el satélite ya había fenecido. El agua y la atmósfera se habían evaporado y su orbe se mostraba reseco y hueco como una vaina en una telaraña. Había aún meteoritos semienterrados en su superficie, que desencadenaban la erupción de ingentes cráteres volcánicos. Aquellas turbulencias superficiales eran asociables a una corrupción interna, a una vida que medrase en la decadencia, empollándose. Mas no era eso lo que la aterrorizaba, lo que la llevaba a luchar para distanciarse de la Luna mientras estuviera todavía a tiempo. Presentía que, aunque agonizante, aquel universo albergaba una conciencia. Y la conciencia vigilaba a la Tierra.

Rezó para que tal vigilante no la hubiese detectado. Con toda seguridad, su propia insignificancia la salvaguardaba. Quedó infinitamente aliviada cuando sus percepciones se volcaron en la Tierra, que ahora se transformaba a gran velocidad, pese a que cada cambio suponía millones de años. También aquí continuaban lloviendo los meteoros, pero se incendiaban al penetrar en la atmósfera. Se resquebrajaron enormes continentes, flotando sus partes a la deriva mientras las tempestades azotaban el mundo. Brotaron montañas del corazón del planeta, los mares inundaron hondonadas y ayudaron a delinear nuevos continentes de perímetros casi reconocibles. Pronto nacería la vida tal como Diana la conocía. De repente, su raciocinio verificó lo que instintivamente ya sabía. Era la vida en la Tierra lo que el vigilante de la Luna acechaba con voraz apetito.

El pavor la movió a volverse hacia el satélite, la superficie muerta que sin embargo estaba violentamente viva con la lava que explotaba en los hirvientes cráteres, que caía luego más despacio de lo que lo habría hecho en la Tierra. La entidad íntegra de Diana clamó para que cesara la andanada meteórica, que dejara tranquilo a quienquiera que hubiese anidado en el decaído mundo, mas su voluntad era impotente ante las energías naturales del cosmos. Los movimientos de la corteza lunar eran exclusivamente geológicos, se argumentó a fin de serenarse. Tal vez no había nada peor que ver. Trató de olvidar cómo la vida debía de estar gestándose en los mares de su planeta, evolucionando en tierra firme hasta materializarse en criaturas de respetable tamaño, conspicuas ya. ¿Cuánto tardarían en aparecer los dinosaurios? Era como si sus aprensiones espoleasen al tiempo más y más deprisa hacia lo que temía, y al ver la transformación que, sinuosa, estaba desarrollándose sobre la Luna, el horror la abrumó.

En un primer momento la tomó por un eclipse causado por la Tierra, cuya sombra sumergía en negrura al satélite. Mas la oscuridad no progresaba como en un eclipse, sino cubriendo el contorno externo de la luna. Tuvo la alucinante sensación de que esta última se estaba empequeñeciendo. Si era así, algo tenía que devorarla, algo que empezaba a insinuarse ante la vista en su cara oscura.

A Diana le entró un irreflexivo miedo a que la Luna se tornara negra, a que la dejase en tinieblas con lo que el futuro le deparaba. No razonó que aquello podía ser preferible a ver. Mientras, desvalida, espiaba los cambios, unos zarcillos largos y de extrema palidez, en número de ocho o más, se desplegaron hacia los confines del astro. Uno se posó en el borde del inmenso cráter muerto sobre el que se encontraba ella. Hasta que el tentáculo abrazó este reborde no comprobó Diana que era más sólido que las fisuras con las que ella había identificado los misteriosos zarcillos. La oscuridad del contorno de la Luna era la sombra que su orbe proyectaba sobre el ser que había en su mitad posterior, el ser que había trepado desde el lado oculto y se agarraba como una araña cuyas patas abarcaran todo el globo.

Mientras su conciencia se esforzaba en retroceder, captó que, aunque espantosa en extremo, la visión era únicamente una imagen censurada de la realidad, la porción que su mente se permitía filtrar. Y quizá hasta aquello excedía a su resistencia, aquel atisbo de un cuerpo abotargado, blanco como sólo podía serlo un ente que hubiera pasado toda su monstruosa existencia en penumbras, y que ahora se recortaba en el disco de la luna.

No lo vislumbró más que unos breves momentos, pero le pareció un siglo. La escena la habría destruido, la habría dejado alienada en el vacío, de haber tenido que sufrirla más tiempo o de haber visto el rostro de la criatura. Al fin, aquel cuerpo que era más grande que la Luna se embutió metafóricamente en los zarcillos, sus vehículos, los cuales se fundían ya con

los haces lunares. Vio Diana que la luz se vertía sobre la tierra, vio que tocaba el suelo y cobraba forma.

Sintió que había rebasado todas las barreras del terror. Contempló a la nueva estructura mientras patrullaba las también nuevas tierras, los neblinosos bosques. Al fortalecerse el claro de luna, el ser creció. El imponente, aunque famélico, tronco le recordó a una larva por los incesantes culebreos de su piel. La cabeza era descomunal comparada con el cuerpo, y Diana se las ingenió para no estudiar su cara más que como una máscara similar a los estigmas de la Luna. Cuando abrió la boca y metió sus brazos más largos que árboles en la guardia de su presa, sacándola viva, debatiéndose y chillando en sus manazas, procuró no pensar en el aspecto que ofrecía. Era una pieza mucho mayor que un ser humano, pero quedó patente que el coloso no estaba satisfecho. Su hambre buscaba algo más que el simple alimento.

Se sucedieron en la tierra días, meses, años y centurias. ¿Corría el tiempo de su visión tan arrolladoramente para saciar la voracidad del ser? Se abrieron los océanos, chocaron los continentes, se alzaron aserradas cadenas montañosas, casi como si aquel ingente parásito que campaba por sus respetos siempre que la Luna brillaba con intensidad tuviera perturbado al planeta. De nuevo el fluir del tiempo se suavizó, y Diana supo que pronto se satisfaría el apetito del ente. Se hallaba prisionera en sus visualizaciones, atraída ahora hacia un punto de luz roja en medio de una jungla. Podía ser una señal para la criatura que se había asociado a la luz lunar, aunque en ningún caso intencionada.

Era una hoguera en un claro. A su alrededor se habían apiñado unas figuras que andaban sobre dos piernas. Diana les tuvo más lástima que reconocimiento; todavía no se asemejaban mucho a personas humanas. No fue su pequeñez de lo que se compadeció, o al menos no tanto como de su faceta animal, que tan vulnerables les hacía. Pero, cuando levantaron los ojos y vieron que se agachaba vorazmente hacia ellos, rodeándoles con todas sus patas, su pánico sí fue humano.

Diana hubo de observar cómo se alimentaba, puesto que no podía zafarse. Averiguó de qué estaba hambriento: de todo aquello que distinguiera lo humano de lo bestial. Soportó inerme siglos de triunfo, mientras la carrera adoptaba también una dimensión más humana. Le vio deambular por las últimas eras glaciales, alumbrar con su inflado cuerpo los campos de hielo. Así debieron de originarse las leyendas de gigantes, a la vista de sus patas de arácnido elevándose hacia el cielo, ganando altura después de alimentarse. Tal vez nació también así la religión, los primitivos sacerdotes que imploraban al sol que retornase, que salvara a sus pueblos del hambre de la luna, una súplica que Diana vivió ahora como una reminiscencia del poder que la había envuelto al crearse las estrellas. Pero la Luna contó asimismo con espíritus conciliadores, prototipos de los druidas, hombres lo bastante preclaros como para invocar al cazador en su forma humana, la forma de un hombre tan resplandecientemente blanco que no podía mirársele a los ojos. Le prometieron sacrificios caníbales, sacralizar el satélite, y el ser que lo encarnaba debía otorgarles a cambio la capacidad de evolucionar y adquirir mayor fuerza en sus propias cacerías las noches de plenilunio, cuando él eligiera las mejores ofrendas. Diana quiso gritar a aquellos conciliadores que no negociaran en nombre de la humanidad, mas el pacto ya se había consumado; se estaba olvidando hasta el terrible objetivo de sus ritos, hibernado en el transcurso de los siglos. Sólo el apetito que tales ritos calmaron y el poder inhumano que habían alimentado se preservarían inmutables.

La humanidad avanzó. Prosperaron las civilizaciones. El culto a la luna fue domesticado, civilizado. Quienes actuaban en función de la luna llena fueron desterrados o tildados de locos o ajusticiados. La vieja religión no sobrevivió sino en los lugares más inaccesibles, donde el ser de la luna seguía hartándose a placer, ahuyentando por el esplendor de las ciudades. Sus efímeras apariciones dieron pábulo a leyendas de ogros, de monstruos que vagaban por los solitarios océanos. Vinieron luego los druidas que le llamaron Moonwell, y los romanos que trataron de aniquilarle mientras se hallaba preso en el cuerpo de aquel sacerdote. Lo único que lograron fue enfurecerle, excitarle a forjar un plan de venganza que fue madurando abyectamente a lo largo de los siglos, una venganza contra la raza humana.

La insondable tiniebla de la cueva no le había rendido. Al contrario, hizo que se incrementara su imperio sobre la oscuridad. Antes de que los despojos del druida acabaran de

descomponerse, había convocado ya a ciegas criaturas de las más hondas cavernas para que amontonaran los pedazos del cadáver junto al cuerpo del soldado romano que se había autoinmolado, sin pensar que iba a alimentar a la entidad misma que pretendía destruir. Este hecho había retrasado la putrefacción, convirtiendo la amalgama en un simulacro de vida que se fue incubando a través de los siglos de oscuridad, en un cuerpo prefabricado que el ser podría habitar en su espera. Con el transcurso de los siglos se le fueron asimilando más sirvientes sin ojos. En el mundo exterior todavía se adoraba a la luna, una adoración que reafirmaba a quien aguardaba en el foso. En ocasiones extendía un tentáculo y apresaba mentes en las que yacía sepultada la memoria racial de los antiguos rituales y que, a partir de entonces, enloquecían o cambiaban con la luna. Si cazaban, compartía su alimento, él se nutría del espíritu mientras los otros comían la carne.

Aún le faltaba la fuerza necesaria para escalar de vuelta al astro. Una vez sus invidentes criados le izaron hasta la galería superior, el cuerpo artificial se hizo pedazos antes de ascender seis metros. Además, el ente quería que su portador fuera un humano, que tal fuese su primera victoria. Quizá el tiempo pasado en la cueva había sido una nimiedad para un ser inmortal, mas Diana se representó los años como lo que eran, como siglos. De todos modos, no pudo por menos que desear que se prolongaran cuando, en la boca de la cueva vio una luz que bajaba por el primer túnel. Dios la guardase a ella y al género humano, la espera había concluido. Mann estaba allí.

Le vio llegar al fondo y aventurarse en el pasadizo, soltando cuerda a su espalda. Bajo el casco, su rostro delataba la tensión de la osadía, con la piel de los pómulos casi translúcida. Le admiró muy a su pesar y, sobre todo, se horrorizó por su suerte. La luz del casco enfocó a quien aguardaba en la negrura, y Diana constató que la faz de Mann se llenaba de odio y de asombro.

Acaso lo que le asombró fue cuan diminuto era su adversario. Con el desgaste del tiempo, el amorfo cuerpo se había ajado hasta quedar casi en nada. Su insignificancia aparente debió de infundir valor al otro, pues se le acercó, pese a que Diana le rogó sin voz que huyera. El engendro se había concentrado en sí mismo y, tan pronto el predicador se puso a su alcance, dio un salto, el que había preparado durante centurias. Le atenazó con todos sus pútridos miembros y le amordazó aplicando su boca descarnada a la de él, acallando su alarido.

La repulsión había paralizado al evangelista. Diana tuvo que presenciar cómo los desintegrados labios abrían un sesgo en la ropa, cómo el pálido y deformado cuerpo empezaba a amoldarse al suyo en una fusión total. Lo último que le invadió fue la cara, sobreponiéndose venenosamente sus rasgos a aquella expresión aterrada y, luego, humanizándose en una socarrona réplica del semblante de Mann, de su sonrisa.

Fue casi un descanso para Diana sumirse en la tiniebla cuando la cosa que había sido Godwin Mann echó a un rincón el iluminado casco y se encaminó hacia la galería alta, hacia sus devotas presas. A su alrededor, en la oscuridad, unas criaturas sin ojos aguardaban su llamada. Aquello no fue más que el preámbulo, todo lo que sucedió en Moonwell después de que el ser disfrazado de Mann emergiera del foso fue una broma diabólica en la que el ente se regodeo de sus poderes y puso a prueba sus limitaciones. Pronto iba a cansarse de que le venerasen por equivocación, pronto perpetraría su venganza. La penumbra cerró estrechas filas en torno a Diana, atrapándola en su visión, mientras comprendía cuan completas serían aquella revancha y aquel goce, comprendía lo que planeaba hacerle al mundo.

53

Algo cayó sobre el pie de Phoebe Wainwright y la hizo volver en sí. Estaba desplomada en el rígido saliente de un lugar frío y en penumbra. Le colgaban los brazos sobre el borde, los senos le dolían por el aplastamiento y el dilatado vientre la arrastraba hacia abajo. Al erguir la espalda con vacilación y girarse para examinar el objeto caído, descubrió que era un libro de salmos. Había estado postrada en un banco. Se hallaba en la iglesia, aguardando la muerte.

Consiguió enderezar su desmañado cuerpo, temblándole las muñecas al sujetarse en el reclinatorio, y se sentó en el duro banco. Si aquello era morir, no resultaba nada aterrador. ¿Por qué había de serlo? Phoebe creía que la muerte natural era como traspasar un umbral, algo que se hacía de manera insensible. Ni siquiera la hinchazón de su panza le molestaba, pues había decidido que se la abultó el hambre. Su famélico organismo no tardaría en derrumbarse, y entonces vería de nuevo a su Lionel, no sólo la fotografía expuesta en la mesilla de noche. Sabría cuál era el secreto que había prometido contarle cuando volviera a casa aquel día en que jamás volvió. «Espera y verás, cariño», le había dicho, besándola en las dos mejillas antes de darle el ósculo auténtico en la boca, y ella esperó, esperó la jornada entera para averiguar qué era lo que encendía chiribitas tan brillantes en sus ojos, hasta que se presentó en su puerta el policía con cara femenina, tan atípicamente entristecido que no precisó oírle hablar. Ahora, el pesar, su vacío interior, se mitigarían por fin de forma definitiva. Había venido a la iglesia resuelta a ponerse en paz con Dios según sus propios códigos, y suponía que lo había hecho.

¿Por qué, entonces, parecía refrenarla en sus designios la idea de tener que completar una tarea? Con perezosa memoria, recordó que debería haber manifestado su perdón a Eustace Gift por lo que había dicho sobre ella en la asamblea, puesto que, verdaderamente, había dejado de importarle. Lamentaba que el hombre no hubiera tenido el coraje de comentarle sin reservas sus sentimientos, en vez de almacenarlos en su interior hasta vomitarlos de un modo tan intempestivo. Phoebe se secó una lágrima; siempre le había profesado un gran afecto, y quizá así se lo habría hecho saber de darle él la oportunidad. Esperaba que encontrase a alguien que le hiciera feliz.

¿Por qué sentía aún aquella congoja? Una remembranza en especial le desquiciaba los nervios, pero sin duda todo fue un sueño. Poco después de enterarse de las declaraciones junto a la cueva, soñó que Eustace la poseía, con su faz transformándose en la de Lionel y luego en un rostro sin facciones, una nada sonriente en la que se insertaban unos pequeñísimos y vivaces ojos azules. Había despertado desnuda en el lecho, cubierta por un rayo de luna que se derramaba entre sus muslos. Se repitió que había sido tan sólo un sueño. Lo que la preocupaba era cómo tenían que haber coaccionado a Eustace para que confesara así su amor.

El culpable era Godwin Mann, él y la histeria que había traído a Moonwell. Phoebe se puso tiesa, las manos que la apuntalaban al banco se apretaron en puños. Fue la influencia de Mann la que le hizo perder al bebé, el primer parto que se malograba en diez años, el primero de sus niños que moría porque los padres hubieran rechazado sus servicios. Por eso le rondaba la idea de que tenía algo pendiente. Debía obligar al predicador a enfrentarse a su responsabilidad en la muerte del pequeño.

La Luna avanzó por los bancos hacia el altar, reproduciendo en líneas desvirtuadas las imágenes de las vidrieras. ¿Era Mann consciente de su culpa, del sufrimiento que había causado? Seguramente se decía a sí mismo que actuaba por voluntad de Dios. Tal pensamiento encolerizó a Phoebe, preñó su cuerpo de un doloroso anhelo de encarársele. Y no descansaría en paz hasta que lo hiciera.

Poniéndose pesadamente en pie, echó un nostálgico vistazo a la iglesia. No quedaba mucho en ella para inspirar tal nostalgia. Las figuras condensadas en los largos ventanales tenían una delgadez anónima y antinatural: los rayos lunares las iluminaban de tal forma que uno de los grupos parecía tener un cuerpo común, mientras que las sombras de los sauces movían a todos sus componentes en una danza extravagante. No podía ser sólo la luz la que prestaba a la iglesia aquel empolvado aire de frialdad, de abandono. Era también obra de Mann, cuando proclamó que el padre O'Connell era menos divino que él. La Wainwright casi le inculpó asimismo de la muerte del sacerdote.

No se haría ningún bien a sí misma dejando volar su fantasía, menos aún ahora que se

había levantado y el hambre la sacudía. Los brazos de la Luna tocaron el altar como para demostrar cuan vacío estaba, y la mujer vio a una enorme araña bajando de la palia. Retrocedió atropelladamente por el banco, sosteniéndose con ambas manos, y también el tacto la ayudó a recular de final en final de hilera de bancos hasta la parte posterior de la nave.

No iría lejos sin una vara. Fue cojeando entre los sauces del cementerio y se detuvo junto al roble. Se colgó de una rama, quebrándola con tal ímpetu que se estrelló contra el áspero tronco. Al menos tenía una muleta, y era además un respiro haber salido de la iglesia: estaba empezando a imaginar que la cabeza de una de las gárgolas, aún más deteriorada y llena de manchas que las otras que había en la empinada cubierta, había adoptado la cara del padre O'Connell, y sonreía en una mueca torva. Decidió que no volvería allí después de la confrontación con Mann. Estaría más solazada en casa, cerca de la fotografía de Lionel.

Anduvo por la calle Mayor hacia el hotel, oscilante y arrancando quejas a su bastón cada vez que se apoyaba en él. Tenderos y clientes sacaron la cabeza a su paso, pero nadie se brindó a ayudarla. Hubo de descargar aún más su peso en la vara al llegar a la desierta plaza. En el instante en que pisaba el pavimento frente al edificio, la rama se rompió.

Atravesó las puertas con mucho apuro y siguió adelante. El vestíbulo estaba repleto de acólitos de Mann, uno de los cuales dio un respingo y un enojado aullido al ver cómo Phoebe se acercaba haciendo eses a una butaca. La mujer se dejó caer en el asiento, jadeando y con la boca abierta. Al rato tomó aliento y se alzó para, de nuevo renqueante, encaminarse a la recepción, donde el director observaba con displicencia las sombras de la multitud labrada en la alfombra.

-¿Podría decirme el número de habitación del señor Mann? -preguntó la mujer.

-Nadie puede subir. -El tipo apartó la faz del puntal que era su mano en visera, brillante su frente ovalada a través de unas mechas pelirrojas, y estudió a la Wainwright-. Se ha quedado todas las habitaciones de la última planta. Mientras pague la factura, es asunto suyo.

Una matrona con una cruz en la canal de los pechos dio a Phoebe unas palmadas en el hombro.

-Ahora, Godwin sólo recibe tras previa cita.

-¡Ah! ¿Se nos ha vuelto elitista?

-Estoy desolado, señora, pero no puedo hacer nada -se disculpó el director.

El hombre se giró hacia la centralita del teléfono, para responder a un timbrazo de sonido similar a una inhalación de aire. Phoebe vio que se ponía tenso al oír por los auriculares una embaucadora voz que le decía:

-Envíemela, se lo ruego.

-Es usted el señor Mann, ¿verdad? -El director se había inclinado con cautela hacia el micrófono; estaba claramente desconcertado por el comportamiento de los mandos-. ¿A quién debo enviarle, señor?

-A la matrona.

Debía de haberla visto al cruzar la plaza *y* oído a través de la red telefónica, coligió Phoebe, asqueada por la reverencia que leyó en los semblantes de sus seguidores.

-¿Puedo hablar un minuto con él? -solicitó uno de aquellos.

-Siempre a su disposición -contestó el director, encogiéndose de hombros.

El sujeto, un hombre joven, se recogió sobre el micrófono como si fuera a arrodillarse.

-Godwin, ¿está usted seguro de que no quiere que le sirvan un bocado? A todos nos encantaría cederle una porción de nuestro plato.

-Aprecio vuestra lealtad -dijo la voz meliflua-, pero no hay razón para preocuparse. Nadie ha de quedarse sin comer. Por favor, que alguien acompañe a mi visitante hasta el piso.

Tantos fueron los voluntarios que se arracimaron alrededor de Phoebe, que ésta pensó que tenían la intención de transportarla en volandas. Al fin, dos hombres la agarraron por los brazos y la alejaron del mostrador. Uno de ellos encendió una linterna al alcanzar el extremo del vestíbulo y, juntos los tres, siguieron escaleras arriba la banda iluminada.

El murmullo del gentío se disipó al aupar los dos hombres a Phoebe en los últimos peldaños del primer piso. Le dieron soporte hasta el segundo, entre unos muros que parecían combarse como la carne viva al rozarles de soslayo la luz. El rellano estaba almohadillado de

silencio, una respetuosa quietud que la mujer ansió romper. Iba la primera al subir a la tercera planta, pero los acólitos tuvieron que cogerla de los brazos cuando, tropezando inadvertidamente, se vino atrás.

-No creo que él se enfade si la escoltamos hasta la cúspide. Nos dio instrucciones de dejarle sólo en el caso de que hubiera una contraorden por su parte -explicó el hombre de la linterna.

Soltaron a la Wainwright en cuanto se hubo plantado en el último piso. La mujer, sujeta con ambas manos a la baranda, les vio retirarse, vio cómo la refulgencia de la luz oscilaba en el primer descansillo y desaparecía tras la curva. Se separó con ímpetu de la escalera y casi se muere del susto, pues había quedado a un metro de distancia del negro hueco del ascensor. Fue como pudo hasta la pared del pasillo y apoyó la espalda en ella, sin respiración.

Este piso del hotel desbordaba luz de luna. Su brillo era mayor al final del corredor, donde sus guías le habían dicho que se hallaba la alcoba de Mann, y ahora reparó en que entraba por su puerta abierta. Pero no podía ser que toda la luz manase de allí dentro. Daba igual, tal como había comenzado a temblar tampoco iba a ponerse a analizarlo ahora. Tal vez los tiritones no se debieran solamente a la debilidad; su hálito enturbiaba el aire al expulsarlo. Se reanimó un poco, e incluso se atrevió a acometer la travesía del pasillo, con la mano en la pared. En el momento en que pasaba frente a una puerta cerrada aquella voz suave, envolvente, afirmó:

-Me satisface mucho que lo haya conseguido, señora Wainwright. Quería que viniera por su propia iniciativa.

A Phoebe se le hizo un nudo en el cedido vientre.

-¿Se ha tomado la molestia de averiguar mi nombre? Eso es porque le remuerde la conciencia, ¿no? ¿Ha pensado que es usted, para variar, quien necesita ser perdonado?

La voz se rió, tan atrozmente que a Phoebe le faltó el resuello. Oyó un fuerte ruido metálico en la habitación abierta, que resonó como si toda la planta fuera a hundirse.

-Mi querida señora Wainwright, no es ése el motivo de que esté aquí.

Phoebe se dobló sobre un repentino aguijonazo que le retorció la tripa.

-Puede usted predecir las reacciones de sus adoradores -replicó con los dientes apretados-, pero no presuma de predecir también las mías.

-Sé sobre usted todo lo que me conviene, Phoebe. La he observado con especial interés desde que empezó a ocuparse de adornar la cueva.

-¿Cómo, desde entonces? Eso fue hace muchos años. -La mujer envaró ahora la espalda, con los ojos aún lacrimosos, y las palabras de la voz calaron en sus poros como el frío. Ojeó el palidecido corredor-. ¿Quién es usted? -espetó.

-¿No lo adivinas, después del tiempo que he pasado esperándote? Y, sin embargo, heme aquí, conociéndote mejor que nunca -declaró la voz insinuante en tono confidencial, con una modestia grotesca-. Vamos, Phoebe, ambos deseamos lo mismo, y por eso te lo he dado.

Phoebe buscó apoyo en el muro y abrazó fuerte su vientre. Los dolores le resultaban casi familiares, sus síntomas evidentes, pero era imposible.

-¿Sobre qué delira usted, condenado fanático? -rugió.

-Exactamente sobre lo que estás sintiendo. Es lo que tú intuyes, lo que siempre deseaste pero renunciaste a tener porque habías perdido a tu marido.

La Wainwright inició un penoso retroceso arrimada a la pared, oprimiéndose la panza con el brazo. Habría de soltarse para alcanzar la escalera, para lanzarse hacia ella. En todo caso, era mejor pasar de largo que arriesgarse al vértigo del abierto hueco del ascensor. Mas, cuando estaba enfrente del hueco, una mano salió de la alcoba de Mann.

Su mente trató de negar que fuera tal mano. Las manos no eran tan pálidas, ni tan manchadas, ni tan inquietas; los dedos no se movían como orugas. Además, era demasiado grande incluso en proporción al brazo que, la mujer lo vio con estupor, llegaba ya a mitad del pasillo. No obstante, al extenderse aquellos dedos sí creyó que formaban una mano, hasta que la luz que parecía aprisionar el miembro refulgió tan fulminantemente que las yemas esculpieron relámpagos de luz, una luz blanca que se le clavó en la inflada panza cual cinturón de lanzas de hielo. Phoebe se retrajo tambaleándose, agitando los brazos, y cayó

despatarrada en el suelo pasado el hueco del ascensor.

-Ven a mí -invitó la voz embrujadora. Se había traicionado a sí mismo, pensó Phoebe dentro de su trance. Al hacer que se desmoronara con su peso a cuestas la había incapacitado para obedecer. Cerró los ojos y se conminó a morir antes de que la voz reclamara el acceso a otros de sus secretos, antes de que los espasmos del bajo vientre y la entrepierna ratificaran lo que aquel ser había anunciado.

-Ven a mí -insistió la voz perentoriamente, y Phoebe iba a ceder a una risa histérica cuando comprendió que no era a ella a quien hablaba.

Juntó los párpados más estrechamente, como si así hubiera de repudiar el ultraje, pero notó el contacto de largos dedos, o de gélidos rayos. Se rasgaron sus vestiduras, y algo se le escabulló de entre las piernas. Se llevó la muñeca a la boca, mordiéndola hasta que sus dientes toparon con el hueso, y se obligó a abrir los ojos.

Un bebé gateaba pasillo adelante, hacia la puerta luminosa, y alejándose de la mujer. Estaba muy rollizo y lucía una palidez nada saludable, pero se apañaba para desplazarse. Su cordón umbilical tiraba del gemelo, o de todos cuantos hermanos se encontraban aún en el útero de Phoebe y pateaban impacientes. Gateaba, sí, hacia la luz que se escanciaba en el del otro modo vacuo corredor, gateaba atendiendo a la llamada de quienquiera que le esperase en la alcoba de Mann.

Phoebe se movió en la moqueta, de manera que la cabeza quedara más próxima al bebé. Su misma endeblez la incitó al llanto. Rodó ahora para ponerse boca abajo, aullando de dolor, y logró agarrar al pequeño por los escurridizos hombros y atraerlo hacia si. Estaba ciego, sin ojos, y mal podía llamarse rostro a lo que debería haberlo enmarcado. El niño forcejeó en sus disminuidas garras, girando la cabeza a uno y otro lado, gesticulando como si pretendiera trepar en el aire. Un estremecimiento de horror ante él y ante ella misma por haberlo concebido, fuera como fuese, la convulsionó de arriba abajo, agotando sus últimas fuerzas. Sólo un pensamiento la mantenía activa: por muy horrenda que fuese la criatura, tenía vida, una vida que nadie sino ella podía proteger del ente de la habitación. Procuró no preguntarse quién era este ente, o cómo se había instalado en la alcoba, o para qué quería al recién nacido: tanto rehuyó pensar, que su mente se encogió hasta casi dejar de ser. Apretujó al escurridizo pequeño contra su pecho e hincó una rodilla en el suelo.

Por aquel esfuerzo estuvo a punto de desmayarse. Ahora, además de moribunda por hambre, también se desangraba. Apenas podía sostener al bebé: nunca llegaría a la escalera. No restaba más que un medio de robarle los niños al monstruo del cuarto de Mann, y aun aquél sería impracticable si no actuaba con rapidez. Tal certeza la empujó, de rodillas, hacia el hueco del ascensor, demasiado deprisa para arrepentirse. Cayó antes de que tomara la decisión de hacerlo, con el agotamiento y la sobrecarga de su vientre tirándola por el hueco. Murió de forma instantánea y aplastó al hijo ya alumbrado bajo su cuerpo. Mientras se precipitaba, juró que llevaría consigo a su prole dondequiera que fuese.

54

Al no recibir respuesta inmediata la discreta llamada de Eustace, Nick martilleó la puerta frontal de los Scragg. Había alguien sentado en la sala de estar, pero era lo único que el periodista pudo percibir ahora que la luna se hallaba situada encima del tejado. Abrió enérgicamente un hombre de pequeña estatura, con la cara contraída, mofletes encarnados y cejas muy pobladas.

-¿Por qué arman tanto jaleo? ¿Quiénes se creen que son?

-A mí ya me conoce, señor Scragg. Y el señor Reid es amigo de la señorita Kramer.

La ridícula cara escudriñó a Nick.

-Sí, la ayudó a organizar aquel follón cuando tratábamos de orar. Supuse que la policía se habría hecho cargo de usted.

-No esperaría que me tuvieran encerrado para siempre, ¿verdad? -El reportero recapacitó que no valía la pena mencionar a los perros. Ya descubrirían el cadáver, y a no mucho tardar-. El inspector sólo quería quitarnos de en medio a Diana y a mí hasta que terminara la asamblea. Me dijo que viniera a buscarla.

-¿Eso hizo? Me extraña que no haya venido él mismo.

-¿No le parece que está ya bastante atareado? -colaboró Eustace, con una risotada que a Nick no le sonó nada convincente.

-Tendría muchos menos engorros si todos en este pueblo entregaran su fe a Dios. Lo que no entiendo es por qué no ha mandado para liberarla a alguien en quien él sepa que podemos confiar.

«Eres demasiado menudo para ser un cancerbero, rata enana». Antes de que Nick asiera al director de escuela por las solapas y le insultara así en la cara, Eustace propuso con timidez:

-Si no nos cree, no tiene más que telefonearle.

-No te quepa ninguna duda de que lo haría si pudiera. -Scragg arrugó ahora la frente-. Hay algo que deseo puntualizar. Nadie en esta casa tiene la culpa de lo que pueda haberle ocurrido a su amiga.

-¿Qué le ha pasado? -demandó Nick-. Déjeme verla, o por Dios que le imputaré toda la responsabilidad.

-No use el nombre de Dios en vano delante de mí. Y permanezca muy cerca de mi persona, para que pueda vigilarle -dijo el director, en lo que era una última aserción de autoridad, e introdujo a ambos hombres en el estrecho vestíbulo.

Diana estaba sentada en la sombría sala, junto a la extinta chimenea. Se hallaba, al parecer, ensimismada en la contemplación de un cuadro que había en el muro, sobre la repisa. Un tipo flacucho y de cabello semicano pese a no sobrepasar la treintena frotaba, arrodillado frente a ella, sus ateridas manos. Se hizo a un lado al correr Nick hasta la americana y tomar en las suyas aquellas manos, tiritando cuando la joven le transmitió el helor de todo su cuerpo.

-¿Cuánto tiempo lleva así?

-Desde que se elevó la luna -explicó la señora Scragg a la espalda del reportero, en un tono desabrido pero con pretensiones de ser sentencioso.

Nick secó los labios de Diana, y vio que tenía la camiseta empapada.

-¿Por qué está tan mojada? -inquirió.

-La rocié con un poco de agua, eso es todo. He curado así a más de un niño atacado por nimiedades parecidas.

El periodista respiró hondo y trató de no perder la templanza.

-¿La ha visitado algún médico?

-Le ahorraré el trabajo de interrogarnos para luego poder acusarnos de no haberla cuidado. Delbert, aquí presente, lo ha intentado todo.

-Los dispensarios estaban cerrados -musitó el hombre del pelo gris.

Nick se dio cuenta de que no había nada más que saber. Una vez sacara a Diana, sana y salva, de la vivienda de los Scragg, podría hacer los planes oportunos.

-Écheme una mano, Eustace -indicó a su acompañante, y dio un ligero tirón del brazo de Diana con la esperanza de echarla a andar.

La joven se incorporó con presteza. Tan ágil y firme fue su gesto que Nick pensó que se había despertado, pero sus ojos nada miraban fuera de sí mismos. Ahora que estaba en pie, quedó inmóvil. Cuando volvió a agarrar su brazo caminó a su paso dejando atrás a los murmuradores Scragg, las claustrofóbicas dependencias y hasta el exterior de la casa. Eustace cerró la puerta.

-¿Quiere probar suerte otra vez con los doctores? En la penumbra, ese tipo podría haberse confundido de señas.

Atravesaron la calle Mayor hacia la acera donde había luna, y Diana, al bañar la luz su rostro, habló. Lo hizo con una voz que era un hilo quebradizo.

-El cielo va a desplomarse. A eso se referían. Ellos lo sabían bien.

-¿Qué historia es ésa, cariño? -susurró Nick, acariciando el brazo de la chica a través de su propia chaqueta, con la que la había arropado.

Notó a la joven liviana, hueca, ausente hasta extremos insospechados, y se le heló el corazón. Diana se enclaustró de nuevo en su mutismo al internarse en la sombra de un bancal, y Eustace les guió hasta un dispensario médico que había entre dos comercios.

Pulsó repetidas veces el botón metálico, el timbre resonó pero nadie lo atendía. En algún sitio Nick oyó un ruido como de insectos, un zumbar seco que también podían ser risitas apagadas. Condujo a Diana, siguiendo siempre los talones a Eustace, por las rúas marginales, que se fueron ensombreciendo a medida que la Luna se adentraba en la colina. El cartero fue a un dispensario, y luego a otro, mas en ninguno obtuvo respuesta.

-Me temo que éste era el último. ¿Intentamos llevarla a un hospital?

-¿Está muy lejos?

-A unos sesenta kilómetros.

-No llegaremos antes de que anochezca -desistió el reportero, pese a lo mucho que deseaba oírse decir que se equivocaba en su diagnóstico-. Lo dejaremos para mañana, si es que todavía no se ha recuperado. Lo que ahora necesita es descansar, ¿no opina usted igual?

-Puedo hacerlo perfectamente en mi casa. Es decir, a menos que usted prefiera... -añadió Eustace azorado, bajando la vista-. Es decir, que si tiene las llaves del chalet de su amiga...

-La casa de usted será un refugio excelente. Le agradezco su amabilidad.

Para Nick fue un desahogo seguirle fuera de aquellos parajes. La luz lunar se posaba en el pavimento de la calle donde vivía Eustace. En cuanto se expusieron a ella, los labios de Diana empezaron a moverse, pero no emitieron sonidos articulados. Fue estando ya en el salón del cartero cuando alzó una faz invidente, pero inquisitiva.

-Tengo que salir -aseveró con vehemencia-. Tengo que detenerle, que adelantarme a sus movimientos.

55

-No iré si Hazel no viene -se negó Craig.

Benedict se acuclilló frente a su asiento.

-Escúcheme, haga el favor. Ya hemos pasado por esto otra vez. No quiero dejar la casa desocupada con un equipo valorado en varios millares de libras. No digo que nadie vaya a aprovecharse de la oscuridad, pero es mejor tomar precauciones.

-Creía que ya lo habías hecho. Instalaste tu propia alarma. Además, tengo entendido que ya no se cometen delitos en Moonwell.

-No se ha cometido ninguno desde la llegada de Godwin, pero podrían trasladarse hasta aquí algunos ladrones de la ciudad si se han enterado de lo de las luces.

La mención de Mann tocó el punto flaco de los nervios de Craig, y trajo a su mente lo que había vislumbrado en la habitación del hotel. La tremebunda visión ganó nitidez al reconstruirla su memoria, tanto que Wilde habría querido hurgar con los nudillos en sus ojos hasta arrancársela.

-No iremos sin Hazel -recalcó en tono alterado.

-Aparte de otros motivos -argumentó Benedict-, me es imprescindible que alguien se quede para tomar nota de los mensajes. Algún trabajillo tendrá que caerme cuando vuelva la electricidad. Creo, francamente, que hacerse acompañar a casa es pedir demasiado.

-En primer lugar, nunca pedimos tal cosa -protestó Vera-. Y no finjáis ahora que no contáis los minutos que faltan para deshaceros de nosotros.

-Mamaíta, tan sólo estamos preocupados por vosotros -se quejó Hazel-. En las actuales circunstancias, la gente recela de los forasteros descreídos que no son capaces de integrarse en la oración.

-Sí, ya vimos cómo trataban a la maestra. Y vosotros os quedasteis allí como pasmarotes y les dejasteis hacer, ¿no es así?

-No teníamos por qué intervenir -dijo Benedict en su tono más probo-. Y no exageremos, la directora se limitó a retarla.

-No me iré de este pueblo hasta que me acompañes a su casa y pueda ver por mí misma que está bien -declaró Vera, cruzándose de brazos.

Los nervios de Craig volvieron a vibrar, como el encerado de un aula al arañarlo. Divisó, al otro lado de la ventana, la escalada de los rayos lunares por la vereda de la colina. Si se iban ahora en la furgoneta, trazarían su misma trayectoria hasta que llegasen al declive

de la carretera de Sheffield. No debían posponer más la partida.

-Llevemos también a la señorita Kramer si quiere venir -concedió, con un temblor en los labios-, pero insisto en que no saldré sin Hazel.

Repitiéndose así debía de parecerles un viejo chiflado, pero quizá ésa sería la manera de que Benedict y Hazel le siguieran la corriente. Tenía que sacar de allí a las mujeres, y necesitaba a Benedict para conducir la camioneta; le temblaban tanto las manos que tuvo que sentarse encima. Una vez en el pueblo vecino o, mejor aún, de vuelta en su hogar de Sheffield, podría comunicarles la noticia de que algo horrible estaba aconteciendo en Moonwell, aunque sólo Dios sabía a quién podía enviarse para combatirlo.

-¿Cuánto rato vamos a perder discutiendo? Todavía no me he repuesto de lo sucedido y, lo que es más, temo que voy a empeorar -increpó a su yerno, con una astucia hija de la desesperación.

Estiró las manos para mostrárselas en la penumbra, y mucho le consternó advertir que apenas tenía que disimular.

-Pues vayamos a consultar a un médico -repuso Benedict, en el límite de su paciencia-. Pero Hazel no vendrá. Ya hemos transigido mucho con ustedes, rogando a nuestros amigos que se mudasen al hotel, y ahora ni siquiera se quedan.

-¿No va siendo hora de que alguien me pregunte a mí qué es lo que deseo hacer? -se cuadró Hazel.

-Supuse que comprenderías mis motivaciones, querida. Me es indispensable que permanezcas en casa en beneficio de nuestro negocio.

-Te he comprendido muy bien; pero eso no significa que tenga que obedecer siempre tus órdenes, aunque el nuestro sea un matrimonio cristiano. -Hazel echaba chispas por los ojos-. Exijo ver a mis padres a salvo y acomodados en su casa. Ya han sufrido lo suficiente sin tener que aguantar todas estas disputas. Si supiera conducir les llevaría yo misma. Y, además, durante nuestra escapada podríamos cargar provisiones en la furgoneta.

-Eso puedo hacerlo yo. No es necesario...

-Lo que podrías hacer tú es sentarte al volante y callar. Sería un cambio muy sano. Vosotros dos, ¿estáis listos?

-¿Y la señorita Kramer? -reclamó Vera.

-No vamos de gira campestre -rezongó Benedict-. Enfilaré directamente esa carretera y no pararé por nada ni por nadie.

-Dios te perdone si le ocurre algo. -Vera lanzó a su yerno una mirada inquisitiva-. Estoy demasiado exhausta para porfiar más, demasiado exhausta y demasiado vieja también. Cuanto antes abandone este pueblo de pesadilla, mejor será para todos.

Su ignorante exactitud estremeció a Craig. La salida se alargó más de lo debido: hubo que transportar las maletas al portaequipajes del vehículo, previa descarga de una serie de bultos, y luego Benedict pasó una exhaustiva y doble revista a su hogar, además de comprobar la alarma. Entretanto, la luna empezó a descender. Aún tendrían la bastante luz como para rebasar lo que quiera que fuese había interceptado en su anterior intentona al automóvil de Craig. Se animó el hombre a sí mismo, una luz que les llevaría al mundo normal. Vio a las dos mujeres en la camioneta, Hazel empeñada en ocupar el asiento trasero de tal modo que sus padres pudieran apretarse en el del pasajero.

-¡Todo a punto! -exclamó Craig, en voz tan alta como osó.

Benedict hizo un aspaviento como si le forzasen a ser descuidado, y se dirigió hacia el vehículo, tras cerrar la puerta principal y darle un par de sacudidas a título de prueba. Cuando giró la llave de contacto el motor estornudó y se caló.

«Habrá que apearse y empujar», se disponía a ofrecer Craig, pero los chirriantes mecanismos entraron en actividad y la furgoneta emprendió viaje hacia las afueras.

Wilde observó cómo se comprimía el pueblo a través del espejo retrovisor, pensó en todos aquellos habitantes que no sospechaban lo que había anidado en su villa, pensó también, con un sentimiento de culpabilidad, en la maestra y en su gentileza. ¿Qué podía hacer él? Si trataba de avisar a la gente, le calificarían de senil o de loco.

El vehículo aceleró pasado el disco local de limitación de velocidad, coronando la

primera cuesta. Las colinas resplandecían muy blancas, la hierba y el brezo tenían la fragilidad de fósiles.

-Confío en que nos llegue la gasolina -comentó Benedict, como si ésa fuera otra comprobación que le hubiera estado vedada.

-Podrás repostar en cuanto salgamos a la carretera nacional.

Craig espoleó mentalmente a Benedict para ir más aprisa, y por una vez parecieron coincidir los flujos mentales de ambos hombres. La furgoneta se metió rauda en la sombra de la luna y rodó hacia la siguiente y descolorida panorámica. Recordando las cabezas de oveja que había visto en su primera aventura, Craig se fijó en la desolación de ahora. Siempre que un objeto blancuzco y de perfil no geométrico se asomaba a los faros desde una zanja, desviaba la vista a otra parte.

Otro repecho les llevó hasta plena luz lunar, en el linde de una sombra más densa. Craig se arriesgó a volver la vista atrás, más allá de Hazel, quien le sonrió con incertidumbre. El astro se hallaba aún a su vista, a pocos minutos del horizonte. Wilde casi deseó haber ido por los bosques, aunque era dudoso que hubiese superado la negrura que allí había.

La idea de la negrura le atacó una vez más los nervios. Evoco el desenlace de aquella otra excursión, con la cavernosa tiniebla que había obstaculizado su viaje. El vehículo abordó una subida más y bajó a toda carrera, y Craig reconoció la cresta que ahora tenía delante como la que entonces no se había atrevido a salvar.

Abrazó a Vera y notó que ésta se ponía en tensión. Quizá también ella había identificado el paraje y trataba de no alarmarse, o quizá fue él quien la alertó. La furgoneta corrió cuesta arriba, hacia el borde donde la iluminada calzada debía cortarse ante un cielo negro, y Wilde se sintió más proclive al rezo que nunca en su vida. «Déjanos pasar -imploró-, deja que Benedict traspase el muro.» Al aproximarse a la cima hubo de cerrar los ojos, preparándose para el chirriar de los frenos, para los chillidos de pánico.

Cuando sintió que la camioneta aligeraba en una pendiente, al principio sus párpados rehusaron abrirse. Mas Vera se relajó en sus brazos, y aquello le impulsó a mirar. Vio que los faros viraban en una curva sin vallas protectoras que daba, enfrente, a un risco pleno de luna. No había columbrado tal risco el día en que intentó irse de Moonwell.

-Lo hemos conseguido -murmuró.

Vera se arrebujó contra él para comunicarle que lo había entendido, a la par que Benedict le clavaba una mirada hiriente. La tiniebla se había cerrado sobre el vehículo, pero era tan sólo la sombra del monte que ya habían sobrepasado. ¿Alcanzarían a ver la carretera principal desde la próxima altitud? No podían tardar en avistarla ahora que habían dejado a su espalda la negrura sobrenatural. En las simas de su cerebro, más allá de la austeridad de toda una vida de escepticismo, Craig se preguntó qué relación habría entre la oscuridad y la criatura del hotel, se preguntó si el distanciamiento de aquélla presuponía librarse de su influencia. Mientras aquilataba minuciosamente tal concepto, la luna se ocultó tras el horizonte, poco antes de que concluyeran el ascenso del risco.

«Venga -apremió interiormente a Benedict-, por el amor de Dios, conduce más de prisa.» Quizá culminarían la escalada bajo el rayo de luna que, como niebla, se dispersaba todavía encima de su cumbre. Pero de súbito se esfumó hasta aquella pincelada, y todas las luces de la camioneta se apagaron a la vez.

Transcurrió un lapso angustiosamente largo antes de que Benedict pisara el pedal del freno. Craig tuvo tiempo de afianzar una mano en el tablero de mandos, de tal forma que ni Vera ni él salieran despedidos a través del parabrisas, pero el salto que dieron en el asiento por poco le dislocó la muñeca. Hazel chocó contra el respaldo, chillando.

-No te pongas histérica, Hazel -la amonestó Benedict-. Ya tengo bastantes problemas. No sé en qué habré ofendido a Dios para que me castigue así.

-Te hago notar que todo esto no te está sucediendo sólo a ti -replicó la joven, entrecortada la voz por el susto.

-Es cierto, pero soy el responsable de todos vosotros. No me distraigas más y déjame reflexionar. ¿Qué has hecho con la linterna? No la encuentro en su sitio.

-Lo último que recuerdo es que la tenías en el cobertizo.

-Jesús, María y José -invocó Benedict, y exhaló un grito ahogado, como si acabaran de propinarle un puntapié en el estómago-. Estas son las consecuencias de meterme tantas prisas. Y ahora esperaréis de mí que reemplace los fusibles sin ver lo que hago.

Para Craig, sus voces eran ecos lejanos en la penumbra. Estrechó entre sus brazos a Vera, que temblaba tanto más cuanto intentaba evitarlo, pero de algún modo la oscuridad se había interpuesto entre ellos: era incapaz de imprimir a su abrazo la fuerza deseada.

-Ya lo tengo -anunció Benedict.

Luego, estuvo callado tanto rato que al expectante Craig se le hacía difícil hasta inhalar. Se oyó un pequeño chasquido al extraer Eddings el fusible de al lado del volante, y otro más cuando encajó el de recambio. Sucedió a éstos toda una retahíla de ruidos semejantes, aunque más sonoros, y Wilde adivinó que su yerno probaba las luces sin ningún éxito.

-Hazel -dijo el joven con voz tajante-, oremos.

El acento fue como de reproche a su mujer. Craig entornó los ojos para que la niebla no le acuciara tan opresivamente, y escuchó cómo hacían un acto de contrición por todos sus pecados y prometían consagrar sus existencias a Dios. Aquello suscitó en él una feroz vergüenza ajena; y, sin embargo, anhelaba que sus preces surtieran efecto, les urgió a pedir que se arreglasen los circuitos. Pero Benedict dijo el «Amén» sin que hubieran pedido nada en concreto, y procedió una vez más a cambiar el fusible. La pieza nueva se colocó en su lugar con el inevitable chasquido y, antes de accionar los interruptores, el hombre respiró hondo. No funcionaron.

Benedict soltó ahora un suspiro estruendoso, agrio.

-Bien, no se me ocurre qué más puedo hacer. Nos hemos quedado en cuadro porque no tuve ocasión de recoger la linterna, y eso fue porque alguien perdía el tiempo enzarzándose en discusiones.

-Si eso es una pulla contra mis padres, Benedict...

-Cállate, mujer. Estoy tratando de pensar.

-A mi hija no le hables así -rugió Vera, y Craig dio un respingo por dentro.

Se hallaban todos al borde de la histeria, él más que ninguno. Si perdían el dominio y comenzaban a reñir unos con otros, tal vez no oirían nada de lo que bullía en la oscuridad circundante. La presunción, acertada, de que no estaban solos en aquella lobreguez le produjo a Wilde tales temblores en las piernas que temió que le diera un ataque de apoplejía. Se obligó a abrir los ojos para huir del recuerdo del engendro de la alcoba de Mann, pero éste continuó acechándole. Cuando Benedict habló, Craig hubo de contener un grito: tal era su desquiciamiento.

-Quiero disculparme por mis intemperancias -masculló el joven malhumorado-. No dejemos que los nervios se adueñen de nosotros. Os quedaré muy reconocido si guardáis todos un absoluto silencio mientras intento dar la vuelta. Conduciendo prudentemente, creo que seré capaz de regresar al pueblo sin mayores accidentes.

Alguien inspiró, pero recapacitó y se abstuvo de responder. Craig se devanó los sesos buscando un medio de disuadir a Benedict de devolverles a Moonwell. Si de veras se veía con ánimos de conducir a ciegas, ¿por qué no lo hacía siguiendo la carretera de Sheffield? Claro que acaso el vacío que les detuvo a ellos les estaba aguardando pasado el repecho. Atrajo a Vera hacia sí sin rechistar, y el joven inició las maniobras.

Antes de que remontaran el peralte, a Craig le dolía ya la mandíbula. La furgoneta cayó como a cámara lenta hacia el otro extremo de la calzada, crujiendo y gimiendo metálicamente, y Wilde tuvo miedo de que el motor se ahogase, tan despacio iban. Despacio, en efecto, pero no lo suficiente, pues de improviso la rueda delantera izquierda pisó la zanja.

Al tumbarse lateralmente el vehículo, Benedict puso la marcha atrás. La máquina reculó quejosa, virando salvajemente al intentar impedir su conductor que se despeñasen por el lado opuesto. Dio luego un salto adelante, después de que le pusieran la primera velocidad, y por fin se caló. Eddings tiró del freno de mano, parando la furgoneta en un tramo de asfalto liso. Habían llegado a la cima del monte, mas lo único que ésta les mostraba era que se hallaban rodeados de una negrura impenetrable.

Craig brincó en su asiento y se oprimió el pecho para aquietar su agitado corazón.

Detrás de él, Hazel se levantó del suelo y reprimió un quejido.

-¿Te encuentras bien, cariño? -inquirió Vera, volviéndose a mirarla y separándose de su esposo.

-Tan sólo me he arañado el codo, mamá. Un rasguño que no es digno ni de comentarse.

La voz de Hazel fue premeditadamente animosa. En el instante en que Craig, con un gran decaimiento, se preguntaba qué harían una vez hubieran apurado la charla superficial para encubrir lo desesperado de su aprieto, Benedict susurró:

-¡Dios sea loado! Miren allí.

Wilde aguzó tanto la vista que sintió los ojos irritados. Al principio creyó que no veía más que el efecto deslumbrador de la oscuridad. Pero no, había una luz en suspenso sobre la pendiente, a la altura del parabrisas y sin duda a una cierta distancia, ya que iluminaba el trecho de calzada que tenía debajo: el hombre pudo distinguir blancas agujas de hierba en ambos flancos de la franja así delineada. Se dijo primero que se trataba de un fuego fatuo, mas al poco, en un alarde de perspicacia, comprendió que se trataba de un pájaro.

Parecía una composición de luz pálida. Todo el fulgor se concentraba en sus alas, unas alas borrosas que le sostenían quieto en el aire. Craig no veía sus ojos, ni la clase de pico que tenía. Se percató, en un examen más atento, de que era la luna la que le confería su luminosidad, ella o la luz que había inundado el pasillo del tercer piso del hotel. Aquella constatación le oprimió la garganta, le dejó mudo, hasta que oyó que Benedict arrancaba el motor.

-¿Qué estás haciendo? -logró preguntar con voz ronca.

La furgoneta se puso en movimiento y el pájaro voló delante de ella, concretándose las grandes y relucientes plumas de sus alas.

-Le sigo -contestó Benedict.

La fascinación que destilaba el joven dejó a Craig tan compungido, que apenas atinaba a hablar ni a respirar.

-¿A quién crees que sigues? -balbuceó.

-¿Es que no lo ve?

-No es lo que tú piensas. -Wilde coordinó como pudo el temblor de sus brazos para asirse al de su yerno y colgarse de él, mientras el otro intentaba conducir-. No confíes en ese pájaro. Es una falacia, una trampa vil donde las haya. Paremos y esperemos que vuelva a elevarse la luna.

Benedict liberó, como pudo, su brazo.

-Si no puede interpretarlo como lo que es, le compadezco. Gracias a Diana que algunos aún tenemos fe.

Hazel se inclinó sobre el hombro de Wilde.

-Es una señal del Señor, papá -le explicó, casi implorante.

Aumentó la marcha del vehículo. Craig percibía ahora a Vera, aureolada débilmente su faz por el resplandor que les precedía. Era una faz avejentada, mustia, con tan sólo un ansia de esperanza. El pájaro planeó con más rapidez, y se alejó del cuarteto el tramo alumbrado de calzada.

-Ni siquiera sabes en qué dirección vas, ¿no es verdad? -abroncó Wilde a Benedict-. No sabes más que yo hacia qué lado quedó encarado este trasto.

-La diferencia entre nosotros -persistió el yerno con medida suavidad- radica en que yo poseo el don de la fe.

El pánico se apoderó de Craig. Se visualizó a sí mismo indefenso y arrastrado por el fanatismo de Benedict hasta el lugar donde quería llevarles el ave que refulgía como el ente del cuarto de Mann. Rebuscó en el panel lateral la manecilla de la puerta.

-No iré contigo. Frena o saltaré de la furgoneta.

-No haga disparates. Siéntese tranquilamente y póngase en mis manos. Lo tengo todo controlado.

Wilde abrió con estrépito la portezuela.

-Detente ahora mismo -vociferó-, o juro que me tiraré.

Nunca entendió del todo lo que hizo entonces Benedict. El vehículo se paró en seco y,

casi al mismo tiempo, salió disparado hacia delante. Tal vez lo que el joven pretendía era que la puerta se cerrase de golpe y quedase ella misma atrancada, pero lo que hizo fue abrirse por completo y trabarse. El ímpetu de la arrancada arrojó a Craig fuera de su asiento, fuera de la furgoneta, al mundo de las tinieblas.

«Aquí acaba todo», concluyó mientras caía, con torpe resignación. No había tenido tiempo ni para despedirse de Vera. Se estrelló entonces contra el reborde de la zanja. El impacto fue tal que tuvo la impresión de haberse reventado los pulmones, y le hendió además una lanza de agonía de las costillas hacia dentro. Una mano que, por lo visto, era lo único sobre lo que aún mandaba su cerebro se aferró al extremo de la oquedad y le aproximó al margen, desde donde, postrado, observó la furgoneta.

De momento pensó que el vehículo no iba a detenerse. Mas el motor pronto se estremeció, quedó en punto muerto y se apearon ambas mujeres, silueteadas bajo las ráfagas de aire.

-¿Dónde estás, Craig? -le llamó Vera-. Dime que te encuentras bien, no me asustes.

-Estoy aquí. Y sigo vivo. -Wilde se sentó ahora en el filo de la zanja, apoyándose en sus brazos enfermos, y bajó herméticamente los párpados hasta que hubieron remitido las punzadas de la caja torácica-. Pero no iré a ninguna parte en esa furgoneta -añadió, con un castañeteo de dientes.

Hazel le palpó delicadamente aquí y allí, notando que se contraía.

-Estás herido -dictaminó en una voz lastimera-. Déjate acompañar por Benedict y no te pasará nada, te lo prometo. Tú mismo has dicho que deberías ir al hospital.

-Ese ser no nos guiará a ningún hospital. -De repente, aquella solicitud de su hija enterneció a Craig casi hasta las lágrimas-. No te inquietes por mí, puedo andar. Aguardaré aquí mismo la salida de la luna.

Vera se arrodilló al lado de su esposo.

-¿No vendrás ni siquiera por mí? No puedes quedarte solo en la oscuridad.

-Mejor estaré que yendo en pos de esa criatura -aseveró Wilde pertinazmente-. Y eso es válido también para vosotros.

Benedict se bajó del vehículo y escudriñó la zona donde ellos se hallaban. Tras él, el pájaro continuó suspendido, con el grueso cuerpo pétreamente inmóvil entre dos abanicos de luz. Craig vio su pico como un carámbano, una estalactita larga y ahusada, y se persuadió de que no tenía ojos.

-Venga, mi buen suegro, no nos complique la vida -sermoneó Benedict-. Está asustando a las mujeres y perdiendo el tiempo. Por todos los santos, compórtese como un hombre.

Vera se aplicó la mano a la frente mientras Craig, cada vez más terco, se retraía en sí mismo.

-Id, Hazel -dijo confusamente-. Yo me quedaré con tu padre. Cuidad de vosotros mismos.

-No podemos dejarles, Benedict -apeló la joven a su marido.

-Es algo que sólo les incumbe a ellos, querida. Rezamos y nos fue dada una señal; volverle la espalda sería como rechazar a Dios. Lo único que os pido es que todo el mundo decida sin dilación si va a venir o no, porque no estoy dispuesto a escupir más al cielo.

Quedó unos segundos con los brazos en jarras, mirando a los otros. Al no recibir ninguna contestación, se dio drásticamente la vuelta y echó a andar hacia la furgoneta. El trío oyó deslizarse su portezuela hasta el punto de encaje, y Hazel, aunque dividida, se apartó unos pasos de sus padres.

-No puedo abandonarle a su suerte cuando ni siquiera sabe adónde va.

-Por supuesto que no, mi niña. Anda con él, nosotros nos tenemos el uno al otro -la alentó Vera.

Mientras Hazel corría hacia el vehículo, su madre se semiincorporó como si quisiera retenerla; mas no tardó en arrodillarse de nuevo junto a Craig. La puerta del pasajero se cerró de forma brusca, y la camioneta partió de inmediato. Los Wilde contemplaron con qué ligereza se iba la pareja tras la refulgente ave, y vieron cuán aprisa se empequeñecía ésta y cómo se desvanecía sobre el siguiente risco. Y la tiniebla estrechó su círculo sobre ellos.

56

Por fin la madre de Andrew dijo que pasaba a la casa de al lado para ver cómo estaba la anciana, pero él pensó que su verdadero motivo era alejarse del olor. Tan pronto volvieron a casa después de orar en la plaza, su madre había empezado a husmear aprensivamente y a hurgar bajo el mobiliario con el palo de la escoba.

-¿Qué bicho muerto hay ahí dentro? -demandó, estudiando en actitud colérica a Brian como si le recriminara su retraso en investigar qué le sucedía a la señorita Grane, su vecina.

June también había abierto las ventanas, para ventilar la casa de la fetidez y ojear el domicilio pleno de luna de la vieja dama.

-Es de las que iría a la iglesia aunque le faltaran ambas piernas -comentó, y a pesar de todo no la había visto ni en la plaza ni en el camino de regreso al hogar-. Esto tiene mal cariz. Voy a averiguar qué ocurre.

El padre de Andrew y la señorita Ingham fueron tras ella. El chico permaneció en la casa, aunque ahora le recordaba al pabellón de reptiles del zoológico, a aquel rincón sombrío, frío y pétreo que apestaba a los habitantes de las sombras. A su mamá no le había gustado nada el sitio: le había apremiado a salir antes de que se hicieran daño, algún ratero les «limpiara» los bolsillos o sufrieran cualquier otro percance que rehusó especificar. Andrew se acordaba bien de cómo fue empujado hasta la luz diurna, se acordaba de la tibieza del sol en su rostro, pero hoy le parecía la anécdota más remota que recordaba.

-Vete a por una escalera -ordenó su madre a su padre, con una voz tan chillona que Andrew pensó que le repugnaba tener que contar con su ayuda.

El pequeño fue hasta el sendero del jardín, al encuentro de la señorita Ingham. Estaba su papá haciendo un reconocimiento por la parte trasera del domicilio de la anciana cuando un sujeto con el nombre de Jesús bordado en el bolsillo del pectoral vino en busca de la profesora.

-La maestra a la que usted reemplaza es víctima de un ataque. Está en coma en casa del cartero. Ella misma se lo provocó, ya me entiende, y así debe decirlo en caso de que alguien intente insinuar lo contrario.

El padre reapareció en la fachada anterior.

-La señorita Crane esta ahí, pero no responde. No hará falta ninguna escalera -informó, y arremetió contra la puerta para echarla abajo.

Al atravesar los rayos de luna que alumbraban en sesgo el camino del jardín Brian pareció volverse súbitamente más poderoso, flexionando el cuerpo como Andrew nunca le había visto hacerlo. Así, replegado en sí mismo para el salto, presentaba una robustez mayor que la habitual. Cuando embistió, la hoja cedió al instante.

-Tú quédate aquí -mandó la madre de Andrew, como si aquél no fuera un espectáculo para hombres-. Señorita Grane -llamó, a la vez que se aventuraba en el interior. Mas enseguida cesaron sus voces y salió atropelladamente, moviendo la mano frente al rostro igual que si se lo abanicara-. Ha muerto. De inanición, a lo que parece -declaró, y miró furibunda a Andrew por fisgón.

-Avisaré a un médico si alguien me indica dónde puedo encontrarlo -ofreció el hombre que llevaba a «Jesús» en el bolsillo.

-Yo le acompaño -resolvió la madre de Andrew, y escrutó con dureza a su marido-. Tú encárgate de que el niño no se acerque.

Ni por asomo se habría acercado él a aquella casa, aunque sí se preguntó qué aspecto debía tener ahora la anciana señora; nunca había visto un cadáver. Fue a refugiarse junto a la señorita Ingham en su propio hogar. Su padre examinó brevemente la morada de la anciana, lamiéndose los labios, y les siguió. Ya en la sala, donde al menos la penumbra se moldeaba en

forma de muebles, Andrew reunió valor para hablar.

-Papá, ¿qué es estar en coma?

-¿Cómo? -gruñó su padre como si le hubiera interrumpido en cábalas profundas-. Es algo parecido a dormirse y no poder despertar.

-La señorita Kramer se halla en ese estado -aclaró Letty Ingham-. Deberíamos rezar por ella. Siempre hay que rezar por los pecadores, Andrew. Ellos sobre todo necesitan las plegarias.

Andrew hincó prontamente la rodilla, apretando los párpados para conferir mayor fuerza, a sus preces. Voló su pensamiento junto a la señorita Kramer, y la vio como una Bella Durmiente que esperase ser sacada de su sueño. Anheló ser él el príncipe, o bien que lo fuera su padre, si así habían de ayudarla. Se olvidó de orar y casi se le escapó una exclamación, pues acababa de comprender qué podía hacerse.

-Amén -dijo la señorita Ingham, y se levantó-. Pobre señora -murmuró-. Y quizá haya otras como ella, muriéndose de hambre.

-No me sorprendería -convino el padre de Andrew con una voz indistinta.

-Tendría que organizar una patrulla de voluntarios para recorrer el pueblo y comprobarlo.

-Hágalo, si le parece bien -la animó el padre de nuevo en aquel tono extraño, ligero y sin sustancia-. Nosotros dos nos defenderemos muy bien.

-Ya lo supongo -repuso la señorita Ingham, espiando al hombre en la media luz.

«Es mi papá de siempre -espetó Andrew mentalmente a la maestra-, y se sentiría mejor si no le atosigarais tanto. Ya veréis todos lo que es capaz de hacer cuando la gente deje de tratarle como a un ogro.» La señorita Ingham se dirigió hacia la puerta, no sin antes lanzar una mirada atrás.

-No tardaré -aseguró, casi como una advertencia.

No bien oyó el repicar metálico de la verja, Andrew propuso:

-Papá, ¿por qué no ayudamos a la señorita Kramer?

-No soy médico, hijo.

-Eso ya lo sé -contestó el niño, riéndose ante la idea, ante el curioso cambio de voz de su papá-. Pero podrías llevarla a presencia del señor Mann, ¿no? El la curaría. Es una de las facultades de las personas maravillosas como él.

Su padre hizo un ruido como en sordina.

-Eres un buen chico, Andrew, pero no serviría de nada. Para empezar, ignoramos su paradero.

-Está en casa del cartero.

-¿Ah, sí? -El padre hizo un ademán de agacharse, como si intentara esconderse en la oscuridad, y un instante después se irguió en toda su estatura: por unos momentos, Andrew tuvo la sensación de que tiraban de él unos hilos invisibles-. Bien, en tal caso veré lo que puedo hacer -declaró con una débil voz-. Tú aguarda en un lugar seguro. O yo o una de las mujeres volverá antes de que lo pienses.

-No quiero -se rebeló, aterrorizado, el pequeño.

-¿No puedes pasar ni unos minutos sin compañía? Y no gimotees como un cachorro huérfano. Una vez yo esté fuera cierra con la «cadena» o cuando vuelva te enviaré a casa y allí estarás más solo que la una.

A Andrew no le afectó aquella muestra de mal genio que definía a su padre mejor que la conducta actual. Se agarró de la mano paterna al enfilar la centelleante calle. Casi toda la luz procedía ahora del hotel. La imagen del señor Mann resplandeciendo como un santo en un cuadro resecó la garganta del niño, y también los efluvios de saurio, que no se les despegaban ni aun fuera de casa. Al chiquillo le encantó andar presuroso hacia la plaza; no estarían tan cerca de la negrura ni de quienquiera que pululara en ella. ¿O acaso la luminosidad había devuelto a aquellas criaturas al fondo de la cueva? Claro que sí, tal era el motivo de que Dios encendiera por dentro al señor Mann.

Su padre hizo un repentino alto frente a la ventana del predicador, con los ojos tan blancos como bolas de mármol.

-Verás, hijo, preferiría que te quedaras en casa. No harás más que entorpecerme.

Más que ser abandonado, lo que horrorizaba al pequeño era dejar a su padre solo en la tiniebla.

-No me iré. Has dicho que podía acompañarte. Estaré muy calladito, haré lo que quieras, pero te suplico que no me mandes a casa.

Su papá ladeó la cabeza a fin de estudiarle. Sin duda era el juego de luz y sombras lo que impedía a Andrew ver su rostro adecuadamente. Bevan asió con más energía la mano de su hijo y cruzó la plaza arrastrándole, mientras el niño procuraba no perder de vista su emborronada faz, todo antes que mirar aquella sombra que le hacía la cabeza apepinada y las extremidades larguiruchas. Era la cara de su padre, aunque pareciera estirarse con avidez para salvar a la Bella Durmiente. La oscuridad y el hedor del reptil trazaron un cerco en su derredor en cuanto dejaron el hotel tras de sí, y el chico casi exhaló un grito de júbilo al tomar la calleja donde vivía el cartero.

-Llamo, ¿eh, papá?

Andrew soltó la garra de su padre y se adelantó a la carrera, frotándose los dedos contra los pantalones para librarse de aquel gélido y viscoso tacto que era sólo sudor, según se dijo él mismo. Entró en el jardín del cartero y cogió la helada aldaba. Tan resbaladiza tenía la mano, que apenas pudo dar los golpes.

El cartero se asomó por el salón, antes de acudir con premura a la puerta.

-¿Qué pasa, Andrew? ¿Has venido solo?

-No, con mi papá. Vamos a llevar a la señorita Kramer al hotel para que el señor Mann la ponga buena.

-Temo que eso no resultaría, chico. -El hombre espió con prevención el jardín, más allá de Andrew-. Tan pronto tengamos luz, la trasladaremos a un hospital.

-Una medida inútil -aseveró el padre de Andrew, entrando en escena y dando un empellón a su hijo, quien sintió un escalofrío sin poder explicarse el porqué-. Lo que le conviene es visitar a Godwin.

-Ni hablar -negó una voz masculina desde el interior de la casa-. Aceptaría cualquier proposición excepto ésa. Y es lo último que ella desearía, Eustace.

-Gracias de todos modos -dijo el cartero, y fue a cerrar.

Andrew vio que su papá doblaba la cintura. Era la misma flexión que hizo para derribar la puerta de la señorita Grane, aunque ahora el pequeño advirtió que su padre no se limitaba a recogerse en sí mismo, pues oyó cómo se desgarraban las costuras de su chaqueta, insuficientes ya para contener su corpulencia.

-¡No lo hagas, papá! -chilló, sin saber apenas lo que decía-. Regresemos a casa.

De repente se dio cuenta de que su padre había insistido en que le dejase solo para que no presenciara lo que estaba ocurriendo. El chaval se alegró miserablemente de la espesa penumbra: por lo menos no lo vería bien. Lo que sí pudo percibir fue que su papá relumbraba con un aura agusanada que se adhería a su torturada faz, a las manos y al cuerpo, allí donde éste se exhibía entre los descosidos de la ropa. La puerta se cerró, y el que había sido su padre dio un brinco.

57

En cuanto empezó el golpeteo en la puerta, Nick creyó que Diana iba a despertarse. Yacía en el lecho del cartero desde que éste le invitó a pasar y luego se retiró con su aire apocado, susurrando: «Imagino que ustedes dos querrán estar juntos, pero si necesitan algo me encontrarán en la planta baja». Había creído que les unía una relación más íntima de la que en verdad existía, recapacitó Nick, deseando, en bien de Diana, que Eustace hubiese acertado: al menos entonces podría haberle recordado a la muchacha experiencias compartidas, a fin de invocar su vuelta de doquiera que hubiese ido. Acarició su cabello moreno, largo, apartándolo de la sudorosa frente mientras repetía incansablemente su nombre. A no ser por su plan de ingresarla en el hospital con los primeros albores luminosos, no habría sabido qué objeto tenía su estancia en Moonwell.

Cuando reparó en que había de forzar los ojos para ver sus rasgos, se acercó nerviosamente a la ventana. La luna había descendido por detrás del páramo, aunque matizaban el cielo unas reverberaciones opalinas y vidriosas. Su cabeza trazó rápidamente el camino hasta su silla en la cabecera de la cama. ¿Se oscurecería el ambiente sin más al ponerse el astro, o tendrían que afrontar algo peor? Fue al cuarto de baño ahora que aún veía pese a la incipiente luz, y reanudó su vigilia.

Admiró el lustroso contorno del rostro femenino, de las largas piernas; se encorvó en el asiento y buscó su mano, que encontró laxa y fría. Estuvo tentado de tenderse a su lado en la creciente oscuridad, pero lo juzgó demasiado próximo a aprovecharse de la situación, demasiado próximo a correr aquel riesgo.

-¡Ojalá nos hubiéramos acostado cuando tuvimos la oportunidad! -se lamentó en voz baja, y los dedos de Diana apretaron los suyos.

Durante unos instantes, pensó que la joven le había oído. El afecto y el deseo de ella incendiaron sus entrañas, y dejó de temblar como antes. Se inclinó para incorporarla y tomarla en sus brazos. Pero la garra de Diana se tensó, apretujándole la mano, y comprendió que estaba esforzándose en despertar, que su cabeza bandeaba febrilmente en la almohada.

-Diana, estás soñando -dijo en voz sonora-. Despierta. Soy Nick Reid, ¿te acuerdas? Me tienes aquí, junto a ti.

La muchacha alzó la cabeza igual que un autómata, como si reaccionara ante un ruido alarmante, a la par que sus uñas se hundían en las de él. Alguien llamó a la puerta con la aldaba.

No podía haber oído ni presentido al visitante, se dijo Nick, pero tal era la impresión que daba. Contuvo el aliento y puso rígido el cuerpo para mantenerlo inmóvil, mientras Eustace abría diligentemente la puerta. Al escuchar la voz de un niño el periodista se relajó un poco, hasta que le llegaron sus palabras.

-No te apures -murmuró el reportero acariciando ahora la mano de su amiga, cuyo cuello se había proyectado frenéticamente-. No consentiré que nadie te lleve ante Godwin Mann.

Cuando a la voz infantil se sumó una de hombre, Nick trató de deshacerse de los atenazadores dedos de Diana, pero ella se le aferró como si fuese la única posibilidad que tenía de despertar.

-¡Ni hablar! -gritó, pues el adulto había sugerido que el evangelista era la solución-. Aceptaría cualquier proposición excepto ésa. Y es lo último que ella desearía, Eustace.

La otra mano de Diana afianzó también la suya. Cuando escudriñó, encogiendo los ojos en rendijas, la faz de la muchacha no pudo constatar que tenía todavía los ojos entornados, aunque le temblaban los párpados.

-Cierre la puerta, Eustace, por favor -urgió al cartero en un murmullo, y un momento después hubo un portazo-. Se terminaron tus salvadores -tranquilizó a Diana, en el mismo momento en que alguien se abalanzaba como un ariete sobre la hoja de la puerta.

Tal fue el encontronazo, que pareció que temblaran los cimientos de la casa. Varios

seguidores del predicador debían de estar intentando arrancar la puerta y secuestrar a Diana. ¿Por qué chillaba el niño? Nick separo de las suyas las manos de la joven con toda la delicadeza que pudo.

-No iré muy lejos -le musitó.

Apenas pudo dejarla, tan ciega y, al parecer, indefensa se había abrazado a él. El suelo vibró bajo sus pies con un nuevo zarandeo de la puerta de entrada, y el periodista atravesó la habitación a tientas pero con celeridad. Había llegado al descansillo de la escalera cuando la hoja se astilló y abrió.

Era evidente que Eustace había luchado para mantenerla ajustada. Mas fue despedido hacia atrás, dando sus hombros en la pared un golpetazo como el de una alfombra que alguien sacudiese. Volvió a lanzarse hacia delante, en un gesto de dolor o para bloquear la entrada a los intrusos. Nick vio que vacilaba, retrocedía, y que estuvo en un tris de caerse, al avanzar hacia él una figura que ya había traspasado el umbral.

Desde el punto de mira del reportero parecía casi un hombre, salvo en que irradiaba una fosforescencia blancuzca y sórdida, como la de un cuerpo en putrefacción. Arremetió cual centella contra Eustace, lo capturó con manos largas y cenicientas, lo alzó, forcejeando, por encima de su cabeza y lo tiró como un trapo al interior de la sala. Hubo un estruendo de muebles rotos, el golpe sordo del cuerpo del cartero, y un gemido que fue apagándose poco a poco. La criatura levantó ahora su rostro, del que Nick no pudo ver sino las refulgencias, los ojos prominentes y una afilada dentadura, y detectó al reportero.

Estando Nick sujeto al extremo de la barandilla, muy tieso y con el cuerpo baldado por una aversión tan intensa que no podía moverse, apareció un niño en el vestíbulo. Sólo la aureola del otro ser le hacía visible.

-¡Cuidado, señorita Kramer! -exclamó el pequeño, con una voz que más se asemejaba a la de un viejo enfermo que a la de un crío de su edad-. No es ya mi papá, es un monstruo.

El chaval dio media vuelta y, sollozando, emprendió la fuga en la negrura, mientras la criatura diabólica subía la escalera.

Nick trató de alejarse de la barandilla, pero era como si sus manos se hubieran fundido con la madera. No pudo sino contemplar cómo la aparición se encaramaba hacia él, tan colgantes sus brazos que casi iba a cuatro patas, propagando la luz pútrida de su semblante igual que si tanteara la penumbra para localizarle. Su mueca era casi una excrescencia en la carne que, al estallar, remodelaba los rasgos en una forma nueva e inhumana. Los ojos podían compararse más a granos purulentos que a tales ojos, y su brillo no dimanaba, ciertamente, de una mirada de hombre. Nick tuvo la nauseabunda idea de que tal vez no veían. Tal vez por eso la cara estaba salida, olfateando, alerta a sus ruidos o a su olor.

La repulsión conmovió todo su ser, se le agarró a la garganta, y de pronto recuperó el uso del cuerpo. Se retrajo de la escalera y cruzó a trompicones el rellano hacia el dormitorio de Eustace, intentando pensar con rapidez qué habría allí que sirviera para defender a Diana. Hizo una pausa en la entrada misma del cuarto y le pasó revista, incapaz casi de distinguir ni aun el mobiliario, y de repente observó que la joven no se hallaba ya en el lecho.

-¡Por Jesucristo, no! -votó.

Oyó crujir los peldaños, cada vez más cerca, a la vez que una pestilencia propia de reptiles le producía arcadas. Se giró para escabullirse nuevamente al rellano y buscar a Diana en las otras dependencias, pero allí estaba ella, a su vera en la penumbra, a pocos centímetros del quicio de la puerta. Tal era la oscuridad que en un principio no había reparado en la joven, pero ahora la veía gracias al fulgor que se filtraba en el aposento, el pálido fulgor de la cosa que trepaba por la escalera y que había culminado ya su ascenso.

Diana tenía todavía los ojos cerrados, pero ahora que estaba de pie se había serenado. «Porque no ve lo que se nos viene encima -caviló Nick-. Dios se apiade de nosotros.» Encajó la puerta en la misma nariz del engendro, si es que aún la tenía, y trato de guiar a la joven hacia la ventana. Ella se quedó quieta. No pudo tampoco llevarla en volandas, debido tal vez a que el horror de lo que había visto había minado sus fuerzas. Corrió hasta la ventana y abrió del todo uno de los batientes, para comprobar que de nada serviría; incluso aunque consiguiera tomarla en brazos y saltar, caerían en la rocalla o en el camino de grava, de

manera que cuando su enemigo fuera a por ellos les hallaría lisiados. Estaba asido al marco de la ventana como si de un arma se tratase, y sin saber por qué barruntó que podría serlo. Se quitó la chaqueta, se almohadilló con ella el puño y lanzó contra el cristal un directo con todas sus fuerzas.

El vidrio ni siquiera se agrietó. El periodista dio unos pasos atrás y embistió otra vez, incrustando el puño. El marco bailó en sus goznes, tintinearon en sus cuerdas los contrapesos de los visillos, pero el cristal no hizo más que vibrar. Y si vio sus vibraciones fue porque atrapaba el reflejo de la incisiva luz que contorneaba la puerta. Revolvía desesperadamente la estancia, en busca de un instrumento con el que hacerlo añicos, cuando se iluminó el dormitorio. La puerta comenzó a abrirse.

Nick alcanzó a Diana en el momento en que se desajustaba. Lo único que podía hacer ahora era quitarla de en medio, situarse entre ella y la criatura, distraer a esta última de su presa incitándole a perseguirle..., pero todas sus energías reunidas no bastaban para desplazar a la chica. Quedó allí, estática como una estatua de piedra, mientras el ser entraba en el cuarto.

Antes de que Nick le saliera al paso, le apresó la mano alargada de su atacante. Se cerraron en torno a su cuerpo unos dedos más glaciales que los de un cadáver, y su carne se convulsionó de pura repugnancia, pareció marchitarse con aquel tacto. La boca ensanchada hizo ostentación de sus dientes, los saltones ojos se abultaron aún más, y el reportero fue arrojado como un proyectil al muro donde se enmarcaba la ventana.

Nick logró interponer un brazo entre su cráneo y la pared. Incluso así el impacto le torció el cuello, descalabró su cabeza con un agónico martilleo. Al tratar de levantarse, la habitación le daba vueltas. Lo único que pudo hacer fue acurrucarse en el suelo e intentar recobrar el control de sus actos, mientras las tentaculares zarpas se alargaban hacia Diana, quien, a su vez, extendió las manos hacia ellas.

-Brian Bevan -dijo, tan afectuosamente como si se dirigiera a un niño.

Nick vio, en su aturdimiento, que los párpados de su amiga seguían bajos. No había percibido a la criatura que tenía delante; el periodista a duras penas soportaba mirarle ahora que asediaba a la joven no ya sólo con sus manos sino proyectando, como el caracol, sus ojos. Mas algo detuvo tantas antenas a escasos milímetros de Diana, algo que acaso fue su voz.

-Fuiste a él, ¿no es así? -masculló ésta-. ¿Qué te prometió, que te había escogido y podrías ser como él? ¡Pobre infeliz! Lo único que quiere es hacernos padecer hasta que se harte y se sienta preparado para perpetrar sus peores designios.

Puede que el ser comprendiera, o puede que respondiera a aquel dulce tono, pero las manos cejaron en su acoso y la sonriente cara se escondió, cabizbaja. Nick encontró la visión de su derrota casi tan terrible como su contacto, particularmente la retirada de los ojos hasta las cuencas.

-Muy bien. Combate contra él, no dejes que te transforme -susurró Diana con mayor apremio-. Continúas siendo Brian Bevan, el padre de Andrew. ¿Dónde se ha metido? ¿Dónde está tu hijo?

La cabeza se enderezó ante la mención del nombre del chico. En cuestión de segundos la faz se tornó humana, excepción hecha del inmundo resplandor y la sonrisa, ahora fúnebre, que todavía acechaba entre los labios. Habló el engendro con una voz también humana, y aquello fue para el periodista lo peor de todo.

-Andrew, regresa. Soy yo, papá -suplicó, y fue brincando, desconcertadamente aprisa, hacia la ventana.

Nick se agarró al alféizar interior y se impulsó hacia un lado. La criatura se precipitó a través del batiente cerrado, cayendo en la lluvia de cristales. Aparte del halo era ya casi un hombre, lo que motivó, acaso, el fracaso de su salto. Su cabeza colisionó contra el sendero, con tanta fragilidad que a Nick se le retorcieron las tripas. Al quedar el cuerpo inerte, se extinguieron los destellos.

El reportero no podía desviar la vista de donde se había estrellado, pese a lo oscuro que estaba, y por eso no notó en un primer instante que Diana se había aproximado a él. Al menos el mareo había cedido su puesto a una lacerante migraña, y no corría peligro de desmayarse. Al estudiar a Diana advirtió que ella también le escudriñaba, muy entristecida. ¿Cuánto rato

hacía que tenía los ojos abiertos? ¿Había llegado a ver al engendro al que abordó? Nick no pudo por menos que ponerse nervioso, indeciso sobre si debía o no tocarla.

-Diana -le dijo, con voz tan queda como si no quisiera una respuesta-, cuéntame qué está sucediendo.

-Ya te hablaré, Nick, del ente que Mann había hecho revivir. Ahora lo sé todo sobre él.

-¿Cómo te has enterado?

Lo inquisitivo de la pregunta dibujó en el rostro de Diana una tristeza aún mayor.

-No tengas miedo de mí, Nick, ya hay bastante a lo que temer sin añadir más suspicacias. Tuve unas visiones cuando me tenían prisionera. El obligado ayuno también debió de contribuir. Quizá alguien había de saberlo para poder actuar, pero te aseguro que no es fácil. Ya casi ni me conozco a mí misma.

-A mí sigues pareciéndome Diana -afirmó Nick incómodo, y se aventuró a asir su mano, que temblaba-. Y me gusta que así sea. Pero dime, ¿qué es lo que sabes? ¿A qué nos enfrentamos?

-A todo aquello que ha asustado a la humanidad desde que vivíamos en cavernas, antes aún de convertirnos en hombres. A todo aquello que nos obstinamos en creer que ya no nos espanta. Hasta hoy se ha estado recreando en su venganza, supongo, pero ahora empieza a cansarse, y en cuanto le llegue el hastío dejará de jugar con nosotros. -Los temblores de la joven disminuyeron al ponerme tensa, al recordar-. Ignoro si podré atajarle, pero tengo que intentarlo.

-Puedes contar conmigo. O, mejor dicho, espero que lo hagas.

Cuando Diana apretó su mano para confirmárselo, Nick propuso:

-Antes que nada habría que ocuparse de Eustace. Está abajo. La criatura le atacó. -Ahora indagaría qué significaban sus palabras, y sabía que tendría que creerle; no restaba en él un gramo de escepticismo, tan sólo una cruda y vulnerable vacuidad allí donde lo hubo-. Has hablado de atajarle -repitió, remiso, mientras se encaminaban a la escalera-, y cuando estabas en trance insististe en que debías llegar la primera a algún sitio. ¿Adonde, Diana? ¿Qué hemos de prevenir?

-Debería haberme dado cuenta hace tiempo. He estado tan ciega como todos los demás. -Diana parecía mas reacia todavía a dar explicaciones que él a escucharlas-. Me pregunto en qué medida pudo influir en los acontecimientos ya antes de salir a la luz. Es demasiada coincidencia que se le ponga espontáneamente a tiro el medio de destruirnos a todos y hacer un festín con nuestras almas. ¿O se debe tan sólo al giro que ha dado el mundo? -La joven inspiró, y dijo-: Su objetivo es la base de misiles.

58

Eustace estaba dando la función de su vida al mejor público que jamás tuvo. No necesitaba verle detrás de la escena iluminada, le bastaba oír las risas estentóreas con que saludaban todo cuanto hacía. Hubo de esforzarse para mantener la expresión severa; un comediante no podía reírse de sus propias gracias. Ahora alguien le exhortaba desde los neblinosos palcos a que diese paso al siguiente número, pero Eustace no se sentía dispuesto a abandonar el espectáculo mientras ofreciera a la concurrencia lo que ésta quería. Quizá no volvería a tener otra ocasión tan magnífica. Cuando abrió la boca y avanzó un paso hacia el público las carcajadas aumentaron, y de súbito vio una escalerilla que conducía hasta él, al oscuro pasillo de platea. Se adelantó entre las candilejas, en sentido opuesto a aquella voz que vociferaba su nombre.

Los asistentes le jalearon para que continuara. Dondequiera que mirase, veía sus anchas sonrisas en la lobreguez. Paseó por el pasillo central, improvisando chascarrillos sobre algunas personas y sus centelleantes dientes, y ellas inclinaron hacia atrás las jocosas cabezas, como si así fueran a dilatarse más aún sus risas. ¿No se terminaría nunca aquel pasillo? No le importaba: podía prolongar su actuación hasta que lo deseasen, caminar sin tregua sobre una alfombra que notaba tan mullida como el musgo, y que ahora descendía. Todo lo que había de hacer a fin de diferir su partida era prescindir de la distante voz que le llamaba, todavía, por su nombre. Cuando volvió la mirada, el escenario no era mayor que una laguna de luz bajo una farola callejera.

Había ido demasiado lejos como para echarse atrás. En ambos flancos, hasta donde alcanzaba su vista, una multitud de manos se elevaba en el aire, aplaudiendo con unos sonidos peculiarmente amortiguados que se propagaban hacia la parte más oscura. Le urgían a proseguir, a bajar, porque aún había de actuar ante el público más exigente de todos. Un público que reclamaba ávidamente todo cuanto pudiera ofrecerle, y más todavía; que estaba hambriento de él, de su ser en cuerpo y alma.

Eustace no quería ir hasta allí, menos aún cuando oyó las risas. Ahora que era ya tarde las recibía con claridad, reconocía la hilaridad del señor de las tinieblas, su carcajada que, por un efecto multiplicador, brotaba de las incontables bocas adyacentes. Sus potentes ecos se sobreponían a aquella voz que no paraba de invocarle. Se congregó el público en el pasillo, riendo sus ocurrencias.

-No permitas que muera ahora -rogó el cartero a la voz lejana-. Si he de expirar, no

dejes que sea en este lugar, elige cualquier otro.

La luz distante, empero, se había apagado; no había más que negrura, saturada de unas risas que le consumían, que le ofendían. Unas manos le atraparon y tiraron de él hacia las sombras.

Se debatió, repartió puñetazos a diestro y siniestro, hasta que le inmovilizaron los brazos contra el cuerpo. Aguzó la vista, penando por ver quién le había prendido y tumbado boca arriba. Meneó la cabeza con violencia, pese a que le dolía como si toda ella fuera una magulladura mayor que su cráneo.

-No me digas que me he quedado ciego -gimió.

-En absoluto, Eustace. -Era la voz que le había llamado desde el inicio- Lo que pasa es que está muy oscuro. Trajimos juntos a Diana hasta aquí, hasta su casa. Soy Nick Reid. ¿Lo recuerda?

El cartero recordó, quizá más pronta y totalmente de lo deseable. La tiniebla pareció sitiarle.

-¿Qué le ha sucedido a Brian Bevan? -inquirió.

-Ha muerto, Eustace. El mismo se mató.

No era aquello lo único que el cartero preguntaba, pero tal vez era todo lo que, por el momento, le interesaba saber.

-¿Ha herido a Diana? -indagó, incorporándose y viendo que se hallaba en el sofá de la sala.

-No, nuestra amiga está indemne. -La voz de Nick sonó ahora en otra dirección-. ¿Eres tú, Diana? Nos encontrarás donde nos dejaste. ¿Has podido dar con Andrew?

-No ha respondido a mi llamada -informó la joven, muy deprimida, mientras andaba hacia ellos-. Espero que haya podido reunirse con su madre antes de que se pusiera el cielo tan negro. Aún seguiría buscándole si no temiera ser oída.

-¿Y por qué ha de temerlo? -demandó Eustace.

-¡Oh, Eustace, te has repuesto! Bendito sea Dios, algo es algo. Debes de haberte golpeado la cabeza en el sofá al... -Tras una corta interrupción Diana retomó el hilo, con cierto apresuramiento-. Cualquiera en el pueblo es bueno para revolverse contra nosotros. No creo que puedan fingir durante mucho más tiempo que reina la normalidad. Para todos estos sucesos, querrán chivos expiatorios, lo que es sinónimo de «ateos».

-Entonces, habría que abandonar Moonwell. Tengo una linterna arriba, si es que todavía funciona.

-No nos sacaría de apuros, Eustace. Lo que hemos de hacer, hasta que tengamos luz natural, es camuflarnos en algún sitio donde no se les ocurra buscarnos cuando dé comienzo la caza de los chivos expiatorios.

-Sea como fuere, prefiero recoger mi linterna. -Eustace se puso en pie con un bamboleo, y agradeció que Nick le sostuviera-. Me las compondré -aseveró unos minutos después-. No es preciso que vayamos dándonos pisotones por toda la casa.

Subió a la planta superior con una mano en cada baranda. La linterna que guardaba en un cajón de la mesilla de noche no se encendió. Ya había fallado hacía unos meses, cuando una tremenda niebla le obligó a utilizarla en sus rondas, y era obvio que las pilas terminaron de descargarse. ¿Oía a lo lejos unas risotadas? Fue corriendo a la escalera, con una singular comezón en la piel. En el camino de descenso se sintió como si hubiera retornado al inclinado pasillo de su sueño.

-Estamos aquí, Eustace, aguardándote en el vestíbulo -anunció Diana. La joven rodeó con sus brazos a ambos hombres y les susurró-: Hemos de procurar hablar lo menos posible y siempre en voz muy baja, ¿de acuerdo? Ignoro hasta qué punto sabes lo que acontece, Eustace, pero seguramente ya lo habrás relacionado con Mann y el ser al que liberó en la cueva. En cuanto se ilumine el cielo, hemos de ponernos en movimiento y llegar a la base de misiles antes que él.

-¡Dios mío! ¿Se figura usted que...?

-Lo sé -dijo la mujer, tapándole la boca. Eustace no se veía capaz de resistir mucho tiempo callado. Conversar era para él la única forma de contrarrestar el poder de la negrura,

sus propias elucubraciones sobre lo que les acechaba al abrigo de las sombras.

-«Dondequiera que vayáis, de Harry no os podréis esconder» -citó en un cuchicheo, con la voz atravesada en la garganta.

-Pero podría hallarse tan atareado en otro sitio que pasemos inadvertidos. Si no nos escapamos, nadie lo hará en nuestro lugar. Hay un lugar donde quizá estemos a salvo -indicó Diana, y vertió su sugerencia en el oído de uno, luego de otro, aplicando la mano a sus labios para pedirles silencio-. Ese lugar es la iglesia -fue lo que les dijo.

Los resplandores del hotel, donde había corrillos de personas que murmuraban, blanqueaban los tejados y dejaban las calles lóbregas. Al ajustarse los ojos de Eustace al contraste, vio un cuerpo masculino que yacía, descoyuntado, en el sendero del jardín. La machacada cabeza parecía desproporcionadamente grande, y no sólo a causa de la mancha líquida en la que se hallaba sumergido el rostro. Al darse media vuelta, con el vómito a punto, Diana le especificó:

-Es Brian Bevan. Ya no podemos socorrerle.

De todos modos, la joven se agachó para asir los hombros del cadáver y, tras obtener con la mirada la aprobación de Eustace, transportó -ayudada por ambos hombres- los restos hasta la casa, depositándolos en el sofá. El cartero tragó saliva reiteradamente, además de contener el resuello, hasta que estuvieron fuera y remitió la náusea.

La calleja estaba vacía, y también la calle Mayor. Los lugareños habían empezado a arracimarse de nuevo en torno a la luz, pero esta vez no en acción de gracias; el cartero no se entretuvo en preguntarse con qué decidirían suplirla. Diana, Nick y él fueron de puntillas y a toda prisa por la calle Mayor, distanciándose del hotel, hasta que al final de un recodo les dejó en una insondable tiniebla.

-Que nadie se altere -musitó Eustace-. Para eso estoy yo aquí.

Pero no era lo mismo en la oscuridad: el hombre había olvidado cuántas irregularidades presentaban los adoquines del empedrado, lo mal alineados que estaban algunos de los guardacantones de las calles secundarias. Guió a sus compañeros en fila india, con las manos de Diana en su cintura como si celebrasen una ciega danza ritual. Los sentidos de Eustace asumieron una agudeza neurótica; incluso creyó oler a sangre coagulada al pasar frente a la carnicería. En una ocasión, su mano, al palpar la pared, se metió en un portal abierto entre dos tiendas, y le aterrorizó que alguien rozase sus dedos en la negrura. Después de aquello, cada puerta se le apareció como la entrada de un cubil.

Para cuando se plantaron ante la verja de la iglesia, el cartero estaba más allá de todo alivio. Al internarse junto a sus acompañantes en la hierba, rehuyendo el sendero de gravilla, notó los montículos que hubo de pisar tan blandos como el pasillo teatral de su pesadilla. Encontró al fin la campanilla del acceso. Entraron en la nave y se dirigieron hacia el altar, lejos de las puertas. Se sentaron en un banco, Eustace al lado de Diana, casi sin tocarla. Fue así como comenzó la noche.

59

Andrew no sabía cuánto tiempo llevaba en el hotel cuando su madre le encontró agazapado en un rincón más oscuro del vestíbulo, cerca de la escalera. Los padres de sus compañeros de clase se habían preguntado si estaba bien, pero lo único que él quería era esconderse, pasar inadvertido, en la oscuridad. Se habría escurrido escaleras arriba de no haberlas hallado tan abarrotadas de visitantes que iban a ver al señor Mann. Anhelaba hallar un escondrijo donde nadie pudiera descubrirle: era indigno de la compañía de la gente después de lo que, por su culpa, le había pasado a su padre. Al llevar alguien a su madre hasta donde él estaba, se hizo un ovillo, porque si había alguien que pudiera adivinar que algo andaba mal era ella. Le horrorizaba sobre todo que le forzara a contárselo.

Su mamá echó a correr hacia el chico, le levantó de un tirón y le vapuleó.

-¿Qué te propones dándome un susto de muerte? Iba a dar parte a la policía, y por suerte tuve la idea de probar antes aquí. ¿Dónde está tu padre?

-Ha ido a ayudar a alguien -balbuceó Andrew, braceando para meterse otra vez en su rincón y ocultar la faz en la pared.

-¿Dónde está, si puede saberse? ¿Quién se ha creído que es, dejándote por ahí tirado sin decirme nada?

La mente del niño se zafó de sus preguntas y las concretó en una a la que sí podía contestar: ¿Dónde estaba ahora mismo su papá?

-No lo sé -masculló.

-Tal como se ha estado portando en las últimas semanas, ya tiene mérito que sepas que tienes un padre. ¿Qué clase de hombre es para abandonar a su hijo en esta penumbra? -Las palabras de su madre iban destinadas a los otros padres, que asintieron compasivamente, o bien chascaron con la lengua-. ¿Y a quién ha ido a ayudar su excelencia?

«A la señorita Kramer», habría querido proclamar Andrew. Por lo menos la ex maestra no estaba sola en casa del señor Gift, pero ¿qué daños podía haber infligido su papá a todos sus ocupantes? Habría traído a la señorita Kramer al hotel si él, Andrew, no le hubiera convertido en un monstruo. Y lo había hecho alimentando sospechas sobre su conducta, negándole su confianza. El señor Mann siempre decía que había que respetar a los padres, decía que había que tener fe, mas el chico pensaba que faltar a tales preceptos no era pecado mortal, si uno no podía evitarlo. Ahora veía cuan mortal era. Se había permitido dudar de su papá, y el demonio de la cueva había transformado a este último en algo similar a los lagartos que vivían en sus galerías. La primera vez que su padre le había necesitado, Andrew le falló.

Había huido de esta realidad tanto como de la visión de su papá. No recordaba qué apariencia había adoptado; la memoria era un pavoroso y oscuro pozo en su cabeza que él trataba de eludir. Tendría que haberse marchado de Moonwell, ya entonces nadie le habría

encontrado. Merecía que le capturasen los seres que merodeaban en la oscuridad.

Sin embargo, existía una razón para que hubiese venido al hotel. Si su madre dejaba de mirarle tan iracunda, tal vez se acordaría de cuál era. Al fin ella dio media vuelta y ojeó el vestíbulo, las numerosas figuras ribeteadas por el fulgor que allí penetraba desde las alturas.

-Esperemos que dé la cara -rugió-. Le borraré para siempre la sonrisa. Bucearé hasta el fondo de sus entrañas y le extirparé sus triquiñuelas de una vez por todas.

Andrew casi no la escuchaba, pues acababa de recordar: tenía que ver al señor Mann. Ante él podía confesarse mejor que ante ningún otro, y tras la confesión se atrevería a pedirle consejo. El evangelista era el único con capacidad para salvar a su padre. Pero su madre exigiría saber adonde iba y por qué, y la simple perspectiva de tratar de explicárselo le oprimía la garganta, le empujaba a fugarse en la noche.

Cuando June se giró hacia él, el niño se encogió, hundiendo los codos en los costados, achaparrándose como si los intestinos le hubieran jugado una mala pasada, cosa que casi hicieron durante su carrera hasta el hotel.

-Ponte derecho, ya me has montado bastantes números -le reprendió su mamá-. Quédate aquí y que no se te ocurra moverte. Voy a comprobar si tu padre está en el edificio. Si es así, le cantaré las cuarenta en privado.

La idea de que su padre se hubiera mezclado entre el gentío hizo que el pequeño se agachara aún más, amilanado ante tal sinfín de posibilidades que de buena gana habría ceñido su cabeza con ambos brazos, exprimiéndola hasta triturar sus pensamientos. Mas si se hallaba en el hotel, ¿no impediría esta circunstancia que cambiara, ahora que el señor Mann lo había santificado? No bien hubo desaparecido su madre en el tumulto Andrew logró erguirse y se encaminó con andar furtivo hacia la escalera.

Un sujeto que lucía un Sagrado Corazón en el bolsillo de la camisa le cortó el paso.

-¿Dónde vas, «solete»?

-Deseaba ver al señor Mann -repuso Andrew en un susurro.

-Ahora no puede ser. Es él quien convoca a la gente por sus nombres -dijo el hombre, señalando el mostrador de recepción.

Una de las fieles damas del señor Mann se hallaba a la escucha en la centralita, enviando ayudantes en busca de quienes iban siendo llamados. Andrew observó cómo un hombre joven ascendía ufano la escalera, fijados sus labios en una sonrisa. Cayó el chico en la cuenta de que no había visto bajar a nadie; debía de haber en el piso docenas de personas, pronto no quedaría sitio para él.

-No sufras, hijo, no se ha olvidado ni de ti ni de nadie. No tardaremos en rezar todos juntos -vaticinó el tipo del corazón.

Andrew no juzgó el proyecto tranquilizador en lo más mínimo, y aquello le hizo sentirse peor que nunca: había pecado tan gravemente, que ni siquiera la oración le purificaría. Regresó a su rincón y, de nuevo, se agazapó, con la endurecida bola de la culpabilidad y el miedo en su estómago. Estaba frotándoselo, y mordiéndose el labio, cuando volvió su madre.

-O no está aquí o no se atreve a dar la cara. Más tarde o más temprano tendrá que venir, simulando que todo va bien, de eso no me cabe duda. Entonces aprenderá que no es éste un lugar apropiado para guardar secretos -refunfuñó para sí misma, esbozando una sonrisa amarga, antes de emprenderla con Andrew-. En nombre del cielo, niño, ¿qué tripa se te ha roto ahora? ¿No nos agobian ya suficientes preocupaciones para que encima tengas tú que ponerte así?

Apenas hubo cesado de desfogarse, June se acuclilló y posó las manos en los hombros de su hijo.

-No me hagas caso, Andrew, no era mi intención gritarte. ¿Te duele la barriga, mi querido bichito? ¿Estás hambriento? No me extraña, con todos los platos raros que has tenido que comer últimamente en casa. Hace demasiadas horas que no tomas nada. -Ahora cariñosa, su mamá le instó a enderezarse-. Vamos, ven conmigo y te encontraremos algún bocado. Se supone que esto es un hotel.

El director no estaba en el mostrador ni en su despacho, a menos que se hubiera acomodado en medio de las tinieblas que allí había. La madre de Andrew apremió al niño a

avanzar, estrujando más sus hombros a medida que crecía su enfado. El dolor de estómago del chico se hizo sordo y se extendió por todo el organismo. Si cerraba los ojos, era casi como ocultarse; podía representarse a sí mismo en otro sitio, en alguna parte donde el sol brillara en el cielo. Ni siquiera notó que sus pies tropezaban. De haberle dejado sentarse su madre, se habría repantigado bajo los rayos solares.

Les detuvo una repentina reducción del vocerío. La mujer de la centralita había levantado la mano para imponer silencio.

-Escuchen -solicitó de los presentes-, escuchen el mensaje que Godwin nos manda. Dice que en la cocina hay alimentos para todos.

Ahora sí que se hizo el silencio, perturbado tan sólo por los lloriqueos infantiles, mientras los adultos asimilaban lo que aquello significaba. Finalmente todos prorrumpieron en una ovación, tan clamorosa que Andrew se cubrió los oídos con las manos. Las volvió a apartar al ver que un hombre se adelantaba a codazos entre la concurrencia y, ya en el mostrador, se giraba hacia ella con grandes aspavientos.

-Damas y caballeros, lamento tener que desilusionarles. Soy el director, y mucho me temo que apenas queda comida en el hotel.

-¿No debería cerciorarse antes de hablar? -le recomendó la madre de Andrew, con énfasis-. Hay niños que están en ayunas desde Dios sabe cuándo.

-No lo ignoro, señora, y desearía de todo corazón hacer algo por ellos. Pero puedo asegurarle que conozco bien mi hotel.

-Esto no sólo es un hotel. Ahora es la casa del Señor, más que ningún otro enclave de vuestra villa. No esté tan seguro de saber dónde termina lo imposible. Si no echa un vistazo en la cocina, nosotros lo haremos.

-¡Tenga fe! -chilló alguien mientras el director se acercaba a las puertas del comedor. Las abrió y se volvió, cruzado de brazos, frente a la multitud. Andrew advirtió cómo se ponían todos en tensión, prestos a arrollarle-. Pueden pasar y comprobarlo ustedes mismos -ofreció el hombre no sin apuros.

El gentío irrumpió en el comedor. Andrew notó la agitación de las planchas del firme al ser arrastrado. «No permitas que ceda el suelo», rezó. El director debería haberles avisado de que había demasiada gente, pero probablemente sabía que nadie desalojaría. Lo único que pudo hacer el pequeño fue seguir dando traspiés hacia las puertas de la cocina, o de lo contrario le habrían pisoteado.

La cocina estaba desierta. Los hornos de metal refulgían en las vagas luminiscencias que fluían desde la plaza; en el claroscuro se dibujaban, colgados en sendas hileras, sartenes y cuchillos. El director iba y venía por entre aquellas hileras.

-Lo siento -repitió, aunque su gesto ante la desabastecida cocina fue casi de triunfo-. Como pueden ver, no hay nada.

-¿No convendría que mirase en el frigorífico? -sugirió otra vez la madre de Andrew.

-Si insiste, lo haré encantado, pese a que no está en funcionamiento.

El hombre marchó resueltamente hacia el lechoso destello de la doble puerta del fondo, y accionó la pesada palanca que la desatrancaba. Retrocedió mientras se abría de par en par y se quedó clavado, de piedra, con los brazos fláccidos.

-¡Dios santo! -exclamó, casi sin voz.

La muchedumbre se abalanzó, y Andrew vio qué era lo que había dejado estupefacto al director. Detrás de las hojas metálicas, el hielo semiderretido goteaba en riachuelos por las paredes; al niño le pareció como si serpenteara el metal mismo que las revestía. La luz mortecina que se reflejaba en aquel hielo perfilaba lo que contenía la cámara. De cada gancho había suspendidos unos despojos descuartizados.

El director entró, chapoteando en el hielo deshecho, y estudió escrupulosamente la primera pieza de carne, cuya pálida superficie olisqueó y tanteó con dedos expertos.

-Ignoro de dónde procede y lo que es -admitió-. Desde luego, no puedo garantizar que sea comestible.

-Déjeme echarle una ojeada, señor. -Un sujeto ancho de espaldas se abrió camino a empellones, y Andrew oyó comentar que era el *chef* del hotel. El hombre examinó la vianda

con toda atención, y se volvió hacia el gentío-. Creo que está en buen estado. Y si Godwin así lo afirma, no hay ni que cuestionárselo. Yo, en cualquier caso, no tengo inconveniente en catarla.

-Quiero que se me entienda con toda claridad -dijo el director rotundamente- que, lamentándolo mucho, no puedo responder de esta carne. Yo no asumo ninguna responsabilidad.

-No tiene que hacerlo. La palabra de Godwin nos basta -clamó la señora Scragg.

Otros empleados de la cocina se abrieron camino hacia el frigorífico. Probó uno de los fuegos, y se llevó una enorme sorpresa cuando se alumbraron, con una llama blancuzca que a Andrew le recordó- la luz que manaba de la ventana del señor Mann.

-¿Serían tan gentiles de regresar todos al vestíbulo? -demandó el *chef-.* En cuanto esté asada se lo notificaremos.

-Venga, volvamos a la sala -le secundó el director-. La clientela no tiene por qué entrar aquí.

Los lugareños marcharon en alegre tropel tras el hombre pelirrojo, y Andrew vio que algunas personas se relamían por anticipado.

Ya en el vestíbulo, la señora Scragg dirigió una plegaria.

-Te damos gracias, ¡oh Señor!, por otorgar a tu siervo la facultad de obrar este milagro...

Andrew se arrodilló, inclinó la cabeza y dijo el «Amén» al unísono con los otros, pero se sintió culpable por estar tan deseoso de alimentarse cuando su padre vagaba solo en la oscuridad.

La señora Scragg les tuvo a todos orando y entonando himnos mientras llegaban hasta ellos los aromas de la cocina. Aquellos efluvios incitaron a la congregación a cantar más fuerte, pero Andrew había empezado a marearse; la imagen de las mutiladas formas que colgaban de los ganchos no le tentaba, ni tampoco los olores de unos guisos que no tenían nada que ver con los de las carnes que conocía. ¿Bajarían a cenar los jóvenes que habían sido citados por el señor Mann, o a ellos les servirían arriba? Rezaba fervientemente por su padre en el instante en que una camarera anunció que podía pasar al comedor el primer turno.

Componían este grupo los ancianos y las familias con niños. Un viejo que tenía el párpado caído tomó asiento enfrente de Andrew y miró su plato con glotonería al ver que el pequeño no hacía más que jugar con las tajadas de blanca carne, humeantes en la penumbra.

-Cómetela, Andrew, y te encontrarás mejor -azuzó su madre al chaval, y degustó un bocado antes de ensartar en su tenedor otro para él-. Debe de ser cerdo, a juzgar por el sabor. No seas melindroso con la comida.

El chico se metió el trozo en la boca y a duras penas consiguió tragarlo. Trató de no mirar al anciano, que masticaba con la boca abierta como para exhibir el buen trabajo de su dentadura postiza; se diría que sonreía igual que lo hacía el señor Mann a quienes incurrían en el error. Cuando su madre fue a por la fuente que ofrecía una de las camareras, Andrew transfirió su acompañamiento al plato del viejo, quien le recompensó con un guiño de complicidad.

Tan pronto como June hubo apurado su ración, el niño salió corriendo hacia el vestíbulo. Tendría que haberse escabullido antes, se amonestó, mientras mamá se hallaba ocupada cenando y nadie subía a entrevistarse con el señor Mann. ¿Cómo podía colarse escaleras arriba? La gente abandonó el comedor dándose palmadas de satisfacción en el estómago, y tomó su vez el segundo turno. La señora Scragg se fue del hotel con una bandeja cubierta. Andrew cerró los ojos a fin de caldearse bajo el sol de su inventiva, mas cuando apenas había ajustado los párpados la señora Scragg volvió, lanzando berridos.

-Ahí fuera el mal anda suelto. Nuestro inspector de policía está muerto, descuartizado.

Se produjo un denso silencio, en el que los vecinos intercambiaron miradas temerosas y se agolparon al pie de la escalera, necesitados del señor Mann. Tomó entonces la palabra la madre de Andrew, con una voz que no era muy firme pero que fue fortaleciéndose.

-Si todavía hay crímenes en nuestra villa, es porque quedan unas cuantas personas que son adversas a Godwin. Yo sé dónde están algunas de ellas.

60

Geraldine tenía la sensación de haber pasado días, no horas, sentada junto a la cama del niño, acariciando aquella despejada frente tan semejante a la de Jeremy y asiendo su mano desde que empezó a ocultarse la luz de la luna. Una mano que ahora estaba tibia, relajada. Si el pequeño dormía, bien podía ausentarse un rato para averiguar qué hacía su marido.

Cuando les llamó mamá y papá, a Jeremy se le demudó el semblante. Se había soltado al tratar Geraldine de atraerle hacia la cabecera, y se cobijó en el pasillo que llevaba al dormitorio. Luego ella había intentado persuadirle de que montara guardia al pie del lecho mientras iba a al cocina, después de que el niño empezara a implorarles.

-Mamá, papá, ¿estáis aquí? Por favor, no volváis a dejarme nunca.

Si era de aquello de lo que Jeremy había huido, habría preferido que huyese también de su vida; independientemente ya de quién fuese el pequeño, ella no conviviría con nadie que pudiera sustraerse a tan conmovedora súplica. Pero, tan pronto la oyó subir al piso portando una fuente de refrigerio, su marido salió azoradamente del dormitorio, sin mirarla. Unos momentos más tarde oyó cerrarse con ímpetu la puerta trasera de la librería.

Era de presumir que estuviese en el local, sentado entre las estanterías vacías y rodeado de oscuridad. ¿Era tan sólo la presencia de un niño en casa lo que no podía superar, tener que compartir a Geraldine tras tantos años de vida en común o más bien le inquietaba la incertidumbre sobre la identidad del pequeño? Cualquiera de las razones suponía por sí misma un reto difícil de superar, y no debía dejar que se adaptara a ellas sin ayudarle. La mujer depositó la cálida manita sobre la colcha.

-¿Duermes? -preguntó, esperando que así fuese.

La mano buscó la suya de inmediato.

-Estoy despierto, mamá. Disfrutaba de mi felicidad. ¿No te pasa a ti igual?

-Claro que sí. -«Pero no es ése el caso de Jeremy», pensó Geraldine, mordisqueándose el labio-. ¿Estás calentito? ¿Te apetece quizá beber un poco más?

-No quiero nada salvo seguir aquí -dijo el niño con un tremor en su boca.

-Y seguirás mientras estemos nosotros, te lo prometo. Ahora tengo que ir abajo: ¿vienes conmigo, o me esperas aquí?

La otra mano infantil se aferró a la de Geraldine.

-No deseo levantarme en la oscuridad. Aquí me siento seguro.

-Muy bien, quédate en la habitación y yo iré al encuentro de tu... -No pudo pronunciar aquella palabra, no pudo llamar «papá» a Jeremy. Tomó aliento, y espetó-: ¿Qué nombre debo darte?

Él se rió como si Geraldine estuviera bromeando.

-Ya lo sabes, mamaíta.

-Sólo quería oírtelo decir -pretextó la mujer con un titubeo-. Me harías aún más feliz.

-El nombre que papá y tú me impusisteis, Jonathan.

Geraldine estrechó al niño contra sí y le tuvo abrazado hasta que fue capaz de hablar.

-Déjame llamar a tu padre -susurró-. Es muy importante que te oiga decir eso.

El pequeño se agarró a ella con ahínco.

-No permitirás que me eche, ¿verdad que no?

-Jona... -La mujer no pudo concluir el nombre. Era todo tan imprevisto, que sentía como si su reacción estuviera aún por llegar-. ¿Por qué iba a hacerte eso? -replicó, con tanta desenvoltura como le fue posible.

-Tengo el presentimiento de que no quiere verme aquí, mamá.

-Se está haciendo a la idea, eso es todo. Él nunca te repudiaría. ¿Habéis conversado mientras te preparaba el tentempié?

-Se ha negado a escucharme. Ni siquiera me ha mirado.

-¡Será tonto! La gente se porta así a veces, incluidos los papás. Deja que lo hable con él para ver qué pasa.

A regañadientes, el pequeño se soltó y volvió a acostarse. Geraldine estaba ya en la puerta cuando resonó un nuevo ruego en la cegadora tiniebla.

-Podré quedarme, ¿eh, mamaíta? Fue horrible el lugar donde tuve que estar todo aquel tiempo, antes de que me encontraseis. Era frío y oscuro, con seres pululando de acá para allá. Habría de volver allí si vosotros me rechazarais.

-Te doy mi palabra de que no. En cuanto haya localizado a papá, él mismo vendrá a confirmártelo.

Por unos instantes se resistió a abandonar la habitación, tanto porque el niño había invocado el miedo a la oscuridad, al ente que había obstruido su marcha en la carretera de los bosques, como porque temía que el chico se hubiera marchado cuando ella volviera. Resolvió, buscando a tientas la barandilla, que tenía que recuperar a Jeremy de dondequiera que sus cábalas le hubiesen llevado.

Descendió a la planta baja, cruzó la cocina y se asomó a la librería. La larga y desguarnecida sala no estaba sumida en una opaca tenebrosidad: le llegaba alguna luz del centro del pueblo donde, así lo dedujo Geraldine, el hotel había encendido todos los focos. Cuando entró en el local, un sombrío borrón que se apoyaba en la pared contraria a la ventana más iluminada rebulló, chocando con un anaquel. Era Jeremy.

-¿Quién va? -gritó.

-¿Quién puede ser sino yo, Gerry?

-No lo se -contestó el hombre con adustez-. Ya no sé nada de nada.

-Entonces no tiene sentido estar ahí solo, ¿no te parece? ¿Qué hacías reclinado en el muro, en medio de la penumbra?

-Esperar que desaparezca.

Geraldine no acabó de discernir si se refería a la penumbra que ella había mencionado.

-Gerry, tenemos que hablar.

-Sí, pero deja que hable yo. He reflexionado largamente. -Jeremy fue junto a su mujer; sus pisadas resonaban en las estanterías-. Puesto que tú lo dices, y al margen de lo que yo haya creído ver, acepto que haya un muchachito en el cuarto de huéspedes. Pero ¿por que hemos tenido que secuestrarle, en nombre de todo lo que nos es sagrado?

-No lo hemos hecho, Gerry. Ha venido por su propia voluntad.

-Trata de explicarle eso a cualquiera de los de ahí fuera. ¿No crees que ya han acumulado bastantes insidias para esgrimir en nuestra contra? No podemos permitirnos llamar su atención. ¡Por los clavos de Cristo! ¿No sabes quién podría ser ese niño?

-Sí -respondió Geraldine, sin poder aquietar su nerviosismo-. Pero quiero que te lo diga él mismo.

-¿Que me diga qué?

La mujer se dio cuenta de que Jeremy no la acompañaría a menos que se lo concretara.

-Gerry, se llama Jonathan.

-¡Oh, mierda! -Jeremy hundió los hombros con desaliento-. He comprendido tu insinuación, querida, pero se trata de una simple coincidencia. Y, aunque no me opongo a tu empeño en creer que Jonathan continúe vivo en alguna parte, no me vengas ahora diciendo que está arriba tan sólo porque a ti te gustaría. Lo que hay en esa habitación es un niño real, no un jodido fantasma, y tan sólo hay un sitio del que pueda proceder una criatura de carne y hueso. Pertenece a las legiones llegadas con Godwin Mann.

-Y qué hacía desnudo y tirado en el cementerio, allí donde deseábamos que estuviera Jonathan?

-¿Cómo voy a saberlo? Y, además, ¿qué importa? Te lo repito, crees únicamente lo que quieres creer. Yo pensaba que éramos distintos a los otros habitantes de Moonwell. -Jeremy prosiguió, con mayor ternura-: Quizá escapó de la tutela de sus padres porque no podía tragarse toda su represiva basura religiosa, y fugarse en cueros fue su manera de rebelarse. No seré yo quien se lo reproche. Como puedes figurarte, le ayudaría si estuviera en mi mano.

Geraldine se quedó atónita.

-¿Y qué sugieres que hagamos?

-No tenemos opción. Debemos sonsacarle de dónde ha salido y mandarle de vuelta, haciéndole prometer antes que no revelará que ha estado con nosotros.

-No te conozco, Jeremy. Me parece que ya no deseo convivir contigo.

-Si así es como te sientes, poco puedo hacer yo para cambiarlo. Pero, por amor de la honestidad que nos debemos el uno al otro, te confieso que empiezo a preguntarme si yo he llegado a conocerte a ti.

Geraldine se habría ido en el acto de no ser porque dejar a su esposo a solas en la oscuridad le producía un sentimiento de culpa. Caviló que, por mucho que se retrajesen más tarde de lo dicho, eso no alteraría su sentir respecto a Jonathan. Tal vez, si conseguía convencer a Jeremy de que escuchase lo que el niño tenía que decir... En aquel momento, el pequeño chilló:

-Mama, ¿qué ruidos son ésos?

La mujer se contagió del pánico que denotaba aquella voz, hasta que se percató de qué era lo que había oído.

-Alguien está cantando, Jonathan, cantando himnos.

-Queda bien patente que no le entusiasman -masculló Jeremy, como si este hecho ratificase su teoría.

-¿Por qué habrían de entusiasmarle si nosotros los detestamos?

Meditó Geraldine que acaso Jonathan había participado de los últimos ocho años de su vida desde el lugar donde estuviese. ¿No podría demostrarle a Jeremy quién era por ese procedimiento? Su marido se había vuelto de espaldas a ella, hacia los himnos. Los cánticos, que proliferaban por todo Moonwell, resonaban más cerca de lo que la mujer había supuesto. No se hizo cargo de cuan cerca estaban hasta que alguien aporreó la puerta. Oyeron la voz de June Bevan, chillona y disonante, a la vez que el himno se difuminaba.

-¡Abrid, sabemos que estáis ahí dentro! Queremos tener unas palabras con vosotros.

-¿Y bien, Jeremy? -consultó Geraldine, casi en calma.

Él envaró su cuerpo, levantó los hombros y acudió parsimonioso a la puerta. No era aquello lo que su mujer tenía en las mientes.

-Di lo que sea, June -invito-. Te escuchamos.

-No hablaré con una puerta. Ábrela y mírame a la cara.

Antes de que Geraldine pudiera impedírselo, Jeremy descorrió los pestillos que cerraban la entrada. Sin duda ansiaba la confrontación tras tantas horas de conjeturar en la oscuridad, pero, con su euforia, parecía haber olvidado su necesidad de encubrir a Jonathan. Cerró la puerta que conducía a la vivienda y cruzó velozmente la desolada, la retumbante sala para situarse al lado de su marido.

Los Scragg estaban con June, así como algunos de los hombres que habían acarreado los libros en la quema. Dos de ellos llevaban linternas, y enfocaron a los Booth.

-¿Qué pretenden permaneciendo en nuestra villa? -les imprecó la señora Scragg detrás de los blancos haces que sondeaban sus rostros.

Jeremy se echó a reír, como si hallara deliciosa su insolencia.

-No tenemos que pretender nada para vivir en una casa de nuestra propiedad. Si hemos de pedirles permiso, es la primera noticia.

-Quizá no dejamos la debida constancia de que no son personas gratas -gruñó un hombre.

Jeremy dio un paso al frente, bloqueando el acceso.

-¿Quiere romper otra ventana con nosotros como testigos? Será mejor que decida ponerse freno a sí mismo, amigo. La policía podría juzgar sus métodos menos benévolamente que usted.

Geraldine pensó, agitada, que así no irían a ninguna parte.

-Deseamos marcharnos más aún que ustedes perdernos de vista -se inmiscuyó-. Tenemos el propósito de irnos en cuanto claree. Nadie puede conducir en estas condiciones.

¿Qué tenía que hacer para librarse de aquella indeseable cuadrilla? Sus semblantes se habían vuelto herméticos al aludir Jeremy a la policía. Se disponía a preguntar a June, que evitaba sus ojos, si de veras buscaba pelea, cuando un débil gritito la dejó sin habla.

-¿Dónde estás, mami? ¿Hay alguien contigo?

-¿Qué es eso? -interrogó la señora Scragg-. Jesús, María y José! ¿Tienen a un niño ahí escondido?

-¿Y qué haríamos nosotros con un niño? -dijo Jeremy con una risotada mal fingida.

-Me horroriza imaginarlo -repuso June.

Booth alargó el brazo hacia el picaporte. «No te precipites -le exhortó Geraldine-, que crean que nos hemos hartado de ellos y cierras la puerta porque estás en tu casa.» Un espasmo la recorrió interiormente al oír la voz del primer piso.

-Estoy asustado -fue la implorante llamada del pequeño.

-¡Virgen santa, hay un niño en la casa! -bramó la señora Scragg.

Se hizo con una linterna y atravesó la puerta como un vendaval, después de que dos de los hombres empujaran a Jeremy a un lado y le sujetaran los brazos. Geraldine reculó. Lo único que ahora podía hacer era proteger a Jonathan, estar con él en el momento en que los extraños entraran por la fuerza en su dormitorio. Al ver que sus aprehensores obligaban a Jeremy a seguir a la señora Scragg, ella se encaminó, tanteando el terreno, a las dependencias posteriores.

Los intrusos se internaron en la cocina como pisándole los talones, y se oyó un estropicio de platos. El ruido la llenó de una furia tocada de torpor que ahora no tuvo tiempo de analizar. Cuando acometió los primeros peldaños las luces de las linternas la rebasaron, llegando a lo alto antes que ella. Corrió en el último tramo hacia el cuarto de Jonathan, con el corazón latiendo aún más deprisa al intuir el pánico que el chiquillo debía de experimentar ante la conmoción del piso inferior, ante las atronadoras pisadas.

-Ya todo ha pasado, Jonathan. Mamá está contigo -dijo a la tiniebla circundante, mas fue apartada de un manotazo al irrumpir la señora Scragg y escudriñar el dormitorio con la linterna.

El haz subió, oscilante, por la cama y encontró una pequeña figura acurrucada contra la cabecera: Jonathan.

-Estás a salvo, criatura -declaró la Scragg con una aspereza que quería ser, supuestamente, tranquilizadora-. Te aseguro que nadie volverá a hacerte daño porque yo lo impediré. ¿Quién eres? ¿Cómo te han metido aquí?

El niño comprimió los hombros contra el ángulo que formaban el lecho y el muro al avanzar la mujer hacia él.

-Soy Jonathan -informó con la boca pequeña, lleno de inseguridad-, Jonathan Booth. Vivo en esta casa junto a mi mamá y a mi papá.

-Déjate de pamplinas. Olvida las instrucciones que te han dado y cuéntame toda la verdad, como Dios te manda hacerlo. Sabemos que ellos no tienen hijos.

Jonathan se puso lívido. Geraldine intentó ir a su lado, pero la señora Scragg la arrojó desde el lecho hasta el último de los hombres, que le atenazó los brazos detrás de la espalda.

-No te preocupes, Jonathan -consoló a su niño, consiguiendo imprimir cierto equilibrio a su voz-. Han cometido una equivocación, pero no nos lastimarán. Ni siquiera ellos podrán herirte.

-Cierre su embustera boca o lo haremos nosotros -amenazó la señora Scragg, si bien dulcificó el tono al abordar de nuevo a Jonathan-. Vamos, chiquillo, dime la verdad. A la verdad nunca hay que tenerle miedo.

-Son ustedes quienes le atemorizan -denunció Geraldine tan sosegada como pudo, atribuyendo las fluctuaciones de los rasgos del niño a los vaivenes de la linterna-. Ya les ha dicho la verdad.

-Está espantado, sí, pero la culpa no es nuestra -se soliviantó June, y fue hasta la cama esquivando a la señora Scragg-. Deja que te mire, pajarito. No debes ponerte nervioso ante mí, yo tengo ya mi propio hijo. Ven conmigo y le conocerás. Está en el hotel, con su maestra. -Al ovillarse más aún el pequeño, la mujer se giró indignada hacia sus compañeros-. Sólo Dios sabe lo que le habrán hecho: alguna barbaridad sacada de sus libros obscenos, el Señor se apiade del desdichado crío.

-No le hemos hecho nada. Si verdaderamente desean enterarse de lo que ha pasado -intervino Jeremy, fulminando con los ojos a sus dos guardianes al aumentar éstos la opresión de sus brazos-, deberían cederme la palabra.

-No, Jeremy -objetó Geraldine, al percibir cómo la cara de Jonathan se reconcentraba en sí misma.

Al niño le asustaba más que a ella misma lo que su marido pudiera decir. Incluso alargó una pálida mano hacia su padre, en un gesto destinado a acallarle, pero a aquél le pasó inadvertido.

-Si está dispuesto a confesar sin tapujos -puntualizó ominosamente la señora Scragg-, le escucharemos.

-Ese crío no es nuestro hijo -comenzó Jeremy-. Nunca lo tuvimos.

-No, Jeremy -reiteró su demanda Geraldine, y el pequeño se restregó contra la pared como un animal enjaulado, asidas sus largas manos a las sábanas.

-El niño buscaba asilo y nosotros le recogimos -continuó Booth sin más dilaciones-. Afirmó llamarse Jonathan, el mismo nombre que íbamos a ponerle al hijo que perdimos. Le hemos atendido durante unas horas, pero no es nada nuestro, por mucho que él se obstine en creer lo contrario.

-A mí me ha parecido honrado -dictaminó el señor Scragg, que todavía no había despegado los labios, y se aproximó al lecho-. Y, ahora, explícate de una vez por todas -ordenó al pequeño en tono imperioso.

Al director de escuela se le atragantó la última sílaba, a la par que alzaba las manos como para escudarse del horror que vivía.

Durante todo el tiempo que pudo ampararse en esa idea, Geraldine se dijo que fallaban las pilas de las linternas. Pero no era la luz la que se atenuaba, era el semblante de Jonathan. Las facciones se diluían, embebiéndose en el cráneo. En el tembloroso resplandor, que la señora Scragg luchaba infructuosamente para desviar de la visión, la cabeza se fue

desfigurando, y Geraldine la comparó a un globo que se deshinchara, la comparó a cualquier cosa capaz de desmentir la realidad de lo que estaba presenciando. Los ojos fueron los últimos en ser succionados, brillando de puro pánico, arrugándose las cuencas al sellarse igual que labios marchitos. Quedó la faz lisa a excepción de la boca, que tanto podía sonreír como sollozar en silencio. La agazapada criatura meneó ciegamente la cabeza, hasta que se impelió con los langarutos brazos y saltó entre Geraldine y la señora Scragg. Corrió a cuatro patas en la oscuridad, escaleras abajo y, ya en la planta, al exterior.

Al desvanecerse su escurridiza forma en la tiniebla Geraldine sintió que se le llevaba su alma, dejándola vacía, inservible y traicionada. Nada podía ya afectarla ni empeorar. Apenas reparó en la señorita Scragg, que se lanzó sobre ella y le escupió en el rostro.

-De modo que se ha aliado con el diablo, ¿eh? -la acusó la Scragg con una voz que rezumaba odio-. Benedict Eddings la vio practicar la brujería en el cementerio, mas ni aun así pudimos concebir qué era lo que planeaba. Esperemos que Godwin Mann sepa cómo tratarla -agregó, proyectando su cara caballar hacia la de la otra mujer-. Si no, algunos de nosotros recordamos muy bien qué castigo hay que darles a las brujas.

61

Tan pronto se sentía flotar, Diana empezaba a mordisquear las paredes interiores de su boca. Las tenía ya descarnadas; le ardían como el fuego, pero no se le ocurrió otro medio de aguantar despierta. No debía dormirse, por si acaso lo hacía ruidosamente. No podía arriesgarse a sufrir una recaída en sus visiones, pese a su impresión de que en algún lugar de su sueño se hallaba la clave de lo que tenía que hacer. Con toda probabilidad, la tiniebla no tardaría en levantar. Estaba acartonada como si hubiera pasado varios días sentada en el lúgubre banco de la iglesia. En el momento en que hubiese un simple albor en el cielo, se encaminarían hacia el coche.

Y entonces, ¿qué? ¿De verdad confiaba en llegar a la base de misiles sin que le cortasen el paso? Y, aunque lo lograse, ¿cómo se las ingeniaría para entrar? ¿Qué historia podía contarles a sus vigilantes que ellos escucharan con paciencia siquiera un poco? Al menos, sus dudas la mantenían alerta. «Sea quien sea el esbirro que envíen a detenerme -se alentó- no vacilaré en atropellarle con el vehículo.» Después de todo, Brian Bevan, o el ser en que se había convertido, resultó ser mortal. El ente de la cueva ya habría devorado su alma, cualquier alma muerta bajo su influencia, una influencia de alcance desconocido.

Repelió la evocación del rostro de Brian desfigurado por aquella mueca, que presentaba los ojos que la habían asediado, fuera de las órbitas. Había métodos para seguir despierta en los que no tenía por qué asumir el protagonismo el aspecto más amenazador de la negrura. Dio un ligero apretón a Nick y a Eustace. Al menos, mientras durmiesen no hablarían. Nick se rebulló, y la joven le dio unas palmadas en el costado a fin de aquietarle. El cartero soltó un

ronquido que quedó interrumpido a media exhalación, al estremecerse él mismo en su modorra. ¿Deberían haberse turnado en las guardias? En cualquier caso, no había forma de calcular el tiempo transcurrido mientras perdurara aquella penumbra, y ella recelaba, además, de que el sueño la hundiera una vez más en su visión. Era de temer que, ya inmersa en ella, la criatura de la luna tomase conciencia de que existía. Se preguntó si no la había tomado mucho tiempo antes.

La aprensión recorrió su cuerpo como si fuese una chispa eléctrica. Recapacitó que aquello era positivo, al igual que cualquier circunstancia que la ayudara a no dormirse. Intentó acomodarse a la arquitectura que la rodeaba, prescindiendo del embozo de la negrura. Las líneas casi imperceptiblemente finas de su derecha debían de ser los contornos de dos de los ventanales, marcados por los destellos de la plaza, y le dieron una idea de las dimensiones de la iglesia. Volvieron a invadirla las sensaciones propias del lugar: la gelidez de la piedra, el crujido de los bancos, los olores a tierra y moho, cómo la oscuridad que se desplegaba delante amurallaba el recinto, cómo también el altar le parecía un volumen interpuesto entre ella y aquella muralla. Tan absorta estaba en captar tales detalles, a modo de vacuna contra el sopor, que al principio no se preguntó por qué, salvo el que ocupaban ellos tres, había de crujir ningún banco.

Giró remisa el cuello para echar un vistazo a la iglesia. La mitad trasera estaba todavía más oscura, no se dibujaba ni siquiera el canto de una vidriera. Quizá no era un banco lo que emitía aquellos crujidos sino una de las planchas protectoras del suelo, como solían hacerlo todas las planchas. En cuanto a los vahos mohosos, la causante era la tierra que se filtraba en las ranuras, aunque oliera más fuerte de lo normal. Diana contempló la nada hasta que pareció cernerse sobre ella, pero no tuvo más ruidos. Se dio la vuelta y Eustace se movió, barbotando algo ininteligible.

La joven le dio un masaje en los hombros para aplacar sus nervios. No sabía cuan seriamente se habían tomado Nick y el cartero eso de guardar silencio. No podía recriminarles que estuvieran menos convencidos que ella, ni aun después de los trances por los que habían pasado; no podía recriminarles que la oscuridad indujera en su ánimo el deseo de hacer algo, en vez de someterse a una espera interminable. Eustace se fue pacificando, y Diana suspiró quedamente.

Ahora que estaba ya del todo desvelada, también sus temores se despertaron. La nave se le apareció más glacial y espaciosa que antes, y el silencio adquirió una mayor vastedad, más similar al de una gruta que al de una iglesia. Confiaba en que el frío reinante no despabilara a sus compañeros. ¿O provenía aquel frío de ellos mismos más que del edificio? Sus temperaturas corporales descendían porque dormían, eso era lo que quería decir, no que tuvieran el tacto de los reptiles, de unos seres que habían adoptado las fisonomías de Nick y de Eustace bajo los esplendores de la plaza pero que, en la tiniebla, revertían a su auténtica naturaleza. Si el ente de la luna había podido transformar a Brian Bevan en un monstruo completamente inhumano, ¿podía desencadenar también el proceso inverso? No debía dejar suelta su imaginación, no debía permitir que la oscuridad penetrara en su cabeza. Pese a hacerse tales razonamientos, Diana hubo de combatir el arrebato de despertar a los hombres, aunque fuera sólo para oírles hablar. Cuando Eustace empezó a bisbisear, el sonido de su voz le fue tan agradable que no le hizo callar inmediatamente.

Pero no acababa de ser su voz. Era la voz que habría adoptado en una de sus sesiones humorísticas, pero más peculiar. El personaje discutía con otro de distinta entonación, hasta que se interfirió Eustace, diciendo que debían de estar bromeando. La joven zarandeó levemente al cartero, mas comprendió que lo que había oído no era ni más ni menos que lo que quería oír. Las voces, aunque sonoras, no difundían ecos por la iglesia.

Tan real le pareció aquello a Diana, que se encerró en sí misma. Visualizó a Eustace en un escenario entre dos formas imprecisas, que no paraban de hacer cabriolas, mientras él desempeñaba el papel de hombre recto y usaba todos los ardides que conocía para alargar el palique, para seguir actuando y no tener que dejar la escena e ir con los otros actores a los palcos, ante quienquiera que allí aguardase en las sombras. «Estás en la iglesia», se dijo la joven tan enérgicamente como pudo, frotándose la nuca sin plantearse el porqué. Al fin cesó

el alboroto, y se entregó a lo que esperaba que fuese un descanso sin sueños.

Todavía resonaban voces, algunas muy lejanas que cantaban himnos y salmos. Ya las había oído con anterioridad, yendo y viniendo por la zona extrema de Moonwell. Por lo menos neutralizaban el silencio, sobre todo ahora que se acercaban. Pero cuando empezó a distinguir la letra de sus cantos, Diana quiso aferrarse a la esperanza de estar paranoica. Los buscadores, sus perseguidores, llegaron a la altura de la iglesia con un griterío que era ya inconfundible.

«¡Eustace Gift! -vociferaron unos-. Diana Kramer. -La joven pensó vehementemente que no sabían dónde buscarla, y aquello no podía significar sino que el ser de la luna tampoco la había localizado-. Y tu amigo, comoquiera que se llame -chilló otro-. Os conviene salir ahora mismo. Hemos encontrado a Brian Bevan donde lo escondisteis.»

Diana se aseguró a sí misma que nunca se les ocurriría registrar la iglesia. Trató de apaciguar a los dos hombres, que estaban muy inquietos. «Sosegaos -les conminó con la mente-, aquí no entrarán, van por ahí y pasaran de largo.» Se derramó entonces la luz a través de las ventanas, y ella sí les encontró, a la joven y a sus amigos.

Unos haces de linterna inundaron la pared de su izquierda, arrastrando los perfiles distorsionados de las vidrieras por la rugosa piedra, y se disgregaron a lo largo de toda la nave, resucitando a más figuras espectrales en las cristaleras y revolviendo sus cuerpos tricéfalos. Los buscadores no andaban peligrosamente cerca, pues Diana no había oído las puertas. Habían echado a la iglesia una ojeada y ahora se dirigían de nuevo a la plaza, entre cánticos para ahuyentar la negrura. Ni siquiera habían despertado a Nick ni a Eustace. Un último rayo de blanquinosa luminosidad surcó el interior al inspeccionar su portador el camposanto y, en el momento en que su luz exploró el fondo de la nave, Diana oyó nuevamente un crujido en la madera.

Ladeó la cabeza en tres cuartos, con tortícolis y un temblor en el cuello debido al esfuerzo que estaba haciendo para mantenerse inmóvil. No podía rondar nadie por las inmediaciones del pórtico, lo que oyó no podía ser más que el crepitar característico de los edificios viejos. Pero, al colarse angularmente el haz de linterna a través de la última vidriera, una figura sombría y erecta se dibujó más allá de los bancos.

Diana sacudió la cabeza, torciéndose el cuello. Se forzó a espiar a aquella forma que se adelantaba, que había posado ya la mano en el respaldo del banco del fondo. Vio entonces la negra tela de la manga, el brillo del collarín duro, y un somnoliento alivio se expandió por todo su ser. ¿Quién tenía más derecho que un sacerdote a visitar su iglesia? Recordó, sin embargo, que sólo había habido un clérigo en Moonwell, y al aguzar la vista advirtió que nada sustentaba el sucio, centelleante alzacuello de celuloide sino una escarnecedora ausencia. La viajera linterna tomó otros derroteros, abandonándola en las tinieblas.

La joven aguantó la respiración hasta que el latir de la sangre en su garganta pareció presto a sofocarla. Se sintió como si la oscuridad hubiera tendido cerco a su cabeza, presionándola sobre los hombros. Logró aspirar a intervalos espaciados, que era todo cuanto podía resistir ahora que había deducido que los vapores de moho no emanaban de la tierra. Le dolían los tímpanos con la quietud, con el anhelo de que no hubiera nada que oír. Mas el suelo comenzó de nuevo a crujir, más y más cerca.

Se instó a sí misma a no mover ni un músculo, pese a lo mucho que temblaba interiormente. No debía correr el riesgo de alertar a Nick y a Eustace. Mucho antes de que pudiera avisarles, o de que ellos se hubieran despejado lo suficiente como para comprender, la criatura incompleta que andaba pasillo adelante les habría dado alcance. No quería imaginar a los dos hombres tentando el terreno a fin de hurtarse a sus garras. Cabía la posibilidad de que no les descubriera si estaban totalmente inertes.

¿O sabía ya que estaban en la nave? ¿Le había mandado el ser de la luna porque, después de todo, no habían podido escamotearse?

«Por ahí viene llamándote el amigo que no tiene nada sobre el cuello», Diana oyó canturrear al engendro en la negrura que imperaba dentro y fuera de ella, y notó dentro de sí un arranque, unas ganas de saltar, de anunciar a voz en grito que aquí estaban, que terminase cuanto antes. No debía ceder al pavor: el padre O'Connell siempre fue cordial con ella, y

seguramente ni aun sus despojos abrigarían intenciones funestas contra su persona. Pero, en cierto modo, la noción de que aquella cosa fuese a mostrarle cualquier tipo de benevolencia era todavía peor.

Las lentas y torpes pisadas fueron adentrándose en el pasillo. De pronto, se intercaló en sus turbios ecos el crujido de un banco. Era obvio que el ser buscaba soporte en los respaldos. ¿Y si sus dedos no atinaban con el de ellos y tocaban a Nick, o la mano que tenía Diana encima del hombro de éste? La joven acunó al reportero tan suavemente como pudo, con un cosquilleo en la piel y el corazón en vilo al ver que daba signos de despertarse. Depositó ahora la mano en su boca, en el instante en que los cansinos trancos y el hedor más intenso llegaban a su altura.

La joven adhirió su lengua al paladar como barrera a la fetidez; el corazón le dio un vuelco. Tal vez no era verdad que la abominación del pasillo estuviese titubeando junto a su banco, pero ella temió que no fuese a reemprender nunca su camino. Lo reemprendió un siglo después. Le oyó ir, dando traspiés, hacia el altar, donde se puso a tirar objetos: varios artículos de metal repicaron y golpearon en la tabla. Diana se preguntó, en un acceso de histeria que amenazaba con hacerla estallar en salvajes carcajadas, si intentaba decir misa. «Será una ardua tarea sin cabeza», ironizó, y apenas pudo tragarse la risa que asfixiaba su garganta.

Jamás supo cuánto rato había estado allí sentada, calmando a Nick y a Eustace siempre que hacían algún movimiento. Cuando divisó actividad delante, en la cabecera, tardó aún en razonar que era algo más que un efecto de la negrura sobre sus ojos. Pero sí, vislumbraba un vago y desgarbado contorno deambulando tras el rectángulo titilante que era el altar y, al desviar la mirada hacia los lados, vio a grandes rasgos las barrocas vidrieras. La luna había salido.

La joven flexionó los brazos, que acusaban la tortura de tantas horas estirados, y tapó las bocas de Nick y Eustace antes de dar unos leves toques en sus cabezas.

-Conservad los ojos cerrados -les murmuró-. Tantead el trayecto hasta el final del banco y doblad a la izquierda.

Diana confiaba en no ver más al ente del altar, confiaba en no tener que verle tampoco ella con mayor precisión al iluminarse la iglesia. Mas Nick se despertó muy excitado, y se deshizo de la mano que le amordazaba sin darle opción a reaccionar.

-¿Qué..., qué es eso? -tartamudeó el periodista, mirando fulgurantemente hacia el presbiterio-. Dios mío, ¿dónde estamos?

-No nos atacará, Nick. Vayamos a mi coche. Síguenos, Eustace -ordenó la joven, poniéndose en medio de los dos hombres para dirigir la estrategia.

Dio un empellón al periodista hacia el pasillo y remolcó a Eustace en su despertar, parpadeante aún. Acababa de iniciar Nick, pesadamente, la retirada cuando los desmañados despojos del sacerdote se apartaron del caos que había formado en el ara y echaron a correr en su dirección.

Diana se desmayó, pero no fue por verlo con las manos extendidas y listas para apresar a cualquiera que allí hubiese, o con el cuerpo, tan encorvado que se hacía ostensible la concavidad ósea y despellejada donde debería haberse asentado la cabeza, sino que fue por la velocidad a la que se movía el ser ahora que era consciente de su presencia. La embestida hacia Nick había paralizado al reportero. La joven tiró de él, introduciéndole otra vez en el banco, en el instante en que las ennegrecidas manos muertas iban a afianzarle. Al volverse, Diana chocó contra Eustace.

-Ve por el lateral -le siseó con apremio por encima de su hombro.

El ente decapitado les persiguió mientras reculaban por el banco. Cuando llegaron al pasillo, Eustace zancadilleó casi a Diana, el cadáver ambulante del padre O'Connell arreció su acometida, con el cuello como una sima abierta. Nick le esquivó brincando sobre los otros, y empleó toda su fuerza en volcar el banco.

Pesaba más de lo que a primera vista podía parecer. Se balanceó y luego, un segundo antes de que se hincaran en la piel del reportero las uñas crecidas como garfios del clérigo, perdió el equilibrio por fin, y se desplomó sobre el despojo. El muerto agitó todos sus miembros como un insecto sujeto por tenazas, batallando para liberarse del peso que le

aplastaba, y entretanto el trío huyo hacia el pórtico, no sin antes arrojarle encima dos bancos más.

En un principio Diana no pudo determinar por qué no la aliviaba el hecho de hallarse fuera del templo. Las calles estaban desiertas en todo lo que abarcaba su vista, el nublado cielo resplandecía. Al cabo de un rato supo lo que la espantaba: ver la cara desnuda de la luna. Necesitaban su luz, mas ¿qué poderes enviaría ahora a su captura? Su sombra blanquecina, borrosa, fluctuaba entre las nubes, buscando una brecha. Se esbozó en la mente de la joven una imagen de pesadilla, la de una máscara colosal y sonriente que aguardase la oportunidad de escrutarla con ojos carentes de vida.

Nick, Eustace y ella entraron a hurtadillas y muy presurosos en el entramado de callejas que llevaban a su chalet. A la altura del hotel oyeron himnos y una confusa amalgama de voces, no todas jubilosas. Tan pronto se ofreció el coche a su vista, a Diana le asaltó la sospecha de que los buscadores hubieran manipulado el motor, para tenerla atrapada. Cuando se hubieron montado los dos hombres, mudos aún tras el encuentro en la iglesia, la joven se sentó al volante e hizo girar la llave de contacto. El vehículo arrancó al segundo intento. Circuló a marcha moderada por las calles, y ya en las afueras, con una plegaria sin palabras que ni siquiera en sus adentros pudo hilvanar, aceleró rumbo al páramo.

62

Andrew se había quedado en el hotel con la señorita Ingham. Una vez hubo partido su madre en busca de quienes ella culpaba de la muerte del policía, el chico volvió a cerrar los ojos y se sumó a las preces. Orar era más fácil que pensar y, a decir verdad, había unas cuantas cuestiones que ahora prefería quitarse de la cabeza. Aquellas de sus plegarias que no estaban dedicadas a la salvación de su padre eran también relativas a él, pues pidió a Dios que no permitiera que sus padres coincidieran en medio de la oscuridad mientras su papá no fuera

su papá. Las gracias por lo que habían recibido merced al milagro que había hecho el señor Mann tocaron a su fin, pero el pequeño permaneció arrodillado, meciéndose a fin de no caerse.

-¿Te has quedado dormido, Andrew? -inquirió la señorita Ingham, y él abrió los ojos con mala conciencia.

El concurrido vestíbulo estaba todavía en sombras. Los fulgores que hasta él se tamizaban desde la plaza parecían emanar de las propias paredes. El rostro vigilante de la maestra delataba una gran angustia, que fue a menos cuando Andrew se irguió con dificultad y consiguió no desmoronarse.

-¿Estás seguro de que te encuentras bien? Has comido muy poco -dijo Letty Ingham. Al balbucear él que no le pasaba nada, su sonrisa renació-. Si lo deseas, ve a jugar con tus amigos.

Su madre le había recalcado que no debía alejarse de la señorita Ingham. Además, no estaba de humor para juegos, y menos aún cuando miraba a los otros niños bien alimentados y de rostros radiantes. La penumbra les confería una palidez idéntica a la de las formas que había visto trepar en la cueva del diablo. Algunos de los chavales mayores llegados de fuera de Moonwell formaban corros para entretenerse, en los que las oraciones se alargaban a medida que completaban el círculo, o hacían preguntas sobre la Biblia y, si se contestaba erróneamente, había que cumplir una penitencia. Andrew se sintió como un pecador por no querer integrarse, pero le preocupaban un sinfín de problemas que cuanto más los meditaba, más apenado se ponía.

-¿A quiénes ha ido a arrestar mi madre, señorita Ingham? ¿Qué será de ellos?

-No me hagas decirte nombres, Andrew. Siempre habrá gentes que rehúsen escuchar lo que Dios nos comunica, y eso significa que oirán a Satanás y éste hablará por su boca. -La maestra le dio unas palmadas en la cabeza y añadió-: Pero, respecto a lo que va a hacerse con esas personas, espero que se limiten a traerlas ante Godwin.

En tal caso, se interpondrían en su camino cuando él tratase de escabullirse al piso con objeto de verle. Tenía que subir primero, cuando no estuviera allí su madre para impedírselo.

-Creo que voy a jugar un rato como me ha sugerido -pretextó ante la maestra, y ella le dedicó una sonrisa que perturbó todavía más su conciencia culpable.

-¡Anda, si es Andrew! -exclamó Robert al encontrar el chico un oportuno juego cerca de la escalera-. Lo malo es que esto va a ser demasiado complicado para ti.

Andrew, sin embargo, logró retener en la memoria la larga oración del corro durante dos vueltas enteras, hasta que dio en pensar que, cuanto más tiempo pasara jugando, menos le quedaría para presentarse ante el señor Mann.

-Te lo advertí -le regañó relamidamente Robert cuando el pequeño se saltó una frase en la tercera ronda.

Andrew se salió del corro, enrojecida su faz por el rubor de la vergüenza y la culpabilidad, y también por el miedo a ser descubierto en su disimulado acercamiento a la escalera. Se dirigió allí de espaldas a la pared, como si no fuera a ningún sitio en particular, hasta que comprendió que aquélla era la mejor forma de dar la nota. Se volvió de cara al objetivo, con la cabeza girando más deprisa que el cuerpo, y avanzó titubeante, asiendo el remate de la baranda. De improviso, la señorita Ingham le interceptó.

-¿Adonde vas, Andrew? Tu madre ha dejado dicho que estuvieras siempre al alcance de mi vista.

El pesimismo se adueñó del chico, y sus extremidades se relajaron.

-Estoy cansado. Deseo reposar -gimoteó. Una anciana que estaba sentada en la vecindad, en una butaca, leyendo ensimismada una Biblia y ajustándose repetidamente las gafas a los ojos, elevó la vista y apagó su linterna-lápiz.

-Si el crío quiere dormir, mi cama está vacía. ¿Me permite que le lleve arriba? Mi habitación se encuentra aquí mismo, en el primer piso.

-Yo la acompañaré para ver dónde es.

Las dos mujeres se colocaron a los flancos de Andrew para auparle, y el pequeño se dio cuenta de que solo no habría podido subir. La anciana fue señalando el camino con el haz de

la linterna en miniatura, enfocando el pasillo de la planta y los números de las habitaciones, que relucían como el carbón, hasta detenerse en el ciento nueve. Cuando su ocupante abrió la puerta, la alcoba se mostró cual un fantasmagórico espectro de sí misma, llena de formas refulgentes que parecían prontas a disolverse en la negrura. A Andrew no le hubiera molestado que lo hicieran, tan exhausto se sentía de golpe. Apenas notó que la desconocida le descalzaba mientras escarabajeaba, cerrados los ojos, hacia la almohada. Alguien le besó superficialmente en la frente, alguien también le arropó en las sábanas y se durmió.

Estaba demasiado extenuado para soñar. En el momento en que abrió de nuevo los ojos, horas más tarde, en la habitación había más luz; la luna había hecho acto de presencia detrás de las nubes. Se hallaba solo en el cuarto, quizá en el conjunto de la planta. Cuando se hubo despabilado lo bastante como para apartar el embozo y aventurarse en el corredor, todas las voces que oyó provenían de abajo. Fue de puntillas a la escalera. Alguien lloraba amargamente en el vestíbulo y, por un instante, creyó que se trataba de su madre. ¿Habría topado con su papá en la oscuridad? No debía acudir a su lado, o al menos no hasta que hubiera pedido socorro al señor Mann. Ahora que había descansado, se veía con fuerzas de seguir subiendo. «Por favor», imploró a quienquiera que le escuchara, e inició el ascenso al piso superior del hotel.

63

Se avecinaba la salida de la luna cuando Craig comenzó a ponderar por qué estaba tan calmado. A pesar del frío -si todavía lo hacía-, ya no tiritaba. Y la tiniebla era casi reconfortante; por lo menos no habría que conducir en su seno ni hallar la senda a pie, todo lo que de él se requería era que se acomodase en la blanda y herbácea ladera aledaña al asfalto y dormitase, como si acabara de concluir un picnic. Vera se había acurrucado en su hombro, lanzando exhalaciones que eran una tibia brisa en su cuello. Por primera vez desde tiempo inmemorial en sus vidas, ninguno de ellos tenía nada que hacer salvo sentarse y disfrutar de la ociosidad: sería superfluo intentar ni siquiera forjar planes. Aquello era el final, meditó el hombre en un ensueño, y si así era como sobrevenía nada veía en él de temible. Calibró entonces si no estaría tan plácido porque sabía que habían llegado a la antesala del fin, sabía que ya jamás dejarían las brumas.

Quizá la mera exposición les remataría; quizá ya había empezado a hacerlo. Ésa podía ser la razón de que hubiera dejado de sentir el frío: no porque Vera y él se dieran calor el uno al otro, sino porque las sensaciones corporales ya habían desertado. Su progresivo sentido de lo inminente era lo más cercano que nunca vivió a una intuición psíquica, acaso la única que jamás había necesitado. Especuló sobre si todo el mundo experimentaba igual, o por lo menos todos los que iban a expirar de muerte natural.

Hubo ya ocasiones en las que Wilde pensó que se moría, ocasiones en las que despertó de un respingo en medio de la noche, en que cada latido de su desbordado corazón parecía que sería el postrero. En todas ellas tuvo miedo, porque no estaba a punto. Ahora, en cambio, se consideraba preparado. En el caso peregrino de que tratasen de efectuar la travesía del páramo una vez saliera la luna, ¿qué sucedería? El último lugar en el mundo al que deseaba ir era Moonwell, pero no creía que estuviesen a tiempo de refugiarse en ningún otro. Y suponiendo que encontrasen una casa habitada, por ejemplo, ¿qué perspectivas se les ofrecían? Era preferible morir pacíficamente junto a Vera que vivir unos años degenerativos hasta convertirse en un niño incontinente y babeante: Dios le librase de que ni su mujer ni nadie hubiera de soportarle en tal estado. Más valía aceptar la cómoda oscuridad.

Se sorprendió a sí mismo confiando en no ver la luna de nuevo, lo que no haría sino dificultar su dulce huida. Cerró los ojos, tal vez para unirse al letargo de Vera. Caviló que, si había algo más allá de la muerte, era una eterna continuidad de los pensamientos o algo parecido, aunque uno no podía saber si también ellos se extinguían porque habría cesado de existir mucho antes. Nada le atraía más que aquella paz y muda comunión con su mujer. Entonces, Vera alzó la cabeza.

-¿Craig? -le llamó en un murmullo.

-Dime, mi amor -contestó el hombre, deseoso de volver a dormirse juntos mientras aún pudieran.

-¿Habrán pasado sanos y salvos al otro lado?

-¿Quiénes, Hazel y su marido? -Wilde se preguntó si Vera había olvidado lo que Brian perseguía, un pájaro luminiscente, la materialización de su fe particular-: Parecían saber adonde iban.

-Tenían que elegir por sí mismos, nosotros no podíamos entrometernos. Son jóvenes -afirmó la mujer, como si este factor garantizase su éxito-. Y me satisface pensar que, en el futuro, Brian no se saldrá siempre con la suya tan fácilmente.

Cuando Vera posó la cabeza en su hombro, Craig se figuró que se acunaba de nuevo en el sueño. Mas su esposa susurró:

-He estado recordando.

-¿De veras, cariño? -repuso él, y se percató de que, a menos que compartiesen sus

recuerdos ahora, era probable que no tuviesen otras oportunidades de hacerlo-. ¿Y qué recordabas?

-Su primer día de escuela. ¿Te acuerdas de cómo cruzó la verja sin volver la vista hacia nosotros? Aquella noche nos explicó que sabía que, de habernos mirado, le habría costado mucho dejarnos, y que no quería ver a sus padres tristes.

»Y recordaba también la fiesta de fin de curso, cuando ganó el primer premio de aplicación en clase. Nos hizo un discurso muy solemne, diciendo que se lo debía todo a sus profesores y a nosotros, y nos dirigió aquella mirada como de disculpa por haber sacado tan buena nota en religión.

»O el día en que trajo a casa a su primer novio...»

-Sí.

¿Cómo se llamaba aquel muchacho? Wilde no pudo acordarse; los detalles secundarios se esfumaban ahora más rápidamente de su memoria. A él le había caído simpático, fue una lástima que Hazel terminara prefiriendo a Benedict. Quizás el primer pretendiente tenía demasiados puntos en común con su padre, lo que obviamente no era así en el caso de Eddings, o eso esperaba Craig. Sus meditaciones, no obstante, comenzaban a arrancarle del relativo sosiego que tenía y trató de sumergirse una vez más en la oscuridad donde se fundía con Vera.

-¿Y las primeras vacaciones en que disfrutamos de nuestra intimidad cuando tuvo la edad suficiente para irse con sus amigos? No nos acostumbrábamos a no tener que darle las buenas noches. También después de que se casara, ¿recuerdas?, pasé semanas yendo casi diariamente a su habitación para charlar con ella.

-Nunca fuimos a Grecia.

-No, no fuimos -convino Craig, extrañándose de que su esposa se hubiera puesto súbitamente tensa.

En cuanto lo entendió, no pudo por menos que abrir los ojos, en una tiniebla que ya no lo era tanto. Se había esforzado en disimular su impresión de que el fin se acercaba por temor a que Vera le trastornase, y todo aquel tiempo ella se había guardado las mismas premoniciones para sí, ocultándolas, adivinó Wilde, por si a él le afligía la idea de perderla. De pronto se afligió, le dolió sin límites, y sus ojos se anegaron de lagrimas.

-Quiero ir dondequiera que tú vayas -declaró, sobresaltado por el repentino agotamiento de su propia voz.

-Me aseguraré de que así sea. -Vera abrazó apasionadamente a su marido-. Si hay un Dios, no puedo creer que vaya a separarnos tan sólo porque nunca te infundió el don de la fe. No puedo creer que sea tan despiadado.

Aquello, a condición de que no lo examinase muy a conciencia, podía resultar alentador. De lo que se arrepentía Craig era de haber abierto los ojos. No lograba recobrar la calidez y la serenidad que les había unido, se hacía mil conjeturas sobre de dónde le vendría la muerte. Unas horas antes se había dicho que nada malo les ocurriría si permanecían sentados y quietos, y ahora no conseguía sustraerse al anhelo de poseer de veras tal certeza. El cielo empezaba a palidecer: vislumbraba el reborde de la cuesta sobre sus cabezas, en el lado opuesto de la carretera. Pronto los rayos lunares reptarían por la vertiente. El no deseaba sino que los dos juntos se confundieran, amablemente, con la oscuridad, mas era demasiado tarde. Le habría encantado cerrar sus pupilas y las de Vera, pero ahora estaba tan amedrentado que no podría sacar partido de aquella penumbra, pues algo pálido y desmesurado se movía aguadamente encima del monte.

-No son más que las nubes -musitó el hombre al apretujársele Vera.

Comprobó que, en efecto, eran nubes, pero no les gustó su manera de desplazarse, casi como si la luz de detrás las apartase igual que se corren unos cortinajes tupidos y pesados. Debía de ser sencillamente una hendidura entre las nubes que fluía sobre la cumbre, insistió Wilde para autoconvencerse. Había ahora un retazo de cielo claro encima de aquélla, un cielo de deslumbrantes tonalidades blancuzcas. De pronto, mucho más deprisa de lo deseable, la luminosidad vertió en la ladera, fosilizando el brezo, y acto seguido asomó tras la cima la frente de un cráneo descomunal.

-Es la luna -comentó Craig.

Por supuesto que lo era, aunque pareciera surgir con una rara avidez. Wilde observó que no estaba aún en el plenilunio. Tenía tan sólo un ojo, lo que sugería un guiño en su muerta faz, el guiño misterioso del conspirador que se dispone a revelar su secreto. El claro de luna se derramó pendiente abajo hasta una enorme peña que había en el margen de la carretera, enfrente de Craig y Vera, y el hombre forzó la vista a fin de columbrar las nubes que sin duda debían de navegar ante el astro, proyectando unas sombras que daban a la vertiente la apariencia de temblar y deslizarse alarmantemente. Mas nada cubría la luna. Se diría que el paisaje se ondulaba igual que las sábanas de un lecho, lecho del que se levantaba un satélite renacido. Luego el astro se despegó del monte y se inclinó hacia la pareja desde las alturas celestes, sonriéndoles con una mueca desvaída.

Craig no supo si fue él quien se retrajo o bien le tiró atrás un movimiento de traslación de la ladera, o ambos. Cayó en la sombra proyectada por el peñasco del otro lado de la carretera. Al principio no comprendió por qué Vera le abrazaba como para que nadie en la tierra pudiera soltarla, mas luego reparó, con una conmoción que casi le reventó el corazón dentro del pecho, en que ambos continuaban cayendo. No podía ser, chilló sin voz: en la oscuridad tenían tierra firme bajo los pies. Pero ahora, a la luz de la luna, no había sino un vacío.

Intentó enloquecidamente agarrarse al borde herboso: demasiado tarde. El panorama que embriagaba el astro desapareció, y Vera y él se hundieron en la negrura. Al final la pesadilla del infortunado Wilde se había hecho realidad, sentenciando también a su esposa. El sentido de la vacuidad que había debajo de ellos se le aglutinó en la garganta al hombre, le estranguló hasta que le asaltó el pánico de ahogarse antes de que tuviera lugar el impacto frente al que su cuerpo, todo su ser, se encogía. Mientras se precipitaban en un abrazo indisoluble, con los corazones latiendo tan violentamente que no se distinguía ya quién era quién, Craig ansió que Vera rezase, que rogara en sus preces que, al chocar contra el fondo, los dos reviviesen juntos en algún lugar.

64

Cuando el coche casi saltó del asfalto en un brusco viraje, Diana se decidió a aminorar la marcha. Habían perdido Moonwell de vista y sobrepasado el primer risco, y aquello, en buena lógica, ya contaba en su favor. Tenía que alcanzar la base de misiles con suma premura, pero no arriesgándose a tener un accidente.

Su visión no le había mostrado qué pasaría exactamente en la base. Había visualizado al personal yendo y viniendo con ciega obediencia, pero ella creía que sus rostros, los ojos transformados en perfectos remedos de la luna que refulgía en sus cuencas y brillaba a través de la carne inmediata, no eran sino una quimera. Lo que quiera que sucediese, se dijo, exigía luna llena. El disco lunar aún no había llegado a esta fase, un hecho que le ayudaba a vencer la urgencia de escapar a su tuerta mirada. Pensó con todas sus energías que no era más que un satélite, una noche de luna en el páramo.

Desde luego era algo peor, aunque de momento la joven no pudo colegir de qué se trataba. Mientras ascendía por la ladera siguiente, aprisionó su garganta el terror de lo que, acaso, anidaba detrás. El vehículo se caló en la cúspide, porque había levantado, inadvertidamente, el pie del pedal del gas, pero nada había que justificara tal hecho. El páramo se extendía a su alrededor, con sus blanqueadas ondulaciones astilladas por la hierba y las sombras bosquejando los contornos del brezo; unos árboles pequeños se agrupaban como bancos de niebla contra el cielo. Revestía aquella naturaleza la inmovilidad del hielo, y quizá en eso se cifraba el problema: la mortecina luz parecía haber absorbido su vida, casi podría decirse que Diana conducía sobre la superficie lunar. Salvo en que allí le habría faltado la respiración, se burló de sí misma, si bien recapacitó en que no respiraba tan desahogadamente como hubiese querido, debido a la mucha tensión que soportaba.

Con una soltura que la indujo a pisar más fuerte el acelerador, la luna la persiguió. Ahora un sector del cielo estaba encapotado, pero a la joven no le sirvió de consuelo. Una pálida masa culebreaba detrás de las nubes, mudando constantemente de forma, extendiendo sus venosos zarcillos de luz dondequiera que aquéllas se afinaban. Siempre que encontraba una brecha, el astro espiaba a Diana: era la suya una faz de gigante, muerta, inacabada, que jugaba al escondite. Pues bien, que jugase. Al fin y al cabo, no hacía nada anómalo. Pero la mujer presentía, sin poder evitarlo, que, cuanto más esperase que él o el ente al que dio origen tomara la iniciativa, peor sería. De repente, se saturó de cábalas y de silencio.

-Cuéntanos uno de tus chistes, Eustace -le espetó al cartero. Él la miró desde la parte trasera, por el retrovisor.

-Se me han olvidado todos los buenos.

Nick se volvió en el asiento del pasajero, que emitió crujidos metálicos.

-Yo, ahora mismo, me contentaría también con uno malo.

-Probablemente, todos los de mi repertorio lo eran. Pero no recuerdo ninguno. Ignoro dónde habrán ido.

-No sabría decir cuál es el peor chascarrillo que he oído -declaró Nick con afán provocativo-, pero debió de ser en alguna escena de las películas de Laurel y Hardy.

-Eso es un poco drástico, ¿no? Yo opino que ningún otro cómico del-mundo del celuloide les ha llegado nunca a la suela del zapato.

-Querrá decir que no llegarían ni con una pértiga de tres metros. Pondré un ejemplo. Laurel y Hardy se presentan ante el juez acusados de vagancia, y protestan su inocencia. «¿Sobre qué bases?», pregunta su señoría, y uno de ellos responde: «No estábamos en ninguna base, dormíamos en un banco del parque.» Y ésta es una de sus bromas inspiradas.

-El que habló así fue Laurel. Hardy no habría dicho nada parecido -intervino Diana-. Yo sostengo que conocían mejor el comportamiento de los niños que ningún otro actor de cine.

«Seguid charlando», les exhortó mentalmente la joven, y logró no sacar el pie del pedal al abordar el automóvil la segunda colina. El cielo se estaba despejando, el páramo se iluminaba, y no dominaba ya el paisaje una integral quietud. Tal vez aquellos movimientos

que Diana no acababa de aprehender, movimientos que captaba una fracción de segundo tarde allí donde ponía la vista en las reverberantes colinas, eran proyecciones de las nubes, si bien podía ver nítidamente el huidizo alejamiento de sus sombras en los eriales. El coche cogió mayor velocidad al bajar la ladera, y la conductora se incorporó a la discusión sobre Laurel y Hardy en los tramos en que podía para desechar sus indefinidos miedos. Una fracción de su cerebro hallaba irresistiblemente divertido el espectáculo del trío debatiendo acerca «del Gordo y el Flaco» mientras se internaba en la desolada tierra, mas si se entregaba a la risa perdería el poco control que de sí misma le restaba.

La carretera trazó una curva, y Diana condujo directa hacia la luna. Ahogaban a ésta las últimas nubes, reducían su palor a una informe y perezosa mácula, que serpenteaba a la par que se iba aclarando. Las nubes retrocedieron de manera inexorable, y la joven notó que apenas podía respirar. El decadente ribete del astro sobresalía, acechante, por entre los cúmulos nubosos, que parecían retirarse atemorizados. Antes de haber reunido todo su valor, Diana se enfrentó cara a cara con la luna.

Se argumentó que estaba muerta: muerta como los huevos después de empollar. Y en verdad que se asemejaba a ellos, con el lado incompleto de su faz boqueando oscuramente. Pero se diría que no había muerto lo suficiente aquella máscara sin labios, con un solo ojo que, sonriente y evasiva, se ladeaba en el negro cielo. La criatura a la que dio la vida podía haber regresado a Moonwell, mas ella perseveraba sobre el mundo como un símbolo de su poder, no ya como un reflejo subordinado al sol. Su descolorida luz se difundía sin cortapisas sobre el páramo, arrebatándole todo matiz cromático, y la joven casi atisbo la actividad, el enjambre furtivo que la rodeaba en las laderas. Apretó el pedal tan hondo como pudo.

La conversación se agotaba, las réplicas de los hombres se espaciaban cada vez más. Diana no estaba segura de hasta qué punto veían lo que ella, mas no deseaba preguntarlo. Lo que deseaba, y localmente, era estimular la cháchara, aunque no atinaba con el tema; monopolizaba su concentración haber de conducir en la sinuosa ruta, un destellante y negruzco gusano que casi se enterraba en el blanco paisaje por el que hacía sus serpenteos. Transitaba en el centro mismo de la carretera, alejada de la zanja y la ominosa oscuridad que bordeaba el asfalto y que ahora era demasiado profunda, capaz de ocultar demasiados horrores.

El trayecto se desviaba bruscamente en lo alto de un risco y se apartó de la luna, que no por ello dejó de vigilar al coche con su inanimada sonrisa. El no tener que afrontarla reanimó a Eustace, quien repitió «Sobre qué bases» como si aún lo encontrara gracioso, o quisiera que lo fuera.

Nick mostró una risa forzada.

-Fue Laurel quien lo escribió, ¿verdad? O, al menos, suyos eran muchos de los números que escenificaban. Trasladó a Hollywood el teatro de variedades antes que dejarlo morir de muerte natural.

-«Sobre qué bases» -masculló otra vez Eustace-. No *en* qué bases, señor Malasombra. «En» equivale a «dentro», y cuanto más adentro se va, más chistes surgen.

-¿Qué es esto? -interpuso Nick, relajándose muy ostentosamente y pellizcando a Diana en el brazo-. Eustace va a improvisar una de sus galas. Tenga la seguridad de que somos un público adepto, Eustace.

La joven esperaba que fuera cierto: le sentaría bien un poco de distracción para olvidarse de lo que la rodeaba y centrarse más en la carretera, su única escapatoria, si verdaderamente lo era. Se había fijado en que, aparte de la luna y los arrinconados jirones de nubosidad, el cielo estaba negro, sin una sola estrella brillando sobre el páramo. Se prometió en su fuero interno que en alguna parte les aguardaba la visión de una bóveda estrellada y que, si alcanzaban a verla, tendrían una posibilidad.

-No te detengas, Eustace -suplicó.

-Van adentro y abajo, señor Melancolía. Parece que nunca tocarán fondo. Estarán juntos, de acuerdo, pero no creo que les agrade mucho la compañía. Bajo la luna de Moonwell no existe otra muerte que la provocada.

Nick carraspeó.

-Para mi gusto te acercas mucho al meollo, Eustace.

-Sí, todos nos acercamos. Forma parte de nosotros mismos, ¿eh, señor Malasombra? En menos que canta un gallo le tendremos ahí fuera. Ya me entiende, hablo de Harry el Lunático.

-¡Venga ya, Eustace!

El periodista estudió a Diana para ver cómo le afectaban las deformadas voces. Ella buscó su mano y la apretó, manejando el volante con la otra, observando fieramente la carretera que en realidad no serpenteaba igual que un oficio viviente, sino que dibujaba meandros sobre las mudables laderas. Sin duda aquellos cambios eran efecto de las brisas del páramo. Por alguna peculiar razón las voces de falsete, casi inhumanas, del asiento de atrás le impidieron mirar por el espejo.

-Debe usted tratar de levantarnos la moral -recordó Nick a Eustace-, de aligerar nuestras mentes. Ésa es la función de la comedia, siempre lo ha sido, por lo menos aquí y ahora, y a ello se debe. ¡Vamos!

-Estamos perdiendo a nuestro público, ¿verdad, señor Melancolía?

-Ni por asomo, señor Malasombra. Está con nosotros, o en cualquier caso lo está su gran rostro, ahí, encima del páramo. Nos ha mandado ese rostro para que compartamos con los actores una buena carcajada.

-¿Por qué no piensa un poquitín en Diana, Eustace? Después de todo, ha pasado por un tr... -La voz de Nick se extinguió al girarse en su asiento. Quedó petrificado en tal postura, con el cuerpo retorcido, con los dedos asiendo tan aferradamente el revestimiento de piel de la butaca que éste crujió-. Dios mío -susurró.

Diana tuvo que mirar entonces por el retrovisor, y sus manos se convulsionaron en el volante y lo hicieron virar hacia la zanja. Rectificó la maniobra y volvió al centro de la carretera; en un segundo se esfumaron las imágenes del espejo, mas luego hubo de contemplarlas de nuevo. Allí continuaban, dos caras albas flanqueando la de Eustace. Exceptuando sus locuaces bocas, las faces eran más homogéneas que la de la luna.

El cartero estaba en medio, acorralado, encogido al máximo sobre sí mismo, mirando de un lado a otro como si quisiera saltar en marcha. Diana constató compungida que no había abierto la boca durante un rato, que toda la verborrea provenía de sus fantasmales vecinos. Sus ojos se cruzaron con los de él a través del espejo, mas no pudo expresarle la pena y el terror que sentía. Lo único que sí podía hacer era parar el vehículo, aunque no tenía idea de cómo podrían ayudarle, ni ella ni Nick.

Al accionar el freno, Eustace pareció volver en sí. Irguió la cabeza y observó, pestañeando, el panorama.

-Siga adelante -apremió a la joven-. Conozco a estos bastardos. No les necesito, y ellos lo saben. Nunca les necesité.

El pie de Diana dejó el freno y quedó en suspenso sobre el pedal del gas. A ambos lados de Eustace, los semblantes sin rasgos asintieron muy ufanos.

-Por favor -rogó éste a Diana, con unos ojos que delataban desesperación-, no permita que la detengan. Si yo no puedo suprimirles, nadie podrá.

-¿Como voy a conducir -preguntó la joven, con la voz trémula con una risa consternada- llevando a semejantes pasajeros?

-No les haga caso. Ni usted tampoco, Nick, haga el favor. Es por el bien de todos.

El reportero ojeó a Eustace incrédulamente, mas pronto se volvió en su asiento y, furioso, examinó el camino que discurría entre ellos, aquellos trechos alumbrados de asfalto que eran el único sitio seguro al que podía mirar. Tenía los puños cerrados, y Diana se preguntó cuánto tiempo más aguantaría sin hacer nada. Quizá debería haberle dejado conducir, aunque creía estar mejor preparada que él para cualquier contingencia del viaje; pero, de todos modos, no era momento de cambiar de sitio. Tenía la convicción de que Eustace acertaba al propugnar que no se parasen en el páramo.

-Vamos, proseguid -incitaba éste a la horrenda pareja-. Haced lo peor de lo peor hasta quedar sin recursos. Más que divertidos, sois una burla macabra.

-Dentro de poco se le quitarán esas ganas de clavarnos el aguijón, ¿verdad, señor Melancolía?

-No tendrá con qué hacerlo, señor Malasombra. Mal puede aguijonear el bufón si le falta la cabeza.

-Puedo suscitar más carcajadas sin cabeza de las que jamás provocaréis vosotros con dos -replicó Eustace, al borde de la histeria-. ¡Por Dios, miraos bien! Cuando haya muerto no tendré esa pinta tan lastimosa. Y debo de saber de qué hablo, puesto que he perecido con bastante frecuencia -agregó, emitiendo una risotada a la medida de lo que él creía que merecía el comentario-. Ahora pago las consecuencias de pensar que erais dignos de ser inventados -farfulló entre dientes.

Sus compañeros de asiento se pusieron a cantar.

-«El clérigo está en el pozo y la noche en el sol. Nadie se irá hasta que Harry acabe con su horror.»

Oírles parlotear ya había sido bastante espantoso, con sus voces graves y discordantes que nunca daban con la cadencia correcta, sus voces desnudas de humanidad que habían sido enseñadas a vocalizar como las de los hombres; pero escuchar su canto fue aún peor. Diana se resistió a la tentación de escrutarles por el espejo todo el tiempo que pudo, hasta que tararearon jovialmente:

-«Todo el mundo aquí es el juguete de Harry el Lunático.»

Entonces, se atrevió a echar una ojeada. Tenían los flacuchos brazos alrededor de los hombros de Eustace y mecían sus impersonales cabezas de un lado al otro, ensanchando con los compases sus bocas. También balanceaban al cartero al ritmo de la canción. Los labios de éste temblaban de forma tan incontenible que no podía pronunciar palabra.

-No lo consientas, Eustace -murmuró Diana, y afianzó el brazo de Nick para evitar que se volviera a la vez que se obligaba a sí misma a atender a la carretera, la cual iniciaba un ascenso más.

-«Todo el mundo, troncos, piernas y cabezas» -entonaron las voces, y derivaron en cotorreo-. Espera que juguemos a mezclarlas, con el cráneo de ella en el cuerpo de él y viceversa. Será desternillante.

-No -negó Eustace, tan fría y diáfanamente que a Diana le dio un vuelco el corazón-. Os diré lo que es desternillante: yo. Hasta este preciso instante no he sabido cuánto. Escuchen bien, Nick y Diana. Voy a callarles del todo.

Un revoltijo de extremidades se hizo visible en el espejo retrovisor. En efecto, Eustace, para alejarlas de él, puso una mano en cada una de las caras, que eran como estómagos de babosas. La sola idea de tocarlas sobrecogió tanto a Diana que empezó a sudar y por la humedad de sus manos casi pierde el gobierno del volante,

-Te escuchamos, Eustace -dijo.

El cartero tragó saliva audiblemente y comenzó a discursear, no sin atropellarse.

-Damas, caballeros, y comoquiera que se llamen esos seres con grandes bocazas y sin ojos, déjenme que me presente. Soy en realidad un tipo corriente, salvo en que nací con los pies de otro y un par de piernas sacadas del almacén, o quizá es que a veces ellas y yo discrepamos sobre si he de caerme de bruces a la calle, pisar al perro del prójimo o quedarme de pie mientras hablo con alguien. Y, ¡oh, sí!, tenía un par de cabezotas dentro de la mía que eran muy aficionadas a platicar, especialmente cuando yo también lo intentaba. O, de cualquier modo, así era como yo las sentía. Así pues, les di nombre y dejé que se explayaran para poder fingir que no era yo, que yo no era tan calamitoso, lo que resultaba por mi parte una supina necedad, ¿no creen? Entiéndanme, aquello era lo que pasaba solamente en el escenario, nada en comparación con el lugar donde llegaban siempre que nadie, sino yo, las oía. Pero, en una y otra circunstancia, era yo en persona, tratando de disimular que no aborrecía a la humanidad en su conjunto ni me odiaba además a mí mismo, un sentimiento que todos albergan de tanto en tanto, estén o no dispuestos a admitirlo.

-Pretende hacer constar que no somos más que una parte de él, señor Malasombra.

-Me gustaría saber a qué parte cree que nos parecemos, señor Melancolía.

-Con esas caras, sois todavía menos que eso -se revolvió Eustace iracundo-. No me sorprende que me pisoteara a mí mismo si me ofuscabais la cabeza sin ni tan siquiera tener un ojo entre los dos.

Diana inhaló una bocanada, deseosa de refrenar el no sé qué que se le había atragantado. Era incontrolable. Un momento más tarde estaba riéndose a mandíbula batiente, incluso con dolor. No tenía la certidumbre de que hubiera algo cómico de lo que reírse, mas tal vez existía un punto en la acumulación del horror en el que había que hacerlo para no perder la cordura. Tanto se rió que se le empañaron los ojos y hubo de secárselos para no lanzar el vehículo fuera de la calzada. A su lado Nick también se desternillaba, batiendo las palmas de sus muslos y echando la cabeza atrás para desfogar su regocijo, y por último se les sumó el propio Eustace, pataleando en el suelo hasta que todo el coche se sacudió.

Su risa se heló de pronto, al carcajearse a su vez las criaturas que asediaban a Eustace.

-Dejemos que se diviertan -propuso uno en una sañuda imitación de la voz de Diana, y el otro contestó, parodiando la de Nick:

-Dejémosle ya. No nos interesa estar presentes cuando lleguen a su destino.

Un instante después las dos portezuelas traseras se cerraron ruidosamente y las escuálidas figuras se escurrieron zanja abajo.

-Yo no me fiaría de lo que dicen -sugirió Nick sin mucha firmeza.

Diana le sonrió, con más gratitud que humor, a la par que cavilaba si la voz que no era la de él se había referido a la base de misiles o a donde avanzaban ahora, bajo la luna alerta. Muy pronto estaría sobre sus cabezas, sobre las largas y gélidas vertientes que empezaban a alisarse, demostrándole que no había nada hasta el horizonte excepto los dominios del astro. Ya en el terreno se confundían la hierba, el brezo y los árboles: la vegetación se asemejaba más a una serie de esculturas de roca y de piedra, a una amorfa y espeluznante fúlgida cristalización del paisaje. Al coronar el coche la cresta de otra ladera, la joven hubo de forzarse a sí misma a escudriñar lo que había delante.

No era sino el enésimo y gradual desnivel, desconcertantemente análogo al que acababa de ascender. Podría haber sido un duplicado fotográfico de aquél, tan nulo se exhibía, tan desprovisto de perspectiva por el claro de luna. Diana no podía descartar la enervante sensación de haber accedido al enclave un momento después de que el panorama todo cesara de moverse, de que el asfalto se aposentara en su lugar y de que la intrincada y sobrenatural fluorescencia de las pendientes se congelara quedando inmóvil. El paisaje en su integridad amenazaba con ponerse en movimiento, un movimiento tan vasto, tan concertado, que tan sólo el pensarlo le cortaba el aliento.

Sin venir a cuento, Eustace comenzó a conversar. Quizá trataba de ayudarla a atravesar aquellos parajes, si bien no le contó uno de sus chistes: estaba recordando en voz alta su infancia, cómo su padre se burlaba de su torpeza y le inculcaba que debía reírse de sí mismo, cómo solía su madre referirle a su marido la última caída del niño hasta que él decidió coleccionar desastres de un modo deliberado, persuadido de que les hacían mucha gracia.

-Puede que los batacazos sean mi manera de honrar su memoria -declaró, con una nostalgia que mantuvo a la mujer atenta hasta que hubo llegado a la cumbre.

Se sumieron entonces en el silencio, y Diana no pudo ni hablar ni pensar. Habían llegado a una altiplanicie, una paramera por la que la carretera les guiaba sin irregularidades hacia el horizonte entre dos bajadas de escasa inclinación. Al margen de los esqueléticos brotes que salpicaban el llano, brotes que no eran ya vegetales, se hallaban en un universo anodino y aún dominado por la luna. Su quietud estaba tan preñada de terribles sorpresas, que el pie de la joven se alzó del acelerador.

Sería absurdo desandar lo andado. La idea de hacerlo la descorazonaba; empezaba a barruntar que el último grupo de montes no había sido sólo similar, sino idénticos como gotas de agua. No podía faltar mucho para la carretera general, y todo aquello con lo que se tropezara en el trayecto tenía por finalidad bloquearle el paso, lo cual entrañaba, obligatoriamente, que aún tenía una oportunidad. Bajó el pie con decisión y, al reanudar el vehículo su avance, a Nick se le soltó la lengua.

Diana apenas le oyó. Tomó su mano, pues el contacto era ahora mismo más valioso que la palabra, y le hacía sentirse más cerca de él. El hombre charlaba de los problemas de ser reportero, de cómo no podía uno escribir toda la verdad y, aunque así lo hiciera, los lectores creían que mentía, pero su voz no logró exorcizar la amenaza del páramo. Pese a que surcaban

los llanos, cual venas, múltiples torrenteras, no corría agua por sus suberosos lechos. Descansaban rocas en las riberas de estos cauces y entre los laberínticos y fosforescentes arbustos, aunque quizá no todas fuesen lo que aparentaban: se diría que algunas tenían dientes, u oquedades donde en un tiempo hubo ojos y narices, mientras que otras conservaban únicamente las bocas. En ocasiones, al circular frente a arroyos o acequias que había divisado en los lindes, la mujer dejaba de verlos.

Los movimientos sigilosos se reanudaron. Ahora que era consciente de ellos, Diana detectó evidencias en todas partes: formas que podrían haber sido cantos rodados pero que ya no lo eran cuando los miraba de nuevo. ¿Cuánto tardarían en cerrar filas sobre el vehículo? Quizás aguardaban que la luna se situara verticalmente encima. Aceleró la marcha en la rectilínea calzada, e intentó escuchar la voz de Nick brindándose a introducir a Eustace en una empresa de Manchester donde podría estrenarse ante un público favorable. En un momento dado vio la cabeza de un policía en la cúspide de una cuesta sobrepuesta a la carretera, pero venció el impulso de frenar; el casco permaneció inmóvil, no se giró para observar el coche. Aún quedaban unos minutos antes de que el astro conquistara su cénit. ¿No bastaría con eso? ¿O no finalizaría nunca el plano y antinatural paisaje? Debería haber descendido hacia la carretera principal, pero no daba tales indicios. El pedal del gas iba nivelado con el firme; el paisaje pasaba a sus lados como una nebulosa; la luna se abrillantó tal como un faro, y las sombras se empequeñecieron. Fuera lo que fuese lo que vagaba, además de ellos, en las vertientes, Diana no dejaría que la hiciese vacilar. Pero sí vaciló con la visión que tenía enfrente, el objeto que, al aproximarse en plena aceleración, comprobó que ni era una peña ni estaba a pie de calzada. Por el contrario, se hallaba sobre el mismo asfalto, y era otro vehículo.

Nick y Eustace dieron un respingo en sus asientos, como si fuera aquélla la primera de las apariciones que osaban admitir. La conductora presionó el pedal, con mayor suavidad ahora que no estaban solos en los caminos. Advirtió enseguida que se trataba de una furgoneta, aparcada apuntando en la dirección que seguía el trío. Para cuando pudo leer el nombre de Benedict Eddings en las puertas posteriores, había notado que estaba medio salida de la carretera y con una rueda en la zanja.

Había dos personas en la parte frontal de la camioneta. Tenían las cabezas muy quietas. Diana alzó el pie al ponerse a su altura, con el corazón en un puño. La ventanilla del conductor estaba rota, había centenares de fragmentos de vidrio centelleando en el asfalto, bajo la luna. El coche rodó unos centímetros más, y las dos figuras quedaron a su vista: debían de ser Benedict y Hazel Eddings, pero habían arrasado sus caras. Un momento antes de poder apartar la mirada, una mirada obsesiva, la joven vio que les habían matado a picotazos.

Lanzó el coche a toda velocidad, temblándole las manos en el volante. Ni Nick ni Eustace se quejaron. Ella, alicaída, reflexionó que habían recorrido un largo trecho desde que trasladaran con todo respeto el cadáver de Brian Bevan. Pero la luna continuaba elevándose, fulgurando, y la calzada comenzó a trazar una cuesta abajo antes de volver a remontarse. ¿No podía estar la general detrás del siguiente risco? Lo único que le cabía hacer era conducir, orar, esperar, y no reparar en nada susceptible de apocarla en los sublunares montes.

Hubo, no obstante, algo de lo que no pudo zafarse: una figura acuclillada junto a la carretera, debajo mismo de la cumbre. Era como si admirase lo que se presentaba más allá, pero Diana comprendió de inmediato, al identificar al personaje, que no podía ser. Se trataba de Nathaniel Needham, y estaba ciego.

Needham no dio media vuelta ni se inmutó ante la proximidad del coche. Una vez se hubieron colocado detrás de él, la joven frenó, desechando sus muchos miedos. Bajó la ventanilla y le llamó por su nombre. ¿Estaba demasiado pendiente de lo que sucedía al otro lado del pico para desperdiciar un segundo atendiéndola? Quizás escuchaba voces que ella no oía. El viejo tenía el rostro orientado de tal modo respecto a la calzada que, sin apearse del automóvil, no podía verlo.

Le llamó una vez más, aunque la inquietaba atraer otra atención que la suya y, al fin, desistiendo, abrió la portezuela.

-Tengo que ir, Nick -justificó al aferrar su brazo el periodista-. Está ciego. No podemos

abandonarle ahí fuera.

Dejó el motor en funcionamiento y echó a andar por el asfalto. No había rebasado aún la zanja que enmarcaba el trazado, y los dos hombres estaban ya escoltándola.

Diana salvó el hoyo, tan oscuro que su hondura parecía no tener fin, y enfiló el páramo. Al posar el pie temió que se desencadenara el ingente movimiento que tanto la asustaba, pero perduró la quietud. Needham no rebulló. La joven pisó cauta la maleza, aquella concatenación de tallas de brezo esculpidas por un esquizofrénico, caprichosamente intrincadas y lívidamente fúlgidas, que se ennegrecía al aplastarla y se desmenuzaba con indolente blandura, no como una roca. Estremeciéndose, corrió hasta Nathaniel.

Antes de alcanzarle cayó en la cuenta de que la franja superior del risco le obstaculizaba la visión de lo que había detrás. Y, de hecho, el anciano estaba en cuclillas como si fuera más de lo que su retina pudiera asimilar. La mujer se recordó a sí misma que no debía pensar en términos visuales, contrayendo su mente su propio sentido de vulnerabilidad en el extraterrenal páramo, bajo un atezado vacío y la vigilancia de la luna.

-Señor Needham -dijo, y le rozó el hombro.

Gracias a Dios, estaba tibio. Pero, al menearle más vigorosamente, el hombre se desplomó hacia ella. Vio entonces su semblante, y hubo de taparse la boca con la mano. Quizás después de todo, no anduvo desencaminada al aplicarle el léxico de los videntes. O le había sido dada la facultad de ver o él creyó haberla recobrado, ya que se había embutido los pulgares en las cavidades de sus ojos. Una tal conmoción podría haberle matado, o bien lo que causó esta conmoción fue lo que anidaba tras las montañas.

Un par de zancadas arriba pondrían a Diana en situación de contemplar lo que allí había, pero transcurrió una eternidad antes de que fuera capaz de moverse. Aunque Nick y Eustace iban tras sus talones, su compañía no le facilitaba las cosas. Al asomarse el trío a la cima, los hombres retrocedieron, arrastrándola casi a ella. Los dos maldijeron su suerte. Para Diana, en cambio, aquello era inexpresable. Los movimientos a gran escala que había recelado habían, pues, tenido lugar, y el resultado se hacía patente ante sus ojos, en el límite de su desesperada fuga. En sí mismo el espectáculo que aureolaba la sonriente luna no era terrible, y no obstante paralizaba el alma. Era Moonwell.

65

Andrew no había llegado al segundo piso del hotel cuando tuvo que sentarse en la escalera. Volvió la cabeza para ojear el tramo que llevaba directo a la planta. El pasillo estaba tenuemente iluminado, pero donde él se hallaba reinaba la penumbra. Se sintió a salvo, era improbable que le detectasen. Visitar al señor Mann le daba miedo.

No debía tenerlo. Iba en busca de auxilio. Tan sólo tendría que confesar que no había honrado a su padre, que fue desleal con él en los momentos en que más le necesitaba, y seguramente el predicador haría el resto. Era fundamental que creyese en el señor Mann. La última vez en que flaqueó su fe, provocó lo que le había pasado a su papá.

Trató de persuadirse a sí mismo de que el señor Mann era una especie de sacerdote. Se suponía que a los curas podía contárseles todo, incluso los más recónditos secretos: había que hacerlo, o se condenaba uno. Pero Godwin Mann era más semejante a un santo, a juzgar por cómo rutilaba y alimentaba a la comunidad. De ahí venía el susto de Andrew, mayor que el que tenía durante las esperas frente al despacho del señor Scragg, o también siempre que la señora Scragg le destacaba entre la multitud de escolares que jugaba en el patio. Se suponía asimismo que no había que temer a los santos, a menos, claro, que fuera uno tan pecador que quisiera esconderse de Dios. Él no podía ser tan perverso aún, pese a lo que le había hecho a su padre y los disgustos que solía dar a su madre. Y no podía escamotearse ante Diana, ya que el Señor conocía de antemano todas sus acciones. Lo que había de hacer era pedirle perdón, o bien pedírselo al señor Mann, que era un emisario enviado por el Padre para salvar a los hombres. Y, si alguien podía salvar al papá de Andrew, ése era el predicador Mann. El chico detuvo en aquel punto sus pensamientos, antes de que empezaran nuevamente a liarse, y se irguió. Tenía la piel tan erizada, que al sujetarse a la barandilla sintió como si la madera le clavara mil astillas. Los peldaños no eran uniformes, y como estaban desajustados se tambaleó. Se agarró con fuerza a la baranda para cubrir los diez escalones finales del piso segundo.

Limitaban el vacío corredor sendas ventanas tocadas de luna, cada una en una punta. Por lo menos no había nadie que le obstruyera el acceso al señor Mann. El pequeño caminó sobre la alfombra, que las sombras parecían acolchar, y sorteó raudo las puertas del ascensor hacia el tramo siguiente. Espió la oscuridad desde la base, y titubeó. La planta del señor Mann crujía por todos los rincones.

El predicador no podía estar solo allí arriba, no con todo aquel chirriar. Era indudable que las personas que había llamado a su habitación antes de darles de comer se hallaban aún en sus aposentos, rezando o celebrando una silenciosa ceremonia y Andrew nunca conseguiría acercársele. Durante un instante se sintió cohibido, pero aliviado; y ahora, después de haber ido tan lejos, no debía renunciar. Estaba seguro de que, en cuanto el señor Mann le viera, le haría un apañe, llevándole a un lugar donde el chico pudiera abrirse a él.

Andrew usó la barandilla para impulsarse y trató de no pensar en dónde se dirigía. «Cuenta los peldaños», se aconsejó, evocando cómo se había sulfurado su padre cuando no supo contar hasta diez; también en ese capítulo le había defraudado. Diez escalones hasta el recodo, igual que los Santos Mandamientos. Saltó veloz sobre el cuarto, como si no tuviera derecho a pisarlo. Se impuso otro alto antes de llegar al descansillo. Alguien caminaba por el pasillo del señor Mann.

El chico atenazó la barandilla, y tanto aguzó el oído que sus tímpanos le empezaron a zumbar. El sonido no era el de unas pisadas corrientes. Más bien le recordaba al ruido que se hacía al pasear los dedos por encima de una mesa: demasiadas extremidades en acción. Puede que alguien con muletas hubiera recurrido al señor Mann para que obrara una curación milagrosa. Se retiró el rumor por el pasillo, hacia la alcoba de Godwin Mann, y se hizo el silencio, a excepción del crujir de las tablas del entarimado suelo del aposento. Andrew asió la

baranda con las dos manos entresudadas, y fue hasta el recodo.

Siete escalones superó antes de doblar el hueco -siete como los pecados capitales, lo que le movió a preguntarse cuántos habría cometido él- y divisar el piso tercero. Era el más brillante del hotel. Debía de ser por su carácter sacro. El chaval no vio sombras ni señales de vida, y ansió que no hubiera nadie; acababa de recordar que el señor Mann no consentía que nadie se confesara en privado. Corrió de puntillas hasta lo alto de la luminosa escalera.

El pasillo estaba desierto. Todas las puertas se hallaban cerradas, a excepción de la del señor Mann. El claro de luna no era aquí preciso, no con la luz que brotaba de la alcoba del predicador. No bien se acostumbraron sus ojos, el niño fue, a hurtadillas, hacia aquella blancura deslumbradora. Si alguien se había entretenido en la planta, se ocultó en los otros cuartos. A buen seguro que el señor Mann le dejaría quedarse, a buen seguro que no le obligaría a hacer su confesión delante de todos. Elevó el chico una callada plegaria para que le dejasen a solas con el predicador, y de repente dio un traspié y hubo de afianzar el pomo de una puerta a fin de equilibrarse. En el fondo del corredor, alguien había dicho:

-Eres tú.

-¿Señor Mann?

No podía oír, evidentemente, lo que el pequeño pensaba, salvo que Dios se lo hubiera revelado. Había quietud en el ambiente, a no ser por el crujir de la madera y unos desplazamientos en la habitación del evangelista. De nuevo Andrew los comparó al pertinaz tamborileo de unas manos, si bien con una sonoridad muy agrandada.

-Soy Andrew Bevan, señor Mann -insistió, con un volumen de voz mayor que el deseado-. Voy a la escuela. Quería verle porque...

Su voz se convirtió en una bola que le obturó la garganta, pues algo había salido, comprimiéndose, de la alcoba del señor Mann. A fin de cuentas, no había errado tanto con los sonidos. Era una mano, una mano blanquinosa, radiante por los cuatro poros y manchada de magulladuras como la luna hecha carne, y tenía la misma anchura que el pasillo. Quienquiera que fuese su propietario se hallaba en la habitación, llenándola de resonancias, las de un cuerpo inflado que se restregara contra las paredes e hiciera crepitar las planchas. Andrew se quedó quieto, agarrado al pomo, intentando gritar con una boca que estaba sellada por una tirantez extrema. Se alzó entonces la mano, arañando ambos muros, y un dedo enorme se cruzó como una lombriz. Le indicaba que se aproximase.

El chico sofocó un alarido y manipuló el pomo, tirando de él,

vapuleándolo frenéticamente. La habitación estaba cerrada con llave, mas Andrew no acertaba a soltar su asidero. No podía sino observar, alienado por el pánico, cómo la mano avanzaba de lado hacia él, cual una inundación de macilentas tripas de las que manaran grandes y culebreantes larvas. Se aflojó su vejiga, ardió la orina en su muslo, y la vergüenza le restituyó a su ser. Se propulsó lejos de la puerta, se bamboleó, giró precipitadamente sobre sí mismo y huyó tan veloz como se lo permitieron sus piernas. No se dio cuenta de que había pasado de largo el hueco de la escalera hasta que colisionó, o casi, con el extremo opuesto del corredor.

Todavía no podía chillar, ni siquiera cuando oyó a los dedos manosear las puertas del hueco del ascensor, unos dedos sin uñas, hinchados, que le buscaban palpando las paredes del pasillo en el que había quedado atrapado. Miró su entorno desesperadamente, entre sollozos, y vio enfrente una nueva puerta con la leyenda «Sólo para el Personal del Hotel» encima de una barra metálica. Se lanzó sobre la barra y la puerta cedió hacia dentro, tan instantáneo fue que a punto estuvo de caer de rodillas.

Se abría aquel paso a un tramo de escaleras de piedra que conducían a una trampilla, que debía de dar al tejado. Andrew se apoyó en el primer peldaño y se esmeró en encajar la puerta tras él; luego se ovilló, con temblores espasmódicos, en la fría piedra y rezó para que la mano no le encontrase. Pero la luz blanca se filtró a través del quicio, y alguien tanteó apresuradamente la barra metálica. Gritando al fin, preso en la oscuridad con sus propios y ahogados ecos, el chico trepó a la cubierta.

66

Diana apenas sabía por qué regresó al coche. La presencia de Moonwell hacía inútil cualquier determinación que tomase. El hotel resplandecía, descollando sobre las solitarias y umbrías calles como un helado y gigantesco fanal en el que todo hubiera de converger, incluidas las carreteras. La luna discurría ahora directamente sobre sus cabezas y no había dónde ocultarse, no había dónde ir como no fuese allí abajo. Cuando, al rato, volvió al camino, fue sobre todo para no tener que permanecer en el grotescamente selvático páramo e interponer distancia entre ella y el cadáver, cegado por dos veces, de Nathaniel Needham.

Ya junto al vehículo, Nick apresó su brazo. Tenía la mano rígida al tacto, exageradamente controlada.

-¿Conduzco yo? -propuso.

-¿Y adonde irás, Nick?

El reportero despegó los labios, los juntó de nuevo y se giró conturbado hacia Eustace.

-Podríamos votar.

-Por mí, conforme -dijo Diana-, pero eso no cambiará nada. Cualquiera que sea la dirección que tomemos, terminaremos de nuevo aquí. -Quizá tenía que ser así. Indudablemente, su visión encerraba algún otro propósito que el de torturarla; algo habría que pudiera hacerse-. No quiero acabar atrapada en los páramos y sin gasolina -añadió, pensando en lo absurdo que resultaba apelar a la razón bajo tales circunstancias.

-Una determinación prudente -comentó Eustace.

Nick estudió al cartero como para comprender si bromeaba. Miró luego, algo turbada, el transformado páramo, sus huellas oscureciendo aquella parodia de vegetación que no parecía haber visto jamás el sol, la refulgencia del cielo pasado el risco, una refulgencia aún más intensa que el artificial esplendor de la luna. El periodista se resignó, o fortaleció su ánimo.

-No sé si a usted le pasará igual, Eustace, pero yo no entiendo qué diablos está sucediendo -declaró en una frase eufemística. Al encogerse de hombros el cartero e intentar sonreírle sin mucho éxito, agregó-: Puesto que tú, Diana, tienes una idea más aproximada, habremos de ponernos en tus manos. Te acompañaremos dondequiera que resuelvas ir, ¿verdad, Eustace? Tal vez así terminaremos por comprender todo este condenado disparate.

Nada quedaba por decir. Diana tomó entre sus manos el rostro de Nick y le besó, un ósculo prolongado por si acaso era el último, tras lo cual dio a Eustace unos toques en el hombro para que dejase de desviar la mirada y le besó también a él, haciéndole sonrojar. Se montaron al fin en el vehículo, y la joven condujo a través de los crestones hacia la vertiente contraria.

El indicador del límite de velocidad relumbró desafiante desde el pie de la pendiente, echándoles encima la abultada cabeza de su sombra. Las cifras de su disco de metal, carentes ya de significado, eran como símbolos escritos en una lengua ignota. Unos bancales del color de tumbas ennegrecidas se elevaron de las brumas para ir a su encuentro. Los irreales páramos se cernían sobre ellos, los lindes de la carretera les acotaban el terreno. Cuando entraron en Moonwell, la luna descendió hacia las calles como lo haría una araña a la caza de su presa.

Tan pronto estuvo en el pueblo, en el extremo de la calle Mayor, Diana aparcó el vehículo. El retumbar de su portezuela al cerrarse resonó por las callejas, e hizo un gesto a Nick y a Eustace para que cerrasen las suyas con mayor cuidado. Hasta ahora no se había

fijado en la magnitud del silencio. Deberían haber bajado a pie desde el páramo.

La joven lamentó haber estacionado su coche tan cerca de la iglesia. Una figura desgarbada rondaba por el interior, detrás de las vidrieras, detrás de las apelotonadas cabezas. El engendro había podido deshacerse del montón de bancos. En cuanto los hombres se hubieron apeado, ella se encaminó hacia la plaza, hacia el fulgor inclemente y mortífero del hotel.

Las calles no eran más tranquilizadoras que la iglesia. El claro de luna había dado una molesta opacidad a las cristaleras de casas y tiendas, y muchas de las terrazas se asemejaban a decorados de teatro, sin nada más que aire tras las fachadas. Los haces lunares consumían la sustancia de todo, dejaban a Diana y a sus acompañantes sin refugio. Allí donde la joven podía vislumbrar el interior de las estancias, las descubría blancas como si tuvieran una capa de polvo, abandonadas durante años, más muertas que el silencio que envolvía la población. Flotaba éste ominosamente detrás de ella y de los dos hombres, mofándose de las pisadas que no podían acallar. ¿Estaban solos en Moonwell, solos con la criatura de la luna? ¿Qué había hecho el ente con los habitantes y los seguidores de Mann? ¿Y con los niños? Ese pensamiento espoleó a la mujer a continuar, y Nick y Eustace hubieron de apresurarse para no quedarse rezagados. En el momento en que el hotel y la despoblada y fulgurante plaza se perfilaban ante sus ojos, unos lugareños les atacaron desde ambos lados del pavimento.

Tan prestos se abalanzaron que, al principio, Diana no reconoció sus satisfechas y blancuzcas faces. Tenía los brazos inmovilizados en la espalda cuando la señora Scragg se plantó ante ellos.

-¡Aja! Por eso nos mandó Godwin que esperásemos -dijo la Scragg en tono despectivo-, para que pudiéramos tenérnoslas con todos los malhechores de una sola vez.

-Yo no haría nada de lo que puedan arrepentirse después -le avisó Nick, rechinando sus dientes al empujar el carnicero sus retorcidos brazos hacia arriba-. Pude ir hasta un teléfono, y en mi periódico conocen nuestro paradero. Ahora mismo vienen hacia aquí más reporteros y fotógrafos.

-No malgaste su labia. Sabemos de sobra qué clase de embustero es -gruñó el carnicero en su oído-. Esta vez no se halla presente la ley para impedirme que le dé su merecido. Se trajo unos perros, ¿no es así?, por si topaba con alguien que entreviera su juego y pudiera hacerle frente. Deseará tener consigo a esos sabuesos antes de que hayamos acabado de escarmentarle.

Unos vítores que no demostraban ninguna alegría estallaron en el hotel. Todo el mundo se había replegado allí, aguardando que les tendieran la emboscada. La gente salió en tropel y se distribuyó por la plaza al marchar hacia ella la señora Scragg seguida, por la fuerza, de Diana y sus amigos. Estaban casi en la explanada cuando una mujer emitió un grito y se adelantó bamboleante entre la muchedumbre.

June Bevan detuvo sus inestables pasos en el linde de la plaza y estiró el cuerpo de un modo agresivo, con las uñas sacadas hacia los cautivos.

-¿Quién de vosotros asesinó a mi marido? -interrogó, en un siseo que era más como un chillido amortiguado.

-Señora Bevan -contestó Eustace, tratando de conservar la calma-, siento tener que decírselo, pero él mismo se mató.

A June se le desorbitaron los ojos y saltó sobre él, sin alcanzarle. Actuaba como impelida por el odio.

-¡No ensucies su nombre! -vociferó-. Dejó que Dios penetrase en su corazón. Él nunca se habría quitado la vida.

La señora Scragg intervino antes de que las uñas de June se hincasen en el semblante del cartero, que su aprehensor había echado hacia delante.

-No creo que el señor Gift diera muerte a su esposo, aunque se haya metido en otros líos. Si ha de valer en algo mi opinión, pienso que encubre a uno de esos dos. Godwin les sonsacará la verdad. No se harán viejos antes de que oigamos cantar de plano al culpable.

-Y cuando lo haga -aseguró el carnicero a June- le concederemos unos minutos a solas con él.

La señora Scragg, haciendo oídos sordos, se alejó hacia el centro de la plaza. Al abrirse un pasillo entre la multitud para franquearle el avance, Diana y los hombres fueron forzados a empellones a caminar tras ella, en dirección del hotel. Dondequiera que la joven posara los ojos encontraba rostros escrutadores, albos sus iris con la luz de la luna y aquella otra, la que dimanaba de la habitación de Mann. Eran las suyas miradas graníticas y desalmadas que anhelaban verla sufrir. Si daba un tropezón o hacía algún movimiento involuntario, prefería no plantearse hasta dónde podían llegar. Y lo peor era que les conocía a todos; algunos habían frecuentado su aula para hablarle de sus hijos. Mas, tal como estaban ahora, habría sido un suicidio recordárselo.

La joven apartó la vista, centrándola en el hotel. Las irradiaciones de la alcoba eran tan cegadoras, que en un primer momento supuso equivocadamente que habían descorrido las cortinas. ¿Qué aspecto debía de tener ahora el ser que se agazapaba tras sus pliegues? ¿Qué era lo que no quería que viese el gentío? Si ella lograba, por un procedimiento u otro, que se traicionara a sí mismo... Pero ni siquiera sabía si a la plebe le quedaba ya capacidad de discernir; era obvio que nadie se cuestionaba las intenciones de la letal criatura. Estaba absorta observando la ventana, tratando nerviosamente de distinguir qué se movía detrás del cortinaje, cuando su guardián la zarandeó para hacerla parar enfrente del hotel, y se hallo encarada a Geraldine y Jeremy.

También a ellos les tenían prisioneros. Aunque Diana no vislumbró en sus cuerpos señales de violencia, habían sido reducidos a poco menos que nada y en sus ojos no brillaba otra luz que la lunar. Ambos, empero, intentaron comunicarse con ella, hasta que la señora Scragg se interfirió.

-Nada de chácharas -prohibió-. No permitáis ni siquiera que se miren entre sí. Ignoramos cómo se transmiten los mensajes los de su calaña.

Fueron, pues, separados y obligados a erguirse en hilera frente al hotel.

-Podríamos obligarles a que se arrodillen para enseñarles qué es el respeto -sugirió la colérica señora Scragg y, al circular entre la turba un runrún aprobatorio, Diana y los otros fueron puestos de rodillas sin mayor miramiento. La Scragg paseó ante ellos como si pasara revista en el patio del colegio, antes de girarse hacia el hotel y clamar con voz estridente-: Se los hemos traído, Godwin. Aquí tiene a todos los que estaban en su contra y mantenían viva la maldad en Moonwell. ¿Quiere escuchar su confesión?

La mujerona esperó, respirando entrecortadamente y con los brazos en jarras. Del hotel no llegó más que silencio. Tal vez las cortinas de la brillante ventana se agitaron un poco, pero eso fue todo. ¿O sonó, por encima de la plaza, un quedo gemir? Nadie pareció oírlo salvo Diana, y al tratar ésta de incorporarse para escuchar mejor la forzaron a volver a su postura, con una brutalidad que la conminaba de forma inequívoca a callar. La señora Scragg no dio muestras de haber oído nada, pese a que estaba atenta a una respuesta.

-Oremos por ellos -ordenó, ceñuda, a la muchedumbre- y cantemos un himno. Luego les oiremos confesar.

La Scragg capitaneó a la plebe en una plegaria para que los pecadores vieran el error de sus conductas y, más siniestramente, para que realizaran un acto de contrición mientras quedara todavía tiempo. Cuando la multitud empezó a cantar «Más cerca de ti, Señor mi Dios», Diana cerró los ojos, ansiosa de recuperar sus visiones o, al menos, de recibir alguna inspiración sobre lo que podía hacer ahora. Era presumible que Delbert se hallase entre la turba, y sabía que abrigaba sus sospechas, mas ¿de qué iban a servirle? No se mostrarían más predispuestos a escucharle a él que a la joven misma. Inhaló esta última despacio y hondamente, en una intentona de desentenderse de los insufribles calambres que fustigaban sus agarrotadas piernas, mas el sosiego estaba ahora inaccesible. La mortal luz atravesaba la piel de sus párpados, el himno atronaba sus tímpanos con una advertencia. Expira tu tiempo, le decía, ponte en paz contigo misma o será demasiado tarde. De súbito se interrumpió la letanía, dejando unas pocas voces discordantes hasta que también ellas se apagaron. Diana constató que toda la concurrencia tenía la mirada puesta en el hotel.

Tuvo que hacer un esfuerzo para abrir los ojos, sobre todo después de que una mujer empezara a lanzar berridos. La visión en casa de los Scragg había sido ya más que pavorosa, y

además era mucho lo que había ocurrido desde entonces, tanto que la joven temía no poder afrontar la apariencia que hubiera adoptado el evangelista. Oyó entonces las palabras de la chillona mujer, palabras casi incoherentes, y dedujo que era June. Levantó enseguida los párpados, y vio hacia donde miraban todos: no era a la ventana de Mann, sino al tejado. A horcajadas en el caballete, aferrado a él con las dos manos, estaba Andrew Bevan.

Aquella cubierta era endiabladamente empinada. Al claro de luna, la lisa pizarra era como de hielo. Andrew estaba encaramado por encima del hueco entre dos ventanas de gablete; si se soltaba, nada había que pudiera impedir su caída: acaso el canalón. Se le veía diminuto, torpe en su precaria sujeción y aterrorizado. «Haced lo que queráis -aleccionó Diana, muda, a todos los miembros de la muchedumbre mientras luchaba inútilmente para ponerse en pie-, pero procurad que mantenga el equilibrio.» En aquel instante June echó a correr, bramando el nombre de su hijo, reculando con el cuello torcido al perderle de vista bajo los salientes.

-¡Dios nos asista, tú también no! -era lo que gritaba.

Al alejarse la madre de su vista, Andrew adelantó el cuerpo, buscándola. Se resbaló y la losa de pizarra en la que había patinado se desprendió, bajó dando tumbos por el tejado y rebotó en la canal. La gente chilló al bracear el chico para aguantarse derecho, si bien pronto pudo agarrarse de nuevo al caballete y se aupó a la posición anterior.

-¿Mamá, estás ahí? -lloriqueó-. Me persigue el demonio de la cueva.

Diana no pudo reprimirse más.

-Andrew, soy la señorita Kramer -le invocó tan fuerte y claro como le fue posible-. Sujétate bien, no te abandones. Te bajaremos y podrás contárnoslo todo. Por ahora, piensa sólo en resistir. Mira tus manos, no el suelo.

«Y no pienses, especialmente -añadió en su fuero interno-, en quién te ha hostigado hasta ponerte en esa situación.» No soportaba imaginar el enfrentamiento entre el chaval y el ente del hotel. Ahogó una exclamación de dolor, pues su vigilante la había violentado una vez más para que se agachara obedeciendo a una mueca de June, que tenía la faz desfigurada por una animadversión inenarrable.

La Bevan retrocedió unas zancadas al ver sometida a Diana, y señaló a Andrew con un índice oscilante.

-Quédate ahí donde tú mismo te has colocado -rugió-. No te atrevas a moverte. Alguien vendrá con una escalera para rescatarte y traerte a mi presencia, y entonces veremos qué justificación me das, si no hubieran recaído ya sobre mí bastantes penalidades, ¡que Dios me ayude! -Su voz había perdido ya intensidad al girarse e imprecar con desabrimiento a los de la plaza-: ¿Quién ha ido a por la escalera? ¿Por qué tardan tanto? Dulce Jesús mío, ¿qué está haciendo ahora?

June se refería a Andrew. Los suspiros e interjecciones contenidos de la multitud la habían llevado a volcar de nuevo su interés en el tejado. El chico gateaba sobre el inclinado reborde, lanzando continuas ojeadas a la abertura por la que debía de haber trepado hasta la cubierta. Esta abertura no podía apreciarse desde la plaza, pues se hallaba al otro lado, pero la monstruosidad que emergía a través de ella era bien visible.

Las manos que atenazaban los brazos de Diana se aflojaron, y la joven se irguió dolorida. Antes de que atinara a llamar al pequeño e incluso a decidir qué iba a decirle, él se retrajo frente a quienquiera que le asediara en la mitad invisible del tejado. Extendió ambas manos como parapeto y trató de huir corriendo sobre la pizarra. En el primer paso pisó en falso, cayó sobre las láminas, tan a plomo que las quebró, y bajó rodando por la casi vertical pendiente.

Diana creyó que el desagüe le salvaría.

-¡Agárrate al canalón! -le indicó y, cojeando, recorrió unos metros para estar debajo si se descolgaba.

Tomó conciencia de varias cuestiones simultáneamente: tenía las piernas tan entumecidas que no llegaría a tiempo; los otros cautivos eran retenidos con más crueldad que antes en previsión de que se escaparan como ella lo había hecho; los dedos de Andrew habían fallado en la canal, y su infantil cuerpo se precipitaba ante el frontis del hotel.

-¡Que alguien le recoja! -exclamó.

Las docenas de personas que se hallaban en la vecindad inmediata al hotel parecían haberse quedado paralizadas. Lo único que hicieron, al estrellarse Andrew contra el empedrado con un golpe blando pero decisivo, fue dar un salto atrás.

June fue la primera en reaccionar, pero no llegó muy lejos. Se quejó de tal manera que no hay palabras para definir su angustia. Anduvo haciendo eses hacia su hijo y sufrió un vahído. El gentío se volvió contra Diana, como si ella fuera la responsable de que el pequeño se hubiera soltado del caballete. De todas formas, nadie estaba preparado para dar rienda suelta al salvajismo que se palpaba en el ambiente igual que una tempestad y, mientras avanzaba renqueando, la joven se dijo que bien podían permitirle acudir junto a Andrew, acompañarle en su postrer suspiro, de igual modo que la señorita Ingham acunaba su descalabrada cabeza. Entonces los niños se movieron a fin de oponerle un cordón humano, se movieron como si obedecieran a una orden que nadie había dado.

Lo que obligó a Diana a detenerse no fue su aunado movimiento, sino sus rostros. Quizá la muerta luminosidad exacerbaba sus fisonomías, pero los vio envejecidos, marchitos, como una sucesión de caras añejas y crueles, aliadas entre sí por la aversión. Se diría que les había invadido el mezquino espíritu de la señora Scragg, algo que a la joven americana siempre le preocupó cuando enseñaba en la escuela. Mas no fue la señora Scragg quien les puso en su camino, fue la criatura que había venido a Moonwell. ¿Por qué ese empeño en tenerla alejada de Andrew hasta que muriera? ¿Qué podía hacer ella que espantase a su adversario?

Vio un revoloteo de cortinas en la relumbrante ventana, y se asomó el semblante de Mann. Estaba demasiado inmerso en su halo de centelleos para delimitar rasgos o expresiones, dejando ya aparte la configuración actual del cuerpo al que estaba ligada aquella cabeza. Espiaba a Diana para verificar que no había hecho aquello de lo que era capaz, pero, ¡Dios del cielo! ¿qué recursos le quedaban?

Los niños habían rodeado a Andrew y a la señorita Ingham. Para acceder hasta el chico la joven tendría que pelear con ellos, y algunos resultarían heridos antes de que pudiera abrirse camino. Alguien la sujetó por detrás para asegurarse de que no lo intentara, le retorció nuevamente los brazos, hundió una huesuda rótula en su espalda y la obligó a arrodillarse. En aquel preciso momento, Diana comprendió que no importaba.

La comprensión la remitió al núcleo de sus visiones, a participar en el nacimiento de las estrellas, en el florecer de su propia entidad. Tal vez aquello la había hecho madurar para lo de ahora. La conciencia arraigó tan hondo en ella que no pudo darle forma, tan sólo seguirla allí donde la guiase. Acaso instigaría a Nick o a otros en su contra, eso lo sabía, pero carecía de importancia. Volvió la cabeza, hacia la rutilante faz de la ventana y habló con voz serena, meridiana, a la vez que Andrew exhalaba un último estertor.

-No puedes tenerle -sentenció, y se puso a cantar.

67

Hubo unos instantes en que Diana tuvo constancia de que lo que iba a hacer tanto podía ser un comienzo como un final, que estaba eligiendo para el resto de su vida sin saber cuáles eran sus alternativas. Lo que sí sabía, de un modo intuitivo, era que podía robarle a Andrew al ser de la luna, y eso no era una opción entre varias, era mucho más: salvo que obedeciera al instinto que aquella luz original había alertado en ella, no sólo condenaría al niño a horrores perpetuos, sino que traicionaría todo lo que siempre consideró bajo el nombre de vida.

Empezó a cantar antes de proponérselo, e ignoraba qué era lo que entonaba. Aquel instinto suyo era más antiguo que las palabras. Nunca poseyó una voz dotada para el canto, ni cuando dirigía los ensayos de sus alumnos en clase, y ahora apenas se oía a sí misma. Quizá eso significaba que la multitud no repararía en que estaba cantando, por lo menos no la encontraría lo bastante impertinente como para silenciarla. Si sospechaba por qué lo hacía, la despedazaría. Estaba solicitando que la muerte de Andrew fuese aceptada como un sacrificio.

La joven elevó los ojos y miró más allá de la luna. El cielo parecía más negro que nunca, excepción hecha de los puntos donde lo blanqueaban el astro y los brillos de Moonwell. Sin duda carecía de importancia el que su voz fuera débil; ningún sonido humano tenía la fuerza necesaria para cruzar aquella inmensa vastedad. No era ése el tipo de fuerza que aquí prevalecería. Lo único que quería era una señal, una contestación insinuada para mitigar el angustioso anhelo del sol que su cántico había puesto de relieve, y que ella había refrenado durante días porque no existía otro medio de acostumbrarse a lo que había pasado en Moonwell. Sintió su cantar como una llama moribunda, pero que incendiaba todo su organismo. Su cuerpo entero era similar a una gran llaga, y el cántico la llamada de socorro para su curación. Casi no había iniciado su canción y no era ya consciente de nada que no fuera la luna, silueteada intacta en el negruzco cielo, sonriente igual que una máscara arrancada de un rostro humano y montada sobre una negrura que temblaba con la vehemencia de su petición.

La rasposa voz de la señora Scragg vibró en los tímpanos de Diana.

-¿Qué es eso que aúlla? ¿Una especie de ensalmo de bruja? Está vertiendo toda su inmundicia sobre el pobre muerto. ¡Hacedla callar! ¡Que calle para siempre!

La cautiva apartó la mirada del cielo. Una punzante blancura llenó sus ojos, y acto seguido vio a la señora Scragg acechándola, exhibiendo sus puños. También la plebe la acosaba, contenta de tener una víctima que expiase su dolor por la muerte de Andrew, sus miedos, su sentido de indefensión. Incluso los niños de caras comprimidas y avejentadas avanzaban hacia ella, sin un amago de pesar en sus ojos, sin un vestigio de recuerdo de la relación que les unió en un pasado no tan tremendo. Diana meditó que debía de estar amenazando muy gravemente al ser de la luna, o no estaría tan deseoso de hacerla callar. El sufrimiento de su cuerpo, de su ser interior, tonificaba su canto, lo expulsaba de sus entrañas, y trató de proseguir en voz muy baja, para ganar unos segundos más, repitiéndose que el volumen de las notas era secundario. Una astilla de madera abrió un corte en su frente.

Así pues, habían comenzado a tirarle objetos. La iban a lapidar como bruja. La sangre fluyó por el borde de su mejilla y le empapó el cuello de la blusa. Se preguntó, aturdida, quién

habría arrojado el madero, esperando que no hubieran sido los chiquillos, aunque partió de su sector. Se preguntó también por qué la señora Scragg parecía estar apabullada, cuando era indudable que la juzgaba merecedora del castigo y ella misma lo había fomentado. Se apercibió entonces de que la mujer examinaba el hotel, el sitio exacto de donde salió el proyectil.

Después de todo, no fue un lanzamiento deliberado. Lo que la lastimó era un trozo del armazón de la ventana de Mann. La cara del predicador se hallaba pegada al cristal, aplastada contra él de manera tan violenta que el vidrio se combaba hacia fuera, como si el del rostro no hubiera tenido tiempo de levantar la guillotina o no hubiera sabido hacerlo. Medio minuto más tarde explotó en pedazos, derramando madera y vidrios rotos por la plaza y entre los asistentes, y el ocupante de la alcoba de Godwin Mann se escurrió al exterior a través de lo que fuera el marco.

Aparecieron primero la cabeza y las manos. Aquélla era más una excrescencia o una blanquecina masa de intestinos que una cabeza, casi informe, de no ser por la burlesca faz de Mann que, como una gárgola, se proyectaba hacia la gente. Las manos, con sus dedos desproporcionadamente largos, doblaban el tamaño de la cabeza. Afianzaron los cantos del aserrado agujero dejado por la ventana, a la vez que otros dos apéndices se deslizaban a la vista de todos, asiéndose al alféizar. Entre los cuatro impulsaron el cuerpo abotargado y destellante, un cuerpo que colgaba tras ellos como el de una araña -la abertura a duras penas le permitió pasar condensando su carne invertebrada-, y Descendió sobre sus flacuchas y desiguales extremidades por la fachada frontal del hotel.

La multitud emitió un unánime alarido y huyó hacia los extremos de la plaza, arrimándose a las paredes. Los padres daban alguna que otra carrera para recoger y arrastrar a sus hijos, que de pronto quedaron aturdidos, perdidos, como correspondía a su edad. El hombre que retenía a Diana trató de empujarla fuera de la senda del ser, pero, al verla decidida a seguir allí plantada, la soltó y se distanció a trompicones del hotel.

Cuando aquel ser sin sombra llegó a la base de la pared pareció perder parcialmente su forma, antes de volver a recomponerse de un modo más horrible que nunca, sin que coincidiera la longitud ni aun de dos de sus miembros. Se giró y fue hacia Andrew, con el inflamado bulbo de su cuerpo balanceándose de un lado a otro. Husmeó su cabeza, igual que la de un ofidio, el cadáver del chico, sosteniendo oblicuo el rostro rígidamente risueño de Mann en el infecto amasijo.

Diana se percató de que no podía tocar a Andrew. Ésa era ya una conquista. La joven alzó su voz en un canto tan solitario, tan desesperado como debió de serlo la primera voz humana que retumbó en la noche primigenia de la humanidad. La tumefacta y reptante figura rodeó al niño y se encaró con ella.

Sabía muy bien que podía destrozarla. Podía desgajarle la cabeza del tronco. Nick y Eustace vinieron corriendo a flanquearla, mas lo único que lograban con ello, pensó Diana con una distante pena, era invitarles al mismo destino. La mujer eludió los ojos minúsculos que la escrutaban desde las socavadas cuencas de la cara de Mann, y se concentró en el cielo para articular su postrera súplica. Tragó aire y dejó que la invocación brotase mezclada al mismo hálito, en un cántico, ahora, más enardecido. Matizaban la pizarra del tejado unas inapreciables pinceladas de luz anaranjada.

El ser no había bajado tan sólo para reclamar, si podía, a Andrew. Escapaba de la amenaza del sol, que brillaba en todas las ventanas del piso tercero. ¿O quizá Diana no veía sino aquello que ansiaba? En cualquier caso, la visión despertó a su cuerpo de su sumiso estupor. Unos segundos después estaba danzando, olvidada la criatura que alargaba su parodia de rostro hacia el suyo. Danzaba sin mover los pies, meciendo el cuerpo igual que una llama, aquella llama suya que crecía palpablemente en dirección al cielo, azuzada por su voluntad. Tenía las manos juntas en un gesto de plegaria, y por un instante creyó notar como un aleteo de mariposas entre ellas. Las abrió vueltas hacia la bóveda del cielo ofrendando lo que contenían, y cantó con pasión, inconsciente de quién era o dónde estaba. No había sobre ella sino el cielo atezado. Ni siquiera a la luna era sensible.

Entonces, el negro cielo ardió en un incendio llameante.

Era el sol, pero su amanecer no guardaba similitud con ninguno de los que la mujer había visto jamás. La luz dorada rasgó la negrura en dos mitades para inundar el cielo como llamas sobre aceite, aclarándolo al proclamar su supremacía, desterrando a la luna. Todo aquello admiró Diana en los escasos instantes que mediaron antes de que sus ojos comenzaran a abrasarse.

-¡No miréis al sol, proteged vuestra vista! -previno a los presentes a voz en grito, y se cubrió la suya con ambas manos.

Pese a esta defensa los esplendorosos rayos solares traspasaron su carne, y su piel se tensó con el inesperado calor. Se decidió a mirar a través de los dedos y una rendija en sus párpados hasta tanto sus ojos pudieron resistirlo, lo que parecía una aberración en la plaza.

La luz diurna había colmado el lugar, y hasta las sombras que delineaba fueron bien recibidas. El sol se hallaba suspendido sobre los páramos como un deslumbrante disco de cristal. El ser inflado estaba achaparrado en el suelo, y la cabeza con el semblante de Mann inspeccionaba la plaza en busca de refugio, estirando en todas direcciones su cuerpo agusanado. Diana reparó en donde podía camuflarse de los rayos directos, y como una exhalación corrió, esquivándolo, hacia la escalera de entrada al hotel.

-Cerrado el paso -afirmó al volverse la criatura para enfrentársele.

Las radiaciones debían de estar debilitando sus fuerzas, y acaso la joven guardaba algo del poder del sol. De todas maneras, sabía que, si se empeñaba en atropellarla para pasar, poco le quedaría de vida una vez lo hubiera hecho. No restaba sino confiar en que la muchedumbre la emprendería contra la cosa y no contra ella. Pero, al parecer, aquellas personas que tenían los ojos abiertos eran incapaces de sustraerse al sol. La mayoría rezaban desgarradoramente; alguien trataba de iniciar un himno. Sólo Nick fue a auxiliarla, frotándose los párpados.

El ser imbricado con Mann arremetió contra Diana, que reculó por la escalera hasta apoyarse en las puertas del hotel y cerrar las manos en torno al picaporte. El ser se aprestó al ataque, perdiendo de nuevo sus contornos y encabritándose como un gigante de brazos tentaculares, con su cabeza repulsiva y pequeña sobre el larguirucho e inestable cuello y el rostro de Mann aún sonriente. Mas, de pronto, se posó a cuatro patas, tiznando su cuerpo el calentado asfalto, se giró y partió de la plaza entre vaivenes serpenteantes e irregulares.

La joven tenía que ver dónde iba. Cuando se lanzó a perseguirle, Nick la secundó. Al pasar cerca de los Booth, Geraldine pareció superar su ensimismamiento: dio un vistazo general, pestañeando, y tiró del brazo de Jeremy.

-Los niños -dijo-. Sus ojos resultarán dañados.

Los niños tenían los rostros ocultos en las ropas de sus respectivos padres, que continuaban alineados contra la pared de los edificios de la plaza. No obstante, Jeremy estuvo de acuerdo con su mujer.

-Pase lo que pase, no miréis al sol -dio instrucciones a la comunidad-. Cobijemos a los pequeños en el hotel para dar a sus ojos la oportunidad de acostumbrarse a la luz.

Diana dudó, temerosa por él. ¿De veras esperaba que la multitud siguiera sus indicaciones apenas unos minutos después de que le utilizaran como cabeza de turco? Pero la gente casi no se daba cuenta de su identidad, y además necesitaba clara y perentoriamente unas directrices después de todo lo acaecido. Quienes podían ver se encaminaron agradecidos hacia el hotel, mientras Geraldine y Jeremy ayudaban a los que, ciegos, andaban desorientados. La señora Scragg, reclinada en su esposo, pedía entre sollozos:

-Dulce Señor Jesús, devuélveme la vista. Hay aquí muchos que dependen de mí.

Cuando dos hombres prestaron ayuda a June para conducirla donde los otros, y Eustace elevó amorosamente el cuerpo de Andrew, Diana y Nick abandonaron la plaza.

Se diría que las calles, las casas y el cielo habían sido recreados por el sol, cada uno de ellos erigiéndose en un milagro independiente. La criatura amorfa no se dejaba ver, pero Diana sabía adonde encontrarla. Al internarse junto a Nick por la calle más próxima que empalmaba con la vereda del páramo, divisaron a su enemigo escalando por la vía más corta de la ladera. Sus patas se despellejaban bajo el astro del día, su cuerpo se agostaba como si su inmensa ancianidad se cobrase una vieja deuda. Mas todavía podía escarabajear sobre la roca

y, en el momento en que Diana y el periodista coronaron el sendero, ahora anegado en claridad, se hallaba a medio camino de la cueva. Nick hizo una pausa para tomar aliento, y aferró el hombro de Diana.

-¿Podemos matarle? -preguntó entre jadeos.

-La luz del sol se encargará de eso, Nick.

De cualquier modo, al oír tal consulta la mujer deseó haberse provisto de un arma. Mientras corría por el socarrado páramo, en pos de la estela que el marchito cuerpo dejaba tras de sí, dio una rápida mirada en su derredor: una rama gruesa serviría... Pero el árbol más cercano estaba lejísimos. Las descarnadas patas habían acarreado ya al fluctuante ser hasta el borde de la cuenca de piedra que circundaba el foso. Diana aligeró el paso.

Estuvo en un tris de tropezar contra una roca que había en la linde de la senda, casi tan grande como su torso. Nick pensó al verla que podía ser lo que precisaban. Se aplicaron con ahínco a desenterrarla y la levantaron del suelo, resentidos sus brazos por el esfuerzo, magulladas ya y entumecidas sus manos. Transportándola entre ambos, treparon aprisa aunque torpemente la cuesta de la cuenca, concertándose el peso del pedrusco y la urgencia que el ser de la luna no se hubiera escabullido ya en su guarida, y se hallara a su alcance. No intuyó que podía haberse detenido para esperarles hasta que la cara de Mann, con sus hundidos ojos, surgió tras el borde sobre su serpentino cuello, y las colosales y desparejadas manos se extendieron hacia ellos.

El peso de la roca les contuvo indefensos entre los dos tentáculos, y Diana notó cómo la piedra resbalaba de sus manos y de las de Nick. Meditó desconsoladamente que habían fracasado. Tras tanto esfuerzo iban a ser los últimos sacrificados de la criatura lunar, las almas con las que ésta se sepultaría en su cubil. Pero entonces la roca cayó en el rostro vuelto hacia arriba de su rival, congelado en aquella horripilante sonrisa, y le machacó la cabeza.

Nick arrojó a su amiga a un lado y saltó él mismo de en medio al empezar las monumentales y deformadas manos a sacudirse en espasmos de agonía. Los dedos tantearon los sitios donde antes estaba la pareja, la buscaron ciegamente, hasta que se desplazaron para pulsar la piedra. Aunque el ser flaqueaba, aún pudo alzar su cuerpo entre convulsiones, tratando de tirarse hacia atrás. Diana tuvo la horrible noción de que se dejaría la cabeza debajo de la roca, que su cuerpo decapitado intentaría darles caza en el páramo. El ser intentó un último levantamiento con todas sus extremidades y extrajo su cabeza, aplastada y supurante, de la pétrea prisión.

No restaba mucho de los rasgos del predicador, y nada que fuera remotamente humano. Tal era su apariencia, que los dos se hicieron cruces de que pudiera moverse; pero se dirigió con andar tambaleante al pozo, meneando su ciega y arruinada cabeza a modo de despedida. Nick se adelantó hacia la roca para probar un segundo intento, y Diana fue tras él, aunque no veía cómo iba a beneficiarles. Al atenazar el pedrusco, la criatura tomó posiciones en la boca de la cueva, repleto de contusiones su consumido y purulento cuerpo. Se sujetó al borde con una mano ajada y plana, y se dejó caer.

No deberían haber consentido que llegase al foso. Deberían haberle atrapado bajo el sol, pero ahora era inútil decirlo. Diana fue, con precaución, hasta la cavidad. No captó ningún movimiento en su hondura, ni ruido tampoco; mas, al agazaparse y escudriñar la oscuridad, algo voló hacia la superficie.

Fue como un torbellino de júbilo, de liberación. La joven no pudo percibirlo de una manera más específica, salvo en que por un breve lapso de tiempo tuvo evocaciones de Craig y Vera, de Brian Bevan, del padre O'Connell. Sonreían pacíficamente, al igual que el aluvión de otras caras que vislumbró en un segundo tiempo.

-Son libres -se dijo a sí misma.

La luz del sol había triunfado, al menos, en eso. Sin embargo, tuvo asimismo una lejana percepción de actividad, de que algo vetusto y pútrido se sumía en la tiniebla tan abajo como podía. Desembarazó su mente volcándola en el resucitado paisaje, en las laderas de brezo y de hierba que rebosaban todavía más verdor que en primavera, en el acompasado vaivén de los árboles, las agrietadas tapias de mampostería que relucían bajo un cielo lustroso y frágil. Enlazó su mano con la de Nick y le observó para ver por qué, de repente, estaba tan vacilante.

El reportero estudiaba el paraje atónito, como si no lo reconociera. La joven se sintió inmediatamente sola y melancólica.

-¡Oh, Nick! -dijo-. Sé lo que pasará ahora.

Al año siguiente

68

Nick estuvo a punto de pasar de largo de la carretera vecinal. Frenó después de leer el rótulo en el espejo retrovisor, y tuvo que aguardar que la carretera principal se despejara de los veloces vehículos que transitaban en ambas direcciones. Dio media vuelta, con los ojos entreabiertos al penetrar en ellos los rayos solares, y maniobró para entrar en la desviación. La población, según el mapa, no estaba lejos; tomaría un tentempié, eso le bastaría.

Unas colinas de piedra caliza se elevaban a ambos lados del asfalto, dándole una glacial acogida. Los helechos que revestían el terreno cedieron su puesto a los árboles, robles en su mayor parte, que repelían el calor de aquel día de principios de julio. Pasado el bosque, el periodista subió por un repecho desde donde se divisaba el pueblo. Detuvo el coche para gozar del paisaje.

Los bancales también calizos donde se asentaba la localidad formaban un anfiteatro para el más verdeante campo de su valle, un campo de deportes. Sobre las terrazas una calle que conducía a una carretera centelleante con las hileras de vehículos estacionados, comunicaba una capilla en el extremo más próximo del pueblo y una iglesia en el otro. Parecía sombrear todo aquello una forma gigantesca y multicolor como la naturaleza, un figura que se erguía encima de la población, en el despoblado altozano.

Debía de llevar allí desde el inicio del estío. Una luna diurna se dibujaba sobre ella, igual a una nube que hubiera dejado atrás el algodonoso cúmulo del horizonte. Las marcas de aquella luna eran tan azules como el cielo. Nick estuvo tanto rato contemplando al gigante floral, que él mismo se preguntó el porqué de su curiosidad; si no se espabilaba, llegaría tarde hasta para beber algo.

Reanudó la marcha bordeando los campos hasta el fondo de la hondonada, ascendiendo luego en el último tramo, y cuando aminoraba en acatamiento al disco que limitaba la velocidad vio otro poste junto a la carretera. «Por favor, conduzca despacio. Paso de ciegos», rezaba.

Cayó en la cuenta, sorprendido, de que lo había olvidado. Su periódico había informado de los acontecimientos, con más sensacionalismo y superficialidad de lo que a él le habría gustado. Un evangelista americano había revolucionado a los habitantes del pueblo en una suerte de histeria religiosa colectiva de tal calibre que docenas de personas se habían quedado ciegas por mirar al sol. El evangelista en cuestión debió de sucumbir también a la histeria, pues salió a vagabundear por los páramos y nunca regresó, precipitándose quizá en una galería minera abandonada. ¿No había, vinculada a ésta, una historia de perros? Sí, la localidad sufrió una carestía de alimentos y los hambrientos canes se lanzaron a las calles, matando a diversos lugareños, incluido un sacerdote cuyo cuerpo mutilado apareció más tarde en la iglesia. No era el lugar ideal para saborear tranquilamente una jarra de cerveza, *y* un bocadillo, pensó Nick, pero no había otro en varios kilómetros a la redonda. Esperaba que la exaltación de fe no hubiese ocasionado el cierre del bar local.

Una vez que rebasó la deshabitada capilla, con sus ventanas clavadas por maderas cruzadas y la enseña caída y llena de hierbajos, halló el pueblo bastante alegre. Si alguno de los transeúntes estaba ciego, no lo percibió al pasar. Paró en el paso de peatones para que cruzase un uniformado cartero. El hombre le echó un vistazo sin curiosidad, y casi dio un traspié contra el bordillo. Por un momento Nick se dijo que su cara le era vagamente familiar. Volvió a arrancar, circulando frente a una tienda de material de acampada y excursionismo, donde una mujer vestida de negro a pesar del caluroso día observaba la calle desde la puerta, y aparcó delante de El Soldado Manco.

Había numerosos ciegos sentados bajo las bajas vigas del mostrador público, asiendo cuidadosamente sus copas, gesticulando profusamente y sin mucha concreción, echando atrás las cabezas para reír con un desenfado que, por algún motivo, Nick encontró insólito. Pidió una jarra y el último bocadillo de queso, y estaba a medio beber su cerveza cuando advirtió que, además del camarero y él mismo, había otro vidente en el bar.

Estaba en una mesa del rincón, cerca de la barra. Era una mujer joven, de tez pálida, cara ovalada, ojos almendrados y verdosos y una larga cabellera morena. Al coincidir sus miradas, la chica le sonrió con una extraña nostalgia. El periodista comprendió que le había estado espiando desde que puso el pie en el establecimiento.

Podría haberse sentado con ella, y no haberse quedado solo, pero todos aquellos ciegos le azoraban; oirían cuanto dijese, aunque hablara discretamente. Apuró el líquido de su jarra, fue a dejarlo en la barra y, en el instante en que se giraba hacia la salida, la joven le preguntó:

-¿Qué le trae por aquí hoy?

-Voy de paso -respondió el periodista, especulando sobre si la mujer había puesto un énfasis especial en el «hoy» o se debía a su acento americano.

-¿Y qué le trae, a los Peaks? -insistió ella.

Se expresaba como una nativa, decía los Peaks y no Peak o el distrito de Peak.

-La carretera de Manchester -contestó Nick, y lo hizo con una voz irrazonablemente confidencial, sin saber a qué venía tanto secreto-. Soy un chico de la prensa. De hecho, subdirector de sección. Esta mañana he ido a Sheffield para hacer una entrevista.

-¡Ah! ¿No es usted reportero? -indagó la joven, en un tono para él indescifrable.

-No, ya no. ¿Y usted? Pertenecía al grupo que divulgó por aquí la doctrina evangelista, ¿no?

-No, esa gente se fue por donde había venido -dijo la mujer, sonriendo tan tristemente ante la pregunta que Nick tuvo un asomo de remordimiento-. Estaba aquí antes que ellos. Trabajo en la escuela.

-¿Es maestra?

-Sí, y ayudante del director desde que su esposa perdió la vista. -La desconocida añadió, tras un corto intervalo-: Soy también una vigilante.

-Sé a qué se refiere -aseveró el periodista, señalando con la barbilla a los bebedores invidentes, y al instante le asaltó la impresión de que se equivocaba del todo en su interpretación-. Deben de necesitar a personas como usted. Supongo que lo que les ocurrió fue una tremenda conmoción para ellos.

-Casi nadie se acuerda ni del desastre ni de lo que lo motivó -declaró ella, con un pesimismo que Nick halló inexplicable-. Han aprendido a desenvolverse en su propio pueblo, y siempre que requieren un guía nuestro cartero les echa una mano.

¿Quería que la entrevistase? ¿Era eso lo que insinuaba, lo que él no acababa de comprender? Pero, en el caso de que estuviera presto a hacerlo, su periódico había cubierto ya la noticia. Se sentía más incómodo que nunca. No debía entretenerse, pensó de mal humor, y se apartó de la barra.

-Bueno, adiós -se excusó, y agregó sin ninguna convicción-: No abandone la buena obra.

Durante todo el trayecto hasta la puerta de la calle Nick notó que ella le vigilaba. No comprendía cómo aquella mujer había podido afectarle tanto, pero le había contagiado su melancolía. Al agarrar el frío picaporte metálico le pasó por la mente la idea de volver atrás para preguntarle si se conocían de algo, pero abordarla así le pareció tan ridículo que lo que

hizo fue salir presuroso del bar. Había reanudado el viaje y recorrido las afueras de la localidad, cuando recapacitó si realmente la había oído decirle: «Adiós, Nick».

Hizo un alto en el páramo y paseó su mirada sobre el pueblo. Tenía que haberlo imaginado, elaborando la fantasía de conocer a la joven profesora porque no lo había conseguido. Le desconcertó descubrir cuánto lo habría deseado. No tardaría en pasar nuevamente por aquellos contornos, aunque no estaba muy seguro de querer desviarse de la carretera nacional llegado el momento de escoger. El gigante manco compuesto de flores, ramas y granos se recortaba encima de una cueva que abría sus fauces en medio de una ladera aledaña a la villa, y Nick no atinaba a dilucidar cuál de aquellos elementos podía atraer más su retorno. Ya habría tiempo de pensarlo cuando volviese, si es que algún día volvía. Accionó la llave de contacto y se alejó a través del páramo desierto.